

John A. Mackay,
Lima, May 1917.

EL

NUEVO TESTAMENTO

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

VERSIÓN HISPANO-AMERICANA

PUBLICADA
POR LA SOCIEDAD BÍBLICA BRITÁNICA Y EXTRANJERA
Y POR LA SOCIEDAD BÍBLICA AMERICANA

MADRID
CALLE DE LA FLOR ALTA, 2 Y 4
1916

Versión hecha con arreglo al Texto griego del Dr. Eberardo Nestle.

Primera edición: 1916.

IMP. V. TORDESILLAS, MADRID

TABLA

DE LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO CON EL NÚMERO DE LOS CAPÍTULOS DE CADA UNO

EL EVANGELIO

SEGÚN

SAN MATEO

1, 1 GENEALOGÍA de Jesucristo, hijo de David, hijo
de Abraham.
2 Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Ja-
3 cob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos, Judá
engendró de Tamar a Farés y a Zara, Farés engen-
4 dró a Esrom, Esrom engendró a Aram, Aram en-
gendró a Aminadab, Aminadab engendró a Naasón,
5 Naasón engendró a Salmón, Salmón engendró de
Racab a Boez[1], Boez[1] engendró de Rut a Obed,
6 Obed engendró a Jesé y Jesé engendró a David
el rey.
David engendró a Salomón de la *que fué mujer*
7 de Urías, Salomón engendró a Roboam, Roboam
8 engendró a Abías, Abías engendró a Asaf[2], Asaf[2]
9 engendró a Josafat, Josafat engendró a Joram, Jo-
ram engendró a Ozías, Ozías engendró a Joatam,
Joatam engendró a Acaz, Acaz engendró a Ezequías,
10 Ezequías engendró a Manasés, Manasés engendró a
11 Amós[3], Amós[3] engendró a Josías y Josías engen-
dró a Jeconías y a sus hermanos, en tiempo de la
traslación a Babilonia.
12 Después de la traslación a Babilonia, Jeconías
engendró a Salatiel, Salatiel engendró a Zorobabel;
13 Zorobabel engendró a Abiud, Abiud engendró a Elia-
14 quim, Eliaquim engendró a Azor, Azor engendró
15 a Sadoc, Sadoc engendró a Aquim, Aquim engen-

---

[1] V. 5. Variante: *Booz*.
[2] V. 7. Variante: *Asa*.
[3] V. 10. Variante: *Amón*.

dró a Eliud, Eliud engendró a Eleazar, Eleazar en-
16 gendró a Matán, Matán engendró a Jacob y Jacob
engendró a José, el esposo de María, de la cual na-
ció Jesús, que es llamado Cristo.
17 Así que, todas las generaciones desde Abraham
hasta David son catorce; desde David hasta la tras-
lación a Babilonia, catorce; y desde la traslación a
Babilonia hasta Cristo, catorce.

18 El nacimiento de Jesucristo[1] fué así: Desposada
su madre María con José, antes de que se juntasen
19 se halló[2] qne había concebido del Espíritu Santo; y
José su esposo, siendo justo, y no queriendo infa-
20 marla, se propuso repudiarla secretamente. Y ha-
biendo pensado esto, he aquí, un ángel del Señor le
apareció en sueños, y le dijo: José, hijo de David,
no temas recibir a María tu esposa, porque lo engen-
21 drado en ella, del Espíritu Santo es; y dará a luz
un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; porque él
salvará a su pueblo de sus pecados.
22 Todo esto aconteció para que se cumpliese lo que
habló el Señor por el profeta que dice:
23 «He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un
hijo,
y le llamarán Emanuel»,[3]
que, traducido, es: Dios con nosotros.
24 Al despertar José del sueño, hizo como el ángel
del Señor le había mandado, y recibió a su esposa;
25 pero no la conoció hasta que dió a luz un hijo, a quien
puso por nombre Jesús.

2, 1 Cuando hubo nacido Jesús en Belén de Judea,
en días del rey Herodes, he aquí, unos magos del
2 Oriente llegaron a Jerusalén, preguntando: ¿Dónde
está el rey de los judíos que ha nacido? Porque vi-

---

[1] V. 18. Variante: *del Cristo.*
[2] V. 18. Gr. *fué hallada encinta.*
[3] V. 23. Is. 7: 14.

mos aparecer[1] su estrella, y hemos venido a tribu-
3 tarle homenaje. Al oír esto el rey Herodes, se
4 turbó, y con él toda Jerusalén; y habiendo reunido
a todos los principales sacerdotes y a los escribas
del pueblo, inquiría de ellos dónde había de nacer el
5 Cristo. Ellos le dijeron: En Belén de Judea, por-
que así está escrito por el profeta:
6 «Y tú, Belén, tierra de Judá,
de ningún modo eres la menor entre las prin-
cipales *ciudades* de Judá;
porque de ti saldrá un príncipe
que pastoreará a mi pueblo Israel.»[2]
7 Entonces Herodes llamó en secreto a los magos, e
indagó de ellos cuidadosamente el tiempo transcurri-
8 do desde que apareció la estrella; y enviándolos a
Belén, les dijo: Id, e informaos con exactitud acerca
del niño; y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo
saber, para que también yo vaya y le tribute home-
9 naje. Ellos, habiendo oído lo dicho por el rey, se
fueron; y he aquí, la estrella que habían visto apa-
recer[1] iba delante de ellos, hasta que llegó y se paró
10 encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella,
11 se regocijaron con muy grande gozo; y entrando
en la casa, vieron al niño con María su madre, y
postrándose, le tributaron homenaje; y abriendo sus
tesoros, le ofrecieron dones: oro, incienso[3] y mirra.
12 Y prevenidos por Dios en sueños para que no vol-
viesen a Herodes, regresaron a su tierra por otro
camino.
13 Cuando hubieron partido, he aquí, un ángel del
Señor aparece en sueños a José, y le dice: Levánta-
te, toma al niño y a su madre, huye a Egipto, y es-
táte allí hasta que yo te diga; porque Herodes va a
14 buscar al niño para matarle. Levantóse, pues, tomó
15 de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egip-

---

[1] Vs. 2 y 9. o, *a su salida;* o, *en el oriente.*
[2] V. 6. Miq. 5: 2, 4.
[3] V. 11. Gr. *olíbano.*

to, donde estuvo hasta la muerte de Herodes; para
que se cumpliese lo que habló el Señor por el pro-
feta que dice:

«De Egipto llamé a mi hijo.» [1]

16 Entonces Herodes, viéndose burlado de los magos,
se enfureció mucho; y enviando *tropa* mató a todos
los niños que había en Belén y en todos sus térmi-
nos, de dos años abajo, conforme al tiempo que había
17 indagado de los magos. Cumplióse entonces lo
anunciado por el profeta Jeremías cuando dijo:

18 «Voz fué oída en Ramá,
llanto y gran lamentación;
era Raquel que lloraba sus hijos;
y no quería ser consolada, porque ya no exis-
ten.» [2]

19 Y muerto Herodes, he aquí, un ángel del Señor
20 aparece en sueños a José, en Egipto, y le dice: Le-
vántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra
de Israel; porque ya han muerto los que atentaban a
la vida del niño.

21 El entonces se levantó, tomó al niño y a su madre,
22 y entró en tierra de Israel. Mas oyendo que Ar-
quelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su pa-
dre, tuvo temor de ir allá; y prevenido por Dios en
23 sueños, se retiró a la región de Galilea, y luego
que llegó, establecióse en una ciudad llamada Naza-
ret; para que se cumpliese lo dicho por los profetas:
Será llamado Nazareno.

3, 1 Por aquel tiempo se presentó Juan el Bautista
2 predicando en el desierto de Judea, y diciendo:
Arrepentíos, que el reino de los cielos se ha acer-
cado.

3 (Pues Juan es el que fué anunciado por el profeta
Isaías cuando dijo:

«Voz de uno que clama en el desierto:

---

[1] V. 15. Os. 11: 1.
[2] V. 18. Jer. 31: 15.

Preparad el camino del Señor,
enderezad sus veredas.»)[1]
4 Y Juan mismo usaba vestido de pelo de camello
y ceñidor de cuero alrededor de sus lomos; y su ali-
mento era langostas y miel silvestre.
5 Entonces salía a él Jerusalén, y toda Judea y toda
6 la región contigua al Jordán; y eran bautizados por
él en el río Jordán, confesando abiertamente sus pe-
cados.
7 Mas como viese que muchos de los fariseos y sa-
duceos venían para ser bautizados, les dijo: Raza de
víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?
8 Producid, pues, frutos propios del arrepentimiento,
9 y no penséis decir dentro de vosotros: A Abraham
tenemos por padre; porque os digo que de estas pie-
10 dras puede Dios levantar hijos a Abraham. Y ya el
hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto,
todo árbol que no produzca buen fruto, será cortado
11 y echado al fuego. Yo, a la verdad, os bautizo en[2]
agua para arrepentimiento; pero el que viene tras
mí, cuyo calzado no soy digno de llevarle, es más
poderoso que yo; él os bautizará en[2] el Espíritu San-
12 to y fuego. Su bieldo está en su mano, y limpiará
bien su era, y juntando su trigo lo meterá en el
granero; mas la paja la quemará con fuego inextin-
guible.
13 Por este tiempo, viniendo Jesús de Galilea al Jor-
14 dán, llegóse a Juan para ser bautizado por él. Pero
Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautiza-
15 do por ti, ¿y tú vienes a mí? Respondiendo Jesús,
le dijo: Deja ahora, porque así conviene que cumpla-
16 mos todo lo justo. Entonces accedió. Después de
bautizado, subió luego Jesús del agua; y he aquí,
se[3] abrieron los cielos, y vió al Espíritu de Dios que
17 descendía como paloma y venía sobre él; y he aquí

---

[1] V. 3. Is. 40: 3.
[2] V. 11. o, *con.*
[3] V. 16. Variante: *se le abrieron.*

una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo, el
Amado, en quien tengo complacencia.

4, 1 Entonces Jesús, conducido por el Espíritu, su-
2 bió al desierto para ser tentado del diablo; y ha-
biendo ayunado cuarenta días con sus noches, al fin
3 tuvo hambre. Y llegándose el tentador, le dijo: Si
eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se con-
4 viertan en panes. Mas él respondiendo, dijo: Es-
crito está:

«No de solo pan vivirá el hombre, sino de todo mandato que procede de la boca de Dios.»[1]

5 Después el diablo le llevó a la santa ciudad, y po-
6 niéndole en lo alto del Templo, le dijo: Si eres el
Hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está:

«A sus ángeles dará órdenes acerca de ti,
y en sus manos te sostendrán,
no sea que des con tu pie en piedra.»[2]

7 Jesús le respondió: También está escrito:

«No tentarás al Señor tu Dios.»[3]

8 Otra vez, el diablo le llevó a un monte muy alto,
y mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria
9 de ellos, le dijo: Todo esto te daré, si postrándote
10 me tributares homenaje. Entonces Jesus le dijo:
Vete, Satanás; porque escrito está:

«Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo darás culto.»[4]

11 El diablo entonces le dejó, y he aquí, se llegaron
ángeles y le servían.
12 Habiendo oído Jesús que Juan había sido preso,
13 se retiró a Galilea; y dejando a Nazaret, fué a Ca-
farnaum, *ciudad* marítima en los confines de Zabu-
14 lón y Neftalí, y se estableció en ella, para que se
cumpliese lo anunciado por el profeta Isaías cuando
dijo:

---

[1] V. 4. Deut. 8: 3.
[2] V. 6. Sal. 91: 11 y 12.
[3] V. 7. Deut. 6: 16.
[4] V. 10. Deut. 6: 13.

15 «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
camino del mar, allende el Jordán,
Galilea de los gentiles,
16 el pueblo asentado en tinieblas
vió gran luz;
y a los asentados en región de sombra de muerte,
luz les alboreó.»[1]

17 Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a de-
cir: Arrepentíos, que el reino de los cielos se ha
acercado.
18 Y andando por la ribera del mar de Galilea, vió a
dos hermanos, Simón, que es llamado Pedro, y An-
drés su hermano, que echaban la red en el mar, pues
19 eran pescadores. Y díceles: Venid en pos de mí, y
20 os haré pescadores de hombres. Ellos, dejando al
21 instante las redes, le siguieron. Y pasando de allí,
vió a otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo,
y Juan su hermano, en la barca, con Zebedeo su pa-
22 dre, que remendaban sus redes; y los llamó. Ellos,
dejando al instante la barca y a su padre, le si-
guieron.
23 Recorría *Jesús* toda Galilea, enseñando en las si-
nagogas de ellos, predicando el evangelio del reino,
y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el
24 pueblo. Su fama se extendió por toda la Siria; y
le trajeron todos los que sufrían algún mal, los afli-
gidos de diversas enfermedades y dolores: endemo-
25 niados, lunáticos y paralíticos; y los sanó. Y le si-
guieron grandes multitudes de Galilea, Decápolis,
Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán.

5, 1 Viendo Jesús las multitudes, subió al monte, y
habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos.
2 Y abriendo su boca, les enseñaba, diciendo:
3 Bienaventurados los pobres en espíritu;
porque de ellos es el reino de los cielos.

---

[1] V. 16. Is. 9: 1 y 2.

4 Bienaventurados los que están tristes;
porque ellos serán consolados.
5 Bienaventurados los mansos;
porque ellos heredarán la tierra.
6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia;
porque ellos serán saciados.
7 Bienaventurados los misericordiosos;
porque ellos alcanzarán misericordia.
8 Bienaventurados los de limpio corazón;
porque ellos verán a Dios.
9 Bienaventurados los pacificadores;
porque ellos serán llamados hijos de Dios.
10 Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia;
porque de ellos es el reino de los cielos.
11 Bienaventurados sois cuando por mi causa os vi-
tuperaren y persiguieren, y dijeren toda clase de
12 mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y regoci-
jaos; porque vuestro galardón es grande en los cie-
los, pues así persiguieron a los profetas que fueron
antes de vosotros.
13 Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se
desvirtuare, ¿con qué será salada? No sirve ya para
nada, sino para ser echada fuera y hollada de los
14 hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciu-
15 dad asentada sobre un monte no puede ocultarse. Ni
se enciende una lámpara y se pone debajo del almud,
sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que
16 están en la casa. Brille así vuestra luz delante de
los hombres, para que vean vuestras buenas obras y
glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.
17 No penséis que vine para abrogar la ley o los pro-
18 fetas; no vine para abrogar, sino para cumplir. Por-
que de cierto os digo, que hasta que pasen el cielo
y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley,
19 hasta que todo sea cumplido. Cualquiera, pues, que
quebrantare uno de estos mandamientos muy peque-
ños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será

llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que
los practicare y enseñare, éste será llamado grande
20 en el reino de los cielos. Porque os digo, que si
vuestra justicia no fuere mayor que la de los escri-
bas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.
21 Habéis oído que fué dicho a los antiguos: «No
matarás»;[1] y cualquiera que matare, será reo ante el
22 tribunal. Mas yo os digo, que todo aquel que se
enojare[2] con su hermano, será reo ante el tribunal;
y cualquiera que injuriare a su hermano, será reo
ante el Sanedrín[3]; y cualquiera que le maldijere, será
23 reo del Gehena[4] del fuego. Por tanto, si al presen-
tar tu ofrenda sobre el altar, allí te acuerdas de que
24 tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofren-
da delante del altar, y ve, reconcíliate primero con
tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.
25 Concíliate pronto con tu adversario, mientras estás
con él en el camino, no sea que el adversario te en-
tregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado
26 en la cárcel. De cierto te digo, que no saldrás de
allí, hasta que hayas pagado el último cuadrante[5].
27 Habéis oído que fué dicho: «No cometerás adulte-
28 rio.»[6] Mas yo os digo, que todo aquel que mira a
una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con
29 ella en su corazón. Si, pues, tu ojo derecho te es
ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; porque te
conviene que uno de tus miembros se pierda, y no
30 que todo tu cuerpo sea echado en el Gehena. Y si
tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y
échala de ti; porque te conviene que uno de tus
miembros se pierda, y no que todo tu cuerpo vaya
al Gehena.

---

[1] V. 21. Ex. 20: 13.
[2] V. 22. Variante: *se enojare sin causa.*
[3] V. 22. *Sanedrín:* Tribunal supremo de los judíos.
[4] V. 22. *Gehena:* nombre dado al valle de Hinnom, en las cercanías de Jerusalén, donde se quemaban los cuerpos de animales muertos y toda clase de inmundicias.
[5] V. 26. La moneda romana más pequeña.
[6] V. 27. Ex. 20: 14.

31 También fué dicho: «Cualquiera que repudiare a
32 su mujer, déle carta de divorcio.»[1] Mas yo os digo,
que todo el que repudia a su mujer, a no ser por
causa de fornicación, la expone a caer en adulterio;
y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.
33 Habéis oído, además, que fué dicho a los anti-
guos: «No te perjurarás, sino cumplirás al Señor tus
34 juramentos.»[2] Mas yo os digo, que no juréis en
ninguna manera: ni por el cielo, porque es el trono
35 de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de
sus pies; ni por[3] Jerusalén, porque es la ciudad del
36 gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no
37 puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Mas
sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es
más de esto, del maligno[4] procede.
38 Habéis oído que fué dicho: «Ojo por ojo, y diente
39 por diente.»[5] Mas yo os digo, que no resistáis[6] al
hombre malo; antes si alguno te hiere en la mejilla
40 derecha, vuélvele también la otra. Al que quisiere
pleitear contigo, y quitarte la túnica, déjale también
41 la capa; y si alguno te obligare a llevar su carga
42 una milla, ve con él dos. Al que te pidiere, dale; y
al que quisiere tomar de ti prestado, no le vuelvas la
espalda.
43 Habéis oído que fué dicho: «Amarás a tu próji-
44 mo»[7] y odiarás a tu enemigo. Mas yo os digo:[8]
Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os
45 persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre
que está en los cielos; porque él hace salir su sol so-
bre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos.
46 Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa

---

[1] V. 31. Deut. 24: 1.
[2] V. 33. Lev. 19: 12.—Deut. 23: 21.
[3] V. 35. Gr. *hacia*.
[4] V. 37. o, *de mal*.
[5] V. 38. Ex. 21: 24.
[6] V. 39. o, *no resistáis al mal*.
[7] V. 43. Lev. 19: 18.
[8] V. 44. Variante: *Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian, y orad por los que os ultrajan y os persiguen.*

tenéis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?
47 Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué
hacéis de más? ¿No hacen también lo mismo los gen-
48 tiles? Vosotros, pues, debéis ser perfectos como
vuestro Padre celestial es perfecto.

6, 1 Guardaos de hacer vuestra justicia delante de
los hombres, para ser vistos de ellos; de otra mane-
ra no tenéis recompensa cerca de vuestro Padre que
está en los cielos.
Por tanto, cuando des limosna, no hagas tocar
trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en
las sinagogas y en las calles, para ser alabados de
los hombres; en verdad os digo, que ya tienen reci-
3 bida su recompensa. Mas tú, al dar limosna, no
4 sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que
sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo
secreto, te recompensará.
5 Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas; pues
gustan de orar en pie en las sinagogas y en las es-
quinas de las plazas, para ser vistos de los hombres;
de cierto os digo, que ya tienen recibida su recom-
6 pensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento,
y, cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en lo
secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recom-
7 pensará. Y orando, no uséis vanas repeticiones,
como los gentiles; porque piensan que por su pala-
8 brería serán oídos. No os hagáis, pues, semejan-
tes a ellos; porque bien sabe[1] vuestro Padre lo que
9 habéis menester, antes que vosotros le pidáis. Vos-
otros, pues, oraréis así:
Padre nuestro que estás en los cielos:
Santificado sea tu nombre.
10 Venga tu reino.
Hágase tu voluntad, como en el cielo, así tam-
bién en la tierra.

---

[1] V. 8. Variante: *Dios vuestro Padre.*

11 El pan nuestro de cada día[1] dánosle hoy.
12 Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros
hemos perdonado a nuestros deudores.
13 Y no nos metas en tentación, mas líbranos del[2]
maligno.[3]
14 Pues si perdonareis a los hombres sus ofensas, tam-
bién os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial;
15 mas si no perdonareis a los hombres, tampoco vues-
tro Padre os perdonará vuestras ofensas.
16 Y cuando ayunéis, no afectéis tristeza, como los
hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para
mostrar a los hombres que ayunan; en verdad os di-
17 go, que ya tienen recibida su recompensa. Mas tú,
cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro;
18 para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu
Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en
lo secreto, te recompensará.
19 No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra,
donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladro-
20 nes minan y hurtan; mas atesorad para vosotros en
el cielo, donde ni polilla ni moho destruyen, y donde
21 ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté tu
22 tesoro, allí estará también tu corazón. La lámpara
del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo fuere sencillo,
23 todo tu cuerpo estará iluminado; mas si tu ojo fue-
re maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Si,
pues, la luz que en ti hay son tinieblas, ¡cuán gran-
des no serán las tinieblas!
24 Ninguno puede ser siervo de dos amos; porque o
aborrecerá al uno y amará al otro, o será adicto al
uno y menospreciará al otro. No podéis ser siervos
25 de Dios y del dinero. Por tanto, os digo: No os
afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer, o
qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué ha-
béis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y

[1] V. 11. o, *nuestro pan necesario;* o, *nuestro pan para mañana.*
[2] V. 13. o, *de mal.*
[3] V. 13. Variante añade: *porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por los siglos. Amén.*

26 el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del
cielo; no siembran, ni siegan, ni recogen en grane-
ros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No va-
27 léis vosotros mucho más que ellas? Además, ¿quién
de vosotros puede, por mucho que se afane, prolon-
28 gar su vida?[1] Y en cuanto al vestido, ¿por qué os
afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo cre-
29 cen; no trabajan ni hilan; mas os digo, que ni aun
Salomón, en todo su esplendor, vistió como uno de
30 ellos. Pues, si a la hierba del campo que hoy es, y
mañana la echan en el horno, Dios la viste así, ¿no lo
hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?
31 Por tanto, no os afanéis, diciendo: ¿Qué hemos de
comer, o qué hemos de beber, o con qué nos hemos
32 de vestir? Porque en busca de todas estas cosas van
ansiosos los gentiles; y vuestro Padre celestial sabe
33 que de todas ellas tenéis necesidad. Mas buscad
primeramente el reino y la justicia de Dios, y todas
34 estas cosas os serán dadas por añadidura. Así que,
no os afanéis por el mañana; porque el mañana se
afanará por sí mismo. Bástale al día su propio mal.

7, 1 No juzguéis, para que no seáis juzgados;
2 porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzga-
dos; y con la medida con que medís, se os medirá.
3 Y ¿por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y
4 no reparas en la viga que está en tu propio ojo? O
¿cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de
5 tu ojo, teniendo tú la viga en el tuyo? ¡Hipócrita!
Saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás bien
para sacar la paja del ojo de tu hermano.
6 No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras
perlas delante de los puercos; no sea que las rehue-
llen bajo sus pies, y se vuelvan y os despedacen.
7 Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad,
8 y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; el

---

[1] V. 27. o, *añadir un codo a su estatura* (codo: poco menos de medio metro).

9 que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué
hombre hay de vosotros, que si su hijo le pidiere
10 pan, le dará una piedra? ¿O si le pidiere un pesca-
11 do, le dará una serpiente? Pues si vosotros, que
sois malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hi-
jos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cie-
12 los, dará buenas cosas a los que le pidan! Así que,
todas las cosas que quisierais que los hombres hicie-
sen con vosotros, así también haced vosotros con
ellos; porque esto es la Ley y los Profetas.
13 Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la
puerta[1], y espacioso el camino que lleva a la perdi-
14 ción, y muchos son los que entran por ella; por-
que[2] estrecha es la puerta, y angosto el camino que
lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.
15 Guardaos de los falsos profetas, los cuales vienen
a vosotros con vestidos de ovejas, mas por dentro
16 son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis:
¿Cógense acaso uvas de los espinos, o higos de los
17 abrojos? Así, todo buen árbol da frutos buenos;
18 mas el árbol maleado da frutos malos. No puede el
buen árbol llevar frutos malos, ni el árbol maleado
19 llevar frutos buenos. Todo árbol que no da buen
20 fruto, es cortado y echado en el fuego. De modo
21 que, por sus frutos los conoceréis. No todo el que
me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los
cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que
22 está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día:
Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en
tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre
23 hicimos muchos milagros? Entonces les protestaré:
Nunca os conocí; apartaos de mí los que obráis ini-
quidad.
24 Por tanto, cualquiera que me oye estas palabras,
y las pone por obra, será semejante al hombre pru-
25 dente, que edifica su casa sobre roca; y desciende

---

[1] V. 13. Variante omite: *la puerta.*
[2] V. 14. Variante: *¡Cuán estrecha...!*

lluvia, vienen torrentes, soplan vientos, y combaten
aquella casa; y no cae, porque está cimentada sobre
26 roca. Y todo el que me oye estas palabras, y no las
pone por obra, será semejante al hombre insensato,
27 que edifica su casa sobre arena; y desciende lluvia,
vienen torrentes, soplan vientos, y dan contra aque-
lla casa; y cae, y es grande su ruina.
28 Y como Jesús hubo acabado estas palabras, las
29 multitudes estaban atónitas de su doctrina; porque
les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como
los escribas.

8, 1 Habiendo Jesús bajado del monte, le siguieron
2 grandes multitudes. Y he aquí, un leproso se acer-
có, y postrándose delante de él, le dijo: Señor, si
3 quieres, puedes limpiarme. Jesús extendió la mano
y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante
4 su lepra fué limpiada. Entonces Jesús le dijo: Mira
que no lo digas a nadie; mas ve, muéstrate al sacer-
dote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para
que les sirva de testimonio.
5 Y como hubiese entrado Jesús en Cafarnaum, se
6 le acercó un centurión y le rogaba, diciendo: Señor,
mi criado está postrado en casa paralítico, padecien-
7 do crueles dolores. Yo iré y le sanaré, le dijo Je-
8 sús. Respondióle el centurión: Señor, no soy digno
de que entres debajo de mi techo; mas ordénalo so-
lamente con una palabra, y mi siervo será sanado;
9 pues yo también soy hombre bajo autoridad, y tengo
soldados a mis órdenes; y digo a uno: Ve, y va; y a
otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo
10 hace. Al oírlo Jesús, se admiró, y dijo a los que
le seguían: En verdad os digo, que en ninguno de
11 Israel he hallado tanta fe; y os digo que vendrán
muchos del Oriente y del Occidente, y se sentarán a
la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, en el reino de
12 los cielos; mas los hijos del reino serán echados a
las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el rechi-
13 nar de dientes. Y dijo Jesús al centurión: Ve, y tal

como has creído, te sea hecho. Y el siervo fué sana-
do en aquella misma hora.
14 Cuando entró Jesús en la casa de Pedro, vió a la
15 suegra de éste postrada en cama, con fiebre. Y le
tocó la mano, y la fiebre la dejó. Ella, entonces, se
16 levantó y le servía. A la caída de la tarde, le tra-
jeron muchos endemoniados; y con su palabra echó
fuera a los espíritus, y sanó a todos los enfermos;
17 para que se cumpliese lo anunciado por el profeta
Isaías cuando dijo:

«El tomó nuestras enfermedades,
y llevó nuestras dolencias.»[1]

18 Y viéndose Jesús rodeado de una multitud, mandó
19 pasar a la otra ribera. En esto se acercó un escri-
ba, y le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que
20 fueres. Jesús le contestó: Las raposas tienen ma-
drigueras, y las aves del cielo nidos[2]; mas el Hijo
del Hombre no tiene donde recostar su cabeza.
21 Otro, *que era* de sus discípulos, le dijo: Señor, per-
míteme que vaya primero y entierre a mi padre.
22 Respondióle Jesús: Sígueme, y deja que los muertos
23 entierren a sus muertos. Entonces entró en la bar-
24 ca, seguido de sus discípulos. Y sobrevino una
gran borrasca en el mar, de modo que las olas cu-
25 brían la barca; mas él dormía. Y acercándose a él,
le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálva*nos,* que pe-
26 recemos! Y él les dijo: ¿Por qué os acobardáis,
hombres de poca fe? Entonces se levantó e increpó
27 a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza. Y
los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué hom-
bre es éste, que aun los vientos y el mar le obede-
cen?
28 Habiendo llegado a la otra ribera, a la tierra de
los gadarenos, le vinieron al encuentro dos endemo-
niados que salían de los sepulcros, feroces en extre-
mo, tanto que nadie podía pasar por aquel camino.

---

[1] V. 17. Is. 53: 4.
[2] V. 20. Gr. *lugares donde acogerse.*

29 Y he aquí, gritaron, diciendo: ¿Qué tenemos nosotros
contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para ator-
30 mentarnos antes de tiempo? Y había lejos de ellos
31 una piara de muchos cerdos paciendo; y los demo-
nios le rogaban: Si nos echas fuera, envíanos a la
32 piara de cerdos. El les dijo: Id. Y habiendo ellos
salido, se fueron a los cerdos; y he aquí, toda la pia-
ra se precipitó en el mar por el despeñadero, y pe-
33 reció en las aguas. Los porqueros huyeron, y yen-
do a la ciudad lo contaron todo, y *en particular* lo
34 de los endemoniados. Y he aquí, toda la ciudad sa-
lió al encuentro de Jesús; y al verle, le rogaron que
se apartara de sus términos.

9, 1 Entonces, entrando Jesús en una barca, pasó a
la otra ribera, y llegó a su ciudad.

2 Y he aquí, le trajeron un paralítico postrado en
un lecho; y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralí-
tico: Ten ánimo, hijo; perdonados *te* son tus peca-
3 dos. Algunos de los escribas dijeron dentro de sí:
4 Este blasfema. Y sabiendo Jesús los pensamientos
de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros co-
5 razones? ¿Qué es más fácil, decir: Perdonados *te*
6 son tus pecados, o decir: Levántate, y anda? Pues,
para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potes-
tad en la tierra para perdonar pecados (dice .enton-
ces al paralítico): Levántate, toma tu lecho, y vete a
7 tu casa. El entonces se levantó, y se fué a su casa.
8 Al ver esto las multitudes, se sobrecogieron de te-
mor, y glorificaron a Dios, que había dado tal poder
a los hombres.
9 Pasando Jesús de allí, vió a un hombre llamado
Mateo, sentado en la recaudación de los tributos, y
10 le dice: Sígueme. Y él, levantándose, le siguió. Y
aconteció que estando Jesús a la mesa en la casa, he
aquí, múchos publicanos y pecadores que habían
venido, se sentaron a comer con él y sus discípulos.
11 Al ver esto los fariseos, preguntaban a los discípu-

los: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publica-
12 nos y pecadores? Jesús, cuando lo oyó, dijo: Los
que están sanos no tienen necesidad de médico, sino
13 los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa:
«Misericordia quiero, y no sacrificio»;[1]
porque no vine a llamar justos, sino pecadores.
14 Entonces vinieron a él los discípulos de Juan, di-
ciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos,
15 y tus discípulos no ayunan? Jesús les dijo: ¿Pueden
acaso los convidados a bodas estar tristes mientras
el esposo está con ellos? Mas vendrán días cuando el
16 esposo les será quitado, y entonces ayunarán. Na-
die echa remiendo de paño nuevo en vestido viejo;
porque tal remiendo tira del vestido, y se hace una
17 rotura peor. Ni se echa vino nuevo en odres viejos;
de otra manera los odres revientan, el vino se derra-
ma, y se pierden los odres; mas se echa el vino nuevo
en odres nuevos, y ambas cosas se conservan.
18 Mientras él les decía estas cosas, he aquí, llegó
un presidente[2] *de sinagoga,* y postrándose delante
de él, le dijo: Mi hija acaba de morir; mas ven y pon
19 tu mano sobre ella, y volverá a la vida. Entonces
20 Jesús se levantó, y le seguía con sus discípulos. Y
he aquí, una mujer que padecía flujo de sangre hacía
doce años, vino por detrás y tocó la orla de su man-
21 to. Porque decía para sí: Con sólo que toque su
22 manto, seré salva. Volviéndose Jesús, y viéndola,
dijo: Ten ánimo, hija, tu fe te ha salvado. Y la mu-
23 jer fué salva desde aquella hora. Cuando entró Je-
sús en la casa del presidente,[2] y vió a los tañedores
24 de flautas y al gentío que hacía bullicio, dijo: Reti-
raos, que la niña no está muerta, sino duerme. Y se
25 mofaban de él. Pero una vez echado fuera el gen-
tío, entró y tomó de la mano a la niña; y ésta se le-
26 vantó. Y cundió la fama de esto por toda aquella
tierra.

---

[1] V. 13. Os. 6: 6.
[2] Vs. 18 y 23. Gr. Arconte.

27 Pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos,
gritando y diciendo: Ten misericordia de nosotros,
28 hijo de David. Y después que hubo entrado en ca-
sa, se llegaron a él los ciegos; y Jesús les dice:
¿Creéis que puedo hacer esto? Sí, Señor, le respon-
29 dieron ellos. Entonces tocó los ojos de ellos, dicien-
30 do: Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y fueron
abiertos sus ojos. Y Jesús les mandó rigurosamente,
31 diciendo: Mirad que nadie lo sepa. Pero ellos sa-
lieron y divulgaron la fama de él por toda aquella
32 tierra. Y saliendo ellos, he aquí, le trajeron un
33 mudo endemoniado. Y echado fuera el demonio, el
mudo habló; y las multitudes se maravillaron y de-
cían: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel.
34 Mas los fariseos decían: Por el príncipe de los de-
monios echa fuera los demonios.

35 Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, ense-
ñando en las sinagogas, predicando el evangelio del
reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia.
36 Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas;
porque estaban vejadas y abatidas, como ovejas
37 que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípu-
38 los: La mies es mucha, mas los obreros pocos. Ro-
gad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a
su mies.

10, 1 Y llamando a sus doce discípulos, les dió po-
testad sobre los espíritus inmundos, para echarlos
fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolen-
2 cia. Los nombres de los doce apóstoles son estos:
El primero, Simón, que es llamado Pedro, y Andrés
su hermano; Jacobo, *hijo* de Zebedeo, y Juan su
3 hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el
4 publicano; Jacobo, *hijo* de Alfeo, y Tadeo; Simón
5 el cananeo,[1] y Judas Iscariote, el que le entregó. A

---

[1] V. 4. Perteneciente al partido político de los judíos llamado de los *zelotes*.

estos doce envió Jesús, después de haberles dado
estas instrucciones:

No vayáis por camino de gentiles, ni entréis en
6 ciudad de samaritanos; sino id más bien a las ove-
7 jas perdidas de la casa de Israel. Y yendo, predi-
cad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado.
8 Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad lepro-
sos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad
9 de gracia. No os proveáis de oro, ni plata, ni cobre
10 en vuestros cintos; ni de alforja para el camino, ni
de dos túnicas, ni de calzado, ni de bordón; porque el
11 obrero digno es de su alimento. Y en cualquiera
ciudad o aldea donde entrareis, informaos quién sea
12 en ella digno, y posad allí hasta que salgáis. Al en-
13 trar en la casa, saludadla. Y si la casa fuere digna,
venga vuestra paz sobre ella; mas si no fuere digna,
14 vuélvase vuestra paz a vosotros. Y si alguno no os
recibiere, ni aun quisiere escuchar vuestras palabras,
saliendo de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo
15 de vuestros pies. En verdad os digo, que a la tie-
rra de Sodoma y de Gomorra será más tolerable *la
situación* en el día del juicio, que a aquella ciudad.
16 He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de
lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sen-
17 cillos como palomas. Mas guardaos de los hombres;
porque os entregarán a los tribunales, y en sus sina-
18 gogas os azotarán; y aun ante gobernadores y re-
yes seréis llevados por causa de mí, para testimonio
19 a ellos y a los gentiles. Y cuando os hayan entre-
gado, no os preocupéis por cómo o qué habéis de ha-
blar; pues os será dado en aquella hora lo que habéis
20 de decir; porque no sois vosotros los que habláis,
sino que es el Espíritu de vuestro Padre el que ha-
21 bla en vosotros. El hermano entregará al hermano
a la muerte, y el padre al hijo; los hijos se levantarán
22 contra los padres, y los harán morir; y seréis odia-
dos de todos por mi nombre; mas el que perseverare
23 hasta el fin, éste será salvo. Cuando os persigan en

esta ciudad, huíd a la otra; porque en verdad os di-
go, que no acabaréis *de recorrer* las ciudades de Is-
24 rael, antes que venga el Hijo del Hombre. El discí-
pulo no es más que su maestro, ni el siervo más que
25 su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro
y al siervo como su señor. Si al padre de familia le
han llamado Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?
26 Por tanto, no les tengáis miedo; pues nada hay en-
cubierto que no haya de descubrirse, ni oculto que
27 no haya de saberse. Lo que os digo en las tinie-
blas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, prego-
28 nadlo desde las azoteas. Y no temáis a los que ma-
tan el cuerpo, pero al alma no pueden matar; temed
más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el
29 Gehena. ¿No se venden dos pajarillos por un cuar-
to? Con todo, ni uno de ellos caerá a tierra sin *co-*
30 *nocimiento de* vuestro Padre. Y en cuanto a vos-
otros, aun los cabellos de vuestra cabeza están todos
31 contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros
32 que muchos pajarillos. Cualquiera, pues, que me
confesare delante de los hombres, yo también le con-
fesaré delante de mi Padre que está en los cielos;
33 mas cualquiera que me negare delante de los hom-
bres, yo también le negaré delante de mi Padre que
34 está en los cielos. No penséis que vine para meter
paz en la tierra; no vine para meter paz, sino espada.
35 Porque vine para poner en disensión al hombre con
su padre, y a la hija con su madre, y a la nuera con
36 su suegra; y los enemigos del hombre serán los
37 de su propia casa. El que ama a padre o madre más
que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija
38 más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma
su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.
39 El que hallare su vida, la perderá; y el que perdiere
40 su vida por causa de mí, la hallará. El que a vos-
otros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a
41 mí, recibe al que me envió. El que recibiere a un
profeta en atención a que es profeta, recompensa de
profeta recibirá; y el que recibiere a un justo en

atención a que es justo, recompensa de justo recibi-
42 rá. Y cualquiera que diere de beber, aunque sea
un vaso de agua fría, a uno de estos pequeños, en
atención a que es discípulo, de cierto os digo, que no
perderá su recompensa.

11, 1 Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus
doce discípulos, partió de allí para enseñar y predi-
car en las ciudades de ellos.

2 Y como Juan en la prisión oyese referir las obras de
Cristo, mandó a decirle, por medio de sus discípulos:
3 ¿Eres tú el que había de venir, o esperamos a otro?
4 Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y contad a Juan
5 las cosas que oís y veis: los ciegos reciben la vis-
ta y los cojos andan, los leprosos son limpiados y los
sordos oyen, los muertos son resucitados y a los po-
6 bres es anunciado el evangelio; y bienaventurado
el que no se escandalizare en mí.
7 Y mientras ellos se iban, comenzó Jesús a decir a
las gentes respecto de Juan: ¿Qué salisteis a ver al
8 desierto?, ¿una caña agitada por el viento? Mas,
¿qué salisteis a ver?, ¿un hombre vestido de ropas
delicadas? He aquí, los que llevan ropas delicadas,
9 en las casas de los reyes están. Mas, ¿por qué sa-
listeis?, ¿por ver un profeta? Sí, os digo, y mucho
10 más que profeta. Este es aquél de quien está es-
crito:

«He aquí, yo envío mi mensajero ante tu faz,
que preparará tu camino delante de ti.»[1]

11 En verdad os digo, que entre los nacidos de mujer,
no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista;
pero el menor en el reino de los cielos, mayor es que
12 él. Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora,
el reino de los cielos es tomado a viva fuerza, y los
13 esforzados lo arrebatan. Pues todos los profetas y
14 la Ley profetizaron hasta Juan; y si queréis recibir-

[1] V. 10. Mal. 3: 1.

15 lo, él es aquel Elías que había de venir. El que tie-
16 ne oídos, oiga. Mas, ¿a qué compararé esta gene-
ración? Semejante es a los muchachos que, sentados
17 en las plazas, dan voces a sus compañeros, diciendo:

Os tañimos flauta, y no bailasteis;
cantamos endechas, y no plañisteis.

18 Porque viene Juan que no come ni bebe, y dicen:
19 Demonio tiene. Viene el Hijo del Hombre que come
y bebe, y dicen: He aquí un glotón y bebedor de
vino, amigo de publicanos y de pecadores. Mas la
20 sabiduría es[1] justificada por sus obras.[2] Entonces
comenzó a reconvenir a las ciudades en que se ha-
bían hecho la mayor parte de sus milagros, porque
21 no se habían arrepentido: ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay
de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hu-
bieran hecho los milagros que han sido hechos en
vosotras, tiempo ha que se habrían arrepentido, cu-
22 biertas de cilicio y ceniza. Y esto os digo, que a
Tiro y a Sidón será más tolerable *la situación* en el
23 día del juicio, que a vosotras. Y tú, Cafarnaum,
¿serás ensalzada hasta el cielo? Hasta el Hades[3]
descenderás; porque si en Sodoma se hubieran he-
cho los milagros que han sido hechos en ti, habría
24 permanecido hasta hoy. Y esto os digo, que a la
tierra de Sodoma será más tolerable *la situación* en
el día del juicio que a ti.

25 Por aquel tiempo exclamó Jesús, diciendo: Te ala-
bo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque es-
condiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las
26 revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así fué de tu
27 agrado. Todas las cosas me fueron entregadas por
mi Padre; y nadie conoce verdaderamente al Hijo,
sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el
28 Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Ve-
nid a mí todos los que estáis trabajados y cargados,
29 y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vos-

---

[1] V. 19. o, *fué*. [2] Variante: *hijos;* como en Luc. 7: 35.
[3] V. 23. *Hades:* La morada de los muertos.

otros, y aprended de mí, que soy manso y humilde
de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas;
30 porque mi yugo es suave y ligera mi carga.

12, 1 En aquel tiempo, pasando Jesús por los sem-
brados un sábado, sus discípulos tuvieron hambre, y
2 comenzaron a arrancar espigas y a comer. Viendo
esto los fariseos, le dijeron: Mira, tus discípulos ha-
cen lo que no es lícito hacer en el día del reposo.
3 Pero él les contestó: ¿No habéis leído lo que hizo
David, cuando él y los que le acompañaban tuvieron
4 hambre; cómo entró en la casa de Dios, y *todos*
comieron los panes de la proposición, que no les era
lícito comer, ni a él ni a los que le acompañaban,
5 sino a los sacerdotes solamente? O ¿no habéis leído
en la Ley, que los sábados los sacerdotes en el Tem-
plo profanan el día del reposo, y son sin culpa?
6 Pues os digo que lo que es más que el Templo,
7 está aquí. Y si hubierais entendido lo que signi-
fica:

«Misericordia quiero, y no sacrificio,»[1]

no habríais condenado a los inocentes.
8 Porque el Hijo del Hombre es Señor del día del
reposo.
9 Pasando entonces de allí, fué a la sinagoga de
10 ellos. Y había allí un hombre que tenía seca una
mano; y preguntaron a Jesús para poder acusarle:
11 ¿Es lícito curar en el día del reposo? Mas él les
respondió: ¿Qué hombre habrá de vosotros, que te-
niendo una sola oveja, si ésta cayere en un hoyo en
12 sábado, no le eche mano y la saque? Pues ¡cuánto
más vale un hombre que una oveja! Así que, lícito
13 es hacer bien en el día del reposo. Entonces dijo
al hombre: Extiende tu mano. El la extendió, y le
14 fué restituída sana como la otra. Al salir los fari-
seos, consultaron entre sí contra Jesús, para matarle.
15 Mas él, entendiéndolo, se retiró de allí; y le sigue-

[1] V. 7. Os. 6: 6.

16 ron muchos, y los sanó a todos, encargándoles ri-
17 gurosamente que no le descubriesen; para que se
cumpliera lo anunciado por el profeta Isaías que dice:
18 «He aquí mi Siervo, a quien he escogido;
mi Amado, en quien mi alma tiene compla-
cencia.
Pondré mi Espíritu sobre él,
y a los gentiles anunciará juicio.
19 No contenderá ni clamará,
ni nadie oirá en las plazas su voz.
20 La caña cascada no quebrará,
y el pábilo que humea no apagará,
hasta que lleve a triunfo la justicia;[1]
21 y en su nombre esperarán los gentiles.»[2]
22 Entonces le fué traído un endemoniado, ciego y
mudo, y le sanó; de manera que el mudo hablaba y
23 veía. Y todas las gentes estaban atónitas, y decían:
24 ¿Será éste acaso el Hijo de David? Mas los fari-
seos, al oírlo, dijeron: Este no echa fuera a los de-
monios, sino por Beelzebú, príncipe de los demonios.
25 Y sabiendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo:
Todo reino dividido contra sí mismo es asolado; y
toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no sub-
26 sistirá. Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra
sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, subsistirá su
27 reino? Y si yo por Beelzebú echo fuera a los de-
monios, vuestros hijos ¿por quién los echan? Por tan-
28 to, ellos serán vuestros jueces. Mas si yo por el
Espíritu de Dios echo fuera a los demonios, cierta-
29 mente ha llegado ya a vosotros el reino de Dios. O
¿cómo puede alguno entrar en la casa del fuerte, y
arrebatarle sus bienes, si primero no le ata? Enton-
30 ces podrá saquear su casa. El que no es conmigo,
contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.
31 Por tanto, os digo: Todo pecado será[3] perdonado a

[1] V. 20. Gr. *el juicio.*
[2] Vs. 18-21. Is. 42: 1-4.
[3] V. 31. Variante: *os será.*

los hombres, y toda blasfemia; mas la blasfemia con-
32 tra el Espíritu no será perdonada. Y cualquiera
que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre,
le será perdonado; mas cualquiera que hablare con-
tra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en
33 este siglo ni en el venidero. O dad por bueno el
árbol, y bueno su fruto; o dad por malo el árbol, y
malo su fruto; porque por el fruto es conocido el ár-
34 bol. Raza de víboras, ¿cómo podéis hablar cosas
buenas, siendo malos? Porque de la abundancia del
35 corazón habla la boca. El hombre bueno, de su buen
tesoro saca buenas cosas; y el hombre malo, de su
36 mal tesoro saca malas cosas. Mas os digo, que de
toda palabra ociosa que hablaren los hombres darán
37 cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras
serás justificado y por tus palabras serás condenado.

38 Entonces le dijeron algunos de los escribas y fa-
riseos: Maestro, queremos ver de ti alguna señal.
39 Mas él les respondió: La generación malvada y
adúltera demanda señal; pero señal no le será dada,
40 sino la de Jonás el profeta. Porque como estuvo
Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres no-
ches, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres
41 noches en el seno de la tierra. Los ninivitas se le-
vantarán en el juicio con esta generación, y la con-
denarán; porque ellos se arrepintieron al pregón de
Jonás; y he aquí uno mayor[1] que Jonás en este lu-
42 gar. La reina del Mediodía se levantará en el jui-
cio con esta generación, y la condenará; porque ella
vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de
Salomón; y he aquí uno mayor[1] que Salomón en este
43 lugar. Cuando el espíritu inmundo ha salido del
hombre, pasa por lugares secos, buscando reposo, y
44 no lo halla. Entonces dice: Me volveré a mi casa
de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada,
45 barrida y adornada. Entonces va y toma consigo

---

[1] Vs. 41 y 42. Gr. *lo que es más.*

otros siete espíritus peores que él, y entrando, habitan allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero; así también sucederá a esta generación malvada.

46 Hablando él aún a las gentes, he aquí su madre y
47 sus hermanos estaban fuera, deseando hablarle. Y
díjole uno: Tu madre y tus hermanos están fuera y
48 desean hablarte.[1] Mas él respondió al que se lo de-
cía: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis herma-
49 nos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos,
50 dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque
cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que
está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y
madre.

13 1 Aquel mismo día, habiendo salido Jesús de casa,
2 sentóse[2] a la orilla del mar. Y se llegaron a él
tantas gentes, que entró en una barca y se sentó;
3 y toda la multitud estaba en pie en la ribera. Y
les habló de muchas cosas por parábolas, diciendo:
4 He aquí, el sembrador salió a sembrar; y sembran-
do, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinie-
5 ron las aves, y se la comieron. Otra parte cayó en
pedregales, donde no tenía mucha tierra; y nació
6 pronto por no tener profundidad de tierra; mas sa-
lido el sol, se quemó; y por no tener raíz, se secó.
7 Otra parte cayó entre espinas; y las espinas crecie-
8 ron y la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tie-
rra, y fué dando fruto, cuál a ciento por uno, cuál a
9 sesenta y cuál a treinta. El que tiene oídos, oiga.

10 Llegándose entonces sus discípulos, le dijeron:
11 ¿Por qué les hablas por parábolas? Y él les respon-
dió: A vosotros es dado conocer los misterios del
12 reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Por-

---

[1] V. 47. Variante omite el versículo 47.
[2] V. 1. Gr. *estaba sentado.*

que al que tiene, le será dado, y tendrá en abundan-
cia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será
13 quitado. Por eso les hablo por parábolas; porque
14 viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. Y
en ellos se cumple la profecía de Isaías que dice:

«Oyendo oiréis, y no entenderéis;
y viendo veréis, y no percibiréis.
15 Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado,
y con los oídos han oído pesadamente,
y sus ojos los han cerrado;
no sea que perciban con los ojos,
y oigan con los oídos,
y entiendan con el corazón, y se vuelvan;
y yo los sane.»[1]

16 Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y
17 vuestros oídos, porque oyen. Pues de cierto os
digo, que muchos profetas y justos anhelaron ver lo
que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo
18 oyeron. Vosotros, pues, escuchad la parábola del
19 sembrador: Cuando alguno oye la palabra del rei-
no, y no la entiende, viene el maligno y arrebata lo
sembrado en su corazón; éste es el sembrado junto al
20 camino. El sembrado en pedregales es el que oye
21 la palabra, y al instante la recibe con gozo; mas no
tiene raíz en sí, antes es de poca duración, pues en
viniendo tribulación o persecución a causa de la pa-
22 labra, luego se escandaliza. El sembrado en espi-
nas es el que oye la palabra; pero el afán del siglo
y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se
23 hace infructuosa. Mas el sembrado en buena tierra
es el que oye la palabra y la entiende, el que verda-
deramente lleva fruto, y rinde, uno a ciento, otro a
sesenta y otro a treinta por uno.

24 Otra parábola les propuso, diciendo: El reino de
los cielos puede compararse a un hombre que sem-

[1] Vs. 14 y 15. Is. 6: 9 y 10.

25 bró buena semilla en su campo; pero mientras dor-
mían los hombres, vino su enemigo y sobresembró
26 cizaña entre el trigo, y se fué. Cuando creció la
hierba y apuntó la espiga, entonces se descubrió
27 también la cizaña. Y llegándose los siervos del pa-
dre de familia, le dijeron: Señor, ¿no sembraste bue-
na semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene ciza-
28 ña? Y él les contestó: Algún enemigo hizo esto.
Los siervos le dicen: ¿Quieres, pues, que vayamos
29 a recogerla? No; dijo él, porque recogiendo la ci-
30 zaña, no arranquéis también con ella el trigo. De-
jad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la sie-
ga, y al tiempo de la siega diré a los segadores: Re-
coged primero la cizaña, y atadla en manojos para
quemarla; mas el trigo, juntadlo en mi granero.

31 Otra parábola les propuso, diciendo: El reino de
los cielos es semejante al grano de mostaza, que un
32 hombre tomó y sembró en su campo; la cual es la
menor de todas las semillas; mas cuando ha crecido,
es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, de modo
que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas.

33 Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es
semejante a la levadura que una mujer tomó y es-
condió en tres medidas de harina, hasta que todo se
leudó.

34 Todo esto habló Jesús por parábolas a las multi-
35 tudes, y sin parábola nada les hablaba; para que
se cumpliese lo anunciado por el profeta que dice:
«Abriré en parábolas mi boca;
publicaré cosas escondidas desde la fundación
del mundo.»[1]
36 Entonces, habiendo despedido a las gentes, se
vino a casa; y acercándosele sus discípulos, le dije-
ron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo.

---

[1] V. 35. Sal. 78: 2.

37 Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena
38 semilla es el Hijo del Hombre; el campo es el mun-
do; la buena semilla son los hijos del reino; la ciza-
39 ña son los hijos del maligno; el enemigo que la
sembró, es el diablo; la siega es la consumación del
40 siglo, y los segadores son los ángeles. De manera
que como es recogida la cizaña y quemada con fue-
41 go, así será en la consumación del siglo. El Hijo
del Hombre enviará a sus ángeles y recogerán de su
reino todo lo que sirve de tropiezo, y a los que ha-
cen iniquidad, y los echarán en el horno del fue-
42 go; allí será el llanto y el rechinar de dientes.
43 Entonces los justos resplandecerán como el sol en el
reino de su Padre. El que tiene oídos, oiga.

44 El reino de los cielos es semejante a un tesoro es-
condido en el campo, que un hombre halló y escon-
dió *de nuevo;* y gozoso por ello, fué y vendió todo
45 lo que tenía, y compró aquel campo. El reino de
los cielos también es semejante a un mercader que
46 busca perlas finas; y habiendo hallado una perla de
gran precio, fué y vendió todo lo que tenía, y la com-
47 pró. Además, el reino de los cielos es semejante a
una red barredera, que echada en el mar, junta toda
48 clase *de peces;* y una vez llena, la sacan a la
orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestos, y ti-
49 ran lo malo. Así será en la consumación del siglo.
Saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de en-
50 tre los justos, y los echarán en el horno del fuego;
51 allí será el llanto y el rechinar de dientes. ¿Habéis
entendido todas estas cosas? Sí, respondieron ellos.
52 Y él les dijo: Por eso, todo escriba que se ha hecho
discípulo del reino de los cielos, es semejante a un
padre de familia, que saca de su tesoro cosas nue-
vas y cosas viejas.

53 Y como Jesús hubo acabado estas parábolas, par-
54 tió de allí. Y venido a su tierra, les enseñaba en la
sinagoga de ellos, de manera que estaban atónitos, y

decían: ¿De dónde tiene éste tal sabiduría y tales
55 poderes milagrosos? ¿No es éste el hijo del car-
pintero? ¿No se llama su madre María, y sus herma-
56 nos, Jacobo, José, Simón y Judas? Y sus hermanas,
¿no viven todas entre nosotros? ¿De dónde, pues,
57 tiene éste todas estas cosas? Y se escandalizaban
en él. Mas Jesús les dijo: No hay profeta sin honra
58 sino en su tierra y en su casa. Y no hizo allí mu-
chos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.

14, 1 En aquel tiempo, Herodes el tetrarca oyó la
2 fama de Jesús, y dijo a sus siervos: Este es Juan el
Bautista; se ha levantado de los muertos, y por eso
3 obran en él estos poderes milagrosos. Pues a cau-
sa de Herodías, mujer de Felipe, hermano de Hero-
des, éste había prendido a Juan y le había encadena-
4 do y metido en la cárcel; porque Juan le decía: No
5 te es lícito tenerla. Y Herodes, queriendo matarle,
temió al pueblo; porque tenían a Juan por profeta.
6 Mas, llegado el cumpleaños de Herodes, la hija de
Herodías danzó en medio *de todos,* y agradó tanto
7 a Herodes, que éste le prometió con juramento
8 darle cualquiera cosa que pidiese. Ella, instigada
por su madre, dijo: Dame aquí en un plato la cabeza
9 de Juan el Bautista. El rey se entristeció; mas a
causa de sus juramentos y de los comensales, orde-
10 nó que se le diese. Y mandó decapitar a Juan en
11 la cárcel. Y fué traída su cabeza en un plato, y
entregada a la muchacha, quien la llevó a su madre.
12 Entonces vinieron los discípulos de Juan, tomaron el
cadáver, y habiéndolo sepultado, fueron a dar la no-
ticia a Jesús.

13 Oyéndolo Jesús, retiróse de allí en una barca a un
lugar desierto, para estar solo; mas al saberlo las gen-
14 tes, siguiéronle por tierra desde las ciudades. Y sa-
liendo Jesús, vió una gran multitud, y tuvo compasión
15 de ella, y sanó a sus enfermos. Llegada la tarde,
los discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar

es desierto, y la hora ya ha pasado; despide, pues, a
las gentes, para que vayan a las aldeas, y se com-
16 pren de comer. Jesús les dijo: No tienen necesidad
17 de irse; dadles vosotros de comer. A lo cual res-
pondieron: No tenemos aquí más que cinco panes y
18 19 dos peces. Traédmelos acá, dijo él. Y habien-
do mandado a las gentes recostarse sobre la hier-
ba, tomó los cinco panes y los dos peces, y mirando
al cielo, *los* bendijo, y partiendo los panes, los dió
20 a sus discípulos, y éstos a las gentes. Todos co-
mieron y se saciaron; y alzaron lo que sobró de los
21 pedazos, doce cestas llenas. Y los que comieron
fueron como cinco mil hombres, sin contar las muje-
res y los niños.

22 Inmediatamente después obligó Jesús a los discí-
pulos a entrar en la barca y precederle hacia la otra
23 ribera, mientras él despedía a las gentes. Y habién-
dolas despedido, subió al monte a orar a solas, y en-
24 trada la noche, estaba allí solo. Y la barca distaba
ya de tierra muchos estadios,[1] siendo combatida de
25 las olas, porque el viento era contrario. Y a la cuar-
ta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando so-
26 bre el mar. Los discípulos, al verle andar sobre el
mar, se turbaron, y dijeron: ¡Es un fantasma! Y gri-
27 taron de miedo. Mas Jesús al instante les habló,
diciendo: Tened ánimo; soy yo; no tengáis miedo.
28 Señor, le respondió Pedro, si eres tú, manda que yo
29 vaya a ti sobre las aguas. Ven, le dijo. Y bajando
Pedro de la barca, anduvo sobre las aguas y fué ha-
30 cia Jesús. Mas viendo el viento[2] *que hacía,* tuvo
miedo; y comenzándose a hundir, gritó, diciendo:
31 ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo
la mano, le asió, y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por
32 qué dudaste? Y como ellos subieron a la barca,
33 amainó el viento. Entonces, los que estaban en la

---

[1] V. 24. Variante: *la barca estaba ya en medio del mar.*
[2] V. 30. Variante: *viento fuerte.*

barca, se postraron delante de él, diciendo: Verda-
deramente eres Hijo de Dios.
34 Habiendo hecho la travesía, llegaron a tierra de[1]
35 Genezaret. Y al reconocerle los hombres de aquel
lugar, enviaron aviso por toda aquella región; y tra-
36 jeron a él todos los que padecían algún mal, y le
rogaban que les dejase tocar siquiera la orla de su
manto; y cuantos *le* tocaron, fueron sanados.

15, 1 Entonces vinieron a Jesús, desde Jerusalén,
2 unos fariseos y escribas, diciendo: ¿Por qué tus
discípulos traspasan la tradición de los ancianos?
3 pues no se lavan las manos cuando comen pan. Y
vosotros, respondió él, ¿por qué traspasáis el manda-
4 miento de Dios por *seguir* vuestra tradición? Por-
que Dios dijo:

«Honra a tu padre y a tu madre»,[2] y,
«El que maldijere al padre o a la madre, mue-
ra irremisiblemente.»[3]

5 Pero vosotros decís: Cualquiera que dijere a su pa-
dre o a su madre: He ofrecido a Dios todo lo mío
6 que pudiera serte de provecho, ya no ha de honrar
a su padre o a su madre. Así habéis invalidado la pa-
7 labra de Dios por *seguir* vuestra tradición. ¡Hipó-
critas! Bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo:

8 «Este pueblo con los labios me honra;
mas su corazón lejos está de mí;
9 y en vano me adoran,
pues enseñan doctrinas que son preceptos de
hombres.»[4]

10 Y habiendo llamado a las gentes, les dijo: Oíd y en-
11 tended: No lo que entra en la boca contamina al
hombre; mas lo que sale de la boca, eso contamina
12 al hombre. Acercándose entonces los discípulos, le
dicen: ¿Sabes que los fariseos se escandalizaron

---

[1] V. 34. Gr. *en*.
[2] V. 4. Ex. 20: 12. [3] Ex. 21: 17.
[4] V. 9. Is. 29: 13.

13 cuando oyeron este dicho? El respondió: Toda
planta que mi Padre celestial no plantó, será des-
14 arraigada. Dejadlos; son ciegos, guías de ciegos;
y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el
15 hoyo. Pedro, entonces, le dijo: Decláranos la pa-
16 rábola. Y él contestó: ¿También vosotros sois aún
17 faltos de entendimiento? ¿No consideráis que todo
lo que entra en la boca, va al vientre, y se echa en
18 la secreta? Mas lo que sale de la boca, del cora-
zón procede, y eso es lo que contamina al hombre.
19 Porque del corazón proceden malos pensamientos,
homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos
20 testimonios, blasfemias. Estas son las cosas que
contaminan al hombre; mas el comer con las manos
sin lavar no contamina al hombre.

21 Y saliendo Jesús de allí, se retiró a las regiones
22 de Tiro y de Sidón. Y he aquí, una mujer cananea
de aquellos términos salió y clamaba, diciendo: ¡Ten
misericordia de mí, Señor, Hijo de David! Mi hija
23 está cruelmente atormentada de un demonio. Pero
él no le respondió palabra; y llegando sus discípu-
los, le rogaban, diciendo: Despídela, porque viene
24 gritando tras nosotros. No fuí enviado, contestó,
25 sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. En-
tonces ella vino, y postrándose delante de él, decía:
26 Señor, socórreme. Mas él respondió: No está bien
tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos.
27 Ella dijo: Es verdad, Señor; pues los perrillos co-
men de las migajas que caen de la mesa de sus seño-
28 res. ¡Oh mujer!, respondió entonces Jesús, grande
es tu fe; séate hecho como quieres. Y fué sanada su
hija desde aquella hora.

29 De allí pasó Jesús y vino a la ribera del mar de
30 Galilea, y subiendo al monte, se sentó. Y llegáron-
se a él grandes multitudes, trayendo consigo cojos,
mancos, ciegos, mudos y otros muchos *enfermos,*
31 y los echaron a los pies de Jesús; y él los sanó; de

modo que la gente se maravillaba viendo a los mudos
hablar, a los mancos sanos, a los cojos andar y a los
32 ciegos ver; y glorificaron al Dios de Israel. Y Jesús
llamó a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión
de esta multitud, porque hace ya tres días que per-
manecen conmigo, y no tienen qué comer; y no quie-
ro despedirlos ayunos, no sea que desfallezcan en el
33 camino. Y sus discípulos le respondieron: ¿De dón-
de tendremos en un desierto pan suficiente para sa-
34 ciar a tan grande multitud? Jesús les preguntó:
¿Cuántos panes tenéis? Siete, y unos pocos pececi-
35 llos, contestaron ellos. Entonces mandó que la mul-
36 titud se recostase sobre la tierra. Y tomó los siete
panes y los peces, y habiendo dado gracias, los par-
tió y fué dando a los discípulos, y los discípulos a las
37 gentes. Comieron todos, y se saciaron; y alzaron
lo que sobró de los pedazos, siete espuertas llenas.
38 Y los que comieron eran cuatro mil hombres, sin
39 contar las mujeres y los niños. Entonces, habiendo
despedido á las gentes, entró en la barca y pasó a
los términos de Magadán.

16, 1 Llegándose los fariseos y saduceos a Jesús,
para tentarle, pidieron que les mostrase alguna se-
2 ñal del cielo. Respondiendo él, les dijo:[1] A la caí-
da de la tarde decís: *Hará* buen tiempo porque el
3 cielo tiene arreboles; y por la mañana: Hoy *habrá*
tempestad, porque el cielo tiene arreboles y está
nublado. Sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¿y
no podéis *distinguir* las señales de los tiempos?
4 La generación mala y adúltera demanda señal; pero
señal no le será dada, sino la de Jonás. Y dejándo-
los, se fué.
5 Habiendo llegado los discípulos a la otra ribera,
6 *notaron que* se habían olvidado de traer pan. Y Je-
sús les dijo: Mirad, guardaos de la levadura de los

[1] Vs. 2 y 3. Variante: *Respondiendo él, les dijo: La generación,* etc., omitiendo lo de los versículos 2 y 3.

7 fariseos y saduceos. Ellos discurrían entre sí, di-
8 ciendo: Es porque no trajimos pan. Y entendiéndo-
lo Jesús, les dijo: ¿Por qué discurrís entre vosotros,
9 hombres de poca fe, que no tenéis pan? ¿No refle-
xionáis aún, ni os acordáis de los cinco panes para
10 los cinco mil, y cuántas cestas recogisteis? ¿Ni de
los siete panes para los cuatro mil, y cuántas es-
11 puertas recogisteis? ¿Cómo es que no reflexionáis
que no os hablé respecto del pan? Mas, guardaos de
12 la levadura de los fariseos y saduceos. Entonces
comprendieron que no había dicho que se guardasen
de la levadura del pan, sino de la enseñanza de los
fariseos y saduceos.

13 Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo,
preguntaba a sus discípulos: ¿Quién dicen las gen-
14 tes[1] que es el Hijo del Hombre? Ellos le contesta-
ron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros,
15 Jeremías o alguno de los profetas. El les dice: Y
16 vosotros, ¿quién decís que soy? Respondió Simón
Pedro: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.
17 Bienaventurado eres, Simón Barjona, dijo Jesús;
porque no te lo ha revelado carne ni sangre, sino mi
18 Padre que está en los cielos. Y yo también te digo,
que tú eres Pedro[2], y sobre esta piedra[3] edificaré mi
iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán con-
19 tra ella. A ti te daré las llaves del reino de los cie-
los; y todo lo que atares sobre la tierra, quedará
atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la
20 tierra, quedará desatado en los cielos. Entonces
encargó rigurosamente a sus discípulos que a nadie
dijesen que él era el Cristo.

21 Desde entonces comenzó Jesucristo a declarar a
sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén, y
padecer muchas cosas de los ancianos, de los princi-

---

[1] V. 13. Variante: *que yo, el Hijo del Hombre, soy.*
[2] V. 18. Gr. *Petros,* que significa piedra.
[3] V. 18. Gr. *Petra,* que significa roca o piedra.

pales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y
22 resucitar al tercer día. Y Pedro, tomándole aparte,
comenzó a reconvenirle, diciendo: ¡Lejos de ti tal
cosa, Señor!, de ninguna manera te sucederá esto.
23 Mas Jesús, volviéndose, dijo a Pedro: Quítate de
delante de mí, Satanás; de tropiezo me sirves; por-
que no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las
24 de los hombres. Entonces Jesús dijo a sus discípu-
los: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a
25 sí mismo, tome su cruz, y sígame. Porque cualquiera
que quisiere salvar su vida, la perderá; y cualquie-
ra que perdiere su vida por causa de mí, la hallará.
26 Pues ¿qué provecho tendrá el hombre, si ganare el
mundo entero y perdiere su vida? O ¿qué precio
27 dará el hombre en rescate de su vida? Porque el
Hijo del Hombre ha de venir, con sus ángeles, en la
gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno
28 conforme a sus obras. De cierto os digo, que, de
los que están aquí, hay quienes no gustarán la muer-
te, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre vi-
niendo en su reino.

17, 1 Seis días después, Jesús tomó consigo a Pe-
dro y a los hermanos Jacobo y Juan, los llevó apar-
2 te a un monte alto, y fué transfigurado en presen-
cia de ellos; su rostro resplandeció como el sol, y sus
3 vestidos se volvieron blancos como la luz. Y he
aquí, les aparecieron Moisés y Elías, conversando
4 con él. Pedro, entonces, tomando la palabra, dijo a
Jesús: Señor, bueno es para nosotros estar aquí; si
quieres, haré aquí tres tiendas: una para ti, otra para
5 Moisés, y otra para Elías. Estando aún él hablan-
do, una nube luminosa los cubrió; y he aquí, una voz
desde la nube, que decía: Este es mi Hijo, el Ama-
6 do, en quien tengo complacencia; a él oíd. Los dis-
cípulos, al oír esto, cayeron sobre sus rostros, y tu-
7 vieron gran temor. Entonces Jesús se acercó, y to-
8 cándolos, dijo: Levantaos, y no temáis. Y alzando
ellos sus ojos, a nadie vieron, sino a solo Jesús.

9 Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó di-
ciendo: No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta
que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los
10 muertos. Y los discípulos le preguntaron: ¿Pues
cómo dicen los escribas que es necesario que Elías
11 venga primero? El respondió: Elías, a la verdad,
12 ha de venir, y lo restaurará todo; mas os digo que
Elías ya vino y no le conocieron; antes hicieron con
él cuanto quisieron; así también el Hijo del Hombre
13 ha de padecer de ellos. Los discípulos comprendie-
ron entonces que les había hablado de Juan el Bau-
tista.

14 Cuando llegaron adonde estaba la multitud, acer-
cóse a Jesús un hombre, y arrodillándose delante de
15 él, dijo: Señor, ten misericordia de mi hijo, que es
lunático, y padece grandemente; porque muchas ve-
16 ces cae en el fuego, y muchas en el agua; y le traje
17 a tus discípulos y no le pudieron sanar. Respondió
Jesús: ¡Oh generación incrédula y perversa!, ¿hasta
cuándo he de estar con vosotros?; ¿hasta cuando
18 os he de soportar? Traédmele acá. Y Jesús in-
crepó al demonio, y éste se apartó del muchacho, el
19 cual quedó sano desde aquella hora. Llegándose
entonces los discípulos a Jesús aparte, le dijeron:
20 ¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera? Por
vuestra poca fe, les contestó; porque de cierto os
digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza,
diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasa-
rá; y nada os será imposible.[1]

22 Y reuniéndose[2] ellos en Galilea, les dijo Jesús: El
Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los
hombres, y le matarán, y al tercer día resucitará.
23 Y ellos se entristecieron en gran manera.

---

[1] V. 20. El versículo 21 es una variante, y dice: *Mas este género no sale sino por oración y ayuno.*
[2] V. 22. Variante: *Mientras moraban.*

24 Habiendo llegado a Cafarnaum, se acercaron a
Pedro los que cobraban las dos dracmas[1], y dijeron:
25 ¿Vuestro maestro no paga las dos dracmas? Sí,
contestó. Y al entrar en casa, Jesús se le anticipó,
diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la
tierra, ¿de quién cobran los tributos o el censo?, ¿de
26 sus hijos o de los extraños? Y como él respondie-
ra: De los extraños, Jesús le dijo: Luego los hijos
27 están exentos. Mas para que no los escandalice-
mos, ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez
que subiere, sácalo, y abriéndole la boca, hallarás
un estatero.[2] Tómalo, y dáselo por mí y por ti.

18, 1 En aquella ocasión se acercaron los discípulos
a Jesús, y le preguntaron: ¿Quién es el mayor en el
2 reino de los cielos? Y llamando a un niño, le
3 puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os
digo, que si no os volviereis, y fuereis como niños,
4 no entraréis en el reino de los cielos. Así pues,
el que se humille como este niño, ése es el mayor
5 en el reino de los cielos. Y cualquiera que reci-
ba en mi nombre a un tal niño, a mí me recibe;
6 mas cualquiera que dé ocasión de caer a uno de es-
tos pequeños que creen en mí, más le valiera que se
le atase al cuello una piedra de molino, y que se le
7 hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo
por los escándalos! Porque necesario es que vengan
escándalos; mas, ¡ay del hombre por quien viene el
8 escándalo! Por tanto, si tu mano o tu pie te es oca-
sión de caer, córtalo y échalo de ti. Mejor te es en-
trar en la vida manco o cojo, que, teniendo las dos
manos o los dos pies, ser echado en el fuego eterno.
9 Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de
ti. Mejor te es entrar en la vida con un solo ojo,
que, teniendo los dos ojos, ser echado en el Gehena

---

[1] V. 24. Contribución anual que cada israelita pagaba para el sostén del culto del Templo.
[2] V. 27. Moneda equivalente a cuatro dracmas.

10 del fuego. Mirad que no menospreciéis a uno de
estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en
los cielos ven siempre la faz de mi Padre que está
12 en los cielos.[1] ¿Qué os parece? Si un hombre tu-
viere cien ovejas, y una de ellas se descarriare, ¿no
dejará las noventa y nueve en los montes, e irá en
13 busca de la descarriada? Y si sucede que la halla,
de cierto os digo, que se alegra más por aquélla, que
por las noventa y nueve que no se descarriaron.
14 Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en
los cielos, que perezca ni uno de estos pequeños.

15 Si tu hermano pecare, ve y corrígele estando a
solas con él; si te oye, has ganado a tu hermano;
16 mas si no te oyere, toma aún contigo una o dos per-
sonas, para que por boca de dos o tres testigos se
17 determine cada cosa[2]. Y si rehusare oír a éstos,
dilo a la iglesia; y si también rehusare oír a la igle-
18 sia, tenle por gentil y publicano. De cierto os digo,
que todo lo que atareis sobre la tierra, quedará ata-
do en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tie-
19 rra, quedará desatado en el cielo. De cierto os
digo también, que si dos de vosotros se convinieren
en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren,
les será concedida por mi Padre que está en los cie-
20 los. Porque donde están dos o tres congregados en
mi nombre, allí estoy en medio de ellos.

21 Entonces Pedro, llegándose, le dijo: Señor, ¿cuán-
tas veces habré de perdonar a mi hermano que pe-
22 care contra mí? ¿Hasta siete? Contestóle Jesús:
No te digo que hasta siete, sino hasta setenta veces
23 siete. Por esto, el reino de los cielos puede com-
pararse a un rey que dispuso arreglar cuentas con
24 sus siervos. Y comenzando a arreglarlas, le fué

---

[1] V. 10. El versículo 11 es variante, y dice así: *Porque el Hijo del Hombre vino para salvar lo que se había perdido.* Véase Luc. 19: 10.
[2] V. 16. Deut. 19: 15.

25 presentado uno que le debía diez mil talentos[1]. Y
como éste no pudiera pagar, su señor ordenó que
fuese vendido él, su mujer y sus hijos, y cuanto tenía;
26 y que se hiciese el pago. El siervo entonces, ca-
yendo a sus pies, le suplicaba rendidamente: Ten pa-
27 ciencia conmigo, y te pagaré todo. El señor de
aquel siervo, movido a compasión, le soltó y le per-
28 donó la deuda. Mas al salir aquel siervo, encontró
a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios[2],
y asiéndole *por el cuello,* le ahogaba, diciendo: Pá-
29 game lo que me debes. Entonces su consiervo, ca-
yendo a sus pies, le rogaba, diciendo: Ten paciencia
30 conmigo, y te pagaré. Pero él no quiso; sino que
fué y le echó en la cárcel hasta que pagase lo que
31 debía. Viendo sus consiervos lo que había pasado,
se entristecieron en extremo, y fueron a referir de-
32 talladamente a su señor lo sucedido. Entonces el
señor de aquel siervo le llamó ante sí, y dijo: Siervo
malvado, toda aquella deuda te perdoné porque me
33 rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia
34 de tu consiervo, como yo la tuve de ti? Y su señor,
indignado, le entregó a los verdugos hasta que pa-
35 gase todo lo que le debía. Así también hará con
vosotros mi Padre celestial, si no perdonareis de co-
razón, cada uno a su hermano.

19, 1 Cuando Jesús acabó estos discursos, partió de
Galilea, y fué a la región de Judea, al otro lado del
2 Jordán. Y le siguieron grandes multitudes, y los
sanó allí.

3 Acercáronse a él unos fariseos, que le pregunta-
ron para tentarle: ¿Es lícito al hombre repudiar a su
4 mujer por cualquier causa? Respondiendo él, les

---

[1] V. 24. Doce millones y medio, próximamente, de duros (pesos oro).
[2] V. 28. Próximamente diez y siete duros.

dijo: ¿No habéis leído que el Creador los hizo desde
el principio varón y hembra, y dijo:
5 «Por esto el hombre dejará a su padre y a su
madre, y se unirá a su mujer, y los dos se-
rán uno»?[1]
6 Así que, ya no son dos, sino uno;[1] por tanto, lo que
7 Dios ha unido, no lo separe el hombre. Dícenle:
Pues, ¿por qué mandó Moisés dar carta de divorcio,
8 y repudiar? El les contestó: Por la dureza de vues-
tro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras
9 mujeres; mas no ha sido así desde el principio. Y
os digo que el que repudia a su mujer, no siendo por
causa de fornicación, y se casa con otra, comete
10 adulterio[2]. Dícenle los discípulos: Si tal es la con-
dición del hombre respecto de la mujer, no conviene
11 casarse. Entonces él les dijo: No todos son capa-
12 ces de eso, sino aquellos a quienes es dado. Porque
hay algunos que nacieron incapacitados para casar-
se, otros que han sido incapacitados por los hombres,
y otros que a sí mismos se incapacitaron para el ma-
trimonio por causa del reino de los cielos. Quien
pueda ser capaz de ello, séalo.

13 Entonces le fueron presentados unos niños, para
que pusiese las manos sobre ellos, y orase; y los dis-
14 cípulos los reprendieron. Mas Jesús dijo: Dejad a
los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de
15 los que son como ellos es el reino de los cielos. Y
habiendo puesto sobre ellos las manos, partió de allí.

16 Y he aquí, se acercó uno y le dijo: Maestro[3], ¿qué
cosa buena he de hacer para poseer la vida eterna?
17 El le contestó: ¿Por qué me preguntas acerca de lo
bueno? Uno solo es el bueno;[4] mas si quieres entrar

---

[1] Vs. 5 y 6. Gr. *una carne.* Gén. 2: 24.
[2] V. 9. Variante añade: *y el hombre casado con la repudiada comete adulterio.*
[3] V. 16. Variante: *Maestro bueno.* Véanse Mar. 10: 17; Luc. 18: 18.
[4] V. 17. Variante: *¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno sino uno, a saber, Dios.* Véanse Mar. 10: 18; Luc. 18: 19.

18 en la vida, guarda los mandamientos. ¿Cuáles?, le
preguntó. Y Jesús respondió:
«No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No dirás falso testimonio.
19 Honra a tu padre y a tu madre»[1]; y
«Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»[2]
20 Dícele el joven: Todo esto lo he guardado. ¿Qué
21 más me falta? Si quieres ser perfecto, le respon-
dió Jesús, ve, vende lo que tienes, y dáselo a los
pobres, y tendrás tesoro en los cielos; y ven, sígue-
22 me. Al oír el joven estas palabras, se fué triste,
23 porque tenía muchas posesiones. Jesús dijo enton-
ces a sus discípulos: En verdad os digo, que difí-
24 cilmente entrará el rico en el reino de los cielos. Y
aun os digo, que más fácil es que un camello entre
por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de R.D.
25 Dios. Al oír esto los discípulos, asombrados en
gran manera, dijeron: Entonces, ¿quién puede ser
26 salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hom-
bres, esto es imposible; mas para Dios, todo es po-
27 sible. Entonces Pedro, tomando la palabra, le dijo:
He aquí, nosotros hemos dejado todo, y te hemos
28 seguido; ¿qué, pues, tendremos? Jesús les res-
pondió: De cierto os digo, que en la Regeneración,
cuando el Hijo del Hombre se haya sentado en el
trono de su gloria, vosotros, los que me habéis se-
guido, os sentaréis también en doce tronos y juzga-
29 réis a las doce tribus de Israel. Y todo el que haya
dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o
madre, o hijos, o tierras, por causa de mi nombre,
recibirá muchísimo más, y heredará la vida eterna.
30 Mas muchos primeros serán postreros, y muchos pos-
treros serán primeros.

20, 1 Porque el reino de los cielos es semejante a
un hombre, padre de familia, que salió muy tempra-
2 no a ajustar trabajadores para su viña; y habiendo

---

[1] V. 19. Ex. 20: 12-16. [2] Lev. 19: 18.

convenido con los trabajadores en darles un denario
3 por día, los envió a su viña. Y saliendo cerca de la
hora de tercia[1], vió a otros que estaban en la plaza,
4 desocupados. Y les dijo: Id también vosotros a la
viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron.
5 Volvió a salir cerca de las horas de sexta y de nona,
6 e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de la hora undé-
cima, halló a otros que estaban allí; y les dijo: ¿Por
7 qué estáis aquí todo el día desocupados? Ellos le
respondieron: Porque nadie nos ha ajustado. Díceles:
8 Id también vosotros a la viña. A la caída de la tar-
de, el dueño de la viña dijo a su mayordomo: Llama
a los trabajadores y págales el jornal, comenzando
por los postreros y terminando por los primeros.
9 Venidos, pues, los que habían ido cerca de la hora
10 undécima, recibieron un denario cada uno. Y cuan-
do llegaron los primeros, pensaron que habían de re-
cibir más; pero ellos también recibieron cada uno su
11 denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el pa-
12 dre de familia, diciendo: Estos postreros han tra-
bajado una sola hora, y los has igualado con nosotros,
13 que hemos soportado el peso y el calor del día. Mas
él, respondiendo a uno de ellos, dijo: Amigo, no te
hago injusticia, ¿no conviniste conmigo en un dena-
14 rio? Toma lo que es tuyo, y vete; yo quiero dar a
15 este postrero lo mismo que a ti. ¿No me es lícito
hacer lo que quiero con lo mío? o ¿es malo tu ojo
16 porque yo soy bueno? Así, los postreros serán pri-
meros, y los primeros, postreros.

17 Estando Jesús para subir a Jerusalén, tomó apar-
18 te a los doce, y en el camino les dijo: He aquí, su-
bimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entre-
gado a los principales sacerdotes y a los escribas,
19 y le condenarán a muerte; y le entregarán a los
gentiles para que le escarnezcan, y azoten, y cruci-
fiquen; mas al tercer día resucitará.

---

[1] V. 3. Las nueve de la mañana.

20 Entonces se le acercó la madre de los hijos de
Zebedeo con sus hijos, postrándose, y pidiéndole
21 una merced. ¿Qué quieres? le dijo él. Ella respon-
pondió: Di que, en tu reino, estos dos hijos míos se
sienten, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.
22 Contestando Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís.
23 ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Ellos
dijeron: Podemos. Díjoles: Mi cáliz, a la verdad,
beberéis; pero el sentarse a mi derecha y a mi iz-
quierda, no es mío darlo, sino[1] *que se dará* a aque-
24 llos para quienes está preparado por mi Padre. Y
como los diez oyesen esto, se indignaron contra los
25 dos hermanos. Mas Jesús los llamó, y dijo: Sabéis
que los príncipes de las naciones se enseñorean de
ellas, y sus magnates las tienen bajo su potestad.
26 No es así entre vosotros; al contrario, cualquiera
que quisiere hacerse grande entre vosotros, será
27 vuestro servidor; y el que quisiere ser entre vos-
28 otros el primero, será vuestro siervo, así como el
Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para
servir y para dar su vida en rescate por muchos.

29 Y saliendo ellos de Jericó, seguía a Jesús una
30 gran multitud. Y he aquí dos ciegos sentados jun-
to al camino, al oír que Jesús pasaba, gritaron, di-
ciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten piedad de nos-
31 otros! La multitud les reprendió para que callasen;
pero ellos gritaron con más fuerza, diciendo: ¡Señor,
32 Hijo de David, ten piedad de nosotros! Y parándo-
se Jesús, los llamó, y dijo: ¿Qué queréis que os ha-
33 ga? Señor, le dicen, que sean abiertos nuestros
34 ojos. Entonces Jesús, compadecido, tocó los ojos
de ellos, y al instante recibieron la vista, y le si-
guieron.

21, 1 Cuando se acercaron a Jerusalén, y llegaron a
Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió a dos

---

[1] V. 23. o, *sino a aquellos.*

2 discípulos, diciéndoles: Id a la aldea que está en-
frente de vosotros, y en seguida hallaréis un asna
atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos.
3 Y si alguno os dijere algo, le responderéis: El Se-
4 ñor los ha menester; y en el acto los enviará. Esto
aconteció para que se cumpliese lo anunciado por el
profeta que dijo:

5 «Decid a la hija de Sión:
He aquí, tu Rey viene a ti,
manso, y montado en un asno,
en un pollino, hijo de animal de carga.»[1]

6 Fueron, pues, los discípulos, y haciendo como Jesús
7 les había ordenado, trajeron el asna y el pollino; y
pusieron sobre ellos sus mantos; y él se sentó en-
8 cima. Y la mayor parte de la multitud tendió sus
mantos en el camino; y otros cortaban ramos de los
9 árboles, y los esparcían en el camino. Y las gentes
que iban delante de él y las que venían detrás, cla-
maban, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Ben-
dito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en
10 las alturas! Habiendo entrado Jesús en Jerusalén,
toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es
11 éste? Y las gentes decían: Este es el profeta Je-
sús, de Nazaret de Galilea.

12 Y entró Jesús en el Templo, y echó fuera a todos
los que en él vendían y compraban, y trastornó las
mesas de los cambistas y las sillas de los que ven-
13 dían las palomas; y les dijo: Escrito está:

«Mi casa será llamada casa de oración»;[2]

14 mas vosotros la hacéis cueva de ladrones[3]. Enton-
ces se llegaron a él en el Templo unos ciegos y co-
15 jos, y los sanó. Mas los principales sacerdotes y
los escribas, viendo las maravillas que había hecho,
y a los muchachos que gritaban en el Templo y de-
cían: ¡Hosanna al Hijo de David!, se indignaron, y le

---

[1] V. 5. Zac. 9: 9.
[2] V. 13. Is. 56: 7. [3] Jer. 7: 11.

16 dijeron: ¿Oyes lo que éstos dicen? Sí, les respon-
dió Jesús; ¿no habéis leído nunca:
«De la boca de los niños y de los que maman,
perfeccionaste para ti la alabanza»?[1]
17 Y dejándolos, se salió fuera de la ciudad, a Betania;
y allí pasó la noche.

18 Y por la mañana, cuando volvía a la ciudad, tuvo
19 hambre. Y viendo una higuera junto al camino, se
acercó, y no halló en ella sino hojas solamente, y le
20 dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y al instante
se secó la higuera. Y al ver esto los discípulos, se
maravillaron, y dijeron: ¿Cómo es que se secó al
21 instante la higuera? Respondiendo Jesús les dijo:
En verdad os digo, que si tuviereis fe, y no duda-
reis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si
dijereis a este monte: Quítate y échate en el mar,
22 así será hecho. Y todo lo que pidiereis en oración,
creyendo, lo recibiréis.

23 Entrado que hubo en el Templo, llegáronse a él,
mientras enseñaba, los principales sacerdotes y los
ancianos del pueblo, y le preguntaron: ¿Con qué
autoridad haces estas cosas? y ¿quién te dió esta
24 autoridad? Respondióles Jesús: También yo os pre-
guntaré una cosa, y si me contestareis, yo también
25 os diré con qué autoridad hago esto. El bautismo
de Juan, ¿de dónde era?, ¿del cielo o de los hom-
bres? Ellos discurrían entre sí, diciendo: Si dijére-
mos, del cielo; nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creís-
26 teis? Y si dijéremos, de los hombres; tememos al
27 pueblo; porque todos tienen a Juan por profeta. Y
respondiendo a Jesús, dijeron: No sabemos. Y él a
su vez les dijo: Ni yo os digo con qué autoridad
28 hago esto. Mas, ¿qué os parece? Un hombre tenía
dos hijos, y dirigiéndose al primero, le dice: Hijo,
29 ve hoy a trabajar en la viña. Voy, señor, contestó

[1] V. 16. Sal. 8: 2.

30 él; y no fué. Y dirigiéndose al segundo, le dijo lo
mismo; y éste le respondió: No quiero. Después se
31 arrepintió y fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad
de su padre? El segundo, dijeron ellos. Y Jesús pro-
siguió: En verdad os digo, que los publicanos y las
rameras van delante de vosotros al reino de Dios.
32 Porque Juan vino a vosotros en camino de justicia,
y no le creisteis; pero los publicanos y las rameras
le creyeron; y vosotros, habiendo visto esto, no os
arrepentisteis después, creyéndole.
33 Oíd otra parábola: Había un hombre, padre de
familia, el cual plantó una viña; y la cercó de valla-
do, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la
34 arrendó a unos labradores, y se fué a otro país. Y
cuando se acercó el tiempo de la vendimia, envió
sus siervos a los labradores, para recibir sus frutos.
35 Mas los labradores, echando mano a los siervos, a
uno apalearon, a otro mataron y a otro apedrearon.
36 De nuevo envió otros siervos, en mayor número que
los primeros; y los trataron de la misma manera.
37 Después les envió a su hijo, diciendo: Tendrán res-
38 peto a mi hijo. Mas los labradores, al ver al hijo,
dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, maté-
39 mosle, y apoderémonos de su herencia. Y echán-
dole mano, le sacaron fuera de la viña y le mataron.
40 Ahora bien; cuando viniere el dueño de la viña,
41 ¿qué hará a aquellos labradores? Dícenle: Hará
que esos malvados perezcan miserablemente, y
arrendará la viña a otros labradores que le paguen
42 los frutos a sus tiempos. Díceles Jesús: ¿No habéis
leído nunca en las Escrituras:

«La piedra que desecharon los edificadores,
ha venido a ser la piedra angular;
por el Señor ha sido hecho esto,
y es cosa maravillosa a nuestros ojos»?[1]

43 Por tanto os digo, que el reino de Dios será quita-
do de vosotros, y dado a gente que rinda los frutos

---

[1] V. 42. Sal. 118: 22.

44 de él. El que cayere sobre esta piedra, será que-
brantado; mas sobre quien ella cayere, le desme-
45 nuzará[1]. Cuando los principales sacerdotes y los
fariseos oyeron estas parábolas de Jesús, entendie-
46 ron que hablaba de ellos; y procuraban prenderle,
mas temieron al pueblo, porque le tenía por profeta.

22, 1 Volvió Jesús a hablarles por parábolas, dicien-
2 do: El reino de los cielos puede compararse a un
3 rey que hizo fiesta de bodas a su hijo, y envió sus
siervos para que llamasen a los convidados a las bo-
4 das; mas éstos no quisieron venir. De nuevo envió
otros siervos, con esta orden: Decid a los convida-
dos: He preparado ya mi banquete; mis toros y ani-
males cebados han sido muertos, y todo está dispues-
5 to; venid a las bodas. Mas ellos no hicieron caso,
y se fueron, uno a su campo y otro a su comercio;
6 y los demás, tomando a los siervos, los afrentaron y
7 mataron. Y el rey se enojó, y enviando sus tropas,
destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad.
8 Entonces dijo a sus siervos: Las bodas, a la verdad,
están preparadas, pero los convidados no eran dig-
9 nos; id, pues, a las salidas de los caminos y llamad
10 a las bodas a cuantos hallareis. Y saliendo aquellos
siervos a los caminos, reunieron a todos los que ha-
llaron, así malos como buenos; y la sala de bodas se
11 llenó de comensales. Entró el rey para ver a éstos,
y notó allí a un hombre que no estaba vestido de
12 boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin
13 vestido de boda? Y él enmudeció. Entonces dijo el
rey a los servidores: Atadle de pies y manos, y
echadle a las tinieblas de afuera; allí será el llanto y
14 el rechinar de dientes. Porque muchos son los lla-
mados y pocos los escogidos.
15 En seguida los fariseos se fueron y consultaron
entre sí cómo le sorprenderían en alguna palabra.
16 Y enviáronle los discípulos de ellos, con los herodia-

[1] V. 44. Variante omite el v. 44.

nos, para que le dijesen: Maestro, sabemos que eres
veraz y enseñas con verdad el camino de Dios, y
que no te da cuidado de nadie, porque no miras la
17 apariencia de los hombres. Dinos pues: ¿Qué te
18 parece? ¿Es lícito dar tributo a César o no? Mas
Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por
19 qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda
20 del tributo. Y le presentaron un denario. Y él les
preguntó: ¿De quién es esta imagen y la inscrip-
21 ción? De César, le contestaron. Entonces les dijo:
Pagad, pues, a César lo que es de César, y a Dios
22 lo que es de Dios. Oyendo esto, se maravillaron,
y dejándole, se fueron.

23 En aquel mismo día se llegaron a él unos sadu-
ceos, sosteniendo que no hay resurrección, y le pre-
sentaron este caso: Maestro, Moisés dijo:
24 «Si alguno muriere sin hijos, su hermano se casa-
rá con la viuda y dará sucesión a su hermano.»[1]
25 Hubo entre nosotros siete hermanos; el primero se
casó, y murió; y no teniendo sucesión, dejó su mujer
26 a su hermano. Lo mismo acaeció al segundo y al
27 tercero, hasta el séptimo; y después de todos mu-
28 rió también la mujer. En la resurrección, pues, ¿de
cuál de los siete será mujer?, porque todos la tuvie-
29 ron por mujer. Respondiendo Jesús, les dijo: Erráis
por no entender las Escrituras ni el poder de Dios;
30 porque en la resurrección, ni se casan, ni son dados
en casamiento; sino que son como los ángeles en el
31 cielo. Y en cuanto a la resurrección de los muer-
tos, ¿no habéis leído lo que os habló Dios cuando
dijo:
32 «Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de
Isaac, y el Dios de Jacob»?[2]
33 No es Dios de muertos, sino de vivos. Y oyendo esto
las gentes, estaban atónitas de su enseñanza.

---

[1] V. 24. Deut. 25: 5 y 6.
[2] V. 32. Ex. 3: 6.

34 Entonces los fariseos, al oír que había hecho ca-
35 llar a los saduceos, vinieron juntos; y uno de ellos,
intérprete de la Ley, le preguntó, para tentarle:
36 Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la Ley?
37 Y Jesús le contestó:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu cora-
zón, con toda tu alma y con toda tu mente.»[1]

38 Este es el grande y primer mandamiento. Y un se-
39 gundo, semejante a éste, es:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»[2]

40 De estos dos mandamientos pende toda la Ley y los
Profetas.

41 Estando aún juntos los fariseos, Jesús les hizo
42 esta pregunta: ¿Qué os parece del Cristo?, ¿de
43 quién es hijo? Respondiéronle: De David. ¿Cómo
pues, repuso él, David en el Espíritu le llama Señor,
al decir:

44 «Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra,
hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus
pies»?[3]

45 Si pues, David le llama Señor ¿cómo es su hijo?
46 Y nadie podía responderle palabra, ni nadie se atre-
vió desde aquel día a hacerle más preguntas.

23, 1 Entonces Jesús habló a las gentes y a sus dis-
2 cípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sien-
3 tan los escribas y los fariseos. Así que, todo cuanto
os mandaren, hacedlo y guardadlo; mas no hagáis
conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen.
4 Atan cargas pesadas,[4] y las ponen sobre las espal-
das de los hombres; mas ellos mismos ni con un dedo
5 las quieren mover. Todas sus obras las hacen para
atraerse la atención de los hombres; pues ensan-

---

[1] V. 37. Deut. 6: 5.
[2] V. 39. Lev. 19: 18.
[3] V. 44. Sal. 110: 1.
[4] V. 4. Variante añade: *y difíciles de llevar.*

chan sus filacterias, y alargan los flecos *de sus*
6 *mantos;* aman el asiento de honor en las cenas, los
primeros sitiales en las sinagogas, el ser saludados
7 en las plazas, y el ser llamados de los hombres
8 Rabí. Mas vosotros, no consintáis que os llamen
Rabí; porque uno solo es vuestro Maestro, y todos
9 vosotros sois hermanos. Y padre vuestro, no lla-
méis a nadie sobre la tierra; porque uno solo es Padre
10 vuestro, el celestial. Ni consintáis que os llamen
directores; porque uno solo es vuestro Director, el
11 Cristo. Mas el mayor entre vosotros será vuestro
12 servidor. El que se ensalce, será humillado; y el
que se humille, será ensalzado.

13 Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócri-
tas!, porque cerráis el reino de los cielos delante de
los hombres; pues vosotros no entráis ni dejáis en-
trar a los que procuran hacerlo.[1]

15 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!,
porque rodeáis mar y tierra por hacer un prosélito; y
una vez hecho, le hacéis dos veces más digno del
Gehena que vosotros.

16 ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Si al-
guno jura por el Santuario, nada importa; mas el que
17 jure por el oro del Santuario, obligado queda. ¡In-
sensatos y ciegos! ¿Qué es más, el oro, o el Santua-
18 rio que ha santificado al oro? Decís también: Si al-
guno jura por el altar, nada importa; mas el que jure
por la ofrenda que está sobre él, obligado queda.
19 ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda, o el altar que san-
20 tifica la ofrenda? El que jura por el altar, jura por
21 él y por todo lo que está sobre él; el que jura por
el Santuario, jura por él y por aquel que en él habi-

[1] V. 13. Variante tiene aquí o después del v. 12, el v. 14: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis condenación más rigurosa.* Véanse Marc. 12: 40, y Luc. 20: 47.

22 ta; y el que jura por el cielo, jura por el trono de
Dios y por aquel que está sentado en él.

23 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!,
porque diezmáis la hierbabuena, el eneldo y el co-
mino, y habéis dejado lo más esencial de la Ley: la
justicia, la misericordia y la fidelidad. Estas cosas
24 debierais observar, sin omitir aquéllas. ¡Guías cie-
gos!, que coláis el mosquito y tragáis el camello.

25 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!,
porque limpiáis el exterior del vaso y del plato, mas
26 por dentro están llenos de rapiña y desenfreno. ¡Fa-
riseo ciego!, limpia primero el interior del vaso, para
que el exterior también se haga limpio.

27 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!,
porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que
por fuera ostentan hermosura, mas por dentro están
llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.
28 Así también vosotros, por fuera, aparentáis ante los
hombres ser justos; mas por dentro, estáis llenos de
hipocresía e iniquidad.

29 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!,
porque edificáis los sepulcros de los profetas, y ador-
30 náis los monumentos de los justos, y decís: Si hu-
biéramos vivido en los días de nuestros padres, no
habríamos sido sus cómplices en la sangre de los
31 profetas. Con lo cual dais testimonio contra vos-
otros mismos, de que sois hijos de los que mataron
32 a los profetas. Llenad, pues, vosotros la medida de
33 vuestros padres. ¡Serpientes, raza de víboras!
¿Cómo escaparéis de la condenación del Gehena?
34 Por tanto, he aquí, yo os envío profetas, y sabios,
y escribas: de ellos, a unos mataréis crucificándolos,
y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y perse-
35 guiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre
vosotros toda la sangre justa derramada sobre la tie-

rra, desde la sangre del justo Abel hasta la de Za-
carías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el
36 Santuario y el altar. De cierto os digo, que todo
esto vendrá sobre esta generación[1].
37 ¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas
y apedreas a los que a ti son enviados; ¡cuántas ve-
ces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus
38 polluelos bajo las alas, y no quisisteis! He aquí,
39 vuestra casa os es dejada[2]. Porque os digo que
desde ahora no me veréis hasta que digáis:
«Bendito el que viene en nombre del Señor.»[3]

24 1 Salió Jesús del Templo, y se iba, cuando se
llegaron a él sus discípulos para llamarle la atención
2 sobre los edificios del Templo. El les respondió:
¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no se de-
jará aquí piedra sobre piedra, que no haya de ser
derribada.
3 Y estando sentado en el monte de los Olivos, se
acercaron a él los discípulos privadamente, diciendo:
Dinos, ¿cuándo será esto, y qué señal habrá de tu
4 venida[4] y de la consumación del siglo? Jesús les
contestó con estas palabras: Mirad que nadie os en-
5 gañe; porque muchos vendrán tomando mi nombre
y diciendo: Yo soy el Cristo; y engañarán a muchos.
6 Pronto oiréis de guerras y de rumores de guerras;
mirad que no os alarméis; pues necesario es que así
7 acontezca; mas aun no es el fin; porque se le-
vantará nación contra nación y reino contra reino;
y habrá hambres y terremotos en diversos luga-
8 res. Mas todo esto será principio de dolores[5].
9 En aquel tiempo os entregarán a tribulación, y os
matarán, y seréis aborrecidos de todas las naciones
10 a causa de mi nombre. Entonces muchos serán es-

---

[1] V. 36. o, *raza*.
[2] V. 38. Variante añade: *desierta*.
[3] V. 39. Sal. 118: 26.
[4] V. 3. o, *presencia*.
[5] V. 8. Gr. *dolores de parto*.

candalizados, se harán traición unos a otros, y unos
11 a otros se aborrecerán. Muchos falsos profetas se
12 levantarán y engañarán a muchos, y por el aumento
de la iniquidad, el amor de los más se enfriará;
13 mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.
14 Y este evangelio del reino será predicado en todo el
mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.

15 Por tanto, cuando viereis que
«la abominación del asolamiento»,[1]
anunciada por el profeta Daniel, está en el lugar
16 santo (el que lea, entienda), los que estén en Judea,
17 huyan a los montes; el que esté en el terrado, no
18 baje a sacar nada de su casa; y el que se halle en
el campo, no vuelva atrás para tomar su manto.
19 Mas ¡ay de las que estén encinta, y de las que críen
20 en aquellos días! Orad, pues, para que vuestra
21 huída no acontezca en invierno ni en sábado; porque habrá entonces gran tribulación, como no la ha
habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni
22 la habrá jamás. Y si no hubiesen sido abreviados
aquellos días, nadie[2] se salvaría; mas a causa de los
23 escogidos, aquellos días serán abreviados. Si alguien, entonces, os dijere: He aquí el Cristo, o hele
24 allí, no le creáis; porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y mostrarán grandes señales y
prodigios, hasta engañar, si fuera posible, aun a los
25 escogidos. He aquí, os lo he dicho de antemano.
26 Si, pues, os dijeren: He aquí, en el desierto está; no
salgáis. O: He aquí, está en los aposentos; no lo
27 creáis; porque como el relámpago, que sale del
Oriente y se deja ver hasta el Occidente, así será la
28 venida[3] del Hijo del Hombre. Dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán los buitres.
29 Inmediatamente después de la tribulación de

---

[1] V. 15. Dan. 12: 11.
[2] V. 22. Gr. *ninguna carne.*
[3] V. 27. o, *presencia.*

aquellos días, el sol se obscurecerá, y la luna no dará
su resplandor; las estrellas caerán del cielo, y los
30 cuerpos celestes[1] serán conmovidos. Y entonces
aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre,
y lamentarán todas las tribus de la tierra, al ver ve-
nir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo, con
31 poder y gran gloria; y enviará sus ángeles con *so-
nido de* gran trompeta[2], y congregarán ante él a
sus escogidos, de los cuatro vientos, desde el un
cabo de los cielos hasta el otro.
32 Aprended de la higuera el símil: Cuando ya su
ramaje está tierno y brotan las hojas, conocéis que
33 el verano está cerca; así también vosotros, cuando
viereis todas estas cosas, conoced que él está cerca,
34 a las puertas. En verdad os digo, que no pasará
esta generación, hasta que todas estas cosas hayan
35 acontecido. El cielo y la tierra pasarán, mas mis
36 palabras no pasarán. Mas en cuanto a aquel día y
hora, nadie lo sabe, ni los ángeles de los cielos, ni el
37 Hijo[3], sino sólo el Padre; pues, como los días de
38 Noé, así será la venida[4] del Hijo del Hombre; por-
que como en aquellos días, antes del Diluvio, esta-
ban comiendo y bebiendo, casándose y dando en ca-
39 samiento, hasta el día que Noé entró en el arca; y
no entendieron hasta que vino el Diluvio y se los
llevó a todos; así será también la venida[4] del Hijo
40 del Hombre. Entonces estarán dos en el campo: el
41 uno será tomado y el otro dejado; dos mujeres esta-
rán moliendo con un mismo molino: la una será toma-
42 da y la otra dejada. Velad, pues, porque no sabéis
43 en qué día ha de venir vuestro Señor. Entended,
sin embargo, esto: Si el padre de familia hubiese sa-
bido a qué vigilia *de la noche* había de venir el
ladrón, habría velado, y no habría dejado minar su
44 casa. Por tanto, vosotros también estad apercibi-

---

[1] V. 29. o, *potencias de los cielos.*
[2] V. 31. Variante: *trompeta de gran voz.*
[3] V. 36. Variante omite: *ni el Hijo.*
[4] Vs. 37 y 39. o, *presencia.*

dos; porque el Hijo del Hombre ha de venir a la hora
que no pensáis.
45 ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual
puso su señor sobre su servidumbre, para que les dé
46 el alimento a sus horas? Bienaventurado aquel sier-
vo, a quien su señor, cuando viniere, le hallare ha-
47 ciéndolo así. De cierto os digo, que sobre todos sus
48 bienes le pondrá. Mas si aquel siervo *fuere* malo
49 *y* dijere en su corazón: Mi señor se tarda; y co-
menzare a golpear a sus consiervos, y comiere y
50 bebiere con los borrachos, vendrá el señor de
aquel siervo en día que no espera, y a la hora que
51 no sabe, y le azotará severamente[1], y pondrá su
parte con los hipócritas; allí será el llanto y el rechi-
nar de dientes.

25, 1 Entonces el reino de los cielos será semejan-
te a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salie-
2 ron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran
3 insensatas, y cinco, prudentes. Las insensatas, al
tomar sus lámparas, no se proveyeron de aceite;
4 mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas,
5 juntamente con sus lámparas. Y tardándose el es-
poso, cabecearon todas, y se quedaron dormidas.
6 Mas a la media noche se oyó un clamor: ¡He aquí
7 el esposo; salid a su encuentro! Entonces, to-
das aquellas vírgenes se levantaron, y aderezaron
8 sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las pru-
dentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras
9 lámparas se apagan. Mas las prudentes respondie-
ron: No; quizá no alcance para nosotras y vosotras;
id más bien a los vendedores, y comprad para vos-
10 otras. Pero mientras ellas iban a comprarlo, vino el
esposo; y las que estaban preparadas, entraron con
11 él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinie-
ron también las otras vírgenes, y dijeron: ¡Señor,
12 Señor, ábrenos! Mas él respondió: En verdad os

[1] V. 51. o, *partirá por la mitad.*

13 digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no
sabéis el día ni la hora.
14 Porque es como un hombre que, al irse a otro
país, llamó a sus siervos, y les entregó sus bienes.
15 A uno dió cinco talentos, a otro dos, y a otro uno; a
cada cual según su capacidad; y emprendió su viaje.
16 En seguida, el que había recibido los cinco talentos,
17 fué y negoció con ellos, y ganó otros cinco. Asi-
mismo, el que había recibido los dos, ganó otros dos.
18 Mas el que había recibido uno, fué y cavó en la tie-
19 rra, y escondió el dinero de su señor. Después de
mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y
20 llamólos a cuentas. Llegando el que había recibido
los cinco talentos, le presentó otros cinco, diciendo:
Señor, cinco talentos me entregaste; mira, he ganado
21 otros cinco. Díjole su señor: Bien, siervo bueno y
fiel; has sido fiel en lo poco, sobre lo mucho te pon-
22 dré; entra en el gozo de tu señor. Llegando también
el que había recibido los dos talentos, dijo: Señor, dos
talentos me entregaste; mira, he ganado otros dos.
23 Su señor le dijo: Bien, siervo bueno y fiel; has sido
fiel en lo poco, sobre lo mucho te pondré; entra en
24 el gozo de tu señor. Llegando, por último, el que
tenía un solo talento, dijo: Señor, te conocía que
eres hombre duro, que siegas donde no sembraste
25 y recoges donde no esparciste; y teniendo miedo,
fuí y escondí tu talento en la tierra; mira, aquí tie-
26 nes lo tuyo. Siervo malvado y negligente, le res-
pondió su señor, ¿sabías que siego donde no sembré
27 y recojo donde no esparcí? Por eso mismo debías
haber entregado mi dinero a los banqueros, y al ve-
28 nir yo, habría recobrado lo mío con el interés. Qui-
tadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene los diez
29 talentos; porque a todo el que tiene, le será dado,
y tendrá en abundancia; mas al que no tiene, aun lo
30 que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echad-
le a las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el re-
chinar de dientes.
31 Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y

todos los ángeles con él, entonces se sentará en su
32 trono de gloria; y serán congregadas delante de él
todas las naciones; y apartará los unos de los otros,
33 como el pastor aparta las ovejas de los cabritos; y
pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la
34 izquierda. Entonces el Rey dirá a los que estarán
a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad
posesión del reino preparado para vosotros desde la
35 fundación del mundo: porque tuve hambre, y me
disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber;
36 fuí forastero, y me hospedasteis; estuve desnudo,
y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y
37 me vinisteis a ver. Entonces los justos le respon-
derán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambrien-
to, y te sustentamos; o sediento, y te dimos de be-
38 ber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te hospedamos;
39 o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfer-
40 mo, o preso, y te fuimos a ver? Y respondiendo el
Rey, les dirá: En verdad os digo, que en cuanto lo
hicisteis a uno de los más humildes de estos mis her-
manos, a mí me lo hicisteis.

41 Entonces dirá también a los que estarán a la iz-
quierda: Idos de mí, malditos, al fuego eterno prepa-
42 rado para el diablo y sus ángeles; porque tuve ham-
bre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me
43 disteis de beber; fuí forastero, y no me hospedas-
teis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y
44 preso, y no me visitasteis. Entonces ellos también
le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambrien-
to, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o
45 preso, y no te servimos? Y respondiendo él, les
dirá: En verdad os digo, que en cuanto no lo hicis-
teis a uno de estos muy humildes, tampoco a mí me
46 lo hicisteis. E irán los malos al castigo eterno, y
los justos a la vida eterna.

26, 1 Cuando Jesús hubo acabado todas estas pala-
2 bras, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de

dos días es la Pascua, y el Hijo del Hombre es entregado para que le crucifiquen.

3 Entonces los principales sacerdotes y los ancianos
del pueblo fueron convocados al atrio del palacio del
4 sumo sacerdote, que se llamaba Caifás, y tuvie-
ron consejo para prender con engaño a Jesús, y ma-
5 tarle; mas decían: No durante la fiesta, para que no
haya alboroto en el pueblo.

6 Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el
7 leproso, vino a él una mujer trayendo un vaso de
alabastro de perfume de mucho precio, y lo derra-
mó sobre la cabeza de él, mientras estaba a la mesa.
8 Al ver esto los discípulos, se indignaron y dijeron:
9 ¿A qué fin este desperdicio? Pues esto pudo ha-
berse vendido por mucho *dinero,* y darse a los po-
10 bres. Entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué mo-
lestáis a esta mujer? Pues me ha hecho una buena
11 acción. Porque a los pobres siempre los tenéis con
12 vosotros, mas a mí no siempre me tenéis. Pues
ella, al derramar este perfume sobre mi cuerpo, para
13 prepararme a la sepultura lo ha hecho. En verdad
os digo, que dondequiera que este evangelio fuere
predicado en todo el mundo, lo que ha hecho ésta,
se contará también para memoria de ella.

14 Después de esto, uno de los doce, llamado Judas
Iscariote, fué a los principales sacerdotes, y les dijo:
15 ¿Qué queréis darme, y yo os le entregaré? Y ellos
16 le dieron treinta monedas de plata. Desde enton-
ces buscaba oportunidad para entregarle.

17 Y el primer día de los Àzimos, se llegaron los dis-
cípulos a Jesús, diciendo: ¿Dónde quieres que te ha-
gamos los preparativos para que comas la Pascua?
18 Y él les contestó: Id a la ciudad, a cierto hombre, y
decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en
tu casa voy a celebrar la Pascua con mis discípulos.

19 E hicieron los discípulos como Jesús les había man-
dado, y prepararon la Pascua.
20 Llegada la noche, y estando a la mesa con los
21 doce discípulos, mientras comían, les dijo: De cier-
22 to os digo, que uno de vosotros me entregará. En-
tristecidos ellos en gran manera, comenzaron cada
23 uno a decirle: ¿Soy yo quizá, Señor? Entonces,
respondiendo Jesús, dijo: El que ha metido la mano
24 conmigo en el plato, ése me entregará. El Hijo del
Hombre va su camino, como está escrito de él; pero
¡ay de aquel por quien el Hijo del Hombre es entre-
gado! Bueno le fuera al tal hombre no haber nacido.
25 Entonces, respondiendo Judas, el que le entregaba,
dijo: ¿Soy yo quizá, Rabí? Dícele: Tú lo has dicho.
26 Y estando aún ellos comiendo, Jesús tomó pan, y ha-
biendo pronunciado la bendición, lo partió y dió a los
discípulos, y dijo: Tomad, comed: esto es mi cuerpo.
27 Tomó también la copa, y habiendo dado gracias, la
28 dió a ellos, diciendo: Bebed de ella todos. Porque
esto es mi sangre del[1] pacto, la cual es derramada
29 por muchos para remisión de pecados. Os digo que
desde ahora no beberé de este fruto de la vid, has-
ta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en
30 el reino de mi Padre. Y habiendo cantado el himno,
salieron al monte de los Olivos.



31 Díjoles, entonces, Jesús: Todos vosotros seréis
escandalizados en mí esta noche; porque escrito
está:

«Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño se-
rán dispersadas.»[2]

32 Mas, después de haber yo resucitado, iré delante de
33 vosotros a Galilea. Respondiendo Pedro, le dijo:
Aunque todos sean escandalizados en ti, yo nunca
34 seré escandalizado. En verdad te digo, repuso Je-
sús, que esta noche, antes que el gallo cante, me
35 negarás tres veces. Dícele Pedro: Aunque me sea

---

[1] V. 28. Variante añade: *nuevo*.
[2] V. 31. Zac. 13: 7.

necesario morir contigo, en modo alguno te negaré.
Y lo mismo dijeron todos los discípulos.
36 Entonces vino Jesús con ellos a un lugar llamado
Getsemaní, y les dijo: Sentaos aquí, mientras voy
37 allí y oro. Y tomando consigo a Pedro, y a los dos
hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a an-
38 gustiarse mucho; y les dijo: Muy triste está mi al-
ma, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo.
39 Yéndose un poco más adelante, se postró sobre su
rostro, orando, y diciendo: Padre mío, si es posible,
pase de mí este cáliz; mas no sea como yo quiero,
40 sino como tú. Y vino a los discípulos, y hallándolos
durmiendo, dijo a Pedro: ¿Conque no habéis tenido
41 fuerzas para velar una sola hora conmigo? Velad y
orad, para que no entréis en tentación; si bien el es-
42 píritu está pronto, la carne es débil. De nuevo fué,
y oró, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí
este *cáliz* sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.
43 Vino otra vez y los halló durmiendo; porque sus ojos
44 estaban cargados *de sueño*. Y dejándolos, volvió
a irse, y oró tercera vez, diciendo las mismas pala-
45 bras. Entonces vino a los discípulos, y les dice:
Dormid ya, y descansad. He aquí, la hora está cer-
ca, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de
46 pecadores. Levantaos, vamos; he aquí, está cerca
el que me entrega.
47 Hablando él aún, he aquí vino Judas, uno de los
doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de
parte de los principales sacerdotes, y de los ancia-
48 nos del pueblo. Y el que le entregaba les había
dado señal, diciendo: Al que yo besare, aquél es;
49 prendedle. Y en seguida llegóse a Jesús, y dijo:
50 ¡Salve, Rabí!, y le besó con efusión. Amigo, le
dijo Jesús, a lo que vienes. Entonces llegáronse, y
51 echando mano a Jesús, le prendieron. Y he aquí,
uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la
mano, desenvainó su espada, y asestando un golpe
al siervo del sumo sacerdote, le quitó una oreja.
52 Entonces le dice Jesús: Vuelve tu espada a su lugar;

porque todos los que toman espada, a espada pere-
53 cerán. ¿O piensas que no puedo rogar a mi Padre,
y él pondría al momento a mi lado más de doce le-
54 giones de ángeles? Mas entonces, ¿cómo se cum-
plirían las Escrituras, que es necesario que así acon-
55 tezca? En aquella misma hora dijo Jesús a las
gentes: ¿Como contra un ladrón habéis salido con
espadas y palos a prenderme? Diariamente me sen-
taba en el Templo, enseñando, y no os apoderasteis
56 de mí. Mas todo esto ha sucedido para que se
cumplan las Escrituras de los profetas. Entonces to-
dos los discípulos, dejándole, huyeron.

57 Y los que habían prendido a Jesús, le llevaron
a casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde los es-
58 cribas y ancianos se habían juntado. Mas Pedro
le seguía de lejos hasta el atrio del sumo sacerdote,
y pasando adentro, se sentó con los alguaciles para
ver el fin.

59 Los principales sacerdotes y todo el Sanedrín
buscaban falso testimonio contra Jesús, para hacerle
60 morir. Y no lo consiguieron, aunque muchos testi-
gos falsos se presentaban; mas a la postre se pre-
61 sentaron dos, que declararon: Este dijo: Puedo de-
rribar el Santuario de Dios y a los tres días reedifi-
62 carlo. Levantándose entonces el sumo sacerdote,
le dijo: ¡Nada respondes! ¿Qué testifican éstos con-
63 tra ti? Mas Jesús callaba. Y díjole el sumo sacer-
dote: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas
64 si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Tú lo has di-
cho, le contestó Jesús. Y os digo además, que desde
ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra
del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo.
65 Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras,
diciendo: Blasfemado ha; ¿qué necesidad tenemos ya
de testigos? He aquí, acabáis de oír la blasfemia.
66 ¿Qué os parece? Ellos respondieron: Reo es de muer-
67 te. Entonces le escupieron en el rostro y le dieron

68 de puñadas; y otros le abofetearon,[1] diciendo: Pro-
fetízanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?
69 Pedro, entretanto, estaba sentado fuera, en el
patio; y llegándose a él una criada, le dijo: Tú tam-
70 bién estabas con Jesús el Galileo. Mas él negó de-
71 lante de todos, diciendo: No sé lo que dices. Ha-
biendo salido él al vestíbulo, le vió otra que dijo a
los que estaban allí: Este con Jesús el Nazareno es-
72 taba. Y otra vez negó con juramento: No conozco
73 a ese hombre. Un poco después, acercándose los
circunstantes, le dijeron a Pedro: Ciertamente tú
también eres de ellos, porque hasta tu habla te de-
74 nuncia. Comenzó entonces a proferir impreca-
ciones y a jurar: No conozco al hombre. Y al ins-
75 tante cantó un gallo. Y acordóse Pedro de lo que
Jesús le había dicho: Antes que cante el gallo, me
negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amarga-
mente.

27, 1 Venida la mañana, todos los principales sa-
cerdotes y los ancianos del pueblo consultaron entre
2 sí contra Jesús, para hacerle morir; y habiéndole
atado, le llevaron de allí, y le entregaron a Pilatos,
el gobernador.

3 Entonces Judas, el que le entregó, viendo que era
condenado, devolvió arrepentido las treinta monedas
de plata a los principales sacerdotes y a los ancia-
4 nos, diciendo: He pecado entregando la sangre
inocente. Ellos le contestaron: A nosotros ¿qué nos
5 importa? Allá tú. Entonces él, arrojando al San-
tuario las monedas de plata, se marchó; y fué y se
6 ahorcó. Los principales sacerdotes, tomando las
monedas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en
el tesoro de las ofrendas, porque son precio de san-
7 gre; y habiéndolo consultado juntos, compraron
con ellas el campo del alfarero, para sepultar a los

---

[1] V. 67. o, *dieron de varazos.*

8 extranjeros; por lo cual aquel campo es llamado,
9 hasta el día de hoy, Campo de Sangre. Entonces
se cumplió lo anunciado por el profeta Jeremías
cuando dijo:

«Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del apreciado,
a quien pusieron precio algunos de los hijos de Israel,
10 y las dieron por el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.»[1]

11 Jesús, pues, estaba en pie ante el gobernador, y
éste le interrogó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los
12 judíos? Jesús le contestó: Tú lo dices. Mas al ser
acusado por los principales sacerdotes y por los an-
13 cianos, nada respondió. Entonces Pilatos le dice:
14 ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? Pero
él no le respondió ni siquiera a una sola acusación,
de modo que el gobernador se maravillaba mucho.
15 En cada fiesta acostumbraba el gobernador soltar al
16 pueblo un preso, el que ellos quisieran. Y tenían
17 entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Es-
tando, pues, reunidos ellos, Pilatos les preguntó: ¿A
cuál queréis que os suelte, a Barrabás, o a Jesús que
18 es llamado Cristo? Porque sabía que por envidia
19 habían entregado a Jesús. Y estando Pilatos sen-
tado en el tribunal, su mujer mandó a decirle: No
tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he
20 padecido mucho en sueños a causa de él. Mas los
principales sacerdotes y los ancianos, persuadieron
a las gentes a que pidiesen a Barrabás e hiciesen
21 morir a Jesús. Así que, cuando el gobernador les
preguntó: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte?,
22 ellos dijeron: A Barrabás. Replicóles Pilatos: ¿Qué
haré, entonces, de Jesús, que es llamado Cristo? Dí-
23 cenle todos: ¡Sea crucificado! Y él dijo: ¿Pues qué
mal ha hecho? Pero ellos gritaban más y más: ¡Sea
24 crucificado! Viendo Pilatos que nada adelantaba,

[1] V. 9 y 10. Zac. 11: 12 y 13.

antes se iniciaba un alboroto, tomó agua y se lavó
las manos a la vista de la muchedumbre, diciendo:
25 Inocente soy yo de esta sangre; allá vosotros. Y
todo el pueblo contestó: Su sangre *caiga* sobre nos-
26 otros y sobre nuestros hijos. En seguida, les sol-
tó a Barrabás; y después de haber hecho azotar a
Jesús, le entregó para que fuese crucificado.
27 Entonces los soldados del gobernador llevaron a
Jesús al pretorio, y juntaron en torno de él toda la
28 cohorte[1]; y desnudándole, le pusieron un manto de
29 grana; y entretejiendo una corona de espinas, se la
pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano
derecha; y doblando ante él la rodilla, le escarnecie-
30 ron, diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos! Luego,
le escupieron, y tomando la caña, le golpeaban en la
31 cabeza. Después que le hubieron escarnecido, le
quitaron el manto, y habiéndole puesto sus *propios*
vestidos, le llevaron para crucificarle.
32 Y cuando salían, encontraron a un hombre de Ci-
rene, llamado Simón, al cual obligaron a llevar la
33 cruz. Y llegados a un lugar que se llama Gólgota,
34 esto es, lugar de la Calavera, dieron a beber a
Jesús vino mezclado con hiel; mas él, cuando lo pro-
35 bó, no quiso beberlo. Después que le hubieron cru-
cificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando
36 37 suertes[2]; y sentados, le guardaban allí. Y pu-
sieron sobre su cabeza, su causa escrita:

ESTE ES JESÚS EL REY DE LOS JUDÍOS.

38 Al mismo tiempo fueron crucificados con él dos la-
39 drones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y
los que pasaban, le injuriaban, meneando la cabeza
40 y diciendo: Tú que derribas el Santuario, y en tres
días lo reedificas, sálvate a ti mismo, si eres Hijo de

---

[1] V. 27. *Cohorte:* La décima parte de una legión.
[2] V. 35. Variante añade: *Para que se cumpliese lo que fué dicho por el profeta: Se repartieron mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.* Véase Juan 19: 24.

41 Dios, y desciende de la cruz. De igual manera, los
principales sacerdotes, escarneciéndole con los es-
42 cribas y los ancianos, decían: A otros salvó; a sí
mismo no se puede salvar. El Rey de Israel es; des-
43 cienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confía
en Dios; líbrele ahora, si le quiere; porque dijo: Soy
44 Hijo de Dios. Los mismos insultos le dirigían tam-
bién los ladrones que fueron crucificados con él.
45 Y desde la hora de sexta hasta la de nona, hubo
46 tinieblas sobre toda la tierra. Cerca de la hora de
nona, Jesús clamó con grande voz, diciendo: ¡Elí,
Elí!, ¿lamá sabactani?, esto es: ¡Dios mío, Dios mío!,
47 ¿por qué me has desamparado? Algunos de los que
48 estaban allí, al oírlo, decían: A Elías llama éste. Y
al instante, uno de ellos corrió a tomar una esponja,
la empapó en vinagre, y poniéndola en una caña, dá-
49 bale a beber. Los demás dijeron: Deja; veamos si
viene Elías a salvarle.
50 Mas Jesús, habiendo exclamado otra vez con gran-
51 de voz, entregó el espíritu. Y he aquí, el velo del
Santuario se rasgó en dos, de alto a bajo; la tierra
52 tembló; las rocas se hendieron; abriéronse también
los sepulcros; y los cuerpos de muchos santos que
53 dormían, se levantaron, y saliendo de los sepulcros,
después de la resurrección de Jesús, entraron en la
54 santa ciudad, y se aparecieron a muchos. El cen-
turión y los que con él estaban guardando a Jesús,
visto el terremoto y las cosas que sucedían, tuvieron
gran temor, y dijeron: Verdaderamente, Hijo de Dios
55 era éste. Y estaban allí, mirando de lejos, muchas
mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea,
56 asistiéndole, entre ellas, María de Magdala[1], Ma-
ría la madre de Jacobo y de José, y la madre de los
hijos de Zebedeo.
57 Al caer la tarde, vino un hombre rico, vecino de
Arimatea, llamado José, que también se había hecho
58 discípulo de Jesús. Este se llegó a Pilatos y le pi-

[1] V. 56. o, *Magdalena*.

dió el cuerpo de Jesús. Y Pilatos mandó que se le
59 entregase. José, pues, tomó el cuerpo, lo envolvió
60 en un lienzo fino y limpio, y lo puso en su pro-
pio sepulcro, nuevo, que había labrado en la peña;
y haciendo rodar una gran piedra a la entrada del se-
61 pulcro, se fué. María Magdalena y la otra María
estaban allí, sentadas enfrente de la tumba.
62 Al otro día, el siguiente al de la Preparación, los
principales sacerdotes y los fariseos acudieron jun-
63 tos a Pilatos, diciendo: Señor, nos acordamos de
que aquel impostor, cuando aun vivía, dijo: Después
64 de tres días, resucitaré. Manda, pues, que se ase-
gure la tumba hasta el día tercero; no sea que ven-
gan sus discípulos, lo hurten, y digan al pueblo: Re-
sucitó de los muertos. Y será el postrer engaño
65 peor que el primero. Díjoles Pilatos: Ahí tenéis
66 una guardia; id, asegurad la tumba como sabéis. Y
fueron ellos, y la aseguraron, sellando la piedra y
poniendo la guardia.

28, 1 Pasado el sábado, al amanecer el primer día
de la semana, vino María Magdalena con la otra Ma-
2 ría, a ver la tumba. Y he aquí, hubo un gran terre-
moto; porque un ángel del Señor, descendiendo del
cielo, llegóse, removió la piedra y se sentó sobre
3 ella. Su aspecto era como el relámpago, y su ves-
4 tidura blanca como la nieve; y de miedo de él,
los guardas temblaron, y se quedaron como muertos.
5 Mas el ángel, dirigiéndose a las mujeres, dijo: No
temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús,
6 el crucificado. No está aquí, porque ha resucitado,
7 según predijo. Venid, ved el lugar donde yacía; e
id presto y decid a sus discípulos: Ha resucitado de
los muertos, y va delante de vosotros a Galilea; allí
le veréis. He aquí, os lo he dicho.
8 Ellas, retirándose aprisa del sepulcro, con temor
y gran gozo, corrieron a dar las nuevas a los discí-
9 pulos. Y he aquí, Jesús les salió al encuentro, di-
ciendo: ¡Salve! Y ellas, llegándose, se asieron a sus

10 pies y le adoraron. No temáis, les dijo entonces
Jesús; id, avisad a mis hermanos que vayan a Gali-
lea; y allí me verán.
11 Mientras iban ellas, algunos de la guardia fueron
a la ciudad, y refirieron a los principales sacerdotes
12 todo cuanto había acontecido. Y juntándose éstos
con los ancianos, y habiendo tenido consejo, dieron
13 mucho dinero a los soldados, diciendo: Vosotros
decid: Sus discípulos vinieron de noche y lo hurta-
14 ron, estando nosotros dormidos. Y si esto fuere
denunciado al gobernador, nosotros le persuadire-
15 mos y haremos que estéis sin cuidado. Ellos, to-
mando el dinero, hicieron como se les había instruí-
do. Y este dicho se ha divulgado entre los judíos
hasta el día de hoy.
16 Y los once discípulos fueron a Galilea, al monte
17 que Jesús les había designado, y cuando le vieron,
18 le adoraron; mas algunos dudaban. Y llegándose
Jesús, les habló, diciendo: Toda potestad me ha sido
19 dada en el cielo y sobre la tierra; por tanto, id y
haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos
en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu
20 Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas
que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros
todos los días, hasta la consumación del siglo.

EL EVANGELIO

SEGÚN

SAN MARCOS

1, 1 Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de
Dios[1].
2 Como está escrito en Isaías el profeta[2]:
«He aquí, envío mi mensajero delante de tu faz,
que arreglará tu camino;»[3]
3 «Voz de uno que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor;
enderezad sus veredas;»[4]
4 así vino Juan, el que bautizaba en el desierto, pre-
dicando el bautismo de arrepentimiento para remi-
5 sión de pecados. Y toda la región de Judea y todos
los de Jerusalén salían a él; y eran bautizados por él
en el río Jordán, confesando abiertamente sus peca-
6 dos. Y Juan iba vestido de pelo de camello y *lleva-
ba* ceñidor de cuero alrededor de sus lomos; y comía
7 langostas y miel silvestre. Y predicaba diciendo:
Tras mí viene el que es más poderoso que yo, a
quien no soy digno de desatar encorvado la correa
8 de su calzado. Yo os he bautizado con agua, mas
él os bautizará con el Espíritu Santo.

9 Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de
Nazaret de Galilea, y fué bautizado por Juan en el
10 Jordán; y luego, al subir del agua, vió rasgarse los
cielos y al Espíritu, como paloma, que descendía
11 hasta él. Y vino una voz de los cielos: Tú eres mi

---

[1] V. 1. Var. om.: *Hijo de Dios*.
[2] V. 2. Var.: *en los profetas*. [3] Mal. 3: 1.
[4] V. 3. Is. 40: 3.

12 Hijo, el Amado; en ti tengo complacencia. En se-
13 guida el Espíritu le impele al desierto; y estuvo en
el desierto cuarenta días, siendo tentado por Sata-
nás; y estaba con las fieras, y los ángeles le servían.

14 Después que Juan fué encarcelado, vino Jesús a
15 Galilea, predicando el evangelio de Dios, y dicien-
do: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se
ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio.
16 Pasando Jesús por la ribera del mar de Galilea, vió
a Simón y a Andrés, hermano de Simón, que echa-
17 ban la red en el mar; porque eran pescadores. Y
les dijo: Venid en pos de mí, y haré que seáis pes-
18 cadores de hombres. Al instante, dejando sus re-
19 des, le siguieron. Y pasando un poco más adelan-
te, vió a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a Juan su her-
mano, que también estaban en su barca remendando
20 las redes. Y en seguida los llamó; y dejando a su
padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, fueron
en pos de él.

21 Y entraron en Cafarnaum; y al sábado siguiente
22 entró *Jesús* en la sinagoga y enseñaba. Y estaban
atónitos de su doctrina; porque les enseñaba como
23 quien tiene autoridad, y no como los escribas. Esta-
ba a la sazón en la sinagoga de ellos un hombre con
24 espíritu inmundo, que gritó, diciendo: ¿Qué tienes
con nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a des-
25 truirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios. Jesús le
26 increpó, diciendo: Calla, y sal de él. Entonces el es-
píritu inmundo, sacudiéndole con violencia, clamó a
27 gran voz y salió de él. Y todos se asombraron de tal
manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué es es-
to? ¡Nueva enseñanza es ésta, y con autoridad, pues
aun a los espíritus inmundos manda, y le obedecen!
28 Y presto se extendió su fama por doquiera en toda
la región de Galilea.
29 Saliendo luego de la sinagoga, vinieron a casa de
30 Simón y Andrés, con Jacobo y Juan. Y la suegra

de Simón estaba en cama, con fiebre; y en seguida
31 le hablaron de ella. Entonces, acercándose él, la
tomó de la mano y la levantó; y la dejó la fiebre, y
32 les servía. A la caída de la tarde, ya puesto el sol,
33 le traían todos los enfermos y los endemoniados. Y
34 toda la ciudad estaba reunida a la puerta. Y sanó
Jesús a muchos que padecían diversas enfermedades,
y echó fuera muchos demonios, no dejándoles hablar,
35 porque le conocían[6]. Y levantándose temprano,
cuando aun era muy obscuro, salió y se fué a un lu-
36 gar solitario, y allí oraba. Y fueron en busca suya
37 Simón y los que estaban con él; y hallándole, le
38 dicen: Todos te buscan. Díceles: Vamos a otras
partes, a las villas cercanas, para que predique tam-
39 bién allí; porque para esto he salido. Y fué por
toda Galilea, predicando en las sinagogas de ellos,
y echando fuera los demonios.

40 Vino a él un leproso, rogándole; e hincándose de
rodillas[7], le dijo: Si quieres, puedes limpiarme.
41 Jesús, movido a compasión, extendió su mano, le
42 tocó y le dijo: Quiero, sé limpio. Y apenas habló,
43 la lepra se fué de aquél, y quedó limpio. Y conmi-
44 nándole, le despidió luego, y le dijo: Mira, no digas
a nadie nada; mas ve, muéstrate al sacerdote, y ofre-
ce por tu purificación lo que Moisés ordenó, para
45 testimonio a ellos. Mas habiendo él salido, comenzó
a publicarlo mucho y a divulgar el hecho, de tal
modo que ya Jesús no podía entrar manifiestamente
en ciudad *alguna,* mas estaba fuera, en lugares de-
siertos; y las gentes acudían a él de todas partes.

2, 1 Habiendo entrado otra vez en Cafarnaum des-
pués de algunos días, se oyó que estaba en casa;
2 y se juntaron tantos, que ya no cabían ni aun a la
3 puerta; y les anunciaba la Palabra. Entonces vie-

---

[6] V. 34. Var. añ.: *que era el Cristo.*
[7] V. 40. Var. om.: *e hincándose de rodillas.*

nen a él unos, trayendo un paralítico, que era con-
4 ducido entre cuatro; y como no podían llevarle has-
ta Jesús a causa del gentío, descubrieron el techo de
donde estaba, y hecha la abertura, bajaron el lecho
5 en que yacía el paralítico. Y viendo Jesús la fe de
ellos, dice al paralítico: Hijo, perdonados *te* son tus
6 pecados. Mas algunos de los escribas estaban allí
7 sentados, y discurrían en sus corazones: ¿Por qué
habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar
8 pecados, sino uno solo, Dios? Al instante, conocien-
do Jesús en su espíritu que discurrían así dentro de
sí mismos, les dice: ¿Por qué discurrís esto en vues-
9 tros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralí-
tico: Perdonados *te* son tus pecados, o decirle: Le-
10 vántate, toma tu lecho y anda? Pues para que
sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la
tierra para perdonar pecados (dice al paralítico):
11 A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu
12 casa. Entonces él se levantó, y tomando en el acto
su lecho, salió delante de todos; de modo que todos
estaban atónitos y glorificaban a Dios, diciendo:
Nunca hemos visto cosa semejante.

13 Salió Jesús de nuevo a la orilla del mar; y toda
14 la gente venía a él, y les enseñaba. Y pasando por
allí, vió a Leví, *hijo* de Alfeo, sentado en la recau-
dación de los tributos, y le dijo: Sígueme. Y levan-
15 tándose, le siguió. Y cuando estaba Jesús a la mesa
en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores es-
taban también a la mesa con él y sus discípulos;
16 porque había muchos de aquéllos, y le seguían. Y
los escribas *de la secta* de los fariseos, viéndole co-
mer con los pecadores y publicanos, decían a sus
discípulos: ¿Cómo es que él come con los publica-
17 nos y pecadores? Oyéndolo Jesús, les dice: Los sa-
nos no necesitan médico, sino los enfermos. No vine
a llamar justos, sino pecadores.

18 Y estaban ayunando los discípulos de Juan y los fa-

riseos; y vienen y le dicen: ¿Por qué los discípulos
de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípu-
19 los no ayunan? Y Jesús les contesta: ¿Pueden acaso
ayunar los convidados a bodas, mientras el esposo
está con ellos? Entretanto que tienen al esposo con-
20 sigo, no pueden ayunar. Mas vendrán días cuando
el esposo les será quitado; en aquel tiempo ayuna-
21 rán. Nadie echa remiendo de paño nuevo en vesti-
do viejo; de otra manera, el remiendo tira del ves-
tido, lo nuevo de lo viejo, y se hace una rotura peor.
22 Ni nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra
manera, el vino reventará los odres, y tanto el vino
como los odres se pierden; mas el vino nuevo *se
echa* en odres nuevos.

23 Aconteció que pasando Jesús por los sembrados
un sábado, sus discípulos, según iban andando, co-
24 menzaron a arrancar espigas. Y los fariseos le de-
cían: Mira, ¿por qué hacen en el día del reposo lo
25 que no es lícito? El les dice: ¿Nunca habéis leído
lo que hizo David, cuando se halló en necesidad, y
26 tuvo hambre él, y los que le acompañaban, cómo
entró en la casa de Dios, siendo Abiatar sumo sacer-
dote, y comió de los panes de la proposición, que
a nadie le es lícito comer, sino a los sacerdotes, y
27 aun dió a sus compañeros? Y les decía: El día del
reposo se hizo a causa del hombre; no el hombre a
28 causa del día del reposo. Así que, el Hijo del Hom-
bre es Señor aun del día del reposo.

3, 1 En otra ocasión entró Jesús en una sinagoga;
y estaba allí un hombre, al cual se le había secado
2 una mano. Y le acechaban *para ver* si lo sanaría
3 en el día del reposo, a fin de acusarle. Entonces
dijo al hombre que tenía seca la mano: Levántate, *y
4 ponte* en medio. Y les dice: ¿Es lícito hacer bien
en el día del reposo o hacer mal? ¿Salvar la vida o
5 matar? Mas ellos guardaron silencio. Y mirándolos
a su alrededor con ira, contristado por el endureci-

miento de sus corazones, dice al hombre: Extiende
tu mano. Y la extendió, y su mano *le* fué restituída
6 *sana.* Salieron los fariseos e inmediatamente em-
pezaron a consultar con los herodianos contra Jesús
para matarle.

7 Retiróse Jesús al mar con sus discípulos, y le si-
guió de Galilea una gran multitud. Y también de
8 Judea, de Jerusalén, de Idumea, de allende el
Jordán, y de los alrededores de Tiro y de Sidón, vi-
nieron a él grandes multitudes, al oír cuántas cosas
9 hacía. Y recomendó a sus discípulos que le tuvie-
sen dispuesta una barquilla, a causa del gentío, para
10 que no le oprimiesen. Porque había sanado a mu-
chos; de manera que cuantos tenían males caían so-
11 bre él por tocarle. Y los espíritus inmundos, cuan-
do le veían, se postraban ante él y gritaban, dicien-
12 do: Tú eres el Hijo de Dios. Mas él les encargaba
rigurosamente que no le descubriesen.

13 Y subió al monte, y llamó a los que él quiso; y
14 fueron a él. Y nombró a doce[1], para que estuvie-
15 sen con él, y para enviarlos a predicar, con potes-
16 tad de echar fuera demonios. Nombró, pues, a los
doce: Simón, a quien puso por sobrenombre Pedro;
17 Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Jaco-
bo, a quienes puso por sobrenombre Boanerges, que
18 quiere decir, hijos del trueno; Andrés y Felipe;
Bartolomé y Mateo; Tomás y Jacobo, *hijo* de Alfeo;
19 Tadeo y Simón el cananeo[2]; y Judas Iscariote, el
que le entregó.

20 Y vino a casa; y agolpóse de nuevo la gente, de
21 modo que ellos no podían ni comer. Y cuando lo
oyeron los de su familia, salieron para echarle mano,
porque decían: Está fuera de sí.

---

[1] V. 14. Var. añ.: *a quienes también llamó apóstoles.*
[2] V. 18. Véase la nota en Mat. 10: 4.

22 También los escribas que habían descendido de
Jerusalén decían: Tiene a Beelzebú; y: Echa fuera
23 los demonios por el príncipe de los demonios. Y
habiéndolos llamado, les decía por parábolas: ¿Cómo
24 puede Satanás echar fuera a Satanás? Si un reino
está dividido contra sí mismo, ese reino no puede
25 subsistir. Y si una casa estuviere dividida contra
26 sí misma, esa casa no podrá subsistir. Y si Satanás
se ha sublevado contra sí mismo, y está dividido, no
27 puede permanecer; antes tiene fin. Pues nadie
puede entrar en la casa del fuerte, y saquear sus
bienes, si antes no le ata; entonces sí, saqueará
28 su casa. De cierto os digo que todos los pecados
serán perdonados a los hijos de los hombres, y todas
29 las blasfemias que profirieren; mas cualquiera que
blasfemare contra el Espíritu Santo no tiene jamás
30 perdón; mas es reo de eterno pecado. *Así les ha-
bló,* porque decían: Tiene espíritu inmundo.

31 Vienen, pues, su madre y sus hermanos, y es-
32 tando fuera, envían a llamarle. Y estaba sentada
alrededor de él una multitud, y le dijeron: Tu madre
33 y tus hermanos están fuera, y te buscan. Respon-
dióles diciendo: ¿Quién es mi madre, y *quiénes son*
34 mis hermanos? Y dirigiendo una mirada a los que
estaban sentados en torno de él, dijo: He aquí mi
35 madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de
Dios, éste es mi hermano, y hermana, y madre.

4, 1 De nuevo se puso Jesús a enseñar junto al
mar, y se llegó a él una multitud tan grande, que
entrando él en una barca, se sentó *en ella* dentro
del mar, y toda la muchedumbre estaba en tierra, a
2 la orilla. Y les enseñaba muchas cosas por parábo-
3 las, y les decía en su doctrina: Escuchad: He aquí,
4 el sembrador salió a sembrar. Y sembrando, parte
de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las
5 aves, y se la comieron. Otra parte cayó en terreno
pedregoso, donde no tenía mucha tierra; y nació

6 pronto, por no tener profundidad de tierra; mas
cuando salió el sol, se quemó; y por no tener raíz,
7 se secó. Otra parte cayó entre espinas; y crecieron
8 las espinas y la ahogaron, y no dió fruto. Pero las
otras semillas cayeron en la buena tierra, y crecien-
do y desarrollándose, daban fruto, produciendo a
9 treinta, a sesenta y a ciento por uno. Y decía: El
10 que tiene oídos para oír, oiga. Cuando estuvo so-
lo, empezaron a preguntarle los que estaban cerca
11 de él con los doce, sobre las parábolas. Y les dijo:
A vosotros es dado *conocer* el misterio del reino de R. D.
Dios; mas a los que están fuera, todo se les expone
en parábolas, para que
12 «Viendo, vean y no perciban,
y oyendo, oigan y no entiendan;
no sea que se vuelvan y se les perdone.»[1]
13 Y les dijo: ¿No sabéis esta parábola? ¿Cómo, pues,
14 entenderéis todas las parábolas? El sembrador
15 siembra la palabra; y los de junto al camino son
aquellos en quienes la palabra es sembrada; mas en
cuanto la oyen, viene Satanás, y se lleva la palabra
16 que fué sembrada en ellos. Asimismo, los que son
sembrados en pedregales son los que cuando oyen
17 la palabra, la reciben al instante con gozo; mas no
tienen raíz en sí, antes son de poca duración; des-
pués, en viniendo tribulación o persecución a causa
18 de la palabra, al momento se escandalizan. Otros
son los sembrados entre espinas: los que oyen la pa-
19 labra; mas los afanes del siglo, el engaño de las
riquezas, y las codicias de las demás cosas, entran-
do *en ellos,* ahogan la palabra, y ésta se hace infruc-
20 tuosa. Y éstos son los que fueron sembrados en la
buena tierra: los que oyen la palabra, y la reciben,
y llevan fruto, a treinta, a sesenta y a ciento por uno.

21 También les dijo: ¿Acaso se trae la lámpara para
ponerla debajo del almud, o debajo de la cama?

---

[1] V. 12. Is. 6: 9 y 10.

22 ¿No es para que se ponga en el candelero? Por-
que nada hay oculto, sino para que sea manifestado;
ni nada se guardó secreto, sino para que ven-
23 ga a luz. Si alguno tiene oídos para oír, oiga.
24 Les decía también: Mirad lo que oís; con la medida
con que midiereis se os medirá, y aun se os dará con
25 creces; porque al que tiene, le será dado; y al que
no tiene, aun lo que tiene le será quitado.

26 Decía también: Así es el reino de Dios, como
27 cuando un hombre echa la simiente en la tierra; y
duerme y se levanta, noche y día, y entretanto, la
28 simiente brota y crece como él no sabe. Porque de
suyo produce la tierra su fruto; primero hierba, lue-
29 go espiga, después grano lleno en la espiga. Pero
en cuanto el fruto está en sazón, él mete la hoz, por-
que la siega es llegada.
30 Y decía: ¿A qué compararemos el reino de Dios?
31 O ¿con qué parábola lo representaremos? Es como
el grano de mostaza que, cuando se siembra en tie-
rra, es la más pequeña de todas las simientes que hay
32 en el mundo; mas después de sembrado, crece, y se
hace mayor que todas las hortalizas, y echa grandes
ramas, de modo que las aves del cielo pueden posar
33 bajo su sombra. Y con muchas parábolas semejan-
tes les hablaba la Palabra, según podían entender.
34 Y sin parábola nada les hablaba; mas a sus propios
discípulos, a solas, se lo explicaba todo.

35 Aquel mismo día, a la caída de la tarde, les dijo:
36 Pasemos a la otra ribera. Y dejando la multitud, le
tomaron tal como estaba en la barca; y había tam-
37 bién con él otras barcas. Y se levantó una gran
tempestad de viento, y las olas se lanzaban dentro
de la barca, de tal manera que ésta ya se henchía.
38 Mas él estaba en la popa, durmiendo sobre el cabe-
zal; y le despertaron, diciendo: Maestro, ¿no se te
39 da cuidado de que perecemos? Y despertando, in-
crepó al viento, y dijo al mar: ¡Calla, sosiégate! Y

40 el viento amainó, y fué hecha grande bonanza. Y
les preguntó: ¿Por qué tenéis tanto miedo? ¿Cómo
41 es que no tenéis fe? Y sobrecogidos de gran te-
mor, se decían unos a otros: ¿Quién será éste, que
aun el viento y el mar le obedecen?

5, 1 Vinieron a la otra orilla del mar, a la región de
2 los gerasenos. Y tan pronto como salió él de la
barca, vino de los sepulcros a su encuentro un
3 hombre con espíritu inmundo, que tenía su morada
en los sepulcros, y ya nadie podía sujetarle ni aun
4 con cadenas; porque muchas veces había sido suje-
tado con grillos y cadenas, mas él había roto las ca-
denas y desmenuzado los grillos; y nadie podía do-
5 marle. Y siempre, de día y de noche, estaba en los
sepulcros y en los montes, dando voces, e hiriéndo-
6 se con piedras. Al ver a Jesús de lejos, corrió y se
7 postró ante él. Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué
tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? Te
8 conjuro por Dios que no me atormentes. Porque le
9 decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo. Y Je-
sús le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y él respondió:
10 Mi nombre es Legión, porque somos muchos. Y le
rogaba con insistencia que no los enviase fuera de
11 aquella región. Y estaba allí una gran piara de
12 cerdos, paciendo en la falda del monte. Y *los es-
píritus* le rogaron, diciendo: Envíanos a los cerdos
13 para que entremos en ellos. El les dió permiso, y
saliendo los espíritus inmundos, entraron en los cer-
dos; y la piara, como unos dos mil, se precipitó por
el despeñadero en el mar; y en el mar se ahogaron.
14 Entonces, huyendo los porqueros, dieron la noticia
en la ciudad y en los campos. Y vinieron *las gentes*
15 para ver qué era lo que había sucedido. Llegan a
Jesús, y viendo al que había sido atormentado del
demonio, al que había tenido la legión, sentado,
vestido y en su cabal juicio, se sobrecogieron de te-
16 mor. Y los que lo habían visto, contáronles cómo
ocurrió *esto* al endemoniado, y también lo de los

17 cerdos. Entonces empezaron a rogarle que se fue-
18 ra de sus términos. Entrando él en la barca, el que
había estado poseído de los demonios le pedía per-
19 miso para acompañarle; pero Jesús no se lo dió,
sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y re-
fiéreles cuán grandes cosas el Señor ha hecho con-
20 tigo, y como tuvo de ti misericordia. Y se fué, y
comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas
había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban.

21 Habiendo pasado Jesús otra vez en la barca a la
otra ribera, se le reunió una gran multitud; y él es-
22 taba a la orilla del mar. Y viene uno de los presi-
dentes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verle, pós-
23 trase a sus pies, y le ruega con insistencia, di-
ciendo: Mi hijita está agonizando; *te suplico* que
vengas y pongas tus manos sobre ella, para que se
24 salve y viva. Y fué con él; y le seguía una gran
25 multitud; y le apretaban. Y una mujer que pade-
26 cía flujo de sangre hacía doce años, y había su-
frido mucho de muchos médicos y gastado todo
cuanto tenía, y no había mejorado, antes le iba
27 peor, como oyó lo *que se decía* de Jesús, llegó
28 por detrás entre la multitud, y tocó su manto. Por-
que decía: Si tocare tan solamente sus vestidos, seré
29 salva. Y al instante la fuente de su sangre se secó;
y ella sintió en su cuerpo que estaba sana de aquel
30 azote. En el acto, Jesús, conociendo en sí mismo
que había salido de él virtud, volviéndose a la mul-
titud, preguntaba: ¿Quién ha tocado mis vestidos?
31 Sus discípulos le respondieron: ¡Ves que la multi-
tud te aprieta, y preguntas: Quién me ha tocado?
32 Pero él seguía mirando alrededor para ver a la que
33 había hecho esto. La mujer entonces, asustada y
temblorosa, sabiendo lo que había pasado en ella,
vino y se postró delante de él, y le dijo toda la ver-
34 dad. Y díjole Jesús: Hija, tu fe te ha salvado; ve
35 en paz, y queda sana de tu azote. Hablando él
aún, vinieron *de casa* del presidente de la sinagoga,

diciendo: Tu hija ha muerto; ¿por qué molestas más
36 al Maestro? Pero Jesús, sin hacer caso de lo que
decían, dijo al presidente de la sinagoga: No temas,
37 cree solamente. Y a nadie permitió que le acom-
pañase, sino a Pedro, a Jacobo y a Juan, hermano de
38 Jacobo. Y vinieron a casa del presidente de la si-
nagoga; y vió Jesús el alboroto, y a los que lloraban
39 y lamentaban mucho. Y entrando, les dice: ¿Por
qué alborotáis y lloráis? La muchacha no está muer-
40 ta, sino duerme. Y hacían burla de él. Mas Jesús,
echando fuera a todos, tomó al padre de la muchacha,
y a la madre, y a los *que iban* con él, y entró donde
41 estaba la muchacha. Y tomándola de la mano, le
dice: Talita cum; que traducido, quiere decir: Niña,
42 a ti te digo: Levántate. Y al instante la niña se
levantó y comenzó a andar, pues tenía doce años;
43 y quedaron poseídos de grande asombro. Mas Jesús
les encareció mucho que nadie lo supiese, y dijo que
a ella le diesen de comer.

6, 1 Saliendo Jesús de allí, vino a su tierra, y le si-
2 guieron sus discípulos. Y llegado el sábado, empe-
zó a enseñar en la sinagoga; y los más, oyéndole,
estaban atónitos, y decían: ¿De dónde tiene éste es-
tas cosas? ¿Y qué sabiduría es ésta que le ha sido
dada, y *qué significan* tales milagros hechos por sus
3 manos? ¿No es éste el carpintero, hijo de María,
hermano de Jacobo, de Josés, de Judas y de Simón?
¿No viven aquí también entre nosotros sus herma-
4 nas? Y se escandalizaban en él. Y Jesús les decía:
No hay profeta sin honra, sino en su tierra, y entre
5 sus parientes, y en su casa. Y no podía hacer allí
ningún milagro, salvo que poniendo las manos so-
6 bre unos pocos enfermos, los sanó. Y se maravilló
de la incredulidad de ellos.

Y recorría las aldeas de alrededor enseñando.
7 Y llamó a los doce, y empezó a enviarlos de dos en
dos, dándoles potestad sobre los espíritus inmun-

8 dos. Y les mandó que no llevasen nada para el
camino, sino solamente un báculo; ni pan, ni alforja,
9 ni dinero[1] en el cinto; pero que calzasen sandalias.
10 No vistáis, *les dijo,* dos túnicas. Decíales también:
Dondequiera que entréis en una casa, posad allí
11 hasta que salgáis de aquel lugar. Y si algún lugar
no os recibiere, ni *sus vecinos* os escucharen, marchándoos
de allí, sacudid el polvo de vuestros pies,
12 para testimonio a ellos. Y saliendo, predicaban que
13 *las gentes* se arrepintiesen. También echaban fuera
muchos demonios, y ungían con aceite a muchos
enfermos, y los sanaban.

14 El rey Herodes oyó hablar *de Jesús,* porque su
nombre se había hecho notorio, y *algunos* decían:
Juan, el que bautizaba, se ha levantado de entre los
muertos, y por eso obran en él estos poderes mila-
15 grosos. Mas otros decían: Es Elías. Y otros, que
era profeta como uno de los *antiguos* profetas.
16 Pero oyéndolo Herodes, decía: Juan, el que yo de-
17 capité, ha resucitado. Pues Herodes mismo había
enviado a prender a Juan, y le había encadenado en
la cárcel a causa de Herodías, mujer de su hermano
18 Felipe, porque *Herodes* se había casado con ella; y
Juan decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer
19 de tu hermano. Y Herodías le guardaba rencor, y
20 quería matarle, pero no podía; porque Herodes temía
a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y
le defendía; y siempre que le oía quedábase muy per-
21 plejo,[2] pero le escuchaba de buena gana. Llegado
un día oportuno, en que Herodes, en la fiesta de
su natalicio, daba un banquete a sus magnates y tri-
22 bunos y a los principales de Galilea, entró la hija
misma de Herodías, y danzando, agradó a Herodes
y a los que estaban con él a la mesa. Entonces el rey

---

[1] V. 8. Gr. *cobre.*
[2] V. 20. Var.: *hacía muchas cosas,* en lugar de: *quedaba muy perplejo.*

dijo a la joven: Pídeme lo que quieras, que yo te lo
23 daré. Y le juró: Cualquiera cosa que me pidieres
24 te daré, aunque sea la mitad de mi reino. Y salien-
do ella, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ésta le res-
25 pondió: La cabeza de Juan el Bautista.[1] En segui-
da la joven entró prestamente donde estaba el rey, e
hizo su petición, diciendo: Quiero que me des ahora
26 mismo en un plato la cabeza de Juan el Bautista. En-
tonces el rey se entristeció mucho; mas a causa del
juramento y de los comensales, no quiso desairarla.
27 En seguida el rey envió a uno de la guardia con or-
28 den de traer la cabeza de Juan; el cual fué y le de-
capitó en la cárcel, y trajo su cabeza en un plato, y
la dió a la muchacha, y ésta la dió a su madre.
29 Cuando los discípulos de Juan oyeron esto, vinieron,
y tomando su cadáver, lo pusieron en un sepulcro.

30 Los apóstoles reuniéronse con Jesús, y le conta-
ron todo lo que habían hecho y lo que habían ense-
31 ñado. Entonces él les dijo: Venid vosotros aparte
a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque
eran muchos los que iban y venían, y ni aun tenían
32 tiempo para comer. Y se fueron en la barca a un
33 lugar solitario, aparte. *Las gentes* los vieron irse,
y muchos los conocieron; y concurrieron allí por
tierra, de todas las ciudades, llegando antes que
34 ellos. Al salir Jesús, vió una gran multitud, y
tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas
que no tienen pastor; y empezó a enseñarles muchas
35 cosas. Y como fuese ya muy tarde, sus discípulos
se llegaron a él, diciéndole: El lugar es desierto, y
36 la hora ya avanzada; despídelos, para que vayan a
los cortijos y aldeas de alrededor y compren para sí
37 que comer. Respondiendo él, les dijo: Dadles vos-
otros de comer. Y le contestaron: ¿Hemos de ir a
comprar pan por doscientos denarios, para darles de
38 comer? El les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Id

[1] V. 24. Gr. *el que bautizaba.*

a verlo. Y enterados, dijeron: Cinco, y dos peces.
39 Entonces dió orden de que todos se recostasen por
40 grupos sobre la hierba verde. Y se recostaron por
secciones de ciento en ciento y de cincuenta en cin-
41 cuenta. Tomando Jesús los cinco panes y los dos
peces, y alzando los ojos al cielo, bendijo y partió
los panes, e iba dando a sus discípulos, para que los
pusiesen delante a la gente; y repartió los dos peces
42 entre todos. Y comieron todos, y se saciaron.
43 Y alzaron de los pedazos, y de lo que sobró de los
44 peces, doce cestas llenas. Los que comieron de
los panes fueron cinco mil hombres.
45 Y en seguida obligó Jesús a sus discípulos a en-
trar en la barca e ir antes que él a la otra ribera
46 hacia Betsaida, mientras despedía la multitud. Y
habiéndose despedido de ella, se fué al monte a
47 orar. Entrada la noche, la barca estaba en medio
48 del mar, y él solo en tierra. Y al verlos fatigados
remando, porque el viento les era contrario, vino
hacia ellos, andando sobre el mar, cerca de la cuarta
vigilia de la noche, e hizo como si quisiera pasar ade-
49 lante. Al verle andando sobre el mar, les pareció
50 que era un fantasma, y gritaron; porque todos le
vieron, y se turbaron. Mas en seguida habló con
ellos, y les dijo: Tened ánimo, soy yo, no tengáis
51 miedo. Entonces subió a ellos en la barca, y el
viento amainó; y ellos estaban dentro de sí atónitos
52 en extremo. Porque no habían entendido lo de los
panes; antes sus corazones estaban endurecidos.
53 Habiendo hecho la travesía, llegaron a tierra de[1]
54 Genezaret, y anclaron. Y al salir ellos de la bar-
ca, *las gentes,* como en seguida reconociesen a Je-
55 sús, recorrieron toda aquella región, y comenzaron
a llevarle enfermos en lechos, adonde oían que es-
56 taba. Y dondequiera que entraba, en aldeas, o
ciudades, o cortijos, ponían los enfermos en las pla-
zas, y le rogaban que les permitiese tocar siquiera

[1] V. 53. Gr. *en.*

la orla de su manto; y cuantos le tocaron, fueron
sanados.
7, 1 Llegáronse juntos a Jesús los fariseos y algunos
2 escribas venidos de Jerusalén; los cuales notaron
que algunos de sus discípulos comían pan con manos
3 inmundas,[1] es decir, no lavadas. (Porque los fariseos
y todos los judíos, ateniéndose a la tradición de los
ancianos, si no se lavan las manos escrupulosamen-
4 te,[2] no comen; y al volver de la plaza, si no se ro-
cían,[3] no comen; y otras muchas cosas hay que han
recibido para observarlas, como los lavamientos[4] de
las tazas, de los jarros y de los utensilios de metal.)[5]
5 Preguntaron, pues, a Jesús los fariseos y los escri-
bas: ¿Por qué no andan tus discípulos conforme a la
tradición de los ancianos, sino que comen pan con
6 manos inmundas? Y él les dijo: Bien profetizó
Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito:
«Este pueblo con los labios me honra,
mas su corazón lejos está de mí;
7 y en vano me adoran,
pues enseñan doctrinas que son preceptos de
hombres.»[6]
8 Dejando el mandamiento de Dios, os atenéis a la
9 tradición de los hombres. Y les dijo: Bien dese-
cháis el mandamiento de Dios, para guardar vues-
10 tra tradición. Porque Moisés dijo:
«Honra a tu padre y a tu madre,»[7] y
«El que maldijere al padre, o a la madre,
muera irremisiblemente.»[8]
11 Pero vosotros decís: Si un hombre dice a su padre o
a su madre: Es Corbán (esto es, ofrenda a Dios)
12 todo lo mío que pudiera serte de provecho, ya no
le dejáis hacer nada por su padre o por su madre,

[1] V. 2. Gr. *comunes.*
[2] V. 3. Gr. *hasta la muñeca.*
[3] V. 4. Var.: *bautizan.*
[4] V. 4. Gr. *bautismos.*
[5] V. 4. Var. añ.: *y de los lechos.*
[6] V. 7. Is. 29: 13.
[7] V. 10. Ex. 20: 12. [8] Deut. 5: 16.

13 invalidando así la palabra de Dios con vuestra tradi-
ción que habéis transmitido; y otras muchas cosas
14 parecidas hacéis. Y llamando otra vez a la multi-
15 tud, les dijo: Escuchadme todos y entended: Nada
hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda
contaminarle; mas lo que sale del hombre es lo que
17 le contamina.[1] Cuando se apartó de la multitud
y entró en casa, sus discípulos le preguntaban so-
18 bre la parábola. Y díjoles: ¿De modo que también
vosotros sois faltos de entendimiento? ¿No conside-
ráis que nada que de fuera entre en el hombre, le
19 puede contaminar? Porque no entra en su corazón,
sino en su vientre, y sale a la secreta. *Dijo esto,*
20 declarando limpias todas las viandas. Y siguió di-
ciendo: Lo que del hombre procede, éso contamina
21 al hombre. Porque de dentro, del corazón de los
hombres, proceden los malos pensamientos: fornica-
22 ciones, hurtos, homicidios, adulterios, codicias,
maldades, engaño, lujuria, envidia, blasfemia, sober-
23 bia e insensatez. Todas estas cosas malas, de den-
tro proceden y contaminan al hombre.

24 Levantándose de allí, partió a los términos de
Tiro;[2] y entrando en una casa, quería que nadie lo
25 supiese; mas no pudo estar oculto; al contrario, una
mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, como
oyera en seguida hablar de él, vino y se arrojó a
26 sus pies. Y la mujer era griega,[3] sirofenicia de
raza; y le rogaba que echase fuera de su hija al de-
27 monio. Mas *Jesús* le dijo: Deja que los hijos se sa-
cien primero, porque no está bien tomar el pan de
28 los hijos y echarlo a los perrillos. Y respondiendo
ella, le dijo: Es verdad, Señor; pues los perrillos de-
bajo de la mesa, comen las migajas de los hijos.
29 Entonces le dice: Por esto que has dicho, vete; el
30 demonio ha salido de tu hija. Y como fué a su casa,

[1] V. 15. Var. añ. el V. 16: *Si alguno tiene oídos para oir, oiga.*
[2] V. 24. Var. añ.: *y Sidón.*
[3] V. 26. Gentil o pagana.

halló a la niña echada sobre la cama, y que había salido de ella el demonio.

31 Al regresar Jesús de los términos de Tiro, vino
por Sidón al mar de Galilea, atravesando la región
32 de Decápolis. Y le traen un sordo y tartamudo, y
33 le ruegan que ponga su mano sobre él. Y tomándole a un lado, aparte de la gente, metió sus dedos
en los oídos de él, y le tocó la lengua con saliva;
34 y alzando los ojos al cielo, suspiró, y le dijo: Effata,
35 que quiere decir: ¡Abrete! Y fueron abiertos sus
oídos, y al punto fué desatada la ligadura de su len-
36 gua, y hablaba con claridad. Y les mandó que no
lo dijesen a nadie; pero cuanto más les encargaba
37 esto, tanto más lo publicaban. Y atónitos en gran
manera, decían: Bien lo ha hecho todo; hace a los
sordos oír y a los mudos hablar.

8, 1 En aquellos días, habiendo otra vez muchas
gentes, y no teniendo éstas qué comer, llamó Jesús
2 a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión de
esta multitud, porque hace ya tres días que perma-
3 necen conmigo, y no tienen qué comer; y si los
despidiere ayunos a sus casas, desfallecerán en el
4 camino; porque algunos de ellos son de lejos. Y
sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá
alguien saciar a éstos de pan aquí en despoblado?
5 Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos con-
6 testaron: Siete. Entonces dió orden a la multitud
de que se recostase en tierra; y tomando los siete
panes, habiendo dado gracias, los partió, y fué dan-
do a sus discípulos para que los pusiesen delante;
7 y los pusieron delante a la multitud. Tenían asi-
mismo unos pocos pececillos; y los bendijo, y mandó
8 que también éstos los pusiesen delante. Y comie-
ron, y se saciaron; y alzaron siete espuertas de los
9 pedazos que habían sobrado. *Los que comieron*
10 eran unos cuatro mil; y los despidió. Y embarcán-

dose en seguida con sus discípulos, vino a la región
de Dalmanuta.

11 Y saliéndole los fariseos, empezaron a discutir
12 con él, pidiéndole señal del cielo, para tentarle. Y
suspirando hondamente en su espíritu, dice: ¿Por qué
pide señal esta generación? En verdad os digo, que
13 a esta generación no le será dada señal alguna. Y
dejándolos, volvió a embarcarse y se dirigió a la ribe-
14 ra opuesta. Y *los discípulos* se habían olvidado
de tomar pan, no teniendo consigo en la barca sino
15 un pan. Y les amonestaba, diciendo: Mirad, guar-
daos de la levadura de los fariseos y de la levadura
16 de Herodes. Y discurrían entre sí *diciendo que*
17 *era* porque no tenían pan. Entendiéndolo Jesús, les
dice: ¿Por qué discurrís *diciendo que es* porque no
tenéis pan? ¿No reflexionáis aún ni entendéis? ¿Te-
18 néis vuestro corazón endurecido? ¿Teniendo ojos,
19 no veis, y teniendo oídos, no oís? ¿Y no os acordáis
cuando partí los cinco panes para los cinco mil,
cuántas cestas llenas de pedazos alzasteis? Dijéron-
20 le: Doce. ¿Y cuando los siete panes para los cua-
tro mil, cuántas espuertas llenas de pedazos alzas-
21 teis? Y contestaron: Siete. Y les dijo: ¿No enten-
déis aún?

22 Llegaron a Betsaida; y le trajeron un ciego, ro-
23 gándole que le tocase. Entonces, tomando de la
mano al ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupien-
do en sus ojos, y poniéndole las manos encima, le
24 preguntó: ¿Ves algo? Y alzando él los ojos, dijo:
Veo los hombres; porque veo como árboles, que an-
25 dan. Y luego le puso otra vez las manos sobre los
ojos, y el hombre miró fijamente; y le fué restituída
26 *la vista,* y todo lo distinguía con claridad. Enton-
ces le envió a su casa, diciendo: Ni aun entres en la
aldea.

27 Salieron Jesús y sus discípulos hacia las aldeas

de Cesarea de Filipo; y por el camino preguntaba a
sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres
28 que soy yo? Ellos le respondieron: Unos, Juan el
Bautista; y otros, Elías; y otros, alguno de los pro-
29 fetas. Entonces les dirigió a ellos la pregunta: Y
vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pe-
30 dro, le dice: Tú eres el Cristo. Y les encargó rigu-
rosamente que a nadie dijesen de él esto.
31 Entonces comenzó a enseñarles que era necesario
que el Hijo del Hombre padeciese muchas cosas, y
fuese reprobado por los ancianos, por los principales
sacerdotes y por los escribas; y que fuese muerto, y
32 que tres días después resucitase. Y hablaba de
esto con toda claridad. Entonces Pedro, tomándole
33 aparte, comenzó a reconvenirle. Mas él, volvién-
dose y viendo a sus discípulos, reprendió a Pedro,
diciéndole: Quítate de delante de mí, Satanás; por-
que no pones la mira en las cosas de Dios, sino en
34 las de los hombres. Y llamando a la multitud con
sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos
de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame.
35 Porque cualquiera que quisiere salvar su vida, la
perderá; y cualquiera que perdiere su vida por cau-
36 sa de mí y del evangelio, la salvará. Porque ¿de
qué aprovecha al hombre el ganar todo el mundo y
37 perder su vida? Pues ¿qué cosa podría dar el hom-
38 bre en rescate de su vida? Porque cualquiera que
se avergonzare de mí y de mis palabras en esta ge-
neración adúltera y pecadora, de él se avergonzará
también el Hijo del Hombre, cuando venga en la glo-
ria de su Padre con los santos ángeles.
9, 1 También les dijo: En verdad os digo, que al-
gunos de los que están aquí presentes no gustarán la
muerte, hasta que hayan visto el reino de Dios ve-
nido ya con potencia.

2 Seis días después tomó Jesús consigo a Pedro, a
Jacobo y Juan, y los llevó solos aparte a un monte
3 alto; y fué transfigurado delante de ellos. Sus ves-

tidos se volvieron resplandecientes, blancos sobre-
manera, como ningún blanqueador en la tierra los
4 puede hacer tan blancos. Y se les apareció Elías con
5 Moisés; y estaban conversando con Jesús. Enton-
ces Pedro, tomando la palabra, dice a Jesús: Rabí,
bueno es para nosotros estar aquí; hagamos tres
tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para
6 Elías. Porque no sabía qué decir; pues estaban es-
7 pantados. Y vino una nube que los cubrió; y salió
de la nube una voz *que decía:* Este es mi Hijo, el
8 Amado; a él oíd. Y repentinamente, al mirar en
derredor, ya no vieron a nadie consigo, sino a Jesús
9 solo. Cuando bajaban del monte, les mandó que a
nadie contasen lo que habían visto, sino cuando el
Hijo del Hombre hubiese resucitado de entre los
10 muertos. Y retuvieron esta palabra, discutiendo
entre sí qué sería aquello de resucitar de entre los
11 muertos. Y le preguntaban, diciendo: ¿Por qué di-
cen los escribas que es necesario que Elías venga
12 primero? Y él les contestó: Elías, en verdad, vie-
ne primero, y lo restaura todo; pero ¿cómo es que
está escrito del Hijo del Hombre, que padezca mu-
13 chas cosas y sea tenido en nada? Mas os digo que
Elías ha venido ya, y han hecho con él cuanto que-
rían, como está escrito de él.

14 Llegando adonde estaban los discípulos, vieron
gran multitud a su alrededor, y algunos escribas que
15 disputaban con ellos. En seguida todo el gentío, al
ver a Jesús, se asombró; y corriendo hacia él, le sa-
16 ludaban. Y preguntóles: ¿Qué disputáis con ellos?
17 Y uno de la multitud le contestó: Maestro, traje a ti
18 mi hijo, que tiene un espíritu mudo, el cual, donde-
quiera que se apodera de él, le derriba; y *el mu-
chacho* echa espumarajos, y cruje los dientes; y se
va secando. Y dije a tus discípulos que echasen
19 fuera al espíritu, y no pudieron. Respondió Jesús,
y les dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo
he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de

20 soportar? Traédmelo. Se lo trajeron; y apenas vió
a Jesús, el espíritu sacudió con violencia al mucha-
cho, el cual, cayendo en tierra, se revolcaba echando
21 espumarajos. Y *Jesús* preguntó al padre: ¿Cuánto
tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde
22 niño; y muchas veces le ha arrojado, ya en el fue-
go, ya en el agua, para acabar con él; mas, si puedes
23 algo, ten compasión de nosotros y ayúdanos. Y
Jesús le dijo: ¡Si puedes! Al que tiene fe, todo es po-
24 sible. En el acto el padre del muchacho exclamó: [1]
25 ¡Creo, ayuda mi incredulidad! Y viendo Jesús que
una multitud se iba agolpando, increpó al espíritu
inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te
26 mando: Sal de él, y no entres más en él. Enton-
ces *el espíritu,* gritando y sacudiéndole repetidas
veces, salió; y *el muchacho* quedó como muerto; de
27 modo que los más decían: Está muerto. Mas Jesús,
tomándole de la mano, le levantó; y él se puso en
28 pie. Cuando Jesús entró en casa, sus discípulos le
preguntaban aparte: ¿Por qué nosotros no pudimos
29 echarle fuera? Y él les dijo: Este linaje con nada
puede salir sino con oración.[2]
30 Saliendo de allí, caminaban por Galilea; y no
31 quería Jesús que nadie lo supiese. Porque ense-
ñaba a sus discípulos, diciéndoles: El Hijo del Hom-
bre es entregado en manos de hombres, y le mata-
rán; mas después de muerto, resucitará al tercer día.
32 Pero ellos no comprendían estas palabras, y tenían
temor de preguntarle.
33 Llegaron a Cafarnaum, y así que estuvo en
casa, les preguntaba: ¿De qué discutíais en el ca-
34 mino? Mas ellos callaban; porque unos con otros
habían disputado en el camino sobre quién era el
35 mayor. Y sentándose, llamó á los doce, y les dice:
Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de
36 todos y el servidor de todos. Y tomando un niño,

---

[1] V. 24. Var. añ.: *con lágrimas.*
[2] V. 29. Var. añ.: *y ayuno.*

púsole en medio de ellos, y abrazándole, les dijo:
37 Cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como
este, a mí me recibe; y el que a mí me recibe, no me
recibe a mí, sino al que me envió.
38 Y díjole Juan: Maestro, vimos a uno que en tu
nombre echaba fuera demonios, y que no nos sigue;
y tratamos de impedírselo, porque no nos seguía.
39 Y Jesús dijo: No se lo impidáis; porque nadie hay
que haga algún milagro en mi nombre, que luego
40 pueda hablar mal de mí. Porque el que no es con-
41 tra nosotros, con nosotros es. Y cualquiera que os
diere de beber un vaso de agua, en atención a que
sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su
42 recompensa. Y cualquiera que dé ocasión de caer
a uno de estos pequeños que creen,[1] mejor le fuera
que, con una piedra de molino al cuello, le hubiesen
43 echado al mar. Y si tu mano te fuere ocasión de
caer, córtala; mejor te es entrar manco en la vida,
que teniendo las dos manos ir al Gehena, al fuego
45 inextinguible.[2] Y si tu pie te fuere ocasión de caer,
córtalo; mejor te es entrar cojo en la vida, que te-
47 niendo los dos pies ser echado en el Gehena. Y si
tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es
entrar con un solo ojo en el reino de Dios, que te-
48 niendo los dos ser echado en el Gehena, «donde su
49 gusano no muere, y el fuego no se apaga.»[3] Por-
50 que cada cual será salado con fuego.[4] Buena es la
sal; mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sa-
zonaréis? Tened sal en vosotros mismos, y tened
paz los unos con los otros.

10, 1 Levantándose de allí, vino Jesús a los térmi-
nos de Judea y al otro lado del Jordán; y de nuevo
acudieron a él las multitudes, y otra vez les enseña-
ba, como solía.

---

[1] V. 42. Var. añ.: *en mí.*
[2] V. 43. Var. tiene los Vs. 44 y 46 en palabras idénticas a las del V. 48.
[3] V. 48. Is. 66: 24.
[4] V. 49. Var. añ.: *y todo sacrificio será salado con sal.* Lev. 2: 13.

2 Y llegándose a él algunos fariseos, le preguntaban, para tentarle, si era lícito al hombre repudiar a
3 su mujer. Respondiendo él, les dijo: ¿Qué os man-
4 dó Moisés? Y ellos dijeron: Moisés permitió dar
5 carta de divorcio y repudiar.[1] Jesús les contestó:
Por vuestra dureza de corazón os escribió Moisés
6 este mandamiento; pero desde el principio de la
creación,

«varón y hembra los hizo *Dios.*»[2]
7 «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre;[3]
8 y los dos serán uno;»[4 y 5]

9 así que ya no son dos, sino uno.[5] Por tanto, lo que
10 Dios ha unido, no lo separe el hombre. Y ya en
casa, le preguntaron otra vez los discípulos sobre
11 este asunto. Y él les dijo: El que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella.
12 Y si ella repudia a su marido y se casa con otro,
comete adulterio.

13 Presentábanle entonces unos niños para que los
tocase; mas los discípulos reprendieron a los que los
14 presentaban. Al verlo Jesús, se indignó, y les
dijo: Dejad a los niños venir á mí; no se lo impidáis;
porque de los que son como ellos es el reino de Dios.
15 En verdad os digo, que el que no recibiere el reino
16 de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, y poniendo las manos sobre ellos,
los bendecía.

17 Saliendo él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla ante él, le preguntó:
Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eter-
18 na? Díjole Jesús: ¿Por qué me llamas bueno? Nin-
19 guno hay bueno, sino uno solo, Dios. Los mandamientos sabes: no mates; no cometas adulterio; no

---

[1] V. 4. Deut. 24: 1.
[2] V. 6. Gén. 1: 27.
[3] V. 7. Var. añ.: *y se juntará a su mujer.*
[4] V. 8. Gén. 2: 24.
[5] V. 8. Gr. *una carne.*

hurtes; no digas falso testimonio; no defraudes; hon-
20 ra a tu padre y a tu madre.[1] Maestro, le dijo él,
21 todo esto lo he guardado desde mi juventud. Y mi-
rándole Jesús, le amó, y le dijo: Una cosa te falta;
ve, vende todo lo que tienes, y dáselo a los pobres,
22 y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Mas
él se inmutó al oír estas palabras, y se fué triste,
porque tenía muchas posesiones.
23 Entonces Jesús, mirando en derredor, dice a sus
discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de
24 Dios los que tienen riquezas! Y los discípulos se
asombraban de sus palabras; mas Jesús, respondien-
do, les volvió a decir: Hijos, ¡cuán difícil es entrar
25 en el reino de Dios![2] Más fácil es que un camello
pase por el ojo de una aguja, que el que un rico en-
26 tre en el reino de Dios. Y ellos estaban sobrema-
nera atónitos, diciéndose unos a otros: ¿Y quién
27 puede ser salvo? Mirándolos Jesús, les dice: Para
los hombres es imposible, mas no para Dios; porque
28 todas las cosas son posibles para Dios. *Entonces*
Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo he-
29 mos dejado todo, y te hemos seguido. Repuso Je-
sús: En verdad os digo, que no hay ninguno que
haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre,
o padre, o hijos, o tierras, por causa de mí y por
30 causa del Evangelio, que no reciba cien veces más,
ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y herma-
nas, y madres, e hijos, y tierras, con persecuciones;
31 y en el siglo venidero, la vida eterna. Mas mu-
chos primeros serán postreros, y muchos postreros,
primeros.
32 Estaban, pues, en el camino, subiendo a Jerusa-
lén; y Jesús iba delante de ellos; y estaban asombra-
dos, y los que le seguían tenían miedo. Y llamando
a su lado otra vez a los doce, comenzó a decirles las
33 cosas que le iban a suceder. He aquí, dijo, subi-

[1] V. 19. Ex. 20, y Deut. 5.
[2] V. 24. Var. añ.: *los que confían en las riquezas.*

mos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entre-
gado a los principales sacerdotes, y a los escribas,
y le condenarán a muerte, y le entregarán a los
34 gentiles, los cuales le escarnecerán, y le escupi-
rán, y le azotarán, y le matarán; mas a los tres días
se levantará.
35 Entonces se acercan a él Jacobo y Juan, los hijos
de Zebedeo, diciéndole: Maestro, queremos que ha-
36 gas por nosotros lo que te pidamos. Y él les dijo:
37 ¿Qué queréis que haga por vosotros? Ellos le res-
pondieron: Concédenos que en tu gloria nos sente-
mos, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.
38 Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís:
¿podéis beber el cáliz que yo bebo, o ser bautizados
39 del bautismo de que yo soy bautizado? Ellos res-
pondieron: Podemos. Jesús les contestó: El cáliz
que yo bebo, beberéis, y del bautismo de que yo soy
40 bautizado, seréis bautizados; mas el sentarse a
mi derecha o a mi izquierda, no es mío darlo, sino
que se dará a aquellos para quienes está preparado.
41 Y como los diez oyesen esto, empezaron a indignar-
42 se contra Jacobo y Juan. Entonces Jesús, llamán-
dolos, les dice: Sabéis que los tenidos por príncipes
de las naciones, se enseñorean de ellas, y sus mag-
43 nates las tienen bajo su potestad. Mas no es así
entre vosotros; al contrario, cualquiera que quisiere
hacerse grande entre vosotros, será vuestro servi-
44 dor; y cualquiera de vosotros que quisiere ser el
45 primero, será siervo de todos. Porque aun el Hijo
del Hombre no vino para ser servido, sino para ser-
vir, y para dar su vida en rescate por muchos.
46 Llegan pues a Jericó; y cuando salían de allí él
y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo, un
mendigo ciego, hijo de Timeo, estaba sentado jun-
47 to al camino. Y oyendo que era Jesús el Naza-
reno, comenzó a gritar: ¡Hijo de David, Jesús, ten
48 piedad de mí! Y muchos le reprendían para que
callase; pero él gritaba mucho más: ¡Hijo de David,
49 ten piedad de mí! Entonces Jesús, parándose,

dijo: Llamadle. Llaman, pues, al ciego, diciéndole:
50 Ten ánimo; levántate, que te llama. El entonces,
tirando su capa, se puso en pie de un salto, y vino a
51 Jesús. Y le dijo Jesús: ¿Qué quieres que te haga?
Y el ciego le respondió: Maestro,[1] que reciba la
52 vista. Díjole Jesús: Vete, tu fe te ha salvado. Y
al instante recibió la vista, y seguía a Jesús en el
camino.

11, 1 Cuando se acercaban a Jerusalén, a Betfagé y
Betania, *estando ya* en el monte de los Olivos, en-
2 vió a dos de sus discípulos, diciéndoles: Id a la
aldea que está enfrente de vosotros, y en cuanto en-
tréis en ella hallaréis un pollino atado, en el cual na-
3 die ha montado aún; desatadlo y traedlo. Y si al-
guien os dijere: ¿Por qué hacéis eso?, respondedle:
El Señor lo ha menester, y en seguida lo devolverá.
4 Fueron, pues, y hallaron un pollino atado fuera, jun-
to a una puerta, a la vuelta del camino, y lo desata-
5 ron. Y algunos de los que estaban allí les pregun-
6 taron: ¿Qué hacéis desatando el pollino? Ellos en-
tonces respondieron como Jesús les había mandado; y
7 los dejaron. Trajeron, pues, el pollino a Jesús, y
echaron sus mantos encima, y Jesús se sentó sobre él.
8 Y muchos tendieron sus mantos por el camino, y otros
9 echaron follaje que cortaron en los campos. Y los
que iban delante y los que venían detrás clamaban:

«¡Hosanna!
Bendito el que viene en nombre del Señor.
10 Bendito el reino de nuestro padre David, que viene;
¡Hosanna en las alturas!»[2]

11 Entró Jesús en Jerusalén y fué al Templo, y ha-
biendo mirado todas las cosas alrededor, siendo ya
avanzada la hora, salióse a Betania con los doce.

12 Y al día siguiente, habiendo salido de Betania,

---

[1] V. 51. Gr. *Rabuni.*
[2] V. 9 y 10. Sal. 118: 25 y 26.

13 *Jesús* tuvo hambre. Y viendo de lejos una higuera
que tenía hojas, acercóse por ver si hallaría en ella
algo; mas al llegar, nada halló sino hojas; porque no
14 era tiempo de higos. Entonces, hablando a la hi-
guera, le dijo: Nunca jamás coma ya nadie fruto de
ti. Y sus discípulos oyeron esto.
15 Llegaron a Jerusalén; y entrando Jesús en el
Templo, empezó a echar fuera a los que vendían y a
los que compraban en el Templo, trastornó las mesas
de los cambistas y las sillas de los que vendían las
16 palomas; y no permitía que nadie llevase por el
17 Templo utensilio alguno. Entonces les enseñaba,
diciendo: ¿No está escrito:

«Mi casa será llamada casa de oración
para todas las naciones»?[1]

Mas vosotros la habéis hecho «cueva de ladrones».[2]
18 Y los principales sacerdotes y los escribas oyeron
esto, y buscaban cómo matarle; porque le temían,
por cuanto toda la multitud estaba atónita de su
19 doctrina. Y al caer la tarde salieron fuera de la
ciudad.

20 A la mañana *siguiente,* al pasar, notaron que la
21 higuera se había secado desde las raíces. Y acor-
dándose Pedro, le dice: Mira, Rabí, la higuera que
22 maldijiste se ha secado. Respondiendo Jesús, les
23 dice: Tened fe en Dios. En verdad os digo, que
cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate
en el mar, y no dudare en su corazón, mas creyere
24 que lo que dice se hace, le será *hecho.* Por tanto
os digo: Todo cuanto pidiereis en oración, creed que
25 lo habéis recibido, y lo tendréis. Y cuando estéis
orando, perdonad si tenéis algo contra alguno, para
que también vuestro Padre que está en los cielos os
perdone vuestras ofensas.[3]

---

[1] V. 17. Is. 56: 7. [2] Jer. 7: 11.
[3] V. 25. Var. añ.: V. 26. *Mas si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.* Mat. 6: 15.

27 Volvieron, pues, a Jerusalén, y andando Jesús por
el Templo, se llegaron a él los principales sacerdotes,
28 los escribas y los ancianos, preguntándole: ¿Con
qué autoridad haces estas cosas, o quién te dió esta
29 autoridad para hacerlas? Mas Jesús les contestó:
Os haré una pregunta; respondedme, y entonces os
30 diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautis-
mo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? Res-
31 pondedme. Ellos entonces discurrían dentro de sí
de este modo: Si dijéremos: Del cielo; dirá: ¿Por
32 qué, pues, no le creísteis? ¿Diremos, por el contra-
rio: De los hombres?... pero temían al pueblo, porque
todos consideraban a Juan como verdadero profeta.
33 Responden, pues, a Jesús: No sabemos. Y Jesús les
dice: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago
estas cosas.

12, 1 Entonces empezó a hablarles por parábolas:
Un hombre plantó una viña, la cercó de vallado, cavó
un lagar, edificó una torre, la arrendó a unos labra-
2 dores y se marchó a otro país. Y a su tiempo envió
un siervo a los labradores, para que recibiese de
3 ellos *su parte* de los frutos de la viña. Mas *los la-
bradores,* echando mano al siervo, le apalearon y le
4 enviaron con las manos vacías. Y volvió a enviar-
les otro siervo, y a éste le hirieron en la cabeza y le
5 afrentaron. Envió otro, al cual mataron; y muchos
otros, de los cuales apalearon a unos y mataron a
6 otros. Todavía le quedaba uno, su hijo amado, y
envióle a ellos el postrero, diciendo: Tendrán res-
7 peto a mi hijo. Mas aquellos labradores dijéronse
unos a otros: Este es el heredero; venid, matémosle,
8 y la herencia será nuestra. Y tomándole, le mata-
9 ron y arrojaron fuera de la viña. ¿Qué hará el
dueño de la viña? Vendrá y destruirá a los labrado-
10 res, y dará la viña a otros. ¿Ni siquiera esta es-
critura habéis leído:

«La piedra que desecharon los edificadores,
ésta ha venido a ser la piedra angular;

11 por el Señor ha sido hecho esto,
y es cosa maravillosa a nuestros ojos»?[1]
12 Y como comprendieran que por ellos había dicho
aquella parábola, procuraban prenderle, pero temie-
ron a la multitud; y dejándole, se fueron.

13 Entonces envían a él algunos de los fariseos y
de los herodianos para sorprenderle en alguna pala-
14 bra. Y viniendo, le dicen: Maestro, sabemos que
eres veraz, y que no se te da cuidado de nadie; por-
que no miras la apariencia de los hombres, sino que
enseñas conforme a la verdad el camino de Dios;
¿es lícito dar tributo a César o no? ¿Debemos darlo
15 o no darlo? Mas Jesús, conociendo la hipocresía
de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme un
16 denario para que lo vea. Ellos se lo trajeron; y
les dijo: ¿Cúya es esta imagen y la inscripción? Res-
17 pondiéronle: De César. Entonces Jesús les dijo:
Pagad a César lo que es de César, y a Dios lo que
es de Dios. Y se maravillaban mucho de él.

18 Y vinieron a él algunos saduceos, los cuales dicen
que no hay resurrección, y empezaron a preguntar-
19 le, diciendo: Maestro, Moisés nos dejó escrito que
«si el hermano de alguno muriere dejando su mu-
jer y no dejando hijo, su hermano tome la mujer,
y levante sucesión a su hermano.»[2]
20 Hubo siete hermanos; el primero tomó mujer, y
21 murió sin dejar sucesión; la tomó el segundo, y mu-
rió también sin dejar sucesión; el tercero, lo mismo;
22 y así los siete, y no dejaron sucesión; y después de
23 todos murió también la mujer. En la resurrección,
cuando resucitaren, ¿de cuál de ellos será mujer?,
24 porque los siete la tuvieron por esposa. Jesús les
contestó: ¿No es la causa de vuestro error el no en-
25 tender las Escrituras ni el poder de Dios? Porque

[1] V. 11. Sal. 118: 22.
[2] V. 19. Deut. 25: 5 y 6.

cuando se levantaren de entre los muertos, ni se
casan ni son dados en casamiento, sino que son como
26 los ángeles en los cielos. Y en cuanto a que los
muertos han de resucitar, ¿no habéis leído en el libro
de Moisés, en *el pasaje de* la zarza, cómo Dios le
habló diciendo:

«Yo soy el Dios de Abraham, y Dios de Isaac,
y Dios de Jacob»?[1]

27 No es Dios de muertos, sino de vivos. Erráis en
gran manera.

28 Y llegándose uno de los escribas, que les había
oído discutir y sabía que les había contestado bien,
le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de to-
29 dos? Respondióle Jesús: El primero es:

«Oye, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor
uno es;
30 y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón,
y de toda tu alma, y de toda tu mente, y de
todas tus fuerzas».[2]

31 El segundo es éste:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo».[3]

32 No hay otro mandamiento mayor que éstos. Enton-
ces el escriba le dijo: Muy bien, Maestro; con ver-
dad has dicho que *Dios* es uno, y fuera de él no hay
33 otro; y que amarle de todo corazón, y de todo
entendimiento, y de todas las fuerzas, y amar al
prójimo como a uno mismo, es más que todos los ho-
34 locaustos y sacrificios. Entonces, viendo Jesús que
había respondido discretamente, le dijo: No estás le- R.D
jos del reino de Dios. Y ya nadie se atrevía a pro-
ponerle más cuestiones.

35 Y decía Jesús, enseñando en el Templo: ¿Cómo
dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?
36 David mismo dijo en el Espíritu Santo:

---

[1] V. 26. Ex. 3: 15.
[2] V. 30. Deut. 6: 4 y 5.
[3] V. 31. Lev. 19: 18.

«Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra,
hasta que ponga a tus enemigos
debajo de tus pies».[1]
37 Si el mismo David le llama Señor, ¿de dónde es
su hijo?

38 Y la masa del pueblo le oía de buena gana. Y les
decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que
quieren andar con ropas talares, y aman las salutacio-
39 nes en las plazas, y los primeros sitiales en las sina-
40 gogas, y los asientos de honor en las cenas; que de-
voran las casas de las viudas, y por pretexto hacen
largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.
41 Y habiéndose sentado Jesús frente al arca de las
ofrendas, observaba cómo la gente echaba dinero en
42 el arca; y muchos ricos echaban mucho. Vino tam-
bién una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un
43 cuadrante.[2] Entonces Jesús, llamando a sus discí-
pulos, les dijo: En verdad os digo que esta viuda,
tan pobre como es, echó más que todos los que han
44 echado en el arca; porque todos han echado de lo
que les sobra; mas ésta, de su escasez, ha echado
cuanto tenía, todo su sustento.

13, 1 Saliendo Jesús del Templo, le dice uno de sus
discípulos: Maestro, ¡mira qué piedras y qué edifi-
2 cios! Jesús le dijo: ¿Ves estos grandes edificios?
No se dejará piedra sobre piedra, que no sea derri-
3 bada. Y estando sentado en el monte de los Oli-
vos, frente al Templo, le preguntaban aparte Pedro,
4 Jacobo, Juan y Andrés: Dinos, ¿cuándo sucederá
esto? Y cuando todas estas cosas estén para cum-
5 plirse, ¿qué señal habrá? Y Jesús comenzó a decir-
6 les: Mirad que nadie os engañe. Vendrán muchos
tomando mi nombre, y diciendo: Yo soy *el Cristo;*

[1] V. 36. Sal. 110: 1.
[2] V. 42. *Cuadrante:* Véase la nota en Mat. 5: 26.

7 y engañarán a muchos. Mas cuando oigáis de gue-
rras y rumores de guerras, no os alarméis; es necesa-
8 rio que así suceda; mas aun no es el fin. Porque se
levantará nación contra nación y reino contra reino;
habrá terremotos en diversos lugares; habrá ham-
9 bres: principio de dolores serán estas cosas. Mas
vosotros, mirad por vosotros mismos; os entrega-
rán a los concilios, y en las sinagogas seréis azota-
dos; y tendréis que comparecer ante gobernadores
y reyes por causa de mí, para testimonio a ellos.
10 Y es necesario que primero sea predicado el evan-
11 gelio a todas las naciones. Mas cuando os lleven
para entregaros, no os preocupéis por lo que hayáis
de decir; mas lo que os fuere dado en aquel momen-
to, éso hablad; porque no sois vosotros los que ha-
12 bláis, sino el Espíritu Santo. El hermano entregará
a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se le-
vantarán los hijos contra los padres y los harán mo-
13 rir; y seréis odiados de todos a causa de mi nom-
bre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será
14 salvo. Y cuando viereis «la abominación del aso-
lamiento»[1] estar donde no debe (el que lea, entien-
da), entonces los que estén en Judea, huyan a los
15 montes; y el que esté sobre el terrado, no baje ni
16 entre a sacar nada de su casa; y el que haya ido al
17 campo, no vuelva atrás para tomar su ropa. Mas
¡ay de las que estén encinta y de las que críen en
18 aquellos días! Orad, pues, que esto no acontez-
19 ca en invierno. Porque aquellos días serán de tri-
bulación, tal como nunca fué desde el principio de la
20 creación que Dios hizo, hasta hoy, ni será jamás. Y
si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, na-
die[2] se salvaría, mas a causa de sus escogidos los ha
21 abreviado. Y entonces, si alguno os dijere: Mira,
aquí está el Cristo, o: Mira, allí está; no le creáis.
22 Pues se levantarán falsos cristos y falsos profetas,

---

[1] V. 14. Dan. 12: 11.
[2] V. 20. Gr. *ninguna carne.*

y harán señales y prodigios, para engañar, si fuera
23 posible, a los escogidos. Mas vosotros estad aler-
24 ta, os lo he dicho todo de antemano. Pero en aque-
llos días, después de aquella tribulación, el sol se
25 obscurecerá y la luna no dará su resplandor. Las
estrellas irán cayendo del cielo, y las potencias que
26 hay en los cielos serán conmovidas. Y entonces
verán al Hijo del Hombre venir en las nubes con
27 gran poder y gloria. Y entonces enviará los ánge-
les, y congregará ante él a sus escogidos de los cua-
tro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el
extremo del cielo.
28 Aprended de la higuera el símil: Cuando ya su
ramaje está tierno, y brotan las hojas, conocéis que
29 el verano está cerca. Así también vosotros, cuando
viereis que suceden estas cosas, conoced que él está
30 cerca, a las puertas. En verdad os digo, que no
pasará esta generación hasta que todas estas cosas
31 hayan acontecido. El cielo y la tierra pasarán, em-
32 pero mis palabras no pasarán. Mas en cuanto a
aquel día, u hora, nadie lo sabe, ni los ángeles que
33 están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Estad
alerta y velad, porque no sabéis cuándo será el tiem-
34 po. Es como un hombre ausente de su país, que
habiendo dejado su casa y dado facultad a sus sier-
vos, a cada uno su obra, ordenó al portero que ve-
35 lase. Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá
el Señor de la casa; si por la tarde, o a la media no-
36 che, o al canto del gallo, o a la mañana. No sea
37 que, viniendo de repente, os halle durmiendo. Y
lo que os digo a vosotros, a todos lo digo: Velad.

14, 1 Dos días después era la Pascua y la fiesta de
los Ázimos; y los principales sacerdotes y los escri-
bas buscaban cómo prender a Jesús por engaño y
2 matarle; y decían: No durante la fiesta, para que
no se alborote el pueblo.
3 Hallándose Jesús en Betania en casa de Simón el
leproso, y estando a la mesa, vino una mujer con un

vaso de alabastro de perfume de nardo puro de gran
precio, y rompiendo el vaso, derramó *el perfume*
4 sobre la cabeza de él. Mas algunos de los presen-
tes, indignados, *decían* entre sí: ¿Para qué se ha
5 hecho este desperdicio del perfume? Porque podía
haberse vendido esto por más de trescientos dena-
rios, y darse a los pobres; y estaban airados contra
6 ella. Mas Jesús dijo: Dejadla; ¿por qué la moles-
7 táis? Me ha hecho una buena acción. Porque siem-
pre tenéis a los pobres con vosotros, y cuando que-
ráis, les podéis hacer bien; mas a mí no siempre me
8 tenéis. Esta hizo lo que pudo; se ha anticipado a
9 ungir mi cuerpo para la sepultura. En verdad os
digo, que dondequiera que el evangelio fuere predi-
cado en todo el mundo, lo que ha hecho ésta se con-
tará también para memoria de ella.
10 Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fué a los
11 principales sacerdotes para entregarles a Jesús; y
oyéndolo ellos, se alegraron, y prometieron darle dine-
ro. Y Judas buscaba ocasión oportuna para entregarle.
12 Y el primer día de los Azimos, cuando se sacrifica-
ba la Pascua, sus discípulos le dijeron: ¿Dónde quie-
res que vayamos y hagamos los preparativos para
13 que comas la Pascua? Y él envió dos de sus discí-
pulos, diciéndoles: Id a la ciudad, y os encontrará un
14 hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle. Y
donde entrare, decid al padre de familia: El Maestro
dice: ¿Dónde está mi aposento, en que coma la Pas-
15 cua con mis discípulos? Y él os mostrará un gran
aposento, arriba, ya dispuesto y arreglado; haced allí
16 los preparativos para nosotros. Saliendo los discí-
pulos, vinieron a la ciudad y hallaron tal como él
17 les había dicho; y prepararon la Pascua. Llegada
18 la noche, Jesús vino con los doce; y estando a la
mesa comiendo, *les* dijo: En verdad os digo, que
uno de vosotros, que come conmigo, me entregará.
19 *Entonces* ellos comenzaron a entristecerse y a pre-
20 guntarle uno por uno: ¿Soy yo, quizás? Y él les
dijo: Es uno de los doce, el que moja conmigo en el

21 plato. Porque el Hijo del Hombre va su camino,
como está escrito de él; pero ¡ay de aquél por quien
el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera al
22 tal hombre no haber nacido. Comiendo ellos aún,
tomó Jesús pan, y habiendo pronunciado la bendi-
ción, lo partió y dió a ellos, diciendo: Tomad, esto
23 es mi cuerpo. Tomó también la copa, y habiendo
dado gracias, la dió a ellos; y bebieron de ella todos.
24 Y les dijo: Esto es mi sangre del pacto,[1] que es de-
25 rramada por muchos. En verdad os digo, que ya
no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en
26 que lo beba nuevo en el reino de Dios. Y habiendo
cantado el himno, salieron al monte de los Olivos.
27 Y Jesús les dice: Todos seréis escandalizados,
porque está escrito:

«Heriré al Pastor, y serán dispersadas las ovejas».[2]

28 Sin embargo, después de haber yo resucitado, iré
29 delante de vosotros a Galilea. Y Pedro repuso:
30 Aunque todos sean escandalizados, yo no. Jesús le
responde: De cierto te digo, que tú, hoy, esta noche,
antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres
31 veces. Mas él decía con mayor vehemencia: Aun-
que me sea necesario morir contigo, en modo alguno
te negaré. Y lo mismo decían todos.
32 Vienen al lugar cuyo nombre es Getsemaní, y
dice a sus discípulos: Sentaos aquí hasta que yo haya
33 orado. Y tomando consigo a Pedro, y a Jacobo, y
a Juan, comenzó a atemorizarse y angustiarse mu-
34 cho; y les dijo: Muy triste está mi alma, hasta la
35 muerte; quedaos aquí, y velad. Yéndose un poco
más adelante, se postró en tierra, y oraba que, si era
36 posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba,
Padre; todas las cosas te son posibles; aparta de mí
este cáliz; empero no sea lo que yo quiero, sino lo
37 que tú. Y viene, y los halla durmiendo; y dice a

---

[1] V. 24. Var.: *nuevo pacto.*
[2] V. 27. Zac. 13: 7.

Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has tenido fuerzas
38 para velar una sola hora? Velad y orad, para que
no entréis en tentación; si bien el espíritu está pron-
39 to, la carne es débil. De nuevo fué, y oró, di-
40 ciendo las mismas palabras. Vino otra vez, y ha-
llólos durmiendo; porque los ojos de ellos estaban
cargados *de sueño,* y no sabían qué responderle.
41 Y viene la tercera vez, y les dice: Dormid ya y
descansad; basta, llegó la hora; el Hijo del Hombre
42 es entregado en manos de los pecadores. Levan-
taos, vamos; he aquí el que me entrega está cerca.
43 Y luego, hablando él aún, se presenta Judas, uno
de los doce, y con él una turba con espadas y palos,
de parte de los principales sacerdotes, y de los escri-
44 bas, y de los ancianos. Y el que le entregaba les
había dado una señal, diciendo: Al que yo besare,
45 aquél es; prendedle, y llevadle con seguridad. Y
venido él, se llegó directamente a Jesús, y le dijo:
46 Rabí. Y le besó con efusión. Entonces echaron
47 mano a Jesús, y le prendieron. Y uno de los que
estaban allí, sacando la espada, hirió al siervo del
48 sumo sacerdote, quitándole la oreja. Y Jesús, di-
rigiéndose a ellos, les dijo: Como contra un ladrón
49 habéis salido con espadas y palos a prenderme. Dia-
riamente estaba con vosotros enseñando en el Tem-
plo, y no me prendisteis; mas *esto es* para que se
50 cumplan las Escrituras. Entonces todos, dejándo-
51 le, huyeron. Y cierto mancebo le iba siguiendo, en-
vuelto el cuerpo en una sábana; y trataron de pren-
52 derle; mas él, dejando la sábana, huyó desnudo.

53 Llevaron a Jesús al sumo sacerdote, y se reunie-
ron todos los principales sacerdotes, y los ancianos,
54 y los escribas. Y Pedro le siguió de lejos hasta
dentro del atrio del sumo sacerdote; y estaba sen-
tado con los alguaciles, calentándose al fuego.
55 Y los principales sacerdotes y todo el Sanedrín
buscaban algún testimonio contra Jesús, para entre-
56 garle a muerte; mas no lo hallaban; pues aunque

muchos daban falsos testimonios contra él, éstos no
57 concordaban. Entonces se levantaron unos dando
58 este falso testimonio contra Jesús: Nosotros le
oímos decir: Yo derribaré este Santuario hecho con
manos, y en tres días edificaré otro, hecho sin ma-
59 nos. Mas ni aun así concordaba su testimonio.
60 Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio
del Sanedrín, preguntó a Jesús, diciendo: ¿No res-
61 pondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti? Mas
él callaba, y nada respondió. El sumo sacerdote le
interrogó de nuevo, diciendo: ¿Eres tú el Cristo, el
62 Hijo del Bendito? Jesús le respondió: Yo soy; y
veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del
Poder *divino,* y viniendo en medio de las nubes del
63 cielo. Entonces el sumo sacerdote, rasgando sus
vestidos, dijo: ¿Qué necesidad tenemos ya de testi-
64 gos? Ya oísteis la blasfemia; ¿qué os parece? Y
65 todos ellos le declararon reo de muerte. Y algu-
nos empezaron a escupirle, y a vendarle los ojos, y
a darle de puñadas, y a decirle: Profetiza. Y los al-
guaciles, al hacerse cargo de él, le dieron bofetadas.
66 Y estando Pedro abajo en el patio, vino una de
67 las criadas del sumo sacerdote, y viendo a Pedro,
que se calentaba, le miró fijamente y le dijo: Tú tam-
68 bién estabas con el Nazareno, Jesús. Mas él negó
diciendo: No sé ni entiendo lo que dices. Y se salió
69 fuera, al vestíbulo. Y la criada, viéndole *allí,*
empezó otra vez a decir a los circunstantes: Este es
70 de ellos. Mas él volvió a negarlo. Y poco después
los que estaban allí decían de nuevo a Pedro: Ver-
daderamente tú eres de ellos; porque también eres
71 galileo. Y él empezó a proferir imprecaciones y a
jurar: No conozco a ese hombre de quien habláis.
72 Y al instante cantó un gallo segunda vez; y Pedro se
acordó de las palabras que Jesús le había dicho:
Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres
veces. Y rompió a llorar.[1]

---

[1] V. 72. o, *y pensando en esto, lloraba.*

15, 1 Tan pronto como amaneció, los principales
sacerdotes se constituyeron en consejo con los an-
cianos y escribas y todo el Sanedrín, y habiendo
atado a Jesús, le llevaron de allí, y le entregaron a
2 Pilatos. Y Pilatos le interrogó: ¿Eres tú el Rey de
3 los Judíos? El respondió: Tú lo dices. Y los prin-
cipales sacerdotes presentaban muchas acusaciones
4 contra él. Pilatos, preguntándole de nuevo, le dijo:
¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acu-
5 san. Pero Jesús ya no le respondió más; de manera
6 que Pilatos se maravillaba. En cada fiesta solía
7 soltarles un preso, el que ellos pidiesen. Y había
uno llamado Barrabás, preso con los sediciosos, los
cuales habían cometido asesinato en la sedición.
8 Y subiendo *al pretorio* la multitud, empezaron a
9 pedir *a Pilatos* la gracia que solía concederles. Y
él les respondió, diciendo: ¿Queréis que os suelte al
10 Rey de los Judíos? Porque conocía que por envi-
dia le habían entregado los principales sacerdotes.
11 Mas éstos instigaron a la multitud a pedir que más
12 bien les soltase a Barrabás. Respondiendo otra
vez Pilatos, les dijo: ¿Qué haré, entonces, del que
13 llamáis el Rey de los Judíos? Ellos volvieron a dar
14 voces: ¡Crucifícale! Mas Pilatos les decía: ¿Pues
qué mal ha hecho? Y ellos gritaron más y más: ¡Cru-
15 cifícale! Y Pilatos, deseando satisfacer a la multi-
tud, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después
de azotarle, para que fuese crucificado.

16 Entonces los soldados le llevaron al interior del
atrio, esto es, al pretorio, y llamaron toda la cohor-
17 te. Y le vistieron de púrpura, y habiendo entrete-
18 jido una corona de espinas, se la ciñeron. Y co-
19 menzaron a saludarle: ¡Salve, Rey de los Judíos! Y
le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escu-
pían, e hincando las rodillas, le hacían reverencias.
20 Después que le hubieron escarnecido, le desnudaron
de la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos. En-
21 tonces le sacaron fuera para crucificarle. Y obliga-

ron a llevar la cruz a uno que pasaba viniendo del
campo, llamado Simón, cireneo, padre de Alejandro
22 y Rufo. Y llevaron a Jesús al lugar *que se llama*
Gólgota, que traducido significa: lugar de la Cala-
23 vera. Y le daban vino mezclado con mirra, mas él
no lo tomó.
24 Crucificaron, pues, a Jesús, y repartieron entre sí
sus vestidos, echando suertes sobre ellos, para ver
25 qué se llevaría cada uno. Era la hora de tercia[1]
26 cuando le crucificaron. Y el título escrito de su
causa era:

EL REY DE LOS JUDÍOS.

27 Y crucificaron con él dos ladrones, uno a su derecha
29 y otro a su izquierda.[2] Y los que pasaban le in-
juriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Ea! Tú
que derribas el Santuario, y en tres días lo reedifi-
30 cas, sálvate a ti mismo descendiendo de la cruz.
31 De igual manera los principales sacerdotes, escarne-
ciéndole, se decían unos a otros, con los escribas: A
32 otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. El Cris-
to, el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para
que veamos y creamos. También los que estaban
crucificados con él le insultaban.
33 Y llegada la hora de sexta,[3] hubo tinieblas sobre
34 toda la tierra hasta la hora de nona. Y a la hora
de nona, clamó Jesús con grande voz: ¡Eloí, Eloí!,
¿lamá sabactani?, que traducido quiere decir: ¡Dios
35 mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado? Y
algunos de los que estaban cerca, al oírlo, decían:
36 ¡Mirad!, llama a Elías. Mas uno corrió, y empapó
una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, dá-
bale a beber, diciendo: Dejad; veamos si viene Elías
37 a bajarle. Y Jesús, dando una gran voz, expiró.

---

[1] V. 25. Las nueve de la mañana.
[2] V. 27. Var. añ: V. 28. *Y se cumplió la Escritura que dice: «Y con los transgresores fué contado.»* Is. 53: 12.
[3] V. 33. Las doce del día.

38 Entonces el velo del Santuario se rasgó en dos,
39 de alto a bajo. Y el centurión que estaba cerca,
frente a él, viendo que había expirado así, dijo: Ver-
40 daderamente este hombre era Hijo de Dios. Tam-
bién había mujeres mirando de lejos, entre ellas,
María Magdalena, y María, la madre de Jacobo el
41 menor y de Josés, y Salomé, las cuales, estando
Jesús en Galilea, le seguían y asistían; y otras mu-
chas que habían subido con él a Jerusalén.

42 Al caer ya la tarde, y como fuese la Preparación,
43 es decir, la víspera del sábado, José de Arimatea,
miembro distinguido del Sanedrín, que también es-
peraba el reino de Dios, vino, y presentándose re-
sueltamente a Pilatos, le pidió el cuerpo de Jesús.
44 Y Pilatos se sorprendió de que ya hubiese muerto;
y llamando al centurión, preguntóle si hacía mucho
45 que había muerto. Y cerciorado *de ello* por el cen-
46 turión, concedió el cadáver a José. Este compró un
lienzo fino, y bajando a Jesús, le envolvió en el lien-
zo, y le colocó en un sepulcro labrado en una peña,
e hizo rodar una piedra hasta la entrada del sepul-
47 cro. Y María Magdalena, y María, madre de Josés,
observaban dónde era puesto.

16, 1 Cuando terminó el sábado, María Magdalena,
y María, madre de Jacobo, y Salomé compraron aro-
2 mas para ir a ungir *el cuerpo de* Jesús. Y muy
temprano, el primer día de la semana, llegaron al
3 sepulcro, ya salido el sol. Y se decían entre sí:
¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del se-
4 pulcro? Y alzando los ojos, observaron que la pie-
5 dra, que era muy grande, había sido removida. Y
entrando en el sepulcro, vieron un mancebo sentado
a la derecha, vestido de una larga ropa blanca; y se
6 asustaron. Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis
a Jesús Nazareno, el que fué crucificado; resucitado
ha; no está aquí; ved el lugar donde le pusieron.

7 Mas id, decid a sus discípulos y a Pedro: Va delante
de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo.
8 Y saliendo ellas, huyeron del sepulcro; porque esta-
ban dominadas de agitación y espanto; y no dijeron
nada a nadie, porque tenían temor.
9 [[Habiendo resucitado Jesús muy de mañana, el
primer día de la semana, apareció primeramente a
María Magdalena, de la cual había echado siete de-
10 monios. Y yendo ella, lo anunció a los que habían
estado con él, los cuales estaban lamentándose y llo-
11 rando. Y ellos, cuando oyeron que Jesús vivía, y
12 que había sido visto por ella, no *lo* creyeron. Des-
pués de esto se manifestó en otra forma a dos de
13 ellos que iban caminando hacia el campo; los cuales
fueron y lo anunciaron a los demás; pero ni aun a
14 ellos creyeron. Más tarde se manifestó a los once
mismos, estando ellos a la mesa, y les reconvino
por su falta de fe y por la dureza de su corazón,
porque no creyeron a los que le habían visto resuci-
15 tado. Y díjoles: Id por todo el mundo; predicad el
16 evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere
bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será
17 condenado. Y estas señales acompañarán a los que
creyeren: en mi nombre echarán fuera demonios;
18 hablarán nuevas lenguas; tomarán *en su mano* ser-
pientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará
ningún daño; sobre los enfermos pondrán sus manos,
19 y sanarán. Y el Señor Jesús, después de hablar-
les, fué recibido en el cielo, y sentóse a la diestra de
20 Dios. Y saliendo ellos, predicaron por todas par-
tes, obrando el Señor con ellos, y confirmando la Pa-
labra con los milagros que la acompañaban.]]

Nota. Los dos manuscritos griegos más antiguos y algunos otros textos, no contienen los versículos 9 al 20. Otros tienen diferentes terminaciones de este evangelio, una de las cuales es la siguiente:

Mas todas las cosas que se les había encargado, las anunciaron sucintamente a Pedro y a sus compañeros.

Después de esto Jesús mismo envió por medio de ellos, desde el Oriente hasta el Occidente, el mensaje sagrado e incorruptible de la salvación eterna.

EL EVANGELIO

SEGÚN

SAN LUCAS

1, 1 Habiendo emprendido muchos la coordinación de
un relato de los hechos que entre nosotros se han
2 efectuado, tal como nos los transmitieron los que
desde el principio fueron testigos oculares *de ellos*
3 y ministros de la Palabra; hame parecido conve-
niente también a mí, después de haberlo investiga-
do todo con exactitud, desde su principio, escribirte
una narración ordenada, ¡oh excelentísimo Teófilo!,
4 para que conozcas bien la verdad de las cosas en las
cuales has sido instruído.

5 Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un
sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías;
que tenía por mujer una descendiente de Aarón, lla-
6 mada Elisabet. Ambos eran justos delante de Dios
y andaban irreprensiblemente en todos los manda-
7 mientos y ordenanzas del Señor; y no tenían hijos,
porque Elisabet era estéril, y ambos eran ya de edad
avanzada.

8 Y aconteció que ejerciendo Zacarías su oficio sa-
cerdotal delante de Dios según el turno de su clase,
9 le tocó en suerte, conforme a la costumbre del sa-
cerdocio, entrar en el Santuario del Señor para ofre-
10 cer el incienso. Y toda la congregación del pueblo
11 estaba fuera orando a la hora del incienso. Y se le
apareció un ángel del Señor, puesto en pie, a la de-
12 recha del altar del incienso. Al verle Zacarías, se
13 turbó y cayó temor sobre él. Mas el ángel le dijo:
Zacarías, no temas, porque tu súplica ha sido oída,

y tu mujer Elisabet te dará un hijo, a quien pondrás
14 por nombre Juan. Tendrás gozo y alegría, y mu-
15 chos se regocijarán por su nacimiento; porque
será grande delante del Señor, y no beberá vino ni
licor embriagante, y será lleno del Espíritu Santo
16 aun desde el seno de su madre; y hará que muchos
de los hijos de Israel se vuelvan al Señor su Dios,
17 e irá delante de él, con el espíritu y poder de Elías,
para hacer que los corazones de los padres se vuel-
van hacia los hijos, y los desobedientes a la sabiduría
de los justos, a fin de prepararle al Señor un pueblo
18 apercibido. Y Zacarías dijo al ángel: ¿En qué co-
noceré esto?, porque yo soy anciano, y mi mujer es
19 también de edad avanzada. Respondiendo el ángel,
le dijo: Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios,
y he sido enviado para hablarte y darte estas buenas
20 nuevas. He aquí, estarás mudo, y no podrás hablar
hasta el día en que estas cosas sucedan, por cuanto
no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su
21 debido tiempo. Y el pueblo estaba esperando a Za-
carías, y se extrañaba de que se detuviese tanto en
22 el Santuario. Cuando salió, no podía hablarles; y
comprendieron que había visto una visión en el San-
23 tuario. El les hablaba por señas, y quedó mudo. Y
cumplidos los días de su servicio, se fué a su casa.

24 Después de estos días, su mujer Elisabet conci-
bió, y se recluyó en casa por cinco meses, diciendo:
25 Así ha hecho el Señor conmigo en los días en que se
dignó quitar mi afrenta entre los hombres.

26 Al sexto mes, el ángel Gabriel fué enviado de
27 Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a
una virgen desposada con un varón, llamado José, de
la casa de David; y el nombre de la virgen era Ma-
28 ría. Y entrando el ángel en donde ella estaba, le
dijo: ¡Salve, muy favorecida; el Señor es contigo![1]

---

[1] V. 28. Var. añ.: *bendita tú entre las mujeres.*

29 Mas ella se turbó mucho por estas palabras, y pensa-
30 ba, maravillada, qué salutación sería ésta. Díjole en-
tonces el ángel: María, no temas, porque has hallado
31 gracia delante de Dios. He aquí, concebirás en tu
seno, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nom-
32 bre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo
del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de
33 David su padre; reinará sobre la casa de Jacob por
34 siempre, y su reino no tendrá fin. Entonces María
preguntó al ángel: ¿Cómo será esto?, pues no conoz-
35 co varón. Respondióle el ángel: El Espíritu Santo
vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá
con su sombra; por lo cual también lo santo que ha
36 de nacer será llamado Hijo de Dios. Y he aquí, tu
parienta Elisabet en su vejez también ha concebido
un hijo, y éste es el sexto mes para la que llamaban
37 estéril; porque para Dios nada hay imposible.[1]
38 Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor;
hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se
fué de su presencia.

39 En aquellos días María se marchó apresurada-
40 mente a la sierra, a una ciudad de Judá; y entran-
41 do en casa de Zacarías, saludó a Elisabet. Y suce-
dió que al oír Elisabet la salutación de María, la
criatura saltó en su seno; y Elisabet fué llena del Es-
42 píritu Santo, y exclamó en alta voz, y dijo: Bendita
tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu seno.
43 ¿Y de dónde esto a mí, que la madre de mi Señor
44 venga a verme? Porque tan pronto como llegó a
mis oídos la voz de tu salutación, la criatura saltó de
45 alegría en mi seno. Bienaventurada la que creyó;
porque tendrán cumplimiento las promesas que le
46 han sido hechas de parte del Señor. Y María dijo:

Engrandece mi alma al Señor,
47 y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador;
48 porque se dignó mirar la bajeza de su sierva;

---

[1] V. 37. o, *ninguna promesa de Dios dejará de cumplirse.* Gén. 18: 14.

pues, he aquí, desde ahora me llamarán bien-
aventurada todas las generaciones;
49 porque me hizo grandes cosas el Poderoso.
Santo es su nombre,
50 y su misericordia de generación en generación
sobre los que le temen.
51 Hizo valentía con su brazo:
esparció a los soberbios en los pensamientos
de sus corazones;
52 quitó de los tronos a los potentados,
y ensalzó a los humildes;
53 sació de bienes a los hambrientos,
y despidió a los ricos con las manos vacías.
54 Ayudó a Israel su siervo,
acordándose de su misericordia
55 (según habló a nuestros padres),
con Abraham y su linaje para siempre.
56 Y se quedó María con Elisabet como tres meses;
después se volvió a su casa.

57 Cuando se le cumplió a Elisabet el tiempo de su
58 alumbramiento, dió a luz un hijo. Y habiendo oído
sus vecinos y sus parientes que el Señor había en-
grandecido su misericordia para con Elisabet, se re-
59 gocijaban con ella. Y al octavo día vinieron para
circuncidar al niño, e iban a llamarle Zacarías, el
60 nombre de su padre; pero su madre habló, dicien-
61 do: No; su nombre ha de ser Juan. Y le dijeron:
Nadie hay en tu parentela que se llame de este
62 nombre. Entonces preguntaban por señas a su
63 padre cómo quería que se llamase el niño. El pidió
una tablilla y escribió, diciendo: Juan es su nombre.
64 Y todos se admiraron. Al instante fué abierta su
boca y *suelta* su lengua, y hablaba, bendiciendo a
65 Dios. Y cayó temor sobre todos sus vecinos; y por
toda la sierra de Judea se divulgaban todas estas
66 cosas; y cuantos las oyeron, las guardaron en su
corazón, diciendo: ¿Qué, pues, llegará a ser este
niño? Y la mano del Señor era con él.

67 Zacarías, su padre, fué lleno del Espíritu Santo,
y profetizó diciendo:
68 ¡Bendito sea el Señor, el Dios de Israel!,
porque visitó e hizo redención a su pueblo;
69 y nos levantó un poderoso Salvador,[1]
en la casa de su siervo David,
70 como habló por boca de sus santos profetas,
desde tiempo antiguo;
71 para salvarnos de nuestros enemigos,
y de la mano de todos los que nos aborrecen;
72 para tener misericordia de nuestros padres,
y acordarse de su santo pacto,
73 del juramento que hizo a Abraham, nuestro
padre,
de concedernos
74 que, librados de la mano de nuestros enemigos,
le sirviésemos sin temor,
75 en santidad y justicia, delante de él,
todos nuestros días.
76 Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado;
porque irás ante la faz del Señor, para preparar sus caminos;
77 para dar conocimiento de salvación a su pueblo,
en la remisión de sus pecados;
78 por las entrañas de misericordia de nuestro
Dios,
con que nos visitará de las alturas el alba,[2]
79 para dar luz a los asentados en tinieblas y
sombra de muerte,
para encaminar nuestros pies por camino de paz.
80 Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu; y vi-
vió en los desiertos hasta el día en que se manifestó a
Israel.

2, 1 Aconteció por aquellos días que se promulgó un
edicto de orden de César Augusto, para que todo

[1] V. 69. Gr. *cuerno de salvación.*
[2] V. 78. o, *sol saliente.*

2 el mundo fuese empadronado. Este fué el primer
empadronamiento hecho durante el gobierno de Qui-
3 rinio en Siria. Y todos se ponían en camino para
ser empadronados, cada uno a su propia ciudad.
4 Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a
Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, porque
5 era de la casa y linaje de David, para ser empa-
dronado con María, desposada con él, la cual estaba
encinta.

6 Y aconteció que estando ellos allí, se le cumplió
7 a María el tiempo de su alumbramiento, y dió a
luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales,
y acostóle en un pesebre; porque no había lugar para
ellos en el mesón.

8 Había pastores en la misma región que pasaban
las vigilias de la noche en el campo, guardando su
9 rebaño. Y se les presentó un ángel del Señor, y
la gloria del Señor brilló en derredor de ellos, y tu-
10 vieron gran temor. Pero el ángel les dijo: No te-
máis, porque he aquí, os doy buenas nuevas de gran
11 gozo, el cual será para todo el pueblo; porque os
ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador,
12 que es Cristo el Señor. Esto os será por señal: Ha-
llaréis un niño envuelto en pañales y acostado en un
13 pesebre. Y repentinamente apareció con el ángel
una multitud de las huestes celestiales, que alababan
a Dios, y decían:
14 ¡Gloria a Dios en las alturas,
y en la tierra paz entre los hombres, *que son*
de *su* agrado![1]
15 Y sucedió que como los ángeles se fueron de ellos
al cielo, los pastores decíanse unos a otros: Pase-
mos ahora a Belén, y veamos esto que ha sucedido,
16 y que el Señor nos ha manifestado. Fueron apresu-
radamente, y hallaron a María, y a José, y al niño

---

[1] V. 14. Var.: *paz, buena voluntad a los hombres.*

17 acostado en el pesebre. Y habiéndole visto, refi-
18 rieron lo que se les había dicho acerca del niño. Y
cuantos lo oyeron se maravillaron de las cosas que
19 les dijeron los pastores. Pero María retenía todas
20 estas cosas, confiriéndolas en su corazón. Y se vol-
vieron los pastores, glorificando y alabando a Dios
por todas las cosas que habían oído y visto, según
les había sido anunciado.

21 Cuando se cumplieron los ocho días para circun-
cidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, el mis-
mo que le fué puesto por el ángel, antes que fuese
concebido en el seno.

22 Como se cumplieron los días de la purificación de
ellos conforme a la ley de Moisés, llevaron al niño a
23 Jerusalén para presentarle al Señor; según está
escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito será
24 consagrado al Señor;»[1] y para ofrecer sacrificio
según lo prescrito en la ley del Señor: «Un par de
tórtolas o dos palominos.»[2]
25 Y había un hombre en Jerusalén, llamado Simeón,
varón justo y piadoso, que esperaba la consolación
26 de Israel; y el Espíritu Santo era sobre él. A éste
le había sido revelado por el Espíritu Santo que no
vería la muerte sin que antes hubiese visto al Ungi-
27 do del Señor. Movido por el Espíritu, vino al Tem-
plo; y cuando los padres del niño Jesús trajeron a
28 éste para hacer por él según el rito de la Ley, Si-
meón le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, y dijo:
29 Ahora, Soberano Señor, despides a tu siervo
en paz,
conforme a tu palabra;
30 porque han visto mis ojos tu salvación,
31 la cual has preparado en presencia de todos
los pueblos,

---

[1] V. 23. Ex. 13: 2.
[2] V. 24. Lev. 12: 8.

32 luz para iluminar a los gentiles,
y gloria de tu pueblo Israel.
33 El padre del niño y también su madre, se admiraban
34 de las cosas que se decían acerca de él. Y bendí-
jolos Simeón; y a María, la madre del niño, dijo: He
aquí, este niño es puesto para caída y levantamiento
de muchos en Israel, y para señal, objeto de contra-
35 dicción, (y a tu misma alma la traspasará una espa-
da), para que sean revelados los pensamientos de
muchos corazones.
36 Había también una profetisa, *llamada* Ana, hija
de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avan-
zada, la cual había vivido con su marido siete años
37 desde su virginidad; y era viuda hacía[1] ochen-
ta y cuatro años, y no se apartaba del Templo, sir-
viendo a Dios noche y día, con ayunos y oraciones.
38 Presentándose en aquella misma hora, daba gracias a
Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban
la redención de Jerusalén.
39 Y habiendo cumplido con todo lo prescrito en la
ley del Señor, volviéronse a Galilea, a su propia ciu-
dad de Nazaret.

40 El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sa-
biduría; y la gracia de Dios era sobre él.

41 Todos los años iban sus padres a Jerusalén, en la
42 fiesta de la Pascua. Y cuando tuvo doce años, su-
43 bieron, según la costumbre de la fiesta; y al re-
gresar, cumplidos los días, se quedó el niño Jesús en
44 Jerusalén, sin que lo notaran sus padres. Suponien-
do que estaría entre los compañeros de viaje, andu-
vieron camino de un día, y entonces empezaron a
45 buscarle entre los parientes y conocidos; y como
no le hallasen, volviéronse a Jerusalén, buscándole.
46 A los tres días le hallaron en el Templo, sentado en
medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles

---

[1] V. 37. o, *de*.

47 preguntas; y todos los que le oían estaban atónitos
48 de su entendimiento y de sus respuestas. Al verle
sus padres se quedaron admirados; y díjole su ma-
dre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu
49 padre y yo te hemos buscado con angustia. El les
dijo entonces: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sa-
bíais que me es necesario estar en la casa de mi Pa-
50 dre? Mas ellos no entendieron las palabras que les
51 habló. Y descendiendo con ellos, fué a Nazaret,
y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas es-
52 tas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabidu-
ría, en edad y en gracia para con Dios y los hombres.

3, 1 En el año décimoquinto del imperio de Tiberio
César, siendo Poncio Pilatos gobernador de Judea,
Herodes, tetrarca de Galilea, su hermano Felipe,
tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y
2 Lisanias, tetrarca de Abilinia, durante el sumo sa-
cerdocio de Anás y Caifás, vino palabra de Dios a
3 Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y él fué por
toda la región contigua al Jordán, predicando el
bautismo de arrepentimiento para remisión de peca-
4 dos; como está escrito en el libro de las profecías
de Isaías:

«Voz de uno que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
enderezad sus veredas.
5 Todo barranco será henchido,
todo monte y colina allanados;
los *caminos* tortuosos vendrán a ser rectos,
los escabrosos, llanos;
6 y todos los hombres[1] verán la salvación de
Dios.»[2]

7 Por tanto, decía a las multitudes que salían para ser
bautizadas por él: ¡Raza de víboras! ¿Quién os ense-
8 ñó a huir de la ira venidera? Producid, pues, fru-
tos propios del arrepentimiento, y no comencéis a

---

[1] V. 6. Gr. *toda carne.* [2] Is. 40: 3-5.

decir dentro de vosotros: A Abraham tenemos por
padre; porque os digo que de estas piedras puede
9 Dios levantar hijos a Abraham. Y ya también el
hacha está puesta a la raíz de los árboles; así que,
todo árbol que no produzca buen fruto, será cortado
10 y echado al fuego. Y las multitudes le pregunta-
11 ban: ¿Qué, pues, debemos hacer? El les respondió:
El que tenga dos túnicas, dé al que no tiene ningu-
12 na; y el que tenga alimento, haga lo mismo. Vinie-
ron también unos publicanos para ser bautizados, y
le dijeron: Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros?
13 Respondióles él: No exijáis más de lo que os está
14 ordenado. También unos soldados le preguntaban:
Y nosotros, ¿qué haremos? Y les contestó: No ha-
gáis extorsión a nadie, ni por violencia ni por falsa
delación; y contentaos con vuestras pagas.

15 Estando el pueblo en actitud expectante, y pen-
sando todos en sus corazones acerca de Juan, si aca-
16 so sería el Cristo, Juan respondió a todos, dicien-
do: Yo os bautizo con agua; mas viene el que es más
poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar la
correa de su calzado; él os bautizará en[1] el Espíritu
17 Santo y fuego. Su bieldo está en su mano para
limpiar bien su era, y para juntar el trigo en su gra-
nero; pero quemará la paja con fuego inextinguible.
18 Con estas exhortaciones y otras muchas, anunciaba
19 las buenas nuevas al pueblo. Y Herodes, el te-
trarca, siendo reprendido por Juan a causa de He-
rodías, mujer *de Felipe,* hermano del *mismo* Hero-
des, y a causa de todas las iniquidades que había
20 cometido, añadió a éstas la de encerrar a Juan en
la cárcel.

21 Y *un día* cuando toda la gente había sido bau-
tizada, y Jesús también, mientras él oraba, el cielo
22 se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él
en forma corporal, como una paloma; y una voz del

---

[1] V. 16. o, *con.*

cielo *dijo:* Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti tengo
complacencia.
23 Y Jesús mismo, cuando comenzó *su ministerio,*
era como de treinta años, hijo, según se creía, de
24 José, hijo de Helí, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo
25 de Melquí, hijo de Jané, hijo de José, hijo de Ma-
tatías, hijo de Amós, hijo de Nahum, hijo de Eslí,
26 hijo de Nagué, hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo
27 de Semeín, hijo de Josec, hijo de Judá, hijo de
Joanán, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Sa-
28 latiel, hijo de Nerí, hijo de Melquí, hijo de Adí,
29 hijo de Cosam, hijo de Elmadam, hijo de Er, hijo
de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Ma-
30 tat, hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo
31 de José, hijo de Jonam, hijo de Eliaquim, hijo de
Meleá, hijo de Mená, hijo de Matatá, hijo de Natán,
32 hijo de David, hijo de Jesé, hijo de Obed, hijo de
33 Booz, hijo de Salá, hijo de Naasón, hijo de Amina-
dab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrom, hijo
34 de Farés, hijo de Judá, hijo de Jacob, hijo de Isaac,
35 hijo de Abraham, hijo de Tara, hijo de Nacor, hijo
de Seruc, hijo de Ragau, hijo de Fálec, hijo de Eber,
36 hijo de Salá, hijo de Cainán, hijo de Arfajad, hijo
37 de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, hijo de Ma-
tusalem, hijo de Enoc, hijo de Járet, hijo de Male-
38 leel, hijo de Cainán, hijo de Enós, hijo de Set,
hijo de Adán, hijo de Dios.

4, 1 Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jor-
dán, y era conducido del Espíritu por el desierto
2 durante cuarenta días, siendo tentado por el diablo;
y no comió nada en aquellos días, al fin de los cua-
3 les tuvo hambre. Díjole entonces el diablo: Si eres
Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en
4 pan. Respondióle Jesús: Escrito está:
«No de solo pan vivirá el hombre.»[1]
5 Y el diablo le llevó a una altura, y le mostró en un

[1] V. 4. Deut. 8: 3.

6 momento todos los reinos de la tierra, y le dijo:
A ti te daré toda esta autoridad y la gloria de ellos,
porque a mí me es entregada, y a quien yo quiera
7 la doy; si tú, pues, te postrares delante de mí,
8 todo será tuyo. Respondiendo Jesús, le dijo: Es-
crito está:

«Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo darás culto.»[1]

9 Entonces le llevó a Jerusalén, y poniéndole en lo
alto del Templo, le dijo: Si eres el Hijo de Dios,
10 échate de aquí abajo; porque escrito está:

«A sus ángeles dará órdenes acerca de ti
para que te guarden;»[2]

11 y:

«En sus manos te sostendrán,
no sea que des con tu pie en piedra.»[2]

12 Mas Jesús le respondió: Dicho está:

«No tentarás al Señor tu Dios.»[3]

13 Y habiendo el diablo acabado toda tentación, se fué
de él hasta nueva oportunidad.

14 Y volvió Jesús revestido del poder del Espíritu
a Galilea; y su fama se extendió por toda la región
15 comarcana. Y enseñaba en las sinagogas de ellos,
siendo ensalzado de todos.

16 Vino *Jesús* a Nazaret, donde se había criado, y
entró en la sinagoga el sábado, conforme a su cos-
17 tumbre, y levantóse a leer. Diéronle entonces el
libro del profeta Isaías, y habiéndolo abierto, halló
el lugar donde estaba escrito:

18 «El Espíritu del Señor es sobre mí,
porque me ungió para anunciar buenas nuevas a los pobres;
me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos,

[1] V. 8. Deut. 6: 13.
[2] Vs. 10 y 11. Sal. 91: 11 y 12.
[3] V. 12. Deut. 6: 16.

y a los ciegos, recobro de la vista;
a poner en libertad a los oprimidos,
19 a proclamar el año propicio del Señor.»[1]
20 Y arrollando el libro, lo devolvió al sirviente, y se
sentó. Y los ojos de todos los presentes en la sina-
21 goga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles:
Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos.
22 Y todos daban testimonio a su favor, y se maravilla-
ban de las palabras de gracia que salían de su boca,
23 y decían: ¿No es éste hijo de José? Díjoles enton-
ces: Sin duda me diréis este refrán: ¡Médico, cúrate
a ti mismo! Todo cuanto hemos oído que has hecho
24 en Cafarnaum, hazlo también aquí en tu tierra. Y
añadió: En verdad os digo que ningún profeta es
25 acepto en su tierra. Y os digo ciertamente, que
muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías,
cuando el cielo fué cerrado por tres años y seis me-
26 ses, y hubo grande hambre en toda la tierra; y a
ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a una viuda
27 en Sarepta de Sidón. También había muchos le-
prosos en Israel, en tiempo del profeta Eliseo, y nin-
28 guno de ellos fué limpiado, sino Naamán el siro. Y
todos los que estaban en la sinagoga se enfurecieron
29 al oír esto, y levantándose, le echaron fuera de la
ciudad, y le llevaron a un lugar escarpado del mon-
te sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos,
30 para despeñarle. Mas él pasó por en medio de ellos,
y siguió su camino.

31 Descendió *Jesús* a Cafarnaum, ciudad de Galilea;
32 y les enseñaba en un sábado. Y estaban atónitos de
33 su doctrina, porque enseñaba con autoridad. Esta-
ba en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu
de demonio inmundo, el cual clamó a gran voz:
34 ¡Ah! ¿Qué tienes con nosotros, Jesús Nazareno?
¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres, el Santo
35 de Dios. Jesús le increpó diciendo: ¡Calla, y sal de

[1] V. 19. Is. 61: 1 y 2; 58: 6.

él! Entonces el demonio, derribando al hombre en
medio de ellos, salió de él, sin causarle daño alguno.
36 Y todos se sobrecogieron de asombro, y hablábanse
unos a otros, diciendo: ¿Qué palabra es ésta, que
con autoridad y poder manda a los espíritus inmun-
37 dos, y salen? Y el rumor acerca de él se extendía
por todos los lugares de la comarca.

38 Entonces, levantándose y saliendo de la sinago-
ga, entró en casa de Simón. La suegra de éste pa-
39 decía una grave fiebre; y le rogaron por ella. El,
inclinándose hacia ella, reprendió a la fiebre, y la
fiebre la dejó; ella, levantándose al instante, les ser-
40 vía. Al ponerse el sol, todos los que tenían enfer-
mos de diversos males los trajeron a Jesús; y él, po-
niendo las manos sobre cada uno de ellos, los sana-
41 ba. También de muchos salían demonios, gritando
y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Mas él, incre-
pándolos, no les permitía hablar; porque sabían que
él era el Cristo.
42 Al amanecer, salió Jesús y dirigióse a un lugar
solitario; y las gentes le buscaban, y cuando llega-
ron adonde estaba, le detenían para que no se mar-
43 chase de ellos. Mas él les dijo: Es necesario que
también a las otras ciudades predique el evangelio
del reino de Dios; porque para esto fuí enviado.
44 E iba predicando por las sinagogas de Judea.[1]

5, 1 Aconteció que estando Jesús en la ribera del
lago de Genesaret, la multitud se agolpaba sobre él
2 y escuchaba la palabra de Dios. Y vió Jesús dos
barcas junto al lago; mas los pescadores habían ba-
3 jado de ellas y lavaban sus redes. Entrando Jesús
en una de las barcas, la cual era de Simón, rogó a
éste que la desviase un poco de tierra; y sentándo-
4 se, enseñaba desde la barca a la multitud. Cuando

[1] V. 44. Var.: *Galilea.* Lucas a veces usa la palabra Judea, refiriéndose a todo el país de los Judíos. Véanse Luc. 1: 5; 7: 17; 23: 5.

cesó de hablar, dijo a Simón: Hazte a la mar; y
5 echad vuestras redes para pescar. Simón le res-
pondió: Maestro, toda la noche hemos estado traba-
jando y nada hemos pescado; mas en tu palabra echa-
6 ré las redes. Y habiéndolo hecho así, encerraron
gran cantidad de peces; y sus redes se rompían.
7 Entonces hicieron señas a sus compañeros de la otra
barca, para que viniesen a ayudarles; vinieron, pues,
y llenaron ambas barcas, de manera que se hun-
8 dían. Simón Pedro, al ver esto, se postró a los
pies[1] de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, por-
9 que soy hombre pecador; pues el asombro se ha-
bía apoderado de él y de todos los que le acompaña-
10 ban, por la pesca que habían hecho; y otro tanto
sucedía a Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que
eran consocios de Simón. Mas Jesús dijo a Simón:
No temas; desde ahora serás pescador de hombres.
11 Y después de sacar sus barcas a tierra, dejándolo
todo, le siguieron.

12 Hallándose Jesús en una de las ciudades, presen-
tóse un hombre lleno de lepra, el cual, viendo a Je-
sús, cayó sobre el rostro, y le rogó, diciendo: Señor,
13 si quieres, puedes limpiarme. Extendiendo Jesús
la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al
14 instante desapareció de él la lepra. Y le ordenó
que no lo dijese a nadie. Mas ve, *le dijo,* muéstrate
al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que
15 prescribió Moisés, para testimonio a ellos. Pero la
fama de Jesús se extendía más y más; y se juntaban
grandes multitudes para oírle y ser sanados de sus
16 enfermedades. Mas él solía retirarse a los sitios
desiertos, y allí oraba.

17 Aconteció en uno de aquellos días, que Jesús
estaba enseñando; y unos fariseos y doctores de la
Ley estaban allí sentados, los cuales habían venido

---

[1] V. 8. Gr. *a las rodillas.*

de todas las aldeas de Galilea y Judea, y de Jeru-
salén; y el poder del Señor estaba allí para que él
18 sanara enfermos. Y he aquí, se presentan unos
hombres trayendo en un lecho a uno que estaba pa-
ralítico, y procuraban llevarle dentro y ponerle en la
19 presencia de Jesús. Y no hallando cómo meterlo, a
causa del gentío, subieron a la azotea, y por el teja-
do le bajaron con el lecho, *poniéndole* en medio, de-
20 lante de Jesús. Viendo él la fe de ellos, le dijo:
21 Hombre, perdonados te son tus pecados. Los es-
cribas y los fariseos comenzaron a discurrir, dicien-
do: ¿Quién es éste que habla blasfemias? ¿Quién
22 puede perdonar pecados sino sólo Dios? Y cono-
ciendo Jesús los pensamientos de ellos, respondió,
diciéndoles: ¿Qué[1] discurrís en vuestros corazones?
23 ¿Qué es más fácil, decir: Perdonados te son tus pe-
24 cados, o decir: Levántate y anda? Pues para que
sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la
tierra para perdonar pecados, (dijo al paralítico): A
ti te digo, levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.
25 Y al instante, levantándose a la vista de ellos, tomó
lo que le servía de lecho, y se fué a su casa, dando
26 gloria a Dios. Y todos se sobrecogieron de asom-
bro, y glorificaban a Dios; y llenos de temor, de-
cían: Cosas extraordinarias hemos visto hoy.

27 Después de esto salió Jesús, y fijándose en un
publicano llamado Leví, sentado en la recaudación
28 de los tributos, le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo,
29 se levantó y le seguía. Y dió en su casa un
gran banquete a Jesús; y había gran número de pu-
blicanos y otros, que estaban con ellos a la mesa.
30 Los fariseos y los escribas de ellos murmuraban
contra los discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis
31 y bebéis con los publicanos y pecadores? Res-
pondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no
32 necesitan médico, sino los enfermos. No he venido

---

[1] V. 22. o, *por qué*.

a llamar justos, sino pecadores al arrepentimiento.
33 Entonces le dijeron: Los discípulos de Juan ayunan
con frecuencia y hacen oraciones, y asimismo los de
34 los fariseos; mas los tuyos comen y beben. Jesús
les contestó: ¿Podéis, acaso, hacer ayunar a los con-
vidados a bodas, mientras el esposo está con ellos?
35 Mas vendrán días en que el esposo les será qui-
36 tado; entonces, en aquellos días, ayunarán. Decía-
les, además, una parábola: Nadie corta un pedazo
de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo;
de otro modo, no sólo romperá el nuevo, sino que el
remiendo sacado de él no armonizará con el viejo.
37 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otro
modo, el vino nuevo hará reventar los odres, y el
vino se derramará, y los odres se echarán a perder.
38 Mas el vino nuevo en odres nuevos se debe echar.
39 Y nadie que haya bebido del añejo, quiere después
el nuevo; porque dice: El añejo es excelente.

6, 1 Aconteció un sábado, que pasando Jesús por los
sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y las
2 comían, estregándolas entre las manos; y algunos
de los fariseos dijeron: ¿Por qué hacéis lo que no es
3 lícito hacer en el día del reposo? Jesús les contes-
tó: ¿Ni aun esto habéis leído, lo que David hizo
cuando tuvo hambre, él y los que le acompañaban;
4 cómo entró en la casa de Dios, y tomando los panes
de la proposición, comió y dió a los que estaban con
él, cuando a nadie es lícito comer de ellos, sino sólo
5 a los sacerdotes? Y les decía: El Hijo del Hombre
6 es Señor del día del reposo. Sucedió en otro sá-
bado, que entró en la sinagoga y enseñaba; y estaba
7 allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Y
los escribas y los fariseos acechaban a Jesús para
ver si curaba en el día del reposo, a fin de hallar
8 motivo de acusarle. Mas él sabía los pensamientos
de ellos; y dijo al hombre que tenía seca la mano:
Levántate y ponte en medio. Y él, levantándose, se
9 puso en pie. Les dijo entonces Jesús: Yo os pre-

gunto: ¿Es lícito en el día del reposo hacer bien o
10 hacer mal?, ¿salvar la vida o quitarla? Y mirándo-
los a todos alrededor, dijo al hombre: Extiende tu
mano. El lo hizo así, y su mano *le* fué restituída
11 *sana*. Ellos se llenaron de rabia, y hablaban entre
sí qué podrían hacer contra Jesús.

12 Por aquel tiempo sucedió que Jesús salió al monte
13 a orar, y pasó toda la noche en oración a Dios. Y
llegado el día, llamó a sus discípulos, y escogió doce
de entre ellos, a los cuales también dió el nombre de
14 apóstoles, *a saber:* Simón, a quien llamó tam-
bién Pedro, y Andrés su hermano, Jacobo y Juan,
15 Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Jacobo,
16 *hijo* de Alfeo, y Simón, llamado Zelote,[1] Ju-
das, *hijo* de Jacobo, y Judas Iscariote, que vino a
17 ser traidor. Con éstos bajó, y se detuvo en un lu-
gar llano, donde estaban un gran número de sus dis-
cípulos y una gran multitud de pueblo, de toda
Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Si-
18 dón, que habían venido para oírle y ser sanados
de sus enfermedades; y también los atormentados de
19 espíritus inmundos eran curados. Y toda la gente
procuraba tocarle, porque salía poder de él y sanaba
20 a todos. Entonces, alzando los ojos y mirando a sus
discípulos, decía:

Bienaventurados vosotros los pobres,
porque vuestro es el reino de Dios.
21 Bienaventurados los que ahora tenéis hambre,
porque seréis saciados.
Bienaventurados los que ahora lloráis,
porque reiréis.
22 Bienaventurados seréis, cuando los hombres os
aborrezcan, cuando os aparten de sí, os vitu-
peren y desechen vuestro nombre, como malo,
por causa del Hijo del Hombre.
23 Gozaos en aquel día y saltad *de alegría,* por-

[1] V. 15. Véase la nota de Mat. 10: 4.

que he aquí, vuestro galardón es grande en el
cielo; pues lo mismo hacían sus padres con los
profetas.
24 Mas ¡ay de vosotros, ricos!,
porque ya tenéis recibido vuestro consuelo.
25 ¡Ay de vosotros los que estáis hartos ahora!,
porque tendréis hambre.
¡Ay de vosotros los que ahora reís!,
porque os lamentaréis y lloraréis.
26 ¡Ay de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!,
pues lo mismo hacían sus padres con los falsos profetas.
27 Mas a vosotros, los que me escucháis, os digo: Amad
a vuestros enemigos, haced bien a los que os abo-
28 rrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por
29 los que os injurian. Al que te golpeare en una me-
jilla, preséntale también la otra; y al que te quitare
30 la capa, no le niegues la túnica. A todo el que te
pidiere, dale; y al que tomare lo tuyo, no pidas que
31 te lo devuelva. Como queréis que os hagan los
32 hombres a vosotros, así haced vosotros a ellos. Y si
amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque
aun los pecadores aman a aquellos que los aman.
33 Pues si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué
mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mis-
34 mo. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis
recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores
prestan a los pecadores, para recibir otro tanto.
35 Pero amad a vuestros enemigos, haced bien y pres-
tad, sin desesperar jamás;[1] y será vuestro galardón
grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es be-
36 nigno para con los desagradecidos y malvados. Sed
misericordiosos, así como vuestro Padre es miseri-
37 cordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados; no
condenéis, y no seréis condenados; perdonad y se-
38 réis perdonados. Dad, y se os dará; medida buena,

[1] V. 35. o, *no esperando de ello nada.*

apretada, remecida y rebosante darán en vuestro
seno; porque con la medida con que medís, os volverán a medir.

39 Entonces, hablando en parábolas, les dijo: ¿Puede, acaso, el ciego guiar al ciego? ¿No caerán am-
40 bos en el hoyo? No hay discípulo superior a su
maestro; pero todo discípulo cuando se haya perfec-
41 cionado, será como su maestro. Y ¿por qué miras
la paja que está en el ojo de tu hermano, y no repa-
42 ras en la viga que está en tu propio ojo? ¿Cómo
puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame sacar la paja que está en tu ojo, cuando tú mismo no
ves la viga que está en el tuyo? ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás bien para
43 sacar la paja que está en el ojo de tu hermano. Por-
que no hay buen árbol que dé fruto malo, ni árbol
44 maleado que dé buen fruto. Cada árbol se conoce
por su fruto; pues de los espinos no se recogen hi-
45 gos, ni de las zarzas se vendimian uvas. El hombre
bueno, del buen tesoro de su corazón saca a luz lo
bueno; y el hombre malo, de su mal *tesoro* saca a
luz lo malo; porque de la abundancia del corazón ha-
46 bla la boca. ¿Por qué me llamáis ¡Señor, Señor!, y
47 no hacéis lo que digo? Todo aquel que viene a mí,
y oye mis palabras, y las pone por obra, os indicaré a
48 quién es semejante. Semejante es a un hombre que
edificó una casa, el cual cavó y ahondó, y puso el
fundamento sobre la peña; y cuando sobrevino una
avenida, el río dió con ímpetu contra aquella casa;
mas no la pudo mover, por haber sido bien construí-
49 da.[1] Mas el que oyó y no puso por obra, semejan-
te es a un hombre que edificó su casa sobre tierra,
sin fundamento; y el río dió con ímpetu contra ella,
e inmediatamente se derrumbó; y fué grande la ruina de aquella casa.

---

[1] V. 48. Var.: *cimentada sobre la peña.*

7, 1 Concluídas todas sus palabras al pueblo que le
oía, entró *Jesús* en Cafarnaum.

2 Y el siervo de cierto centurión, a quien éste que-
3 ría mucho, estaba enfermo y a punto de morir. Y
el centurión, habiendo oído hablar de Jesús, le envió
algunos ancianos de los judíos, rogándole que vinie-
4 ra y salvase a su siervo. Presentándose ellos a
Jesús, le suplicaban con insistencia, diciendo: Es dig-
5 no de que le concedas esto; porque ama nuestra
6 nación, y él nos edificó la sinagoga. Y Jesús iba
con ellos. Mas cuando ya no estaba lejos de la casa,
el centurión envió unos amigos a decirle: Señor, no
te molestes, pues no soy digno de que entres debajo
7 de mi techo; por esto, ni aun me consideré digno
de venir a ti; mas ordénalo con una palabra, y sea
8 sanado mi siervo. Pues yo también soy hombre
puesto bajo autoridad, y tengo soldados a mis órde-
nes, y digo a uno: Ve, y va; y a otro: Ven, y vie-
9 ne; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírlo
Jesús, se admiró de él, y volviéndose, dijo a las gen-
tes que le seguían: Os digo que ni aun en Israel he
10 hallado tanta fe. Y al regresar a casa los que ha-
bían sido enviados, hallaron al siervo completamen-
te sano.
11 Un poco después, sucedió que Jesús iba a una ciu-
dad llamada Naín; y le acompañaban sus discípulos y
12 una gran multitud. Y como se acercase a la puer-
ta de la ciudad, he aquí, sacaban fuera a un difunto,
hijo único de su madre, la cual era viuda; y había
también con ella una compañía bastante numerosa de
13 la ciudad. Al verla el Señor, compadecióse de ella,
14 y le dijo: No llores. Y llegándose, tocó el féretro;
y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: ¡Mance-
15 bo, a ti te digo, levántate! Entonces el que había
muerto se incorporó, y comenzó a hablar; y diólo
16 *Jesús* a su madre. Y el temor se apoderó de todos,
y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se
ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a

17 su pueblo. Este dicho acerca de él se propagó por
toda Judea y por toda la región de alrededor.[1]

18 Y dieron a Juan sus discípulos noticias de todas
estas cosas. Entonces él, llamando a dos de ellos,
19 los envió al Señor, para preguntarle: ¿Eres tú el que
20 había de venir, o esperamos a otro? Y cuando los
hombres llegaron a su presencia, dijeron: Juan el
Bautista nos ha enviado a preguntarte: ¿Eres tú el
21 que había de venir, o esperamos a otro? En aquella
hora sanó Jesús a muchos de enfermedades, de pla-
gas y de espíritus malignos; y a muchos ciegos con-
22 cedió la vista. Y respondiendo, les dijo: Id, contad
a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos reciben
la vista y los cojos andan, los leprosos son limpiados
y los sordos oyen, los muertos son resucitados y a
23 los pobres es anunciado el evangelio; y bienaven-
24 turado el que no se escandalizare en mí. Cuando
se hubieron ido los mensajeros de Juan, comenzó Je-
sús a decir a las gentes acerca de él: ¿Qué salisteis
a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento?
25 Mas, ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de
ropas delicadas? He aquí, los que visten con esplen-
dor y viven en molicie, en los palacios de los reyes
26 están. Mas, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí,
27 os digo, y mucho más que profeta. Este es de
quien está escrito:

«He aquí, envío mi mensajero ante tu faz,
que preparará tu camino delante de ti.»[2]

28 Os digo que entre los nacidos de mujer, ninguno hay
mayor que Juan; pero el menor en el reino de Dios,
29 mayor es que él. (Y todo el pueblo y los publicanos,
al oírle, justificaron a Dios, habiendo recibido el
30 bautismo de Juan; mas los fariseos y los intérpretes
de la Ley frustraron el consejo de Dios respecto de
sí mismos, no habiendo sido bautizados por Juan.)

---

[1] V. 17. Véase la nota en el cap. 4: 44.
[2] V. 27. Mal. 3: 1.

31 ¿A qué, pues, compararé los hombres de esta gene-
32 ración, y a qué son semejantes? Semejantes son
a los muchachos sentados en la plaza, que se dan
voces unos a otros, y dicen:
Os tañimos flauta, y no bailasteis;
cantamos endechas, y no llorasteis.
33 Porque ha venido Juan el Bautista, que no come pan
34 ni bebe vino, y decís: Demonio tiene. Ha venido
el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: He
aquí un glotón y bebedor de vino, amigo de publica-
35 nos y pecadores. Mas la sabiduría es justificada
por todos sus hijos.

36 Uno de los fariseos instó a Jesús para que comie-
se con él. Y habiendo entrado en la casa del fariseo,
37 se puso a la mesa. Y he aquí, una mujer pecadora,
que estaba en la ciudad, habiendo sabido que Jesús
estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un vaso
38 de alabastro de perfume, y llorando, se puso detrás
a los pies de Jesús, y comenzó a regar éstos con lá-
grimas, y los enjugaba con sus cabellos, y los besaba
39 fervorosamente, y los ungía con el perfume. El fa-
riseo que le había convidado, al ver esto, dijo para sí:
Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de
40 mujer es la que le toca, que es pecadora. Jesús, res-
pondiendo, le dijo: Simón, tengo algo que decirte.
41 Di, Maestro, respondió Simón. Un prestamista,
continuó Jesús, tenía dos deudores: el uno le debía
42 quinientos denarios; el otro, cincuenta; y como no
podían pagar, perdonó a ambos. ¿Cuál de ellos,
43 pues, le amará más? Respondió Simón: Supongo
que aquel a quien perdonó la mayor cantidad. Recta-
44 mente has juzgado, repuso Jesús. Y volviéndose a
la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu
casa y no me diste agua para mis pies; pero ésta los
ha regado con lágrimas y los ha enjugado con sus
45 cabellos. No me diste beso; mas ésta desde que
entré no ha cesado de besar fervorosamente mis
46 pies. No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta

47 ungió mis pies con perfume. Por lo cual te digo
que sus muchos pecados le son perdonados; porque
amó mucho; mas al que se perdona poco, poco ama.
48 Y a ella le dijo: Perdonados te son tus pecados.
49 Los que estaban con él a la mesa comenzaron a de-
cir entre sí: ¿Quién es éste que también perdona pe-
50 cados? Y él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado,
ve en paz.

8, 1 Sucedió poco después, que Jesús iba de ciudad
en ciudad, y de aldea en aldea, predicando y anun-
ciando el evangelio del reino de Dios; y con él iban
2 los doce y algunas mujeres que habían sido sana-
das de espíritus malignos y de enfermedades: María,
que se llamaba Magdalena, de la cual habían salido
3 siete demonios; Juana, mujer de Chuza, el inten-
dente de Herodes; Susana, y otras muchas que les
4 servían de sus bienes. Juntándose una gran mu-
chedumbre, y los que venían a él de una y otra ciu-
5 dad, *les* habló por parábola, diciendo: El sembra-
dor salió a sembrar su semilla, y sembrando, parte
de ella cayó junto al camino; y fué hollada, y las
6 aves del cielo se la comieron. Otra parte cayó so-
bre piedra; y nacida, se secó, porque no tenía hu-
7 medad. Otra parte cayó entre espinas; y éstas,
8 nacidas juntamente con ella, la ahogaron. Y otra
parte cayó en la buena tierra; y nacida, dió fruto a
ciento por uno. Hablando estas cosas, decía a gran
voz: El que tiene oídos para oír, oiga.

9 Y sus discípulos le preguntaron qué significaba
10 esta parábola. Y él contestó: A vosotros es dado
conocer los misterios del reino de Dios; pero a los
demás *les hablo* por parábolas, para que «viendo no
11 vean, y oyendo no entiendan.»[1] Esto significa la
12 parábola: La semilla es la palabra de Dios. Los de
junto al camino son los que oyen; entonces viene el

[1] V. 10. Is. 6: 9.

diablo y quita la Palabra de su corazón, para que no
13 crean y se salven. Los de sobre la piedra son los
que, al oír la Palabra, la reciben con gozo; mas és-
tos no tienen raíz; creen por algún tiempo, y en la
14 hora de la prueba se apartan. Lo que cayó entre
las espinas son los que oyen; mas, siguiendo su ca-
mino, son ahogados por los afanes, las riquezas y los
placeres de esta vida, y no llevan su fruto a madu-
15 rez. Y lo que cayó en la buena tierra, son los que,
habiendo oído la Palabra, la retienen en un corazón
bueno y sincero, y dan fruto con perseverancia.

16 Nadie que haya encendido una lámpara, la cu-
bre con una vasija o la pone debajo de la cama; sino
que la pone en el candelero, para que los que en-
17 tran vean la luz. Porque no hay cosa oculta que
no haya de ser manifiesta, ni cosa secreta que no
18 haya de ser conocida, y de venir a luz. Mirad,
pues, cómo oís; porque al que tuviere, le será dado;
y al que no tuviere, aun lo que supone tener, le será
quitado.

19 Vinieron entonces a él su madre y sus hermanos,
y no podían llegar hasta él a causa de la multitud.
20 Y le fué dado este aviso: Tu madre y tus hermanos
21 están fuera y quieren verte. Respondióles, dicien-
do: Mi madre y mis hermanos son éstos: los que oyen
la palabra de Dios y la ponen por obra.
22 Sucedió en uno de aquellos días, que entró en una
barca, acompañado de sus discípulos, y les dijo: Pa-
semos a la otra ribera del lago. Y se hicieron a la
23 vela. Mientras navegaban, él se durmió. Y se des-
encadenó sobre el lago una tempestad de viento; y
24 se henchían de agua y peligraban. Llegándose a
él, le despertaron, diciendo: ¡Maestro, Maestro, pe-
recemos! Despertando él, increpó al viento y a las
25 olas, y cesaron, y fué hecha bonanza. Díjoles en-
tonces: ¿Dónde está vuestra fe? Y atemorizados, se
maravillaron, diciéndose el uno al otro: ¿Quién,

pues, es éste, que aun a los vientos y al agua da
órdenes, y le obedecen?
26 Y tomaron puerto en tierra de los gerasenos, que
27 está en la ribera opuesta a Galilea. Al salir a tie-
rra, vino a su encuentro un hombre de la ciudad, en-
demoniado, que por mucho tiempo no había vestido
ropa alguna, y no vivía en casa, sino en los sepul-
28 cros. Al ver a Jesús, lanzó un grito, se postró de-
lante de él, y dijo a gran voz: ¿Qué tienes conmigo,
Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te suplico que no me
29 atormentes. (Pues ordenaba al espíritu inmundo
que saliese del hombre. Porque hacía mucho tiempo
que se había apoderado de él; y aunque le ataban
con cadenas y grillos, y le custodiaban, rompía las
prisiones, y era impelido por el demonio a los de-
30 siertos.) Y le preguntó Jesús: ¿Cómo te llamas?
El le respondió: Legión. Porque muchos demonios
31 habían entrado en él. Y le rogaban éstos que no
32 les ordenase ir al abismo. Había allí una piara de
muchos cerdos, paciendo en el monte; y le rogaron
los demonios que les permitiese entrar en ellos. Y él
33 se lo permitió. Entonces los demonios, saliendo del
hombre, entraron en los cerdos; y la piara se preci-
pitó por el despeñadero en el lago, y se ahogó.
34 Los porqueros, al ver lo que había acontecido, hu-
yeron y dieron la noticia en la ciudad y en los cam-
35 pos. Y salió *la gente* para ver lo que había suce-
dido; y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de
quien habían salido los demonios, sentado a los pies
de él; vestido y en su cabal juicio; y se sobrecogie-
36 ron de temor. Y los que lo habían visto les conta-
37 ron cómo había sido sanado el endemoniado. En-
tonces todos los habitantes de la comarca de los ge-
rasenos, le rogaron que se fuese de ellos; porque
estaban poseídos de gran temor. Y Jesús, entrando
38 en la barca, se volvió. El hombre de quien habían
salido los demonios, le suplicaba que le permitiese
39 estar con él; mas Jesús le despidió, diciendo: Vuel-
ve a tu casa y refiere cuán grandes cosas ha hecho

Dios contigo. Y él se fué, proclamando por toda
la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús
con él.

40 Volviendo Jesús, la multitud le recibió con gozo,
41 porque todos le esperaban. Y he aquí un hombre,
llamado Jairo, que era un presidente de la sinagoga,
vino, y cayendo a los pies de Jesús, le rogaba que
42 entrase en su casa; porque tenía una hija única,
como de doce años, que se estaba muriendo. Y yendo
43 Jesús, la multitud le oprimía. Y una mujer que
hacía doce años padecía flujo de sangre, y que[1] no
44 había podido ser curada por nadie, llegóse a él por
detrás, y tocó la orla de su manto; y en el acto se
45 detuvo el flujo de su sangre. ¿Quién es el que me
ha tocado?, preguntó Jesús. Y negándolo todos, dijo
Pedro: Maestro, la gente te aprieta por todos lados
46 y te estrecha. Repuso Jesús: Alguien me tocó,
pues yo he conocido que de mí ha salido virtud.
47 Viendo la mujer que no había quedado oculta, vino
temblando, y postrándose a sus pies, declaró en pre-
sencia de todo el pueblo por qué causa le había toca-
48 do, y cómo al instante había sido sanada. Y él le
49 dijo: Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz. Hablan-
do él aún, viene uno *de casa* del presidente de la
sinagoga a decir a éste: Tu hija ha muerto, no mo-
50 lestes más al Maestro. Oyéndolo Jesús, dijo a Jai-
51 ro: No temas; cree solamente, y será salva. Al lle-
gar a la casa, no dejó que nadie entrase con él, sino
Pedro, Juan y Jacobo, y el padre y la madre de la
52 niña. Todos lloraban y la plañían; mas él dijo: No
53 lloréis; no está muerta, sino que duerme. Y se mo-
54 faban de él, sabiendo que estaba muerta. Tomán-
dola él de la mano, dijo a gran voz: ¡Muchacha, le-
55 vántate! Y volvió su espíritu, e inmediatamente se
levantó; y Jesús mandó que a ella le diesen de co-
56 mer. Y sus padres quedaron asombrados; mas Je-

---

[1] V. 43. Var. añ.: *había gastado en médicos todo cuanto tenía, y*.

sús les ordenó que a nadie dijesen lo que había su-
cedido.

9, 1 Llamando a los doce, les dió poder y autoridad
sobre todos los demonios y para sanar enfermedades;
2 y los envió a predicar el reino de Dios y a sanar *en-*
3 *fermos.* No llevéis, les dijo, nada para el camino,
ni báculo, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni llevéis dos
4 túnicas. En cualquiera casa donde entréis, posad
5 allí, y de allí partid. Y dondequiera que no os re-
cibieren, saliendo de aquella ciudad, sacudid el polvo
6 de vuestros pies en testimonio contra ellos. Y sa-
liendo, iban por las aldeas anunciando el evangelio
y sanando por todas partes.

7 Herodes el tetrarca oyó hablar de todo lo que su-
cedía, y estaba perplejo, porque algunos decían que
8 Juan se había levantado de entre los muertos; y
otros, que Elías había aparecido; y otros, que alguno
9 de los antiguos profetas había resucitado. Mas He-
rodes dijo: A Juan, yo lo decapité. ¿Quién, pues, es
éste del cual oigo tales cosas? Y procuraba verle.

10 Habiendo vuelto los apóstoles, refirieron a Jesús
todo lo que habían hecho. Y tomándolos consigo, se
11 retiró aparte a una ciudad, llamada Betsaida. Mas
al enterarse las gentes, le siguieron; y él las recibió,
y les hablaba del reino de Dios, sanando a los que
12 tenían necesidad de curación. Y cuando el día co-
menzó a declinar, se llegaron los doce, y le dijeron:
Despide a las gentes, para que vayan a las aldeas y
cortijos de alrededor y se alojen y encuentren ali-
13 mento; porque aquí estamos en despoblado. El les
dijo: Dadles vosotros de comer. Contestáronle: No
tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser
que vayamos a comprar comestibles para todo este
14 pueblo. Porque eran como cinco mil varones. Dijo
entonces a sus discípulos: Hacedlos recostar en gru-
15 pos como de cincuenta en cincuenta. Así lo efec-

16 tuaron, haciendo que se recostaran todos. Y to-
mando los cinco panes y los dos peces, y alzando los
ojos al cielo, los bendijo, los partió e iba dando a sus
discípulos para que los pusiesen delante a la multi-
17 tud. Y todos comieron y se saciaron; y alzaron de
lo que les había sobrado de pedazos, doce cestas.

18 Y estando Jesús orando aparte, hallábanse con él
sus discípulos, y les preguntó: ¿Quién dicen las gen-
19 tes que soy yo? Respondiendo ellos, dijeron: *Unos,*
Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, que alguno
20 de los antiguos profetas ha resucitado. Preguntó
entonces a ellos: Y vosotros, ¿quién decís que soy?
21 Pedro respondió: El Cristo de Dios. Entonces Je-
sús les ordenó que a nadie dijesen esto, encargándo-
22 selo rigurosamente, y añadió: Es necesario que el
Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea repro-
bado por los ancianos, y los principales sacerdotes, y
los escribas, y sea muerto y se levante al tercer día.
23 Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de
mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y
24 sígame. Porque cualquiera que quisiere salvar su
vida, la perderá; y el que perdiere su vida por amor
25 de mí, éste la salvará. Pues ¿de qué aprovecha al
hombre el ganar todo el mundo, si se pierde o arrui-
26 na a sí mismo? Porque cualquiera que se avergon-
zare de mí y de mis palabras, de éste se avergon-
zará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria,
y en la del Padre, y en la de los santos ángeles.
27 En verdad os digo, que algunos de los que están
aquí no gustarán la muerte, hasta que hayan visto
el reino de Dios.

28 Sucedió, como ocho días después de decir esto,
que tomó consigo a Pedro, a Juan y a Jacobo, y su-
29 bió al monte a orar. Y mientras oraba, la aparien-
cia de su rostro se hizo otra, y sus ropas blancas y
30 relampagueantes. Y he aquí, dos varones hablaban
31 con él, los cuales eran Moisés y Elías, que apare-

cieron rodeados de gloria, y hablaban de la partida
de este mundo que Jesús iba a cumplir en Jerusa-
32 lén. Pedro y sus compañeros estaban rendidos de
sueño; mas habiendo permanecido despiertos[1] vie-
ron la gloria de Jesús, y a los dos varones que esta-
33 ban con él. Y cuando éstos se separaban de Jesús,
Pedro le dijo: Maestro, bueno es para nosotros estar
aquí; hagamos tres tiendas, una para ti, otra para
Moisés y otra para Elías. *Habló así* no sabiendo lo
34 que decía. En tanto que así hablaba, vino una nube
que los cubría; y se sobrecogieron de temor cuando
35 ellos[2] entraron en la nube. Y salió de ésta una voz
que decía: Este es mi Hijo, el Escogido;[3] a él oíd.
36 Después que cesó la voz, Jesús fué hallado solo; y
ellos callaron, y por aquellos días a nadie dijeron
nada de lo que habían visto.

37 Al día siguiente, cuando hubieron bajado ellos del
monte, vino al encuentro de Jesús una gran multitud.
38 Y he aquí, un varón de la muchedumbre clamó, di-
ciendo: Maestro, te suplico que veas a mi hijo, por-
39 que es el único que tengo. Y he aquí, un espíritu
le toma, y de repente grita, le sacude con violencia
hasta hacerle echar espumarajos, y estropeándole,
40 a duras penas se aparta de él. Y supliqué a tus dis-
41 cípulos que le echasen fuera, y no pudieron. Res-
pondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y
perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros y
42 os he de soportar? Trae acá tu hijo. Y mientras se
acercaba el muchacho, el demonio le derribó y le sa-
cudió con violencia; mas Jesús increpó al espíritu
inmundo, y sanó al muchacho y devolviólo a su pa-
43 dre. Y todos estaban atónitos de la grandeza de
Dios.

Y maravillándose toda la gente de todas las cosas

---

[1] V. 32. o, *cuando despertaron.*
[2] V. 34. Var.: *aquéllos.*
[3] V. 35. Var.: *Amado.* Véanse Mat. 17: 5. Marc. 9: 7.

44 que hacía, dijo Jesús a sus discípulos: Grabad vos-
otros estas palabras en vuestro corazón:[1] el Hijo del
Hombre va a ser entregado en manos de los hombres.
45 Pero ellos no comprendían este dicho, y les era en-
cubierto para que no lo percibiesen; y temían pre-
guntarle acerca de él.
46 Suscitóse también entre los discípulos una discu-
47 sión sobre quién de ellos sería el mayor. Y Jesús,
sabiendo los pensamientos de sus corazones, tomó a
48 un niño, púsole a su lado, y les dijo: Cualquiera
que reciba a este niño en mi nombre, a mí me reci-
be; y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que
me envió; porque el que es más pequeño entre todos
49 vosotros, ése es grande. Tomando Juan la palabra,
dijo: Maestro, vimos a uno que en tu nombre echaba
fuera demonios, y tratamos de impedírselo, porque
50 no *te* sigue con nosotros. Mas Jesús le dijo: No se
lo impidáis, porque el que no es contra vosotros, con
vosotros es.

51 Sucedió que como se cumplía el tiempo en que él
había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir
52 a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de sí, los
cuales fueron y entraron en una aldea de samarita-
53 nos, para prepararle *alojamiento*. Mas éstos no
le recibieron, porque era su aspecto como de ir a
54 Jerusalén. Viendo esto sus discípulos Jacobo y
Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que
55 descienda fuego del cielo, y los consuma? Mas él,
56 volviéndose, los reprendió.[2] Y se fueron a otra
aldea.

57 Yendo ellos por el camino, cierto hombre le dijo:
58 Te seguiré dondequiera que fueres. Jesús le con-
testó: Las raposas tienen madrigueras, y las aves

---

[1] V. 44. Gr. *Poned en vuestros oídos.*
[2] V. 55. Var. añ.: *diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois.* Otra añ.: *Porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.*

del cielo nidos;[1] mas el Hijo del Hombre no tiene
59 donde recostar su cabeza. Y a otro dijo: Sígueme.
Mas él contestó: Permíteme que vaya primero y en-
60 tierre a mi padre. Deja que los muertos entierren
a sus muertos, le replicó Jesús; mas tú, ve y anun-
61 cia por todas partes el reino de Dios. Otro también
le dijo: Te seguiré, Señor; pero permíteme primero
62 que me despida de los de mi casa. Jesús le con-
testó: Ninguno que mira atrás, después de haber
puesto la mano en el arado, es apto para el reino
de Dios.

10, 1 Después de estas cosas, el Señor designó a
otros, *en número de* setenta, y los envió delante de
sí de dos en dos, a toda ciudad y lugar adonde él
2 mismo se proponía ir. Y les dijo: La mies es mu-
cha, mas los obreros pocos; rogad, pues, al Señor de
3 la mies, que envíe obreros a su mies. Id; he aquí,
yo os envío como a corderos en medio de lobos.
4 No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado, y no saludéis
5 a nadie por el camino. En cualquiera casa donde
entréis, decid primeramente: Paz *sea* a esta casa.
6 Y si hubiere allí algún hijo de paz, vuestra paz repo-
7 sará sobre él; y si no, se volverá a vosotros. Y
posad en aquella misma casa, comiendo y bebiendo
lo que os den; porque el obrero digno es de su sala-
8 rio. No os paséis de casa en casa. En cualquiera
ciudad donde entréis y os reciban, comed lo que os
9 pusieren delante, sanad a los enfermos que en ella
hubiere, y decid a todos: El reino de Dios se ha
10 acercado a vosotros. Mas en cualquiera ciudad
donde entréis, y no os reciban, salid por sus calles,
11 y decid: Aun el polvo de vuestra ciudad que se
nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos contra
vosotros. Empero sabed esto, que el reino de Dios
12 está cerca. Os digo que para Sodoma será más to-
lerable *la situación* en aquel día, que para aquella

---

[1] V. 58. Véase la nota de Mat. 8: 20.

13 ciudad. ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida!
Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los
milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha
que, sentadas en cilicio y ceniza, se habrían arrepen-
14 tido. Con todo, a Tiro y a Sidón será más tolera-
15 ble *la situación* en el juicio que a vosotras. Y tú,
Cafarnaum, ¿serás ensalzada hasta el cielo? Hasta el
16 Hades descenderás. El que a vosotros oye, a mí me
oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha;
y el que a mí me desecha, desecha al que me envió.

17 Volvieron los setenta diciendo con gozo: Señor,
hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre.
18 Y Jesús les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo
19 como un rayo. He aquí, os he dado la potestad de
hollar serpientes y escorpiones, y sobre todo el po-
20 der del enemigo; y nada os dañará. Sin embargo,
no os gocéis de que los espíritus se os sujetan; mas
gozaos de que vuestros nombres están inscritos en
21 los cielos. En aquella misma hora se regocijó
Jesús en[1] el Espíritu Santo, y dijo: Te alabo, Pa-
dre, Señor del cielo y de la tierra, porque escon-
diste estas cosas a los sabios y entendidos, y las
revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así fué de
22 tu agrado. Todas las cosas me fueron entregadas
por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo, sino
el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel
23 a quien el Hijo quisiere revelarlo. Y volviéndose a
los discípulos, díjoles aparte: Bienaventurados los
24 ojos que ven lo que vosotros veis; porque os digo
que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que
vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no
lo oyeron.

25 Y he aquí, un intérprete de la Ley se levantó y le
dijo, para probarle: Maestro, ¿qué debo hacer para
26 heredar la vida eterna? Jesús le contestó: ¿Qué

[1] V. 21. o, *movido por.*

27 está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Y él respon-
diendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu co-
razón, de toda tu alma, de todas tus fuerzas y de
todo tu entendimiento; y a tu prójimo como a ti mis-
28 mo. Bien has respondido, repuso Jesús; haz esto, y
29 vivirás. Mas él, queriendo justificarse a sí mismo,
30 preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? A lo cual
contestó Jesús: Un hombre descendía de Jerusalén a
Jericó, y cayó en manos de salteadores, los cuales, a
más de despojarle de sus ropas, le hirieron, y se fue-
31 ron, dejándole medio muerto. Casualmente descen-
día un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó
32 de largo por el otro lado. Así también un levita, vi-
niendo cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó por el
33 otro lado. Pero un samaritano, que iba de camino,
llegó cerca de él, y al verle, fué movido a compa-
34 sión, y llegándose, vendó sus heridas, echó en
ellas aceite y vino, y subiéndole en su cabalgadura,
35 le llevó al mesón, y cuidó de él. Al día siguiente,
sacó dos denarios, se los dió al mesonero, y le dijo:
Cuida de él, y todo lo que de más gastares, yo, a mi
36 regreso, te lo pagaré. ¿Cuál de estos tres te pa-
rece que fué el prójimo del que cayó entre salteado-
37 res? Y él dijo: El que usó con él de misericordia.
Entonces repuso Jesús: Ve, y haz tú lo mismo.

38 Prosiguiendo ellos su camino, entró Jesús en
cierta aldea; y una mujer, llamada Marta, le recibió
39 en su casa. Tenía ésta una hermana, llamada Ma-
ría, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía sus
40 palabras. Pero Marta se afanaba en muchos que-
haceres, y llegándose *a Jesús,* dijo: Señor, ¿no se te
da cuidado de que mi hermana me deje servir sola?
41 Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le
dijo:[1] Marta, Marta, ansiosa y turbada estás con
42 muchas cosas; empero pocas son las cosas necesa-

[1] Vs. 41 y 42. Var.: *Marta, Marta, estás turbada; María ha escogido,* etc.

rias, o *más bien*, una; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.

11, 1 Estando Jesús orando en un lugar, cuando acabó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos.
2 Y él les dijo: Cuando oréis, decid:
«Padre, [1] santificado sea tu nombre;
venga tu reino; [2]
3 danos cada día nuestro pan cotidiano; [3]
4 y perdónanos nuestros pecados, porque
también nosotros perdonamos a todo el que
nos debe;
y no nos metas en tentación.» [4]
5 Díjoles también: Si uno de vosotros tiene un amigo,
y va a él a media noche, y le dice: Amigo, préstame
6 tres panes, porque un amigo mío ha llegado a mi
7 casa, de viaje, y no tengo qué ponerle delante; y
si el otro, desde dentro, le responde: No me moles-
tes; la puerta está ya cerrada, y mis niños están
acostados conmigo; no puedo levantarme y darte *los*
8 *panes;* os digo que, aunque no se levante a dárse-
los por ser su amigo, a lo menos por su importunidad,
9 se levantará y le dará cuantos le hagan falta. Y yo
os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; lla-
10 mad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, re-
cibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abri-
11 rá. ¿Y cuál padre, entre vosotros, si su hijo le pi-
diere [5] un pescado, le dará en vez de pescado una
12 serpiente? O, si le pidiere un huevo, ¿le dará un
13 escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis
dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más el

---

[1] V. 2. Var.: *Padre nuestro que estás en los cielos.* Véase Mat. 6: 9.
[2] V. 2. Var. añ.: *Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.* Véase Mat. 6: 10.
[3] V. 3. Véase la nota en Mat. 6: 11.
[4] V. 4. Var. añ.: *mas líbranos del maligno* (o, *de mal*). Véase Mat. 6: 13.
[5] V. 11. Var. añ.: *un pan, le dará una piedra? o, si.*

Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se
lo pidan!

14 Estaba Jesús echando fuera un demonio, que era
mudo; y cuando el demonio hubo salido, el hombre
15 mudo habló; y las gentes se maravillaron. Pero al-
gunos de ellos dijeron: Por Beelzebú, príncipe de
16 los demonios, echa fuera los demonios. Y otros,
17 tentándole, le pedían alguna señal del cielo. Mas
él, sabiendo los pensamientos de ellos, les dijo: Todo
reino dividido contra sí mismo es asolado, y casa cae
18 sobre casa. Y si también Satanás está dividido
contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino? Porque
decís que por Beelzebú echo fuera los demonios.
19 Mas, si yo por Beelzebú echo fuera los demonios,
vuestros hijos, ¿por quién los echan? Por tanto,
20 ellos serán vuestros jueces. Pero, si por el dedo
de Dios echo fuera los demonios, es evidente que
21 ha llegado a vosotros el reino de Dios. Cuando
el hombre fuerte y bien armado, guarda su palacio,
22 en paz están sus bienes. Pero cuando le ataca
otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus
23 armas en que confiaba, y reparte sus despojos. El
que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo
24 no recoge, desparrama. Cuando el espíritu in-
mundo ha salido de un hombre, pasa por lugares
secos, buscando reposo; y no hallándolo, dice: Me
25 volveré a mi casa de donde salí. Y cuando llega,
26 la halla barrida y adornada. Entonces va, y toma
consigo otros siete espíritus peores que él, y en-
trando, habitan allí; y el postrer estado de aquel
hombre viene a ser peor que el primero.
27 Cuando él decía estas cosas, una mujer, levantan-
do la voz entre la multitud, le dijo: Bienaventurado
28 el seno que te llevó y los pechos que mamaste. Mas
él respondió: Antes, bienaventurados los que oyen la
palabra de Dios, y la guardan.

29 Y como la muchedumbre se agolpaba, comenzó a

decir: Esta generación mala es; busca una señal,
30 mas no le será dada señal, sino la de Jonás. Por-
que como Jonás vino a ser señal para los ninivi-
tas, así también lo será el Hijo del Hombre para
31 esta generación. La reina del Mediodía se levan-
tará en el juicio con los hombres de esta generación
y los condenará; porque ella vino desde los fines de
la tierra para oír la sabiduría de Salomón; y he aquí
32 lo que es más que Salomón en este lugar. Los ni-
nivitas se levantarán en el juicio con esta genera-
ción, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron
al pregón de Jonás; y he aquí lo que es más que
33 Jonás en este lugar. Nadie que haya encendido
una lámpara, la pone en un sótano o debajo del al-
mud, sino en el candelero, para que los que entren
34 vean la luz. La lámpara de tu cuerpo es tu ojo;
cuando tu ojo está sano, también todo tu cuerpo está
lleno de luz; mas si está enfermo, también tu cuerpo
35 está en tinieblas. Ten cuidado, pues; no suceda
36 que la luz que en ti hay sea tinieblas. Así que, si
todo tu cuerpo está lleno de luz, sin tener parte al-
guna en tinieblas, todo él estará iluminado, como
cuando te alumbra una lámpara con su resplandor.

37 Terminado su discurso, un fariseo le convidó a
comer con él; y entrando Jesús, se puso a la mesa.
38 Y viéndolo el fariseo, se extrañó de que no se hubie-
39 se lavado[1] antes de comer. Mas el Señor le dijo:
Verdad es que vosotros los fariseos limpiáis el exte-
rior del vaso y del plato; pero vuestro interior está
40 lleno de rapacidad y malicia. ¡Necios! El que hizo
41 lo exterior, ¿no hizo también lo interior? Empero
dad de limosna lo que está dentro, y he aquí todas
42 las cosas os son limpias. Mas ¡ay de vosotros, los
fariseos!, porque diezmáis la hierbabuena y la ruda,
y toda clase de hortaliza, y pasáis por alto la justi-
cia y el amor a Dios. Estas cosas era necesario ha-

---

[1] V. 38. Gr. *bautizado.*

43 cer, sin omitir aquéllas. ¡Ay de vosotros, los fari-
seos!, porque amáis el primer sitial en las sinagogas
44 y los saludos en las plazas. ¡Ay de vosotros!, por-
que sois como sepulcros que no lo parecen, sobre los
45 cuales pasan los hombres sin saberlo. Y contes-
tando uno de los intérpretes de la Ley, le dijo: Maes-
tro, al decir esto, también nos afrentas a nosotros.
46 Respondió Jesús: ¡Ay de vosotros también, los intér-
pretes de la Ley!, porque imponéis a los hombres
cargas difíciles de llevar, y vosotros ni siquiera las
47 tocáis con un dedo. ¡Ay de vosotros!, porque edi-
ficáis los sepulcros de los profetas, y vuestros pa-
48 dres los mataron. Así que, testigos y consentidores
sois de las obras de vuestros padres; porque ellos
los mataron, y vosotros edificáis *sus sepulcros.*
49 Por eso también la sabiduría de Dios ha dicho: Yo
les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, matarán
50 *a unos* y perseguirán *a otros*, para que sea de-
mandada de esta generación la sangre de todos los
profetas, que ha sido derramada desde la fundación
51 del mundo, desde la sangre de Abel hasta la de
Zacarías, que pereció entre el altar y el Santuario;[1]
sí, os digo que será demandada de esta generación.
52 ¡Ay de vosotros, los intérpretes de la Ley!, porque
habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mis-
mos no habéis entrado, y a los que estaban entrando,
se lo impedisteis.

53 Cuando Jesús salió de allí, los escribas y fariseos
comenzaron a estrecharle con vehemencia y a im-
54 portunarle con muchas preguntas, acechándole y
procurando cazar alguna palabra de su boca.

12, 1 Entretanto, habiéndose juntado las gentes a
millares, de modo que unos a otros se atropella-
ban, comenzó a decir, en especial, a sus discípulos:
Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la

[1] V. 51. Gr. *la casa.*

2 hipocresía. Nada hay encubierto que no haya de
3 descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse. Por
tanto, todo lo que habéis dicho en las tinieblas, a la
luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los
4 aposentos, en las azoteas será pregonado. Mas a
vosotros, mis amigos, os digo: No temáis a los que
matan el cuerpo, y después de esto ya no pueden
5 hacer nada más; empero yo os indicaré a quién
debéis temer: temed a aquel que, después de haber
matado, tiene poder para echar en el Gehena; sí, os
6 digo, a éste temed. ¿No se venden cinco pajari-
llos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está
7 olvidado delante de Dios. Mas aun los cabellos de
vuestra cabeza, están todos contados. No temáis;
8 más valéis vosotros que muchos pajarillos. Os
digo que todo el que me confesare delante de los
hombres, el Hijo del Hombre también le confesará
9 delante de los ángeles de Dios; mas el que me
haya negado en presencia de los hombres, será ne-
10 gado en presencia de los ángeles de Dios. Y a
todo aquel que dijere alguna palabra contra el Hijo
del Hombre, le será perdonado; mas al que haya
blasfemado contra el Espíritu Santo, no le será per-
11 donado. Y cuando os lleven ante las sinagogas,
y ante los magistrados y las autoridades, no os acon-
gojéis por cómo o qué hayáis de responder, o qué
12 hayáis de decir; porque el Espíritu Santo os ense-
ñará en aquella misma hora lo que debáis decir.

13 En esto, uno de la multitud le dijo: Maestro, di
14 a mi hermano que parta conmigo la herencia. Jesús
le contestó: Hombre, ¿quién me constituyó sobre vos-
15 otros juez o partidor? Y les dijo: Mirad, y guar-
daos de toda avaricia; porque la vida del hombre no
consiste en la abundancia de los bienes que posee.
16 Les refirió entonces una parábola, diciendo: La he-
redad de un hombre rico había producido mucho.
17 Y él discurría dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré,
18 porque no tengo donde juntar mis frutos? Y dijo:

Esto haré; derribaré mis graneros y los edificaré
más amplios, y allí juntaré todo mi grano y mis
19 bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tie-
nes guardados para muchos años; descansa, come,
20 bebe, huélgate. Pero Dios le dijo: ¡Necio!, esta
noche vienen a pedirte el alma; y lo que has provis-
21 to, ¿para quién será? Así es el que atesora para
22 sí, y no es rico para con Dios. Y dijo a sus discí-
pulos: Por eso os digo: No os afanéis por vuestra
vida, qué habéis de comer, ni por vuestro cuerpo,
23 qué habéis de vestir; porque la vida es más que el
24 alimento, y el cuerpo más que el vestido. Reparad
en los cuervos, que no siembran ni siegan, ni tie-
nen despensa ni granero; y Dios los alimenta. ¡Cuán-
25 to más valéis vosotros que las aves! ¿Quién de
vosotros puede, por mucho que se afane, prolongar
26 su vida?[1] Pues, si no podéis hacer ni aun lo mí-
27 nimo, ¿por qué os afanáis por lo demás? Reparad
en los lirios, que no hilan ni tejen; mas os digo que
ni aun Salomón, en todo su esplendor, vistió como
28 uno de ellos. Y si a la hierba que está en el campo,
que hoy es y mañana la echan en el horno, Dios la
viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca
29 fe? Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que
hayáis de comer, y lo que hayáis de beber; ni estéis
30 inquietos. Porque en busca de todas estas cosas
van ansiosas las naciones del mundo; mas vuestro
Padre sabe que de estas cosas tenéis necesidad.
31 Antes bien, buscad su reino,[2] y estas cosas os serán
32 dadas por añadidura. No temáis, rebaño pequeño,
porque a vuestro Padre ha placido daros el reino.
33 Vended vuestros bienes, y dad limosna; haceos bol-
sas que no envejezcan, tesoro en los cielos que no se
agote, donde ladrón no se acerca ni polilla destruye.
34 Porque donde está vuestro tesoro, allí también esta-
rá vuestro corazón.

---

[1] V. 25. Véase la nota de Mat. 6: 27.
[2] V. 31. Var.: *el reino de Dios.*

35 Estén ceñidos vuestros lomos y vuestras lámpa-
36 ras encendidas; y vosotros sed semejantes a hom-
bres que aguardan a su señor, para que, cuando re-
grese de las bodas, al venir y llamar, en seguida le
37 abran. Bienaventurados aquellos siervos a quienes
su señor, cuando venga, halle velando. En verdad os
digo que se ceñirá, y los hará ponerse a la mesa, y
38 llegándose, les servirá. Y si viene a la segunda vi-
gilia, o si viene a la tercera, y los halla así, bien-
39 aventurados son aquellos siervos. Entended, sin
embargo, esto: si el padre de familia hubiera sabido
la hora en que había de venir el ladrón, no habría
40 dejado minar su casa. También vosotros estad
apercibidos; porque a la hora que no lo penséis, ha
de venir el Hijo del Hombre.
41 Entonces Pedro le preguntó: Señor, ¿nos diri-
ges esta parábola a nosotros *solos,* o también a to-
42 dos? Y el Señor dijo: ¿Quién es, pues, el mayor-
domo fiel y prudente, al cual el señor pondrá sobre
su servidumbre, para que les dé su ración a sus ho-
43 ras? Bienaventurado aquel siervo, a quien su señor,
44 cuando viniere, le hallare haciéndolo así. En ver-
dad os digo, que sobre todos sus bienes le pondrá.
45 Mas si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor
tarda en venir; y comenzare a golpear a los criados
46 y criadas, a comer y beber, y a embriagarse, ven-
drá el señor de aquel siervo en día que no espera y
a la hora que no sabe, y le azotará severamente,[1] y
47 pondrá su suerte con los infieles. Y aquel siervo
que conociendo la voluntad de su señor, no se pre-
paró ni obró conforme a esa voluntad, recibirá mu-
48 chos azotes. Mas el que sin conocerla, hizo cosas
dignas de azotes, recibirá pocos. A todo el que se
le haya dado mucho, mucho le será demandado; y al
que mucho se le haya confiado, más le pedirán.
49 Fuego vine a echar sobre la tierra, y ¿qué quie-
50 ro, si ya se ha encendido? De un bautismo tengo

[1] V. 46. o, *partirá por la mitad.*

que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se
51 haya cumplido! ¿Os parece que estoy aquí para
dar paz en la tierra? Os digo que no, sino división.
52 Porque de aquí en adelante, cinco en una familia es-
tarán divididos; tres se dividirán contra dos, y dos
53 contra tres: el padre contra el hijo y el hijo con-
tra el padre; la madre contra la hija y la hija contra
la madre; la suegra contra su nuera y la nuera con-
tra su suegra.

54 Dijo también a las multitudes: Cuando veis una
nube que sale por el poniente, decís al momento:
55 Viene tempestad; y así sucede. Y cuando sopla
56 el austro, decís: Hará calor; y lo hace. ¡Hipócri-
tas! Sabéis distinguir el aspecto de la tierra y del
cielo; y ¿cómo es que no distinguís este tiempo?
57 ¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es
58 justo? Cuando vayas, pues, con tu adversario al
magistrado, esfuérzate en el camino por librarte de
él; no sea que te arrastre al juez, y el juez te entre-
gue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel.
59 Te digo que no saldrás de allí, hasta que hayas pa-
gado la última blanca.

13, 1 En este mismo tiempo vinieron algunos para
contarle lo de los galileos cuya sangre Pilatos había
2 mezclado con la de los sacrificios de ellos. Respon-
dióles Jesús: ¿Os parece que estos galileos, porque
han padecido estas cosas, eran más pecadores que
3 todos los galileos? Os digo que no; antes bien, si
no os arrepentís, todos pereceréis de manera seme-
4 jante. O aquellos diez y ocho, sobre quienes cayó
la torre en Siloé, y los mató, ¿os parece que eran
más deudores que todos los habitantes de Jerusalén?
5 Os digo que no; antes bien, si no os arrepintiereis,
todos pereceréis asimismo.
6 Y dijo esta parábola: Cierto hombre tenía una hi-
guera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en
7 ella, y no lo halló. Y dijo al viñero: He aquí, ya

van tres años que vengo a buscar fruto en esta hi-
guera, y no lo hallo; córtala, ¿para qué ha de inutili-
8 zar también la tierra? Mas él le respondió: Señor,
déjala todavía este año, hasta que yo haya cavado a
9 su alrededor y le haya echado abono. Y si en ade-
lante diere fruto, *bien;* y si no, la cortarás después.

10 Enseñaba Jesús en una de las sinagogas un sá-
11 bado; y he aquí una mujer, que tenía un espíritu
de enfermedad hacía diez y ocho años, y estaba en-
12 corvada, y no podía enderezarse del todo.[1] Al
verla Jesús, la llamó y le dijo: Mujer, libre estás de
13 tu enfermedad; y puso las manos sobre ella. La
mujer se irguió en seguida, y glorificaba a Dios.
14 Mas el presidente de la sinagoga, indignándose de
que Jesús hubiese curado en el día del reposo, dijo
a la gente: Seis días hay en que se debe trabajar; en
éstos, pues, venid y sed curados, y no en el día del
15 reposo. Respondiendo el Señor, le dijo: ¡Hipócri-
tas!, cada uno de vosotros, ¿no desata del pesebre su
buey o su asno en el día del reposo, para llevarle a
16 abrevar? Y a esta mujer, hija de Abraham, a la
cual Satanás había ligado por diez y ocho años, ¿no
se le debía desatar de su ligadura en el día del re-
17 poso? Y conforme iba diciendo estas palabras, to-
dos sus adversarios eran avergonzados; mas toda la
multitud se regocijaba por todas las cosas gloriosas
que eran hechas por él.
18 Siguió, pues, diciendo: ¿A qué es semejante el
19 reino de Dios, y a qué le compararé? Semejante
es a un grano de mostaza, que un hombre tomó y
sembró en su huerto; *y* creciendo, llegó a ser árbol,
20 y las aves del cielo anidaron en sus ramas. Y vol-
vió a decir: ¿A qué compararé el reino de Dios?
21 Semejante es a la levadura, que una mujer tomó y
escondió en tres medidas de harina, hasta que todo
se leudó.

---

[1] V. 11. o, *en manera alguna.*

22 Pasaba Jesús por ciudades y aldeas, enseñando y
23 prosiguiendo su camino hacia Jerusalén; y díjole
uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él le
24 contestó: Esforzaos a entrar por la puerta estre-
cha; porque os digo que muchos procurarán entrar,
25 y no podrán. Después que el padre de familia se
levantare y cerrare la puerta, y comenzareis a estar
fuera, y a llamar a la puerta, diciendo: Señor, ábre-
nos; él, respondiendo, os dirá: No os conozco, *ni*
26 *sé* de dónde seáis. Entonces empezaréis a decir:
Delante de ti comimos y bebimos, y en nuestras pla-
27 zas enseñaste. Y él os dirá: No sé de dónde sois;
28 alejaos de mí todos los obradores de iniquidad. Allí
será el llanto y el rechinar de dientes, cuando viereis
a Abraham, y a Isaac, y a Jacob, y a todos los pro-
fetas, en el reino de Dios, mas a vosotros echados
29 fuera. Vendrán del oriente y del occidente, del
norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el reino
30 de Dios. He aquí, hay postreros que serán prime-
ros, y primeros que serán postreros.

31 En aquella hora se llegaron unos fariseos para de-
cirle: Sal y márchate de aquí, porque Herodes quiere
32 matarte. Id, les contestó, y decid a esa zorra: He
aquí, echo fuera demonios y efectúo curaciones hoy
33 y mañana, y al tercer día acabo mi obra.[1] Me es
necesario, sin embargo, seguir mi camino hoy, y
mañana, y pasado mañana; porque no cabe que mue-
34 ra un profeta fuera de Jerusalén. ¡Jerusalén! ¡Jeru-
salén!, que matas a los profetas y apedreas a los
mensajeros que te son enviados, ¡cuántas veces qui-
se juntar tus hijos, como la gallina sus polluelos de-
35 bajo de sus alas, y no quisiste! He aquí, os es de-
jada vuestra casa; y os digo que no me veréis, hasta
que llegue el tiempo en que digáis:
«Bendito el que viene en nombre del Señor.»[2]

---

[1] V. 32. o, *soy consumado.*
[2] V. 35. Sal. 118: 26.

14, 1 Un sábado, habiendo entrado Jesús en la casa
de uno de los principales fariseos a comer, ellos le
2 acechaban. Y he aquí, un hombre hidrópico estaba
3 delante de él. Tomando Jesús la palabra, dijo a los
intérpretes de la Ley y a los fariseos: ¿Es lícito sa-
4 nar en el día del reposo, o no? Mas ellos callaron.
Entonces, tomando al hidrópico, le sanó y le despi-
5 dió. Y les dijo: Si el hijo o el buey de alguno de
vosotros cae en un pozo, ¿no le sacará en el acto,
6 aunque sea el día del reposo? Y no pudieron repli-
car a esto.

7 Y observando cómo escogían los asientos de ho-
nor a la mesa, expuso una parábola a los invitados,
8 diciéndoles: Cuando fueres convidado por alguien
a unas bodas, no te coloques en el asiento de honor,
no sea que otro más distinguido que tú esté invitado
9 por él; y viniendo el que os convidó a ti y a él, te
diga: Da lugar a éste; y entonces comiences con
10 vergüenza a ocupar el último sitio. Al contrario,
cuando fueres convidado, ve, y siéntate en el último
lugar, de modo que cuando venga el que te ha con-
vidado, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces
tendrás gloria en presencia de todos los comensa-
11 les. Porque todo el que se ensalza, será humillado;
y el que se humilla, será ensalzado.

12 Dijo también al que le había convidado: Cuando
des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni
a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos
ricos; no sea que ellos, a su vez, te conviden, y seas
13 recompensado. Mas, cuando des banquete, llama a
14 los pobres, los mancos, los cojos, los ciegos; y se-
rás bienaventurado, porque no pueden recompensar-
te; mas te será recompensado en la resurrección de
los justos.

15 Al oír esto uno de los comensales, le dijo: Bien-
aventurado el que coma pan en el reino de Dios.

16 Y Jesús le dijo: Un hombre daba una gran cena, y
17 convidó a muchos. A la hora de la cena, envió a su
siervo a decir a los invitados: Venid, que ya *todo*
18 está preparado. Y todos a una comenzaron a excu-
sarse. El primero le dijo: He comprado un campo,
y necesito salir a verlo; te ruego que me des por
19 excusado. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de
bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me des por
20 excusado. Y otro dijo: Acabo de casarme, y por eso
21 no puedo ir. Vuelto el siervo, hizo saber estas co-
sas a su señor. Entonces el padre de familia se eno-
jó, y dijo a su siervo: Sal presto por las plazas y ca-
lles de la ciudad, y tráeme acá los pobres, y man-
22 cos, y ciegos, y cojos. Señor, dijo el siervo, se ha
23 hecho como ordenaste, y todavía hay lugar. Enton-
ces el señor dijo al siervo: Sal por los caminos y los
vallados, y constriñe *a las gentes* a entrar, para
24 que se llene mi casa; porque os digo que ninguno
de aquellos convidados gustará mi cena.

25 Caminaban grandes multitudes con Jesús; y vol-
26 viéndose él, les dijo: Si alguno viene a mí, y no
aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y
hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida,
27 no puede ser mi discípulo; y el que no lleva su
cruz, y no viene en pos de mí, no puede ser mi dis-
28 cípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edi-
ficar una torre, no se sienta primero a calcular los
29 gastos, y ver si tiene para concluirla? No sea que,
habiendo puesto los cimientos, y no pudiendo aca-
barla, todos los que se fijen comiencen a burlarse de
30 él, diciendo: Este hombre empezó a construir, y
31 no pudo acabar. O ¿qué rey, al marchar a la gue-
rra contra otro rey, no se sienta primero y conside-
ra si puede hacer frente con diez mil al que viene
32 contra él con veinte mil? Y si no puede, mientras
está todavía lejos, le envía una embajada, pidiendo
33 condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vos-
otros que no renuncia a todo lo que posee, no puede

34 ser mi discípulo. Buena es la sal; mas si aun la sal
35 perdiere su sabor, ¿con qué se sazonará? Ni para
la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera.
Quien tiene oídos para oír, oiga.

15, 1 Acercábanse a Jesús todos los publicanos y
2 pecadores para oírle. Y murmuraban los fariseos
y los escribas, diciendo: Este a los pecadores reci-
3 be y con ellos come. El les dijo entonces esta
4 parábola: ¿Quién de vosotros, teniendo cien ove-
jas, y habiendo perdido una de ellas, no deja las no-
venta y nueve en el desierto, y va en busca de la
5 perdida, hasta que la halla? Y habiéndola hallado,
6 la pone sobre sus hombros lleno de gozo; y al lle-
gar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, y les dice:
Gozaos conmigo, porque he hallado mi oveja que se
7 había perdido. Os digo, que así habrá más gozo en
el cielo por un pecador que se arrepiente, que por
noventa y nueve justos que no han menester de arre-
8 pentimiento. O ¿qué mujer que tiene diez dracmas,
si pierde una de ellas, no enciende una lámpara, ba-
rre la casa y busca con diligencia hasta encontrar-
9 la? Y habiéndola hallado, reúne a sus amigas y ve-
cinas, y les dice: Gozaos conmigo, porque he halla-
10 do la dracma que había perdido. Así os digo que
hay gozo en presencia de los ángeles de Dios por un
pecador que se arrepiente.

11 Dijo además: Un hombre tenía dos hijos; y el me-
12 nor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte
de los bienes que me corresponde; y les repartió los
13 bienes. Pocos días después, juntándolo todo el hijo
menor, se fué al extranjero, a una tierra lejana; y allí
14 disipó sus bienes, viviendo perdidamente. Cuando
todo lo hubo gastado, vino una grande hambre en
15 aquel país, y comenzó a padecer necesidad. Y fué,
y se acogió a uno de los ciudadanos de aquel país,
quien le envió a sus campos para que apacentase los
16 puercos. Y ansiaba hartarse con las algarrobas que

17 comían los puercos; pero nadie le daba nada. En-
tonces, volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros de
mi padre tienen sobreabundancia de pan, y yo aquí
18 perezco de hambre! Me levantaré, iré a mi padre,
y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de
19 ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme
20 como uno de tus jornaleros. Y levantóse, y vino a
su padre. Y estando todavía lejos, le vió su padre,
el cual, movido a compasión, corrió, echóse sobre su
21 cuello, y le besó con ternura. Díjole entonces el
hijo: Padre, pequé contra el cielo y delante de ti;
22 ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el
padre dijo a sus siervos: Sacad pronto el mejor ves-
tido, y ponédselo; y dadle anillo para su mano, y
23 calzado para sus pies; traed también el becerro
cebado, y matadlo, y comamos y hagamos fiesta;
24 porque este hijo mío muerto era, y ha revivido;
habíase perdido, y es hallado. Y comenzaron a hacer
25 fiesta. Entretanto, su hijo el mayor estaba en el
campo; y cuando de regreso se acercó a la casa, oyó
26 la música y las danzas; y llamando a uno de los
27 criados, le preguntó qué era aquello. Y él le res-
pondió: Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho
matar el becerro cebado, por haberle recobrado sano
28 y salvo. El entonces se enojó, y no quería entrar;
29 y saliendo su padre, le rogaba. Mas, respondiendo
a su padre, dijo: He aquí, tantos años ha que te
sirvo, sin haber desatendido jamás una orden tuya,
y a mí nunca me has dado un cabrito para hacer
30 fiesta con mis amigos; pero cuando ha venido éste
tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras,
31 has matado para él el becerro cebado. Hijo, le re-
plicó el padre, tú siempre estás conmigo, y todo lo
32 mío es tuyo. Mas era necesario hacer fiesta y re-
gocijarnos, porque este tu hermano, muerto era, y
ha revivido; habíase perdido, y es hallado.

16, 1 Dijo también Jesús a sus discípulos: Un hom-
bre rico tenía un mayordomo, que le fué delatado

2 como disipador de sus bienes. Y llamándole, le
dijo: ¿Qué es esto que oigo de ti? Rinde cuentas
de tu mayordomía, porque ya no puedes ser mayor-
3 domo. Entonces el mayordomo dijo dentro de sí:
¿Qué haré? Porque mi señor me quita la mayordo-
mía. ¿Cavar?... no tengo fuerzas; ¿mendigar?... me
4 da vergüenza. Ya sé lo que haré, para que cuan-
do sea destituído de la mayordomía, me reciban
5 en sus casas. Y llamando a cada uno de los deu-
dores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto debes a
6 mi señor? El le contestó: Cien batos[1] de aceite.
Y le dijo: Toma tu obligación, siéntate presto, y es-
7 cribe cincuenta. Luego dijo a otro: Y tú, ¿cuánto
debes? Contestóle: Cien coros[2] de trigo. Y le dijo:
8 Toma tu obligación, y escribe ochenta. Y alabó
el amo al mayordomo injusto, por haber obrado sa-
gazmente; porque los hijos de este mundo[3] son, en
sus tratos con sus semejantes,[4] más sagaces que los
9 hijos de la luz. Y yo os digo: Haceos amigos por
medio de las riquezas de injusticia, para que cuando
faltaren, se os reciba en las mansiones eternas.
10 El que es fiel en lo muy poco, también lo es en lo
mucho; y el que es injusto en lo muy poco, lo es
11 también en lo mucho. Si, pues, en las riquezas de
injusticia no habéis sido fieles, ¿quién os confiará
12 los verdaderos bienes? Y si en lo ajeno no habéis
13 sido fieles, ¿quién os dará lo nuestro?[5] Ningún
criado puede servir a dos amos, porque, o aborre-
cerá al uno y amará al otro, o será adicto al uno y
menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a
14 las riquezas. Y los fariseos, que eran avaros, es-
cuchaban todas estas cosas, y le hacían gestos de
15 burla. Y díjoles Jesús: Vosotros sois los que os
justificáis a vosotros mismos a la vista de los hom-

---

[1] V. 6. *Bato:* Medida de capacidad, equivalente a cuarenta litros.
[2] V. 7. *Coro:* Medida de áridos equivalente a 330 litros.
[3] V. 8. Gr. siglo.
[4] V. 8. Gr. *su generación.*
[5] V. 12. Var.: *vuestro.*

bres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque
lo que entre los hombres es altamente estimado, abo-
16 minación es a la vista de Dios. La Ley y los Pro-
fetas, hasta Juan; desde entonces el reino de Dios
es predicado, y cada cual entra en él a viva fuerza.
17 Empero es más fácil que el cielo y la tierra pasen,
18 que una tilde de la Ley deje de cumplirse. Todo el
que repudia a su mujer, y se casa con otra, comete
adulterio; y el que se casa con la repudiada del ma-
rido, comete adulterio.

19 Había un hombre rico, que se vestía de púrpura
y lino fino, y hacía fiesta todos los días con esplen-
20 didez. Había también un pobre, llamado Lázaro,
lleno de llagas, que estaba echado a la puerta del
21 rico, y ansiaba saciarse de lo que caía de su mesa;
22 y aun los perros venían y le lamían las llagas. Su-
cedió que murió el pobre, y fué llevado por los án-
geles al seno de Abraham. Murió también el rico, y
23 fué sepultado; y en el Hades[1] alzó sus ojos, estan-
do en tormentos, y vió de lejos a Abraham, y a Láza-
24 ro en su seno; y clamando, dijo: Padre Abraham,
ten compasión de mí, y envía a Lázaro para que
moje la punta de su dedo en agua y refresque mi
lengua; porque sufro grandes dolores en esta llama.
25 Y Abraham le contestó: Hijo, acuérdate que recibis-
te tus bienes en tu vida, y asimismo Lázaro recibió
males; mas ahora él es consolado aquí, y tú estás
26 sufriendo. Además de todo esto, entre nosotros y
vosotros está constituída una grande sima, para que
los que quisieran pasar de aquí a vosotros, no pue-
27 dan, ni de allá cruzar hasta nosotros. Dijo enton-
ces: Ruégote, pues, padre, que le envíes a la casa
28 de mi padre; porque tengo cinco hermanos, para
que les testifique solemnemente, a fin de que no ven-
29 gan ellos también a este lugar de tormento. Y Abra-
ham le respondió: A Moisés y a los Profetas tienen;

---

[1] V. 23. Véase la nota en Mat. 11: 23.

30 escúchenlos. Y él dijo: No, padre Abraham; mas
si alguno fuere a ellos de los muertos, se arrepenti-
31 rán. Y le contestó: Si no escuchan a Moisés y a los
Profetas, tampoco se persuadirán, aun cuando algu-
no se levantare de entre los muertos.

17, 1 Dijo Jesús a sus discípulos: Imposible es que
no vengan tropiezos; mas ¡ay de aquél por quien
2 vienen! Mejor le fuera que se le hubiese arrojado
al mar con una piedra de molino al cuello, que no dar
3 ocasión de caer a uno de estos pequeños. Guardaos
vosotros. Si tu hermano pecare, repréndele; y si se
4 arrepintiere, perdónale; y si siete veces al día pe-
care contra ti, y siete veces volviere diciéndote: Me
arrepiento; perdónale.
5 Dijeron los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe.
6 Y el Señor les dijo: Si tenéis fe como un grano de
mostaza, podréis decir a este moral: Desarráigate y
plántate en el mar; y os obedecerá.

7 ¿Quién de vosotros, que tenga un siervo arando
o apacentando el ganado, le dirá, cuando vuelva del
8 campo: Pasa en seguida, y ponte a la mesa? ¿No
le dirá, más bien: Aderézame algo de cenar, arre-
mángate y sírveme hasta que haya comido y bebido;
9 y después comerás y beberás tú? ¿Acaso da gra-
cias al siervo por haber hecho lo que le había sido
10 ordenado? Así también vosotros, cuando hubiereis
hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Sier-
vos inútiles somos; hemos hecho lo que debíamos
hacer.

11 Y aconteció que siguiendo Jesús su camino hacia
12 Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea; y al
entrar en una aldea, le encontraron diez hombres le-
13 prosos, los cuales se pararon de lejos, y alzaron
la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro! Ten misericordia
14 de nosotros. Al verlos Jesús, les dijo: Id, mostraos
a los sacerdotes. Y sucedió que mientras iban, fue-

15 ron limpios. Entonces uno de ellos, viendo que ha-
bía sido sanado, volvió glorificando a Dios en alta
16 voz; y cayó sobre su rostro a los pies de Jesús,
17 dándole gracias. Y éste era samaritano. Respon-
diendo Jesús, dijo: ¿No fueron limpiados los diez? Y
18 los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quién volviese
19 y diese gloria a Dios, sino este extranjero? Y le
dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

20 Interrogado Jesús por los fariseos sobre cuándo
había de venir el reino de Dios, les respondió: El
21 reino de Dios no viene de un modo visible, ni di-
rán: Helo aquí, o helo allí; porque el reino de Dios
22 entre[1] vosotros está. Entonces dijo a sus discípu-
los: Tiempo vendrá cuando anhelaréis ver uno de los
23 días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Y os di-
rán: Hele allí, o hele aquí. No vayáis ni los sigáis.
24 Porque como el relámpago, al fulgurar, resplandece
desde una parte debajo del cielo hasta la otra parte,
25 así será el Hijo del Hombre en su día. Pero es ne-
cesario que primero padezca muchas cosas, y sea
26 reprobado por esta generación. Como pasó en los
días de Noé, así será también en los días del Hijo
27 del Hombre. Comían, bebían, se casaban y eran
dados en casamiento, hasta el día en que entró Noé
en el arca; y vino el diluvio y los destruyó a todos.
28 Como sucedió en los días de Lot: comían, bebían,
29 compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el
día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fue-
30 go y azufre, y los destruyó a todos. Del mismo
modo sucederá el día en que el Hijo del Hombre sea
31 revelado. En aquel día, el que estuviere en el te-
rrado y tuviere sus cosas en casa, no descienda a
tomarlas; asimismo, el que estuviere en el campo,
32 no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot.
33 Cualquiera que procurare conservar su vida, la per-
derá; y cualquiera que la perdiere, la conservará.

---

[1] V. 21. o, *dentro de.*

34 Os digo que en aquella noche estarán dos en un le-
35 cho: el uno será tomado, y el otro dejado. Dos mu-
jeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y
37 la otra dejada.[1] Ellos entonces le preguntaron:
¿Dónde, Señor? Y él les contestó: Donde estuviere
el cuerpo, allí se juntarán también los buitres.

18, 1 Refirióles Jesús una parábola sobre la necesi-
dad que tenían de orar siempre y no desfallecer,
2 diciéndoles: Había un juez en una ciudad, el cual ni
3 temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había tam-
bién en aquella ciudad una viuda que acudía a él,
diciendo: Hazme justicia, amparándome de mi adver-
4 sario. Mas él por algún tiempo no quiso; pero des-
pués, dijo dentro de sí: Aunque no temo a Dios ni res-
5 peto a hombre, con todo, porque esta viuda me es
molesta, le haré justicia; no sea que viniendo cons-
6 tantemente, me muela. Y dijo el Señor: Oíd lo que
7 dice el juez injusto. Y Dios, ¿no hará ciertamente
justicia a sus elegidos que claman a él día y noche,
8 sin impacientarse con ellos?[2] Os digo que los vin-
dicará pronto. Sin embargo, cuando venga el Hijo
del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?

9 Dijo también a unos que confiaban en sí mismos,
como justos, y menospreciaban a los otros, esta pa-
10 rábola: Dos hombres subieron al Templo a orar: el
11 uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto
en pie, oraba consigo de esta manera: Oh Dios, te
doy gracias porque no soy como los demás hombres:
ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este pu-
12 blicano. Ayuno dos veces por semana, doy diezmos
13 de todas mis ganancias. Mas el publicano, estando
lejos, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que
golpeaba su pecho, diciendo: Oh Dios, sé propicio
14 a mí, pecador. Os digo que éste, más bien que el

---

[1] V. 35. Var. añ.: V. 36. *Dos estarán en el campo, el uno será tomado, y el otro dejado*. Mat. 24: 41.
[2] V. 7. o, *aunque tarde en responderles*.

otro, descendió a su casa justificado; porque cual-
quiera que se ensalza, será humillado; y el que se
humilla, será ensalzado.

15 Y le traían también sus niñitos para que los toca-
se, y los discípulos, al ver esto, los reprendían.
16 Mas Jesús los llamó, diciendo: Dejad a los niños ve-
nir a mí, y no se lo impidáis, porque de los que son
17 como ellos es el reino de Dios. En verdad os digo,
que el que no recibiere el reino de Dios como un
niño, no entrará en él.
18 Cierto hombre principal le hizo esta pregunta:
Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eter-
19 na? Contestóle Jesús: ¿Por qué me llamas bueno?
20 Ninguno hay bueno, sino uno solo, Dios. Los man-
damientos sabes: No cometas adulterio; no mates;
no hurtes; no digas falso testimonio; honra a tu pa-
21 dre y a tu madre. Y él repuso: Todo esto lo he
22 guardado desde mi juventud. Al oír esto Jesús, le
dijo: Aun te falta una cosa; vende todo lo que tienes
y repártelo entre los pobres, y tendrás tesoro en los
23 cielos; y ven, sígueme. Mas él, oyendo esto, se
24 puso muy triste, porque era sumamente rico. Jesús,
mirándole, dijo: ¡Cuán difícilmente entran en el reino
25 de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fá-
cil que entre un camello por el ojo de una aguja, que
26 un rico, en el reino de Dios. Los que lo oyeron,
preguntaron: ¿Quién, entonces, puede ser salvo?
27 Lo que es imposible para los hombres, repuso Jesús,
28 posible es para Dios. Y Pedro dijo: He aquí, nos-
29 otros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. De
cierto os digo, contestó Jesús, que ninguno hay que
haya dejado casa, o mujer, o hermanos, o padres, o
30 hijos, por causa del reino de Dios, que no reciba
muchísimo más en este tiempo, y en el siglo venide-
ro la vida eterna.

31 Tomando Jesús aparte a los doce, les dijo: He
aquí, subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las

cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del
32 Hombre; pues será entregado a los gentiles; será
33 escarnecido, afrentado y escupido; y después que
le hubieren azotado, le matarán; mas al tercer día se
34 levantará. Pero ellos nada comprendieron de estas
cosas, y esta expresión les era encubierta, y no en-
tendían lo que se les decía.

35 Y aconteció que acercándose Jesús a Jericó, un
ciego estaba sentado junto al camino, mendigando;
36 y al oír *el rumor de* una multitud que pasaba, em-
37 pezó a preguntar qué era aquello. Dijéronle que
38 pasaba Jesús el Nazareno. Entonces él clamó, di-
ciendo: ¡Jesús! ¡Hijo de David! ¡Ten piedad de mí!
39 Y los que iban delante le reñían, para que callase;
pero él gritaba mucho más: ¡Hijo de David! ¡Ten
40 piedad de mí! Y Jesús, deteniéndose, mandó que
se lo trajeran. Y cuando estuvo cerca, le preguntó:
41 ¿Qué quieres que te haga? Contestóle: Señor, que
42 reciba yo la vista. Recíbela, le contestó Jesús; tu
43 fe te ha salvado. Y al instante recibió la vista, y le
seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, vien-
do esto, dió alabanza a Dios.

19, 1 Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando
2 por la ciudad. Y he aquí, un varón, llamado Za-
3 queo, que era jefe de los publicanos, y rico, procu-
raba ver a Jesús, para conocerle,[1] y no podía, a cau-
sa de la multitud, porque era pequeño de estatura.
4 Y corriendo adelante, se subió a un sicómoro para
5 verle; porque había de pasar por allí. Al llegar Je-
sús a aquel lugar, alzando los ojos, le dijo: Zaqueo,
date prisa, desciende, porque hoy me es necesario
6 posar en tu casa. El, entonces, bajó aprisa y le re-
7 cibió gozoso. Al ver esto, todos murmuraban entre
sí, diciendo: Ha entrado a alojarse en casa de un
8 hombre pecador. Mas Zaqueo, puesto en pie, dijo

---

[1] V. 3. Gr. *quién era.*

al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy
a los pobres, y si en algo he defraudado a alguien,
9 lo restituyo cuadruplicado. Díjole Jesús: Hoy ha
venido la salvación a esta casa; puesto que él tam-
10 bién es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hom-
bre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.
11 Estando las gentes escuchando estas cosas, prosi-
guió Jesús diciendo una parábola, porque se hallaba
cerca de Jerusalén, y suponían que el reino de Dios
12 iba inmediatamente a aparecer. Dijo, pues: Cierto
hombre, de noble estirpe, marchó a un país lejano
13 para recibir la investidura real, y volver. Y lla-
mando a diez siervos suyos, les dió diez minas,[1] y
14 les dijo: Negociad en tanto que vengo. Mas sus
conciudadanos le aborrecian, y enviaron una emba-
jada tras él, diciendo: No queremos que éste reine
15 sobre nosotros. Cuando regresó, después de haber
recibido la investidura real, mandó llamar a aquellos
siervos a quienes había dado el dinero, para saber lo
16 que había negociado cada uno. El primero se pre-
sentó, diciendo: Señor, tu mina ha producido de ga-
17 nancia diez minas. Bien, buen siervo, le dijo; por
cuanto has sido fiel en lo muy poco, ten autoridad
18 sobre diez ciudades. Vino el segundo, diciendo:
19 Señor, tu mina ha producido cinco minas. A éste
dijo igualmente: Tú también sé sobre cinco ciudades.
20 Y otro vino diciendo: Señor, he aquí tu mina, que
21 tenía guardada en un pañuelo; pues tenía miedo de
ti, porque eres hombre severo, que recoges lo que
22 no pusiste, y siegas lo que no sembraste. Respon-
dióle *su señor:* Por tu boca te juzgaré, siervo mal-
vado. ¿Sabías que soy hombre severo, que recojo lo
23 que no puse y siego lo que no sembré? ¿Por qué,
pues, no pusiste mi dinero en el banco? Entonces yo
a mi venida lo hubiera demandado con el interés.
24 Dijo, entonces, a los presentes: Quitadle la mina y
25 dadla al que tiene diez minas. Y ellos contestaron:

---

[1] V. 13. *Mina:* veinte duros o pesos próximamente.

26 Señor, tiene diez minas. Os digo que a todo el que
tiene, le será dado; mas al que no tiene, aun lo que
27 tiene, le será quitado. Y en cuanto a aquellos ene-
migos míos, que no quisieron que yo reinase sobre
ellos, traedlos acá, y degolladlos en mi presencia.

28 Dicho esto, iba delante, subiendo a Jerusalén;
29 y cuando se acercó a Betfagé y Betania, *estando*
ya en el monte que se llama del Olivar, envió a dos
30 de sus discípulos, diciéndoles: Id a la aldea que
está enfrente; y al entrar en ella, hallaréis un pollino
atado, en el cual nadie ha montado aún; desatadlo y
31 traedlo. Y si alguien os preguntare ¿por qué lo
desatáis?, le responderéis así: El Señor lo ha menes-
32 ter. Fueron los enviados y hallaron tal como les ha-
33 bía dicho. Y cuando desataban el pollino, sus due-
34 ños les dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino? Ellos
35 contestaron: El Señor lo ha menester. Y trajéron-
lo a Jesús; y echando sus mantos sobre el pollino,
36 subieron a Jesús en él. Y a medida que él avanza-
37 ba, tendían sus capas por el camino. Cuando ya se
aproximaba *a Jerusalén,* cerca de la bajada del
monte de los Olivos, toda la compañía de los discí-
pulos, gozándose, comenzaron a alabar a Dios en
alta voz por todos los milagros que habían visto,
38 diciendo:

¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!
¡Paz en el cielo, y gloria en las alturas!

39 Algunos de los fariseos, de entre la multitud, le di-
40 jeron: Maestro, reprende a tus discípulos. Y él les
contestó: Os digo que si éstos callan, las piedras
41 clamarán. Cuando estuvo cerca, al ver la ciudad,
42 lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si tú misma supie-
ras, en este día, las cosas que traen paz! Pero ahora
43 están ocultas a tus ojos. Porque te sobrevendrán
días cuando tus enemigos levantarán trincheras en
torno tuyo, te cercarán y estrecharán por todas par-
44 tes; te derribarán, y a tus hijos dentro de ti; y
no dejarán en ti piedra sobre piedra; por cuanto no

45 conociste el tiempo de tu visitación. Y habiendo
entrado Jesús en el Templo, comenzó a echar fuera
46 a los que vendían, diciéndoles: Escrito está:
«Mi casa será casa de oración;»[1]
mas vosotros la habéis hecho «cueva de ladrones.»[2]

47 Y día tras día enseñaba en el Templo; mas los
principales sacerdotes y los escribas, como también
48 los principales del pueblo, procuraban matarle; pero
no hallaban modo de hacerlo, porque todo el pueblo
estaba suspenso, oyéndole.

20, 1 Sucedió en uno de aquellos días que, ense-
ñando Jesús al pueblo en el Templo, y anunciando
el evangelio, se presentaron los principales sacerdo-
2 tes y los escribas, con los ancianos, y le hablaron di-
ciendo: Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas,
3 o quién es el que te dió esta autoridad? Respondió-
les: Yo también os preguntaré una cosa; contestad-
4 me: El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los
5 hombres? Mas ellos discurrieron dentro de sí, di-
ciendo: Si dijéremos, del cielo; dirá: ¿Por qué, pues,
6 no le creísteis? Y si dijéremos, de los hombres;
todo el pueblo nos apedreará; porque están persua-
7 didos de que Juan era profeta. Y le contestaron
8 que no sabían de dónde fuese. Díjoles Jesús: Ni yo
os digo con qué autoridad hago estas cosas.

9 Entonces empezó a decir al pueblo esta parábola:
Un hombre plantó una viña, la arrendó a unos labra-
dores, y se ausentó de su país por una larga tempo-
10 rada. Y al tiempo debido, envió un siervo a los
labradores para que le diesen del fruto de la viña;
mas los labradores, después de apalearle, le despi-
11 dieron con las manos vacías. Volvió a enviar otro
siervo; mas ellos también apalearon a éste, y des-

---

[1] V. 46. Is. 56: 7. [2] Jer. 7: 11.

pués de haberle afrentado, le despidieron con las
12 manos vacías. Y volvió a enviar un tercero; mas
13 también a éste le hirieron y le echaron fuera. Entonces dijo el dueño de la viña: ¿Qué haré? Enviaré a
14 mi hijo, el amado; quizás le tendrán respeto. Pero
los labradores, al verle, discurrían entre sí, diciendo:
Este es el heredero; matémosle, para que la heren-
15 cia sea nuestra. Y habiéndole echado fuera de la
viña, le mataron. ¿Qué, pues, les hará el dueño de
16 la viña? Vendrá, destruirá a estos labradores, y
dará la viña a otros. Ellos, al oír esto, dijeron: ¡Nun-
17 ca tal suceda! Mas él, mirándolos, dijo: ¿Qué, pues,
quiere decir esto que está escrito:

«La piedra que desecharon los edificadores,
ésta ha venido a ser la piedra angular»?[1]

18 Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará.

19 Los escribas y los principales sacerdotes procuraron echar mano a Jesús en aquella misma hora; porque entendieron que por ellos había dicho esta pará-
20 bola; pero temieron al pueblo. Y acechándole,
enviaron espías que se fingiesen hombres justos, a
fin de sorprenderle en alguna de sus palabras, para
21 entregarle al poder y autoridad del gobernador. Y
le preguntaron, diciendo: Maestro, sabemos que tú
dices y enseñas lo recto, y no haces acepción de
personas, sino que, conforme a la verdad, enseñas el
22 camino de Dios. ¿Es lícito que nosotros demos el
23 tributo a César, o no? El, comprendiendo la astu-
24 cia de ellos, les dijo: Mostradme un denario. ¿De
quién es la imagen y la inscripción que lleva? Ellos
25 le contestaron: De César. Entonces les dijo: Pues
bien, pagad a César lo que es de César; y a Dios lo
26 que es de Dios. Y no pudieron sorprenderle en palabra alguna en presencia del pueblo; así que, maravillados de su respuesta, callaron.

---

[1] V. 17. Sal. 118: 22.

27 Llegándose entonces algunos saduceos, los cua-
les sostienen que no hay resurrección, le hicieron
28 esta pregunta: Maestro, Moisés nos dejó escrito:
«Si el hermano de alguno, teniendo mujer,
muriere sin hijos, su hermano tome la mu-
jer, y levante sucesión a su hermano.»[1]
29 30 Hubo, pues, siete hermanos; el primero tomó mujer,
31 y murió sin dejar hijos. Y el segundo, y el tercero
la tomaron; y así los siete, sin dejar hijos a su muer-
32 33 te. Finalmente, murió también la mujer. Ahora
bien, en la resurrección, ¿de cuál de ellos será mu-
34 jer?, porque los siete la tuvieron por esposa. Y Je-
sús les dijo: Los hijos de este siglo se casan y son
35 dados en casamiento; mas los que sean juzgados
dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de
entre los muertos, ni se casan ni son dados en casa-
36 miento; porque no pueden ya más morir, pues
son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios
37 al ser hijos de la resurrección. Y en cuanto a que
los muertos han de resucitar, aun Moisés lo dió a
entender en *el pasaje de* la zarza,[2] cuando llama al
Señor:
«Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de
Jacob.»
38 Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; porque
39 para él todos viven. Algunos escribas repusieron:
40 Maestro, has dicho bien. Y ya no se atrevían a
preguntarle nada.
41 Mas Jesús les dijo: ¿Cómo dicen que el Cristo es
42 hijo de David? Porque el mismo David dice en el
libro de los Salmos:
«Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra,
43 hasta que ponga a tus enemigos
por escabel de tus pies.»[3]

---

[1] V. 28. Deut. 25: 5.
[2] V. 37. Ex. 3: 6.
[3] Vs. 42 y 43. Sal. 110: 1.

44 David, pues, le llama Señor, ¿cómo, entonces, es
su hijo?

45 Y a oídos de todo el pueblo, dijo a sus discípulos:
46 Guardaos de los escribas, que quieren andar con ro-
pas talares, y aman las salutaciones en las plazas,
los primeros sitiales en las sinagogas y los asientos
47 de honor en las cenas; que devoran las casas de las
viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos
recibirán mayor condenación.
21, 1 Y alzando Jesús los ojos, vió a los ricos que
2 echaban sus dones en el arca de las ofrendas. Vió
también a una viuda indigente echar allí dos blancas,
3 y dijo: En verdad os digo, que esta viuda, tan po-
4 bre como es, echó más que todos; porque todos és-
tos han echado para las ofrendas, de lo que les sobra;
mas ésta, de su escasez, ha echado todo el sustento
que tenía.

5 Hablando algunos acerca del Templo, que estaba
6 adornado de hermosas piedras y dones, dijo: En
cuanto a estas cosas que contempláis, días vendrán
en que no será dejada piedra sobre piedra que no
7 haya de ser derribada. Entonces le preguntaron,
diciendo: Maestro, ¿cuándo será esto? Y cuando
estas cosas estén para suceder, ¿qué señal habrá?
8 Y él les contestó: Mirad, que no seáis engañados;
porque vendrán muchos y tomarán mi nombre, di-
ciendo: Yo soy *el Cristo;* y: El tiempo está cerca.
9 No vayáis en pos de ellos. Y cuando oyereis de
guerras y desórdenes, no os alarméis; porque es ne-
cesario que primero sucedan estas cosas; mas el fin
10 no será inmediatamente. Entonces les dijo: Se le-
vantará nación contra nación, y reino contra reino;
11 habrá grandes terremotos, y pestilencias y hambres
en diversos lugares, y espantos y grandes señales
12 del cielo. Pero antes de todas estas cosas os echa-
rán mano, y os perseguirán, entregándoos a las si-
nagogas y cárceles, y os conducirán ante reyes y

13 gobernadores, por causa de mi nombre. Y esto os
14 servirá para dar testimonio. Por tanto, proponeos
en vuestros corazones no premeditar lo que habéis
15 de responder en vuestra defensa; porque yo os
daré palabra[1] y sabiduría, que no podrá resistir ni
16 contradecir ninguno de vuestros adversarios. Y se-
réis entregados aun por vuestros padres, y herma-
nos, y parientes, y amigos; y harán morir a algunos
17 de vosotros. Y seréis odiados de todos a causa de
18 mi nombre. Mas ni un cabello de vuestra cabeza
19 perecerá. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras
20 almas. Mas cuando viereis a Jerusalén cercada por
ejércitos, sabed que su asolamiento está próximo.
21 Entonces los que estuvieren en Judea, huyan a los
montes; y los que en medio de Jerusalén, retírense;
22 y los que en los campos, no entren en ella. Porque
días de hacer justicia son éstos, para que se cumplan
23 todas las cosas que están escritas. ¡Ay de las que
estén encinta y de las que críen en aquellos días!,
porque habrá gran miseria sobre la tierra e ira para
24 este pueblo; y caerán a filo de espada, y serán lle-
vados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será
hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de és-
25 tos se cumplan. Y habrá señales en el sol, en la
luna y en las estrellas, y angustia sobre la tierra en-
tre las naciones, perplejas a causa del bramido del
26 mar y de sus ondas; desmayando los hombres por
el temor y la expectación de lo que ha de venir sobre
el mundo habitado; porque las potencias de los cielos
27 serán conmovidas. Entonces verán venir al Hijo del
28 Hombre, en una nube, con poder y gran gloria. Mas
cuando estas cosas comenzaren a suceder, erguíos
y alzad vuestras cabezas, porque vuestra redención
se acerca.
29 También les dijo un símil: Ved la higuera y todos
30 los árboles. Cuando ya brotan sus hojas, al verlo,
conocéis por vosotros mismos que el verano ya está

---

[1] V. 15. Gr. *boca*.

31 cerca. Así también vosotros, cuando viereis que
suceden estas cosas, conoced que está cerca el reino
32 de Dios. En verdad os digo, que no pasará esta
33 generación hasta que todo haya sucedido. El cielo
y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.
34 Mirad por vosotros mismos, no sea que vuestros co-
razones se carguen de crápula, y embriaguez, y de
los cuidados de esta vida, y os sobrevenga inespe-
35 radamente aquel día como un lazo; porque vendrá
sobre todos los que habitan sobre la haz de toda la
36 tierra. Velad, pues, en todo tiempo y suplicad que
logréis escapar de todas estas cosas que han de su-
ceder, y estar en pie delante del Hijo del Hombre.

37 Y estaba Jesús de día en el Templo enseñando, y
luego, saliendo, pernoctaba en el monte llamado del
38 Olivar. Y todo el pueblo madrugaba para acudir a
él, a oírle en el Templo.

22, 1 Acercábase la fiesta de los Ázimos, llamada
2 la Pascua, y los principales sacerdotes y los escri-
bas buscaban el medio de matar a Jesús, porque te-
3 mían al pueblo. Y Satanás entró en Judas, llamado
4 Iscariote, que era del número de los doce, el cual
fué y trató con los principales sacerdotes y los jefes
de la guardia del Templo de cómo les entregaría
5 a Jesús. Ellos se gozaron y convinieron en darle
6 dinero. Y él aceptó, y buscaba oportunidad para
entregárselo sin estar presente la multitud.

7 Llegó el día de los Ázimos, en que era necesario
8 sacrificar la Pascua; y *Jesús* envió a Pedro y a
Juan, diciendo: Id, y preparadnos la Pascua, para
9 que la comamos. Ellos le preguntaron: ¿Dónde
10 quieres que hagamos los preparativos? Y él les con-
testó: He aquí, al entrar en la ciudad os encontrará
un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle
11 hasta dentro de la casa en que entre, y diréis al
dueño de ella: El Maestro te dice: ¿Dónde está el

aposento en que coma la Pascua con mis discípulos?
12 El, entonces, os mostrará un gran aposento, arriba,
13 ya dispuesto; haced allí los preparativos. Fuéron-
se, pues, y hallaron tal como él les había dicho; y
prepararon la Pascua.

14 Llegada la hora, púsose a la mesa, y con él los
15 apóstoles, y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con
16 vosotros esta Pascua, antes que padezca!, porque
os digo que no la comeré más, hasta que tenga su
17 cumplimiento en el reino de Dios. Y habiendo re-
cibido la copa, dió gracias, y dijo: Tomad esto, y
18 repartidlo entre vosotros; porque os digo que des-
de ahora no beberé del fruto de la vid, hasta que
19 haya venido el reino de Dios. Y habiendo tomado
pan, dió gracias, lo partió, y diólo a ellos, diciendo:
Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado;[1] haced
20 esto en memoria de mí. Hizo lo mismo con la copa,
después que hubo cenado, diciendo: Esta copa es el
nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros es de-
21 rramada.[1] Empero he aquí, la mano del que me en-
22 trega está conmigo, en la mesa; porque, a la ver-
dad, el Hijo del Hombre va su camino, según está
determinado; mas ¡ay de aquel hombre por quien es
23 entregado! Entonces comenzaron a discutir entre
sí, quién de ellos sería el que iba a hacer esto.

24 También se suscitó entre ellos una disputa sobre
quién de ellos había de ser considerado el mayor.
25 Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se ense-
ñorean de ellas, y los que sobre ellas ejercen autori-
26 dad son llamados bienhechores. Mas vosotros no *se-
réis* así; antes el mayor entre vosotros, hágase como
el más joven, y el que preside, como el que sirve.
27 Porque ¿quién es mayor, el que se sienta a la mesa
o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa?

---

[1] Vs. 19 y 20. Var. om.: *que por vosotros es dado... que por vosotros es derramada.*

R.D.

28 Mas yo soy entre vosotros como el que sirve. Vos-
otros, empero, sois los que habéis permanecido con-
29 migo en mis pruebas. Y yo os asigno un reino, así
30 como el Padre me lo asignó a mí, para que comáis
y bebáis a mi mesa en mi reino; y os sentaréis sobre
tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

31 Simón, Simón, he aquí, Satanás os ha pedido para
32 zarandearos como a trigo. Pero yo he suplicado
por ti, que tu fe no desfallezca; y tú, una vez vuel-
33 to en ti, confirma a tus hermanos. Señor, con-
testó Simón, contigo estoy dispuesto a ir lo mismo
34 a la cárcel que a la muerte. Repuso Jesús: Pedro,
te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú ha-
35 yas negado tres veces que me conoces. Preguntó-
les entonces: Cuando os envié sin bolsa, ni alforja,
ni calzado, ¿acaso os faltó algo? Y ellos le contesta-
36 ron: Nada. Y les dijo: Ahora, por el contrario, el
que tenga bolsa, tómela, y también la alforja; y el
que no tenga, venda su manto, y compre una espa-
37 da. Porque os digo que es necesario que se cum-
pla en mí esto que está escrito:
«Y con los transgresores fué contado;»[1]
y en efecto, lo concerniente a mí se está cumplien-
38 do. Y le dijeron: Señor, he aquí dos espadas. Y él
39 contestó: Basta. Saliendo, encaminóse, como solía,
al monte de los Olivos, y los discípulos también le
40 siguieron. Y como llegó al lugar, les dijo: Orad
41 que no entréis en tentación. Y él se apartó de ellos
como un tiro de piedra, y puesto de rodillas, oraba,
42 diciendo: Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz;
43 empero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y le
44 apareció un ángel del cielo, confortándole. Y so-
breviniéndole una grande angustia, oraba con más
vehemencia; y fué su sudor como gruesas gotas
45 de sangre, que caían sobre la tierra.[2] Cuando se

[1] V. 37. Is. 53: 12.
[2] Vs. 43 y 44. Var. om. los Vs. 43 y 44.

levantó de orar, y vino a los discípulos, hallólos dur-
46 miendo de tristeza, y les dijo: ¿Por qué dormís?
Levantaos, y orad para que no entréis en tentación.
47 Estando todavía hablando, he aquí una turba; y el
que se llamaba Judas, uno de los doce, venía al fren-
48 te de ellos, y se acercó a Jesús para besarle. Judas,
le dijo Jesús, ¿con un beso entregas al Hijo del Hom-
49 bre? Y los que rodeaban a Jesús, viendo lo que iba
a suceder, le dijeron: Señor, ¿acometeremos a espa-
50 da? Y uno de ellos asestó un golpe al siervo del
51 sumo sacerdote, y le quitó la oreja derecha. Jesús,
respondiendo, dijo: Sufrid aún esto. Y tocándole al
52 siervo la oreja, le sanó. Y dijo Jesús a los princi-
pales sacerdotes, a los jefes *de la guardia* del Tem-
plo y a los ancianos, que habían venido contra él:
¿Habéis salido con espadas y palos, como contra un
53 ladrón? Estando con vosotros día tras día en el
Templo, no extendisteis las manos contra mí; pero
vuestra es esta hora y la potestad de las tinieblas.

54 Habiéndole prendido, le condujeron a la casa del
55 sumo sacerdote. Y Pedro le seguía de lejos. Y ha-
biendo ellos encendido fuego en medio del patio,
sentáronse alrededor; y Pedro estaba sentado entre
56 ellos, cuando una criada, viéndole sentado al fue-
go, fijóse en él, y dijo: Este también estaba con él.
57 Mas él lo negó, diciendo: Mujer, no le conozco.
58 Poco después, viéndole otro, dijo: Tú también eres de
59 ellos. Hombre, no lo soy, respondió Pedro. Trans-
currida cerca de una hora, otro afirmaba porfiada-
mente: Este, por cierto, también estaba con él, por-
60 que es galileo. Pedro replicó: Hombre, no sé lo
que dices. Y al momento, hablando él aún, cantó un
61 gallo. Entonces, volviéndose el Señor, miró a Pe-
dro. Y Pedro se acordó de las palabras del Señor,
que le había dicho: Antes que el gallo cante hoy, me
62 negarás tres veces. Y saliendo fuera Pedro, lloró
amargamente.
63 Y los hombres que custodiaban a Jesús, le escar-

64 necían y le golpeaban; y vendándole los ojos, le
preguntaban, diciendo: Profetiza, ¿quién es el que
65 te ha herido? Y le decían otras muchas cosas in-
66 juriándole. Cuando fué de día, se reunió el consejo
de los ancianos del pueblo con los principales sacer-
dotes y los escribas, y le condujeron a su Sanedrín,
67 y le dijeron: Si tú eres el Cristo, dínoslo. El les con-
68 testó: Si os lo dijere, no me creeréis; y si os pre-
69 guntare, no me responderéis. Pero desde ahora el
Hijo del Hombre estará sentado a la diestra del Po-
70 der de Dios. Y todos le preguntaron: ¿Luego tú
eres el Hijo de Dios? Vosotros lo decís, porque lo
71 soy, les contestó. Mas ellos dijeron: ¿Qué necesi-
dad tenemos ya de testimonio?, porque nosotros mis-
mos lo hemos oído de su boca.

23, 1 Levantóse entonces toda la asamblea de ellos,
2 y condujeron a Jesús a la presencia de Pilatos. Y
comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos ha-
llado pervirtiendo a nuestra nación, prohibiendo dar
tributo a César, y diciendo que él mismo es el Cris-
3 to, un rey. Entonces Pilatos le preguntó: ¿Eres tú
el rey de los judíos? Jesús, respondiendo, le dijo:
4 Tú lo dices. Y Pilatos dijo a los principales sacer-
dotes y a la multitud: No hallo ningún delito en este
5 hombre. Mas ellos insistían, diciendo: Perturba al
pueblo por toda Judea con sus enseñanzas, comen-
6 zando desde Galilea hasta aquí. Al oír esto Pilatos,
7 preguntó si el hombre era galileo. Y cerciorado
de que Jesús era de la jurisdicción de Herodes, lo
remitió a éste, que en aquellos días estaba también
8 en Jerusalén. Herodes, viendo a Jesús, se gozó en
extremo; porque hacía mucho tiempo que quería ver-
le, pues había oído hablar de él, y esperaba verle
9 hacer algún milagro. Así que le preguntaba con
muchísimas palabras; pero Jesús nada le respondió.
10 Y los principales sacerdotes y los escribas estaban
11 allí, acusándole con vehemencia. Entonces Hero-

des, con los soldados de su guardia, le menospreció,
y escarneció, y vistiéndole una ropa espléndida, le
12 volvió a enviar a Pilatos. Y se hicieron amigos He-
rodes y Pilatos aquel mismo día; porque antes esta-
ban enemistados entre sí.
13 Pilatos, convocando entonces a los principales
14 sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo:
Me habéis traído a este hombre, como perturbador
del pueblo; y he aquí, yo le he interrogado en vues-
tra presencia, y no he hallado en él ningún delito de
51 los que le acusáis, ni tampoco Herodes; porque
nos lo ha devuelto,[1] y he aquí, nada digno de muer-
16 te ha hecho. Por lo tanto, le soltaré después de
18 castigarle.[2] Y toda la multitud prorrumpió en un
grito unánime, diciendo: ¡Fuera con éste!, y suélta-
19 nos a Barrabás. (Barrabás había sido encarcelado
por una sedición ocurrida en la ciudad, y por un ase-
20 sinato.) Y Pilatos, queriendo soltar a Jesús, les di-
21 rigió otra vez la palabra; mas ellos le decían a
22 gritos: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ¿Por qué?, les
dijo por tercera vez, ¿qué mal ha hecho éste? No he
hallado causa de muerte en él; le castigaré, pues,
23 y le soltaré. Mas ellos insistían, pidiendo a gran-
des voces que fuese crucificado. Y el vocerío de
24 ellos prevaleció. Y Pilatos sentenció que se hicie-
25 ra lo que pedían, y les soltó al que había sido en-
carcelado por sedición y asesinato, al cual pedían, y
entregó a Jesús a la voluntad de ellos.

26 Y cuando le llevaron de allí *para crucificarle,*
echaron mano de cierto hombre de Cirene, llamado
Simón, que venía del campo, y le cargaron la cruz
27 para que la llevase tras Jesús. Y le seguía una
grande multitud del pueblo, y de mujeres, las cuales
28 se golpeaban el pecho y lamentaban por él. Mas
Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: Hijas de Je-

---

[1] V. 15. Var.: *os envié a él.*
[2] V. 16. Var. añ. el V. 17: *Porque tenía la obligación de soltarles un preso en cada fiesta.*

rusalén, no lloréis por mí; sino llorad por vosotras
29 mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vie-
nen días en que se dirá: Bienaventuradas las estéri-
les, y los vientres que no concibieron, y los pechos
30 que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los
montes: Caed sobre nosotros; y a las colinas: Cu-
31 bridnos. Porque si en el árbol verde hacen estas
32 cosas, ¿qué no se hará en el seco? Y conducían
otros dos, que eran malhechores, para ser muertos
33 con él. Y cuando llegaron al lugar que se llama de
la Calavera,[1] le crucificaron allí, y a los malhecho-
34 res, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y decía
Jesús: Padre, perdónalos, pues no saben lo que ha-
cen.[2] Y repartieron entre sí sus vestidos, echando
35 suertes. El pueblo estaba allí mirando, y hasta los
magistrados hacían gestos de burla, y le decían: A
otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo
36 de Dios, el escogido. Los soldados también le es-
37 carnecían, acercándose, ofreciéndole vinagre, y di-
ciendo: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti
38 mismo. Y había un título sobre su cabeza:

ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.

39 Uno de los malhechores que estaban colgados, le
injuriaba, diciendo: ¿No eres tú el Cristo? Sálvate a
40 ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, le re-
prendió, diciendo: ¿Ni siquiera temes a Dios, tú que
41 sufres la misma condena? Nosotros, en verdad, *la
sufrimos* justamente, porque estamos recibiendo la
recompensa de nuestros hechos; pero éste ningún
42 mal hizo. Y dijo: Jesús, acuérdate de mí cuando
43 entres[3] en tu reino. De cierto te digo, le contestó
44 Jesús, que hoy estarás conmigo en el Paraíso. Era
ya cerca de la hora de sexta, y hubo tinieblas sobre

---

[1] V. 33. o, *Calvario.*
[2] V. 34. Var. om.: *Y decía Jesús: Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen.*
[3] V. 42. Var.: *vengas.*

45 toda la tierra hasta la hora de nona, faltando la luz
del sol; y el velo del Santuario se rasgó por medio.
46 Y clamando Jesús a gran voz, dijo: Padre, en tus
manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho
47 esto, expiró. Al ver el centurión lo que había su-
cedido, glorificaba a Dios, diciendo: Verdaderamen-
48 te este hombre era un justo. Y todas las gentes
que se habían reunido a presenciar este espectáculo,
habiendo visto lo sucedido, se volvían golpeando sus
49 pechos. Mas todos sus conocidos, y las mujeres
que le habían seguido desde Galilea, permanecían
lejos mirando estas cosas.

50 Y he aquí un miembro del Sanedrín, llamado José,
51 varón bondadoso y justo, que no había consentido
en el consejo ni en el proceder de los demás, *oriun-*
do de Arimatea, ciudad de los judíos, el cual espe-
52 raba el reino de Dios, fué a Pilatos, y le pidió el
53 cuerpo de Jesús. Y bajándolo, lo envolvió en un
lienzo fino y lo puso en un sepulcro labrado en la
54 peña, donde nadie había sido puesto aún. Era el
55 día de la Preparación, y el sábado se acercaba. Y
las mujeres que habían venido con él desde Galilea,
siguieron de cerca, y se fijaron en el sepulcro y en
56 cómo fué puesto el cuerpo de Jesús; y volviéndose,
prepararon aromas y ungüentos.

Y descansaron el sábado, según el mandamiento;
24, 1 mas el primer día de la semana, al romper el
alba, vinieron al sepulcro, trayendo los aromas que
2 habían preparado; y encontraron que la piedra ha-
3 bía sido removida del sepulcro; y entrando, no ha-
4 llaron el cuerpo del Señor Jesús.[1] Estando perple-
jas por esto, he aquí se les presentaron dos varones
5 con vestiduras resplandecientes; y cuando, ame-
drentadas, inclinaban sus rostros a tierra, ellos les
dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que

[1] V. 3. Var. om.: *del Señor Jesús.*

6 vive? No está aquí, sino que ha resucitado.[1] Acor-
7 daos cómo os habló estando aún en Galilea, cuando
dijo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea en-
tregado en manos de pecadores, que sea crucificado
8 y que resucite al tercer día. Ellas, entonces, se
9 acordaron de sus palabras, y volviendo del sepul-
cro,[2] anunciaron todas estas cosas a los once, y a
10 todos los demás. Eran María Magdalena, Juana, y
María, *madre* de Jacobo, y las demás mujeres con
ellas, *las que* referían estas cosas a los apóstoles.
11 Mas a ellos les pareció desvarío; y no les daban cré-
12 dito. Pedro, no obstante, se levantó y corrió al se-
pulcro, e inclinándose, vió los lienzos solos; y se fué
a casa, maravillándose de lo que había sucedido.[3]

13 Y he aquí, dos de los discípulos iban aquel mismo
día a una aldea llamada Emaus, distante de Jerusa-
14 lén sesenta estadios. E iban platicando entre sí de
15 todas estas cosas que habían acaecido. Y mientras
platicaban y discutían, Jesús mismo se acercó y ca-
16 minaba con ellos. Mas los ojos de ellos estaban
17 embargados para que no le reconocieran. Y pre-
guntóles: ¿Qué pláticas son éstas que tenéis mien-
tras vais de camino? Y ellos se detuvieron con los
18 rostros entristecidos. Uno de ellos, llamado Cleo-
pas, le respondió: ¿Eres tú el único forastero, que
viviendo en Jerusalén, no sabes lo que en ella ha
19 sucedido en estos días? ¿Qué cosas?, les preguntó.
Y ellos le respondieron: Lo referente a Jesús el Na-
zareno, que fué profeta, poderoso en obra y en pa-
20 labra, delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo
le entregaron los principales sacerdotes y nuestros
magistrados para ser sentenciado a muerte, y le cru-
21 cificaron. Mas nosotros esperábamos que él era el
que había de redimir a Israel; y ahora, además de
todo esto, ya es el tercer día desde que sucedieron

[1] V. 6. Var. om.: *No está aquí, sino que ha resucitado.*
[2] V. 9. Var. om.: *del sepulcro.*
[3] V. 12. Var. om. el V. 12.

22 estas cosas. Sin embargo, algunas mujeres de los
nuestros nos han dejado atónitos, pues fueron al
23 amanecer al sepulcro, y no hallando el cuerpo de
Jesús, vinieron declarando que también habían visto
una aparición de ángeles, anunciándoles que él vive.
24 Y algunos de nuestros compañeros fueron al sepul-
cro y hallaron las cosas tal como las mujeres habían
25 dicho; mas a él no le vieron. Entonces Jesús les
dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer
26 todo lo que hablaron los profetas! ¿No era necesa-
rio que el Cristo padeciera estas cosas, y entrara en
27 su gloria? Y comenzando desde Moisés y *siguien-*
do por todos los profetas, les interpretó en todas las
28 Escrituras, lo que a él mismo se refería. Cuando
se acercaron a la aldea adonde se dirigían, él hizo
29 como que iba más lejos. Pero ellos le constriñeron
a detenerse, diciendo: Quédate con nosotros, por-
que se hace tarde y el día ya ha declinado. Entró,
30 pues, para quedarse con ellos. Y cuando se hubo
puesto a la mesa con ellos, tomó el pan, *lo* bendijo,
31 lo partió, y se lo dió a ellos. Entonces fueron abier-
tos sus ojos, y le reconocieron; mas él desapareció
32 de la vista de ellos. Y dijéronse el uno al otro: ¿No
ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos ha-
33 blaba en el camino y nos abría las Escrituras? Y le-
vantándose en aquella misma hora, se volvieron a Je-
rusalén, y encontraron congregados a los once y a
34 sus compañeros, que decían: El Señor ha resucita-
35 do verdaderamente, y ha aparecido a Simón. Ellos
también relataban lo que había pasado en el camino,
y cómo le reconocieron al partir el pan.

36 Y estando ellos hablando aún de esto, Jesús se
puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros.[1]
37 Mas ellos, alarmados y llenos de pavor, creían estar
38 viendo un espíritu. Y él les dijo: ¿Por qué estáis
turbados, y por qué surgen tales dudas en vuestros

[1] V. 36. Var. om.: *y les dijo: Paz a vosotros.*

39 corazones? Mirad mis manos y mis pies, que yo
mismo soy; palpadme y mirad, porque un espíritu ni
40 tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Ha-
biendo dicho esto, les mostró las manos y los pies.[1]
41 No creyéndolo todavía ellos de gozo, y estando ma-
42 ravillados, díjoles: ¿Tenéis aquí algo de comer? Y
43 ellos le presentaron parte de un pez asado.[2] En-
tonces Jesús lo tomó y comió en presencia de ellos.
44 Después les dijo: Estas son mis palabras que os ha-
blé, estando aún con vosotros, que era necesario
que se cumpliesen todas las cosas escritas en la Ley
de Moisés, y en los Profetas y Salmos, referentes a
45 mí. Entonces les abrió sus mentes para que enten-
46 diesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito
que el Cristo padeciese y resucitase de entre los
47 muertos al tercer día, y que se predicase en su
nombre el arrepentimiento para[3] remisión de peca-
dos a todas las naciones, comenzando desde Jeru-
48 salén. Vosotros sois testigos de estas cosas.[4]
49 Y he aquí, yo envío sobre vosotros la promesa del
Padre; mas vosotros quedaos en la ciudad hasta que
seáis investidos de poder de lo alto.

50 Después los condujo *Jesús* fuera, frente a Beta-
51 nia; y alzando sus manos, los bendijo. Y mientras
los bendecía, se separó de ellos y fué llevado arriba
52 al cielo.[5] Ellos le adoraron y[6] se volvieron a Jeru-
53 salén con gran gozo; y estaban de continuo en el
Templo bendiciendo a Dios.

---

[1] V. 40. Var. om. el V. 40.
[2] V. 42. Var. añ.: *y un panal de miel.*
[3] V. 47. Var.: *y.*
[4] Vs. 47 y 48. o, *naciones. Comenzando desde Jerusalén, vosotros seréis testigos de estas cosas.*
[5] V. 51. Var. om.: *y fué llevado arriba al cielo.*
[6] V. 52. Var. om.: *le adoraron y.*

EL EVANGELIO

SEGÚN

SAN JUAN

1, 1 En el principio era el Verbo, y el Verbo era con
2 Dios, y el Verbo era Dios. El era en el principio
3 con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio
4 de él; y nada de lo que existe fué hecho sin él. En
él estaba la vida, y la vida era la luz de los hom-
5 bres. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas
no prevalecieron contra ella.[1]
6 Hubo un hombre enviado de Dios, llamado Juan.
7 Este vino como testigo, para dar testimonio de la
luz, a fin de que por medio de él creyesen todos.
8 No era él la luz, sino *que vino* para dar testimonio
9 de la luz. La luz verdadera era la que, entrando
10 en el mundo, alumbra a todo hombre.[2] En el mundo
estaba *el Verbo,* y el mundo fué hecho por medio
11 de él; y el mundo no le conoció. A lo suyo vino,
12 y los suyos no le recibieron; mas a todos los que
le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de
13 Dios, *es decir,* a los que creen en su nombre; los
cuales no fueron engendrados de sangre, ni de vo-
luntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de
14 Dios. Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre
nosotros, lleno de gracia y de verdad; y vimos su
gloria, gloria como de unigénito enviado del Padre.
15 Juan dió testimonio de él, y clamó, diciendo: Este
es de quien yo dije: El que viene tras mí, ha sido
16 antepuesto a mí, porque era primero que yo. Por-
que de su plenitud hemos recibido todos, y gracia

---

[1] V. 5. o, *no la comprendieron.*
[2] V. 9. o, *La luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo, existía ya.*

17 sobre gracia; pues la ley fué dada por medio de
Moisés, *mas* la gracia y la verdad vinieron por me-
18 dio de Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás;
el unigénito Dios,[1] que está en el seno del Padre,
es quien lo ha dado a conocer.

19 Este también es el testimonio que Juan dió, cuan-
do los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y le-
20 vitas a preguntarle: ¿Tú, quién eres? El confesó,
21 y no negó; mas confesó: Yo no soy el Cristo. Y le
preguntaron: ¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No
22 lo soy. ¿Eres tú el Profeta? Respondió: No. Dijé-
ronle entonces: ¿Quién eres?, para que demos res-
puesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mis-
23 mo? Díjoles: Yo soy
«la voz de uno que clama en el desierto:
Enderezad el camino del Señor,» [2]
24 como dijo Isaías el profeta. También habían sido
25 enviados algunos de los fariseos; y le pregunta-
ron, diciendo: ¿Por qué, pues, bautizas, si no eres el
26 Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Respondióles Juan:
Yo bautizo en[3] agua; *mas* en medio de vosotros está
27 uno, a quien vosotros no conocéis; *éste es* el que
viene tras mí, al cual yo no soy digno de desatar la
28 correa del calzado. Esto sucedió en Betania,[4] de
la otra parte del Jordán, donde Juan estaba bauti-
zando.
29 El día siguiente vió Juan a Jesús, que venía hacia
él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el
30 pecado del mundo. Este es de quien yo dije: Tras
mí viene un varón que ha sido antepuesto a mí; por-
31 que era primero que yo. Y yo no le conocía; mas
para que fuese manifestado a Israel, por esto vine
32 yo bautizando en[3] agua. Juan dió también testimo-
nio, diciendo: He visto al Espíritu descender del

---

[1] V. 18. Var.: *Hijo.*
[2] V. 23. Is. 40: 3.
[3] V. 26 y 31. o, *con.*
[4] V. 28. Var.: *Bethabarah;* otra: *Betharabah.*

33 cielo como paloma y permanecer sobre él. Yo tam-
poco le conocía; pero el mismo que me envió a bau-
tizar en[1] agua, me dijo: Sobre quien veas descender
el Espíritu, y permanecer sobre él, ése es el que
34 bautiza en[1] Espíritu Santo. Y yo lo he visto, y
he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.
35 El día siguiente estaba otra vez Juan, con dos de
36 sus discípulos; y fijándose en Jesús, que andaba
37 por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Y los
dos discípulos, al oírle decir esto, siguieron a Jesús.
38 Volvióse Jesús, y viendo que le seguían, les dijo:
¿Qué buscáis? Y ellos le contestaron: Rabí (que, in-
terpretado, quiere decir Maestro), ¿dónde moras?
39 Díceles: Venid y lo veréis. Fueron, pues, y vieron
donde moraba; y quedáronse con él aquel día. Era
40 entonces como la hora décima. Uno de los dos que
oyeron lo que dijo Juan y siguieron a Jesús, era An-
41 drés, hermano de Simón Pedro, que halló pri-
mero a su propio hermano Simón, y le dijo: Hemos
hallado al Mesías (que, interpretado, es el Cristo);
42 y le llevó a Jesús. Mirándole Jesús, le dijo: Tú eres
Simón, hijo de Juan; tú serás llamado Cefas (que
se traduce, Pedro[2]).
43 El día siguiente determinó Jesús salir para Gali-
44 lea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme. Era Fe-
lipe de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro.
45 Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a
aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y también
46 los profetas, a Jesús de Nazaret, hijo de José. Dí-
jole Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo bueno?
47 Felipe le contestó: Ven y ve. Jesús vió venir a Na-
tanael, y dijo de él: He aquí verdaderamente un is-
48 raelita en quien no hay engaño. Preguntóle Nata-
nael: ¿De dónde me conoces? Jesús le respondió: An-
tes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de
49 la higuera, te vi. Natanael le dijo: Rabí, tú eres el

---

[1] V. 33. o, *con.*
[2] V. 42. o, *piedra.*

50 Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Contestóle
Jesús: ¿Porque te dije que te había visto debajo de
la higuera, crees? Cosas mayores que éstas verás.
51 Y añadió: De cierto, de cierto os digo, que veréis el
cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y
descienden sobre el Hijo del Hombre.

2, 1 Al tercer día se celebraron unas bodas en Caná
2 de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Fueron
también convidados a las bodas Jesús y sus discípu-
3 los. Y llegando a faltar el vino, la madre de Jesús
4 le dijo: No tienen vino. Jesús le contestó: ¿Qué
tienes conmigo, mujer? Aun no ha llegado mi hora.
5 Su madre dijo a los que servían: Haced cualquier
6 cosa que os diga. Y había allí puestas seis tinajas
de piedra (según las ordenanzas judaicas de la puri-
ficación), en cada una de las cuales cabían dos o tres
7 cántaros. Jesús dijo a los que servían: Llenad de
8 agua las tinajas. Y las llenaron hasta el borde. Sa-
cad ahora, les dijo entonces, y llevad al maestresa-
9 la. Ellos lo hicieron así. Y cuando el maestresala
gustó el agua convertida en vino, no sabiendo de
dónde era (aunque lo sabían los sirvientes que ha-
10 bían sacado el agua), llamó al esposo, y le dijo:
Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando
los convidados han bebido bien, *sirve* el inferior;
11 pero tú has guardado el buen vino hasta ahora. Es-
to, como principio de sus señales, hizo Jesús en
Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discí-
pulos creyeron en él.

12 Después de esto, descendió a Cafarnaum con su
madre, sus hermanos y sus discípulos; y se queda-
ron allí no muchos días.

13 Como estuviese cerca la Pascua de los judíos,
14 subió Jesús a Jerusalén; y halló en el Templo a
los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los
15 cambistas *allí* sentados. Y haciendo un azote de

cuerdas, echó del Templo a todos, tanto ovejas co-
mo bueyes; esparció por el suelo las monedas de los
16 cambistas, y derribó sus mesas; y dijo a los que
vendían las palomas: Quitad esto de aquí, y no hagáis
17 de la casa de mi Padre casa de mercado. Acordá-
ronse *entonces* sus discípulos de que está escrito:
«El celo de tu casa me consumirá.» [1]
18 Entonces los judíos le preguntaron: ¿Qué señal nos
19 muestras, ya que haces estas cosas? Respondióles
Jesús: Destruid este Santuario, y en tres días lo le-
20 vantaré. Los judíos le replicaron: En cuarenta y
seis años fué edificado este Santuario, ¿y tú en tres
21 días lo vas a levantar? Mas él hablaba del Santua-
22 rio de su cuerpo. Así pues, cuando hubo resucita-
do de entre los muertos, sus discípulos se acordaron
de que había dicho esto; y creyeron la Escritura, y
las palabras que Jesús había dicho.
23 Estando Jesús en Jerusalén durante la fiesta de la
Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las
24 señales que hacía. Mas el mismo Jesús no se fiaba
25 de ellos, porque conocía a todos, y porque no ne-
cesitaba que nadie le diese testimonio del hombre;
pues él conocía lo que había en el hombre.
3, 1 Había un hombre de los fariseos, llamado Nico-
2 demo, principal entre los judíos. Este vino a Jesús
de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que eres un maes-
tro venido de Dios; porque nadie puede hacer estas
3 señales que tú haces, si no está Dios con él. Jesús
le respondió: De cierto, de cierto te digo, que el que
no naciere de nuevo, [2] no puede ver el reino de Dios.
4 Díjole Nicodemo: ¿Cómo puede nacer el hombre
siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez
5 en el seno de su madre y nacer? Respondió Jesús:
En verdad, en verdad te digo, que el que no naciere
de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino
6 de Dios. Lo nacido de la carne, carne es; y lo na-

[1] V. 17. Sal. 69: 9.
[2] V. 3. o, *de arriba*.

7 cido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de
que te haya dicho: Os es necesario nacer de nuevo.[1]
8 El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido; mas
no sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo
9 aquel que es nacido del Espíritu. Volvió a pregun-
10 tarle Nicodemo: ¿Cómo puede ser esto? Jesús le
respondió: ¿Tú eres el maestro de Israel, y no entien-
11 des esto? De cierto, de cierto te digo, que lo que
sabemos, hablamos; y lo que hemos visto, testifica-
mos; y no recibís nuestro testimonio.
12 Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo
13 creeréis, si os dijere las celestiales? Nadie ha su-
bido al cielo, sino el que descendió del cielo, a saber,
14 el Hijo del Hombre.[2] Y como Moisés levantó la
serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo
15 del Hombre sea levantado, para que todo el que
16 cree, tenga en él vida eterna.[3] Porque de tal ma-
nera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo unigéni-
to, para que todo aquel que en él cree, no se pier-
17 da, sino que tenga vida eterna. Porque no envió
Dios a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino
18 para que el mundo sea salvo por medio de él. El que
cree en él, no es juzgado; mas el que no cree, ya
está juzgado; porque no ha creído en el nombre del
19 unigénito Hijo de Dios. Y éste es el juicio: Que la
luz ha venido al mundo, y los hombres han amado
más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran
20 malas. Pues todo el que practica lo malo, aborrece
la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no
21 sean reprobadas; mas el que obra la verdad, viene
a la luz, para que se manifieste que sus obras han
sido hechas en Dios.

22 Después de esto, fué Jesús con sus discípulos a la
tierra de Judea, donde pasó algún tiempo con ellos,
23 y bautizaba. Juan también estaba bautizando en

---

[1] V. 7. o, *de arriba.*
[2] V. 13. Var. añ.: *que está en el cielo.*
[3] V. 15. Var.: *todo el que cree en él, tenga vida eterna.*

Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas;
24 y las gentes acudían a él, y eran bautizadas. (Pues
25 Juan no había sido aún encarcelado.) Con tal motivo, los discípulos de Juan empezaron a discutir con
26 un judío acerca de la purificación; y fueron a Juan
y le dijeron: Rabí, el que estaba contigo al otro lado
del Jordán, de quien tú has dado testimonio, he aquí
27 bautiza, y todos van a él. Respondió Juan: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del
28 cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que
dije: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado
29 delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo;
mas el amigo del esposo, que está a su lado y le
oye, se goza grandemente de la voz del esposo; por
30 tanto, este mi gozo ya está cumplido. Es necesario
31 que él crezca, y que yo mengüe. El que viene de
arriba, sobre todos es; el que es de la tierra, terrenal es y de lo terrenal habla; el que viene del cielo,
32 sobre todos es.[1] Lo que ha visto y lo que oyó, eso
33 testifica; y nadie recibe su testimonio. El que haya
recibido su testimonio, ha signado que Dios es ve-
34 raz. Porque el que Dios envió, las palabras de Dios
habla; porque *Dios* no da el Espíritu por medida.
35 El Padre ama al Hijo y ha entregado en su mano to-
36 das las cosas. El que cree en el Hijo, tiene vida
eterna; mas el que no obedece al Hijo, no verá la
vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él.

4, 1 Cuando el Señor supo que los fariseos habían
oído decir: «Jesús hace y bautiza más discípulos que
2 Juan» (aunque Jesús mismo no bautizaba, sino
3 sus discípulos), dejó a Judea y se fué otra vez a
4 Galilea. Y le era necesario pasar por Samaria.
5 Llegó, pues, a una ciudad de Samaria, llamada Sicar,
próxima a la heredad que Jacob dió a su hijo José;
6 y estaba allí el pozo[2] de Jacob. Jesús, pues, cansado

---

[1] V. 31. Var. om.: *sobre todos es.*
[2] V. 6. Gr. *la fuente.*

del camino, sentóse así junto al pozo.[1] Era como la
7 hora de sexta. *En esto,* vino una mujer samarita-
na a sacar agua, y Jesús le dijo: Dame de beber.
8 (Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a com-
9 prar de comer.) Díjole la mujer samaritana: ¿Có-
mo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que
soy mujer, y samaritana? (Porque los judíos no se
10 tratan con los samaritanos.[2]) Jesús le respondió:
Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te
dice: Dame de beber, tú le habrías pedido, y él te hu-
11 biera dado agua viva. Dícele ella: Señor, no tie-
nes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde,
12 pues, tienes esa agua viva? ¿Eres tú, acaso, ma-
yor que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo,
13 del cual bebió él, sus hijos y sus ganados? Respon-
dióle Jesús: Todo el que bebe de esta agua, volve-
14 rá a tener sed; mas cualquiera que bebiere del agua
que yo le daré, no tendrá sed jamás; antes bien, el
agua que yo le daré, será en él una fuente de agua
15 que saltará para vida eterna. La mujer le dice: Se-
ñor, dame esa agua, para que no tenga sed, ni ven-
16 ga hasta aquí a sacarla. Él le dice: Ve, llama a tu
17 marido, y ven acá. La mujer le respondió: No ten-
go marido. Díjole Jesús: Bien has dicho: No tengo
18 marido. Porque cinco maridos has tenido, y el que
ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho la
19 verdad. Dícele la mujer: Señor, veo que tú eres
20 profeta. Nuestros padres adoraron en este monte;
mas vosotros decís que en Jerusalén está el lugar
21 donde se debe adorar. Jesús le dice: Mujer, crée-
me, que la hora viene, cuando ni en este monte, ni
22 en Jerusalén, adoraréis al Padre. Vosotros adoráis
lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que cono-
23 cemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas
la hora viene, y ya es, cuando los verdaderos adora-

---

[1] V. 6. Gr. *la fuente.*
[2] V. 9. Var. om.: *Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.*

dores adorarán al Padre en espíritu y en verdad;
porque también el Padre tales adoradores busca que
24 le adoren. Dios es espíritu; y los que le adoran,
en espíritu y en verdad es necesario que le adoren.
25 Dícele la mujer: Yo sé que el Mesías ha de venir,
el cual es llamado el Cristo; cuando él venga, nos de-
26 clarará todas las cosas. Jesús le dice: Yo soy, el
que habla contigo.
27 En esto vinieron sus discípulos, y se maravillaban
de que hablase con una mujer; sin embargo, ningu-
no le dijo: ¿Qué preguntas?, o: ¿Por qué hablas con
28 ella? La mujer, pues, dejando su cántaro, fué a la
29 ciudad, y dijo a las gentes: Venid a ver un hom-
bre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será
30 éste el Cristo? Salieron *entonces* de la ciudad, y
se dirigieron a donde él estaba.
31 Entretanto, los discípulos le rogaban, diciendo:
32 Rabí, come. Mas él les dijo: Yo tengo para comer
33 un manjar que vosotros no sabéis. Decíanse, pues,
los discípulos unos a otros: ¿Si le habrá traído al-
34 guien de comer? Díceles Jesús: Mi comida es hacer
35 la voluntad del que me envió, y acabar su obra. ¿No
decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para
la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos, y
mirad los campos, que están blancos para la siega.
36 El que siega ya está recibiendo salario, y recogien-
do fruto para vida eterna, a fin de que el sembrador
37 y el segador se regocijen a una. Porque en esto es
verdadero el refrán: Uno es el que siembra, y otro
38 el que siega. Yo os he enviado a segar lo que vos-
otros no habéis labrado; otros han labrado, y vosotros
habéis entrado en sus labores.
39 Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad
creyeron en él por la palabra de la mujer, que testi-
ficaba, diciendo: Me ha dicho todo cuanto he hecho.
40 De manera que, cuando los samaritanos vinieron a
él, le instaron para que se quedase con ellos; y se
41 quedó allí dos días. Y creyeron muchos más por la
42 palabra de él; y decían a la mujer: Ya no creemos

por tu dicho; porque nosotros mismos le hemos oído,
y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador
del mundo.

43 Después de estos dos días, salió de allí para Ga-
44 lilea. Pues el mismo Jesús testificó que el profeta no
45 tiene honra en su propia patria. Así que, cuando lle-
gó a Galilea, los galileos le recibieron bien; porque
habían visto todas las cosas que hizo en Jerusa-
lén durante la fiesta, a la cual ellos también habían
asistido.

46 Fué, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea,
donde había convertido el agua en vino; y había allí
un cortesano, cuyo hijo estaba enfermo en Cafar-
47 naum. Cuando él oyó que Jesús había venido de
Judea a Galilea, fué a su encuentro, y rogábale que
descendiese y sanase a su hijo, porque estaba a pun-
48 to de morir. Entonces Jesús le dijo: Si no viereis
49 señales y prodigios no creeréis. Contestóle el cor-
tesano: Señor, desciende antes que mi hijo haya
50 muerto. Dícele Jesús: Ve, tu hijo vive. El hombre
creyó la palabra que Jesús le dijo, y se puso en ca-
51 mino. Y ya bajaba a Cafarnaum, cuando sus sier-
52 vos le encontraron y le dijeron que su hijo vivía. El
les preguntó la hora en que se había puesto mejor.
Y respondiéronle: Ayer, cerca de la hora séptima,
53 le dejó la fiebre. Entonces el padre se dió cuenta
de que aquélla era la hora en que Jesús le había di-
54 cho: Tu hijo vive; y creyó él, y toda su casa. Al
venir otra vez Jesús de Judea a Galilea, hizo esta
segunda señal.

5, 1 Después de estas cosas, celebrábase una fiesta
2 de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén. Y hay en
Jerusalén, cerca *de la Puerta* de las Ovejas, un es-
tanque, llamado en hebreo Betsata, que tiene cinco
3 portales. En éstos yacía una multitud de enfermos,
ciegos, cojos, secos, [que aguardaban el movimiento

4 del agua; porque un ángel descendía de tiempo en
tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que pri-
mero entraba, después de la agitación del agua, que-
5 daba sano, cualquiera que fuese su enfermedad].[1] Y
había allí un hombre que hacía treinta y ocho años
6 que estaba enfermo. Viéndole Jesús echado, y sa-
biendo que llevaba ya mucho tiempo *así,* le dijo:
7 ¿Quieres ser sano? Señor, le respondió el enfermo,
no tengo quien me meta en el estanque al ser agita-
da el agua; y entretanto que voy, otro desciende
8 antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu le-
9 cho, y anda. El hombre, al instante, fué sano, tomó
su lecho y echó a andar.

10 Era sábado aquel día. Por esto, decían los ju-
díos al que había sido sanado: Es día del reposo; no
11 te es lícito llevar el lecho. Mas él les respondió: El
que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda.
12 Preguntáronle: ¿Quién es el que te dijo: Toma tu
13 lecho y anda? Pero el que había sido sanado no sa-
bía quién era, pues Jesús se había retirado, por haber
14 una multitud en aquel lugar. Después le halló Je-
sús en el Templo, y le dijo: Mira que ya estás sano;
no peques más, no sea que te suceda alguna cosa
15 peor. El hombre se fué, y dijo a los judíos que Je-
16 sús era quien le había sanado. Por esta causa per-
seguían los judíos a Jesús, porque hacía estas cosas
17 en el día del reposo. Jesús les respondió: Mi Padre
18 incesantemente obra, y yo también obro. Y por
esto los judíos procuraban aun más matarle; porque
no sólo quebrantaba el día del reposo, sino que tam-
bién decía que Dios era su Padre, haciéndose igual
a Dios.

19 Entonces habló Jesús, y díjoles: En verdad, en
verdad os digo: No puede el Hijo hacer nada de por
sí, sino lo que ve hacer al Padre; porque lo que el
Padre hace, lo hace también el Hijo de la misma
20 manera. Porque el Padre ama al Hijo y le mues-

---

[1] V. 4. Var. om. las palabras entre corchetes.

tra todas las cosas que él mismo hace; y obras ma-
yores que éstas le mostrará, de modo[1] que vosotros
21 os maravilléis. Pues como el Padre levanta a los
muertos, y *les* da vida, así también el Hijo da vida
22 a los que quiere. Pues el Padre ni aun juzga a
23 nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo; para
que todos honren al Hijo como honran al Padre. El
que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.
24 De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra,
y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vie-
25 ne a juicio, mas ha pasado de muerte a vida. En
verdad, en verdad os digo: La hora viene, y ya es,
cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y
26 los que oyeren vivirán. Porque como el Padre tie-
ne vida en sí mismo, así también dió al Hijo el tener
27 vida en sí mismo; y le dió también autoridad para
28 juzgar, por cuanto es Hijo del Hombre. No os ma-
ravilléis de esto; porque vendrá hora en que todos
29 los que están en los sepulcros oirán su voz, y sal-
drán: los que hayan hecho lo bueno, a resurrección de
vida, y los que hayan practicado lo malo, a resurrec-
30 ción de juicio. No puedo yo hacer nada de por mí;
según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no
busco mi propia voluntad, sino la voluntad del que me
envió.

31 Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio
32 no es verdadero. Otro es el que da testimonio de
mí, y sé que el testimonio que da de mí es verda-
33 dero. Vosotros habéis enviado mensajeros a Juan,
34 y él ha dado testimonio de la verdad. Pero yo no
acepto el testimonio de hombre alguno; mas digo esto
35 para que vosotros seáis salvos. Juan era lámpara
que ardía y brillaba; y vosotros quisisteis regocija-
36 ros por un poco de tiempo a su luz. Mas el testi-
monio que yo tengo es mayor que *el de* Juan; porque
las obras que el Padre me ha dado para cumplir, las
mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que

---

[1] V. 20. o, *para que.*

37 el Padre me ha enviado. También el Padre que me
envió, él mismo ha dado testimonio de mí. No habéis
38 oído nunca su voz, ni visto su apariencia, y no te-
néis permanente en vosotros su palabra; porque a
39 quien él envió, vosotros no creéis. Escudriñáis[1]
las Escrituras, porque a vosotros os parece que en
ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan tes-
40 timonio de mí. Y no queréis venir a mí para que
41 tengáis vida. Gloria de los hombres no acepto;
42 empero yo os conozco que no tenéis amor a Dios
43 en vosotros. Yo he venido en el nombre de mi
Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio
44 nombre, a ése recibiréis. ¿Cómo podéis creer vos-
otros, pues recibís gloria los unos de los otros, y la
45 gloria que del Dios único viene, no la buscáis? No
penséis que seré yo quien os acuse delante del Padre;
hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra
46 esperanza; pues si creyeseis a Moisés, me creeríais
47 a mí; porque de mí escribió él. Pero si no creéis a
sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?

6, 1 Después de esto, pasó Jesús a la ribera opuesta
2 del mar de Galilea, o sea de Tiberíades, y seguíale
una gran multitud, porque veían los milagros[2] que
3 hacía en los enfermos. Entonces Jesús subió al mon-
4 te, y sentóse allí con sus discípulos. Estaba cerca la
5 Pascua, la fiesta de los judíos. Y alzando Jesús los
ojos, y viendo venir hacia él una gran multitud, dijo
a Felipe: ¿De dónde compraremos pan, para que co-
6 man éstos? Decía esto para probarle; porque él sa-
7 bía lo que había de hacer. Respondióle Felipe: Dos-
cientos denarios de pan no les bastan, para que cada
8 uno tome un poco. Uno de sus discípulos, Andrés,
9 hermano de Simón Pedro, le dice: Aquí hay un mu-
chacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces;
10 mas ¿qué es esto para tantos? Entonces Jesús

---

[1] V. 39. o, *escudriñad.*
[2] V. 2. Gr. *señales.*

dijo: Haced sentar la gente. Había mucha hierba en
aquel lugar. Sentáronse, pues, los varones, como en
11 número de cinco mil. Entonces tomó Jesús los
panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre
los que estaban sentados; asimismo de los peces,
12 cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo
a sus discípulos: Recoged los pedazos que han so-
13 brado, para que no se pierda nada. Recogiéronlos,
pues, y llenaron doce cestas de los pedazos que so-
braron de los cinco panes de cebada, después que *to-*
14 *dos* hubieron comido. Entonces aquellos hombres,
vista la señal que Jesús había hecho, decían: Este es,
en verdad, el Profeta que había de venir al mundo.
15 Y entendiendo Jesús que iban a venir y tomarle por
fuerza para hacerle rey, se retiró otra vez al monte,
él solo.
16 Cuando se hizo tarde, descendieron sus discípulos
17 al mar; y entrando en una barca, iban cruzando el
mar en dirección a Cafarnaum. Había ya obscureci-
18 do, y Jesús aun no había venido a ellos. Y levantá-
19 base el mar con un fuerte viento que soplaba. Ha-
biendo remado, pues, unos veinticinco o treinta es-
tadios,[1] vieron a Jesús que andaba sobre el mar,
acercándose a la barca; y se sobrecogieron de temor.
20 21 Mas él les dijo: Soy yo, no tengáis miedo. Ellos
entonces, gustosos, le recibieron en la barca, la cual
llegó en seguida a la tierra a donde se dirigían.
22 El día siguiente, la multitud que estaba todavía
en la otra ribera del mar, advirtió que allí no ha-
bía habido más que una sola barquilla, y que Jesús
no había entrado en ella con sus discípulos, sino que
23 éstos se habían ido solos. (Habían arribado, sin
embargo, de Tiberíades otras barquillas junto al lu-
gar donde habían comido el pan, después que el Se-
24 ñor hubo dado gracias.) Cuando vió, pues, la multi-
tud, que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, en-
traron en las barquillas, y fueron a Cafarnaum en

---

[1] V. 19. Cinco o seis kilómetros.

25 busca de Jesús. Y hallándole de la otra parte del
mar, le preguntaron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá?
26 Jesús les respondió, diciendo: De cierto, de cierto
os digo, que me buscáis, no porque visteis señales,
sino porque comisteis de los panes y os hartasteis.
27 Trabajad, no por la comida que perece, sino por la
que a vida eterna permanece, la cual os dará el Hijo
del Hombre; porque en éste ha puesto su sello el
28 Padre, esto es, Dios. Dijéronle, pues: ¿Qué hare-
29 mos para poner en práctica las obras de Dios? Res-
pondióles Jesús: Esta es la obra de Dios: Que creáis
30 en aquel a quien él envió. Entonces le dijeron:
¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te
31 creamos? ¿Qué obra haces? Nuestros padres co-
mieron el maná en el desierto, como está escrito:
«Pan del cielo les dió a comer.»[1]
32 Díjoles pues Jesús: En verdad, en verdad os digo,
que Moisés no os ha dado el pan del cielo; pero mi
33 Padre os da el verdadero pan del cielo. Por-
que el pan de Dios es el que desciende del cielo
34 y da vida al mundo. Dijéronle pues: Señor, danos
35 siempre este pan. Jesús les respondió: Yo soy el
pan de la vida; el que a mí viene, nunca tendrá ham-
36 bre, y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Pero
ya os dije, que aunque me habéis visto, no creéis.
37 Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a
38 mí viene, no le echaré fuera; porque he descendi-
do del cielo, no para hacer mi propia voluntad, sino
39 la voluntad del que me envió. Y ésta es la volun-
tad del que me envió: Que de todo lo que me ha
dado, no pierda nada, sino que lo resucite en el día
40 postrero. Porque ésta es la voluntad de mi Padre:
Que todo aquel que vea al Hijo y crea en él, tenga
vida eterna; y yo le resucitaré[2] en el día postrero.
41 Murmuraban, pues, de él los judíos, porque había
42 dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo. Y de-

---

[1] V. 31. Sal. 78: 24.
[2] V. 40. o, *y que yo le resucite.*

cían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre
y madre nosotros conocemos? ¿Cómo es que ahora
43 dice: Del cielo he descendido? Respondióles Je-
44 sús: No murmuréis entre vosotros. Nadie puede
venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere;
45 y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está
en los profetas:

«Y serán todos enseñados por Dios.» [1]

Todo el que ha oído al Padre y aprendido de él,
46 viene a mí. No que alguno haya visto al Pa-
dre, sino aquel que viene de Dios; éste ha visto
47 al Padre. En verdad, en verdad os digo: El que
48 cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida.
49 Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y,
50 *sin embargo,* murieron. Este es el pan que des-
ciende del cielo, para que el hombre coma de él,
51 y no muera. Yo soy el pan vivo que descendió
del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá
para siempre; y el pan que yo daré es mi carne,
52 *que daré* por la vida del mundo. Los judíos, por
tanto, contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede
53 éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les
dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la
carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no
54 tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y
bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucita-
55 ré en el día postrero. Porque mi carne es verda-
56 dera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El
que come mi carne y bebe mi sangre, en mí perma-
57 nece, y yo en él. Como me envió el Padre vivien-
te, y yo vivo por el Padre, así el que me come, él
58 también vivirá por mí. Este es el pan que descen-
dió del cielo; no como *el que* comieron vuestros pa-
dres, y *sin embargo,* murieron. El que come este
pan, vivirá eternamente.

59 Estas cosas dijo Jesús en la sinagoga, enseñan-
60 do en Cafarnaum. Y muchos de sus discípulos, al

[1] V. 45. **Is.** 54: 13.

oírlas, dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la pue-
61 de oír? Mas Jesús, sabiendo en sí mismo que sus
discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os
62 escandaliza? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hom-
63 bre subir adonde estaba antes? El espíritu es el
que da vida; la carne para nada aprovecha; las pala-
bras que yo os he hablado, son espíritu y son vida.
64 Pero hay algunos de vosotros que no creen. Por-
que Jesús sabía desde el principio quiénes eran los
65 que no creían, y quién le había de entregar. Y aña-
dió: Por esto os he dicho que nadie puede venir a
mí, si no le fuere dado del Padre.
66 Desde entonces, muchos de sus discípulos se vol-
67 vieron atrás, y ya no andaban con él. Dijo, por
tanto, Jesús a los doce: Y vosotros, ¿queréis iros
68 también? Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿a
quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.
69 Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres
70 el Santo de Dios. Jesús les respondió: ¿No os es-
cogí yo a los doce? Sin embargo, uno de vosotros es
71 diablo. Decía esto, refiriéndose a Judas, hijo de Si-
món Iscariote; pues éste era el que le iba a entregar,
y era uno de los doce.

7, 1 Pasadas estas cosas, andaba Jesús por Galilea;
pues no quería andar por Judea, porque los judíos
2 procuraban matarle. Pero estando próxima la fiesta
3 de los judíos, la de los Tabernáculos, dijéronle sus
hermanos: Parte de aquí, y ve a Judea, para que
también tus discípulos vean las obras que haces;
4 porque nadie hace cosa alguna en secreto, preten-
diendo a la vez darse a conocer. Si haces estas co-
5 sas, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus her-
6 manos creían en él. Díjoles, por tanto, Jesús: Mi
tiempo aun no ha llegado; mas vuestro tiempo siem-
7 pre está presto. El mundo no puede aborreceros a
vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico
8 de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a la
fiesta; yo no subo todavía a esta fiesta, porque mi

9 tiempo aun no se ha cumplido. Y habiéndoles di-
cho esto, quedóse en Galilea.
10 Y después que sus hermanos hubieron subido a
la fiesta, entonces él también subió, no manifiesta-
11 mente, sino como en secreto. Buscábanle, pues,
los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél?
12 Y había grandes murmullos acerca de él entre la
gente; unos decían: Bueno es; y otros: No, antes
13 extravía al pueblo. Pero ninguno hablaba abierta-
mente de él, por miedo a los judíos.
14 A mitad de la fiesta subió Jesús al Templo, y
15 enseñaba. Maravillábanse, por tanto, los judíos,
diciendo: ¿Cómo sabe éste de letras, sin haber estu-
16 diado? Respondióles Jesús: Mi doctrina no es mía,
17 sino del que me envió. Si alguno quisiere hacer la
voluntad de Dios, conocerá si mi doctrina es de Dios,
18 o si yo hablo de por mí. El que habla de por sí, su
propia gloria busca; mas el que busca la gloria
del que le envió, éste es veraz, y no hay falsedad
19 en él. ¿No os dió Moisés la Ley? y ninguno de
vosotros la cumple. ¿Por qué procuráis matarme?
20 Respondió la multitud: Demonio tienes. ¿Quién pro-
21 cura matarte? Jesús les dijo: Una obra hice, y to-
22 dos estáis maravillados. Por tanto, *considerad:*
Moisés os ha dado la circuncisión (no es que sea de
Moisés, sino de los patriarcas), y en sábado circun-
23 cidáis al hombre. Si recibe el hombre la circunci-
sión en día del reposo, para que no se quebrante la
ley de Moisés, ¿os encolerizáis contra mí, porque en
día del reposo hice completamente sano a un hom-
24 bre? No juzguéis por las apariencias, sino juzgad
con recto juicio.
25 Entonces algunos de Jerusalén decían: ¿No es
26 éste a quien buscan para matarle? Pues ved cómo
habla en público, y no le dicen nada. ¿Se habrán con-
vencido nuestros gobernantes de que éste es el Cris-
27 to? Pero éste, sabemos de dónde es; mas cuando
28 venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea. Enton-
ces Jesús, prosiguiendo su enseñanza en el Templo,

alzó la voz y dijo: A mí me conocéis, y sabéis de dónde
soy; y no he venido de mí mismo; mas el que me en-
29 vió es verdadero, a quien vosotros no conocéis. Yo
30 le conozco, porque de él vengo, y él me envió. Al
oír esto, procuraban prenderle; pero nadie le echó
31 mano, porque aun no había llegado su hora. Y mu-
chos de la multitud creyeron en él, y decían: El Cris-
to, cuando venga, ¿hará más señales de las que
32 éste ha hecho? Los fariseos oyeron a la gente que
murmuraba de él estas cosas; y los principales sa-
cerdotes y los fariseos enviaron alguaciles a pren-
33 derle. Por lo cual Jesús dijo: Todavía estaré con
vosotros un poco de tiempo, y entonces me iré al que
34 me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y don-
35 de yo he de estar, vosotros no podéis venir. Dije-
ron, pues, los judíos entre sí: ¿A dónde se ha de ir
éste, que no le hallemos? ¿Ha de irse, por ventura,
a los judíos dispersos entre los gentiles,[1] y a ense-
36 ñar a los gentiles?[1] ¿Qué significa esto que ha di-
cho: Me buscaréis, y no me hallaréis; y donde yo he
de estar, vosotros no podéis venir?

37 En el último y gran día de la fiesta, Jesús, puesto
en pie, alzó su voz diciendo: Si alguno tiene sed,
38 venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice
la Escritura, ríos de agua viva fluirán de su inte-
39 rior. (Esto lo dijo del Espíritu que habían de recibir
los que creyesen en él; pues aun no había sido *dado*
el Espíritu,[2] por cuanto Jesús no había sido todavía
40 glorificado.) Entonces algunos de la multitud, al
oír estas palabras, decían: Verdaderamente éste
41 es el Profeta. Otros decían: Este es el Cristo.
Pero algunos decían: Pues qué, ¿de Galilea ha de
42 venir el Cristo? ¿No ha dicho la Escritura que el
Cristo ha de venir del linaje de David, y de Belén,
43 la aldea de donde era David? Suscitóse, pues, di-
44 sensión entre la gente a causa de él; y algunos

---

[1] V. 35. Gr. *griegos.*
[2] V. 39. Var.: *porque aun no había sido dado el Espíritu Santo.*

de ellos querían prenderle; pero nadie le echó ma-
45 no. Volvieron, pues, los alguaciles a los principa-
les sacerdotes y fariseos, los cuales les preguntaron:
46 ¿Por qué no le habéis traído? Los alguaciles res-
pondieron: Jamás habló hombre alguno como este
47 hombre habla. Dijéronles entonces los fariseos:
48 ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso
ha creído en él alguno de los gobernantes o de los
49 fariseos? Mas esta gente que ignora la ley, mal-
50 dita es. Díceles Nicodemo (el que había ido an-
51 tes a Jesús, y que era uno de ellos): ¿Juzga, por
ventura, nuestra ley a un hombre sin antes oírle y
52 conocer lo que ha hecho? Ellos le respondieron:
¿Eres tú también de Galilea? Escudriña y ve que de
Galilea no se levanta profeta.

53 [Y fuése cada uno a su casa.
8, 1 Mas Jesús se fué al Monte de los Olivos.
2 Y al rayar el alba, se presentó otra vez en el Tem-
plo; y todo el pueblo venía a él; y sentándose, les
3 enseñaba. Entonces los escribas y los fariseos le
trajeron una mujer sorprendida en adulterio, y po-
4 niéndola en medio, dijéronle: Maestro, esta mujer
ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio.
5 Y en la Ley, Moisés nos ordenó apedrear a las tales;
6 tú, pues, ¿qué dices? Esto lo decían para probarle,
a fin de tener algo de que poderle acusar. Pero Je-
sús, inclinándose hacia el suelo, escribía en tierra
7 con el dedo. Mas como insistieran en preguntar-
le, enderezóse, y les dijo: El que de vosotros esté
sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra con-
8 tra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo,
9 continuó escribiendo en tierra. Pero ellos, al oír es-
to, acusados por su conciencia, iban saliendo uno a
uno hasta los últimos, comenzando por los más an-
cianos; y dejaron solo a Jesús, y la mujer seguía en
10 medio. Entonces Jesús se enderezó, y no viendo a
nadie más que a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde es-
tán aquellos tus acusadores? ¿Ninguno te condenó?

11 Ella contestó: Señor, ninguno. Jesús le dijo: Ni yo
tampoco te condeno; vete, y no peques más.][1]

12 Y habló Jesús otra vez a las gentes, diciendo: Yo
soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en
13 tinieblas, mas tendrá la luz de la vida. Dijéronle
entonces los fariseos: Tú das testimonio de ti mis-
14 mo; tu testimonio no es verdadero. Jesús les res-
pondió: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi
testimonio es verdadero, porque sé de dónde vine y
adónde voy; mas vosotros no sabéis de dónde vengo,
15 ni adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne;
16 mas yo no juzgo a nadie. Y aunque yo juzgue, mi
juicio es verdadero; porque no soy solo, sino yo y el
17 que me envió. Y en vuestra misma Ley está escrito
18 que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo
soy el que doy testimonio de mí mismo; y también da
19 testimonio de mí el Padre que me envió. Dijéron-
le, pues: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús:
Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si me conocie-
20 seis a mí, también conoceríais a mi Padre. Estas
palabras dijo Jesús en el lugar de las ofrendas, en-
señando en el Templo; y nadie le prendió, porque
aun no había llegado su hora.
21 Díjoles otra vez *Jesús:* Yo me voy, y me busca-
réis, mas en vuestro pecado moriréis; adonde yo
22 voy, vosotros no podéis venir. Decían, por tanto,
los judíos: ¿Acaso se ha de matar a sí mismo, que
dice: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir?
23 El les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba;
vosotros sois de este mundo, yo no soy de este
24 mundo. Por eso os dije que moriréis en vuestros
pecados; porque si no creyereis que yo soy, en
25 vuestros pecados moriréis. Decíanle, pues: ¿Tú,
quién eres? Jesús les dijo: *¿A qué preguntáis* lo
26 que desde un principio os vengo diciendo?[2] Muchas

[1] V. 11. Var. om. desde 7: 53 hasta 8: 11.
[2] V. 25. Var.: *Precisamente lo que os vengo diciendo.*

cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; mas el
que me envió es verdadero; y yo, las cosas que le
27 oí, éstas hablo al mundo. Ellos no entendieron que
28 les hablaba del Padre. Dijo, pues, Jesús: Cuando
hubiereis levantado al Hijo del Hombre, entonces
conoceréis que yo soy, y que no hago nada de por
mí; sino que hablo estas cosas según el Padre me las
29 enseñó. Y el que me envió está conmigo; no me ha
dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agra-
30 da. Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él.
31 Jesús dijo entonces a los judíos que le habían creí-
do: Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois ver-
32 daderamente mis discípulos; y conoceréis la ver-
33 dad, y la verdad os libertará. Respondiéronle: Li-
naje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos
de nadie. ¿Cómo dices tú: Llegaréis a ser libres?
34 Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo,
que todo el que comete pecado, esclavo es del peca-
35 do; y el esclavo no queda en la casa para siempre;
36 mas el hijo queda *en ella* para siempre. Si pues
el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.
37 Sé que sois linaje de Abraham; mas procuráis matar-
me, porque mi palabra no adelanta[1] en vosotros.
38 Yo os hablo lo que he visto cerca de mi Padre; así
como vosotros hacéis[2] lo que habéis oído a *vuestro*
39 padre. Respondiéronle: Nuestro padre es Abra-
ham. Jesús les dice: Si sois hijos de Abraham, haced
40 las obras de Abraham. Empero ahora procuráis
matarme a mí, hombre que os he hablado la ver-
dad, la cual he oído a Dios. No hizo esto Abra-
41 ham. Vosotros hacéis las obras de vuestro pa-
dre. Dijéronle: Nosotros no somos hijos ilegíti-
42 mos; un solo padre tenemos, que es Dios. Je-
sús les respondió: Si Dios fuera vuestro padre, me
amaríais a mí; porque yo de Dios salí, y he venido;
pues no he venido de mí mismo, sino que él me

---

[1] V. 37. o, *halla cabida.*
[2] V. 38. o, *haced, pues, vosotros.*

43 envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque
44 no podéis oír mi palabra. Vosotros sois de vuestro
padre, el diablo, y los deseos de vuestro padre que-
réis cumplir. El fué homicida desde el principio, y
no está en la verdad, porque no hay verdad en él.
Cuando habla mentira, de lo suyo habla; porque es
45 mentiroso, y el padre de la mentira. Y a mí, porque
46 digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros
me convence de pecado? Si digo la verdad, ¿por
47 qué no me creéis? El que es de Dios, las palabras
de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no
48 sois de Dios. Respondiéronle los judíos: ¿No deci-
mos bien que tú eres samaritano y tienes demonio?
49 Repuso Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a
50 mi Padre; y vosotros me deshonráis. Mas yo no
51 busco mi gloria; hay quien *la* busca y juzga. De
cierto, de cierto os digo, que si alguno guardare mi
52 palabra, jamás verá la muerte. Los judíos le dije-
ron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abra-
ham murió, y también los profetas; y tú dices: Si al-
guno guardare mi palabra, jamás gustará la muerte.
53 ¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual
murió? Los profetas también murieron. ¿Quién te ha-
54 ces a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifi-
co a mí mismo, mi gloria es nada; mi Padre es el que
me glorifica; aquel de quien vosotros decís: Es nues-
55 tro Dios. Y no le conocéis. Yo sí le conozco; y si di-
jere que no le conozco, seré mentiroso como vos-
56 otros; mas le conozco, y guardo su palabra. Abra-
ham vuestro padre se regocijó de que había de ver
57 mi día; y lo vió, y se gozó. Dijéronle los judíos:
Aun no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abra-
58 ham? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os
59 digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. Tomaron
entonces piedras para tirárselas; mas Jesús se ocul-
tó, y salióse del Templo.[1]

---

[1] V. 59. Var. añ.: *y atravesando por medio de ellos, se fué por su camino, y así pasó.*

9, 1 Al pasar Jesús, vió a un hombre, ciego de na-
2 cimiento. Y preguntáronle sus discípulos: Rabí,
¿quién pecó, éste o sus padres, para haber nacido
3 ciego? Jesús respondió: Ni éste pecó, ni sus pa-
dres; mas *esto ha sido,* para que las obras de Dios
4 se manifestaran en él. Es necesario que hagamos
las obras del que me envió, entretanto que el día du-
ra; la noche viene, cuando nadie puede trabajar.
5 Estando yo en el mundo, luz soy del mundo. Dicho
6 esto, escupió en tierra, y haciendo lodo con la sali-
7 va, lo aplicó a los ojos del ciego, y le dijo: Ve, lá-
vate en el estanque de Siloé (que significa Enviado).
Fué, pues, y se lavó, y volvió *a su casa* viendo.
8 Entonces sus vecinos y los que antes le habían visto
que era mendigo, decían: ¿No es éste el que se sen-
9 taba a mendigar? Unos decían: El es; y otros: No,
10 pero se le parece. El decía: Yo soy. Preguntáron-
le entonces: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos?
11 Respondió él: Aquel hombre que se llama Jesús hizo
lodo, me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lá-
12 vate; fuí, pues, me lavé, y recibí la vista. Y le dije-
13 ron: Y él, ¿dónde está? Contestóles: No lo sé. Lle-
14 varon ante los fariseos al que había sido ciego. Y
era sábado cuando Jesús hizo el lodo y le abrió los
15 ojos. Volvieron, pues, a preguntarle también los
fariseos de qué manera había recibido la vista. El les
dijo: Púsome lodo sobre los ojos; y me los lavé, y
16 veo. Entonces algunos de los fariseos decían: Ese
hombre no ha venido de Dios; porque no guarda el
día del reposo. Otros decían: ¿Cómo puede un hom-
bre pecador hacer estas señales? Y había disensión
17 entre ellos. Así que, volvieron a decir al ciego:
Y tú, ¿qué dices de él, ya que te abrió los ojos?
18 El contestó: Que es profeta. Mas los judíos no
creyeron que este hombre hubiese sido ciego y que
hubiese recibido la vista, hasta que llamaron a los
19 padres de él, y les preguntaron: ¿Es éste vuestro
hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo,
20 pues, ve ahora? Respondieron sus padres: Sabe-

mos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego;
21 mas cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya
abierto los ojos, nosotros no lo sabemos. Preguntád-
selo a él, que es mayor de edad; él hablará por sí.
22 Esto dijeron sus padres, porque temían a los ju-
díos; pues ya los judíos habían convenido en que si
alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuese
23 excluído de la sinagoga. Por eso dijeron sus pa-
24 dres: Es mayor de edad, preguntadle a él. Enton-
ces llamaron por segunda vez al que había sido
ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabe-
25 mos que este hombre es pecador. El repuso: Si es
pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido
26 ciego, ahora veo. Preguntáronle entonces: ¿Qué
27 te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Respondióles:
Ya os *lo* dije, y no me oísteis. ¿Por qué queréis oírlo
otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus
28 discípulos? Y le injuriaron, y dijeron: Tú serás su
discípulo; que nosotros, discípulos de Moisés somos.
29 Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés;
pero en cuanto a éste, no sabemos de dónde es.
30 Respondióles el hombre: Esto es lo maravilloso, que
vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los
31 ojos. Sabemos que Dios no oye a pecadores; mas
si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a
32 éste oye. Desde que el mundo existe, jamás se oyó
decir que alguien abriera los ojos a uno que hubiese
33 nacido ciego. Si éste no hubiera venido de Dios, no
34 habría podido hacer nada. Ellos le respondieron:
Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nos-
35 otros? Y echáronle fuera. Jesús oyó decir que le
habían echado fuera; y hallándole, le dijo: ¿Crees
36 tú en el Hijo del Hombre?[1] El respondió: ¿Y quién
37 es, Señor?, a fin de que crea en él. Díjole Je-
sús: No sólo le has visto, sino que es el que habla
38 contigo. El entonces dijo: Creo, Señor. Y le adoró.
39 Y Jesús añadió: Para juicio vine yo a este mundo, a

[1] V. 35. Var.: *en el Hijo de Dios.*

fin de que los que no ven, vean; y los que ven, sean
40 cegados. Al oír esto algunos fariseos que estaban
con él, le dijeron: ¿Somos también nosotros ciegos?
41 Respondióles Jesús: Si fuerais ciegos, no tendríais
pecado; pero ahora decís: Vemos; *por tanto,* vues-
tro pecado permanece.

10, 1 En verdad, en verdad os digo: El que no entra
por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que
2 sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas
el que entra por la puerta, pastor de las ovejas es.
3 A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y
a sus propias ovejas llama por nombre, y las saca.
4 Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va de-
lante de ellas; y las ovejas le siguen, porque cono-
5 cen su voz; pero a un extraño no seguirán, antes
huirán de él; porque no conocen la voz de los extra-
6 ños. Esta alegoría les puso Jesús; mas ellos no
entendieron el significado de lo que les hablaba.
7 Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto
8 os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos
cuantos han venido antes de mí, ladrones son y sal-
9 teadores; mas no los oyeron las ovejas. Yo soy la
puerta; el que por mí entrare, será salvo; y en-
10 trará y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no vie-
ne sino para hurtar, y matar, y destruir; yo vine
para que tengan vida, y para que la tengan en
11 abundancia. Yo soy el buen pastor; el buen pas-
12 tor da su vida por las ovejas. El que es asalariado,
y no *verdadero* pastor, de quien no son propias las
ovejas, ve venir al lobo, y, abandonando las ovejas,
13 huye; y el lobo las arrebata y dispersa. *Huye* por-
que es asalariado, y no se le da cuidado de las ove-
14 jas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas,
15 y las mías me conocen, como el Padre me conoce
a mí, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las
16 ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de
este aprisco; aquéllas también me es necesario traer,
y oirán mi voz; y habrá un solo rebaño y un solo

17 pastor. Por esto me ama el Padre, porque yo pon-
18 go mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la
quitó, [1] sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo po-
testad para ponerla, y tengo potestad para volverla a
19 tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre. Hu-
bo de nuevo disensión entre los judíos por estas
20 palabras. Muchos de ellos decían: Demonio tiene,
21 y está loco; ¿por qué le oís? Otros decían: Estas
palabras no son de endemoniado; ¿puede acaso un
demonio abrir los ojos a los ciegos?

22 Celebrábase entonces en Jerusalén la fiesta de
23 la Dedicación. Era invierno; y andaba Jesús en el
24 Templo por el Pórtico de Salomón. Rodeáronle,
pues, los judíos, y le decían: ¿Hasta cuándo nos has
de tener en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo
25 claramente. Respondióles Jesús: Os lo dije, y no
creéis; las obras que yo hago en el nombre de mi Pa-
26 dre, éstas dan testimonio de mí. Mas vosotros no
27 creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas
28 oyen mi voz,y yo las conozco, y me siguen. Y yo
les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie
29 las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me
ha dado es mayor que todas las cosas, [2] y nadie pue-
30 de arrebatar *nada* de la mano de mi Padre. Yo y
31 el Padre una cosa somos. Volvieron los judíos a
32 tomar piedras para apedrearle. Jesús les dijo: Mu-
chas buenas obras os he mostrado del Padre, ¿por
33 cuál de ellas vais a apedrearme? Respondiéronle
los judíos: Por buena obra no te apedreamos, sino
por blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces
34 Dios. Jesús les respondió: ¿No está escrito en
35 vuestra Ley: Yo dije: Dioses sois? Si llamó dioses
a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la
36 Escritura no puede ser anulada); ¿a quien el Padre
santificó y envió al mundo, vosotros decís: ¡Blasfe-

---

[1] V. 18. Var.: *quita.*
[2] V. 29. Var.: *Mi Padre que me las ha dado es mayor que todos, y nadie,* etc.

37 mas!, porque dije: Hijo de Dios soy? Si no hago
38 las obras de mi Padre, no me creáis; mas si las ha-
go, aunque a mí no me creáis, creed a las obras; para
que sepáis y entendáis que el Padre está en mí, y
39 yo en el Padre. Entonces otra vez procuraban
prenderle; mas él se salió de entre sus manos.

40 Fuése Jesús de nuevo allende el Jordán, al lugar
donde Juan había estado bautizando al principio; y
41 se estuvo allí. Y muchos vinieron a él, y decían:
Juan no hizo ninguna señal; mas todo cuanto dijo de
42 éste, era verdad. Y allí muchos creyeron en él.

11, 1 Estaba enfermo uno, *llamado* Lázaro, de Be-
tania, la aldea de María y de Marta su hermana.
2 María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fué la
que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los
3 pies con sus cabellos: Enviaron, pues, las herma-
nas a decir a Jesús: Señor, el que amas está enfer-
4 mo. Al oírlo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es
para muerte, sino por la gloria de Dios, para que el
5 Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Je-
6 sús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando
oyó, pues, que se hallaba enfermo, quedóse dos días
7 más en el lugar donde estaba. Luego, después de
esto, dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a Judea.
8 Dijéronle los discípulos: Rabí, hace poco procuraban
9 los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Jesús
respondió: ¿No tiene el día doce horas? Si uno anda
de día, no tropieza; porque ve la luz de este mundo;
10 mas si anda de noche, tropieza; porque no hay luz en
11 él. Dicho esto, díceles después: Nuestro amigo
Lázaro se ha dormido; mas voy allá a despertarle.
12 Dijéronle entonces los discípulos: Señor, si duerme,
13 se salvará. Mas Jesús había hablado de la muer-
te de Lázaro; y ellos pensaron que se refería al sueño
14 natural. Entonces Jesús les dijo claramente: Lá-
15 zaro ha muerto. Y me alegro por vosotros de no
haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él.

16 Entonces Tomás,[1] llamado Dídimo,[1] dijo a sus con-
discípulos: Vamos también nosotros, para que mura-
mos con él.
17 Y cuando llegó Jesús, halló que hacía ya cuatro
18 días que *Lázaro* estaba en el sepulcro. Betania no
distaba de Jerusalén más que unos quince estadios;[2]
19 y muchos de los judíos habían venido a Marta y a
20 María, para consolarlas por su hermano. Marta,
pues, al oír que Jesús venía, salió a su encuentro;
21 pero María permaneció sentada en casa. Y Marta
dijo a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no ha-
22 bría muerto mi hermano; y aun ahora sé que todo
23 lo que pidieres a Dios, Dios te lo dará. Respon-
24 dióle Jesús: Resucitará tu hermano. Marta repu-
so: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el
25 día postrero. Jesús le dijo: Yo soy la resurrec-
ción y la vida; el que cree en mí, aunque muriere,
26 vivirá; y todo el que vive y cree en mí, nunca
27 jamás morirá. ¿Crees esto? Ella le contestó: Sí,
Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de
28 Dios, que había de venir al mundo. Dicho esto, fué
y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto:
29 El Maestro está aquí y te llama. Al oírlo ella, se
levantó con presteza y se dirigió adonde él estaba.
30 (Jesús no había entrado aún en la aldea, sino que es-
taba todavía en el lugar donde Marta le había encon-
31 trado.) Los judíos que estaban con María en la casa,
y la consolaban, viendo que se había levantado con
presteza y había salido, siguiéronla, pensando que
32 iba al sepulcro a llorar allí. Y María, cuando llegó
donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies, dicién-
dole: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no
33 habría muerto. Jesús, entonces, como la vió llo-
rando, y a los judíos que habían venido juntamente
con ella, que lloraban *también,* se conmovió en su
34 espíritu, y turbóse, y dijo: ¿Dónde le habéis pues-

[1] V. 16. Ambos nombres, uno en arameo y otro en griego, significan *gemelo*.
[2] V. 18. Tres kilómetros próximamente.

35 to? Dícenle: Señor, ven y lo verás. Lloró Je-
36 sús. Y decían los judíos: ¡Mirad cómo le amaba!
37 Mas algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que
abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lá-
38 zaro no muriera? Entonces Jesús, conmoviéndo-
se otra vez en sí mismo, vino al sepulcro, que era
una cueva con una piedra puesta en la entrada.
39 Dice Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del
muerto, le dijo: Señor, hiede ya, que es de cuatro
40 días. Repuso Jesús: ¿No te dije que si creyeres,
41 verás la gloria de Dios? Quitaron entonces la pie-
dra. Y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre,
42 gracias te doy porque me has oído. Yo sabía que
siempre me oyes; mas por causa de la multitud que
está alrededor, lo he dicho, para que crean que tú
43 me enviaste. Habiendo dicho esto, clamó a gran
44 voz: Lázaro, ven fuera. Y el que había muerto
salió, atados los pies y las manos con vendas; y su
rostro estaba envuelto en un sudario. Díceles Jesús:
Desatadle y dejadle ir.

45 Entonces muchos de los judíos que habían veni-
do a María y visto lo que hizo Jesús, creyeron en él;
46 mas algunos de ellos fueron a los fariseos y les di-
47 jeron las cosas que Jesús había hecho. Entonces
los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el
Sanedrín, y decían: ¿Qué hacemos? Porque este hom-
48 bre obra muchas señales. Si le dejáremos *seguir*
así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y
49 destruirán nuestro lugar y nuestra nación. Mas
uno de ellos, Caifás, siendo sumo sacerdote aquel
50 año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni consi-
deráis que os conviene que uno muera por el pue-
51 blo, y no que toda la nación perezca. Esto, empero,
no lo dijo de por sí, sino que, como era sumo sacer-
dote aquel año, profetizó que Jesús había de morir
52 por la nación; y no solamente por la nación, sino
también para reunir en uno a los hijos de Dios que
53 estaban dispersos. Así que, desde aquel día re-
solvieron darle muerte.

54 Por tanto, Jesús no andaba ya públicamente en-
tre los judíos, sino que se fué de allí a la región cer-
cana al desierto, a una ciudad llamada Efraín, donde
55 se quedó con sus discípulos. Mas estaba cerca la
Pascua de los judíos; y de aquella región subieron
muchos a Jerusalén antes de la Pascua, para purifi-
56 carse; y buscaban a Jesús, y se decían unos a
otros, estando en el Templo: ¿Qué os parece?, ¿que
57 no vendrá a la fiesta? Y los principales sacerdotes
y los fariseos habían dado orden de que si alguno su-
piese dónde estaba *Jesús,* diera aviso, para que le
prendiesen.

12, 1 Seis días antes de la Pascua, vino Jesús a Be-
tania, donde estaba Lázaro, a quien él había le-
2 vantado de entre los muertos. Y diéronle allí una
cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que
3 estaban con Jesús a la mesa. Entonces María, to-
mando una libra de perfume de nardo puro de gran
valor, ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus
cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume.
4 Pero Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que
5 le iba a entregar, dijo: ¿Por qué no se vendió
este perfume por trescientos denarios, y se dió a
6 los pobres? Esto lo dijo, no porque se cuidara de
los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la
bolsa, sustraía *de* lo que se iba echando en ella.
7 Entonces Jesús dijo: Déjala; *será* que para el día
8 de mi sepultura lo haya guardado; porque a los
pobres siempre los tenéis con vosotros, mas a mí no
9 siempre me tenéis. La gran multitud de los judíos
supo que Jesús estaba allí; y vinieron, no solamente
por él, sino también por ver a Lázaro, a quien había
10 resucitado de entre los muertos. Mas los principa-
les sacerdotes resolvieron dar muerte también a Lá-
11 zaro; pues a causa de él muchos judíos se aparta-
ban *de ellos,* y creían en Jesús.
12 Al día siguiente, la muchedumbre que había acu-
dido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén,

13 tomaron hojas de las palmeras y salieron a su en-
cuentro, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene
14 en nombre del Señor, el Rey de Israel! Y Jesús,
hallando un asnillo, se sentó sobre él, como está es-
crito:

15 «No temas, hija de Sión,
he aquí tu Rey viene,
sentado sobre un pollino de asna.»[1]

16 Estas cosas no las entendieron al principio los discí-
pulos; mas cuando Jesús fué glorificado, entonces se
acordaron de que estaban escritas acerca de él, y
17 de que ellos se las habían hecho. Entretanto, la
gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del
sepulcro y le resucitó de entre los muertos, daba tes-
18 timonio de ello. Por esto también, salió a su en-
cuentro la multitud, porque oyó decir que él había
19 hecho esta señal. De suerte que los fariseos dije-
ron entre sí: Ya veis que nada conseguís; he aquí,
el mundo se va tras él.

20 Y entre los que subían para adorar en la fiesta,
21 había algunos griegos. Estos se llegaron a Felipe,
que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban di-
22 ciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Felipe fué,
y se lo dijo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron en-
tonces, y se lo dijeron a Jesús.
23 Respondióles Jesús: Ha llegado la hora para que
24 el Hijo del Hombre sea glorificado. En verdad, en
verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en
la tierra no muere, queda solo; mas si muere, lleva
25 mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; mas el
que aborrece su vida en este mundo, la conservará
26 para vida eterna. El que quiera servirme, sígame;
y donde yo estuviere, allí también estará mi siervo.
27 Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará. Ahora
está turbada mi alma, ¿y qué diré? Padre, sálvame
de esta hora. Mas por esto he venido a esta hora.

---

[1] V. 15. Zac. 9: 9.

28 Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz
del cielo, diciendo: Y lo he glorificado, y lo glorificaré
otra vez.
29 La multitud que estaba allí, y oyó la voz, decía que
había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha
30 hablado. Respondió Jesús: No ha venido esta voz
31 por mí, sino por vosotros. Ahora es el juicio[1] de
este mundo; ahora será echado fuera el príncipe de
32 este mundo. Y yo, si fuere levantado de la tierra,
33 a todos atraeré a mí mismo. Esto lo decía, dando
34 a entender de qué muerte iba a morir. Respondióle
la gente: Nosotros hemos sabido por la Ley, que
el Cristo permanece para siempre; ¿cómo, pues, dices
tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea
35 levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre? Díjoles
Jesús: Aun está la luz por un poco de tiempo entre
vosotros; andad mientras tenéis la luz, para que
no os sorprendan las tinieblas; pues el que anda en
36 tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis
la luz, creed en la luz, para que lleguéis a ser
hijos de luz. Estas cosas habló Jesús, y fuése, y
ocultóse de ellos.
37 Mas aunque había hecho delante de ellos tantas
38 señales, no creían en él; para que se cumpliesen
las palabras del profeta Isaías que dijo:

«Señor, ¿quién ha creído nuestro anuncio?
¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?»[2]

39 Por esto no podían creer, porque dijo Isaías en otro
lugar:

40 «Ha cegado los ojos de ellos,
y endurecido su corazón;
para que no vean con los ojos,
ni perciban con el corazón, ni se vuelvan,
y yo los sane.»[3]

41 Estas cosas dijo Isaías, porque vió su gloria y habló
42 de él. Sin embargo, aun de los gobernantes, mu-

---

[1] V. 31. Gr. *un juicio.*
[2] V. 38. Is. 53: 1.
[3] V. 40. Is. 6: 9 y 10.

chos creyeron en él; mas a causa de los fariseos no
lo[1] confesaban, por no ser excluídos de la sinagoga;
43 porque amaron más la gloria de los hombres que la
gloria de Dios.
44 Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en
45 mí *solamente,* sino en el que me envió; y el que
46 me ve, ve al que me envió. Yo, la luz, he venido
al mundo, para que todo aquel que cree en mí, no
47 permanezca en las tinieblas. Si alguno oye mis pa-
labras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no
48 vine para juzgar al mundo, sino para salvarlo. El
que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene
quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juz-
49 gará en el día postrero. Porque yo no he hablado
de por mí, mas el Padre que me envió, él me ha or-
50 denado lo que debo decir y cómo debo hablar. Y sé
que su mandamiento es vida eterna; así pues, lo que
yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.

13, 1 Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús
que había llegado su hora para que pasase de este
mundo al Padre, como había amado a los suyos que
2 estaban en el mundo, amólos hasta lo sumo.[2] Y
durante la cena (como el diablo hubiese ya puesto en
el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el pro-
3 pósito de entregarle), sabiendo *Jesús* que el Pa-
dre había puesto todas las cosas en sus manos, y que
4 había venido de Dios y a Dios iba, levantóse de la
cena, se quitó su vestidura, y tomando una toalla, se
5 la ciñó. Después, echando agua en el lebrillo, em-
pezó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugar-
6 los con la toalla con que estaba ceñido. Cuando lle-
gó a Simón Pedro, éste le dice: Señor, ¿tú me lavas
7 los pies? Respondióle Jesús: Lo que yo hago, no
8 lo sabes tú ahora, mas lo entenderás después. Pe-
dro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Respon-

---

[1] V. 42. o, *le.*
[2] V. 1. o, *hasta el fin.*

dióle Jesús: Si no te lavo, no tienes parte conmigo.
9 Díjole Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino
10 también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El
que está lavado, no necesita sino lavarse los pies,
porque está todo limpio; y vosotros limpios estáis, pe-
11 ro no todos. Porque sabía quién le iba a entregar;
12 por eso dijo: No todos estáis limpios. Y después
de lavarles los pies y ponerse su ropa, volvió a la
mesa, y les dijo: ¿Entendéis lo que os he hecho?
13 Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien,
14 porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el
Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también
15 debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque
ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho,
16 vosotros también hagáis. En verdad, en verdad os
digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el en-
17 viado, mayor que el que le envió. Si sabéis estas
18 cosas, bienaventurados sois, si las hacéis. No ha-
blo de todos vosotros; yo sé a quiénes escogí; mas
esto es para que se cumpla esta escritura:
«El que come mi pan, ha levantado contra mí
su calcañar.» [1]
19 Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que
20 cuando suceda, creáis que yo soy. De cierto, de
cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, a mí
me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me
21 envió. Habiendo dicho Jesús esto, turbóse en su
espíritu, y afirmó solemnemente: En verdad, en ver-
dad os digo, que uno de vosotros me va a entregar.
22 Mirábanse los discípulos unos a otros, dudando de
23 quién hablaba. Y uno de ellos, el discípulo que
Jesús amaba, estaba reclinado en el seno de Jesús.
24 A éste, pues, hizo seña Simón Pedro, y le dijo: Di-
25 nos de quién habla. El, entonces, como estaba,
recostándose sobre el pecho de Jesús, le preguntó:
26 Señor, ¿quién es? Respondió Jesús: Es aquél para
quien yo moje el bocado *de pan* y se lo dé. Y ha-

[1] V. 18. Sal. 41: 9.

biéndolo mojado, lo tomó y diólo a Judas, hijo de Si-
27 món Iscariote. Y tras el bocado, Satanás entró en
él. Díjole entonces Jesús: Lo que haces, hazlo cuan-
28 to antes. Mas ninguno de los que estaban a la mesa
29 entendió a qué propósito le dijo esto. Pues algu-
nos pensaban que, como Judas tenía la bolsa, Jesús
quería decirle: Compra lo que nos hace falta para la
30 fiesta; o, que diese algo a los pobres. Y Judas, ha-
biendo tomado el bocado, salió inmediatamente. Era
de noche.

31 Después que *Judas* hubo salido, dijo Jesús: Ahora
es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorifi-
32 cado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios tam-
bién le glorificará en sí mismo, y en seguida le glo-
33 rificará. Hijitos, poco tiempo estaré ya con vos-
otros. Me buscaréis, y como dije a los judíos, ahora
os digo también a vosotros: Donde yo voy, vosotros
34 no podéis venir. Un mandamiento nuevo os doy:
Que os améis los unos a los otros; como yo os he
amado, que también os améis los unos a los otros.
35 En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si
36 tuviereis amor los unos para con los otros. Díjole
Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas? Respondióle Je-
sús: A donde yo voy, no puedes seguirme ahora;
37 pero me seguirás más tarde. Repuso Pedro: Señor,
¿por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida pondré
38 por ti. Jesús le contestó: ¿Tu vida pondrás por mí?
En verdad, en verdad te digo: No cantará el gallo
antes que me hayas negado tres veces.

14, 1 No se turbe vuestro corazón; creed en Dios,
2 creed también en mí. En la casa de mi Padre mu-
chas moradas hay; si así no fuera, os lo hubiese di-
cho, porque voy a preparar lugar para vosotros.
3 Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez,
y os tomaré conmigo, a fin de que donde yo estoy,
4 vosotros también estéis. Y adonde yo voy, sabéis
5 el camino. Díjole Tomás: Señor, no sabemos adonde
6 vas; ¿cómo vamos a saber el camino? Jesús le res-
pondió: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida;

7 nadie viene al Padre, sino por mí. Si me hubieseis
conocido, también a mi Padre conoceríais. Desde
8 ahora le conocéis y le habéis visto. Díjole Felipe:
9 Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Respon-
dióle Jesús: ¿Tanto tiempo ha que estoy con vos-
otros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha
visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: Mués-
10 tranos al Padre? ¿No crees que yo soy en el
Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os
digo, no las hablo de por mí; mas el Padre, que mora
11 en mí, hace sus obras. Creedme que yo soy en el
Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creed por
12 las mismas obras. De cierto, de cierto os digo: El
que cree en mí, las obras que yo hago, también él
las hará; y mayores que éstas hará; porque yo voy
13 al Padre. Y cualquier cosa que pidiereis en mi
nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado
14 en el Hijo. Si algo me pidiereis en mi nombre, yo
15 lo haré. Si me amáis, guardaréis mis mandamien-
16 tos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Consola-
dor,[1] a fin de que esté con vosotros para siempre;
17 al Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede
recibir, porque no le ve, ni le conoce; mas vosotros
le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en
18 vosotros. No os dejaré huérfanos, vendré a vos-
19 otros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más;
pero vosotros me veréis;[2] porque yo vivo, y vosotros
20 viviréis. En aquel día conoceréis que yo soy en mi
21 Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que
tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que
me ama; y el que me ama será amado por mi Padre,
22 y yo le amaré y me manifestaré a él. Díjole Judas
(no el Iscariote): Señor, ¿qué hay para que te hayas
23 de manifestar a nosotros y no al mundo? Respon-
dióle Jesús: Si alguno me ama, guardará mi palabra;
y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos

---

[1] V. 16. o, abogado; o, ayudador; Gr. *Parácllto*.
[2] V. 19. Gr. *veis*.

24 con él morada. El que no me ama, no guarda mis
palabras; con todo, la palabra que oís, no es mía, si-
25 no del Padre que me envió. Estas cosas os he ha-
26 blado estando con vosotros; mas el Consolador,
el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nom-
bre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará
27 todo lo que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz
os doy; yo no os doy como da el mundo. No se turbe
28 vuestro corazón, ni se acobarde. Oísteis que os
dije: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os
habríais gozado de que voy al Padre; porque el Pa-
29 dre mayor es que yo. Y ahora os lo he dicho antes
que suceda, para que cuando sucediere, creáis.
30 No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el
príncipe de *este* mundo, y en mí no tiene nada.
31 Pero *esto es* para que el mundo conozca que amo
al Padre, y que como el Padre me ordenó, así hago.
Levantaos, vamos de aquí.
15, 1 Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el la-
2 brador. Todo sarmiento que, estando en mí, no lle-
va fruto, lo quita; y todo el que lleva fruto, lo limpia,
3 para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis lim-
4 pios por la palabra que os he hablado. Permaneced
en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no pue-
de llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la
vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.
5 Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que per-
manece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto;
6 porque separados de mí, nada podéis hacer. El que
no permanece en mí, es echado fuera, cual un sar-
miento, y se seca; luego juntan los sarmientos se-
7 cos y los echan en el fuego, y arden. Si perma-
neciereis en mí y mis palabras permanecieren en
8 vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho. En
esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho
9 fruto y seáis *así* discípulos míos. Como el Padre me
ha amado, yo también os he amado a vosotros; per-
10 maneced en mi amor. Si guardareis mis mandamien-
tos, permaneceréis en mi amor; como yo he guarda-

do los mandamientos de mi Padre, y permanezco en
11 su amor. Estas cosas os he hablado para que mi
gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumpli-
12 do. Este es mi mandamiento: Que os améis los
13 unos a los otros, como yo os he amado. Nadie tie-
ne mayor amor que este: que uno ponga su vida
14 por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si ha-
15 céis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos,
porque el siervo no sabe lo que hace su señor; mas
os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí
16 de mi Padre, os las he dado a conocer. Vosotros no
me escogisteis a mí; antes bien, yo os escogí a vos-
otros; y os puse para que vayáis y llevéis fruto, y
vuestro fruto permanezca; a fin de que cualquiera
cosa que pidiereis al Padre en mi nombre, os la dé.
17 Esto os mando: Que os améis los unos a los otros.
18 Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha abo-
19 rrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mun-
do, el mundo amaría lo suyo; mas porque no sois del
mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso el
20 mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que os
dije: No es el siervo mayor que su señor. Si a mí me
persiguieron, también a vosotros os perseguirán; si
guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra.
21 Mas todas estas cosas harán con vosotros a causa de
22 mi nombre, porque no conocen al que me envió. Si
no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no ten-
drían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pe-
23 cado. El que a mí me aborrece, también aborrece
24 a mi Padre. Si no hubiese hecho entre ellos las
obras que ningún otro hizo, no tendrían pecado; mas
ahora, no sólo han visto, sino que han aborrecido,
25 tanto a mí como a mi Padre. Pero *esto es así,* para
que se cumpla la palabra que está escrita en la ley
de ellos:

«Sin causa me aborrecieron.» [1]

26 *Mas* cuando venga el Consolador, a quien yo os en-

---

[1] V. 25. Sal. 35 : 19.

viaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede
27 del Padre, él dará testimonio de mí; y también
vosotros dad[1] testimonio, porque habéis estado con-
migo desde el principio.
16, 1 Estas cosas os he hablado para que no os es-
2 candalicéis. Os excluirán de las sinagogas, y aun
viene la hora, cuando cualquiera que os mate pensa-
3 rá que ofrece servicio[2] a Dios. Y harán estas co-
4 sas, porque no han conocido al Padre ni a mí. Mas
os he hablado estas cosas, para que cuando venga
su hora, os acordéis de ellas, y de que yo os las
dije. Esto, empero, no os lo dije al principio, porque
5 yo estaba con vosotros. Mas ahora voy al que me
envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde
6 vas? Antes bien, porque os he hablado estas co-
7 sas, la tristeza ha henchido vuestro corazón. Pero
yo os digo la verdad: Os conviene que yo vaya;
porque si no me fuere, el Consolador no vendrá a
8 vosotros; mas si me fuere, os le enviaré. Y cuan-
do él venga, convencerá al mundo de pecado, de
9 justicia, y de juicio: de pecado, porque no creen
10 en mí; de justicia, porque vuelvo al Padre, y no
11 me veréis más; y de juicio, porque el príncipe de
12 este mundo ha sido juzgado. Aun tengo muchas
cosas que deciros, mas ahora no las podéis llevar.
13 Pero cuando venga aquél, el Espíritu de verdad, él
os guiará a toda la verdad; porque no hablará de por
sí, sino que hablará todo lo que oye, y os declarará
14 las cosas que están por venir. El me glorificará;
15 porque tomará de lo mío, y os lo declarará. Todo
cuanto tiene el Padre, mío es; por eso dije que to-
16 mará[3] de lo mío, y os lo declarará. Un poquito, y
no me veréis[4] más; y otra vez un poquito, y me ve-
17 réis. Dijéronse entonces algunos de sus discípulos
unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poqui-

---

[1] V. 27. o, *dais.*
[2] V. 2. o, *culto.*
[3] V. 15. Gr. *toma.*
[4] V. 16. Gr. *veis.*

to, y no me veréis;[1] y otra vez un poquito, y me
18 veréis, y: Porque yo voy al Padre? Decían, por
tanto: ¿Qué es este «poquito» de que habla? No
19 entendemos lo que dice. Conoció Jesús que que-
rían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vos-
otros acerca de esto que dije: Un poquito, y no me
20 veréis,[1] y otra vez, un poquito, y me veréis? En
verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y
os lamentaréis, mas el mundo se gozará; vosotros
estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá
21 en gozo. La mujer cuando está de parto, tiene tris-
teza, porque ha llegado su hora; mas después de ha-
ber dado a luz al niño, ya no se acuerda de la tribu-
lación, por el gozo de que haya nacido un hombre en
22 el mundo. Así también, vosotros ahora tenéis tris-
teza; mas os veré otra vez, y se gozará vuestro co-
23 razón; y nadie os quitará[2] vuestro gozo. En aquel
día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os
digo, lo que pidiereis al Padre, os lo dará en mi nom-
24 bre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi
nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo
25 sea cumplido. Estas cosas os he hablado en pro-
verbios; la hora viene cuando ya no os hablaré por
proverbios, sino que os comunicaré claramente las
26 cosas de mi Padre. En aquel día pediréis en mi
nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por
27 vosotros, pues el Padre mismo os ama, por cuanto
vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo
28 salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mun-
29 do; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Dí-
cenle sus discípulos: Ahora sí que hablas claramente,
30 y no empleas ningún proverbio. Ahora compren-
demos que sabes todas las cosas, y que no necesitas
que nadie te pregunte; por esto creemos que salis-
31 te de Dios. Respondióles Jesús: ¿Ahora creéis?
32 He aquí viene la hora, y ha llegado ya, de que seáis

---

[1] V. 17 y 19. Gr. *veis.*
[2] V. 22. Gr. *quita.*

esparcidos, cada uno por su lado, y me dejéis solo;
sin embargo, no estoy solo, porque el Padre está
33 conmigo. Estas cosas os he hablado, para que en
mí tengáis paz. En el mundo tenéis tribulación; pero
tened buen ánimo, yo he vencido al mundo.
17, 1 Estas cosas habló Jesús, y alzando sus ojos al
cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu
2 Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti; como le
diste potestad sobre toda carne, para que a todos los
3 que le has dado, les dé vida eterna. Esta, empero,
es la vida eterna: Que te conozcan a ti, único Dios
4 verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste. Yo
te glorifiqué en la tierra, acabando la obra que me
5 has dado que hiciese. Y ahora, Padre, glorifícame
tú cerca de ti mismo con aquella gloria que yo tenía
6 contigo antes que el mundo fuese. Yo manifesté
tu nombre a los hombres que del mundo me diste;
tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu Pala-
7 bra. Ahora han conocido que todo cuanto me has
8 dado procede de ti; pues las palabras que me dis-
te, les he dado; y ellos las recibieron, y conocieron
verdaderamente que salí de ti, y creyeron que tú me
9 enviaste. Yo ruego por ellos. No ruego por el mun-
do, sino por los que me has dado, porque son tuyos,
10 (y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío); y he sido glo-
11 rificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo; pero
éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo,
guárdalos en tu nombre, el que[1] me has dado, para que
12 ellos sean una cosa como lo somos nosotros. Cuan-
do estaba con ellos, yo los conservaba en tu nombre,
en el que me has dado; los guardé, y ninguno de
ellos se perdió sino el hijo de perdición, para que la
13 Escritura se cumpliese. Mas ahora vengo a ti; y
hablo estas cosas, *estando* en el mundo, para que
14 tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he
dado tu Palabra; y el mundo los aborreció, porque
no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

---

[1] V. 11. Var.: *a los que.*

15 No ruego que los quites del mundo, sino que los
16 guardes del maligno.[1] No son del mundo, como
17 tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la ver-
18 dad: tu palabra es la verdad. Como tú me enviaste
19 al mundo, yo también los envié al mundo. Y por
ellos yo me santifico a mí mismo, para que también
20 ellos sean santificados en la verdad. Mas no ruego
solamente por éstos, sino también por los que creen
21 en mí por la palabra de ellos, que todos sean una
cosa; como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que
también ellos estén en nosotros, para que el mundo
22 crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria
que tú me diste, para que sean una cosa, como nos-
23 otros lo somos; yo en ellos, y tú en mí; para que
sean hechos perfectamente una cosa, y el mundo co-
nozca que tú me enviaste, y que los amaste a ellos
24 como me amaste a mí. Padre, aquellos que me has
dado, quiero que donde yo esté, estén ellos también
conmigo; para que contemplen mi gloria que me has
dado; porque me amaste antes de la fundación del
25 mundo. Padre justo, el mundo no te conoció, mas
yo te conocí, y éstos conocieron que tú me enviaste;
26 y yo les di a conocer tu nombre, y lo daré a conocer
aún; para que el amor con que me amaste esté en
ellos, y en ellos yo también.

18, 1 Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con
sus discípulos al otro lado del torrente de los Ce-
dros, donde había un huerto, en el cual entró él con
2 sus discípulos. Y Judas, el que le entregaba, cono-
cía también aquel lugar; porque Jesús se había re-
3 unido allí muchas veces con sus discípulos. Judas,
pues, tomando la cohorte[2] y los alguaciles que le
dieron los principales sacerdotes y los fariseos, fué
4 allí con linternas y antorchas, y con armas. Enton-
ces Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían

---

[1] V. 15. o, *del mal.*
[2] V. 3. Véase Mat. 27: 27 nota.

de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién
5 buscáis? Respondiéronle: A Jesús el Nazareno.
Díjoles Jesús: Yo soy. (Y Judas, el que le entrega-
6 ba, estaba también con ellos.) Y luego que les di-
7 jo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra. Vol-
vió pues a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos
8 respondieron: A Jesús el Nazareno. Díjoles Jesús:
Os he dicho que yo soy; por tanto, si me buscáis a
9 mí, dejad ir a éstos. (Para que así se cumpliese la
palabra que había dicho: De los que me has dado,
10 ninguno de ellos perdí.) Entonces Simón Pedro,
que tenía una espada, la desenvainó, y asestando un
golpe al siervo del sumo sacerdote, le cortó la oreja
11 derecha. El nombre del siervo era Malco. Y Jesús
dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; el cáliz que
el Padre me ha dado, ¿no lo he de beber?

12 Entonces la cohorte, el tribuno, y los alguaciles
13 de los judíos prendieron a Jesús y le ataron; y lle-
váronle primero a Anás, porque era suegro de Cai-
14 fás, sumo sacerdote aquel año. (Caifás era el que
había dado a los judíos el consejo de que convenía
15 que uno muriese por el pueblo.) Y seguían a Jesús
Simón Pedro y otro discípulo. Este otro discípulo era
conocido del sumo sacerdote, en cuyo palacio entró
16 con Jesús; mas Pedro estaba fuera, cerca de la
puerta. Salió, por tanto, el otro discípulo, el conoci-
do del sumo sacerdote, y habiendo hablado a la por-
17 tera, metió dentro a Pedro. Entonces la criada
portera dijo a Pedro: ¿Eres tú también de los discí-
pulos de este hombre? Respondió él: No lo soy.
18 Los siervos y los alguaciles habían encendido un
brasero, porque hacía frío, y estaban en pie calen-
tándose; y Pedro estaba también con ellos en pie, y
se calentaba.

19 Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de
20 sus discípulos y de su doctrina. Respondióle Jesús:
Yo públicamente he hablado al mundo; yo siempre
enseñé en las sinagogas y en el Templo, donde
concurren todos los judíos; y nada he hablado en

21 oculto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta
a los que me han oído, qué les he hablado; he aquí
22 ellos saben lo que yo he dicho. Y al decir esto
Jesús, uno de los alguaciles, que estaba presente,
le dió una bofetada, [1] diciendo: ¿Así respondes al
23 sumo sacerdote? Contestóle Jesús: Si he hablado
mal, da testimonio del mal; y si *he hablado* bien,
24 ¿por qué me hieres? Anás entonces le envió atado
a Caifás, el sumo sacerdote.
25 Estaba, pues, Simón Pedro en pie calentándose;
y dijéronle: ¿Eres tú de sus discípulos? El negó, y
26 dijo: No lo soy. Uno de los siervos del sumo sacer-
dote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado
la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él?
27 Pedro negó otra vez; y al instante cantó un gallo.
28 Y llevaron a Jesús de *casa de* Caifás al Pre-
torio. Era muy de mañana; y ellos no entraron en el
Pretorio, por no contaminarse, y así poder comer la
29 Pascua. Por tanto, salió fuera Pilatos a donde ellos
estaban, y preguntó: ¿Qué acusación traéis contra
30 este hombre? Ellos le respondieron: Si éste no fue-
31 ra malhechor, no te lo habríamos entregado. Díjoles
entonces Pilatos: Tomadle vosotros, y juzgadle se-
gún vuestra Ley. Contestáronle los judíos: A nosotros
32 no nos es lícito dar muerte a nadie; (para que se
cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a
33 entender de qué muerte iba a morir.) Volvió, pues,
a entrar Pilatos en el Pretorio, llamó a Jesús, y le
34 preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le
respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han
35 dicho otros de mí? Repuso Pilatos: ¿Acaso soy yo
judío? Tu nación y los principales sacerdotes te han
36 entregado a mí. ¿Qué has hecho? Respondió Jesús:
Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo
fuera mi reino, mis servidores pelearían para que yo
no fuese entregado a los judíos; mas ahora, mi reino
37 no es de aquí. Entonces díjole Pilatos: ¿Luego tú

[1] V. 22. o, *un varazo.*

eres rey? Respondió Jesús: Tú lo dices; soy rey. [1]
Yo para esto he nacido, y para esto he venido al
mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel
38 que es de la verdad oye mi voz. Dícele Pilatos:
¿Qué cosa es verdad? Y como hubo dicho esto, salió
otra vez a los judíos y les dijo: Yo no hallo en él
39 ningún delito. Mas tenéis por costumbre que os
suelte un *preso* en la Pascua; ¿queréis, pues, que os
40 suelte al rey de los judíos? Entonces volvieron a
gritar, diciendo: A éste no; sino a Barrabás. Y Ba-
rrabás era ladrón.
19, 1 Entonces tomó Pilatos a Jesús, y azotóle.
2 Y los soldados, habiendo entretejido una corona de
espinas, pusiéronla sobre su cabeza, y le vistieron
3 un manto de púrpura. Y llegándose ante él, le de-
cían: ¡Salve, Rey de los judíos!; y dábanle de bofe-
4 tadas. [2] Entonces Pilatos salió otra vez y díjoles:
He aquí, os le traigo fuera, para que sepáis que no
5 hallo en él ningún delito. Salió, pues, Jesús llevan-
do la corona de espinas y el manto de púrpura. Y
6 díjoles Pilatos: He aquí el hombre. Y cuando le
vieron los principales sacerdotes y los alguaciles,
prorrumpieron en gritos, diciendo: ¡Crucifícale!
¡Crucifícale! Díceles Pilatos: Tomadle vosotros, y
crucificadle; porque yo no hallo en él ningún delito.
7 Respondiéronle los judíos: Nosotros tenemos una ley
según la cual debe morir; porque se hizo a sí mismo
8 Hijo de Dios. Cuando Pilatos oyó estas palabras,
9 temió más. Y volviendo a entrar en el Pretorio,
preguntó a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no
10 le dió respuesta. Díjole, por tanto, Pilatos: ¿A mí
no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para
soltarte, y que tengo autoridad para crucificarte?
11 Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra
mí, si no te hubiera sido dada de arriba; por esto, el
12 que me entregó a ti, mayor pecado tiene. Desde

---

[1] V. 37. o, *tú dices que soy rey.*
[2] V. 3. o, *varazos.*

entonces procuraba Pilatos soltarle; mas los judíos
gritaron diciendo: Si sueltas a éste, no eres amigo del
César; todo el que se hace rey, al César se opone.
13 Pilatos, al oír estas palabras, llevó fuera a Jesús, y
sentóse en su tribunal en el lugar que se llama Li-
14 tóstrotos,[1] y en hebreo, Gabata. (Era la Prepara-
ción de la Pascua y como la hora de sexta.) Y dijo a
15 los judíos: ¡He aquí vuestro rey! Mas ellos grita-
ron: ¡Quita, quita, crucifícale! Díceles Pilatos: ¿A
vuestro rey he de crucificar? Respondieron los prin-
cipales sacerdotes: No tenemos más rey que César.
16 Entonces lo entregó a ellos para que fuese cruci-
ficado.
17 Tomaron, pues, a Jesús; y él, llevando su cruz,
salió al lugar que se llama de la Calavera, y en
18 hebreo, Gólgota, donde le crucificaron, y con él
19 otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. Es-
cribió asimismo Pilatos un título, que puso sobre la
cruz. Y el escrito era:

JESÚS EL NAZARENO EL REY DE LOS JUDÍOS.

20 Este título lo leyeron muchos de los judíos; porque
el lugar donde Jesús fué crucificado estaba cerca de
la ciudad; y *el título* estaba escrito en hebreo, en
21 latín y en griego. Y los principales sacerdotes de
los judíos dijeron a Pilatos: No escribas, Rey de los
22 judíos; sino que él dijo: Soy rey de los judíos. Pi-
latos respondió: Lo que he escrito, he escrito.
23 Después de crucificar a Jesús, los soldados to-
maron sus vestiduras y las dividieron en cuatro par-
tes, una para cada soldado; *tomaron* también la
túnica, y como era sin costura, de un solo tejido de
24 arriba abajo, dijéronse unos a otros: No la rasgue-
mos, sino sorteémosla, *para ver* de quién será; (a
fin de que se cumpliese esta escritura:

---

[1] V. 13. o, *pavimento.*

«Repartiéronse mis vestiduras, y sobre mi
ropa echaron suertes.»)[1]
Y efectivamente, los soldados así lo hicieron.
25 Estaban en pie junto a la cruz de Jesús, su ma-
dre, y la hermana de su madre, María, mujer de Clo-
26 pas, y María Magdalena. Y al ver Jesús a su ma-
dre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba
27 cerca, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Lue-
go dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aque-
28 lla hora el discípulo la recibió en su casa. Después
de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban
ya consumadas, para que en todo se cumpliese la Es-
29 critura, dijo: Tengo sed. Y habiendo allí un vaso
lleno de vinagre, pusieron en un hisopo una esponja
empapada en el vinagre, y se la llegaron a la boca.
30 Y como Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consu-
mado es. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.
31 Entonces los judíos, por ser la Preparación *de la
Pascua,* para que los cuerpos no quedasen en la
cruz el sábado (pues aquel sábado era de gran so-
lemnidad), rogaron a Pilatos que se les quebrasen las
32 piernas, y fuesen quitados *de allí.* Vinieron, pues,
los soldados y quebraron las piernas al primero, y al
33 otro que fué crucificado con él. Mas cuando llega-
ron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebra-
34 ron las piernas; pero uno de los soldados le hirió
el costado con la lanza, y al instante salió sangre y
35 agua. El que lo ha visto ha dado testimonio; y su
testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad,
36 para que vosotros también creáis. Porque estas
cosas acontecieron para que se cumpliese esta es-
critura:
«No será quebrantado hueso suyo.»[2]
37 Y también dice otra escritura:
«Mirarán al que traspasaron.»[3]

---

[1] V. 24. Sal. 22: 18.
[2] V. 36. Ex. 12 : 46; Sal. 34 : 20.
[3] V. 37. Sal. 22 : 16 y 17; Zac. 12 : 10.

38 Después de estas cosas, José de Arimatea, que
era discípulo de Jesús, pero en secreto por miedo a
los judíos, pidió a Pilatos que le permitiera llevarse
el cuerpo de Jesús; y Pilatos se lo permitió. Vino,
39 pues, y se llevó el cuerpo. Y también Nicode-
mo, el que al principio había ido a Jesús de noche,
vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes,
40 como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Je-
sús y envolviéronlo en lienzos con los aromas, según
41 es costumbre sepultar entre los judíos. Y en aquel
lugar donde fué crucificado había un huerto; y en el
huerto, un sepulcro nuevo, en el cual aun no había
42 sido puesto nadie. Allí, pues, por causa de la Pre-
paración *de la Pascua* de los judíos, pusieron a Je-
sús, porque aquel sepulcro estaba cerca.

20, 1 El primer día de la semana, María Magdalena
vino de madrugada, siendo aún oscuro, al sepulcro;
y vió que la piedra había sido quitada del sepulcro.
2 Corrió entonces, y vino a Simón Pedro y al otro
discípulo a quien Jesús amaba, y les dijo: Se han lle-
vado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le
3 han puesto. Salió pues Pedro, y el otro discípu-
4 lo, y se dirigieron al sepulcro. Los dos corrían
juntos; pero el otro discípulo se adelantó, corriendo
más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro.
5 E inclinándose, vió los lienzos en el suelo; mas no
6 entró. Llegó luego Simón Pedro, que le seguía, y
entró en el sepulcro, y vió los lienzos en el suelo,
7 y el sudario, que había estado sobre la cabeza de
Jesús, no puesto con los lienzos, sino arrollado en un
8 lugar aparte. Entonces entró también el otro dis-
cípulo que había llegado primero al sepulcro, y vió,
9 y creyó. Porque aun no habían entendido la Escri-
tura, que era necesario que él resucitase de entre
10 los muertos. Y los discípulos se volvieron a los
suyos.
11 Pero María estaba fuera llorando junto al se-
pulcro. Y estando así llorando, inclinóse *a mirar*

12 dentro del sepulcro; y vió dos ángeles, vestidos de
blanco, que estaban sentados, el uno a la cabecera y
el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido
13 puesto. Y dijéronle: Mujer, ¿por qué lloras? Díce-
les: Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han
14 puesto. Y como hubo dicho esto, volvióse hacia
atrás, y vió a Jesús que estaba *allí;* mas no sabía
15 que era Jesús. Díjole Jesús: Mujer, ¿por qué llo-
ras?, ¿a quién buscas? Ella, pensando que era el hor-
telano, le contestó: Señor, si tú te lo has llevado,
16 dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré. Je-
sús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, repuso en he-
17 breo: ¡Rabuni! (que quiere decir, Maestro). Díjole
Jesús: No me toques, porque aun no he subido al
Padre; mas vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi
Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.
18 Fué María Magdalena y anunció a los discípulos: He
visto al Señor; y *les declaró* que él le había dicho
estas cosas.

19 En la tarde del mismo día, el primero de la se-
mana, y estando cerradas, por temor a los judíos, las
puertas *del lugar* donde los discípulos se hallaban,
vino Jesús y púsose en medio, y les dijo: Paz a vos-
20 otros. Y habiendo dicho esto, mostróles las manos
y el costado. Y los discípulos se gozaron al ver al
21 Señor. Entonces volvió Jesús a decirles: Paz a
vosotros. Como el Padre me ha enviado a mí, así
22 también os envío yo a vosotros. Dicho esto, sopló
23 en ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A los
que remitiereis los pecados, remitidos les son; a quie-
nes los retuviereis, les son retenidos.
24 Pero Tomás, llamado Dídimo, uno de los doce,
25 no estaba con ellos cuando Jesús vino. Dijéronle,
pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas
él repuso: Si no viere en sus manos la señal de los
clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos,
y metiere mi mano en su costado, de ninguna mane-
ra creeré.

26 Ocho días después, estaban otra vez dentro los
discípulos, y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando
cerradas las puertas, y púsose en medio, y dijo: Paz
27 a vosotros. Luego dijo a Tomás: Trae acá tu dedo,
y mira mis manos; y trae tu mano, y métela en mi
28 costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Res-
29 pondióle Tomás: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le
dijo: ¿Porque me has visto, has creído? Bienaventu-
rados los que no vieron, y creyeron.
30 Otras muchas señales, ciertamente, hizo Jesús en
presencia de sus discípulos, que no están escritas en
31 este libro; pero éstas se han escrito para que
creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para
que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

21, 1 Después de esto, manifestóse Jesús otra vez
a sus discípulos junto al mar de Tiberíades; y se
2 manifestó de esta manera. Estaban juntos Simón
Pedro, Tomás, llamado Dídimo, Natanael, de Caná
de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus
3 discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar.
Respondiéronle: Vamos también nosotros contigo.
Salieron, pues, y entraron en la barca; mas aquella
4 noche no pescaron nada. Y cuando ya iba amane-
ciendo, Jesús se presentó en la playa; pero los dis-
5 cípulos no sabían que era él. Jesús les dijo enton-
ces: Hijos, ¿tenéis algo para comer? Respondiéron-
6 le: No. El les dijo: Echad la red a la derecha de la
barca y hallaréis. Ellos la echaron; y ya no podían
7 sacarla, por la gran cantidad de peces. Entonces
aquel discípulo a quien Jesús amaba, dijo a Pedro:
Es el Señor. Simón Pedro, así que oyó que era el
Señor, ciñóse su ropa exterior (pues se había des-
8 pojado de ella), y echóse al mar. Y los otros dis-
cípulos vinieron en la barquilla (pues no distaban de
tierra más de unos doscientos codos), arrastrando la
9 red llena de peces. Cuando saltaron a tierra, vie-
ron brasas puestas, y un pescado encima de ellas, y
10 pan. Díjoles Jesús: Traed de los peces que aca-

11 báis de pescar. Subió Simón Pedro *a la barqui-*
lla, y sacó a tierra la red, llena de grandes peces,
ciento cincuenta y tres; y a pesar de que había tan-
12 tos, la red no se rompió. Jesús les dijo: Venid y
almorzad. Y ninguno de los discípulos se atrevía a
preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el
13 Señor. Vino Jesús, y tomando el pan, les dió, y
14 asimismo del pescado. Esta fué la tercera vez que
Jesús se manifestó a sus discípulos, después de ha-
ber resucitado de entre los muertos.
15 Y cuando hubieron almorzado, Jesús dijo a Simón
Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que
éstos? El le contestó: Sí, Señor, tú sabes que te
16 quiero. Díjole: Apacienta mis corderos. Volvióle a
decir por segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me
amas? El le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te
17 quiero. Díjole: Pastorea mis ovejuelas. Díjole por
tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? En-
tristecióse Pedro de que le hubiese dicho la tercera
vez: ¿me quieres?; y le respondió: Señor, tú sabes
todas las cosas, tú conoces que te quiero. Jesús le di-
18 jo: Apacienta mis ovejuelas. De cierto, de cierto
te digo, que cuando eras más joven, te ceñías tú
mismo y andabas por donde querías; mas cuando lle-
gues a viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá
19 otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo,
dando a entender con qué muerte había de glorificar
20 a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme. Volvién-
dose Pedro, vió que *les* seguía el discípulo a quien
Jesús amaba, el mismo que en la cena se recostó en
el pecho de Jesús, y le dijo: Señor, ¿quién es el que
21 te entrega? Así que Pedro le vió, dijo a Jesús:
22 Señor, y éste, ¿qué? Respondióle Jesús: Si quiero
que él quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú, sí-
23 gueme. Corrió, por tanto, la voz entre los herma-
nos de que aquel discípulo no moriría. Mas Jesús no
le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede
hasta que yo venga, ¿a ti qué?

24 Este es el discípulo que da testimonio de estas
cosas, y que las escribió; y sabemos que su testimo-
nio es verdadero.

25 Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús,
que si se escribieran una por una, pienso que ni aun
en el mundo cabrían los libros que se habrían de es-
cribir.

HECHOS

DE LOS APÓSTOLES

1, 1 En mi primer tratado, oh Teófilo, hablé de to-
das las cosas que Jesús empezó a hacer y a enseñar,
2 hasta el día en que, habiendo dado instrucciones por
el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido,
3 fué recibido arriba; a los cuales se presentó vivo
después de su pasión, con muchas pruebas indubi-
tables, apareciéndoseles durante cuarenta días en
diferentes ocasiones, y hablándoles de las cosas
4 concernientes al reino de Dios. Y estando juntos,
les ordenó que no se fueran de Jerusalén, sino que
esperasen *el cumplimiento de* la promesa del Pa-
5 dre, de la cual, *les dijo,* me oísteis hablar. Por-
que Juan, en verdad, bautizó con agua; mas vos-
otros seréis bautizados en[1] el Espíritu Santo dentro
6 de pocos días. Ellos, pues, habiéndose reunido, le
preguntaron: Señor, ¿vas a restituir el reino a Israel
7 en este tiempo? Respondióles *Jesús:* No os co-
rresponde a vosotros saber tiempos o sazones que
8 el Padre ha puesto bajo su sola potestad; mas
cuando venga el Espíritu Santo sobre vosotros, re-
cibiréis poder, y seréis mis testigos, tanto en Jeru-
salén como en toda Judea, y en Samaria, y hasta lo
9 último de la tierra. Dicho esto, fué elevado a la
vista de ellos, y le recibió una nube que le ocultó a
10 sus ojos. Y como ellos estuviesen mirando fija-
mente al cielo, en tanto que él se alejaba, he aquí
dos varones con vestiduras blancas estaban junto a
11 ellos, y les dijeron: Varones galileos, ¿por qué es-
táis mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido toma-

---

[1] V. 5. o, *con.*

do de vosotros al cielo, ha de venir de igual modo
que le habéis visto ir al cielo.
12 Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado del Olivar, el cual dista de Jerusalén ca-
13 mino de un sábado.[1] Y entrando en la ciudad, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro, Juan,
Jacobo y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo *hijo* de Alfeo y Simón el Zelote[2] y Judas
14 *hijo* de Jacobo. Todos estos perseveraban unánimes en la oración, con las mujeres, y María la madre de Jesús, y con sus hermanos.
15 Y en aquellos días levantóse Pedro en medio de los hermanos (y eran en junto los reunidos como
16 ciento veinte personas), y dijo: Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la predicción de la Escritura que el Espíritu Santo hizo por boca de David acerca de Judas, que fué guía de los que pren-
17 dieron a Jesús; porque era contado entre nosotros,
18 y tuvo parte en este ministerio. (Este, pues, adquirió un campo con el salario de su iniquidad, y cayendo boca abajo, reventó por medio, y todas sus
19 entrañas se derramaron; y esto llegó a ser notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de modo que aquel campo fué llamado en la lengua de ellos: «Aquelda-
20 mac», es decir, Campo de Sangre.) Porque está escrito en el libro de los Salmos:

«Sea hecha desierta su habitación,
y no haya quien more en ella.»[3]

Y también:

«Tome otro su obispado.»[4 y 5]

21 Es necesario, por tanto, que de los varones que nos han acompañado todo el tiempo que el Señor Jesús
22 entró y salió entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que *Jesús* fué recibido de entre nosotros arriba, uno sea hecho tes-

---

[1] V. 12. Tres cuartos de milla o un kilómetro próximamente.
[2] V. 13. Véase la nota en Mat. 10: 4.
[3] V. 20. Sal. 69: 25. [4] Sal. 109: 8. [5] o, *superintendencia.*

23 tigo con nosotros, de su resurrección. Y propusie-
ron a dos: José, llamado Barsabás, y por sobrenom-
24 bre Justo, y Matías. Y oraron diciendo: Tú, Señor,
que conoces los corazones de todos, manifiesta cuál
25 de estos dos has escogido para que tome el pues-
to en este ministerio y apostolado, del cual Judas se
26 apartó para ir a su propio lugar. Y les echaron
suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fué conta-
do con los once apóstoles.
2, 1 Y llegado el día de Pentecostés, estaban todos
2 juntos en un mismo lugar; y súbitamente vino del
cielo un sonido como de viento que soplaba con ím-
petu, el cual llenó toda la casa donde estaban sen-
3 tados. Y les aparecieron lenguas, como de fuego,
que se repartían, asentándose sobre cada uno de
4 ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y
empezaron a hablar en otras lenguas, según el Es-
5 píritu les daba que se expresaran. Moraban a la
sazón en Jerusalén judíos piadosos de toda nación
6 debajo del cielo. Y oído este estruendo, juntóse la
multitud; y se quedaron confusos, porque cada uno les
7 oía hablar en su propia lengua. Y estaban atónitos
y se maravillaban, diciendo: He aquí, ¿no son gali-
8 leos todos éstos que están hablando? ¿Cómo, pues,
oímos cada uno de nosotros *hablar* en la lengua en
9 que hemos nacido? Partos, medos, elamitas y los
que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capa-
10 docia, en el Ponto y en el Asia, en Frigia y Pan-
filia, en Egipto y las partes de Libia por el lado de
Cirene; y romanos aquí residentes, tanto judíos como
11 prosélitos; cretenses y árabes, les oímos hablar en
12 nuestras lenguas las grandezas de Dios. Y todos
estaban atónitos y muy perplejos, diciéndose el uno
13 al otro: ¿Qué quiere decir esto? Mas otros, burlán-
dose, decían: Están llenos de mosto.
14 Entonces Pedro, puesto en pie con los once, le-
vantó la voz y habló así: Varones judíos y habitan-
tes todos de Jerusalén, sabed esto, y prestad oído
15 a mis palabras. Porque éstos no están ebrios, como

16 suponéis, puesto que es la hora tercia del día. Mas
esto es lo que fué dicho por el profeta Joel:
17 «Y acontecerá en los postreros días, dice Dios,
que derramaré de mi Espíritu sobre todos los hombres,[1]
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas;
vuestros mancebos verán visiones,
y vuestros viejos soñarán sueños.
18 Y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas
derramaré de mi Espíritu en aquellos días,
y profetizarán.
19 Y mostraré portentos arriba en el cielo,
y señales abajo en la tierra,
sangre, y fuego, y vapor de humo.
20 El sol se tornará en tinieblas,
y la luna en sangre,
antes que venga el día del Señor, grande y manifiesto.
21 Y acontecerá que todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo.»[2]
22 Varones israelitas, escuchad estas palabras: A Jesús
el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vos-
otros con las maravillas y prodigios y señales que
Dios hizo por él en medio de vosotros, como vos-
23 otros mismos sabéis; a éste, entregado por el de-
terminado consejo y presciencia de Dios, vosotros
matasteis por manos de inicuos, clavándole *en una*
24 *cruz;* a quien Dios resucitó, rompiendo los la-
zos[3] de la muerte, por cuanto era imposible que fue-
25 se retenido por ella. Porque David dice, refirién-
dose a él:
«Yo veía al Señor delante de mí continuamente;
porque está a mi diestra para que yo no sea conmovido.
26 Por eso se alegró mi corazón y regocijóse mi lengua,

---

[1] V. 17. Gr. *toda carne.*
[2] V. 21. Joel 2: 28-32.
[3] V. 24. Gr. *dolores,* véase Sal. 18: 5.

y también mi cuerpo reposará en esperanza;
27 que no dejarás mi alma en el Hades,
ni permitirás que tu Santo vea corrupción.
28 Hicísteme conocer los caminos de la vida,
y me llenarás de gozo en tu presencia.»[1]
29 Hermanos, se os puede decir confiadamente del pa-
triarca David, que murió y fué sepultado, y su
30 sepulcro está entre nosotros hasta hoy. Mas sien-
do él profeta, y sabiendo que Dios le había prome-
tido con juramento que del fruto de sus lomos sen-
31 taría a uno[2] sobre su trono, viendo esto de ante-
mano, habló de la resurrección del Cristo, *diciendo*
que ni fué dejado en el Hades, ni su carne vió co-
32 rrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual[3]
33 nosotros todos somos testigos. Así que, exaltado
por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Pa-
dre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto
34 que vosotros veis y oís. Porque David no subió a
los cielos; mas él mismo dice:
«El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra,
35 hasta que ponga a tus enemigos por escabel de
tus pies.»[4]
36 Sepa, pues, certísimamente toda la casa de Israel,
que a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis,
Dios le ha hecho Señor y Cristo.
37 Al oír *esto,* fueron compungidos de corazón, y
dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones
38 hermanos, ¿qué haremos? Respondióles Pedro:
Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el
nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pe-
39 cados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Por-
que para vosotros es la promesa, y para vuestros
hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos
40 el Señor nuestro Dios llamare. Y con otras muchas
palabras dió testimonio y les exhortaba diciendo:

---

[1] V. 28. Sal. 16: 8-11.
[2] V. 30. o, *se sentaría uno.*
[3] V. 32. o, *de quien.*
[4] V. 35. Sal. 110: 1.

41 Salvaos de esta generación perversa. Aquellos,
pues, que recibieron de buen grado su palabra, se
bautizaron, y aquel día fueron agregadas a *los dis-*
42 *cípulos* unas tres mil almas. Y perseveraban en la
enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraternal,
43 en el partimiento del pan y en las oraciones. Y
vino temor sobre toda alma; y muchos prodigios y
44 milagros eran hechos por los apóstoles.[1] Y todos
los que habían creído, estaban juntos y tenían en co-
45 mún todas las cosas; y vendían sus propiedades y
sus bienes, y repartían *de su importe* a todos, se-
46 gún la necesidad de cada uno. Y día tras día, per-
severando unánimes en *asistir* al Templo y en el
partimiento del pan de casa en casa, comían juntos
47 con regocijo y sencillez de corazón, alabando a
Dios y teniendo el favor de todo el pueblo. Y el Se-
ñor añadía diariamente *a ellos,* los que se salvaban.

3, 1 Pedro y Juan subían al Templo a la hora de la
2 oración, la de nona. Y era llevado un hombre, cojo
de nacimiento, a quien ponían cada día a la puerta
del Templo, llamada la Hermosa, para que pidiese
3 limosna de los que entraban en el Templo. Este,
viendo a Pedro y a Juan que iban a entrar en el
4 Templo, les pedía una limosna. Y Pedro, con Juan,
5 fijando en él la vista, dijo: Míranos. El les estaba
6 atento, esperando recibir de ellos algo. Mas Pedro
dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo, éso
te doy: en el nombre de Jesucristo el Nazareno, anda.
7 Y asiéndole de la mano derecha, levantóle; y en el
8 acto se afirmaron sus pies y tobillos. Y de un sal-
to se puso en pie, y empezó a andar; y entró con
ellos en el Templo, andando, saltando y alabando a
9 Dios. Y todo el pueblo le vió andar y alabar a Dios.
10 Y le reconocían como el mismo que se sentaba a pe-
dir limosna a la puerta del Templo, la Hermosa; y se
llenaron de asombro y espanto por lo que le había

---

[1] V. 43. Var. añ.: *en Jerusalén, y había gran temor sobre todos.*

11 sucedido. Y teniendo él asidos a Pedro y Juan,
todo el pueblo, lleno de asombro, vino apresurada-
12 mente a ellos al Pórtico llamado de Salomón. Al
ver esto, Pedro respondió al pueblo: Varones israe-
litas: ¿Por qué os maravilláis de esto?, ¿o por qué os
fijáis en nosotros, como si con nuestro poder o pie-
13 dad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de
Abraham, y de Isaac, y de Jacob, el Dios de nues-
tros padres, glorificó a su Siervo Jesús, a quien vos-
otros entregasteis y negasteis ante Pilatos, cuando
14 éste había determinado ponerle en libertad. Mas
vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis
15 la gracia de que se os diese un homicida; y matas-
teis al Príncipe de la vida, a quien Dios levantó de
entre los muertos, de lo cual nosotros somos testi-
16 gos. Y su nombre, mediante la fe en ese nombre,
ha fortalecido a éste que vosotros veis y conocéis;
y la fe que por él es, le ha dado esta completa sani-
17 dad en presencia de todos vosotros. Y ahora, her-
manos, yo sé que obrasteis por ignorancia, como
18 también vuestros gobernantes; pero Dios ha cum-
plido así lo que previamente anunció por boca de
todos los profetas, que su Ungido había de padecer.
19 Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean bo-
20 rrados vuestros pecados, para que vengan de la
presencia del Señor tiempos de refrigerio y él envíe
al que de antemano os ha sido designado, a Cristo
21 Jesús, a quien es necesario que el cielo reciba has-
ta los tiempos de la restauración de todas las cosas,
de los cuales habló Dios por boca de sus santos pro-
22 fetas que han sido desde tiempo antiguo. Moi-
sés dijo:

«El Señor Dios os levantará un profeta de entre
vuestros hermanos, como *me levantó* a mí; a él
23 escucharéis en todo lo que os hablare. Y suce-
derá que toda alma que no escuchare a ese pro-
feta, será exterminada de entre el pueblo.» [1]

---

[1] Vs. 22 y 23. Deut. 18: 15, 19. Lev. 23: 29.

24 Y todos los profetas, desde Samuel en adelante,
cuantos han hablado, anunciaron también estos días.
25 Vosotros sois los hijos de los profetas y del pacto
que Dios concertó con nuestros padres, cuando dijo
a Abraham:
«En tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra.»[1]
26 Habiendo Dios levantado a su Siervo, le envió primeramente
a vosotros para que os bendijera, apartando
a cada uno de sus iniquidades.

4, 1 Estando Pedro y Juan hablando al pueblo, sobrevinieron
los sacerdotes, el jefe de la guardia del
2 Templo, y los saduceos, enojados de que enseñasen
al pueblo y anunciasen en Jesús la resurrección
3 de los muertos. Y les echaron mano, y los pusieron
en la prisión hasta el siguiente día, porque era
4 ya tarde. Pero muchos de los que oyeron la Palabra,
creyeron, llegando a ser el número de los varones
como cinco mil.
5 Al día siguiente se reunieron en Jerusalén los ma-
6 gistrados, los ancianos y los escribas, con Anás el
sumo sacerdote, Caifás, Juan, Alejandro y cuantos
7 eran del linaje de los sumos sacerdotes. Y poniendo
en medio a Pedro y Juan, preguntáronles: ¿Con
qué poder, o en qué nombre habéis hecho vosotros
8 esto? Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo,
9 les dijo: Magistrados del pueblo y ancianos: Puesto
que hoy se nos interroga acerca de un beneficio
hecho a un enfermo, de qué manera[2] éste haya
10 sido sanado, sea notorio a todos vosotros y a todo
el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo
el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a
quien Dios levantó de entre los muertos, por él está
11 sano este hombre en vuestra presencia. Este *Jesús* es

[1] V. 25. Gén. 12: 3; 22: 18.
[2] V. 9. o, *por quién.*

«la piedra despreciada por vosotros los edificadores, que ha venido a ser la piedra angular».[1]
12 Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro
nombre debajo del cielo, dado a[2] los hombres, en el
cual podamos[3] ser salvos.
13 Observando *ellos* el denuedo de Pedro y de Juan,
y habiendo entendido que eran hombres indoctos y
del vulgo, se maravillaban; y les conocían que ha-
14 bían estado con Jesús. Y como veían al hombre que
había sido sanado, en pie con ellos, nada podían de-
15 cir en contra. Mandándoles entonces que se re-
16 tiraran del Sanedrín, conferenciaban entre sí, di-
ciendo: ¿Qué haremos con estos hombres? Porque
sabido es de todos los habitantes de Jerusalén, que
se ha hecho por ellos un milagro notable, y no po-
17 demos negarlo. Sin embargo, para que esto no se
divulgue más entre el pueblo, amenacémosles para
que de aquí en adelante a nadie hablen en este nom-
18 bre. Y habiéndolos llamado, les ordenaron que de
ningún modo hablasen ni enseñasen en el nombre de
19 Jesús. Mas Pedro y Juan les respondieron: Si es
justo, delante de Dios, obedeceros a vosotros más
20 bien que a Dios, juzgadlo vosotros. Porque nos-
otros no podemos dejar de anunciar lo que hemos
21 visto y oído. Entonces ellos, amenazándolos otra
vez, los despidieron, no hallando modo de castigar-
los a causa del pueblo; porque todos glorificaban a
22 Dios por lo que había sucedido; pues el hombre en
quien se había hecho este milagro de sanidad tenía
más de cuarenta años.
23 Puestos ellos en libertad, fueron a los suyos y
contaron todo lo que les habían dicho los principales
24 sacerdotes y los ancianos. Y cuando lo hubieron
oído, elevaron a una sus voces a Dios, y dijeron:
Soberano Señor, tú que hiciste el cielo, la tierra,

---

[1] V. 11. Sal. 118: 22.
[2] V. 12. Gr. *entre.* [3] Gr. *es necesario.*

25 la mar y todas las cosas que en ellos hay; que por
el Espíritu Santo dijiste por boca de nuestro padre
David, tu siervo:

«¿Por qué se amotinaron las gentes,
y los pueblos fraguaron vanos proyectos?
26 Presentáronse los reyes de la tierra
y los príncipes a una se juntaron
contra el Señor y contra su Ungido.»[1]

27 Porque efectivamente se juntaron en esta ciudad
contra tu santo Siervo Jesús, a quien ungiste, Hero-
des y Poncio Pilatos con los gentiles y las tribus de
28 Israel, para hacer todo lo que tu mano y tu conse-
29 jo habían antes determinado que se hiciera. Ahora
pues, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus
siervos el anunciar tu Palabra con todo denuedo,
30 mientras extiendes tu mano para sanar, y hacer se-
ñales y prodigios mediante el nombre de tu santo
31 Siervo Jesús. Y como hubieron orado, el lugar
donde estaban reunidos tembló; y todos fueron lle-
nos del Espíritu Santo, y anunciaban con denuedo la
palabra de Dios.

32 Y la multitud de los que habían creído era de un
corazón y de un alma; y ninguno decía ser suyo propio
nada de lo que poseía; mas todas las cosas les eran
33 comunes. Y con gran poder, los apóstoles daban su
testimonio de la resurrección del Señor Jesús;[2] y en
34 todos ellos había abundante gracia. Así que no ha-
bía ningún necesitado entre ellos; porque todos los
que eran dueños de heredades o de casas, las ven-
35 dían, y trayendo el precio de lo vendido, lo ponían
a los pies de los apóstoles; y se distribuía a cada uno
36 según su necesidad. Y José, un levita, natural de
Chipre, que había recibido de los apóstoles el sobre-
nombre de Bernabé, que quiere decir hijo de conso-
37 lación, como poseyera un campo, lo vendió, y tra-
jo el dinero, y púsolo a los pies de los apóstoles.

---

[1] Vs. 25 y 26. Sal. 2: 1 y 2.
[2] V. 33. Var.: *Jesucristo.*

5, 1 Mas un varón llamado Ananías, con Safira su
2 mujer, vendió una posesión, y defraudó del precio,
consintiendo en ello su mujer, y trayendo una parte,
3 púsola a los pies de los apóstoles. Mas Pedro dijo:
Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que
mintieses al Espíritu Santo y defraudases del precio
4 de la heredad? Quedando *sin vender,* ¿no queda-
ba tuya? Y vendida, ¿no estaba *el precio* en tu po-
der? ¿Cómo es que pusiste tal cosa en tu corazón? No
5 has mentido a los hombres, sino a Dios. Al oír
Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y vino gran
6 temor sobre todos los que oyeron esto. Y levan-
tándose los mancebos, le amortajaron, y sacándole,
diéronle sepultura.
7 Transcurrido un intervalo como de tres horas,
8 entró su mujer, ignorando lo sucedido; y pregun-
tóle Pedro: Dime, ¿vendisteis la heredad en tanto? Y
9 ella dijo: Sí, en tanto. Y Pedro le dice: ¿Cómo es
que os pusisteis de acuerdo para tentar al Espíritu
del Señor? He aquí a la puerta[1] los que han sepulta-
10 do a tu marido, y te sacarán también a ti. Y al
instante cayó a los pies de Pedro, y expiró; y en-
trando los mancebos, halláronla muerta, y sacándola,
11 la sepultaron junto a su marido. Y vino gran te-
mor sobre toda la iglesia y sobre todos los que oían
estas cosas.
12 Y hacíanse muchos milagros entre el pueblo por
las manos de los apóstoles; y estaban todos unáni-
13 mes en el Pórtico de Salomón. Y de los demás, na-
die se atrevía a juntarse con ellos; pero el pueblo
14 los ensalzaba, y cada vez más se iban agregando
nuevos creyentes al Señor, gran número así de hom-
15 bres como de mujeres; tanto que sacaban los en-
fermos a la calle, y los ponían en camas y lechos,
para que al pasar Pedro, siquiera su sombra cayese
16 sobre alguno de ellos; y aun de las ciudades alre-
dedor de Jerusalén concurría la multitud trayendo

[1] V. 9. Gr. añ.: *los pies de.*

enfermos y atormentados de espíritus inmundos; y
todos eran sanados.
17 Entonces el sumo sacerdote y todos los que esta-
ban con él (que son la secta de los saduceos), se le-
18 vantaron llenos de celo, y echando mano a los após-
19 toles, los pusieron en la cárcel pública. Mas un
ángel del Señor abrió de noche las puertas de la
20 cárcel, y sacándolos fuera, les dijo: Id, y puestos
en pie en el Templo, anunciad al pueblo todas las
21 palabras de esta vida. Oído esto, entraron en el
Templo al clarear la mañana, y enseñaban. Y habién-
dose reunido el sumo sacerdote y los que estaban
con él, convocaron el Sanedrín y todo el senado de
los hijos de Israel, y enviaron al calabozo para que
22 fuesen traídos los apóstoles. Mas al llegar los al-
guaciles, no los hallaron en la cárcel, y volviendo,
23 dieron esta noticia: El calabozo lo hemos hallado
cerrado con toda seguridad, y los guardas en pie
ante las puertas; mas cuando abrimos, a nadie en-
24 contramos dentro. Al oír estas palabras, el jefe de
la guardia del Templo y los principales sacerdotes
quedaron perplejos a causa de ellas, dudando en qué
25 vendría a parar aquello. En esto llegó uno, y les
anunció: Los hombres que pusisteis en prisión, he
aquí, están en el Templo, y enseñan al pueblo.
26 Entonces fué el jefe de la guardia del Templo con
los alguaciles, y trájolos sin violencia, por temor a
27 ser apedreados por el pueblo. Y habiéndolos traído,
los presentaron ante el Sanedrín, y el sumo sacer-
28 dote se dirigió a ellos, diciendo: Os ordenamos
estrictamente que no enseñaseis en ese nombre, y
he aquí, habéis llenado a Jerusalén de vuestra doc-
trina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de
29 ese hombre. Mas Pedro y los demás apóstoles res-
pondieron: Es preciso obedecer a Dios antes que a
30 los hombres. El Dios de nuestros padres levantó
a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un
31 madero. A éste ha exaltado Dios con su diestra
por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepen-

32 timiento y remisión de pecados. Y nosotros somos
testigos de estas cosas, y también *lo es* el Espíritu
Santo, que Dios ha dado a los que le obedecen.
33 Mas ellos, al oírlo, se encolerizaban y querían
34 matarlos; pero se levantó en el Sanedrín un fari-
seo llamado Gamaliel, doctor de la Ley, estimado
por todo el pueblo, y mandó que sacaran fuera un
35 poco a aquellos hombres. Y dijo: Israelitas, en
cuanto a estos hombres, mirad por vosotros lo que
36 vais a hacer; porque antes de ahora se levantó
Teudas, diciendo que era alguien. A éste se adhirió
un número como de cuatrocientos hombres; mas él
fué muerto, y todos los que le obedecían fueron di-
37 sueltos y reducidos a nada. Después de éste, se
levantó Judas, el galileo, en los días del empadrona-
miento, y arrastró en pos de sí parte del pueblo. Este
también pereció, y todos los que le obedecían fueron
38 dispersos. Y en el caso presente os digo: No os me-
táis más con estos hombres, y dejadlos; porque si este
consejo o esta obra fuere de los hombres, será des-
39 truída; mas si es de Dios, no la podréis destruir;
mirad no seáis tal vez hallados en lucha contra Dios.
40 Y convinieron con él, y llamando a los apóstoles,
los azotaron, y ordenándoles que no hablasen en el
41 nombre de Jesús, los soltaron. Ellos, pues, salieron
de la presencia del Sanedrín, gozándose de haber
sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa
42 del Nombre. Y ningún día dejaban de enseñar y
predicar a Cristo Jesús, en el Templo y por las casas.
6, 1 En aquellos días, como creciera el número de
los discípulos, hubo murmuración de los helenistas[1]
contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran
2 desatendidas en la diaria suministración. Enton-
ces los doce *apóstoles* convocaron a la multitud de
los discípulos, y dijeron: No conviene que nosotros
dejemos la palabra de Dios para servir a las mesas.
3 Hermanos, buscad pues de entre vosotros, siete va-

---

[1] V. 1. Judíos cuya lengua nativa era el griego.

rones de buen testimonio, llenos del Espíritu y de
4 sabiduría, a quienes pongamos en esta obra; y nos-
otros atenderemos de continuo a la oración y al mi-
5 nisterio de la Palabra. Esta proposición agradó a
toda la multitud, y eligieron a Esteban, varón lleno
de fe y del Espíritu Santo; a Felipe, Prócoro, Nica-
nor, Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antio-
6 quía, a los cuales presentaron ante los apóstoles; y
éstos, habiendo orado, les impusieron las manos.
7 Y la palabra de Dios crecía, y el número de los dis-
cípulos se multiplicaba mucho en Jerusalén; también
una gran multitud de los sacerdotes obedecía a la fe.
8 Y Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía
9 grandes prodigios y milagros entre el pueblo. Le-
vantáronse entonces unos hombres de la sinagoga
llamada de los libertos, y cireneos, y alejandrinos, y
algunos de Cilicia y Asia, disputando con Esteban;
10 mas no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu
11 con que hablaba. Entonces sobornaron hombres que
dijesen: Le hemos oído proferir palabras blasfemas
12 contra Moisés y contra Dios. Así excitaron al pue-
blo, a los ancianos y a los escribas, y cayendo sobre
13 él, le arrebataron y le llevaron al Sanedrín. Allí
presentaron testigos falsos que decían: Este hombre
no cesa de proferir palabras contra el lugar santo y
14 contra la Ley; pues le hemos oído decir que ese Je-
sús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las
15 costumbres que nos transmitió Moisés. Entonces
todos los que estaban sentados en el Sanedrín, fi-
jando sus ojos en él, vieron su rostro como el rostro
de un ángel.
7, 1 El sumo sacerdote entonces le preguntó: ¿Es
2 esto así? Y él dijo: Hermanos y padres, oíd: El
Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abra-
ham cuando estaba en Mesopotamia, antes de habi-
3 tar en Carán. Y le dijo: Sal de tu tierra y de tu
parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré.
4 Entonces salió de la tierra de los caldeos, y habitó
en Carán; y de allí, después de muerto su padre, le

trasladó *Dios* a esta tierra que vosotros habitáis
5 ahora. Y no le dió herencia en ella, ni aun para
asentar un pie; mas prometió dársela en posesión a
él, y después de él a sus descendientes, cuando aún
6 no tenía hijo. Y hablóle Dios así: Que sus descen-
dientes serían extranjeros en tierra ajena, donde los
esclavizarían y maltratarían por cuatrocientos años.
7 «Y yo, dijo Dios, juzgaré a la nación de la
cual serán esclavos; y después de esto sal-
drán y me darán culto en este lugar.»[1]
8 Y dióle el pacto de la circuncisión; y así, Abraham
engendró a Isaac y le circuncidó al octavo día, e
9 Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas. Y los
patriarcas, movidos de envidia, vendieron a José
10 para Egipto; mas Dios era con él, y le sacó de
todas sus tribulaciones, y dióle gracia y sabiduría en
presencia de Faraón, rey de Egipto, el cual le cons-
tituyó gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa.
11 Mas vino hambre por todo Egipto y Canaán, y gran-
de tribulación; y nuestros padres no hallaban susten-
12 to. Y habiendo oído Jacob que había trigo en Egip-
to, envió *allá* a nuestros padres, por primera vez.
13 Y en la segunda, José se dió a conocer a sus herma-
nos; y el linaje de José fué conocido por Faraón.
14 Entonces José envió a llamar a Jacob su padre, y a
toda su parentela, *que era* de setenta y cinco per-
15 sonas. Descendió, pues, Jacob a Egipto, donde
16 murió, como también nuestros padres; los cuales
fueron trasladados a Siquem, y puestos en el sepul-
cro que Abraham a peso de plata compró de los hijos
17 de Emor en Siquem. Y como se acercaba el tiem-
po de la promesa que Dios había hecho a Abraham,
18 el pueblo creció y se multiplicó en Egipto, hasta
que se levantó en Egipto otro rey que no tenía co-
19 nocimiento de José. Este rey, usando de astucia
con nuestro pueblo, maltrató a nuestros padres, ha-
ciendo que expusieran sus niños a la muerte, para

[1] V. 7. Gén. 15: 14.

20 que no se propagara *la raza.* Por este tiempo
nació Moisés, que era hermoso en extremo, y fué
21 criado por tres meses en la casa de su padre; mas
cuando fué expuesto a la muerte, la hija de Faraón
22 lo recogió y crió como a hijo suyo. Y Moisés fué
instruído en toda la sabiduría de los egipcios, y era
23 poderoso en sus palabras y obras. Y cuando tenía
cuarenta años, vínole al corazón el visitar a sus her-
24 manos, los hijos de Israel. Y al ver a uno que era
maltratado, defendióle, e hiriendo al egipcio, ven-
25 gó al oprimido. El pensaba que sus hermanos com-
prendían que por su mano les daba Dios libertad;[1]
26 mas ellos no lo entendieron. Al día siguiente tam-
bién se les presentó, cuando *dos de* ellos reñían, y
trató de ponerlos en paz, diciendo: ¡Varones!, sois
27 hermanos, ¿por qué os maltratáis uno a otro? Mas
el que maltrataba a su prójimo le rechazó, diciendo:
¿Quién te puso por gobernador y juez sobre nos-
28 otros? ¿Quieres tú matarme, como mataste ayer al
29 egipcio? Al oír esta palabra, Moisés huyó, y vivió
como extranjero en tierra de Madián, donde engen-
30 dró dos hijos. Y pasados cuarenta años, apareció-
sele un ángel en el desierto del monte Sinaí, en la
31 llama de fuego de una zarza. Viendo esto, Moisés
se maravillaba de la visión; y acercándose para ob-
servar, oyóse una voz del Señor:
32 «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de
Abraham, y de Isaac, y de Jacob.»[2]
Pero Moisés, temblando, no se atrevía a mirar.
33 Y el Señor le dijo:
«Quita el calzado de tus pies, porque el lugar
en que estás, tierra santa es.
34 Ciertamente he visto la opresión de mi pueblo
que está en Egipto, he oído también su gemi-
do, y he descendido para librarlos. Ahora pues,
ven y te enviaré a Egipto.»[3]

---

[1] V. 25. Gr. *salvación.*
[2] V. 32. Ex. 3: 6.
[3] Vs. 33 y 34. Ex. 3: 5, 7, 10.

35 A este Moisés a quien habían rechazado, diciendo:
«¿Quién te puso por gobernador y juez?,»[1]
a éste envió Dios por gobernador y libertador, con
36 la mano del ángel que le apareció en la zarza. Este
los sacó, haciendo prodigios y milagros en tierra de
Egipto, en el Mar Rojo y en el desierto, por cua-
37 renta años. Este Moisés es el que dijo a los hijos
de Israel:
«Profeta os levantará Dios de entre vuestros
hermanos, como *me levantó* a mí.»[2]
38 Este es el que estuvo en la asamblea[3] en el desier-
to, con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí
y con nuestros padres, y el que recibió palabras de
39 vida para dároslas, al cual no quisieron obedecer
nuestros padres, antes le rechazaron, y en sus cora-
40 zones se volvieron a Egipto, diciendo a Aarón:
«Haznos dioses que vayan delante de nos-
otros; porque a este Moisés que nos sacó de
la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya
sucedido.»[4]
41 E hicieron en aquellos días un becerro, y ofrecieron
sacrificio al ídolo, y se regocijaban en las obras de
42 sus manos. Mas Dios se apartó de ellos, y los en-
tregó a que diesen culto al ejército del cielo; como
está escrito en el libro de los profetas:
«¿Me ofrecisteis, por ventura, víctimas y sa-
crificios en el desierto por cuarenta años, oh
casa de Israel?
43 ¿No llevasteis el tabernáculo de Moloc
y la estrella del dios Ronfán,
figuras que os hicisteis para postraros delante
de ellas?
Os trasladaré, pues, más allá de Babilonia.»[5]
44 Tenían nuestros padres en el desierto el Tabernácu-

---

[1] V. 35. Ex. 2: 14.
[2] V. 37. Deut. 18: 15.
[3] V. 38. Gr. *iglesia*.
[4] V. 40. Ex. 32: 1, 23.
[5] Vs. 42 y 43. Am. 5: 25-27.

lo del Testimonio, según dispuso el que hablaba con
Moisés, *mandándole* que lo hiciera conforme al mo-
45 delo que había visto; y este Tabernáculo, transmiti-
do a nuestros padres, lo introdujeron ellos con Josué
cuando tomaron posesión de la tierra de los gentiles,
a quienes Dios arrojó de la presencia de nuestros
46 padres hasta los días de David; el cual halló gracia
delante de Dios, y pidió el proveer morada para la
47 casa[1] de Jacob. Mas Salomón le edificó casa.
48 Si bien el Altísimo no mora en obras hechas de ma-
nos, como dice el profeta:
49 «El cielo es mi trono, y la tierra escabel de
mis pies.
¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor,
o ¿cuál es el lugar de mi reposo?
50 ¿No hizo mi mano todas estas cosas?»[2]
51 ¡Oh duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de
oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo;
52 como vuestros padres, así también vosotros. ¿A
cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?
Y mataron a los que de antemano anunciaron la ve-
nida del Justo, de quien vosotros ahora habéis llega-
53 do a ser entregadores y matadores; vosotros que
recibisteis la ley por conducto de ángeles, y no la
guardasteis.
54 Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazo-
55 nes y rechinaban los dientes contra él. Mas *Este-
ban,* lleno del Espíritu Santo, fijando sus ojos en el
cielo, vió la gloria de Dios y a Jesús en pie a la dies-
56 tra de Dios; y dijo: He aquí, veo los cielos abier-
tos, y al Hijo del Hombre en pie a la diestra de Dios.
57 Ellos, entonces, clamando a gran voz, se taparon los
58 oídos y arremetieron a una contra él. Y echándole
fuera de la ciudad, le apedreaban; y los testigos,
quitándose los mantos, los depositaron a los pies de
59 un joven llamado Saulo. Y mientras le apedreaban,

---

[1] V. 46. Var.: *el Dios.*
[2] Vs. 49 y 50. Is. 66: 1 y 2.

Esteban invocaba *al Señor,* diciendo: Señor Jesús,
60 recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a
gran voz: Señor, no les imputes este pecado. Y dicho
esto, durmió.
8, 1 Y Saulo consentía en su muerte.
En aquellos días hubo una gran persecución con-
tra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos *los*
discípulos, excepto los apóstoles, fueron esparcidos
2 por las regiones de Judea y de Samaria. Y ente-
rraron a Esteban varones piadosos, e hicieron gran
3 lamentación sobre él. Saulo, empero, asolaba la
iglesia, y entrando de casa en casa, arrastraba a
hombres y mujeres, y los entregaba en la cárcel.
4 Entonces los que habían sido esparcidos fueron
por todas partes anunciando la palabra del evangelio.
5 Y Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, pre-
6 dicaba al Cristo. Y las gentes prestaban aten-
ción unánimemente a las cosas que decía Felipe,
7 oyéndole y viendo los milagros que hacía. Porque
de muchos endemoniados salían los espíritus inmun-
dos dando grandes voces; y muchos paralíticos y co-
8 jos fueron sanados. Y hubo gran gozo en aquella
ciudad.
9 Y hacía tiempo estaba en la ciudad cierto hom-
bre, llamado Simón, que ejercía la magia, dejando
atónita a la gente samaritana y haciéndose pasar
10 por algún grande, al cual todos prestaban atención,
desde el menor hasta el mayor, diciendo: Este hom-
bre es la virtud de Dios, la cual se llama Grande.
11 Y le estaban atentos, porque durante mucho tiempo
12 los había embelesado con sus artes mágicas. Mas
cuando creyeron a Felipe, que les anunciaba las bue-
nas nuevas acerca del reino de Dios y del nombre de
Jesucristo, se bautizaban, así hombres como mujeres.
13 El mismo Simón creyó también, y habiendo sido bau-
tizado, estaba siempre con Felipe; y viendo los mila-
gros y grandes maravillas que se hacían, se quedaba
14 atónito. Y cuando los apóstoles que estaban en Je-
rusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra

15 de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan, los cuales,
habiendo bajado, oraron por ellos para que recibie-
16 sen el Espíritu Santo; porque todavía no había des-
cendido sobre ninguno de ellos, pues solamente ha-
bían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús.
17 Entonces les imponían las manos, y recibían el Espí-
18 ritu Santo. Y Simón, al ver que mediante la impo-
sición de las manos de los apóstoles se daba el Es-
19 píritu,[1] les ofreció dinero, diciendo: Dadme a mí
también este poder, para que cualquiera a quien yo
20 impusiere las manos reciba el Espíritu Santo. Mas
Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque
21 pensaste obtener por precio el don de Dios. No
tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu
22 corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete,
pues, de esta tu maldad, y ruega al Señor, por si
acaso te fuere perdonado el pensamiento de tu cora-
23 zón. Porque veo que estás en hiel de amargura y
24 en lazo de iniquidad. Entonces, respondiendo Si-
món, dijo: Rogad vosotros por mí al Señor, para que
25 nada de lo que habéis dicho me sobrevenga. Ellos,
pues, habiendo dado pleno testimonio y anunciado la
palabra del Señor, se volvieron a Jerusalén, evange-
lizando de paso muchas aldeas de los samaritanos.
26 Y un ángel del Señor habló a Felipe, diciendo:
Levántate, y ve hacia el mediodía por el camino que
baja de Jerusalén a Gaza, el cual va por el desier-
27 to.[2] Levantóse Felipe y se puso en marcha. Y he
aquí un etíope, eunuco y alto funcionario de Canda-
ce, reina de los etíopes, el cual era intendente de
todos sus tesoros, que había venido a Jerusalén para
28 adorar, regresaba, sentado en su carro, leyendo el
29 profeta Isaías. Y el Espíritu dijo a Felipe: Acérca-
30 te y júntate a ese carro. Y Felipe, corriendo hacia
él, oyó que leía a Isaías el profeta, y preguntóle: Y
31 bien, ¿entiendes lo que estás leyendo? Y él le dijo:

---

[1] V. 18. Var. añ.: *Santo.*
[2] V. 26. o, *la cual está desierta.*

¿Y cómo podré *entender* si alguien no me guiare?
Rogó entonces a Felipe que subiera y se sentara con
32 él. Y el pasaje de la Escritura que leía era éste:
«Como oveja a la muerte fué llevado;
y como cordero, mudo delante del que le trasquila,
así no abrió su boca.
33 En su humillación no se le hizo justicia;[1]
su generación, ¿quién la declarará?
Porque su vida es quitada de la tierra.»[2]
34 Entonces el eunuco, dirigiéndose a Felipe, dijo: Ruégote *me digas* de quién dice esto el profeta, ¿de sí
35 mismo, o de algún otro? Entonces Felipe, abriendo su boca y empezando por esta escritura, le pre-
36 dicó a Jesús. Y prosiguiendo ellos su camino, llegaron a un *sitio en que había* agua, y el eunuco dijo:
He aquí agua, ¿qué impide que sea yo bautizado?[3]
38 Y mandando parar el carro, bajaron ambos al agua,
39 Felipe y el eunuco, y le bautizó. Y cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vió más. Y continuó su camino,
40 lleno de gozo. Mas Felipe se halló en Azoto; y pasando de *allí,* predicaba el evangelio en todas las ciudades, hasta llegar a Cesarea.
9, 1 Saulo, entretanto, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se llegó al
2 sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos de esta secta,[4] hombres o mujeres, los trajese ata-
3 dos a Jerusalén. Y yendo por el camino, al llegar cerca de Damasco, súbitamente brilló en derredor
4 de él una luz del cielo. Y caído en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo,[5] ¿por qué me

---

[1] V. 33. Gr. *su juicio le fué arrebatado.*
[2] V. 33. Is. 53: 7 y 8.
[3] V. 36. Var. inserta el V. 37 entero o en parte: *Dijo Felipe: Si crees de todo corazón, es lícito. Y respondió: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.*
[4] V. 2. Gr. *este Camino.*
[5] V. 4. Gr. *Saúl, Saúl.*

5 persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le
6 respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues. Mas
levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que de-
7 bes hacer. Entretanto, los hombres que iban con
Saulo estaban parados, mudos de terror, oyendo, sí,
8 la voz, pero sin ver a nadie. Entonces Saulo se
levantó del suelo, y abriendo sus ojos, nada veía;
y llevándole de la mano, le metieron en Damasco,
9 donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.
10 Había entonces en Damasco cierto discípulo lla-
mado Ananías, a quien dijo el Señor en visión: Ana-
11 nías. Y él respondió: Señor, heme aquí. Y díjole el
Señor: Levántate, y ve a la calle que se llama Dere-
cha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo,
12 de Tarso, porque he aquí, él ora. Y ha visto a un
varón llamado Ananías entrar e imponerle las manos
13 para que recobre la vista. Mas Ananías respon-
dió: Señor, he oído de muchos acerca de este hom-
bre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jeru-
14 salén. Y aquí tiene autoridad de los principales
sacerdotes para prender a todos los que invocan tu
15 nombre. Mas el Señor le dijo: Ve, porque vaso de
elección me es éste, para llevar mi nombre ante gen-
16 tiles y reyes, y ante los hijos de Israel; pues yo le
mostraré cuántas cosas es necesario que sufra por mi
17 nombre. Fué entonces Ananías, y entró en la casa,
y poniendo las manos sobre él, dijo: Saulo,[1] herma-
no, el Señor, *es decir,* Jesús, que se te apareció
en el camino por donde venías, me ha enviado para
que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo.
18 Y al instante cayeron de sus ojos unas como escamas,
y recobró la vista; y levantándose, fué bautizado.
19 Después tomó alimento y cobró fuerzas.
Y estuvo *Saulo* por algunos días con los discípu-
20 los que había en Damasco. Y en seguida empezó a
predicar en las sinagogas a Jesús, *diciendo* que éste
21 era el Hijo de Dios. Y todos los que le oían esta-

[1] V. 17. Gr. *Saúl.*

ban atónitos y decían: ¿No es éste el que en Jeru-
salén perseguía a muerte a los que invocaban este
Nombre, y para esto mismo había venido aquí, para
llevarlos presos ante los principales sacerdotes?
22 Saulo, empero, cada vez con mayor fuerza, confun-
día a los judíos que moraban en Damasco, probando
23 que Jesús era el Cristo. Y como pasasen muchos
24 días, los judíos se confabularon para matarle; pero
su complot llegó a conocimiento de Saulo. Y ellos
hasta vigilaban las puertas *de la ciudad* día y no-
25 che, para darle muerte. Entonces los discípulos de
Saulo, tomándole de noche, le bajaron por el muro,
26 descolgándole en una espuerta. Y habiendo llega-
do a Jerusalén, procuraba juntarse con los discípu-
los; mas todos recelaban de él, no creyendo que fue-
27 se discípulo. Pero Bernabé, tomándole consigo, le
llevó a los apóstoles, y les refirió cómo Saulo en el
camino vió al Señor, y que el Señor le había habla-
do, y cómo Saulo en Damasco había testimoniado
28 valerosamente en el nombre de Jesús. Y estaba
con ellos en Jerusalén entrando y saliendo, y pre-
dicando denodadamente en el nombre del Señor.
29 También con los helenistas[1] hablaba y discutía; mas
30 éstos intentaban matarle. Y cuando los hermanos
supieron esto, le llevaron a Cesarea, y de allí le en-
viaron a Tarso.

31 La Iglesia entonces tenía paz por toda Judea, y
Galilea, y Samaria, edificándose y andando en el te-
mor del Señor, y se acrecentaba por la confortación
del Espíritu Santo.

32 Y aconteció que Pedro, visitando a todos[2] los san-
tos, descendió también a los que habitaban en Lida,
33 donde halló a cierto hombre llamado Eneas, que ha-
cía ocho años que estaba postrado en cama, paralíti-

---

[1] V. 29. Véase la nota del cap. 6: 1.
[2] V. 32. ó, *pasando por todas partes*.

34 co. Y Pedro le dijo: Eneas, Jesucristo te sana; le-
vántate, y haz tu cama. Y al instante se levantó.
35 Y viéronle todos los habitantes de Lida y de *la lla-
nura del* Sarón, los cuales se convirtieron al Señor.
36 Había entonces en Jope[1] una discípula, llamada
Tabita, que, traducido *al griego,* es Dorcas.[2] Esta
abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía.
37 Y aconteció en aquellos días que enfermó y murió.
Y después de lavada, la pusieron en un aposento
38 alto. Y como Lida estaba cerca de Jope, los discí-
pulos, oyendo que Pedro estaba allí, le enviaron dos
hombres, rogándole: No tardes en pasar hasta nos-
39 otros. Levantándose entonces Pedro, fué con ellos;
y cuando llegó, le llevaron al aposento alto, donde
se le acercaron todas las viudas, llorando y mostrán-
dole las túnicas y vestidos que Dorcas había hecho
40 cuando estaba con ellas. Entonces Pedro, echando
fuera a todos, se puso de rodillas y oró; y volvién-
dose hacia el cuerpo, dijo: Tabita, levántate. Y ella
41 abrió los ojos, y viendo a Pedro, incorporóse. Y él,
dándole la mano, la levantó; y llamando a los santos
42 y a las viudas, la presentó viva. Esto se hizo no-
torio por toda Jope; y muchos creyeron en el Señor.
43 Y Pedro se quedó muchos días en Jope, en casa de
cierto curtidor, llamado Simón.
10, 1 Había en Cesarea un varón, de nombre Cor-
nelio, centurión de la cohorte llamada la Italiana,
2 pío y temeroso de Dios, con toda su casa, que hacía
muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios siempre.
3 Este vió claramente en una visión, como a la hora
nona del día, a un ángel de Dios entrar donde él es-
4 taba y decirle: Cornelio. Y él, mirándole fijamen-
te y atemorizado, dijo: ¿Qué hay, Señor? Y le res-
pondió: Tus oraciones y tus limosnas han subido para
5 memoria delante de Dios. Ahora pues, envía hom-
bres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por

---

[1] V. 36. Hoy, *Jafa.*
[2] V. 36. En español, *gacela.*

6 sobrenombre Pedro, y es huésped de Simón, el cur-
7 tidor, que tiene su casa junto al mar. Y en cuanto
se fué el ángel que le había hablado, *Cornelio* lla-
mó a dos criados suyos y a uno de sus asistentes, sol-
8 dado piadoso; y habiéndoles explicado todo, los
envió a Jope.
9 Al día siguiente, caminando ellos y estando cer-
ca de la ciudad, Pedro, como a la hora de sexta, su-
10 bió a la azotea para orar; y sintió mucha hambre,
y quiso comer algo; pero mientras se lo preparaban,
11 sobrevínole un éxtasis. Y vió el cielo abierto, y
un objeto como un gran lienzo que descendía, y era
12 bajado por las cuatro puntas a la tierra, en el cual
había de toda especie de cuadrúpedos, y reptiles de
13 la tierra, y aves del cielo. Y oyó una voz: Le-
14 vántate, Pedro, mata y come. Mas Pedro dijo: De
ningún modo, Señor; porque jamás he comido cosa
15 alguna común ni inmunda. Y la voz llegó a él se-
gunda vez, *diciendo:* Lo que Dios purificó, no lo
16 tengas tú por cosa común. Esto fué hecho por tres
veces, y en seguida el objeto fué recogido en el cielo.
17 Y estando Pedro perplejo dentro de sí sobre lo
que significaría la visión que había tenido, he aquí
los hombres enviados por Cornelio, que habían veni-
do preguntando por la casa de Simón, llegaron a la
18 puerta. Y llamando a voces, preguntaban si se hos-
pedaba allí Simón, que tenía por sobrenombre Pedro.
19 Y mientras Pedro reflexionaba sobre la visión, le dijo
20 el Espíritu: He aquí dos hombres te buscan. Le-
vántate pues y desciende, y ve con ellos sin vacilar;
21 porque yo los he enviado. Entonces Pedro, bajan-
do adonde estaban los hombres, les dijo: He aquí, yo
soy el que buscáis. ¿Cuál es la causa de vuestra ve-
22 nida? Ellos respondieron: El centurión Cornelio,
varón justo y temeroso de Dios, de quien da buen
testimonio toda la nación de los judíos, recibió aviso
por un santo ángel para hacerte venir a su casa y oír
23 lo que tú le digas. Entonces, haciéndolos entrar,
los hospedó.

Al día siguiente, levantándose, partió con ellos;
24 y le acompañaron algunos hermanos de Jope. Y al
otro día entraron en Cesarea. Y Cornelio los estaba
esperando, habiendo reunido a sus parientes y a los
25 amigos íntimos. Cuando Pedro iba a entrar, salió
Cornelio a recibirle, y, cayendo a sus pies, adoró.
26 Mas Pedro le alzó, diciendo: Levántate, yo mismo
27 también soy hombre. Y conversando con él, entró,
28 y halló a muchos que se habían reunido. Y les dijo:
Vosotros sabéis cuán abominable es a un varón ju-
dío relacionarse o allegarse a un extranjero. Pero
Dios me ha mostrado a mí que a ningún hombre lla-
29 me común o inmundo. Por lo cual, siendo llama-
do, vine sin oponerme. Pregunto, pues, ¿por qué ra-
30 zón enviasteis a llamarme? Entonces Cornelio dijo:
Hace cuatro días que a esta hora seguía yo hacien-
do en casa la oración de la hora de nona, cuando un
varón se puso delante de mí en vestidura resplande-
31 ciente, y dijo: Cornelio, tu oración ha sido oída, y
tus limosnas han venido en memoria delante de Dios.
32 Envía, pues, a Jope y haz venir a Simón, que tiene
por sobrenombre Pedro, el cual se hospeda en casa
33 de Simón, el curtidor, junto al mar. Así que, al
momento envié por ti, y agradezco tu venida. Ahora
pues, todos nosotros estamos aquí, en la presencia
de Dios, para oír todo lo que el Señor te ha ordenado.
34 Entonces Pedro, abriendo su boca, dijo: Verda-
deramente comprendo que Dios no hace acepción de
35 personas; sino que en toda nación, el que le teme
36 y obra justicia le es acepto. *Oíd, pues,* el mensa-
je que Dios envió a los hijos de Israel, anunciando
el evangelio de paz por Jesucristo (éste es Señor de
37 todos). Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea,
comenzando desde Galilea, después del bautismo
38 que Juan predicó, *esto es, lo* referente a Jesús de
Nazaret: cómo fué ungido por Dios con el Espíritu
Santo y con poder, y anduvo por todas partes ha-
ciendo bienes y sanando a todos los oprimidos del
39 diablo, porque Dios era con él. Y nosotros somos

testigos de todas las cosas que hizo *Jesús* en la tie-
rra de los judíos y en Jerusalén; a quien, no obstan-
40 te, mataron, colgándole en un madero. A éste le-
vantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase,
41 no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano
elegidos por Dios, es decir, a nosotros, que comimos
y bebimos con él después que resucitó de entre los
42 muertos. Y él nos mandó que predicásemos al pue-
blo y diésemos claro testimonio de que a él es a quien
43 Dios ha constituído juez de vivos y muertos. De
éste testifican todos los profetas, que todo el que
cree en él, recibe por su nombre remisión de pe-
cados.
44 Aun estaba Pedro hablando estas palabras, cuan-
do el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían
45 el discurso. Y los creyentes que eran de la circun-
cisión, cuantos habían venido con Pedro, se queda-
ron atónitos de que también sobre los gentiles se
46 hubiese derramado el don del Espíritu Santo; pues
les oían hablar otras lenguas y engrandecer a Dios.
47 Entonces dijo Pedro: ¿Puede alguien negar el
agua, para que no sean bautizados éstos que han re-
48 cibido, como nosotros, el Espíritu Santo? Y mandó
que fuesen bautizados en el nombre de Jesucristo.
Entonces le rogaron que se quedase con ellos algu-
nos días.
11, 1 Y oyeron los apóstoles y los hermanos que es-
taban por toda Judea, que también los gentiles ha-
2 bían recibido la palabra de Dios. Y cuando Pedro
subió a Jerusalén, disputaban con él los que eran de
3 la circuncisión, diciendo: Entraste en casa de hom-
bres incircuncisos y comiste con ellos.
4 Entonces Pedro, comenzando desde el principio,
les refirió ordenadamente *lo sucedido,* diciendo:
5 Estaba yo en la ciudad de Jope, orando, cuando vi en
éxtasis una visión: un objeto, como un gran lienzo,
que era bajado del cielo por las cuatro puntas y llegó
6 hasta mí. Fijando en él los ojos, lo consideraba, y
vi cuadrúpedos de la tierra, fieras, reptiles y aves

7 del cielo. Y oí también una voz que me decía: Le-
8 vántate, Pedro, mata y come. Y respondí: De nin-
gún modo, Señor; porque ninguna cosa común o in-
9 munda ha entrado jamás en mi boca. Mas la voz
respondió desde el cielo por segunda vez: Lo que
10 Dios purificó, no lo tengas tú por cosa común. Y
esto sucedió por tres veces; y todo ello volvió a ser
11 recogido en el cielo. En aquel mismo instante se
presentaron ante la casa donde estábamos, tres hom-
12 bres enviados a mí desde Cesarea; y el Espíritu
me dijo que fuese con ellos sin vacilar.[1] También
fueron conmigo estos seis hermanos, y entramos en
13 la casa de aquel varón; y él nos contó cómo había
visto en su casa al ángel en pie, diciéndole: Envía a
Jope y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenom-
14 bre Pedro, quien te hablará palabras por las cua-
15 les serás salvo tú y toda tu casa. Y cuando empecé
a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos, lo mis-
16 mo que sobre nosotros al principio. Entonces me
acordé de la palabra del Señor, cómo *nos* decía:
Juan bautizó con agua; mas vosotros seréis bautiza-
17 dos en[2] el Espíritu Santo. Si Dios, pues, les con-
cedió a ellos el mismo don que a nosotros, al creer
en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese
estorbar a Dios?

18 Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorifica-
ron a Dios, diciendo: ¡Luego también a los gentiles
ha dado Dios arrepentimiento para vida!

19 Aquéllos, pues, que habían sido esparcidos por la
tribulación que sobrevino con motivo de Esteban,
llegaron hasta Fenicia, y Chipre, y Antioquía, no ha-
blando a nadie la Palabra, sino solamente a los judíos.
20 Pero entre ellos había unos varones de Chipre y de
Cirene, los cuales, habiendo llegado a Antioquía,
comenzaron a hablar también a los griegos,[3] predi-

---

[1] V. 12. ó, *sin hacer distinción.*
[2] V. 16. ó, *con.*
[3] V. 20. Var.: *helenistas.*

21 cándoles al Señor Jesús. Y la mano del Señor era
con ellos, y un gran número *de personas* creyeron
22 y se convirtieron al Señor. Y llegó la noticia de
ello a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén, y
23 enviaron a Bernabé hasta Antioquía; el cual, como
hubo llegado y visto la gracia de Dios, regocijóse, y
exhortaba a todos a que con firme propósito de su
24 corazón permaneciesen fieles al Señor; porque
Bernabé era varón bueno y lleno del Espíritu Santo
y de fe; y una gran multitud fué agregada al Señor.
25 Y salió Bernabé para Tarso en busca de Saulo, y
26 habiéndole hallado, le trajo a Antioquía. Y se re-
unían allí con la iglesia todo un año, y enseñaban a
mucha gente; y en Antioquía los discípulos fueron
llamados por primera vez cristianos.
27 En estos días descendieron de Jerusalén a Antio-
28 quía algunos profetas, y levantándose uno de ellos,
llamado Agabo, daba a entender, por el Espíritu,
que había de venir en todo el mundo una grande
hambre, la cual vino en tiempo de Claudio *César*.
29 Entonces los discípulos, cada uno según sus recur-
sos, determinaron enviar socorro a los hermanos que
30 habitaban en Judea; como en efecto lo hicieron, en-
viándolo a los ancianos por mano de Bernabé y Saulo.
12, 1 Por aquel tiempo el rey Herodes se puso a
2 maltratar a algunos de la iglesia, y mató a cuchillo
3 a Jacobo, el hermano de Juan. Y viendo que esto
agradaba a los judíos, procedió a prender también a
4 Pedro. (Eran entonces los días de los Azimos.) Ha-
biéndole, pues, prendido, le puso en la cárcel, y le
entregó a cuatro piquetes de cuatro soldados para
que le guardasen, proponiéndose sacarle al pueblo
5 después de la Pascua. Así que, Pedro era custo-
diado en la cárcel; y la iglesia hacía por él ferviente
6 oración a Dios. Y cuando Herodes iba ya a sacar-
le, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo en-
tre dos soldados, sujeto con dos cadenas; y los guar-
7 dias delante de la puerta custodiaban la cárcel. Y
he aquí, un ángel del Señor se presentó, y una luz

resplandeció en el calabozo; y tocando a Pedro en el
costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y
8 las cadenas se le cayeron de las manos. Y díjole el
ángel: Cíñete, y cálzate las sandalias. Hízolo así.
Y le dijo el ángel: Envuélvete en tu manto y sígue-
9 me. Y saliendo, seguíale; y no sabía que era verdad
lo que hacía el ángel; mas pensaba que veía visión.
10 Y habiendo pasado la primera guardia, y la segun-
da, vinieron a la puerta de hierro que daba a la ciu-
dad, la cual se les abrió por sí misma; y saliendo,
anduvieron una calle, y en seguida el ángel se apar-
11 tó de él. Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: Ahora
entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su
ángel, y me ha librado de la mano de Herodes y de
12 toda la expectación del pueblo judío. Y cuando se
dió cuenta *de esto,* fué a casa de María, la madre de
Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos, donde
13 muchos estaban reunidos orando. Y como llamase
a la puerta de la calle, salió a escuchar una mucha-
14 cha llamada Rode, la cual, reconociendo la voz de
Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corrió
adentro y anunció que Pedro estaba a la puerta.
15 Ellos le dijeron: Estás loca. Mas ella insistía que era
16 verdad. Ellos entonces decían: Es su ángel. Pedro,
en tanto, seguía llamando; y cuando abrieron y le
17 vieron, se quedaron atónitos. Mas él, haciéndoles
señas con la mano para que callasen, contóles cómo
el Señor le había sacado de la cárcel, y añadió: Ha-
ced saber esto a Jacobo y a los hermanos. Y salien-
18 do, se fué a otro lugar. En cuanto fué de día, hubo
no poca agitación entre los soldados, sobre qué ha-
19 bría sido de Pedro. Y Herodes, habiéndole busca-
do y no hallándole, sometió a los guardias a interro-
gatorio, y ordenó que fuesen llevados a la muerte;
y descendiendo de Judea a Cesarea, se quedó allí
por algún tiempo.
20 Entonces estaba Herodes muy airado contra los
tirios y sidonios; mas ellos, de común acuerdo, vi-
nieron a él, y habiéndose ganado a Blasto, camare-

ro mayor del rey, pedían la paz; porque su país era
21 abastecido por el del rey. Y en un día determina-
do, Herodes, vestido de traje real, sentóse en la tri-
22 buna y les arengaba. Y el pueblo prorrumpió en
23 aclamaciones: ¡Voz de Dios, y no de hombre! In-
mediatamente un ángel del Señor le hirió, por cuan-
to no dió la gloria a Dios; y, comido de gusanos, ex-
24 piró. En tanto, la palabra del Señor crecía y se
multiplicaba.

25 Y Bernabé y Saulo, cumplido su servicio, volvie-
ron de[1] Jerusalén, trayendo consigo a Juan, el que
tenía por sobrenombre Marcos.

13, 1 Había entonces en la iglesia que estaba en An-
tioquía, profetas y doctores: Bernabé, Simeón, lla-
mado Níger, Lucio el cireneo, Manaén, que se había
criado en compañía de Herodes el tetrarca, y Saulo.
2 Ministrando éstos al Señor y ayunando, dijo el Es-
píritu Santo: Apartadme ahora a Bernabé y a Saulo
3 para la obra a que los he llamado. Entonces, ha-
biendo ayunado y orado, impusiéronles las manos y
los despidieron.

4 Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo, des-
cendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre;
5 y llegados a Salamina, predicaban la palabra de Dios
en las sinagogas de los judíos. Y tenían a Juan como
6 ayudante. Y habiendo atravesado toda la isla hasta
Pafos, encontraron a cierto judío, mago y falso pro-
7 feta, llamado Bar-Jesús, que estaba con el procón-
sul Sergio Paulo, varón discreto. Llamando éste a
Bernabé y a Saulo, solicitó oír la palabra de Dios;
8 pero Elimas, *o sea* el mago (que así se traduce su
nombre), se les oponía, procurando desviar de la fe
9 al procónsul. Entonces Saulo, que también se llama
Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él la vis-
10 ta, dijo: ¡Oh lleno de todo engaño y de toda vile-
za, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No
cesarás de torcer los caminos rectos del Señor?

---

[1] V. 25. Var.: *a*.

11 Ahora pues, he aquí la mano del Señor sobre ti, y
serás ciego, *de modo que* no veas el sol por algún
tiempo. E inmediatamente cayeron sobre él niebla y
obscuridad; y volviéndose a todos lados, buscaba
12 quien le llevase de la mano. Entonces el procón-
sul, al ver lo sucedido, creyó, maravillado de la doc-
trina del Señor.
13 Y haciéndose a la vela desde Pafos, Pablo y sus
compañeros arribaron a Perge de Panfilia. Empero
14 Juan se apartó de ellos, y volvióse a Jerusalén. Y
ellos, atravesando *la región* desde Perge, llegaron
a Antioquía de Pisidia, y entrando en la sinagoga en
15 el día de sábado, sentáronse. Y después de la lec-
tura de la Ley y de los Profetas, los presidentes de
la sinagoga enviaron a decirles: Hermanos, si tenéis
alguna palabra de exhortación para el pueblo, ha-
16 blad. Entonces Pablo, levantándose y haciendo con
la mano señal *de silencio,* dijo: Varones israelitas y
17 los que teméis a Dios, escuchad: El Dios de este
pueblo de Israel escogió a nuestros padres y enalte-
ció a su pueblo, cuando eran extranjeros en tierra
de Egipto, y con brazo levantado los sacó de ella.
18 Y por unos cuarenta años los soportó[1] en el desierto;
19 y habiendo destruído siete naciones en la tierra de
Canaán, les dió su territorio en posesión por unos
20 cuatrocientos cincuenta años. Después de esto, les
21 dió jueces hasta el profeta Samuel. Luego pidieron
rey; y Dios les dió por cuarenta años a Saúl, hijo de
22 Cis, varón de la tribu de Benjamín. Quitado éste,
levantóles por rey a David, de quien dió testimonio,
diciendo: He hallado a David, hijo de Jesé, varón
conforme a mi corazón, quien cumplirá todos mis
23 deseos. Del linaje de éste, según la promesa, trajo
24 Dios a Israel un Salvador, Jesús, ante cuya próxi-
ma manifestación, pregonó Juan a todo el pueblo de
25 Israel el bautismo de arrepentimiento. Y como Juan
estuviese para terminar su carrera, decía: Yo no soy

[1] V. 18. Var.: *los alimentó como padre.*

lo que vosotros suponéis; mas he aquí, viene en pos
de mí uno, de quien no soy digno de desatar el cal-
26 zado de sus pies. Hermanos, hijos del linaje de
Abraham, y los que entre vosotros temen a Dios, a
nosotros nos es enviada esta palabra de salvación.
27 Porque los moradores de Jerusalén y sus gobernan-
tes, por no haberle conocido a él, ni las voces de los
Profetas que todos los sábados se leen, al conde-
28 narle, las cumplieron. Y aunque no hallaron en él
causa alguna de muerte, pidieron a Pilatos que se le
29 matase. Y habiendo ejecutado todas las cosas que
acerca de él estaban escritas, le bajaron del madero,
30 y le pusieron en un sepulcro; mas Dios le levantó
31 de entre los muertos. Y durante muchos días se
apareció en diferentes ocasiones a los que con él ha-
bían subido de Galilea a Jerusalén, los cuales son
32 ahora sus testigos ante el pueblo. Y nosotros os
anunciamos la buena nueva de que la promesa hecha
33 a nuestros padres, Dios la ha cumplido a nuestros
hijos[1] resucitando a Jesús, como está escrito también
en el salmo segundo:

«Mi hijo eres tú,
yo te he engendrado hoy.»[2]

34 Y en cuanto a que le resucitó de entre los muertos,
para nunca más volver a corrupción, lo había di-
cho así:

«Os daré las santas y fieles *misericordias prometidas* a David.»[3]

35 Por lo cual también dice en otro *salmo:*

«No permitirás que tu Santo vea corrupción.»[4]

36 Porque David, habiendo servido a su generación se-
gún la voluntad de Dios,[5] durmió y fué reunido con
37 sus padres, y vió corrupción. Mas aquél a quien
38 Dios levantó, no vió corrupción. Séaos, pues, no-

---

[1] V. 33. Var.: *á nosotros sus hijos.*
[2] V. 33. Sal. 2: 7.
[3] V. 34. Is. 55: 3.
[4] V. 35. Sal. 15: 10.
[5] V. 36. o, *habiendo servido en su generación a la voluntad de Dios.*

torio, hermanos, que mediante éste, *Jesús,* se os
anuncia remisión de pecados; y de todas las cosas
de las cuales por la ley de Moisés nó pudisteis ser
39 justificados, por él es justificado todo aquel que
40 cree. Cuidad, pues, que no *os* sobrevenga lo dicho
en los Profetas:
41 «Mirad, oh menospreciadores, maravillaos y
pereced;
porque yo hago una obra en vuestros días,
obra que no creeréis,
aunque alguno os la contare.»[1]
42 Y cuando ellos salían, rogábanles que el sábado si-
43 guiente les hablasen de estas mismas cosas. Y des-
pedida la congregación,[2] muchos de los judíos y de
los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Berna-
bé, quienes, hablándoles, los persuadían a perseve-
rar en la gracia de Dios.
44 Y el sábado siguiente reunióse casi toda la ciu-
45 dad para oír la palabra de Dios. Y viendo los ju-
díos las multitudes, llenáronse de celos, y contrade-
46 cían con blasfemias a lo que Pablo hablaba. Enton-
ces Pablo y Bernabé, hablando osadamente, dijeron:
Era necesario que la palabra de Dios se os hablase a
vosotros primero; mas ya que la rechazáis y no os
juzgáis dignos de la vida eterna, desde ahora nos
47 volvemos a los gentiles. Porque así nos *lo* ha man-
dado el Señor, *diciendo:*
«Te he puesto por luz de los gentiles,
a fin de que seas para salvación hasta lo últi-
mo de la tierra.»[3]
48 Y oyendo esto los gentiles, se regocijaban y glorifi-
caban la palabra del Señor; y creyeron todos cuan-
49 tos estaban ordenados para vida eterna. Y la pala-
50 bra del Señor se difundía por toda la región. Mas
los judíos instigaron a las mujeres piadosas y distin-
guidas y a los principales de la ciudad, y levantaron

---

[1] V. 41. Hab. 1: 5.
[2] V. 43. Gr. *sinagoga.*
[3] V. 47. Is. 49: 6.

una persecución contra Pablo y Bernabé, y los echa-
51 ron de sus términos. Entonces éstos, sacudiendo
contra ellos el polvo de sus pies, fuéronse a Iconio.
52 Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espí-
ritu Santo.
14, 1 Sucedió en Iconio que entraron juntos en la
sinagoga de los judíos, y hablaron de tal modo que
creyó una gran multitud, así de judíos como de
2 griegos. Mas los judíos refractarios excitaron y
enconaron los ánimos de los gentiles contra los her-
3 manos. Por tanto, se detuvieron allí bastante tiem-
po, hablando confiadamente en el Señor, quien daba
testimonio a la palabra de su gracia, concediendo
que por las manos de ellos se hicieran milagros y
4 prodigios. Y la gente de la ciudad se dividió: unos
estaban a favor de los judíos, y otros a favor de los
5 apóstoles. Y como se iniciara un movimiento hos-
til de los gentiles y también de los judíos, con sus
gobernantes, para afrentar y apedrear a los apósto-
6 les, habiéndolo sabido éstos, huyeron a Listra y
Derbe, ciudades de Licaonia, y a la región comarca-
7 na; y allí predicaban el evangelio.
8 Y en Listra, cierto hombre imposibilitado de los
pies, cojo de nacimiento, que no había andado jamás,
9 sentado como estaba, oía hablar a Pablo; el cual,
fijando en él sus ojos y viendo que tenía fe para ser
10 sanado, dijo a gran voz: Levántate *y ponte* dere-
cho sobre tus pies. Y de un salto se puso en pie y
11 empezó a andar. Entonces, viendo las gentes lo
que Pablo había hecho, alzaron su voz, diciendo en
lengua licaónica: Los dioses, en semejanza de hom-
12 bres, han descendido a nosotros. Y a Bernabé lla-
maban Júpiter, y a Pablo, Mercurio; porque Pablo
13 era quien llevaba la palabra. Y el sacerdote de Jú-
piter, cuyo *templo* estaba a la entrada de la ciudad,
trayendo toros y guirnaldas a las puertas, quería,
juntamente con las multitudes, ofrecer sacrificios.
14 Mas cuando los apóstoles Bernabé y Pablo oyeron
esto, rasgaron sus vestidos, y se lanzaron entre el

15 gentío, dando voces y diciendo: Señores, ¿por qué
hacéis esto? Nosotros también somos hombres, de
igual naturaleza que vosotros, y os anunciamos bue-
nas nuevas, para que os convirtáis de estas vanida-
des al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra, la mar
16 y todo lo que en ellos hay; quien en las pasadas
generaciones dejó a todas las gentes seguir sus pro-
17 pios caminos; aunque no se ha dejado a sí mismo
sin testimonio, haciendo bienes, dándoos lluvias del
cielo y tiempos fructíferos, llenando vuestros cora-
18 zones de sustento y de alegría. Y aun diciendo
estas cosas, apenas hicieron desistir al pueblo de
que les ofreciesen sacrificio.
19 Pero sobrevinieron unos judíos de Antioquía y de
Iconio, los cuales, habiendo persuadido a las multitu-
des, apedrearon a Pablo, y le arrastraron fuera de la
20 ciudad, dándole por muerto; mas, rodeándole los
discípulos, levantóse y entró en la ciudad; y al si-
21 guiente día partió con Bernabé para Derbe. Y
evangelizando aquella ciudad, hicieron un buen nú-
mero de discípulos; y *luego* volvieron a Listra, a
22 Iconio y a Antioquía, corroborando los ánimos de
los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en
la fe, y *diciéndoles:* Es necesario que por muchas
23 tribulaciones entremos en el reino de Dios. Y ha-
biéndoles constituído por elección ancianos en cada
iglesia, y orado con ayunos, los encomendaron al
24 Señor en quien habían creído. Pasando luego por
25 Pisidia, llegaron a Panfilia. Y después de hablar la
26 Palabra en Perge, descendieron a Atalia. De allí
navegaron a Antioquía, desde donde habían sido en-
comendados a la gracia de Dios, para la obra que
27 acababan de realizar. Y cuando llegaron y reunie-
ron la iglesia, contaban todas las cosas que Dios ha-
bía hecho juntamente con ellos, y que había abierto
28 la puerta de la fe a los gentiles. Y quedáronse allí
bastante tiempo con los discípulos.

15, 1 Entonces bajaron de Judea ciertos hombres, y
enseñaban a los hermanos, *diciendo:* Si no os cir-

cuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser
2 salvos. Y como Pablo y Bernabé tuviesen no poca
contienda y discusión con ellos, se dispuso que Pablo
y Bernabé, con algunos otros de entre ellos, subie-
sen a Jerusalén, a los apóstoles y ancianos, para tra-
3 tar esta cuestión. Ellos pues, habiendo sido acom-
pañados algún trecho por la iglesia, pasaron por
Fenicia y Samaria, refiriendo la conversión de los
gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos.
4 Y llegados a Jerusalén, fueron cordialmente acogidos
por la iglesia, los apóstoles y los ancianos; y conta-
ron todas las cosas que Dios había hecho juntamente
5 con ellos. Mas algunos de la secta de los fariseos
que habían creído, se levantaron, diciendo: Es nece-
sario circuncidarlos y mandarles que guarden la ley
de Moisés.

6 Reuniéronse, pues, los apóstoles y los ancianos
7 para conocer de este asunto. Y después de mucha
discusión, Pedro se levantó y les dijo: Hermanos,
vosotros sabéis que desde los primeros días *me* es-
cogió Dios de entre vosotros para que los gentiles
oyesen de mi boca la palabra del evangelio, y cre-
8 yesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dió
testimonio, concediéndoles el Espíritu Santo lo mis-
9 mo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre
nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.
10 Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre
la cerviz de los discípulos un yugo, que ni nuestros
padres ni nosotros tuvimos fuerzas para soportar?
11 Por el contrario, creemos ser salvos por la gracia
12 del Señor Jesús, de igual manera que ellos. Enton-
ces toda la asamblea guardó silencio, y oían a Ber-
nabé y a Pablo referir todos los milagros y prodigios
que había hecho Dios por medio de ellos entre los
13 gentiles. Y cuando callaron, Jacobo tomó la palabra
14 y dijo: Hermanos, escuchadme. Simeón ha conta-
do cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles,
para tomar de entre ellos un pueblo para su nombre.

15 Con esto concuerdan las palabras de los Profetas,
según está escrito:
16 «Después de estas cosas volveré,
y reedificaré el tabernáculo de David,
que está caído,
y reedificaré sus ruinas,
y de nuevo lo pondré en pie,
17 para que el resto de los hombres busque al
Señor,
esto es, todos los gentiles sobre los cuales es
llamado mi nombre,[1]
18 dice el Señor, que hace conocer estas cosas
desde el siglo.»[2]
19 Por lo cual, yo juzgo que no se inquiete a los genti-
20 les que se convierten a Dios; sino que se les escri-
ba que se abstengan de las contaminaciones de los
ídolos, de fornicación, de lo estrangulado, y de san-
21 gre. Pues Moisés, desde antiguas generaciones,
tiene en cada ciudad quienes lo prediquen, siendo
leído todos los sábados en las sinagogas.
22 Entonces pareció bien a los apóstoles y a los an-
cianos, con toda la iglesia, elegir de entre ellos cier-
tos varones, y enviarlos a Antioquía con Pablo y
Bernabé, a saber: Judas, llamado Barsabás, y Silas,
23 hombres eminentes entre los hermanos, y escribir
por conducto de ellos:
«Los apóstoles y hermanos ancianos, a los herma-
nos de entre los gentiles que están por Antioquía,
24 Siria y Cilicia; salud: Por cuanto hemos sabido
que algunos de entre nosotros, a los cuales no dimos
ninguna orden, os han inquietado con *sus* palabras,
25 perturbando vuestras almas, nos ha parecido bien,
puestos de acuerdo, elegir algunos varones y en-
viarlos a vosotros con nuestros amados Bernabé y
26 Pablo, hombres *éstos* que han arriesgado sus vidas
27 por el nombre del Señor nuestro Jesucristo. Por

[1] V. 17. Am. 9: 11 y 12.
[2] V. 18. Is. 45: 21. Var.: *que hace todas estas cosas. Conocidas son para Dios todas sus obras.*

tanto, *os* enviamos a Judas y a Silas, los cuales de
28 palabra os anunciarán lo mismo. Pues pareció bien
al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros carga
29 alguna, fuera de estas cosas necesarias: Que os
abstengáis de lo sacrificado a ídolos, y de sangre, y
de lo estrangulado, y de fornicación. Guardándoos
cuidadosamente de estas cosas, bien haréis. Pasadlo
bien.»

30 Así que, despedidos ellos, descendieron a Antio-
quía, y reuniendo la congregación, entregaron la
31 carta. Y habiendola leído, se regocijaron por el con-
32 suelo *que les traía.* Y Judas y Silas, como tam-
bién eran profetas, exhortaron a los hermanos con
33 muchas palabras, y los corroboraron *en la fe.* Y
después de pasar allí algún tiempo, fueron despedi-
dos en paz por los hermanos, *para que volviesen* a
35 los que los habían enviado.[1] Mas Pablo y Bernabé
continuaron en Antioquía, enseñando y predicando,
con otros muchos, la palabra del Señor.

36 Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé:
Volvamos ahora y visitemos a los hermanos por to-
das las ciudades en que hemos predicado la palabra
37 del Señor, *para ver* cómo están. Y Bernabé tenía
el propósito de llevar con ellos a Juan, el que era
38 llamado Marcos. Mas Pablo no creía conveniente
que llevasen consigo al que se había apartado de
ellos desde Panfilia, y no había ido con ellos a la
39 obra. Y fué tal el desacuerdo, que se separaron el
uno del otro: Bernabé, tomando a Marcos, navegó a
40 Chipre; mas Pablo, escogiendo por compañero
a Silas, partió, encomendado por los hermanos a
41 la gracia del Señor; y pasó por Siria y Cilicia,
corroborando las iglesias.

16, 1 Llegó *Pablo* a Derbe y luego a Listra. Y aquí
encontró a cierto discípulo llamado Timoteo, hijo de
2 una mujer judía creyente, mas de padre griego. De

---

[1] V. 33. Var. añ. el V. 34: *Pero a Silas le pareció bien quedarse allí.*

este *discípulo* daban buen testimonio los hermanos
3 que había en Listra y en Iconio. Quiso Pablo que
éste fuese con él, y tomándole, le circuncidó por cau-
sa de los judíos que había en aquellos lugares; pues
4 todos sabían que su padre era griego. Y conforme
iban pasando por las ciudades, entregaban a los *her-
manos,* para que las observasen, las ordenanzas de-
cretadas por los apóstoles y ancianos que estaban en
Jerusalén.
5 Así que, las iglesias eran fortalecidas en la fe, y
aumentaban en número de día en día.
6 Y atravesaron la región frigio-gálata, habiéndo-
seles impedido por el Espíritu Santo hablar la Pa-
7 labra en Asia. Llegados a la frontera de Misia,
intentaban pasar a Bitinia; mas el Espíritu de Jesús
8 no se lo permitió, y pasando junto a Misia, descen-
9 dieron a Tróade. Y fué mostrada a Pablo de no-
che una visión: Un varón macedonio estaba en pie,
y le rogaba, diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos.
10 En cuanto tuvo esta visión, procuramos inmediata-
mente partir para Macedonia, infiriendo que Dios
nos había llamado para predicarles el evangelio.
11 Haciéndonos, pues, a la vela desde Tróade, nave-
gamos con rumbo directo a Samotracia, y al día si-
12 guiente a Neápolis, y de allí a Filipos, que es ciu-
dad principal de la provincia de Macedonia y colonia
13 *romana.* En esta ciudad pasamos algunos días. Y
el sábado salimos fuera de la puerta, junto al río,
donde suponíamos que habría un lugar de oración; y
habiéndonos sentado, hablábamos a las mujeres que
14 se habían reunido. Y una mujer llamada Lidia, ven-
dedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, adora-
dora de Dios, estaba escuchando, y el Señor abrió
el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que
15 Pablo hablaba. Y cuando fué bautizada, con su fa-
milia, *nos* rogó, diciendo: Si habéis juzgado que soy
creyente en el Señor, entrad en mi casa y posad en
ella. Y nos constriñó.
16 Y sucedió que yendo nosotros al lugar de oración,

nos encontró una muchacha, poseída de espíritu pitó-
nico, la cual proporcionaba mucha ganancia a sus
17 amos, adivinando. Esta, viniendo tras Pablo y
nosotros, gritaba, diciendo: Estos hombres son sier-
vos del Dios Altísimo, los cuales os anuncian ca-
18 mino de salvación. Así lo hizo por muchos días.
Pero molestado Pablo, volvióse y dijo al espíritu:
Te mando en el nombre de Jesucristo que salgas de
19 ella. E inmediatamente salió. Y viendo sus amos
que había desaparecido la esperanza de su ganancia,
echaron mano a Pablo y Silas, y a la fuerza los lle-
20 varon al foro, ante las autoridades. Y habiéndo-
los presentado a los magistrados,[1] dijeron: Estos
hombres, siendo judíos, perturban nuestra ciudad,
21 y predican ritos que no nos es lícito abrazar ni ob-
22 servar, pues somos romanos. Y levantóse a una
contra ellos la multitud; y los magistrados,[1] quitán-
doles las ropas a tirones, mandaron azotarlos con
23 varas. Y después de herirlos de muchos azotes,
los metieron en la cárcel, ordenando al carcelero
24 que los guardase con seguridad; el cual, recibida
tal orden, los metió en el calabozo más interior, y
25 les aseguró los pies en el cepo. Mas como a me-
dia noche, Pablo y Silas, orando, cantaban himnos a
26 Dios; y los presos los escuchaban. Y de repente
hubo un terremoto tan grande que los cimientos de
la cárcel se movieron, y abriéronse al instante todas
las puertas, y las cadenas de todos se soltaron.
27 Despertando el carcelero, como viese abiertas las
puertas de la cárcel, desenvainó la espada e iba a
matarse, pensando que los presos se habían fugado.
28 Mas Pablo clamó a gran voz, diciendo: No te hagas
29 ningún mal, que todos estamos aquí. Entonces el
carcelero pidió luz y se lanzó dentro, y todo temblo-
30 roso, cayó a los pies de Pablo y Silas. Y sacándo-
los fuera, les dijo: Señores, ¿qué es necesario que
31 yo haga para ser salvo? Y ellos respondieron:

---

[1] Vs. 20 y 22. Gr. *pretores*.

Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa.
32 Y le hablaron la palabra de Dios, a él y a todos
33 los que estaban en su casa. Y él, tomándolos en
aquella misma hora de la noche, les lavó las heri-
das, y en seguida fué bautizado con todos los su-
34 yos. Subiólos además a su casa, les puso la mesa,
y se regocijó con toda su familia de haber creído a
Dios.
35 Y cuando fué de día, los magistrados[1] enviaron
36 los alguaciles,[2] diciendo: Suelta a esos hombres. El
carcelero comunicó estas palabras a Pablo: Los ma-
gistrados[1] han enviado *la orden* de que se os ponga
en libertad; así, pues, salid ahora y marchaos en paz.
37 Pablo, empero, les dijo: Después de azotarnos pú-
blicamente sin proceso, *a nosotros* que somos ro-
manos, nos metieron en la cárcel, ¿y ahora nos echan
encubiertamente? Pues no; que vengan ellos mismos
38 a sacarnos. Los alguaciles[2] comunicaron estas pa-
labras a los magistrados,[1] los cuales tuvieron temor,
39 al oír que eran romanos. Y viniendo, les dieron
excusas, y sacándolos fuera, suplicábanles que se
40 fuesen de la ciudad. Entonces, saliendo de la cár-
cel, entraron en casa de Lidia; y después de haber
visto y exhortado a los hermanos, se fueron.
17, 1 Pablo y Silas, habiendo pasado por Anfípolis
y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una
2 sinagoga de los judíos. Y Pablo, según tenía por
costumbre, fué a ellos, y por tres sábados discutía
3 con ellos, apoyándose en las Escrituras; explicán-
do*las* y demostrando que era necesario que el Cristo
padeciese y resucitase de entre los muertos, y que
Jesús, a quien yo os anuncio, *decía él,* es el Cris-
4 to. Y algunos de ellos se persuadieron, y se unie-
ron a Pablo y a Silas, como también gran número de
griegos adoradores de Dios, y no pocas mujeres
5 principales. Mas los judíos se llenaron de celos, y

---

[1] Vs. 35, 36 y 38. Gr. *pretores.*
[2] Vs. 35 y 38 Gr. *lictores.*

tomando consigo algunos hombres malos de entre los
ociosos, reunieron una turba, y alborotaban la ciu-
dad; y asaltando la casa de Jasón, buscaban a Pablo
y a Silas para llevarlos ante la asamblea del pue-
6 blo. Mas como no los hallasen, arrastraron a Jasón
y a varios hermanos ante los magistrados de la ciu-
dad, vociferando: Estos que han trastornado el mun-
7 do, también han venido acá, y Jasón los ha hospe-
dado; y todos ellos contravienen los decretos del
8 César, diciendo que hay otro rey, Jesús. Y el pue-
blo y los magistrados de la ciudad se turbaron al oír
9 estas cosas. Mas recibida fianza de Jasón y de
10 los otros, los soltaron. En seguida los hermanos
hicieron partir de noche a Pablo y a Silas para Be-
rea; los cuales, llegados allá, fueron a la sinagoga de
11 los judíos. Y eran éstos más nobles que los de Te-
salónica, pues recibieron la Palabra con pronta dis-
posición, examinando cada día las Escrituras, para
12 ver si estas cosas eran así. De modo que creyeron
muchos de ellos, y buen número de griegos, así mu-
13 jeres de distinción, como hombres. Mas en cuan-
to se enteraron los judíos de Tesalónica de que tam-
bién en Berea había sido anunciada por Pablo la pa-
labra de Dios, fueron allá excitando y perturbando a
14 las multitudes. Entonces los hermanos enviaron sin
demora a Pablo, para que fuese hasta el mar; y Si-
15 las y Timoteo se quedaron en Berea. Y los que to-
maron a Pablo a su cargo, le condujeron hasta Ate-
nas; y habiendo recibido órdenes para que Silas y
Timoteo viniesen a él cuanto antes, partieron.
16 Y mientras Pablo los esperaba en Atenas, su es-
píritu se enardecía dentro de él, observando como la
17 ciudad estaba llena de ídolos. Así que, discutía en
la sinagoga con los judíos y los *prosélitos* adorado-
res de Dios, y diariamente en la plaza con los que
18 allí se hallaban. Y algunos filósofos de los epicú-
reos y de los estoicos disputaban con él. Unos de-
cían: ¿Qué querrá decir este palabrero? Y otros: Pa-
rece que es propagandista de nuevas divinidades.

19 (Porque les predicaba a Jesús y la resurrección.) Y
tomándole, le llevaron al Areópago,[1] diciendo: ¿Po-
demos saber qué nueva doctrina es esa que enseñas?
20 Porque haces llegar a nuestros oídos ciertas cosas
extrañas. Deseamos, por tanto, saber qué quiere de-
21 cir esto. (Pues todos los atenienses y los extranje-
ros que allí residían, no se ocupaban en otra cosa
sino en decir o en oír algo nuevo.)

22 Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areó-
pago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que
23 sois muy devotos de las divinidades; porque pasan-
do *por las calles* y observando los objetos de vues-
tro culto, hallé también un altar en el cual estaba
escrito:

«AL DIOS NO CONOCIDO.»[2]

Lo que vosotros, pues, adoráis sin conocer, éso os
24 anuncio yo. El Dios que hizo el mundo y todas
las cosas que en él hay, éste, siendo Señor de cielo
y tierra, no reside en templos hechos de manos,
25 ni es servido de manos de hombres, como si algo
necesitara, pues él mismo es quien da a todos vida,
26 respiración y todas las cosas; e hizo descender de
un solo hombre todas las gentes, para que habitasen
sobre toda la faz de la tierra, determinándoles el or-
den de los tiempos y los límites de su habitación;
27 para que buscaran a Dios, si por ventura palpando le
hallasen, aunque ciertamente no está lejos de cada
28 uno de nosotros; porque en él vivimos, y nos mo-
vemos, y somos; como algunos de vuestros mismos
poetas han dicho:

«Porque de él también somos linaje.»

29 Siendo como somos linaje de Dios, no debemos pen-
sar que la divinidad sea semejante a oro, o plata, o
piedra, escultura de arte y de concepción de hom-

---

[1] V. 19. *Areópago:* Lugar donde se reunía el tribunal supremo de la antigua Atenas.
[2] V. 23. Gr. *A UN DIOS NO CONOCIDO.*

30 bres. Habiendo, pues, Dios disimulado los tiem-
pos de esta ignorancia, ahora anuncia a los hombres
31 que todos, en todas partes, se arrepientan; ya
que ha fijado un día en que va a juzgar al mundo con
justicia por un varón, a quien él designó, dando fe
de ello a todos con haberle resucitado de entre los
muertos.
32 Y al oír hablar de resurrección de muertos, unos
se burlaban, y otros decían: Te oiremos acerca de
33 esto otra vez. Así las cosas, Pablo salió de en me-
34 dio de ellos. Pero algunas personas se adhirieron
a él y creyeron; entre ellas, Dionisio el areopagita,
una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos.

18, 1 Después de estas cosas, Pablo partió de Ate-
2 nas y fué a Corinto. Y hallando a un judío llama-
do Aquila, natural del Ponto, recién llegado de Ita-
lia, con Priscila su mujer, por haber decretado Clau-
dio que todos los judíos saliesen de Roma, allegóse a
3 ellos; y por ser del mismo oficio, se quedó con ellos,
y trabajaban *juntos*. (El oficio de ellos era hacer
4 tiendas de campaña.) Y todos los sábados discu-
tía en la sinagoga y persuadía a judíos y a griegos.
5 Mas cuando Silas y Timoteo bajaron de Macedonia,
Pablo estaba dedicado por completo a la Palabra,
testificando solemnemente ante los judíos que Jesús
6 era el Cristo. Mas como éstos se opusieran y blas-
femasen, él, sacudiéndose la ropa, les dijo: Vuestra
sangre *sea* sobre vuestra cabeza; limpio yo, desde
7 ahora me iré a los gentiles. Y saliendo de allí, se
fué a casa de uno, llamado Ticio Justo, temeroso de
8 Dios, la cual estaba contigua a la sinagoga. Y
Crispo, el presidente de la sinagoga, creyó al Señor
con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo,
9 creían y se bautizaban. Y el Señor dijo a Pablo
de noche, por medio de una visión: No temas, sino
10 habla, y no calles, porque yo estoy contigo, y na-
die pondrá la mano sobre ti para dañarte; por cuan-
to yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.

11 Y se quedó allí un año y seis meses, enseñando
entre ellos la palabra de Dios.
12 Mas, siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos
se levantaron de común acuerdo contra Pablo y le
13 llevaron al tribunal, diciendo: Este persuade a los
14 hombres a tributar a Dios un culto ilegal. Y cuan-
do Pablo iba a hablar en su defensa, Galión dijo
a los judíos: Si se tratara de alguna injusticia o vi-
llanía, sería de razón, oh judíos, que me molestase
15 en oíros; pero si son cuestiones de palabras, y de
nombres, y de vuestra ley, allá vosotros. Yo no
16 quiero ser juez de estas cosas. Y los echó del tri-
17 bunal. Entonces todos ellos, trabando de Sóstenes,
el presidente de la sinagoga, le golpeaban delante
del tribunal; y a Galión nada se le daba de todo
esto.
18 Mas Pablo, después de haber permanecido aún
muchos días *allí,* se despidió de los hermanos y na-
vegó hacia Siria acompañado de Priscila y Aquila,
habiéndose rapado la cabeza en Cencrea, porque te-
nía *hecho* voto.
19 Y arribando a Efeso, Pablo los dejó allí. El, sin
embargo, entrando en la sinagoga, discutió con los
20 judíos; y como éstos le rogaran que se quedase por
21 más tiempo, él no accedió, sino que se despidió de
ellos, diciendo: Si Dios quiere, volveré otra vez a
22 vosotros. Y se hizo a la vela desde Efeso; y ha-
biendo desembarcado en Cesarea, después de subir
a Jerusalén y saludar a la iglesia, descendió a An-
23 tioquía; y pasado algún tiempo, salió, e iba reco-
rriendo por orden la región gálata, y la Frigia, con-
firmando *en la fe* a todos los discípulos.
24 Llegó entretanto a Efeso un judío llamado Apo-
los, natural de Alejandría, varón elocuente y pode-
25 roso en las Escrituras. Este había sido instruído
verbalmente en el camino del Señor, y siendo fervo-
roso de espíritu, hablaba y enseñaba con exactitud
las cosas referentes a Jesús, aunque sólo conocía el
26 bautismo de Juan. Y empezó a hablar denodada-

mente en la sinagoga; mas cuando le oyeron Priscila
y Aquila, lleváronle a su casa, y le expusieron con
27 mayor precisión el camino de Dios. Y deseando él
pasar a Acaya, los hermanos le animaron a ello, y
escribieron a los discípulos para que le recibiesen
cordialmente; y habiendo llegado *allí,* fué de gran
provecho a los que, por la gracia, habían creído;
28 porque con vehemencia refutaba públicamente a los
judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era
el Cristo.

19, 1 Aconteció que mientras Apolos estaba en Co-
rinto, Pablo, después de recorrer las regiones supe-
riores *del país,* llegó a Efeso, donde encontró algu-
2 nos discípulos, a los cuales preguntó: ¿Recibisteis
el Espíritu Santo cuando creísteis? Ellos respondie-
ron: Ni siquiera hemos oído que haya Espíritu San-
3 to.[1] Entonces les preguntó: Pues ¿qué bautismo re-
cibisteis? Ellos respondieron: El bautismo de Juan.
4 Díjoles Pablo: Juan administró bautismo de arrepen-
timiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel
5 que venía después de él, esto es, en Jesús. Oído
esto, se bautizaron en el nombre del Señor Jesús.
6 Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino so-
bre ellos el Espíritu Santo, y hablaban en lenguas y
7 profetizaban. Eran entre todos unos doce hom-
8 bres. Y entrando Pablo en la sinagoga, habló va-
lerosamente por espacio de tres meses, razonando y
9 persuadiendo acerca del reino de Dios. Mas como
algunos se endureciesen y se resistieran a creer,
hablando mal del Camino delante de la muchedum-
bre, apartóse de ellos y separó a los discípulos, dis-
10 cutiendo todos los días en el aula de Tirano. Esto
continuó durante dos años, de modo que todos los
habitantes de *la provincia* de Asia, tanto judíos
11 como griegos, oyeron la palabra del Señor. Y hacía
Dios singulares milagros por las manos de Pablo;

---

[1] V. 2. u, *oído que se da el Espíritu Santo.*

12 tanto que pañuelos y mandiles, que habían tocado a
su cuerpo, eran llevados a los enfermos; y las enfer-
medades los dejaban y los espíritus malignos salían.
13 Mas ciertos judíos, exorcistas ambulantes, probaron
a invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que
estaban poseídos de espíritus malignos, diciendo: Os
14 conjuro por Jesús, el que Pablo predica. Y había
siete hijos de un judío, sumo sacerdote, llamado Es-
15 ceva, que hacían esto. Mas el espíritu maligno les
respondió: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; mas
16 vosotros, ¿quiénes sois? Y el hombre en quien es-
taba el espíritu maligno se lanzó sobre ellos, y domi-
nándolos, los trató con tanta violencia, que huyeron
17 de aquella casa desnudos y heridos. Esto llegó a ser
notorio a todos los habitantes de Efeso, así judíos
como griegos, y cayó pavor sobre todos ellos, y
18 el nombre del Señor era engrandecido. Y muchos
de los que habían creído venían confesando y dando
19 cuenta de sus hechicerías. Y buen número de los
que habían practicado la magia, trajeron sus libros y
los fueron quemando en presencia de todos; y hecha
la cuenta de su precio, hallaron que era de cincuenta
20 mil *monedas* de plata. ¡Tan poderosamente crecía
y prevalecía la palabra del Señor!
21 Pasadas estas cosas, Pablo se propuso en su
espíritu[1] ir a Jerusalén, una vez recorridas Mace-
donia y Acaya, diciendo: Después de haber estado
22 allí, me será necesario ver también a Roma. Y en-
viando a Macedonia a dos de sus ayudantes, Timo-
teo y Erasto, él se detuvo por algún tiempo en Asia.
23 Hubo por aquel tiempo un disturbio no pequeño
24 acerca del Camino. Porque un platero llamado De-
metrio, que haciendo de plata templecillos de Diana
25 proporcionaba a los artífices no poca ganancia, re-
unió a éstos, juntamente con los operarios de oficios
similares, y díjoles: Señores, bien sabéis que de este
26 negocio depende nuestra prosperidad; y estáis

---

[1] V. 21. o, *en el Espíritu.*

viendo y oyendo que este Pablo, no sólo en Éfeso,
sino en casi toda el Asia ha extraviado a mucha gen-
te con sus persuasiones, diciendo que no son dioses
27 los que se hacen con las manos. Y no sólo hay
peligro de que este nuestro oficio caiga en descrédi-
to, sino también de que el templo de la gran diosa
Diana sea tenido en nada, y aun sea despojada de
su magnificencia, aquella a quien toda el Asia y el
28 mundo entero venera. Al oír esto, llenáronse de fu-
ror, y empezaron a gritar: ¡Grande es Diana de los
29 efesios! Y la confusión se extendió por la ciudad,
y a una se lanzaron al teatro, arrebatando a Gayo y
a Aristarco, macedonios, compañeros de viaje de Pa-
30 blo. Y Pablo quería entrar donde estaba reunido
el pueblo, pero los discípulos no se lo permitían.
31 También algunos de los magistrados de Asia,[1] que
eran amigos suyos, le enviaron recado, rogándole
32 que no se presentase en el teatro. Así que, unos
gritaban una cosa, y otros otra, porque la asamblea
estaba confusa, y los más no sabían por qué se ha-
33 bían reunido. Y algunos de entre la multitud die-
ron instrucciones a Alejandro, a quien los judíos em-
pujaron hacia adelante; el cual, haciendo señas con
la mano, quería hacer la defensa *de ellos* ante el
34 pueblo. Mas cuando se dieron cuenta de que era
judío, todos a una voz gritaron casi por dos horas:
35 ¡Grande es Diana de los efesios! Entonces el es-
cribano *de la ciudad,* habiendo apaciguado a la
multitud, dijo: Varones de Efeso, ¿quién hay entre
los hombres que ignore que la ciudad de los efesios
es guardadora del templo de la gran Diana y de la
36 *imagen* que cayó del cielo?[2] Siendo, pues, esto
indiscutible, debéis estar tranquilos, y no hacer
37 nada precipitadamente. Porque habéis traído a es-
tos hombres, que ni son sacrílegos[3] ni blasfemadores
38 de nuestra diosa. Por tanto, si Demetrio y sus

---

[1] V. 31. Gr. *Asiarcas.*
[2] V. 35. Gr. *de Júpiter.*
[3] V. 37. o, *ladrones de templos.*

compañeros los artífices tienen queja contra alguien,
audiencias se celebran, y procónsules hay; acúsen-
39 se los unos a los otros. Y si demandáis alguna
40 cosa más, se resolverá en asamblea legal. Por-
que hasta corremos peligro de ser acusados de se-
dición por lo que sin motivo *ha pasado* hoy, no pu-
diendo justificar este concurso. Dicho esto, disolvió
la asamblea.

20, 1 Después que cesó el alboroto, Pablo hizo ve-
nir a los discípulos, y habiéndolos exhortado, los
2 abrazó, y salió para Macedonia. Y después que
hubo recorrido aquellas regiones y exhortado a los
hermanos con abundancia de palabra, llegó a Grecia.
3 Y habiendo pasado allí tres meses, como los judíos
fraguasen un complot contra él para el momento de
embarcarse para Siria, tomó la determinación de vol-
4 ver por Macedonia. Y le acompañaban[1] Sópater,
de Berea, hijo de Pirro; Aristarco y Segundo, de
Tesalónica; Gayo, de Derbe, y Timoteo; y de Asia,
5 Tíquico y Trófimo. Estos, habiéndose adelantado,
6 nos esperaban en Tróade. Mas nosotros, pasados
los días de los Azimos, navegamos desde Filipos, y
cinco días después nos reunimos con ellos en Tróade,
7 donde nos detuvimos siete días. Y el primer día
de la semana, reunidos nosotros para el partimiento
del pan, Pablo, que había de marchar al día siguien-
te, razonaba con ellos y prolongó su discurso hasta la
8 media noche. Había muchas lámparas en el aposen-
9 to alto, donde estábamos reunidos. Y cierto joven
llamado Eutico, estaba sentado en la ventana, ren-
dido por un profundo sueño; y mientras Pablo di-
sertaba largamente, vencido aquél por el sueño,
cayó desde el tercer piso abajo; y fué levantado
10 muerto. Entonces Pablo bajó, y se echó sobre él,
y abrazándole, dijo: No os alborotéis, pues está vi-
11 vo. Subió luego, y después de partir el pan y de

---

[1] V. 4. Var. añ.: *hasta Asia.*

tomar alimento, platicó largamente hasta el alba, y
12 se marchó. Y se llevaron vivo al joven y quedaron
13 muy consolados. Mas nosotros, habiéndonos adelantado para embarcarnos, nos hicimos a la vela para
Asón, donde habíamos de recoger a Pablo, pues así
14 lo había dispuesto, queriendo él ir por tierra. Y
al encontrarnos en Asón, le tomamos a bordo, y vi-
15 nimos a Mitilene. Y navegando de allí, llegamos
al día siguiente frente a Quío; al otro día tocamos
16 en Samos, y[1] al tercero, vinimos a Mileto. Porque
Pablo había decidido pasar de largo Efeso, por no
gastar tiempo en Asia; pues se apresuraba por estar en Jerusalén, si le fuese posible, el día de Pentecostés.

17 Y enviando desde Mileto a Efeso, hizo llamar a
18 los ancianos de la iglesia. Y cuando vinieron a él,
díjoles: Vosotros bien sabéis cómo me he portado entre vosotros todo el tiempo, desde que puse los pies
19 en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y
con lágrimas, y en medio de pruebas que me sobrevi-
20 nieron por las maquinaciones de los judíos; que no
me retraje de anunciaros nada que os fuese útil, ni de
21 enseñároslo en público y por las casas, testificando
solemnemente, así a judíos como a griegos, acerca
del arrepentimiento para con Dios y la fe en[2] nues-
22 tro Señor Jesús. Y ahora, he aquí, ligado yo en
mi espíritu,[3] voy camino de Jerusalén, sin saber lo
23 que allí ha de sucederme; salvo que el Espíritu
Santo me testifica de ciudad en ciudad, diciendo
24 que me esperan cadenas y tribulaciones. Pero en
manera alguna estimo mi vida como cosa preciosa
para mí, con tal que acabe mi carrera y el ministerio que recibí del mismo Señor Jesús, para dar tes-
25 timonio del evangelio de la gracia de Dios. Y
ahora, yo sé que ninguno de vosotros, entre quienes anduve predicando el reino, volverá a ver mi

---

[1] V. 15. Var. añ.: *habiendo hecho escala en Trogilio.*
[2] V. 21. Gr. *para con.*
[3] V. 22. o, *por el Espíritu.*

26 rostro. Por tanto, yo os protesto en este día, que
27 estoy limpio de la sangre de todos. Porque no
me retraje de anunciaros todo el consejo de Dios.
28 Mirad por vosotros y por toda la grey en la cual el
Espíritu Santo os puso por obispos, para pastorear
la Iglesia de Dios,[1] que él adquirió con su propia
29 sangre. Yo sé que después de mi partida se intro-
ducirán entre vosotros lobos dañinos que no perdo-
30 narán al rebaño; y de entre vosotros mismos se le-
vantarán hombres que hablen cosas perversas para
31 arrastrar a los discípulos tras sí. Por tanto, ve-
lad, acordándoos de que por tres años, noche y día,
32 no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno. Y
ahora, os encomiendo al Señor y a la palabra de su
gracia, a aquel que es poderoso para edificaros y
daros vuestra herencia entre todos los santificados.
33 Ni plata, ni oro, ni ropa de nadie codicié. Vosotros
34 mismos sabéis que estas manos proveyeron a las
35 necesidades mías y de los que estaban conmigo. En
todo os di ejemplo de que, trabajando así, se debe
ayudar a los necesitados y recordar las palabras del
Señor Jesús, que él mismo dijo:
«Más bienaventurado es dar que recibir.»
36 Y habiendo dicho estas cosas, se puso de rodillas
37 y oró con todos ellos. Entonces hubo gran llanto de
todos, y echándose sobre el cuello de Pablo, le be-
38 saban con afecto, doliéndose principalmente por la
palabra que había dicho de que no verían más su ros-
tro. Y le fueron acompañando hasta el barco.

21, 1 Después de separarnos de ellos, nos hicimos
a la vela, y fuimos con rumbo directo a Cos, y al
2 día siguiente a Rodas, y de allí a Pátara. Y ha-
llando un barco que hacía la travesía a Fenicia, su-
3 bimos a bordo y zarpamos. Y al avistar Chi-
pre, la dejamos a la izquierda, seguimos nave-
gando hacia Siria y arribamos a Tiro; porque allí

---

[1] V. 28. Var.: *del Señor.*

4 el barco tenía que dejar su cargamento. Y ha-
biendo hallado a los discípulos, nos quedamos allí
siete días. Y ellos, por el Espíritu, decían a Pablo
5 que no pusiera los pies en Jerusalén. Mas cuando
cumplimos aquellos días, saliendo, emprendimos la
marcha, y todos nos acompañaron, con sus mujeres
e hijos, hasta fuera de la ciudad; y puestos de rodi-
6 llas en la playa, oramos. Luego, después de despe-
dirnos mutuamente, entramos en el barco, y ellos se
7 volvieron a sus casas. Y nosotros, *saliendo* de
Tiro, arribamos a Tolemaida, terminando *así* nues-
tra navegación; y allí saludamos a los hermanos y nos
8 quedamos con ellos un día. Partiendo al siguiente,
vinimos a Cesarea, y entrando en casa de Felipe, el
evangelista, que era uno de los siete *diáconos,*[1] po-
9 samos con él. Este tenía cuatro hijas doncellas que
10 profetizaban. Y permaneciendo nosotros allí algu-
nos días, descendió de Judea un profeta llamado
11 Agabo, el cual vino a vernos, y tomando el ce-
ñidor de Pablo, atóse los pies y las manos, y dijo:
Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán en Jerusalén
los judíos al varón cuyo es este ceñidor, y le entre-
12 garán en manos de los gentiles. Cuando oímos
esto, le rogábamos nosotros y los de aquel lugar, que
13 no subiese a Jerusalén. Entonces respondió Pablo:
¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón?
Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado en Je-
rusalén, sino también a morir allí, por el nombre del
14 Señor Jesús. Y como no se dejaba persuadir, de-
sistimos, diciendo: Hágase la voluntad del Señor.

15 Después de estos días, arreglado nuestro equi-
16 paje, emprendimos la marcha a Jerusalén. Y vinie-
ron también de Cesarea con nosotros algunos de
los discípulos, para conducirnos[2] a cierto hombre de
Chipre, llamado Mnasón, antiguo discípulo, en cuya

---

[1] V. 8. Hech. 6: 7.
[2] V. 16. o, *trayendo consigo.*

17 casa habíamos de posar. Y llegados a Jerusalén,
18 nos recibieron con gozo los hermanos. Y al día si-
guiente entró Pablo con nosotros a ver a Jacobo, y
19 se hallaban allí presentes todos los ancianos. Y des-
pués de saludarlos, les refirió una por una las cosas
que Dios había hecho entre los gentiles por su mi-
20 nisterio. Y ellos, habiéndolo oído, glorificaban a
Dios, y dijeron a Pablo: Hermano, ya ves cuántos
millares hay de judíos creyentes, y todos son celo-
21 sos por la Ley. Ahora bien, se les ha informado
acerca de ti, que enseñas a todos los judíos que es-
tán entre los gentiles a apostatar de Moisés, dicién-
doles que no circunciden a sus hijos, ni sigan nues-
22 tras costumbres. ¿Qué hay pues? Seguramente
23 oirán que has venido. Haz, por tanto, esto que te
decimos: Tenemos aquí cuatro hombres con obli-
24 gación de cumplir voto. Tómalos contigo, purifí-
cate juntamente con ellos, y costéales *la ofrenda*
para que puedan rasurar sus cabezas; y todos enten-
derán que nada hay de cuanto se les ha informado
acerca de ti, sino que tú también andas ordenada-
25 mente, guardando la Ley. Pero tocante a los genti-
les que han creído, ya les hemos escrito nuestra
decisión: que se abstengan de lo sacrificado a los
ídolos, y de sangre, y de lo estrangulado y de forni-
26 cación. Entonces Pablo tomó consigo a aquellos
hombres, y al siguiente día se purificó juntamente
con ellos, y entró en el Templo para notificar el cum-
plimiento de los días de la purificación, cuando ha-
bía de presentarse la ofrenda por cada uno de ellos.

27 Y cuando estaban para cumplirse los siete días,
los judíos de Asia, como vieran a Pablo en el Tem-
plo, empezaron a excitar los ánimos de toda la mul-
28 titud, y le echaron mano, gritando: Varones israe-
litas, ¡favor! Este es el hombre que va enseñando a
todos por todas partes contra el pueblo, y la Ley, y
este lugar; y además de esto, ha introducido grie-
gos en el Templo, profanando así este santo lugar.

29 (Porque antes habían visto con él en la ciudad a Tró-
fimo, efesio, al cual pensaban que Pablo había intro-
30 ducido en el Templo.) Y toda la ciudad se conmo-
vió, y agolpóse el pueblo, y echando mano a Pablo,
le arrastraron fuera del Templo; e inmediatamente
31 fueron cerradas las puertas. E intentando ellos
matarle, llegó la noticia al tribuno de la cohorte de
32 que toda Jerusalén estaba revuelta. Al instante,
tomando éste soldados y centuriones, bajó corriendo
a ellos; y cuando vieron al tribuno y a los soldados,
33 cesaron de golpear a Pablo. Acercóse entonces el
tribuno, y prendiéndole, mandó atarle con dos cade-
34 nas, y preguntaba quién era y qué había hecho. Mas
entre la multitud unos gritaban una cosa y otros otra,
y no pudiendo saber lo cierto a causa del alboroto,
35 le mandó llevar a la fortaleza. Y sucedió que, al
llegar *Pablo* a las gradas, era llevado en vilo por
los soldados, a causa de la violencia de la multitud.
36 Porque el pueblo en masa venía detrás gritando:
¡Muera!
37 Y estando ya para ser introducido en la fortale-
za, Pablo dijo al tribuno: ¿Se me permite decirte una
38 palabra? El repuso: ¿Sabes griego? ¿No eres tú
acaso el egipcio que hace algún tiempo sublevó aque-
39 llos cuatro mil sicarios, y los sacó al desierto? Res-
pondióle Pablo: Yo soy judío, de Tarso, ciudadano
de una población de Cilicia no sin importancia. Rué-
40 gote, pues, que me permitas hablar al pueblo. Y
como él se lo permitiese, Pablo, puesto en pie en
las gradas, hizo señal con la mano al pueblo. Y hecho
un gran silencio, les dirigió la palabra en lengua he-
brea, diciendo:

22, 1 Hermanos y padres, oíd mi defensa que *hago*
2 ahora ante vosotros. (Y al oír que les dirigía la
palabra en lengua hebrea, guardaron más silencio.)
3 Yo soy judío, prosiguió, nacido en Tarso de Cilicia,
pero criado en esta ciudad, instruído a los pies de
Gamaliel, conforme al rigor de la ley de nues-

tros padres, celoso de Dios, como lo sois todos
4 vosotros el día de hoy; que perseguí de muerte
este Camino, atando y entregando en cárceles a
5 hombres y mujeres, como me es testigo el sumo
sacerdote con todo el consejo de ancianos, de los
cuales también recibí cartas para los hermanos, y
me dirigí a Damasco, para traer presos a Jerusa-
lén a los que se encontrasen en aquella ciudad, a
6 fin de que fuesen castigados. Mas aconteció que
yendo de camino, y estando ya cerca de Damasco,
como a medio día, súbitamente brilló en derredor
7 mío una gran luz del cielo; y caí al suelo, y oí
una voz que me decía: Saulo, Saulo,[1] ¿por qué me
8 persigues? Yo respondí: ¿Quién eres, Señor? Y
me dijo: Yo soy Jesús el Nazareno, a quien tú per-
9 sigues. Y los que estaban conmigo vieron la luz,
mas no entendieron la voz del que me hablaba.
10 Entonces dije: ¿Qué haré, Señor? Y el Señor me
dijo: Levántate y sigue tu camino a Damasco; allí se
te hablará acerca de todas las cosas que te está or-
11 denado hacer. Y como yo no veía a causa del
esplendor de aquella luz, llevado de la mano por
12 los que estaban conmigo, llegué a Damasco. En-
tonces uno llamado Ananías, varón piadoso según la
Ley, de quien daban buen testimonio todos los ju-
13 díos que allí moraban, vino a mí, y poniéndo-
se a mi lado, me dijo: Saulo,[1] hermano, recibe la vis-
ta; y yo en aquel instante recobré la vista y le miré.
14 Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha designa-
do de antemano para conocer su voluntad, y ver al
15 Justo, y oír la voz de su boca; porque serás tes-
tigo suyo, ante todos los hombres, de lo que has
16 visto y oído. Y ahora ¿por qué te detienes? Le-
vántate, bautízate y lava tus pecados, invocando su
17 nombre. Y cuando hube regresado a Jerusalén, y
estaba orando en el Templo, me sobrevino un éx-
18 tasis; y le vi que me decía: Apresúrate y sal pron-

[1] Vs. 7 y 13. Gr. *Saúl.*

to de Jerusalén, porque no aceptarán tu testimonio
19 acerca de mí. Y yo *le* dije: Señor, bien saben ellos
que por todas las sinagogas iba yo encarcelando y
20 azotando a los que en ti creían; y cuando era de-
rramada la sangre de Esteban, tu testigo, yo mismo
estaba presente, consintiendo en ello y guardando las
21 ropas de los que le mataban. Y me dijo: Ve, porque
yo te enviaré lejos a los gentiles.
22 Y le estuvieron atentos hasta esta palabra. Enton-
ces alzaron la voz, diciendo: Quita de la tierra a tal
23 hombre, porque no es justo que viva. Y como ellos
gritasen y arrojasen sus ropas y lanzasen polvo al
24 aire, mandó el tribuno que metiesen a Pablo en la
fortaleza, añadiendo que le sometieran al tormento
de azotes para saber por qué causa clamaban así con-
25 tra él. Y cuando le hubieron sujetado[1] con las co-
rreas, Pablo dijo al centurión que allí estaba: ¿Os es
lícito azotar a un ciudadano romano, y sin haber sido
26 condenado? Al oír esto el centurión, fué al tribuno
y le avisó, diciendo: ¿Qué vas a hacer? Porque
27 este hombre es romano. Entonces el tribuno vino
a Pablo, y le preguntó: Dime, ¿eres tú romano? Sí,
28 contestó él. Respondió el tribuno: Yo, por una gran
suma, adquirí esta ciudadanía. Pues yo, repuso Pa-
29 blo, la tengo por nacimiento. En seguida se apar-
taron de él los que iban a ponerle a cuestión de tor-
mento; y aun el tribuno, cuando se enteró de que era
romano, tuvo temor por haberle atado.
30 Al día siguiente, deseando saber con certeza el
motivo por que le acusaban los judíos, le soltó *las
prisiones,* y mandó a los principales sacerdotes y a
todo el Sanedrín que se reunieran; y haciendo ba-
jar a Pablo, le puso en medio de ellos.
23, 1 Entonces Pablo, mirando fijamente al Sane-
drín, dijo: Hermanos, yo he vivido con toda buena
conciencia delante de Dios hasta el día de hoy.
2 Y el sumo sacerdote Ananías ordenó a los que es-

---

[1] V. 25. o, *tendido para azotarle.*

taban al lado de Pablo, que le hiriesen en la boca.
3 Entonces Pablo le dijo: ¡Herirte ha Dios, pared
blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme según
la ley, y quebrantando la ley, mandas que me hie-
4 ran? Y los que estaban a su lado le dijeron: ¿Al
5 sumo sacerdote de Dios injurias? No sabía, her-
manos, respondió Pablo, que fuese el sumo sacerdo-
te, pues escrito está:
«No hablarás mal de un príncipe de tu pueblo.»[1]
6 Pero notando Pablo que parte *de ellos* eran sadu-
ceos y parte fariseos, alzó su voz en el Sanedrín,
diciendo: Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fari-
seos; acerca de la esperanza de la resurrección de
7 los muertos soy ahora juzgado. Mientras así habla-
ba, se produjo una disensión entre los fariseos y los
8 saduceos, y dividióse la asamblea. (Pues los sadu-
ceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni es-
9 píritu; mas los fariseos afirman todo esto.) Y hubo
gran vocerío, y levantándose algunos de los escribas
de la parte de los fariseos, porfiaban, diciendo: Nin-
gún mal hallamos en este hombre; ¿y si un espí-
10 ritu o un ángel le ha hablado...? Arreciando la
contienda, y temiendo el tribuno que despedazasen
a Pablo, mandó bajar tropa para arrebatarle de en
11 medio de ellos y conducirle a la fortaleza. Y la no-
che siguiente se le presentó el Señor, y díjole: Ten
ánimo, pues como has testificado de mí en Jerusalén,
así es necesario que testifiques también en Roma.
12 Cuando fué de día, los judíos tramaron una conspi-
ración y se juramentaron, diciendo que no comerían
ni beberían hasta que hubiesen dado muerte a Pablo.
13 Y los que hicieron esta conjuración eran más de cua-
14 renta; los cuales fueron a los principales sacerdo-
tes y a los ancianos, y les dijeron: Nosotros nos he-
mos juramentado, so pena de maldición, a no gustar
15 nada hasta que hayamos dado muerte a Pablo. Aho-
ra pues, vosotros, con el Sanedrín, indicad al tri-

[1] V. 5. Ex. 22: 28.

buno que os le baje, como si fuerais a indagar con
más exactitud lo relativo a él; y nosotros, antes que
él se acerque, estaremos prevenidos para matarle.
16 Mas el hijo de la hermana de Pablo, como oyese ha-
blar de la celada, fué y entró en la fortaleza y dió
17 aviso a Pablo. Y llamando Pablo a uno de los cen-
turiones, dijo: Lleva este joven al tribuno, porque
18 tiene un aviso que darle. Entonces el centurión,
tomándole consigo, le llevó al tribuno, y dijo: El pre-
so Pablo me llamó y me rogó que te trajera este jo-
19 ven, pues tiene algo que hablarte. El tribuno, to-
mándole de la mano y llevándole aparte, le pregun-
20 tó: ¿Qué tienes que decirme? Y él dijo: Los judíos
han convenido en rogarte que mañana hagas bajar a
Pablo al Sanedrín, como si hubieses de inquirir con
21 más exactitud alguna cosa acerca de él. Tú, pues,
no te dejes persuadir; porque le acechan más de cua-
renta hombres de ellos, los cuales se han juramenta-
do a no comer ni beber, hasta haberle dado muerte;
y ahora están preparados, esperando tu promesa.
22 Entonces el tribuno despidió al joven, mandándole
así: No digas a nadie que me has comunicado estas
23 cosas. Y llamando a dos de los centuriones, dijo:
Tened preparados para la hora tercia de la noche
doscientos soldados *de infantería,* setenta de a ca-
ballo, y doscientos lanceros para que marchen a Ce-
24 sarea. *Díjoles* también que aprontasen cabalga-
duras, para que, haciendo montar a Pablo, le lle-
25 vasen en salvo a Félix, el gobernador, al cual
26 escribió una carta en esta forma: «Claudio Lisias,
27 al excelentísimo gobernador Félix, salud: A este
hombre, aprehendido por los judíos, y a punto de ser
muerto por ellos, le libré yo, acudiendo con la tropa,
28 por haber sido informado de que era romano. Y de-
seando enterarme del motivo por el cual le acusaban,
29 le bajé al Sanedrín de ellos; y descubrí que le acu-
saban por cuestiones de su ley, pero sin tener en su
contra ninguna acusación de cosa digna de muerte o
30 de prisión. Mas habiéndoseme denunciado que ha-

bía un complot contra el hombre, te lo remito inme-
diatamente, intimando asimismo a sus acusadores
que declaren ante ti lo que contra él tengan.»
31 Así, según las órdenes recibidas, los soldados
tomaron a Pablo y lleváronle de noche a Antipátrida;
32 y al día siguiente, dejando que los de a caballo si-
guiesen con Pablo, volviéronse *los demás* al cuar-
33 tel; y aquéllos, habiendo entrado en Cesarea y en-
tregado la carta al gobernador, presentáronle tam-
34 bién a Pablo. Leída la carta, preguntó *Félix* de
qué provincia era, y habiendo entendido que era de
35 Cilicia, le dijo: Te oiré detenidamente cuando lle-
guen también tus acusadores. Y mandó que fuese
guardado en el Pretorio de Herodes.

24, 1 Cinco días después descendió el sumo sacer-
dote Ananías con algunos ancianos y un cierto ora-
dor, llamado Tértulo, los cuales informaron ante el
2 gobernador contra Pablo. Y llamado éste, empezó
Tértulo su acusación, diciendo: Como por ti goza-
mos de mucha tranquilidad, y por providencia tuya
se están efectuando reformas en beneficio de esta
3 nación, lo aceptamos en todo tiempo, y en todo lu-
gar, y con toda gratitud, oh excelentísimo Félix;
4 mas para no molestarte demasiado, ruégote que en
5 tu amabilidad nos oigas breves palabras. Porque
hemos hallado que este hombre es una plaga, que
promueve sediciones entre todos los judíos que es-
tán por el mundo entero, y es caudillo de la secta de
6 los nazarenos; el cual aun trató de profanar el
8 Templo; y nosotros le prendimos.[1] Mas interro-
gándole tú mismo, podrás saber de él todas estas
9 cosas de que nosotros le acusamos. Y los judíos
también se adhirieron a la acusación, afirmando que
10 eran ciertas estas cosas. Pablo a su vez, habién-
dole hecho una seña el gobernador para que hablase,

---

[1] Vs. 6-8. Var. añ.: *y quisimos juzgarle según nuestra ley; mas el tribuno Lisias vino y con gran violencia lo quitó de nuestras manos, mandando a sus acusadores que vinieran a ti.*

respondió: Sabiendo bien que de muchos años eres
juez de esta nación, con buen ánimo hago mi propia
11 defensa; pudiendo tú cerciorarte de que no hace
12 más de doce días subí a Jerusalén para adorar; y
ni me hallaron disputando con nadie, ni amotinando
la gente en el Templo, ni en las sinagogas, ni por
13 la ciudad. Tampoco pueden probarte las cosas de
14 que ahora me acusan. Esto empero te confieso, que
según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo
al Dios de nuestros padres, creyendo todo lo que es
conforme a la Ley y lo que está escrito en los Pro-
15 fetas; teniendo en Dios la esperanza, que estos
mismos también abrigan, de que ha de haber resu-
16 rrección, así de justos como de injustos. Por lo
cual, yo también me esfuerzo por tener siempre
una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hom-
17 bres. Pues bien, al cabo de algunos años vine con
objeto de traer limosnas a los de mi nación y *pre-*
18 *sentar* ofrendas. *Ocupado* en esto, me hallaron
purificado en el Templo, no con multitud ni con al-
19 boroto, unos judíos de Asia, los cuales debieran
comparecer ante ti, y acusarme, si contra mí tuvie-
20 ran algo. O digan los aquí presentes qué delito
hallaron en mí, cuando comparecí ante el Sanedrín;
21 como no sea esta sola expresión que proferí en alta
voz, estando entre ellos: Acerca de la resurrección
22 de los muertos soy juzgado hoy ante vosotros. En-
tonces Félix, que conocía con bastante exactitud
el Camino *del Señor,* les puso demora, diciendo:
Cuando descendiere el tribuno Lisias, acabaré de
23 conocer de vuestro asunto. Y ordenó al centurión
que Pablo fuese custodiado, pero que se le tratase
con indulgencia, y sin impedir a ninguno de los su-
yos el atenderle.

24 Algunos días después, vino Félix con Drusila su
mujer, que era judía, y enviando por Pablo, le oyó
25 acerca de la fe en Cristo Jesús. Y como Pablo di-
sertase sobre la justicia, y la continencia, y el juicio
venidero, espantado Félix, respondió: Vete por aho-

26 ra, que en teniendo oportunidad, te llamaré. Al
mismo tiempo esperaba que Pablo le diese dinero;
por lo cual también le hacía venir frecuentemente y
27 conversaba con él. Mas al cabo de dos años recibió
Félix por sucesor a Porcio Festo; y queriendo Félix
congraciarse con los judíos, dejó preso a Pablo.

25, 1 A los tres días de haber tomado Festo po-
sesión del gobierno de la provincia, subió de Cesa-
2 rea a Jerusalén. Y los principales sacerdotes y los
judíos más influyentes le informaron contra Pablo, y
3 le rogaban, pidiendo contra él, como gracia, que
le hiciese venir a Jerusalén, preparando ellos una
4 emboscada para matarle por el camino. Mas Festo
respondió que Pablo estaba custodiado en Cesarea,
5 adonde él mismo marcharía en breve. Por tanto, les
dijo, desciendan conmigo los principales de entre
vosotros, y si hay en el hombre alguna falta, acú-
senle.
6 Y habiéndose detenido entre ellos no más de ocho
o diez días, bajó a Cesarea, y al día siguiente sen-
tóse en el tribunal, y mandó que fuese traído Pablo;
7 y una vez presente, rodeáronle los judíos que habían
bajado de Jerusalén, acumulando contra él muchas y
8 graves acusaciones, que no podían probar; alegan-
do Pablo en su defensa *esto:* En nada he pecado con-
tra la ley de los judíos, ni contra el Templo, ni con-
9 tra César. Mas Festo, queriendo congraciarse con
los judíos, dirigióse a Pablo, y le dijo: ¿Quieres su-
bir a Jerusalén, y ser allí juzgado ante mí de estas
10 cosas? Y Pablo contestó: Ante el tribunal de César
estoy, donde debo ser juzgado; a los judíos ningún
agravio he hecho, como tú mismo lo sabes muy bien.[1]
11 Si pues soy delincuente, y he hecho alguna cosa
digna de muerte, no rehuso morir; pero si nada hay
de lo que me acusan éstos, nadie puede entregarme
12 a ellos por otorgarles gracia. A César apelo. En-

---

[1] V. 10. Gr. *mejor.*

tonces Festo, habiendo hablado con el consejo, respondió: A César has apelado; a César irás.
13 Pasados algunos días, el rey Agripa y Berenice
14 llegaron a Cesarea para saludar a Festo. Y como
se detuviesen allí algunos días, Festo expuso al rey
el caso de Pablo, diciendo: Hay aquí cierto hombre
15 dejado preso por Félix, acerca del cual, cuando fuí
a Jerusalén, los principales sacerdotes y los ancianos de los judíos me informaron, pidiendo contra él
16 sentencia condenatoria. Yo les contesté que los romanos no acostumbran entregar a nadie, como gracia,
sin que el procesado tenga delante a sus acusadores,
17 y se le dé lugar a defenderse de la acusación. Por
tanto, cuando aquí llegaron juntos, sin dilación alguna, al día siguiente, me senté en el tribunal, y mandé
18 traer al varón, contra el cual, compareciendo sus
acusadores, no aducían ningún cargo de los delitos
19 que yo sospechaba; sino que tenían contra él ciertas cuestiones concernientes a la religión de ellos, y
a un cierto Jesús, ya muerto, de quien Pablo afirma-
20 ba que vivía. Y yo, perplejo en la investigación de
tales asuntos, le pregunté si querría ir a Jerusalén,
21 y allí ser juzgado de estas cosas. Mas como Pablo
apelara para que se le reservase al fallo de Augusto,
22 mandé guardarle, hasta que lo remita a César. Entonces Agripa dijo a Festo: Yo también quisiera oír
al hombre. Mañana le oirás, respondió Festo.
23 Al día siguiente, pues, viniendo Agripa y Berenice con mucho aparato, y entrando en la sala de
audiencias, con algunos tribunos y las personas distinguidas de la ciudad, fué traído Pablo por manda-
24 to de Festo. Entonces Festo dijo: Rey Agripa, y
todos los señores que estáis presentes con nosotros:
Aquí tenéis a este *hombre,* contra quien toda la multitud de los judíos, en Jerusalén como aquí, recurrió
25 a mí, vociferando que no debe vivir más. Pero yo
me convencí de que no había hecho cosa alguna digna de muerte, y habiendo él mismo apelado a Augus-
26 to, determiné remitírselo; acerca del cual no tengo

cosa cierta que escribir al Emperador.[1] Por eso le he
traído ante vosotros, y mayormente ante ti, oh rey
Agripa, para que, previo interrogatorio, tenga yo
27 algo que escribir. Porque me parece fuera de ra-
zón remitir un preso sin consignar también los car-
gos que contra él haya.
26, 1 Y Agripa dijo a Pablo: Se te permite hablar
por ti mismo. Pablo, entonces, extendiendo la ma-
2 no, comenzó *así* su defensa: Téngome por dicho-
so, oh rey Agripa, de que hoy haya de hacer delan-
te de ti mi defensa, de todas las cosas de que soy
3 acusado por *los* judíos, mayormente siendo tú
conocedor de todas las costumbres y cuestiones que
hay entre ellos; por lo cual te ruego que me escu-
4 ches con paciencia. Pues bien, mi vida desde la ju-
ventud, pasada desde el principio entre *los de* mi
nación y en Jerusalén, la saben todos los judíos;
5 los cuales me conocen desde mi primera edad, *y sa-
ben,* si quieren testificarlo, que conforme a la sec-
6 ta más estricta de nuestra religión, viví fariseo. Y
ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios
7 a nuestros padres soy llamado a juicio, promesa
cuyo cumplimiento esperan alcanzar nuestras doce
tribus, sirviendo fervientemente *a Dios* día y noche.
Por esta esperanza, oh rey, soy acusado de *los* ju-
8 díos. ¿Por qué se juzga entre vosotros cosa in-
9 creíble que Dios resucite muertos? Yo, a la verdad,
creí deber mío hacer muchas cosas en contra del nom-
10 bre de Jesús el Nazareno; lo cual hice, efectivamen-
te, en Jerusalén; y habiendo recibido autoridad de los
principales sacerdotes, yo encarcelé a muchos de los
santos; y es más, cuando los hacían morir, yo di mi
11 voto contra ellos. Y muchas veces, castigándolos
por todas las sinagogas, los forzaba a blasfemar; y
estando sobremanera enfurecido contra ellos, los per-
12 seguía hasta en las ciudades extranjeras. Empeña-
do en esto, iba yo camino de Damasco, con autoridad

---

[1] V. 26. Gr., *Señor.*

13 y comisión de los principales sacerdotes, cuando
a mediodía, oh rey, yendo por el camino, vi una luz
del cielo, más resplandeciente que el sol, la cual
brilló en torno mío y de los que caminaban conmigo.
14 Y caídos todos nosotros a tierra, oí una voz que me
decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo,[1] ¿por qué me
persigues? Dura cosa te es dar coces contra el agui-
15 jón. Yo entonces pregunté: ¿Quién eres, Señor?
Y el Señor respondió: Yo soy Jesús, a quien tú per-
16 sigues; pero levántate y ponte sobre tus pies;
porque para esto te he aparecido, para constituirte
ministro y testigo, tanto de lo que has visto de mí,
17 como de aquello en que te apareceré, librándote
del pueblo *de Israel* y de los gentiles, a los cuales
18 yo te envío, para que abras sus ojos, a fin de que
se vuelvan de las tinieblas a la luz, y de la potestad
de Satanás a Dios; para que reciban remisión de pe-
cados y herencia entre los santificados por la fe en
19 mí. Por lo cual, oh rey Agripa, no fuí desobedien-
20 te a la visión celestial; sino que anuncié primera-
mente a los de Damasco y Jerusalén, y también por
toda la región de Judea, y a los gentiles, que se
arrepintiesen y convirtiesen a Dios, haciendo obras
21 dignas de arrepentimiento. A causa de esto, unos
judíos me prendieron en el Templo, e intentaban
22 matarme. Habiendo, pues, alcanzado el auxilio de
Dios, me mantengo firme hasta el día de hoy, dando
testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo
nada fuera de las cosas que los Profetas y Moisés
23 anunciaron que habían de suceder; que el Cristo
sería sujeto a padecimiento, y el primero que, por
su resurrección de los muertos, anunciase luz así al
pueblo *judío* como a los gentiles.
24 Y alegando Pablo estas cosas en su defensa, Festo
dijo a gran voz: Estás loco, Pablo; las muchas letras
25 te vuelven loco. Mas Pablo respondió: No estoy lo-
co, excelentísimo Festo, antes bien, profiero palabras

---

[1] V. 14. Gr. *Saúl*.

26 de verdad y de cordura. Pues el rey está bien in-
formado de estas cosas, y le hablo con toda confian-
za, porque estoy seguro que nada de esto le es des-
conocido, ya que no ha sido hecho en un rincón.
27 ¿Crees, oh rey Agripa, a los Profetas? Yo sé que
28 crees. Mas Agripa respondió a Pablo: ¡Con poco
29 piensas hacerme cristiano! *Contestóle* Pablo: ¡Plu-
guiese a Dios que con poco o con mucho, no sólo tú,
sino también todos los que hoy me escuchan, vinie-
seis a ser tal como yo soy, excepto estas cadenas!
30 Entonces levantóse el rey, y el gobernador, y
también Berenice y los que estaban sentados con
31 ellos. Y habiéndose retirado aparte, hablaban en-
tre sí, diciendo: Ninguna cosa digna de muerte ni de
32 prisión hace este hombre. Y Agripa dijo a Festo:
Este hombre pudo haber sido puesto en libertad, si
no hubiera apelado a César.

27, 1 Cuando se dispuso que navegásemos a Italia,
entregaron a Pablo y algunos otros presos, a un
centurión, llamado Julio, de la cohorte Imperial.
2 Y embarcándonos en una nave adramitena, que iba
a zarpar para los puertos de la costa de Asia, nos
hicimos a la vela, estando con nosotros Aristarco,
3 macedonio de Tesalónica. Al otro día aportamos a
Sidón; y Julio, tratando humanamente a Pablo, per-
mitióle ir a ver a sus amigos, para ser de ellos aten-
4 dido. Haciéndonos a la vela desde allí, navegamos
a sotavento de Chipre, porque los vientos eran con-
5 trarios; y habiendo atravesado el golfo, frente a
Cilicia y Panfilia, llegamos a Mira, *ciudad* de Licia.
6 Allí encontró el centurión una nave alejandrina que
7 zarpaba para Italia, y nos embarcó en ella. Y des-
pués de navegar por muchos días lentamente, y ha-
biendo llegado con dificultad frente a Gnido, no de-
jándonos el viento *adelantar,* navegamos a sota-
8 vento de Creta, frente a Salmón. Y costeándola
con dificultad, vinimos a un lugar llamado Bellos
Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Lasea.

9 Y como hubiese transcurrido mucho tiempo, y
fuese ya peligrosa la navegación, por haber pasado
10 el Ayuno,[1] Pablo les amonestaba, diciendo: Seño-
res, veo que esta navegación va a ser con perjuicio
y gran pérdida, no sólo del cargamento y de la nave,
11 sino también de nuestras vidas. Pero el centurión
daba más crédito al piloto y al patrón de la nave,
12 que a las cosas que Pablo decía. Y siendo incó-
modo el puerto para invernar, los más aconsejaron
hacerse a la vela desde allí, por si pudiesen arribar
a Fenice, puerto de Creta que mira al Nordeste y
13 Sudeste, a fin de pasar en él el invierno. Y em-
pezando a soplar suavemente el austro, parecióles
haber logrado su intento, y levando anclas, costea-
14 ban *la isla de* Creta. Pero no mucho después
dió contra la nave[2] un viento huracanado, que se
15 llama Euraquilo. Y arrebatada la nave, y no pu-
diendo sostenerse proa al viento, nos abandonamos
16 a él, y éramos llevados. Y habiendo corrido a
sotavento de una pequeña isla llamada Clauda, con
17 dificultad pudimos recoger el esquife; y después
de subirlo a bordo, se valían de refuerzos para ceñir
la nave; y temiendo dar en la Sirte, arriaron los apa-
18 rejos, y así se dejaron llevar. Hallándonos, pues,
furiosamente combatidos por la tempestad, empeza-
19 ron al siguiente día el alijo. Y al tercer día con sus
20 propias manos arrojaron los aparejos de la nave. Y
no apareciendo ni sol ni estrellas por muchos días, y
acosándonos una tempestad no pequeña, íbamos per-
21 diendo ya toda esperanza de salvarnos. Y haciendo
mucho que no habían comido, Pablo se puso en pie
en medio de ellos y dijo: Señores, debíais haberme
escuchado, y no haberos hecho a la vela desde Cre-
ta, para conseguir *tan sólo* este daño y perjuicio;
22 mas ahora os exhorto a tener buen ánimo, porque no
habrá pérdida alguna de vidas entre vosotros, sino

[1] V. 9. El Ayuno de los judíos era a fines del verano.
[2] V. 14. o, *se desencadenó desde la isla.*

23 solamente de la nave. Pues esta noche se me ha
presentado un ángel del Dios de quien soy y a quien
24 sirvo, diciendo: No temas, Pablo, es necesario que
comparezcas ante César; y he aquí, Dios te ha dado
25 todos los que navegan contigo. Por tanto, señores,
tened buen ánimo; porque tengo fe en Dios, que será
26 así como se me ha dicho. Pero es necesario que
demos en cierta isla.
27 Y venida la décimocuarta noche, siendo nosotros
llevados a través del *mar de* Adria,[1] a media noche
los marineros comenzaron a sospechar que se acer-
28 caban a alguna tierra. Y echando la sonda, halla-
ron veinte brazas; avanzando un poco más, y vol-
29 viendo a sondar, hallaron quince brazas; y temien-
do dar en escollos, echaron por la popa cuatro anclas,
30 y ansiaban que se hiciese de día. Y como los ma-
rineros intentaran fugarse de la nave, y hubiesen
echado el esquife al mar, so pretexto de que iban a
31 largar anclas por la parte de proa, Pablo dijo al
centurión y a los soldados: Si éstos no se quedan en
32 la nave, vosotros no podéis salvaros. Entonces los
soldados cortaron los cabos del esquife, y lo dejaron
33 caer. Y mientras se hacía de día, Pablo exhor-
taba a todos a tomar alimento, diciendo: Hoy hace
catorce días que estáis en vela y permanecéis ayu-
34 nos, sin tomar nada. Por tanto, os suplico que
toméis alimento, porque esto importa para vuestra
salvación; pues no ha de perecer ni un cabello de la
35 cabeza de ninguno de vosotros. Y dicho esto, tomó
pan, dió gracias a Dios en presencia de todos, y par-
36 tiéndolo, empezó a comer. Entonces todos ellos,
37 cobrando ánimo, también tomaron alimento. Y éra-
mos en la nave, entre todos, doscientas setenta y
38 seis personas. Y ya satisfechos de alimento, alige-
39 raron la nave, arrojando el trigo al mar. Y cuando
amaneció, no conocían aquella tierra; pero distin-
guían una ensenada que tenía playa, en la cual se pro-

[1] V. 27. Hoy, el mar Jónico.

40 ponían varar la nave, si les fuese posible. Cortan-
do, pues, *los cabos de* las anclas, dejáronlas en el
mar, y aflojando al mismo tiempo las ataduras de los
gobernalles, izaron al viento la vela del trinquete e
41 hicieron rumbo a la playa; mas dando en un lugar
de dos aguas, hicieron encallar el navío, e hincada
la proa, quedó inmóvil, mientras la popa se abría con
42 la violencia *de las olas*. Y el parecer de los sol-
dados era matar a los presos, no fuese que alguno se
43 escapara a nado. Mas el centurión, deseoso de
salvar a Pablo, les estorbó el intento, y mandó que
los que pudiesen nadar, se echasen los primeros, y
44 saliesen a tierra; y los demás, *que lo hicieran,*
unos en tablas y otros en cualesquiera objetos de la
nave. Y así fué que todos llegaron salvos a tierra.

28, 1 Estando ya en salvo, nos enteramos de que la
2 isla se llamaba Melita.[1] Y los naturales[2] *de aque-
lla isla* nos trataron con singular humanidad, pues
encendiendo una hoguera, nos acogieron a todos, a
3 causa de la lluvia que caía y del frío. Y habiendo
Pablo recogido una cantidad de ramas secas y pués-
tolas en la hoguera, una víbora, huyendo del calor,
4 prendiósele en la mano. Y como los naturales vie-
sen el animal colgando de su mano, se decían unos
a otros: Indudablemente este hombre es un homicida,
a quien, aun escapado del mar, *la diosa* Justicia[3] no
5 le ha consentido vivir. Sin embargo, Pablo, sacu-
diendo el animal en el fuego, no sufrió daño alguno.
6 Ellos estaban esperando que él se hinchase o cayese
muerto de repente; pero después de esperar mucho
tiempo, viendo que no le pasaba nada, mudaron de
parecer, y decían que era un dios.
7 En los contornos de aquel lugar había heredades
del principal de la isla, llamado Publio, el cual nos

---

[1] V. 1. Hoy, Malta.
[2] V. 2. Gr. *bárbaros,* es decir, los que no hablaban griego ni latín.
[3] V. 4. Gr. *Dike,* diosa de justicia o venganza entre los paganos.

8 recibió y hospedó tres días amistosamente. Y el
padre de Publio yacía enfermo con fiebres y disente-
ría; al cual Pablo entró a ver, y, después de orar, le
9 puso las manos encima y le sanó. Hecho esto, tam-
bién los demás de la isla que tenían enfermedades,
10 acudían y eran curados; los cuales también nos
honraron con muchas atenciones, y al embarcarnos
nos pusieron a bordo las cosas necesarias.
11 Después de tres meses, nos hicimos a la vela en
una nave alejandrina que había invernado en la isla,
12 y cuyo mascarón de proa era Cástor y Pólux.[1] Y
haciendo escala en Siracusa, nos detuvimos allí tres
13 días. De allí, bordeando, llegamos a Regio; un día
después sopló el austro, y al siguiente llegamos a
14 Puteoli, donde habiendo hallado hermanos, fuimos
invitados a quedarnos con ellos siete días. Y así vi-
15 nimos a Roma; desde donde, habiendo tenido los
hermanos noticia de nosotros, vinieron a nuestro en-
cuentro hasta el Foro de Apio y las Tres Tabernas;
y viéndolos Pablo, dió gracias a Dios, y cobró alien-
16 to. Y cuando entramos en Roma,[2] a Pablo se le
permitió vivir aparte con el soldado que le custo-
diaba.
17 Tres días después, Pablo convocó a los principales
de los judíos, y cuando se hubieron reunido, les dijo:
Hermanos, yo, sin haber hecho nada contra nuestro
pueblo ni contra las costumbres de nuestros padres,
he sido entregado preso desde Jerusalén en poder de
18 los romanos, los cuales, después de tomarme de-
claración, estaban dispuestos a darme libertad, por
19 no haber en mí causa alguna de muerte. Mas opo-
niéndose los judíos, me vi obligado a apelar a César,
pero no porque tuviese nada de que acusar a mi na-
20 ción. Con este motivo, pues, os he llamado para
veros y hablar con vosotros, porque a causa de la
esperanza de Israel estoy rodeado de esta cadena.

---

[1] V. 11. Gr., *Dioscuros.*
[2] V. 16. Var. añ.: *el centurión entregó los presos al prefecto militar, mas.*

21 Mas ellos dijeron: Nosotros ni hemos recibido de Ju-
dea cartas referentes a ti, ni ha venido de allá nin-
gún hermano que haya comunicado o dicho de ti nada
22 malo. No obstante, nos parece conveniente oír de
ti lo que piensas; porque en cuanto a esta secta, sa-
23 bemos que en todas partes se habla contra ella. Y
habiéndole fijado un día, vinieron a él en mayor nú-
mero a su alojamiento; a los cuales, desde la mañana
hasta la tarde, exponía el reino de Dios, dando tes-
timonio y también persuadiéndoles acerca de Jesús,
tanto por la Ley de Moisés como por los Profetas.
24 Y algunos se convencían por sus palabras; mas otros
25 no creían. Y como estuviesen discordes entre sí,
ya se retiraban, cuando Pablo les dijo estas pala-
bras:[1] Bien habló el Espíritu Santo por el profeta
26 Isaías a vuestros padres, cuando dijo:

«Ve a este pueblo, y dile:
Oyendo oiréis, y no entenderéis;
y viendo veréis, y no percibiréis.
27 Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado,
y con los oídos han oído pesadamente,
y sus ojos los han cerrado;
no sea que perciban con los ojos,
y oigan con los oídos,
y entiendan con el corazón, y se vuelvan;
y yo los sane.»[2]

28 Séaos pues notorio, que a los gentiles es enviada
esta salvación de Dios; y ellos oirán.[3]

30 Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa
alquilada, y recibía a todos los que iban a verle;
31 y con toda libertad, sin impedimento, *les* predicaba
el reino de Dios, y les enseñaba las cosas referentes
al Señor Jesucristo.

---

[1] V. 25. Gr. *una palabra.*
[2] V. 27. Is. 6: 9 y 10.
[3] V. 28. Var. añ. el V. 29: *Y cuando hubo dicho esto, se fueron los judíos, teniendo entre sí gran disputa.*

LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A LOS

ROMANOS

1, 1 Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado *a ser*
2 apóstol, separado para el evangelio de Dios, que
él prometió de antiguo por sus profetas en las san-
3 tas Escrituras, acerca de su Hijo Jesucristo, Señor
nuestro (nacido del linaje de David, según la carne,
4 y declarado Hijo de Dios con poder, según *su* espí-
ritu[1] de santidad, por la resurrección de los muer-
5 tos), por quien recibimos la gracia y el apostolado,
para obediencia a la fe entre todos los gentiles por
6 amor de su nombre; entre los cuales os halláis tam-
bién vosotros, llamados *a ser* de Jesucristo:
7 A todos los que estáis en Roma, amados de Dios,
llamados *a ser* santos; gracia y paz a vosotros, de
Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.
8 Primeramente, doy gracias a mi Dios por Jesu-
cristo acerca de todos vosotros, de que vuestra fe es
9 divulgada por todo el mundo. Porque Dios es mi
testigo, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio
de su Hijo, de cuán incesantemente hago mención de
10 vosotros, rogando siempre en mis oraciones, que
de un modo u otro tenga al fin, por la voluntad de
11 Dios, una ocasión favorable de ir a vosotros; pues
anhelo veros para comunicaros algún don espiritual,
12 a fin de que seáis confirmados; esto es, para que
estando entre vosotros sea consolado juntamente con
13 vosotros, por la mutua fe, la vuestra y la mía. Pues
no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces
me he propuesto ir a veros (y hasta ahora se me ha

---

[1] V. 4. o, *el Espíritu.*

impedido), para tener entre vosotros también algún
14 fruto, como entre los demás gentiles. A griegos y
15 a bárbaros,[1] a sabios y a indoctos soy deudor. Así,
en cuanto a mí, pronto estoy a predicaros el evange-
16 lio también a vosotros que estáis en Roma. Pues no
me avergüenzo del evangelio; porque es potencia de
Dios para salvación a todo el que cree, al judío pri-
17 meramente y también al griego. Porque en él se
revela una justicia de Dios, *que es* por fe y para fe,
como está escrito:

«Mas el justo vivirá por la fe.»[2]

18 Pues, la ira de Dios se revela desde el cielo
contra toda impiedad e injusticia de los hombres que
19 detienen la verdad con injusticia; porque lo que de
Dios se conoce está manifiesto en ellos; ya que Dios
20 se lo manifestó. Pues las cosas invisibles de él, su
eterna potencia y divinidad, se hacen claramente vi-
sibles desde la creación del mundo, siendo entendi-
das por sus obras, de modo que no tienen[3] excusa.
21 Por cuanto, habiendo conocido a Dios, no le glorifi-
caron como a Dios, ni *le* dieron gracias; antes se en-
vanecieron en sus razonamientos, y su corazón in-
22 sensato fué entenebrecido. Jactándose de sabios,
23 se volvieron necios, y mudaron la gloria del Dios
incorruptible en imagen a semejanza de hombre co-
rruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de repti-
24 les. Por lo cual Dios los entregó a la impureza en
las concupiscencias de sus corazones, de suerte que
25 deshonraron entre sí sus propios cuerpos; ellos que
trocaron la verdad de Dios por la mentira, y adora-
ron y dieron culto a la criatura antes que al Crea-
26 dor, que es bendito por los siglos. Amén. Por esto
Dios los entregó a pasiones viles; pues aun las mu-
jeres entre ellos cambiaron el uso natural por el que
27 es contra naturaleza; y del mismo modo los hom-

---

[1] V. 14. o sea, *los no griegos.*
[2] V. 17. Hab. 2: 4. o, *mas el que por la fe es justo, vivirá.*
[3] V. 20. o, *para que no tengan.*

bres también, dejando el uso natural de la mujer, ar-
dieron en su lascivia unos con otros, cometiendo
cosas indecorosas hombres con hombres, y recibien-
do en sí mismos la retribución debida a su extravío.
28 Y así como a ellos no les pareció bien conservar el
verdadero conocimiento de Dios, él los entregó a
una mente réproba para que hiciesen cosas inconve-
29 nientes; estando henchidos de toda injusticia, mal-
dad, avaricia y perversidad; llenos de envidia, homi-
30 cidio, contienda, engaño y malignidad; *siendo*
murmuradores, detractores, impíos, injuriosos, so-
berbios, vanagloriosos, inventores de cosas malas,
31 desobedientes a sus padres, insensatos, desleales,
32 sin afecto natural, incompasivos, los cuales, a pe-
sar de conocer bien la justa sentencia de Dios, de
que los que cometen tales cosas son merecedores de
muerte, no sólo las hacen, sino que también se com-
placen con los que las cometen.

2, 1 Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quien-
quiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas
a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas
2 cometes las mismas acciones. Mas sabemos que el
juicio de Dios contra los que practican tales cosas,
3 es según verdad. Y tú, oh hombre, que juzgas a
los que cometen tales cosas, y haces las mismas,
4 ¿piensas que escaparás al juicio de Dios? ¿O me-
nosprecias las riquezas de su benignidad, pacien-
cia y longanimidad, ignorando que la benignidad de
5 Dios te lleva al arrepentimiento? Mas por tu du-
reza y corazón impenitente, atesoras para ti mismo
ira para el día de la ira y de la revelación del justo
juicio de Dios;
6 «El cual pagará a cada uno conforme a sus
obras:»[1]
7 vida eterna a los que, perseverando en el bien obrar,
8 buscan gloria, honra e inmortalidad; mas ira y eno-

[1] V. 6. Sal. 62: 12.

jo a los que son contenciosos, y no obedecen a la
9 verdad, antes obedecen a la injusticia. Tribulación
y angustia sobrevendrán a toda alma humana que
obra lo malo, al judío primeramente y también al grie-
10 go; mas gloria, honra y paz a todo el que obra el
bien, al judío primeramente y también al griego.
11 Pues no hay acepción de personas para con Dios.
12 En efecto, todos los que sin ley pecaron, sin ley
también perecerán; y todos los que con ley pecaron,
13 por ley serán juzgados; porque no los oidores de la
ley son justos para con Dios, sino los hacedores de
14 ella serán justificados, (porque cuando los genti-
les, que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que
es de la ley, éstos, sin tener ley, son ley para sí mis-
15 mos; los cuales muestran la obra de la ley escrita
en sus corazones, como su propia conciencia se lo
atestigua; y sus pensamientos mutuamente los acu-
16 san o los excusan); en el día en que juzgará Dios
por Cristo Jesús los secretos de los hombres, con-
17 forme a mi evangelio. Pero si tú te denominas judío
18 y te apoyas en la ley y te glorías en Dios, y co-
noces su voluntad, e instruído por la ley apruebas
19 lo mejor,[1] y estás persuadido de que tú mismo eres
guía de ciegos, luz de los que están en tinieblas,
20 preceptor de necios, maestro de niños, que tienes en
21 la ley la norma de la ciencia y de la verdad; tú,
pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?
Tú, que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas?
22 Tú, que dices que no se ha de adulterar, ¿adulte-
ras? Tú, que abominas de los ídolos, ¿robas tem-
23 plos?[2] Tú, que te glorías en la ley, ¿por la trans-
24 gresión de la ley deshonras a Dios? Pues el nombre
de Dios es blasfemado entre los gentiles a causa de
25 vosotros, como está escrito.[3] En verdad la circun-
cisión aprovecha, si guardas la ley; mas si eres trans-
gresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incir-

---

[1] V. 18. o, *distingues las cosas que difieren.*
[2] V. 22. o, *¿cometes sacrilegio?*
[3] V. 24. Is. 52: 5.

26 cuncisión. Si pues el incircunciso guardare las or-
denanzas de la ley, su incircuncisión, ¿no será con-
27 tada por circuncisión? Y el que por naturaleza es
incircunciso, si cumpliere perfectamente la ley, te
juzgará a ti, que eres transgresor de la ley, aun te-
28 niendo la letra de ella y la circuncisión. Porque no
es judío el que lo es *sólo* exteriormente, ni es cir-
29 cuncisión la exterior, en la carne; al contrario, es
judío el que lo es interiormente; y la circuncisión es
la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza
del cual no es de los hombres, sino de Dios.

3, 1 ¿Qué superioridad tiene, pues, el judío?, ¿o de
2 qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas ma-
neras. Primeramente, porque les fueron confiados los
3 oráculos de Dios. ¿Pues qué?, si algunos no creye-
ron, ¿su incredulidad hará nula la fidelidad de Dios?
4 En ninguna manera. Antes bien, sea Dios veraz y
todo hombre mentiroso; como está escrito:
«Para que seas justificado en tus palabras,
y venzas cuando vayas a juicio.»[1]
5 Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de
Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios que da cas-
6 tigo? (Hablo como hombre). De ningún modo;
porque en tal caso, ¿cómo juzgará Dios al mundo?
7 Pero si por mi falsedad redundó la verdad de Dios
en gloria suya, ¿por qué se me juzga aún como pe-
8 cador? ¿Y por qué no *decir* (como se nos calum-
nia, y algunos afirman que decimos): Hagamos males
para que vengan bienes?, la condenación de los cua-
9 les es justa. ¿Qué pues? ¿Les aventajamos? No
por cierto; porque ya hemos acusado a judíos y tam-
10 bién a griegos, que todos están bajo pecado. Como
está escrito:
«No hay justo, ni aun uno;
11 no hay quien entienda,
no hay quien busque a Dios;

---

[1] V. 4. Sal. 51: 4.

12 todos se desviaron,
a una fueron hechos inútiles.
No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.»[1]
13 «Sepulcro abierto es su garganta;»[2]
«con sus lenguas engañan;
veneno de áspides hay debajo de sus labios;»[3]
14 «su boca está llena de maldición y de amargura,»[4]
15 «sus pies son ligeros para derramar sangre;
16 quebranto y desventura hay en sus sendas;
17 y camino de paz no conocieron.»[5]
18 «No hay temor de Dios delante de sus ojos.»[6]

19 Ahora bien, sabemos que cuanto dice la ley, lo
dice a los que están bajo la ley, para que toda boca
se cierre y todo el mundo sea reo delante de Dios;
20 ya que por obras de la ley
«ninguna carne será justificada delante de él;»[7]
pues por la ley es el conocimiento del pecado.
21 Mas ahora, sin la ley, se ha manifestado una justi-
cia de Dios, testificada por la Ley y los Profetas;
22 una justicia de Dios *que es* por la fe en Jesucristo,
para todos los que creen; porque no hay distinción;
23 pues todos pecaron y no alcanzan a la gloria de Dios;
24 siendo justificados gratuitamente por su gracia, me-
25 diante la redención que es en Cristo Jesús; a quien
Dios propuso como propiciación por la fe en su san-
gre, para demostrar su justicia, a causa de haber
pasado por alto los pecados anteriores cometidos en
26 el tiempo de la paciencia divina, con la mira de
demostrar en este tiempo su justicia; para que él sea
justo y el que justifica a quien es de la fe en Jesús.

---

[1] V. 12. Sal. 14: 1-3; 53: 1-3.
[2] V. 13. Sal. 5: 9. [3] Sal. 140: 3.
[4] V. 14. Sal. 10: 7.
[5] V. 17. Is. 59: 7 y 8.
[6] V. 18. Sal. 36: 1.
[7] V. 20. Sal. 143: 2; Gál. 2: 16.

27 ¿Dónde está, pues, la jactancia? Fué excluída. ¿Por
cuál ley?, ¿de las obras? No; sino por la ley de la fe.
28 Concluímos, pues, que el hombre es justificado por
29 fe, sin las obras de la ley. ¿O es Dios solamente
Dios de los judíos? ¿No lo es también de los genti-
30 les? Cierto, también de los gentiles; puesto que
Dios es uno, y él justificará en virtud de la fe la cir-
cuncisión, y por medio de la fe la incircuncisión.
31 ¿Luego, por la fe invalidamos la ley? De ninguna
manera; antes confirmamos la ley.

4, 1 ¿Qué diremos entonces que obtuvo, según la
2 carne, nuestro progenitor Abraham? Porque si
Abraham fué justificado por obras, tiene de qué glo-
3 riarse, mas no para con Dios. ¿Qué, pues, dice la
Escritura?

«Y creyó Abraham a Dios, y le fué contado
por justicia.»[1]

4 Mas al que obra no se le cuenta el salario como gra-
5 cia, sino como deuda. Pero al que no obra, sino
que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es
6 contada por justicia. Como David también habla
de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atri-
7 buye justicia sin obras, *diciendo:*

«Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades
fueron perdonadas,
y cubiertos sus pecados.
8 Bienaventurado el varón a quien el Señor no
imputará pecado.»[2]

9 *¿Corresponde,* pues, esta bienaventuranza solamen-
te a la circuncisión, o también a la incircuncisión?, ya
que decimos:

«A Abraham le fué contada la fe por justicia.»[3]

10 ¿En qué circunstancias, pues, le fué contada? ¿Antes
o después de haber sido circuncidado? No después,
11 sino antes. Y recibió la señal de la circuncisión,

---

[1] V. 3. Gén. 15: 6.
[2] V. 8. Sal. 32: 1 y 2.
[3] V. 9. Gén. 15: 6.

como sello de la justicia de la fe *que tuvo estando* en
la incircuncisión; para que fuese padre de todos los
creyentes, aun de los no circuncidados, a fin de que
12 a éstos les fuese imputada la justicia; y padre de la
circuncisión, para los que no sólo son de la circunci-
sión, sino que también siguen las pisadas de la fe
que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser cir-
13 cuncidado. Porque la promesa *dada* a Abraham o a
su descendencia, de que sería heredero del mundo,
no le fué *dada* por la ley, sino por la justicia de la
14 fe. Porque si los que están bajo la ley son herederos,
15 vana es la fe y anulada es la promesa; pues la ley
obra ira; pero donde no hay ley, tampoco hay trans-
16 gresión. Por tanto, es por fe, para que sea por gra-
cia, a fin de que la promesa sea firme para toda su
descendencia, no solamente para la que es de la ley,
sino también para la que es de la fe de Abraham, el
17 cual es padre de todos nosotros, (como está escrito:
«Por padre de muchas gentes te he constituído;»[1])
delante de Dios a quien creyó, el cual da vida a
los muertos, y llama las cosas que no son como si
18 fuesen. Esperando contra esperanza, creyó Abra-
ham, para venir a ser padre de muchas gentes, con-
forme a lo que *le* había sido dicho:
«Así será tu simiente.»[2]
19 Y no flaqueó en la fe, *aunque* consideró su propio
cuerpo amortiguado (que era ya casi de cien años), y
20 el amortecimiento del seno de Sara. No dudó, pues,
de la promesa de Dios con incredulidad; antes fué
21 esforzado en su fe, dando gloria a Dios, plenamente
persuadido de que también es poderoso para cumplir
22 lo que ha prometido; por lo cual también *su fe* «le
23 fué contada por justicia.»[3] Y que le haya sido con-
tada *por justicia,* fué escrito no solamente para él,
24 sino también para nosotros, a quienes ha de ser con-

[1] V. 17. Gén. 17: 5.
[2] V. 18. Gén. 15: 5.
[3] V. 22. Gén. 15: 6.

tada, *esto es,* a los que creemos en aquel que levan-
25 tó de entre los muertos a Jesús, Señor nuestro, el
cual fué entregado por nuestros delitos, y resucitado
por nuestra justificación.

5, 1 Justificados, pues, por la fe, tengamos[1] paz
para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucris-
2 to; por quien asimismo hemos sido introducidos
por la fe en esta gracia, en la cual estamos firmes,
y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.
3 Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en
las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra
4 paciencia; y la paciencia, aprobación; y la aproba-
5 ción, esperanza; y la esperanza no avergüenza;
porque el amor de Dios está derramado en nuestros
corazones por el Espíritu Santo que nos fué dado.
6 Porque Cristo, cuando aun éramos flacos, a su tiem-
7 po murió por los impíos. Ciertamente, apenas mo-
rirá alguno por un justo; aunque por el bueno, qui-
8 zás alguno se atreva a morir. Mas Dios encarece
su amor a nosotros, en que siendo aún pecadores,
9 Cristo murió por nosotros. Mucho más, pues, ha-
biendo sido ya justificados en su sangre, por él se-
10 remos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos,
fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su
Hijo, mucho más, una vez reconciliados, seremos
11 salvos por su vida. Y no sólo *esto,* sino que tam-
bién nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Je-
sucristo, por quien hemos recibido ahora la reconci-
liación.

12 Por tanto, como el pecado entró en el mundo por
un solo hombre, y por el pecado, la muerte; así tam-
bién la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto
13 todos pecaron. Pues antes de haber ley, había pe-
cado en el mundo; mas no se imputa pecado no ha-
14 biendo ley. Sin embargo, reinó la muerte desde

[1] V. 1. Var.: *tenemos.*

Adán hasta Moisés, aun sobre los que no pecaron a
la manera de la transgresión de Adán; el cual es fi-
15 gura del que había de venir. Mas el don no fué
como la ofensa; porque si por la ofensa de aquel uno
los muchos murieron, mucho más por la gracia de un
solo hombre, Jesucristo, la gracia de Dios y su don
16 abundaron para los muchos. Y no *sucede con* el
don como en el caso de aquel uno que pecó, pues el
juicio, a la verdad, *vino* de uno solo para condena-
ción, mas el don de la gracia *vino* de muchas ofen-
17 sas para justificación.[1] Pues si por la ofensa de
uno solo, reinó la muerte por uno, mucho más reina-
rán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben
la abundancia de la gracia y del don de la justicia.
18 Así pues, como por una ofensa *vino el juicio* a to-
dos los hombres para condenación, así por una justi-
cia *vino la gracia* a todos los hombres para justifi-
19 cación de vida. Pues, como por la desobediencia
de un solo hombre los muchos fueron constituídos
pecadores, así también por la obediencia de uno solo
20 los muchos serán constituídos justos. La ley, em-
pero, se introdujo más tarde para que abundase la
ofensa; mas donde el pecado abundó, sobreabundó
21 la gracia; para que como el pecado reinó en la
muerte, así también la gracia reinase por la justicia
para vida eterna por Jesucristo, Señor nuestro.

6, 1 ¿Qué pues diremos? ¿Continuaremos en el pe-
2 cado para que la gracia abunde? En ninguna mane-
ra. Nosotros, que morimos *ya* al pecado, ¿cómo vi-
3 viremos aún en él? ¿O ignoráis que todos los que
fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautiza-
4 dos en su muerte? Fuimos, pues, por el bautismo
sepultados juntamente con él en su muerte, para que
como Cristo fué levantado de entre los muertos por
la gloria del Padre, así también nosotros andemos
5 en novedad de vida. Porque si estamos unidos con

[1] V. 16. Gr. *un acto de justicia.*

él en la semejanza de su muerte, lo estaremos tam-
6 bién en la de su resurrección; sabiendo esto, que
nuestro viejo hombre fué crucificado con *Cristo,*
para que el cuerpo del pecado sea deshecho, a fin
7 de que no sirvamos más al pecado. Porque el que
8 murió, justificado está del pecado. Y si morimos
con Cristo, creemos que también viviremos con él;
9 sabiendo que Cristo, una vez levantado de entre los
muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea
10 más de él. Porque en cuanto murió, al pecado mu-
rió una vez por todas; mas en cuanto vive, vive para
11 Dios. Así también vosotros, teneos por muertos al
pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. Por
12 tanto, no reine ya el pecado en vuestro cuerpo mor-
tal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias;
13 ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado
como instrumentos de iniquidad; antes presentaos a
vosotros mismos a Dios como vivos de entre los
muertos, y vuestros miembros a Dios como instru-
14 mentos de justicia. Porque el pecado no se ense-
ñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino
bajo la gracia.

15 ¿Qué pues? ¿Pecaremos porque no estamos bajo
16 la ley sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No
sabéis que si os presentáis vosotros mismos a alguien
por siervos para obedecerle, sois siervos de aquel a
quien obedecéis, sea del pecado para muerte, sea de
17 la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios,
que aunque erais siervos del pecado, obedecisteis de
corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis
18 entregados; y libertados del pecado, fuisteis hechos
19 siervos de la justicia. Hablo como hombre, por la
flaqueza de vuestra carne. Así pues, como para ini-
quidad presentasteis vuestros miembros para servir
a la impureza y a la iniquidad, así ahora, para san-
tificación, presentad vuestros miembros para servir
20 a la justicia. Pues cuando erais siervos del peca-
21 do, erais libres en cuanto a la justicia. ¿Qué fruto,

pues, teníais entonces? Cosas de las cuales ahora os
22 avergonzáis, porque el fin de ellas es muerte. Mas
ahora, libertados del pecado y hechos siervos para
Dios, tenéis vuestro fruto para santificación; y como
23 fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es
muerte; mas la dádiva de Dios es vida eterna en
Cristo Jesús, Señor nuestro.

7, 1 ¿O ignoráis, hermanos (porque hablo con los
que saben lo que es ley), que la ley tiene dominio
2 sobre el hombre en tanto que éste vive? Porque la
mujer casada está sujeta por la ley al marido mien-
tras éste vive, mas si el marido muere, está desli-
3 gada de la ley del marido. Así que, si en vida del
marido se uniere a otro varón, será llamada adúlte-
ra; mas si su marido muriere, será libre de esa ley;
de modo que no será adúltera si se uniere a otro.
4 Así también vosotros, hermanos míos, fuisteis muer-
tos a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que
seáis unidos a otro, *a saber,* al que fué levantado
de entre los muertos, a fin de que llevemos fruto
5 para Dios. Porque cuando estábamos en la carne,
los afectos pecaminosos, que *se manifiestan* por la
ley, obraban en nuestros miembros a fin de llevar
6 fruto para muerte. Mas ahora estamos desligados
de la ley, habiendo muerto para aquello en que es-
tábamos retenidos, de modo que servimos en nove-
dad de espíritu, y no en vejez de letra.

7 ¿Qué pues diremos? ¿Es pecado la ley? En nin-
guna manera. Sin embargo, yo no conocí el pecado
sino por la ley; porque no hubiera conocido la codi-
cia, si la ley no dijera:

«No codiciarás.»[1]

8 Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamien-
to, obró en mí toda codicia; pues sin la ley, el pecado

---

[1] V. 7. Ex. 20: 17.

9 está muerto. Y yo, sin la ley, vivía en otro tiem-
po; pero venido el mandamiento, el pecado revivió,
10 y yo morí; y el mandamiento, *que era* para vida,
11 resultó serme para muerte. Porque el pecado, to-
mando ocasión por el mandamiento, me engañó, y
12 por él me mató. De manera que la ley, en verdad,
es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.
13 ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para
mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para
mostrarse pecado, obró en mí la muerte por medio
de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento
el pecado viniese a ser sobremanera pecaminoso.
14 Sabemos, pues, que la ley es espiritual; mas yo soy
15 carnal, vendido al pecado. Porque lo que obro, no
lo entiendo; pues no practico lo que quiero; antes
16 lo que aborrezco, éso hago. Mas si lo que no quie-
ro, es lo que hago, convengo con la ley en que es
17 buena. De consiguiente, ya no soy yo quien obra
18 aquéllo, sino el pecado que habita en mí. Pues
yo sé que en mí (esto es, en mi carne) no mora
el bien; porque el querer lo bueno está conmigo,
19 pero no el efectuarlo. Porque no hago lo bueno
que quiero; sino lo malo que no quiero, eso practi-
20 co. Mas si hago lo que no quiero, ya no lo obro
21 yo, sino el pecado que mora en mí. Así que hallo
esta ley: Que cuando yo quiero hacer lo bueno, lo
22 malo está conmigo. Porque según el hombre inte-
23 rior me deleito en la ley de Dios; mas veo en mis
miembros otra ley que combate contra la ley de mi
mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que
24 está en mis miembros. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién
25 me librará del cuerpo de esta muerte? Gracias a
Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que yo mis-
mo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la
carne, a la ley del pecado.

8, 1 Ahora pues, ninguna condenación hay para los
2 que están en Cristo Jesús. Porque la ley del es-

píritu de la vida en Cristo Jesús te[1] libró de la ley
3 del pecado y de la muerte; pues lo que era impo-
sible para la ley, por cuanto era débil por la carne,
Dios enviando a su propio Hijo en semejanza de car-
ne de pecado, y por el pecado, condenó al pecado
4 en la carne; para que la justa demanda de la ley
se cumpliese en nosotros, que no andamos según la
5 carne, sino según el espíritu. Porque los que son
de la carne, piensan en las cosas de la carne; mas los
6 que son del espíritu, en las cosas del espíritu. Por-
que la mente carnal es muerte, mas la espiritual,
7 vida y paz. Por cuanto la mente carnal es enemis-
tad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios,
8 ni tampoco puede; y los que viven según la carne
9 no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no estáis
en la carne, sino en el espíritu, si es que el Espíritu
de Dios mora en vosotros. Y el que no tiene el Es-
10 píritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está
en vosotros, el cuerpo está en verdad muerto a cau-
sa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la jus-
11 ticia. Y si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús
de entre los muertos mora en vosotros, el que le-
vantó a Cristo Jesús de entre los muertos, vivifica-
rá también vuestros cuerpos mortales por su Espíri-
tu que mora en vosotros.
12 Así que, hermanos, deudores somos, no a la car-
13 ne, para que vivamos conforme a la carne; porque
si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el
Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis;
14 porque todos los que son guiados por el Espíritu de
15 Dios, éstos son hijos de Dios. Porque no recibis-
teis el espíritu de servidumbre, para estar otra vez
en temor; mas recibisteis el espíritu de adopción, por
16 el cual clamamos: Abba, Padre. El Espíritu mismo
da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que
17 somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos;
herederos de Dios, y coherederos con Cristo; si es

---

[1] V. 2. Var.: *me.*

que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.
18 Considero, pues, que los padecimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la
19 gloria que ha de ser revelada en nosotros. Porque el ardiente anhelar de la creación aguarda la mani-
20 festación de los hijos de Dios. Pues la creación fué sujeta a vanidad, no de grado, sino por causa del
21 que la sujetó, *pero* con esperanza; porque también la misma creación será libertada de la servidumbre de corrupción a la libertad de la gloria de los hijos
22 de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime
23 a una,[1] y a una[1] está en angustia[2] hasta ahora. Y no sólo esto, sino que nosotros mismos, que tenemos por primicias el Espíritu, nosotros también gemimos interiormente aguardando *nuestra* adopción, *esto*
24 *es,* la redención de nuestro cuerpo. Porque fuimos salvos en esperanza; mas la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿a qué espe-
25 rarlo? Pero si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo aguardamos.
26 Y asimismo también el Espíritu ayuda nuestra flaqueza; pues no sabemos lo que hemos de pedir ni cómo debemos pedirlo, pero el Espíritu mismo inter-
27 cede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones, sabe cuál es la mente del Espíritu, porque conforme a *la voluntad* de
28 Dios intercede por los santos. Y sabemos que todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios,
29 de los que según *su* propósito son llamados. Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre
30 muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorifi-
31 có. ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios *es* por

---

[1] V. 22. o, *con nosotros.* [2] Gr. *dolores de parto.*

32 nosotros, ¿quién contra nosotros? El que aun a su
propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos
nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las
33 cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios?
34 Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condena-
rá? Cristo Jesús es el que murió, más aun, el que
fué resucitado, el que está a la diestra de Dios, y
35 el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos
separará del amor de Cristo? Tribulación?, o angus-
tia?, o persecución?, o hambre?, o desnudez?, o pe-
36 ligro?, o espada? (Como está escrito:

«Por amor de ti somos muertos todo el día;
fuimos estimados como ovejas para el mata-
dero.» [1])

37 Antes bien, en todas estas cosas somos más que ven-
38 cedores por medio de aquel que nos amó. Porque
estoy persuadido de que ni muerte, ni vida, ni ánge-
les, ni principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni
39 poderes, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna otra cria-
tura nos podrá separar del amor de Dios, que es en
Cristo Jesús Señor nuestro.

9, 1 Verdad digo en Cristo, no miento, dándome
2 testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo, que
tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón;
3 porque deseara yo mismo ser anatema, *separado* de
Cristo, por amor a mis hermanos, mis parientes se-
4 gún la carne, que son israelitas, de los cuales son la
adopción, la gloria, los pactos, la legislación,[2] el cul-
5 to y las promesas; cuyos son los padres, y de los
cuales *vino,* según la carne, el Cristo, quien es sobre
todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.
6 Y no es que la palabra de Dios haya fallado; por-
que no todos los que descienden de Israel son Israel;
7 ni por *ser* simiente de Abraham, son todos hijos;
antes bien,

---

[1] V. 36. Sal. 44: 22.
[2] V. 4. o, *promulgación de la Ley.*

«En Isaac te será llamada simiente.»[1]
8 Esto es, no los *que son* hijos de la carne son hijos
de Dios; sino que los hijos de la promesa son los
9 contados por descendencia *suya*. Porque las palabras de la promesa son estas:
«Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo.»[2]
10 Y no sólo *esto*, mas también a Rebeca, concibiendo
11 de uno, que fué Isaac nuestro padre, (porque no
habiendo aún nacido *sus hijos*, ni hecho bien ni mal,
para que el propósito de Dios, conforme a elección,
12 permaneciese, no por obras sino por el que llama),
le fué dicho:
«El mayor servirá al menor.»[3]
13 Como está escrito:
«A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí.»[4]
14 ¿Qué pues diremos?, ¿que hay injusticia en Dios?
15 En ninguna manera. Porque a Moisés dice:
«Tendré misericordia del que tenga misericordia,
y me compadeceré del que me compadezca.»[5]
16 Luego no es del que quiere, ni del que corre, sino
17 de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice a Faraón:
«Para esto mismo te levanté, para mostrar en ti mi poder,
y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.»[6]
18 Por tanto, del que quiere, tiene misericordia, y al
que quiere, endurece.
19 Me dirás pues: ¿Por qué todavía inculpa?, por-
20 que, ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes,
¡oh hombre!, ¿quién eres tú, que altercas con Dios?

---

[1] V. 7. Gén. 21: 12.
[2] V. 9. Gén. 18: 10.
[3] V. 12. Gén. 25: 23.
[4] V. 13. Mal. 1: 2 y 3.
[5] V. 15. Ex. 33: 19.
[6] V. 17. Ex. 9: 16.

¿Dirá la cosa formada al que la formó: Por qué me
21 hiciste así?[1] ¿O no tiene el alfarero potestad sobre
el barro para hacer de la misma masa un vaso para
22 honra, y otro para usos viles? ¿Y qué, si Dios, que-
riendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, so-
portó con mucha longanimidad los vasos de ira dis-
23 puestos para perdición, y para dar a conocer las
riquezas de su gloria, *mostrólas* sobre los vasos de
24 misericordia, que él antes preparó para gloria, a los
cuales también llamó, es a saber, a nosotros, no sólo
25 de los judíos, sino también de los gentiles? Como
también en el libro de Oseas dice:
«Al que no era mi pueblo, llamaré pueblo mío;
y a la no amada, amada.»[2]
26 «Y será que en el lugar donde les fué dicho:
Vosotros no sois pueblo mío,
allí serán llamados hijos del Dios viviente.»[3]
27 Y en cuanto a Israel, Isaías clama:
«Aunque fuere el número de los hijos de Is-
rael como la arena de la mar, el residuo será
28 salvo; porque el Señor ejecutará senten-
cia sobre la tierra, cumpliéndola y abrevián-
dola.»[4]
29 Y como antes dice Isaías:
«Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera
dejado simiente,
habríamos llegado a ser como Sodoma,
y a Gomorra fuéramos semejantes.»[5]
30 ¿Qué pues diremos? Que los gentiles, que no co-
rrían tras justicia, obtuvieron justicia, pero una justi-
31 cia que es por la fe; mas Israel, que corría tras una
32 ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque *la
seguía* no por fe, sino por obras. Tropezaron en la
33 piedra de tropiezo, como está escrito:

---

[1] V. 20. Is. 29: 16; 45: 9.
[2] V. 25. Os. 2: 23.
[3] V. 26. Os. 1: 10.
[4] V. 28. Is. 10: 22 y 23.
[5] V. 29. Is. 1: 9.

«He aquí, pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de escándalo;
y el que creyere en él, no será avergonzado.»[1]

10, 1 Hermanos, el anhelo de mi corazón, y mi sú-
plica a Dios por los israelitas, es que sean salvos.
2 Porque atestiguo a su favor, que tienen celo de Dios,
3 pero no según ciencia. Pues ignorando la justicia
de Dios, y procurando establecer la suya propia, no
4 se sujetaron a la justicia de Dios. Porque el fin de
la ley es Cristo, para justicia a todo el que cree.
5 Pues en cuanto a la justicia que es de la ley, Moisés
escribe:
«El hombre que la cumpla, vivirá por ella.»[2]
6 Mas la justicia que es por la fe dice así:
«No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al
cielo?
(esto es, para traer abajo a Cristo);
7 ¿o quién descenderá al abismo?»
(esto es, para hacer subir a Cristo de entre los
8 muertos); mas ¿qué dice?
«Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en
tu corazón.»[3]
9 Es decir, la palabra de fe, la cual predicamos: Que
si confesares con tu boca a Jesús como Señor, y cre-
yeres en tu corazón que Dios le levantó de entre los
10 muertos, serás salvo. Porque con el corazón se
cree para justicia; mas con la boca se hace confesión
11 para salud. Pues la escritura dice:
«Todo aquel que en él cree, no será aver-
gonzado.»[4]
12 Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues
el mismo *Señor,* es el Señor de todos, rico para con
13 todos los que le invocan. Porque:

---

[1] V. 33. Is. 8: 14; 28: 16:
[2] V. 5. Lev. 18: 5.
[3] V. 8. Deut. 30: 14.
[4] V. 11. Is. 28: 15.

«Todo el que invocare el nombre del Señor,
será salvo.» [1]
14 ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creí-
do? ¿Y cómo creerán en aquel a quien no han oído?
15 ¿Y cómo oirán, si no hay quien predique? ¿Y cómo
predicarán, si no fueren enviados? Como está escrito:
«¡Cuán hermosos son los pies de los que anun-
cian el evangelio de los bienes!» [2]
16 Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías
dice:
«Señor, ¿quién ha creído a nuestro mensaje[3]?» [4]
17 Luego la fe viene del oír; y el oír, por la palabra de
18 Cristo. Pero digo: ¿No oyeron? Sí, por cierto; pues
«por toda la tierra salió la voz de ellos;
y hasta los fines del mundo sus palabras.» [5]
19 Mas digo: ¿No entendió esto Israel? Primero dice
Moisés:
«Yo os provocaré a celos con una *nación* que
no es nación;
con nación insensata os provocaré a ira.» [6]
20 E Isaías osadamente dice:
«Fuí hallado de los que no me buscaban;
me manifesté a los que no preguntaban por
mí.» [7]
21 Mas, en cuanto a Israel, dice:
«Todo el día extendí mis manos a un pueblo
desobediente y contradictor.» [8]
11, 1 Digo pues: ¿Ha desechado acaso Dios a su pue-
blo? En ninguna manera. Porque yo también soy is-
raelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benja-
2 mín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual de
antiguo conoció. ¿O no sabéis qué dice la Escritura

---

[1] V. 13. Joel 2: 32.
[2] V. 15. Is. 52: 7.
[3] V. 16. Gr. *oír*.
[4] V. 16. Is. 53: 1.
[5] V. 18. Sal. 19: 4.
[6] V. 19. Deut. 32: 1.
[7] V. 20. Is. 65: 1.
[8] V. 21. Is. 65: 2.

de Elías, cómo él invoca a Dios contra Israel, *di-*
ciendo:
3 «Señor, a tus profetas han muerto, y tus alta-
res han derruído; y he quedado yo solo, y aten-
tan a mi vida»?[1]
4 Mas, ¿qué le dice la divina respuesta?
«Me he reservado siete mil hombres, que no
han doblado la rodilla delante de Baal.»[2]
5 Así también, aun en el tiempo presente, hay un resi-
6 duo, según la elección de gracia. Y si es por gra-
cia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya
7 no es gracia. ¿Qué pues? Lo que busca Israel, aque-
llo no obtuvo; mas los de la elección lo obtuvieron, y
8 los demás fueron endurecidos; como está escrito:
«Dióles Dios espíritu de sopor, ojos para no
ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy.»[3]
9 Y David dice:
«Tórnese su mesa en lazo, y en red,
y en tropezadero, y en retribución para ellos;
10 sus ojos sean obscurecidos para no ver,
y agóbiales tú siempre la espalda.»[4]
11 Digo pues: ¿Tropezaron para que cayesen? En nin-
guna manera; mas por la defección de ellos *viene* la
salvación a los gentiles, para provocarlos a celos.
12 Y si la defección de ellos es la riqueza del mundo,
y el menoscabo de ellos, la riqueza de los gentiles,
¿cuánto más no ha de serlo la plenitud de ellos?
13 Esto, empero, os lo digo a vosotros los gentiles.
Por cuanto yo soy apóstol de los gentiles, honro mi
14 ministerio, por si de alguna manera puedo mover
a emulación a los de mi sangre,[5] y salvar a algunos
15 de ellos. Porque si la exclusión de ellos *es* la re-
conciliación del mundo, ¿qué *será* su admisión sino
16 vida de entre los muertos? Y si las primicias son

[1] V. 3. 1.ª Rey. 19: 10 y 14.
[2] V. 4. 1.ª Rey. 19: 18.
[3] V. 8. Is. 29: 10.
[4] V. 10. Sal. 69: 22 y 23; 35: 8.
[5] V. 14. Gr. *carne.*

santas, también lo es la masa; y si la raíz es santa,
17 también lo son las ramas. Pero si algunas de las
ramas fueron desgajadas, y tú, siendo acebuche,
fuiste injertado entre las demás, y viniste a ser co-
18 partícipe de la raíz de la grosura del olivo, no te
jactes contra las ramas; y si te jactas, *sabe que* no
19 sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Luego, di-
rás, algunas ramas fueron desgajadas para que yo
20 fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron
desgajadas, mas tú por tu fe estás firme. No te
21 enorgullezcas, antes teme. Que si Dios no perdo-
nó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará.
22 Mira, pues, la benignidad y el rigor de Dios: en los
que cayeron, ciertamente rigor; mas en ti, la benig-
nidad de Dios, si permanecieres en su benignidad;
23 de lo contrario, tú también serás cortado. Y aun
ellos, si no permanecieren en su incredulidad, serán
injertados; pues Dios es poderoso para volverlos a
24 injertar. Porque si tú fuiste cortado del acebuche
natural, y contra natura fuiste injertado en el buen
olivo, ¿cuánto más éstos, que son las *ramas* natura-
25 les, serán injertados en su propio olivo? Porque no
quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para
que no presumáis de sabios: que una parte de Israel
ha caído en endurecimiento, hasta que haya entra-
26 do la plenitud de los gentiles; y así, todo Israel será
salvo, como está escrito:
«Vendrá de Sión el Libertador
que apartará de Jacob la impiedad;
27 y éste será por mi parte el pacto con ellos,
cuando hubiere quitado sus pecados.» [1]
28 Así que, en cuanto al evangelio, son enemigos por
causa de vosotros; mas en cuanto a la elección, son
29 amados por causa de los padres. Porque Dios no
se arrepiente de sus dádivas ni de su llamamiento.
30 Pues como vosotros también en otro tiempo erais
desobedientes a Dios, mas ahora habéis alcanzado

---

[1] V. 27. Is. 59: 20; 27: 9. Jer. 31: 33 y 34.

misericordia a causa de la desobediencia de ellos,
31 así también éstos ahora han sido desobedientes a
causa de la misericordia que se ha tenido de vos-
otros, para que ellos también ahora obtengan mise-
32 ricordia. Porque Dios encerró a todos por igual
en desobediencia, para tener de todos misericordia.
33 ¡Oh profundidad de las riquezas, y de la sabiduría,
y de la ciencia de Dios![1] ¡Cuán inescrutables son sus
34 juicios, e incomprensibles sus caminos! Porque
¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fué
35 su consejero? ¿O quién le dió a él primero, para
36 que le sea recompensado? Porque de él, y por él,
y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por
los siglos. Amén.

12, 1 Por tanto, hermanos, os ruego por las mise-
ricordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos
en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, *que es*
2 vuestro racional culto. Y no os conforméis a este
siglo; mas transformaos por la renovación de vues-
tra mente, para que experimentéis cuál sea la volun-
tad de Dios, buena, agradable y perfecta.
3 Ahora bien, por la gracia que me fué dada, digo
a cada uno de vosotros, que no tenga de sí mismo
más alto concepto del que debe tener, sino que pien-
se *de sí* cuerdamente, conforme a la medida de la fe
4 que Dios repartió a cada uno. Porque de la mane-
ra que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero
5 no todos tienen la misma función, así *nosotros,*
siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, mas to-
dos, individualmente, miembros los unos de los otros.
6 Pero teniendo diferentes carismas, según la gracia
que nos fué dada, si es *el de* profecía, *úsese* en
7 conformidad con la fe; o si el de ministerio, en mi-
nistrar; el que enseña, *ocúpese* en la enseñanza;
8 el que exhorta, en la exhortación; el que reparte,

---

[1] V. 33. Var.: *¡Oh profundidad de las riquezas, tanto de la sabiduría como de la ciencia de Dios!*

hágalo con liberalidad; el que preside, con solicitud;
9 el que hace misericordia, con alegría. El amor *sea*
sin fingimiento. Aborreced lo malo, adheríos a lo
10 bueno. En cuanto al amor fraternal, sed afectuosos
los unos con los otros; en cuanto a la honra, daos pre-
11 ferencia el uno al otro; en lo que requiere solici-
tud, no *seáis* perezosos; en el espíritu, sed fervien-
12 tes, sirviendo al Señor; en la esperanza, gozosos;
en la tribulación, sufridos; en la oración, perseveran-
13 tes; acudiendo a las necesidades de los santos; prac-
14 ticando la hospitalidad. Bendecid a los que *os* per-
15 siguen; bendecid, y no maldigáis. Gozaos con los
16 que se gozan; llorad con los que lloran. Sed de un
mismo ánimo unos con otros; no os ensoberbezcáis,
sino inclinaos a lo humilde.[1] No seáis sabios a vues-
17 tros propios ojos. No paguéis a nadie mal por mal;
procurad lo que es honroso a la vista de todos los
18 hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vos-
19 otros, vivid en paz con todos los hombres. No os
venguéis vosotros mismos, amados míos; antes bien,
dad lugar a la ira *de Dios;* porque escrito está:

> «Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Se-
> ñor.»[2]

20 Por el contrario, si tu enemigo tuviere hambre, dale
de comer; si tuviere sed, dale de beber; que ha-
ciendo esto,

> «ascuas de fuego amontonarás sobre su ca-
> beza.»[3]

21 No seas vencido del mal; mas vence el mal con
el bien.

13, 1 Sométase toda alma a las autoridades superio-
res; porque no hay autoridad sino por Dios; y las
2 que hay, de Dios han sido ordenadas. De modo
que, el que se opone a la autoridad, a la ordenación
de Dios resiste, y los que resisten, se acarrean con-

---

[1] V. 16. o, *a los humildes.*
[2] V. 19. Deut. 32: 35.
[3] V. 20. Prov. 25: 21 y 22.

3 denación para sí mismos. Porque los magistrados
no son para temor al que hace el bien, sino al que
hace el mal. ¿Quieres, pues, no temer a la autori-
dad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella;
porque es ministro de Dios para tu bien. Mas si hi-
4 cieres lo malo, teme, pues no en vano lleva espada,
porque es ministro de Dios, para aplicar castigo al
5 que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle
sumiso, no solamente por causa del castigo, sino tam-
6 bién por causa de la conciencia. Pues por esto pa-
gáis también tributos; porque son servidores de Dios,
7 que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a
todos vuestras deudas: al que tributo, tributo; al que
impuesto, impuesto; al que temor, temor; al que hon-
ra, honra.

8 No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a
otros; porque el que ama al prójimo ha cumplido la
9 ley. Porque los preceptos: «No adulterarás, no ma-
tarás, no hurtarás, no codiciarás,»[1] y cualquier otro
mandamiento que haya, en esta sentencia se re-
sumen:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»[2]

10 El amor no hace mal al prójimo; así que, el amor es
el cumplimiento de la ley.

11 Y esto *hacedlo,* conociendo el tiempo, que ya
es hora de que despertéis del sueño; porque ahora
está más cerca nuestra salvación que cuando em-
12 pezamos a creer. La noche está muy avanzada,
el día se acerca; desechemos, pues, las obras de
13 las tinieblas y vistámonos las armas de la luz. An-
demos como de día, decorosamente; no en orgías
y borracheras, no en lujurias y disoluciones, no en
14 contención y envidia; mas vestíos del Señor Jesu-
cristo, y no proveáis para las concupiscencias de la
carne.

14, 1 Recibid al flaco en la fe, *pero* no para discutir

[1] V. 9. Ex. 20: 13-17. [2] Lev. 19: 18.

2 sobre opiniones. Porque uno cree que *se puede* co-
mer de todo; otro, que es flaco *de conciencia,* come
3 legumbres. El que come, no menosprecie al que no
come; y el que no come, no juzgue al que come; por-
4 que Dios le ha recibido. ¿Tú quién eres que juzgas
al criado ajeno? Para su propio amo se sostiene o
cae; mas se sostendrá, que poderoso es el Señor
5 para sostenerle. Hay quien estima un día más que
otro, y quien estima *iguales* todos los días. Cada
uno esté plenamente convencido en su propia mente.
6 El que hace distinción del día, hácela para el Se-
ñor; y el que come, come para el Señor, pues da
gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no
7 come, y da gracias a Dios. Pues ninguno de nos-
otros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí
8 mismo. Que si vivimos, para el Señor vivimos; y
si morimos, para el Señor morimos. Así pues, que
9 vivamos o que muramos, del Señor somos. Porque
Cristo para esto murió y volvió a vivir, para ser Se-
10 ñor, así de muertos como de vivos. Mas tú, ¿por
qué juzgas a tu hermano?; o tú también, ¿por qué
menosprecias a tu hermano? Porque todos compare-
11 ceremos ante el tribunal de Dios. Porque escrito
está:

> «Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla,
> y toda lengua confesará a Dios.»[1]

12 Así pues, cada uno de nosotros dará cuenta de sí
a Dios.

13 Por tanto, no nos juzguemos más unos a otros; al
contrario, juzgad más bien esto: no poner obstáculo
14 ni tropiezo al hermano. Yo sé, y estoy persuadido
en el Señor Jesús, que de suyo nada hay inmundo;
mas para el que piensa que algo sea inmundo, para
15 él lo es. Pues si por causa de lo que comes, tu her-
mano es contristado, ya no andas según el amor. No
pierdas por tu alimento a aquel por quien Cristo mu-

---

[1] V. 11. Is. 45: 23.

16 rió. No sea, pues, vituperado vuestro bien; que
17 el reino de Dios no es comida y bebida, sino justi-
18 cia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo. Porque el
que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es apro-
19 bado de los hombres. Así pues, seguimos[1] las co-
sas que tienden a la paz y a la mutua edificación.
20 No destruyas la obra de Dios por causa del alimen-
to. Todo a la verdad es limpio; pero es malo que el
21 hombre coma para tropiezo. Bueno es no comer
carne, ni beber vino, ni *hacer nada* en que tu her-
22 mano tropiece. La fe que tú tienes, tenla para con-
tigo delante de Dios. Bienaventurado el que no se
23 condena a sí mismo en lo que aprueba. Mas el que
duda *respecto de un alimento,* si lo come, es con-
denado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no
procede de fe, es pecado.

15, 1 Los que somos fuertes debemos soportar las
flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros
2 mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo
3 en lo bueno, para edificación. Porque aun Cristo
no se agradó a sí mismo; antes, como está escrito:
«Los vituperios de los que te vituperaban, caye-
ron sobre mí.»[2]
4 Porque todas las cosas que antes fueron escritas, lo
fueron para nuestra enseñanza; a fin de que, por la
paciencia y la consolación de las Escrituras, tenga-
5 mos esperanza. Mas el Dios de la paciencia y de
la consolación os conceda que tengáis un mismo sen-
6 tir entre vosotros, según Cristo Jesús; para que
unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de
nuestro Señor Jesucristo.
7 Por tanto, acogeos los unos a los otros, como tam-
8 bién Cristo nos acogió, para gloria de Dios. Digo,
pues, que Cristo vino a ser ministro de la circunci-
sión en favor de la verdad de Dios, para confirmar

---

[1] V. 19. Var.: *sigamos*.
[2] V. 3. Sal. 69: 19.

9 las promesas *hechas* a los padres, y para que los
gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia; como
está escrito:

«Por tanto, yo te celebraré entre los gentiles,
y cantaré a tu nombre.»[1]

10 Y otra vez dice:

«Alegraos, gentiles, con su pueblo.»[2]

11 Y en otro lugar *se dice:*

«Alabad al Señor todos los gentiles,
y ensálcenle los pueblos todos.»[3]

12 Y en otro, dice Isaías:

«Brotará la raíz de Jesé,
el que se levantará para regir a los gentiles;
los gentiles esperarán en él.»[4]

13 Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y
paz en el creer, para que abundéis en la esperanza
por la virtud del Espíritu Santo.

14 En cuanto a vosotros, hermanos míos, yo estoy
persuadido de que realmente estáis llenos de bor-
dad, y henchidos de todo conocimiento, y sois aptos
15 para amonestaros los unos a los otros. Pero os es-
cribo, con más atrevimiento en cierto sentido, como
para avivaros la memoria por la gracia que me fué
16 dada por Dios, para ser ministro de Cristo Jesús
a los gentiles, oficiando en el evangelio de Dios,
para que los gentiles le sean cual ofrenda acepta,
17 santificada por el Espíritu Santo. Tengo, por tan-
to, esta gloria en Cristo Jesús en lo que a Dios con-
18 cierne. Porque no me atreveré a hablar sino de lo
que Cristo haya hecho por medio de mí para traer a
la obediencia a los gentiles, por palabra y por obra,
19 en poder de milagros y prodigios, y en virtud del
Espíritu Santo; de manera que desde Jerusalén, y
rodeando hasta Ilírico, lo he llenado *todo* del evan-
20 gelio de Cristo, aspirando así a predicar el evan-

---

[1] V. 9. Sal. 18: 49.
[2] V. 10. Deut. 32: 43.
[3] V. 11. Sal. 117: 1.
[4] V. 12. Is. 11: 10.

gelio donde Cristo no fué *antes* nombrado, a fin de
21 no edificar sobre ajeno fundamento; sino, como
está escrito:

«Verán aquellos a quienes nada fué anunciado
acerca de él;
y los que no han oído, entenderán.»[1]

22 Por lo cual también se me ha impedido muchas ve-
23 ces el ir a vosotros. Mas ahora, no teniendo ya
campo en estas regiones, y ansiando hace algunos
24 años ir a veros, *lo haré* cuando emprenda mi via-
je para España; porque espero veros al pasar, y ser
encaminado allá por vosotros, después de haber go-
25 zado un tanto de vuestra compañía. Mas ahora par-
26 to para Jerusalén a ministrar a los santos, porque
Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una colec-
ta para los pobres que hay entre los santos que están
27 en Jerusalén. Pues lo tuvieron a bien, y les son deu-
dores; porque si los gentiles han sido hechos parti-
cipantes de sus bienes espirituales, ellos deben a su
28 vez servirles en los materiales.[2] Así que, cuando
hubiere concluído esto, y entregádoles en debida
29 forma este fruto, pasaré por ahí a España. Y sé
que cuando vaya a vosotros, llegaré con abundancia
30 de bendición de Cristo. Os ruego, empero, herma-
nos, por el Señor nuestro Jesucristo y por el amor
del Espíritu, que me ayudéis orando a Dios por mí,
31 para que sea librado de los desobedientes que hay
en Judea, y que la misión que llevo a Jerusalén sea
32 grata a los santos, a fin de que, llegando con gozo
a vosotros, por la voluntad de Dios, sea yo refrige-
33 rado juntamente con vosotros. Y el Dios de paz sea
con todos vosotros. Amén.

16, 1 Os recomiendo, además, a Febe, nuestra her-
mana, que es diaconisa de la iglesia que está en
2 Cencrea, para que la recibáis en el Señor, como es

---

[1] V. 21. Is. 52: 15.
[2] V. 27. Gr. *carnales.*

digno de los santos, y la ayudéis en cualquier asun-
to en que os hubiere menester; porque ella también
3 ha sido protectora de muchos, y de mí mismo. Sa-
ludad a Prisca[1] y a Aquila, mis colaboradores en
4 Cristo Jesús, los cuales expusieron su vida por la
mía, a quienes no sólo yo doy gracias, sino también
5 todas las iglesias de los gentiles; y *saludad* a la
iglesia *que está* en su casa. Saludad a Epeneto,
amado mío, que es primicias del Asia para Cristo.
6 Saludad a María, la cual se afanó mucho por vos-
7 otros. Saludad a Andrónico y a Junia, mis parien-
tes y mis compañeros de prisión, los que son insig-
nes entre los apóstoles, que también fueron en Cris-
8 to antes que yo. Saludad a Ampliato, amado mío
9 en el Señor. Saludad a Urbano, nuestro colabora-
10 dor en Cristo, y a Estaquis, amado mío. Saludad
a Apeles, aprobado en Cristo. Saludad a los de la
11 casa de Aristóbulo. Saludad a Herodión, mi pa-
riente. Saludad a los de la casa de Narciso, que es-
12 tán en el Señor. Saludad a Trifena y a Trifosa, las
cuales trabajaron en el Señor. Saludad a la amada
13 Pérsida, que se afanó mucho en el Señor. Saludad
a Rufo, escogido en el Señor, y a su madre, que
14 también *lo es* mía *en el amor*. Saludad a Asíncri-
to, a Flegonte, a Hermes, a Patrobas, a Hermas y a
15 los hermanos que están con ellos. Saludad a Filó-
logo y a Julia, a Nereo y a su hermana, a Olimpas,
16 y a todos los santos que están con ellos. Saludaos
los unos a los otros con ósculo santo. Os saludan to-
das las iglesias de Cristo.
17 Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que
causan divisiones y tropiezos contra la doctrina que
18 vosotros aprendisteis; y apartaos de ellos. Porque
semejantes personas no sirven a Cristo nuestro Se-
ñor, sino a sus propios vientres; y con palabras me-
losas y con lisonjas engañan los corazones de los sim-
19 ples. Porque vuestra obediencia ha venido a ser

---

[1] V. 3. Var.: *Priscila.*

notoria a todos; así que, me gozo de vosotros; mas
quiero que seáis sabios para el bien y sencillos para
20 el mal. Y el Dios de paz quebrantará en breve a
Satanás debajo de vuestros pies.
La gracia de Jesús nuestro Señor sea con vosotros.
21 Os saluda Timoteo, mi colaborador, como tam-
22 bién Lucio, Jasón y Sosipatro, mis parientes. Yo,
Tercio, que escribo esta epístola, os saludo en el Se-
23 ñor. Os saluda Gayo, mi hospedador y el de toda
la iglesia. Os saludan Erasto, tesorero de la ciudad
y Cuarto, el hermano.[1]
25 Y al que puede afirmaros según mi evangelio y la
predicación de Jesucristo, según la revelación del
misterio guardado en secreto desde tiempos eternos,
26 pero manifestado ahora, y según el mandamiento del
Dios eterno, declarado por las Escrituras proféticas
a todos los gentiles, para que obedezcan a la fe;
27 a Dios, el solo sabio, a él sea la gloria, por medio
de Jesucristo, por los siglos de los siglos. Amén.

---

[1] V. 23. Var. inserta el V. 24: *La gracia del Señor nuestro Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.*

LA PRIMERA
EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO
A LOS
CORINTIOS

1, 1 Pablo, llamado *a ser* apóstol de Jesucristo por
la voluntad de Dios, y Sóstenes nuestro hermano:
2 A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los
santificados en Cristo Jesús, llamados *a ser* santos,
con todos los que en cualquier lugar invocan el nom-
bre de nuestro Señor Jesucristo, *Señor* de ellos y
3 nuestro: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro
Padre, y del Señor Jesucristo.
4 Siempre doy gracias a Dios acerca de vosotros,
por la gracia de Dios que os fué dada en Cristo Je-
5 sús; porque en todo fuisteis enriquecidos en él, en
6 toda palabra y en todo conocimiento, según fué
confirmado en vosotros el testimonio acerca de Cris-
7 to; de tal modo que nada os falta en ningún caris-
ma, mientras esperáis la manifestación[1] de nuestro
8 Señor Jesucristo; el cual también os afirmará hasta
el fin, *para que seáis* irreprensibles en el día de
9 nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por quien
fuisteis llamados a *tener* comunión con su Hijo Jesu-
10 cristo nuestro Señor. Os ruego, pues, hermanos,
por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que ha-
bléis todos acordes, y que no haya entre vosotros
divisiones, antes bien, que estéis perfectamente uni-
dos en una misma mente y en un mismo parecer.
11 Porque se me ha hecho saber acerca de vosotros,
hermanos míos, por los de *la familia de* Cloe, que

---

[1] V. 7. o, *revelación.*

12 hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que
cada uno de vosotros dice: Yo ciertamente soy de
Pablo; pues yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de
13 Cristo. ¿Está dividido Cristo? ¿Fué acaso cru-
cificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados
14 en el nombre de Pablo? Doy gracias *a Dios,* de
que a ninguno de vosotros bauticé, sino a Crispo y
15 a Gayo; para que nadie diga que fuisteis bautiza-
16 dos en mi nombre. Y también bauticé la familia de
Estéfanas; aparte de estos, no sé si bauticé algún
17 otro. Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a
predicar el evangelio; *mas* no con sabiduría de pala-
bra, para que no sea hecha vana la cruz de Cristo.
18 Porque la palabra de la cruz es insensatez para
los que se pierden; mas para los que se salvan, para
19 nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito:

«Destruiré la sabiduría de los sabios,
y desecharé el entendimiento de los entendidos.»[1]

20 ¿Dónde está el sabio?, ¿dónde el escriba?, ¿dónde el
disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la
21 sabiduría del mundo? Puesto que en la sabiduría de
Dios, el mundo por su *propia* sabiduría no conoció
a Dios, agradó a Dios salvar a los creyentes por la
22 insensatez de la predicación. Porque los judíos exi-
23 gen señales, y los griegos buscan sabiduría; pero
nosotros predicamos a Cristo crucificado, *que es*
para los judíos tropezadero, y para los gentiles in-
24 sensatez; mas para los que son llamados, tanto ju-
díos como griegos, Cristo, potencia de Dios y sabi-
25 duría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más
sabio que los hombres; y lo flaco de Dios es más
fuerte que los hombres.
26 *Mirad* pues, hermanos, vuestra vocación; que no
sois muchos sabios según la carne, no muchos pode-
27 rosos, no muchos nobles; antes bien, lo insensato
del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios,

---

[1] V. 19. Is. 29: 14.

y lo flaco del mundo escogió Dios para avergonzar
28 a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo despreciado es-
cogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es;
29 para que ninguna carne se gloríe delante de Dios.
30 Y por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos
ha sido hecho la sabiduría que viene de Dios, *a sa-*
31 *ber:* justicia, y santificación, y redención; para
que, como está escrito:
«El que se gloría, gloríese en el Señor.»[1]

2, 1 En cuanto a mí, hermanos, cuando fuí a vos-
otros para proclamaros el testimonio de Dios, no fuí
2 con sublimidad de palabra o de sabiduría. Porque
me propuse no saber cosa alguna entre vosotros, sino
3 a Jesucristo, y a éste crucificado. Y yo estuve en-
tre vosotros en flaqueza, y en temor y mucho tem-
4 blor; y mi conversación y mi predicación no fueron
con palabras persuasivas de sabiduría, sino con de-
5 mostración del Espíritu y de poder; para que vues-
tra fe no se fundase en sabiduría de hombres, sino
en poder de Dios.
6 Hablamos, no obstante, sabiduría entre los per-
fectos;[2] pero sabiduría, no de este siglo, ni de los
7 príncipes de este siglo que se reducen a nada; mas
hablamos sabiduría de Dios en misterio, la que ha
estado escondida, y que Dios predestinó antes de
8 los siglos para nuestra gloria; la cual ninguno de
los príncipes de este siglo conoció, porque si la hu-
bieran conocido, no habrían crucificado al Señor de
9 la gloria; antes bien, como está escrito:
«Cosas que ojo no vió, ni oído oyó,»
ni surgieron en corazón humano,
«son las que Dios preparó para los que le
aman.»[3]
10 Pues Dios nos las reveló por el Espíritu; porque el
Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios.

---

[1] V. 31. Jer. 9: 23 y 24.
[2] V. 6. o, *de edad madura.*
[3] V. 9. Is. 64: 4.

11 Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del
hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?
Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino
12 el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido
el espíritu del mundo, sino el espíritu que procede
de Dios, para que sepamos las cosas que Dios nos
13 ha dado de gracia; de las cuales también hablamos,
no con palabras enseñadas por humana sabiduría,
sino con las enseñadas por el Espíritu, acomodando
14 palabras espirituales a cosas espirituales.[1] Mas el
hombre natural no recibe las cosas que son del Es-
píritu de Dios, porque le son insensatez, y no las
puede entender, porque se han de juzgar espiritual-
15 mente. Pero el espiritual juzga todas las cosas;
16 mas él no es juzgado de nadie. ¿Quién, pues, co-
noció la mente del Señor para que le instruya? Mas
nosotros tenemos la mente de Cristo.

3, 1 Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espi-
rituales, sino como a carnales, como a niños en Cris-
2 to. Os di a beber leche, y no os di alimento sólido,
porque aun no podíais *soportarlo*. Y ni aun ahora
3 podéis, porque todavía sois carnales; pues habien-
do entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carna-
4 les y andáis como hombres? Porque cuando uno di-
ce: Yo soy de Pablo; y otro: Yo de Apolos; ¿no sois
5 hombres? ¿Qué es, pues, Apolos? y ¿qué es Pa-
blo? Ministros por cuyo medio creísteis, y eso según
6 lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté,
7 Apolos regó, mas Dios daba el crecimiento. Así,
ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios
8 que da el crecimiento. Y el que planta y el que rie-
ga son una misma cosa, y cada uno recibirá su pro-
9 pia recompensa conforme a su propia labor. Porque
coadjutores somos de Dios; y vosotros, labranza de
Dios, edificio de Dios sois.

---

[1] V. 13. o, *interpretando cosas espirituales para hombres espirituales.*

10 Según la gracia de Dios que me fué dada, yo
como perito arquitecto puse fundamento, y otro edi-
fica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica.
11 Porque nadie puede poner otro fundamento que el
12 que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si alguno
edificare sobre este fundamento oro, plata, piedras
13 preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada uno
vendrá a ser manifiesta; porque el día la declarará,
pues por fuego será revelada; y el fuego mismo pro-
14 bará qué sea la obra de cada uno. Si permanecie-
re la obra de alguno que sobreedificó, recibirá re-
15 compensa. Si la obra de alguno fuere consumida, él
sufrirá pérdida; no obstante, él mismo será salvo,
mas así como *pasando* por fuego.
16 ¿No sabéis que sois templo[1] de Dios, y que el
17 Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno
destruyere el templo[1] de Dios, Dios le destruirá a
él; porque el templo[1] de Dios, el cual sois vosotros,
santo es.
18 Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vos-
otros piensa que es sabio en este siglo, hágase in-
19 sensato para que llegue a ser sabio. Porque la sa-
biduría de este mundo es insensatez para Dios; pues
escrito está:
«El prende a los sabios en la astucia de ellos.»[2]
20 Y otra vez:
«El Señor conoce los pensamientos de los sa-
bios, que son vanos.»[3]
21 Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque
22 todas las cosas son vuestras: sea Pablo, sea Apo-
los, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la
muerte, sea lo presente, sea lo porvenir, todo es
23 vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.

4, 1 Ténganos así *todo* hombre por ministros[4] de

---

[1] Vs. 16 y 17. Gr., *santuario.*
[2] V. 19. Job 5: 12 y 13.
[3] V. 20. Sal. 94: 11.
[4] V. 1. Gr., *servidores.*

Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.
2 Aquí, además, se requiere de los dispensadores, que
3 cada uno sea hallado fiel. A mí me importa muy
poco el ser juzgado de vosotros o de juicio[1] huma-
4 no; ni aun yo mismo me juzgo. Pues aunque nada
me reprocha la conciencia, no por eso soy justifica-
5 do; mas el que me juzga, es el Señor. Así que, no
juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el
Señor, el cual sacará a luz lo oculto de las tinieblas,
y también manifestará los intentos de los corazones;
y entonces cada uno recibirá de Dios la alabanza.
6 Y estas cosas, hermanos, las aplico por vía de ejem-
plo a mí y a Apolos por amor a vosotros; para que
en nosotros aprendáis aquello de «No más allá de lo
que está escrito,» a fin de que nadie se engría a fa-
7 vor de uno en contra de otro. Porque, ¿quién te
distingue? ni ¿qué tienes que no hayas recibido? Mas
si en verdad lo recibiste, ¿por qué te glorías como si
8 no lo hubieras recibido? Ya estáis hartos, ya os ha-
béis enriquecido, sin nosotros reinasteis. ¡Y ojalá
reinaseis, para que nosotros también reinásemos con
9 vosotros! Porque me parece que Dios nos exhibió
a nosotros los apóstoles, los postreros, como a sen-
tenciados a muerte; pues somos hechos espectáculo
para el mundo, así a los ángeles como a los hombres.
10 Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas
vosotros prudentes en Cristo; nosotros flacos, y vos-
otros fuertes; vosotros ilustres, y nosotros despre-
11 ciados. Hasta la hora presente pasamos hambre, pa-
decemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados
12 y no tenemos hogar; y nos cansamos, trabajando
con nuestras propias manos; siendo injuriados, ben-
13 decimos; siendo perseguidos, lo soportamos; sien-
do difamados, exhortamos; hasta ahora hemos venido
a ser la hez del mundo, el desecho de todos. No
14 escribo esto para avergonzaros; antes bien, como a
15 mis hijos amados os amonesto. Porque aun cuan-

V. 3. Gr. *día*.

do tengáis diez mil ayos en Cristo, sin embargo, no
tenéis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os
16 engendré por el evangelio. Os ruego, pues, que
17 seáis imitadores de mí. Por esto mismo os envío a
Timoteo, que es mi amado y fiel hijo en el Señor, el
cual os recordará mi proceder en Cristo Jesús, como
18 yo enseño en toda iglesia y en todas partes. Mas
algunos se han envanecido como si yo no hubiera de
19 ir a vosotros; pero iré presto a vosotros, si el Se-
ñor quisiere; y conoceré, no las palabras, sino el po-
20 der de los que andan envanecidos. Porque el reino
de Dios no *consiste* en palabras, sino en poder.
21 ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara, o con
amor y espíritu de mansedumbre?

5, 1 Se oye decir como cosa cierta, que hay entre
vosotros impureza, y tal impureza cual no la hay ni
aun entre los gentiles, al extremo de que alguno ten-
2 ga la mujer de su padre. ¡Y vosotros estáis envane-
cidos, en vez de haberos lamentado, para que fuese
quitado de en medio de vosotros el que cometió tal
3 acción! Pues yo, en verdad, ausente en cuerpo,
mas presente en espíritu, como presente he juzgado
4 ya al que así cometió esto; en el nombre del Señor
Jesús, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder
5 del Señor nuestro, Jesús, el tal hombre sea entre-
gado a Satanás, para destrucción de la carne, a fin
de que el espíritu sea salvo en el día del Señor.
6 No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un
7 poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos,
pues, de la vieja levadura, para que seáis masa nue-
va, sin levadura como sois. Porque nuestra pascua,
8 que es Cristo, fué sacrificada. Así que, celebre-
mos la fiesta, no con la vieja levadura ni con la le-
vadura de malicia y de maldad, sino con ázimos de
sinceridad y de verdad.
9 Os escribí en mi carta que no os asociaseis con
10 los fornicarios; no en absoluto con los fornicarios
de este siglo, o con los avaros y defraudadores, o

con los idólatras, pues en tal caso os veríais obliga-
11 dos a salir del mundo. Pero ahora os escribo que
no os asociéis con ninguno que, llamándose herma-
no, sea impuro, o avaro, o idólatra, o injuriador, o
borracho, o defraudador; que con semejante perso-
12 na, ni siquiera comáis. Pues, ¿qué me va a mí en
juzgar a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a
13 los que están dentro? Mas a los que están fuera,
Dios los juzgará. Quitad a ese malvado de entre
vosotros.

6, 1 ¿Se atreve alguno de vosotros, teniendo algo
contra otro, a litigar ante los injustos, y no ante los
2 santos? ¿O no sabéis que los santos han de juzgar
al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vos-
otros, ¿sois indignos de *entender en* las causas de
3 menor importancia? ¿No sabéis que juzgaremos a
4 ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida? Por
tanto, al tener juicios sobre cosas de esta vida, ¿po-
néis *por jueces* a los que no son de estima en la
5 iglesia? Para avergonzaros lo digo. ¿Es que no
hay entre vosotros ningún sabio que pueda servir
6 de árbitro entre los hermanos, sino que hermano
contra hermano litiga, y esto ante los que no creen?
7 Por cierto que el tener pleitos unos con otros, es
ya un grave defecto en vosotros. ¿Por qué no sufrís
antes el agravio? ¿Por qué más bien no os dejáis
8 defraudar? Vosotros, al contrario, agraviáis y de-
9 fraudáis; y esto, a hermanos. ¿No sabéis que los
injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis;
ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros,
10 ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladro-
nes, ni los avaros, ni los borrachos, ni los injuriado-
res, ni los defraudadores, heredarán el reino de
11 Dios. Y esto erais algunos; mas os lavasteis, mas
fuisteis santificados, mas fuisteis justificados en el
nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de
nuestro Dios.
12 «Todas las cosas me son lícitas»; mas no todas

convienen. «Todas las cosas me son lícitas»; mas yo
13 no me dejaré dominar de ninguna. Las viandas *son*
para el vientre, y el vientre para las viandas; pero al
uno y a las otras destruirá Dios. Mas el cuerpo no es
para impureza, sino para el Señor; y el Señor para
14 el cuerpo. Y Dios no sólo levantó al Señor, sino
que también a nosotros nos levantará con su poder.
15 ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de
Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo, y
los haré miembros de una ramera? ¡De ningún modo!
16 ¿No sabéis que el que se junta con una ramera, es
un cuerpo *con ella?* «Porque serán (dice *Dios)* los
17 dos en una carne.»[1] Pero el que se une con el Se-
18 ñor, un espíritu es *con él.* Huid de la fornicación.
Cualquier pecado que el hombre cometiere, está fue-
ra del cuerpo; mas el que comete fornicación, contra
19 su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro
cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en
vosotros, y lo habéis recibido de Dios, y que no sois
20 vuestros? Porque fuisteis comprados por precio;
glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo.

7, 1 En cuanto a las cosas de que *me* escribisteis,
2 bueno le fuera al hombre no tocar mujer; mas a
causa de las impurezas, cada uno tenga su propia
3 mujer, y cada mujer tenga su propio marido. El
marido pague a su mujer el débito; y asimismo la
4 mujer al marido. La mujer no tiene potestad sobre
su propio cuerpo, sino el marido; y asimismo el ma-
rido tampoco tiene potestad sobre su propio cuerpo,
5 sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no
ser por algún tiempo de mutuo acuerdo, para ocu-
paros sosegadamente en la oración, y volver después
a estar juntos, para que no os tiente Satanás a cau-
6 sa de vuestra falta de dominio propio. Esto, empe-
ro, lo digo por vía de concesión, no como manda-
7 miento. Mas yo quisiera que todos los hombres

---

[1] V. 16. Gén. 2: 24.

fuesen como yo; pero cada uno tiene de Dios su pro-
pio don; quién de un modo, quién de otro.
8 Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que les
9 fuera bueno quedarse como yo; pero si no tienen
don de continencia, cásense; que mejor es casarse
10 que quemarse. Mas a los casados ordeno, no yo,
sino el Señor, que la mujer no se separe del marido;
11 y de separarse, quédese sin casar, o reconcíliese con
12 su marido; y que el marido no deje a su mujer. Y
a los demás digo yo, no el Señor: Si algún hermano
tiene mujer que no sea creyente, y ésta consiente en
13 habitar con él, no la abandone. Y la mujer que tie-
ne marido no creyente, y él consiente en habitar
14 con ella, no abandone al marido. Porque el marido
que no cree, es santificado en la mujer; y la mujer
que no cree, lo es en el marido creyente;[1] pues de
otra manera vuestros hijos serían inmundos; mientras
15 que ahora son santos. Pero si el *cónyuge* que no
crèe se separa, sepárese; que en tal caso no está el
hermano o la hermana sujeto a servidumbre; *para*
16 *vivir* en paz os ha llamado Dios. Pues, ¿qué sabes,
oh mujer, si salvarás a tu marido? o ¿qué sabes, oh
17 marido, si salvarás a tu mujer? Solamente que cada
uno, como el Señor le ha asignado, y cada uno, como
Dios le ha llamado, así ande. De este modo ordeno
18 en todas las iglesias. ¿Fué llamado alguno siendo
circunciso? No deshaga su circuncisión. ¿Ha sido lla-
mado alguno siendo incircunciso? No se circuncide.
19 La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es;
lo que importa es la observancia de los mandamien-
20 tos de Dios. Cada uno, en el estado que tenía cuan-
21 do fué llamado, en ése permanezca. ¿Fuiste llama-
do siendo esclavo? No se te dé cuidado (sin embargo,
si puedes hacerte libre, procúralo con preferencia);
22 porque el que en el Señor fué llamado siendo escla-
vo, liberto es del Señor; asimismo, el que fué llama-
23 do siendo libre, siervo es de Cristo. Por precio

---

[1] V. 14. Gr. *hermano*.

fuisteis comprados; no os hagáis siervos de los hom-
24 bres. Cada uno, hermanos, en el *estado que tenía*
cuando fué llamado, en él permanezca ante Dios.
25 Respecto de las vírgenes, no tengo mandamiento
del Señor; mas doy mi parecer, como quien ha al-
canzado misericordia del Señor para ser digno de
26 confianza. Tengo, pues, por bueno a causa de los
tiempos difíciles que se avecinan, que hará bien el
27 soltero en quedarse así. ¿Estás ligado a mujer? No
procures soltarte. ¿Estás libre de mujer? No te pro-
28 cures mujer. Mas si te casas, no pecas; y si la
doncella se casa, no peca; pero tales personas ten-
drán tribulación en la carne; y yo quisiera evitáros-
29 la. Esto empero digo, hermanos, que el tiempo ha
sido abreviado; lo que resta es, que[1] los que tienen
30 mujeres sean como si no las tuviesen; y los que
lloran, como si no llorasen; y los que se regocijan,
como si no se regocijasen; y los que compran, como
31 si no poseyesen; y los que usan de este mundo,
como si no lo usasen[2] del todo; porque la aparien-
32 cia[3] de este mundo se pasa. Quiero, pues, que vos-
otros estéis sin congoja. El soltero tiene cuidado de
las cosas del Señor, cómo haya de agradar al Señor;
33 pero el que se casó tiene cuidado de las cosas del
34 mundo, cómo haya de agradar a su mujer, y *su*
mente está dividida. La joven y la mujer soltera,
tienen cuidado de las cosas del Señor, para ser san-
tas así en el cuerpo como en el espíritu; mas la ca-
sada tiene cuidado de las cosas del mundo, cómo
35 haya de agradar a su marido. Pero esto lo digo
para provecho de vosotros mismos; no para echaros
lazo, sino mirando a lo decoroso y a *vuestra* asidua
36 devoción al Señor, sin impedimento. Mas si algu-
no piensa que es un deshonor para su *hija* virgen,
que pase la flor de su edad *sin casarse,* y conviene
que lo haga, disponga lo que quiera, no peca; cásen-

---

[1] V. 29. o, *a fin de que en adelante.*
[2] V. 31. o, *aprovechasen.*
[3] V. 31. o, *moda.*

37 se *los prometidos.* Pero el que está firme en su
corazón, no teniendo necesidad alguna, sino dominio
sobre su propia voluntad, y determinó en su propio
corazón esto, el guardar a su *hija* virgen, hará bien.
38 Así que, el que la da en casamiento, hace bien; y el
39 que no la da en casamiento, hace mejor. La mujer
está ligada *por la ley,* mientras vive su marido; mas
si su marido muere, libre es para casarse con quien
40 quisiere, con tal que sea en el Señor. Pero, según
mi opinión, será más dichosa si permanece viuda; y
pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios.

8, 1 Por lo que hace a lo sacrificado a los ídolos, sa-
bemos que todos tenemos ciencia. La ciencia hin-
2 cha, mas el amor edifica. Y si alguno se imagina
que sabe algo, nada sabe aún como debe saberlo.
3 Mas si alguno ama a Dios, de Dios es conocido.
4 Acerca, pues, del comer de lo sacrificado a los ído-
los, sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que
5 no hay más que un solo Dios. Porque aunque haya
algunos llamados dioses, sea en el cielo, o sea en la
tierra (como hay muchos dioses y muchos señores),
6 para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Pa-
dre, de quien *proceden* todas las cosas, y para quien
somos nosotros; y un solo Señor Jesucristo, por
7 quien son todas las cosas, y nosotros por él. Mas
no hay en todos esta ciencia, pues estando algunos
hasta el presente acostumbrados a los ídolos, comen
de esas viandas como sacrificadas a ídolos, y su
8 conciencia, siendo flaca, se contamina. Pero las
viandas no nos recomendarán a Dios; ni por no co-
9 mer somos menos, ni por comer somos más. Mirad,
empero, que esta libertad vuestra no venga a ser
10 tropiezo a los flacos. Porque si alguno te viere a
ti, que tienes ciencia, puesto a la mesa en un lugar
de ídolos, su conciencia, por ser él flaco, ¿no será
estimulada a comer de lo sacrificado a los ídolos?
11 Y así, por tu ciencia se pierde el flaco, el hermano
12 por quien Cristo murió. De esta manera, pues,

pecando contra los hermanos, e hiriendo su flaca con-
13 ciencia, contra Cristo pecáis. Por lo cual, si a mi
hermano le escandaliza una vianda, jamás comeré
carne, por no escandalizar a mi hermano.

9, 1 ¿No soy libre? ¿No soy apóstol? ¿No he visto a
Jesús, el Señor nuestro? ¿No sois vosotros mi obra
2 en el Señor? Si para otros no soy apóstol, a lo me-
nos para vosotros lo soy; porque el sello de mi apos-
3 tolado sois vosotros en el Señor. Esta es mi de-
4 fensa ante los que me critican. Qué, ¿no tenemos
5 derecho a comer y beber? ¿No tenemos derecho a
traer con nosotros esposa, hermana *en la fe,* como
los demás apóstoles, y los hermanos del Señor, y
6 Cefas? ¿O sólo yo y Bernabé no tenemos derecho
7 a dejar el trabajo manual? ¿Quién milita jamás a
sus propias expensas? ¿Quién planta viña, y no come
de su fruto? ¿O quién apacienta ovejas, y no toma
8 de la leche del rebaño? ¿Hablo esto como hombre,
9 o no lo dice también la ley? Porque en la ley de
Moisés está escrito:
«No pondrás bozal al buey que trilla.»[1]
10 ¿Tiene Dios cuidado de los bueyes? ¿O lo dice so-
lamente por nosotros? Pues por nosotros fué escri-
to, que el que ara, con esperanza debe arar; y el
que trilla, con esperanza de participar *del fruto.*
11 Si nosotros hemos sembrado para vosotros lo espiri-
tual, ¿será mucho que cosechemos de lo vuestro ma-
12 terial? Si otros participan de este derecho sobre
vosotros, ¿no con más razón nosotros? Sin embargo,
no hemos usado de este derecho; antes lo soporta-
mos todo, por no poner estorbo alguno al evangelio
13 de Cristo. ¿No sabéis que los que trabajan en las
cosas sagradas, comen de las cosas del Templo; y
14 que los que sirven al altar, del altar participan? Así
también ordenó el Señor a los que predican el evan-
15 gelio, que vivan del evangelio. Mas yo de nada de

[1] V. 9. Deut. 25: 4.

esto me he aprovechado, ni escribo estas cosas para
que se haga así conmigo; porque mejor me sería mo-
16 rir, que alguien me privase de esta mi gloria. Pues
si predico el evangelio, no tengo de qué gloriarme;
porque me es impuesta necesidad *de hacerlo;* y ¡ay
17 de mí si no predicare el evangelio! Por lo cual, si
lo hago de buena voluntad, galardón tendré; mas si
no lo hago de voluntad, se me ha confiado mayordo-
18 mía. ¿Cuál es, pues, mi galardón? Que predicando
el evangelio, lo ofrezca de balde, por no usar del
19 todo de mi derecho en el evangelio. Así, siendo li-
bre respecto de todos, heme hecho siervo de todos
20 por ganar a mayor número. A los judíos me hice
como judío, para ganar a los judíos; a los que están
sujetos a ley, como sujeto a ley (siendo así que no
lo estoy), para ganar a los que están sujetos a ley;
21 a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley
(no estando sin ley de Dios, mas en la ley de Cris-
22 to), para ganar a los que están sin ley. A los flacos
me hice flaco, para ganar a los flacos; a todos me he
hecho todo, para que de todos modos salve a algu-
23 nos. Y todo lo hago por causa del evangelio, para
24 ser hecho copartícipe con *otros* de él. ¿No sabéis
que los que corren en el estadio, todos ciertamente
corren, mas uno solo se lleva el premio? Corred de
25 tal manera que *lo* obtengáis. Y todo aquel que lu-
cha *como atleta,* en todo es sobrio: ellos, por cier-
to, para recibir una corona corruptible; mas nosotros,
26 una incorruptible. Yo, pues, de esta manera co-
rro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no
27 como quien hiere el aire; antes golpeo mi cuerpo,
y lo pongo en servidumbre; no sea que habiendo
predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado.

10, 1 No quiero, pues, hermanos, que ignoréis que
nuestros padres todos estuvieron bajo la nube y to-
2 dos pasaron por el mar; y todos fueron bautizados
3 para Moisés en la nube y en el mar; y todos co-
4 mieron la misma vianda espiritual; y todos bebie-

ron la misma bebida espiritual, porque bebieron de
la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cris-
5 to. Pero de los más de ellos no se agradó Dios;
6 por lo cual quedaron tendidos en el desierto. Aho-
ra bien, estas cosas fueron ejemplos para nosotros,
a fin de que no codiciemos cosas malas, como ellos
7 las codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de
ellos; según está escrito:

«Sentóse el pueblo a comer y a beber,
y se levantaron a divertirse.»[1]

8 Ni forniquemos, como algunos de ellos lo hicieron,
9 y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos
al Señor, como algunos de ellos le tentaron, y pere-
10 cieron por las serpientes. Ni murmuréis, como
algunos de ellos murmuraron, y perecieron a ma-
11 nos del destructor. Estas cosas les acontecieron
por vía de ejemplo; y fueron escritas para amonesta-
ción de nosotros, a quienes ha alcanzado el fin de los
12 siglos. Así que, el que cree estar firme, mire no
13 caiga. No os ha sobrevenido tentación, sino huma-
na; mas fiel es Dios, que no os dejará ser tentados
más de lo que podáis *soportar;* antes dará también
juntamente con la tentación la salida, para que po-
dáis sobrellevarla.

14 Por tanto, amados míos, huid de la idolatría.
15 Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que
16 digo. La copa de bendición que bendecimos, ¿no
es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que
partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?
17 Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos,
somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel
18 un pan. Mirad al Israel según la carne: los que co-
men de los sacrificios, ¿no son partícipes del altar?
19 ¿Qué pues digo? ¿Que lo sacrificado a los ídolos es
20 algo?, ¿o que el ídolo es algo? Al contrario, *digo*
que lo que sacrifican,[2]

---

[1] V. 7. Ex. 32: 6.
[2] V. 20. Var. añ.: *los gentiles.*

«a demonios lo sacrifican y no a Dios;»[1]
y no quiero que vosotros seáis partícipes con los de-
21 monios. No podéis beber de la copa del Señor, y
de la copa de los demonios; no podéis ser partícipes
de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios.
22 ¿O provocaremos a celos al Señor? ¿Somos más fuer-
23 tes que él? «Todo es lícito», pero no todo convie-
24 ne; «todo es lícito», pero no todo edifica. Nin-
25 guno busque su propio bien, sino el del otro. De
todo lo que se vende en el mercado, comed sin ave-
26 riguar nada por causa de la conciencia; porque,
«del Señor es la tierra y su plenitud.»[2]
27 Si alguno de los que no creen os convida, y queréis
ir, de todo lo que se os ponga delante, comed sin
28 averiguar nada por causa de la conciencia. Mas si
alguien os dijere: Esto ha sido sacrificado a los
ídolos, no lo comáis, por causa de aquel que lo ad-
29 virtió, y por causa de la conciencia; la conciencia,
digo, no la tuya, sino la del otro. Pues ¿por qué se
30 ha de juzgar mi libertad por otra conciencia? Y si
yo con agradecimiento participo, ¿por qué he de ser
31 vituperado por aquello de que doy gracias? Si
pues, coméis, o bebéis, o hacéis otra cosa, haced-
32 lo todo para gloria de Dios. No seáis tropiezo a
33 judíos, ni a gentiles, ni a la Iglesia de Dios; como
también yo en todas las cosas complazco a todos, no
procurando mi propio beneficio, sino el del mayor
número, para que sean salvos.
11, 1 Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo.

2 Os alabo porque en todo os acordáis de mí, y re-
tenéis las instrucciones tal como os las entregué.
3 Mas quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de
todo varón, y el varón cabeza de la mujer, y Dios
4 cabeza de Cristo. Todo varón que ora o profetiza
5 teniendo cubierta la cabeza, afrenta su cabeza. Mas

---

[1] V. 20. Deut. 32: 17.
[2] V. 26. Sal. 24: 1.

toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descu-
bierta, afrenta su cabeza; porque es lo mismo que si
6 se hubiera rapado. Porque si la mujer no se cubre,
que se corte también el cabello; mas si es deshones-
to para la mujer cortarse el cabello o raparse, que se
7 cubra. Pues no debe el varón tener la cabeza cu-
bierta, siendo imagen y gloria de Dios; mas la mu-
8 jer es gloria del varón. Porque el varón no proce-
9 de de la mujer, sino la mujer del varón. Y tampoco
el varón fué creado por causa de la mujer, sino la
10 mujer por causa del varón. Por lo cual, la mujer
debe tener sobre su cabeza *señal de estar bajo*
11 autoridad, por causa de los ángeles. Sin embargo,
en el Señor, ni la mujer es sin el varón, ni el varón
12 sin la mujer; porque como la mujer procede del
varón, así el varón es por la mujer; pero todo pro-
13 cede de Dios. Juzgad por vosotros mismos: ¿Es
14 propio que la mujer ore a Dios no cubierta? La
misma naturaleza, ¿no os enseña que es deshonroso
15 para el varón dejarse crecer el cabello, y que para
la mujer es gloria dejarse crecer el cabello?, porque
16 el cabello le es dado en lugar de velo. Pero si al-
guno pretende ser contencioso, nosotros no tene-
mos semejante costumbre, ni tampoco las iglesias de
Dios.
17 Al daros estas instrucciones, no os alabo; porque
18 no os juntáis para lo mejor, sino para lo peor. Por-
que, en primer término, cuando os reunís como igle-
sia, oigo que hay entre vosotros divisiones, y en
19 parte lo creo. Porque preciso es que entre vosotros
haya también partidos, para que vengan a ser mani-
20 fiestos los que de entre vosotros son aprobados.
Cuando pues os juntáis en un mismo lugar, esto no
21 es comer la Cena del Señor; porque al tiempo de
comer, cada uno se anticipa a tomar su propia cena;
22 y uno tiene hambre, y otro se embriaga. Pues qué,
¿no tenéis casas donde comer y beber? ¿O menos-
preciáis la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que
no tienen nada? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto

23 no os alabo. Porque yo recibí del Señor lo que
también os transmití: Que el Señor Jesús, la noche
24 en que fué entregado, tomó pan; y habiendo dado
gracias, lo partió, y dijo: Esto es mi cuerpo, que
por vosotros *es dado;* haced esto en memoria de
25 mí. Asimismo *tomó* también la copa, después de
haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto
en mi sangre; haced esto, todas las veces que la be-
26 biereis, en memoria de mí. Porque todas las veces
que comiereis este pan y bebiereis esta copa, la muer-
27 te del Señor anunciáis hasta que él venga. De ma-
nera que cualquiera que comiere el pan o bebiere la
copa del Señor indignamente, será reo del cuerpo y
28 de la sangre del Señor. Examínese, pues, cada uno
a sí mismo, y así coma del pan y beba de la copa.
29 Porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo
30 *del Señor,* juicio come y bebe para sí. Por lo cual
hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros; y
31 no pocos duermen. Mas si nos examinásemos a
32 nosotros mismos, no seríamos juzgados. Pero sien-
do juzgados del Señor, somos castigados, para que
33 no seamos condenados con el mundo. Así que, her-
manos míos, cuando os juntáis para comer, esperaos
34 unos a otros. Si alguno tuviere hambre, coma en
su casa, a fin de que no os reunáis para juicio. Las
demás cosas las arreglaré cuando vaya.
12, 1 Acerca de los *dones* espirituales, no quiero,
2 hermanos, que estéis en ignorancia. Sabéis que
cuando erais gentiles, os extraviaban en pos de los
3 ídolos mudos, según erais llevados. Por tanto, os
hago saber, que nadie que hable en el Espíritu de
Dios, dice: Jesús es anatema. Y nadie puede decir:
4 Jesús es Señor, sino en el Espíritu Santo. Empero
hay diversidad de carismas, mas el Espíritu es el mis-
5 mo; y hay diversidad de ministerios, mas el Señor
6 es el mismo; y hay diversidad de operaciones, mas
el mismo Dios es el que obra todas las cosas en to-
7 dos. Pero a cada uno le es dada la manifestación
8 del Espíritu para el bien general. Así, a éste le es

dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a aquél,
9 palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro,
fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanida-
10 des por el solo y único Espíritu; a otro, poderes mi-
lagrosos; y a otro, profecía; y a otro, discernimiento
de espíritus; y a otro, *diversos* géneros de lenguas;
11 y a otro, interpretación de lenguas. Mas todas es-
tas cosas las obra el mismo y único Espíritu, repar-
tiendo particularmente a cada uno como él quiere.
12 De la manera, pues, que el cuerpo es uno, y tiene
muchos miembros, pero todos los miembros del cuer-
po, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también
13 Cristo. Porque en un solo Espíritu fuimos bautiza-
dos todos nosotros para *formar* un cuerpo, ora ju-
díos ora griegos, ya siervos ya libres; y a todos se
14 nos dió a beber de un solo Espíritu. Pues el cuer-
15 po no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el
pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo; no por
16 eso deja de ser del cuerpo. Y si dijere la oreja:
Porque no soy ojo, no soy del cuerpo; no por eso
17 deja de ser del cuerpo. Si todo el cuerpo fuese ojo,
¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde
18 estaría el olfato? Mas ahora Dios colocó los miem-
19 bros, todos ellos, en el cuerpo según quiso. Que
si todos fueran un solo miembro, ¿dónde *estaría* el
20 cuerpo? Mas ahora los miembros son muchos, pero
21 el cuerpo es uno solo. No puede el ojo decir a la
mano: No te necesito; ni tampoco la cabeza a los
22 pies: No os he menester. Antes bien, más necesa-
rios son, y con mucho, aquellos miembros del cuerpo
23 que parecen ser más flacos; y aquellos otros del
cuerpo que tenemos por menos honrosos, los vesti-
mos con más honor; y los que en nosotros son inde-
24 corosos, reciben mayor decoro. Porque nuestros
miembros que son agraciados no tienen necesidad;
antes bien, Dios ordenó el cuerpo, dando más honor
25 a aquello que le faltaba; a fin de que no haya des-
avenencia en el cuerpo, sino que los miembros de
26 consuno cuiden los unos de los otros. Y si un miem-

bro padece, todos los miembros padecen con él; y si
un miembro recibe honra, todos los miembros con él
27 se gozan. Vosotros, pues, sois cuerpo de Cristo,
e individualmente miembros *de él.*

28 Y a unos puso Dios en la Iglesia, primeramente
apóstoles, en segundo lugar profetas, en tercero,
maestros; luego *los que obran* milagros; después
los que poseen dones de sanidad, *ministran* soco-
rros, *ejercen* gobierno y *hablan* diversas lenguas.
29 ¿Son todos apóstoles?, ¿todos profetas?, ¿todos maes-
30 tros?, ¿todos obradores de milagros? ¿Tienen todos
dones de sanidad?, ¿hablan todos lenguas?, ¿interpre-
31 tan todos? Sin embargo, aspirad a los mejores dones.

Y todavía voy a mostraros un camino sobremane-
ra excelente.
13, 1 Si yo hablase las lenguas de los hombres y
de los ángeles, y no tengo amor, vengo a ser como
2 metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tu-
viese *don de* profecía, y entendiese todos los miste-
rios y toda la ciencia; y si tuviese toda la fe, de tal
manera que trasladase montes, pero no tengo amor,
3 nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para
dar de comer *a los pobres*, y si entregase mi cuer-
po para ser quemado,[1] y no tengo amor, de nada me
4 aprovecha. El amor es sufrido, el amor es benigno,
no tiene envidia; el amor no se vanagloría, no se
5 hincha; no se porta indecorosamente, no busca lo
6 suyo, no se irrita, no es rencoroso.[2] No se goza de
7 la injusticia, mas se goza de la verdad; todo lo su-
fre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.
8 El amor nunca fenece; mas las profecías, terminarán;
9 las lenguas, cesarán; y la ciencia, acabará; porque
10 en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas
cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en par-

---

[1] V. 3. Var.: *para gloriarme.*
[2] V. 5. o, *suspicaz.*

11 te acabará. Cuando yo era niño, hablaba como
niño, sentía como niño, razonaba como niño; cuando
12 fuí hombre, dejé lo que era de niño. Así, ahora ve-
mos por espejo, obscuramente; pero entonces *vere-
mos* cara a cara; ahora conozco en parte, pero en-
13 tonces conoceré cabalmente, como fuí conocido. Y
ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, es-
tos tres; mas el mayor de ellos es el amor.

14, 1 Seguid el amor; anhelad también los *dones*
espirituales, pero con preferencia el de profecía.
2 Porque el que habla en lengua *extraña,* no habla a
los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende,
3 mas en espíritu[1] habla misterios. Pero el que pro-
fetiza,habla a los hombres para edificación, y ex-
4 hortación, y consolación. El que habla en lengua
extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profeti-
5 za, edifica a la iglesia. Quisiera, pues, que todos
vosotros hablaseis en lenguas, pero mucho más que
profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que
el que habla en lenguas, a menos que interprete,
6 para que la iglesia reciba edificación. Ahora bien,
hermanos, si yo fuere a vosotros hablando en len-
guas, ¿de qué provecho os seré si no os hablare, o
con revelación, o con ciencia, o con profecía, o con
7 enseñanza? Aun las cosas inanimadas que producen
sonido, como la flauta o la cítara, si no dieren distin-
ción de voces, ¿cómo se sabrá lo que se tañe con la
8 flauta, o con la cítara? Y si la trompeta diere toque
9 confuso, ¿quién se apercibirá para la batalla? Así
también vosotros, si con la lengua no profiriereis pa-
labras bien inteligibles, ¿cómo se sabrá lo que se ha-
10 bla? Porque hablaréis al aire. Por ejemplo, hay
muchas clases de voces en el mundo, y ninguna ca-
11 rece de significado.[2] Pues si yo ignorare el valor
de la voz, seré extranjero para el que habla, y el

---

[1] V. 2. o, *por el Espíritu.*
[2] V. 10. o, *y nada hay sin voz.*

12 que habla lo será para mí. Así también vosotros, ya
que anheláis *dones* espirituales, procurad abundar en
13 ellos para la edificación de la iglesia. Por lo cual,
el que habla en lengua *extraña,* pida poder inter-
14 pretarla. Porque si yo oro en lengua *extraña,* mi
15 espíritu ora; mas mi entendimiento es estéril. ¿Qué
pues? Oraré con el espíritu, mas oraré también con
el entendimiento; cantaré con el espíritu, mas can-
16 taré también con el entendimiento. De otra mane-
ra, si bendijeres *sólo* con el espíritu, el que ocupa
el lugar del indocto, ¿cómo dirá el Amén a tu acción
17 de gracias?, pues no sabe lo que dices. Porque tú,
a la verdad, bien das gracias; mas el otro no es edi-
18 ficado. Doy gracias a Dios que hablo en lenguas
19 más que todos vosotros; pero en la iglesia quiero
más bien hablar cinco palabras con mi entendimiento,
para enseñar también a otros, que diez mil palabras
20 en lengua *extraña.* Hermanos, no seáis niños en
cuanto a la inteligencia; sed niños, sí, en la malicia,
21 pero hombres maduros en la inteligencia. En la
Ley está escrito:

«Por *hombres de* otras lenguas y con labios
de extraños, hablaré a este pueblo;
y ni aun así me oirán,»[1]

22 dice el Señor. Así que, *el carisma de* lenguas es
dado como señal, no a los creyentes, sino a los que
no creen; mas la profecía, no a los que no creen,
23 sino a los creyentes. Por tanto, si toda la iglesia
se reuniere en un mismo lugar, y todos hablaren en
lenguas, y entraren indoctos o no creyentes, ¿no di-
24 rán que estáis locos? Mas si todos profetizaren, y
entrare alguno que no cree, o algún indocto, de to-
25 dos será convencido, de todos juzgado; los secre-
tos de su corazón se harán manifiestos; y así, pos-
trándose sobre el rostro, adorará a Dios, declaran-
do que verdaderamente está Dios entre vosotros.
26 ¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando estáis reuni-

---

[1] V. 21. Is. 28: 11 y 12.

dos, cada uno tiene salmo, o tiene enseñanza, o tiene
revelación, o tiene don de lenguas, o tiene interpreta-
27 ción; hágase todo para edificación. Si hay quienes
hablen en lenguas, háganlo dos, o a lo más tres, y
28 por turno; y uno interprete. Y si no hubiere intér-
prete, guarden todos ellos silencio en la iglesia, y
29 hablen consigo mismos y con Dios. Y los profetas,
30 hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si a otro
que estuviere sentado, le fuere revelado algo, guar-
31 de silencio el primero. Porque podéis profetizar
todos, uno por uno, para que todos aprendan, y to-
32 dos sean exhortados. Y los espíritus de los profe-
33 tas están sujetos a los profetas; porque Dios no es
Dios de desorden, sino de paz.
34 Como *es costumbre* en todas las iglesias de los
santos, las mujeres guarden silencio en las congrega-
ciones; porque no les es permitido hablar, sino que
35 estén sujetas, como lo dice también la ley. Y si
quieren instruirse sobre alguna cosa, pregunten en
casa a sus maridos; porque le es indecoroso a la mu-
36 jer hablar en la iglesia. Qué, ¿ha salido de vos-
otros la palabra de Dios?, ¿o sólo a vosotros ha lle-
37 gado? Si alguno piensa que es profeta, o que tie-
ne carisma, reconozca lo que os escribo, pues es
38 mandamiento del Señor. Mas si alguno lo descono-
39 ce, él será desconocido.[1] Así que, hermanos míos,
procurad el don de profecía, y no impidáis el hablar
40 en lenguas. Pero hágase todo decorosamente y con
orden.

15, 1 Ahora, hermanos, os recuerdo el evangelio
que os prediqué, el que también recibisteis, en el
2 cual asimismo estáis firmes; por el cual también
sois salvos, si retenéis las palabras con que os lo pre-
3 diqué, si no es que creísteis en vano. Porque ante
todo os transmití lo que yo mismo había recibido:
que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a

---

[1] V. 38. Var.: *Si alguno ignora esto, que lo ignore.*

4 las Escrituras; y que fué sepultado, y que resuci-
5 tó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que
6 apareció a Cefas, y después a los doce. Luego
apareció a más de quinientos hermanos a la vez; de
los cuales la mayor parte viven hasta hoy, mas algu-
7 nos duermen. Más tarde apareció a Jacobo, y lue-
8 go a todos los apóstoles. Y finalmente, como a un
9 abortivo, me apareció a mí también. Porque yo soy
el último de los apóstoles, que ni aun soy digno de
ser llamado apóstol, por cuanto perseguí a la Iglesia
10 de Dios. Empero por la gracia de Dios soy lo que
soy; y esta su gracia para conmigo no resultó vana;
antes bien, he trabajado más abundantemente que
todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios con-
11 migo. Por tanto, sea yo o sean ellos, así predica-
mos, y así creísteis.

12 Y si se predica de Cristo que ha resucitado de
entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vos-
13 otros que no hay resurrección de muertos? Pues si
no hay resurrección de muertos, Cristo tampoco ha
14 resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, vana es
entonces nuestra predicación, vana es también vues-
15 tra fe. Y aun somos hallados falsos testigos de
Dios; porque hemos testificado de Dios que él resu-
citó a Cristo; al cual no resucitó, si en verdad los
16 muertos no resucitan. Porque si los muertos no re-
17 sucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y si Cristo
no ha resucitado, vana es vuestra fe, aun estáis en
18 vuestros pecados. De donde también, los que dur-
19 mieron en Cristo, perecieron. Si solamente para lo
que dure esta vida tenemos puesta en Cristo la es-
peranza, somos, de todos los hombres, los más dig-
nos de lástima.

20 Mas ahora, Cristo ha resucitado de entre los muer-
21 tos, primicias de los que duermen. Pues por cuan-
to la muerte *vino* por un hombre, por un hombre tam-
22 bién la resurrección de los muertos. Porque como
en Adán todos mueren, así también en Cristo todos
23 serán vivificados. Mas cada uno en su propio or-

den: Cristo, las primicias; luego, los que son de Cris-
24 to, en su venida;[1] luego, el fin, cuando entregue el
reino al Dios y Padre, cuando haya destruído todo
25 dominio, y toda autoridad y poder. Porque es me-
nester que él reine, hasta que *Dios* le haya puesto a
26 todos sus enemigos debajo de sus pies.[2] El postrer
27 enemigo que será destruído, es la muerte. Porque
«todas las cosas las sujetó debajo de sus pies.»[3]
Y cuando dice que todas las cosas están sujetas, es
evidente que está exceptuado aquel que le sujetó a
28 él todas las cosas.[4] Mas luego que todas las cosas[4]
le estuvieren sujetas, entonces también el mismo
Hijo estará sujeto al que le sujetó a él todas las co-
29 sas,[4] para que Dios sea todo en todos. De otro
modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muer-
tos? Si en ninguna manera los muertos resucitan,
30 ¿por qué se bautizan por ellos? Y ¿por qué nos-
31 otros mismos peligramos a toda hora? Protesto,
hermanos, por la gloria que en vosotros tengo en
Cristo Jesús Señor nuestro, que cada día muero.
32 Si como hombre luché en Efeso con fieras, ¿de qué
me aprovecha? Si los muertos no resucitan,
«comamos y bebamos, que mañana morire-
mos.»[5]
33 No erréis: «Las malas compañías corrompen las bue-
34 nas costumbres.» Volveos sobrios como es justo,
y no pequéis; porque algunos no conocen a Dios;
para vergüenza vuestra lo digo.
35 Mas dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos?
36 ¿Con qué cuerpo vendrán? Insensato, lo que tú
37 siembras, no es vivificado si *antes* no muriere. Y
al sembrarlo, no siembras el cuerpo que ha de ser,
sino el grano desnudo, de trigo quizá, o de cualquie-
38 ra otra especie; mas Dios le da cuerpo como le

---

[1] V. 23. Gr. *presencia.*
[2] V. 25. Sal. 110: 1.
[3] V. 27. Sal. 8: 6.
[4] Vs. 27 y 28. o, *el universo.*
[5] V. 32. Is. 22: 13.

plugo, y a cada una de las simientes su propio cuer-
39 po. No toda carne es la misma carne; al contrario,
una es la carne de los hombres, y otra la carne de
las bestias, y otra la carne de las aves, y otra la de
40 los peces. Hay también cuerpos celestes y cuer-
pos terrestres; mas una es la gloria de los celestes y
41 otra la de los terrestres. Una es la gloria del sol,
otra la gloria de la luna y otra la gloria de las estre-
llas; porque una estrella difiere de otra en gloria.
42 Así también es la resurrección de los muertos. Se
siembra *cuerpo* corruptible, resucita incorruptible;
43 se siembra en deshonra, resucita en gloria; se siem-
44 bra en flaqueza, resucita en potencia; se siembra
cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual. Si hay
45 cuerpo animal, lo hay también espiritual. Y así está
escrito:

«Fué hecho el primer hombre Adán, alma vi-
viente;»[1]

46 el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas no es
primero lo espiritual, sino lo animal; y después lo
47 espiritual. El primer hombre es de la tierra, terre-
48 no; el segundo hombre es del cielo. Cual el terre-
no, tales también los terrenos; y cual el celestial,
49 tales también los celestiales. Y así como hemos
llevado la imagen del terreno, llevemos[2] también la
50 imagen del celestial. Esto empero digo, hermanos,
que la carne y la sangre no pueden heredar el reino
de Dios; ni tampoco la corrupción hereda la inco-
51 rrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos
52 dormiremos, mas todos seremos transformados en
un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al *sonar*
la trompeta final; porque sonará la trompeta, y los
muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros
53 seremos transformados. Porque es menester que
esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto
54 mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto

---

[1] V. 45. Gén. 2: 7.
[2] V. 49. Var.: *llevaremos.*

corruptible se haya vestido de incorruptibilidad,[1]
y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, en-
tonces se cumplirá la palabra que está escrita:
«Sorbida es la muerte para victoria.»[2]
55 «¿Dónde *está,* oh muerte, tu victoria?,
¿dónde, oh muerte, tu aguijón?»[3]
56 El aguijón de la muerte es el pecado, y la potencia
57 del pecado, la ley. Mas a Dios gracias, que nos
58 da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo. Así
que, hermanos míos amados, estad firmes, constan-
tes, abundando en la obra del Señor siempre, sabien-
do que vuestro trabajo en el Señor no es vano.

16, 1 En cuanto a la colecta para los santos, de la
manera que ordené a las iglesias de Galacia, así tam-
2 bién hacedlo vosotros. El primer día de la semana,
cada uno de vosotros aparte *algo de* aquello en que
haya sido prosperado, guardándolo, para que cuan-
3 do yo vaya, entonces no se hagan colectas. Y
cuando haya llegado, acreditaré por carta los que
consideréis dignos, para que lleven vuestro donati-
4 vo a Jerusalén. Y si la cosa mereciere que yo tam-
5 bién vaya, irán conmigo. Iré, pues, a vosotros,
cuando hubiere pasado por Macedonia (porque por
6 Macedonia he de pasar). Y quizá me quede con
vosotros, y aun pase el invierno, para que me en-
7 caminéis adonde hubiere de ir. Porque ahora no
quiero veros de paso; pues espero permanecer con
vosotros algún tiempo, si el Señor lo permitiere.
8 Permaneceré, sin embargo, en Efeso hasta el Pen-
9 tecostés; porque se me ha abierto una puerta gran-
10 de y eficaz, y son muchos los adversarios. Y si lle-
gare Timoteo, mirad que esté con vosotros sin sen-
tirse cohibido; porque como yo, él hace la obra del
11 Señor. Por tanto, nadie le menosprecie; antes, en-

---

[1] V. 54. Var. om.: *esto corruptible se haya vestido de incorruptibilidad, y.*
[2] V. 54. Is. 25: 8.
[3] V. 55. Os. 13: 14.

caminadle en paz, para que venga a mí; pues le es-
pero con los hermanos.
12 Acerca del hermano Apolos, le rogué mucho que
fuese a vosotros con los hermanos; mas no tuvo nin-
guna voluntad de ir por ahora; pero irá cuando ten-
ga oportunidad.
13 Velad; estad firmes en la fe; portaos varonilmen-
14 te; esforzaos. Todas vuestras cosas sean hechas
15 en amor. Y os ruego, hermanos, (conocéis la casa
de Estéfanas, que son las primicias de Acaya, y que
16 se han dedicado al ministerio de los santos), que
os sometáis a los que son como ellos, y a todo el
17 que coopera y trabaja. Regocíjome de la venida[1]
de Estéfanas, y de Fortunato, y de Acaico; puesto
18 que ellos han suplido vuestra ausencia.[2] Porque
recrearon mi espíritu y el vuestro; reconoced, pues,
a tales personas.
19 Las iglesias de Asia os saludan. Os saludan afec-
tuosamente en el Señor, Aquila y Priscila,[3] con la
20 iglesia que está en su casa. Todos los hermanos os
saludan. Saludaos los unos a los otros con ósculo
21 santo. Yo, Pablo, *os escribo* esta salutación de
22 mi propia mano: Si alguno no ama al Señor, sea
23 anatema. Nuestro Señor viene.[4] La gracia del Se-
24 ñor Jesús sea con vosotros. Mi amor en Cristo Je-
sús sea con todos vosotros.

---

[1] V. 17. o, *presencia.*
[2] V. 17. o, *lo que de vuestra parte me faltaba.*
[3] V. 19. Gr. *Prisca.*
[4] V. 22. o, *¡Ven, Señor!* Gr. trasliterado del arameo: *Maranatha.*

LA SEGUNDA

EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A LOS

CORINTIOS

1, 1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad
de Dios, y Timoteo nuestro hermano:
A la iglesia de Dios que está en Corinto, con to-
2 dos los santos que están en toda la Acaya: Gracia
y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre, y del Se-
ñor Jesucristo.
3 Bendito sea el Dios y Padre del Señor nuestro
Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de
4 toda consolación, el cual nos consuela en toda
nuestra tribulación, para que podamos consolar a los
que están en cualquiera tribulación, por medio de la
consolación con que nosotros mismos somos consola-
5 dos de Dios. Porque, así como en[1] nosotros abun-
dan los padecimientos de Cristo, así también por
6 Cristo abunda nuestra consolación. Mas, si somos
atribulados, es para vuestra consolación y salvación;
o si somos consolados, es para vuestra consolación,
la cual obra en el sufrir vosotros con paciencia los
mismos padecimientos que nosotros también sopor-
7 tamos. Y nuestra esperanza respecto de vosotros
es firme, pues sabemos que así como sois partícipes
de los padecimientos, lo seréis también de la conso-
lación.
8 Pues, hermanos, no queremos que ignoréis acer-
ca de la tribulación que nos acaeció en Asia; que
fuimos agravados sobremanera, más allá de nuestras

---

[1] V. 5, o, *para*.

fuerzas, tanto que aun perdimos la esperanza de la
9 vida. Pero hemos tenido en nosotros mismos sen-
tencia de muerte, para que no estemos confiados en
nosotros mismos, sino en el Dios que levanta los
10 muertos; el cual nos libró, y nos librará, de seme-
jante muerte; en quien tenemos esperanza de que
11 todavía nos librará, cooperando vosotros también
con la oración en favor nuestro, a fin de que, por la
merced hecha a nosotros por intercesión de muchas
personas, por muchas sean dadas gracias con motivo
de nosotros.

12 Porque nuestra gloria es esta: que nuestra con-
ciencia testifica habernos conducido en el mundo, y
especialmente con vosotros, con santidad y sinceri-
dad de Dios, no con sabiduría carnal, sino con la gra-
13 cia de Dios. Porque no os escribimos otras cosas,
sino las que leéis o ya conocéis bien, y espero que
14 las conoceréis hasta el fin; como también nos re-
conocisteis, en parte, como vuestra gloria, al igual
que vosotros seréis la nuestra en el día de Jesús
nuestro Señor.

15 Y con esta confianza me proponía ir primero a vos-
otros, para que recibieseis un segundo beneficio,
16 y pasar por vosotros a Macedonia, y de Macedonia
volver a vosotros, para que me encaminaseis a Ju-
17 dea. Al proponerme esto, ¿obré acaso con ligereza?
O lo que me propongo hacer, ¿me lo propongo se-
gún la carne, de modo que en mí haya el Sí, sí, y el
18 No, no? Mas, como Dios es fiel, nuestra palabra a
19 vosotros no es Sí y No. Porque el Hijo de Dios,
Cristo Jesús, que entre vosotros fué predicado por
nosotros, es decir, por mí, y Silas,[1] y Timoteo, no
20 fué Sí y No, sino que ha sido en él, Sí; pues cuan-
tas sean las promesas de Dios, en él son Sí; por lo
cual, mediante él, también es el Amén para gloria
21 de Dios por medio de nosotros. Y el que nos con-
firma con vosotros en Cristo y nos ungió, es Dios,

[1] V. 19. Gr. *Silvano.*

22 el que también nos ha sellado y nos ha dado las arras
23 del Espíritu en nuestros corazones. Mas yo invoco
a Dios por testigo sobre mi alma, que por conside-
24 ración hacia vosotros no he ido aún a Corinto. No
es que nos enseñoréemos de vuestra fe, sino que
contribuimos a vuestro gozo; porque por la fe estáis
firmes.
2, 1 Esto, pues, determiné para conmigo: no ir otra
2 vez a vosotros con tristeza. Porque si yo os con-
tristo, ¿quién ha de alegrarme, sino aquel a quien
3 yo contristare? Y escribí esto mismo para que, al
llegar, no tuviese tristeza de aquellos de quienes de-
biera gozarme; confiado como estoy en todos vos-
4 otros, de que mi gozo es el de vosotros todos. Su-
mido, pues, en mucha aflicción y angustia de co-
razón, os escribí con muchas lágrimas, no para que
fueseis contristados, sino para que conocieseis cuán
abundante es el amor que os tengo.
5 Pero si alguien ha causado tristeza, no me la ha
causado a mí, sino hasta cierto punto (por no exage-
6 rar) a todos vosotros. Bástale al tal hombre esta
7 reprensión de los más. De manera que, por el con-
trario, más bien debéis perdonarle y consolarle; no
8 sea que la demasiada tristeza le consuma. Por lo
9 cual os ruego que le confirméis vuestro amor; por-
que también con este fin os escribí, para conocer por
10 experiencia si vosotros sois en todo obedientes. Al
que perdonáis alguna cosa, yo también; porque tam-
bién lo que yo he perdonado, si es que algo he per-
donado, ha sido por amor a vosotros, en presencia
11 de Cristo, para que Satanás no obtenga sobre nos-
otros ventaja alguna; pues no ignoramos sus maqui-
naciones.

12 Cuando llegué a Tróade para predicar el evange-
lio de Cristo, aun habiéndome sido abierta por el
13 Señor una puerta, no tuve reposo en mi espíritu,
por no haber hallado a Tito, mi hermano; sino que,
14 despidiéndome de ellos, partí para Macedonia. Pero

a Dios gracias, que en Cristo siempre nos lleva en
triunfo, y esparce en todo lugar por medio de nos-
otros el olor de su conocimiento.
15 Porque somos para Dios grato olor de Cristo en-
16 tre los que se salvan y entre los que se pierden: a
éstos, olor de muerte para muerte, y a aquéllos, olor
de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es su-
17 ficiente? No somos, pues, como muchos que adul-
teran la palabra de Dios; antes bien, con sinceridad,
como en nombre de Dios y delante de Dios, habla-
mos en Cristo.
3, 1 ¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nos-
otros mismos, o acaso necesitamos, como algunos,
cartas de recomendación para vosotros, o de vos-
2 otros? Nuestra carta sois vosotros mismos, escrita
en nuestros corazones, conocida y leída de todos los
3 hombres; pues manifiesto es que sois carta de Cris-
to, escrita por ministerio nuestro, no con tinta, sino
con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de pie-
dra, sino en tablas de corazones de carne.
4 Y esta es la confianza que tenemos por Cristo
5 para con Dios. No que seamos suficientes por nos-
otros mismos para formar juicio alguno como proce-
dente de nosotros, sino que nuestra suficiencia vie-
6 ne de Dios, el cual también nos hizo aptos para ser
ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del
espíritu; pues la letra mata, mas el espíritu vivifica.
7 Y si el ministerio de muerte, grabado con letras en
piedras, fué con gloria, tanto que los hijos de Is-
rael no podían fijar la vista en el rostro de Moisés
a causa de la gloria de su faz, gloria que se desva-
8 necía, ¿cómo no ha de ser con mucha más gloria
9 el ministerio del espíritu? Porque si el ministerio
de condenación fué con gloria, mucho más abunda
10 en gloria el ministerio de justicia. Porque aun lo
que ha sido glorificado, no lo ha sido en este res-
pecto, en comparación con la gloria que le sobrepu-
11 ja; porque si lo que se está desvaneciendo *fué* con
gloria, mucho más lo que perdura será en gloria.

12 Teniendo, pues, tal esperanza, usamos de mucha
13 libertad; y no *hacemos* como Moisés, que se po-
nía un velo sobre el rostro, para que los hijos de Is-
rael no fijasen la vista en el fin de lo que se desva-
14 necía. Pero las mentes de ellos fueron ofuscadas.
Porque hasta el día de hoy, en la lectura del antiguo
pacto, permanece el mismo velo, por no habérseles
manifestado que en Cristo está anulado *aquel pac-*
15 *to;* aun hasta el día de hoy, cada vez que es leído
Moisés, está puesto el velo sobre el corazón de ellos.
16 Mas cuando se volviere *Israel* al Señor, el velo será
17 quitado. Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y don-
18 de está el Espíritu del Señor, hay libertad. Y nos-
otros todos, contemplando[1] a cara descubierta, como
en un espejo, la gloria del Señor, somos transforma-
dos en la misma imagen, de gloria en gloria, como
por obra del Señor, del Espíritu.

4, 1 Por lo cual, teniendo este ministerio, según la mi-
sericordia que se tuvo de nosotros, no desmayamos;
2 antes bien, hemos renunciado a las cosas ocultas de
la vergüenza, no andando con astucia, ni adulteran-
do la palabra de Dios, sino recomendándonos á toda
conciencia humana delante de Dios, con la manifes-
3 tación de la verdad. Y aun si nuestro evangelio
está cubierto de un velo, lo está entre los que pere-
4 cen; en los cuales el dios de este siglo cegó las
mentes de los que no creen, para que no *les* resplan-
dezca la claridad del evangelio de la gloria de Cris-
5 to, el cual es la imagen de Dios. (Pues no nos pre-
dicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como
Señor, y a nosotros, como siervos vuestros por amor
6 de Jesús.) Porque Dios que dijo: «De las tinieblas
resplandecerá luz,» es el que resplandeció en nues-
tros corazones para iluminación del conocimiento de
la gloria de Dios en la faz de Cristo.

---

[1] V. 18 o, *reflejando.*

7 Tenemos, sin embargo, este tesoro en vasos de
barro, a fin de que la supereminencia del poder sea
8 de Dios, y no de nosotros, que estamos puestos en
aprieto por todas partes, mas no sin salida; perple-
9 jos, mas no sin esperanza; perseguidos, mas no
10 desamparados; derribados, mas no destruídos; lle-
vando siempre y por todas partes, en el cuerpo, la
muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús
11 se manifieste en nuestro cuerpo. Pues nosotros, los
que vivimos, estamos constantemente entregados a
muerte por amor de Jesús, para que también la vida
de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal.
12 De manera, que la muerte obra en nosotros, mas en
13 vosotros la vida. Empero nosotros, teniendo el
mismo espíritu de fe, según lo que está escrito:
«Creí, y por tanto hablé,»[1]
nosotros también creemos, por lo cual también ha-
14 blamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús,
también a nosotros nos resucitará con él y nos pre-
15 sentará *ante sí* juntamente con vosotros. Todo es,
pues, por amor a vosotros, para que la gracia, ha-
biendo abundado por medio de los muchos, haga *tam-
bién* abundar la acción de gracias para gloria de Dios.
16 Por tanto, no desmayamos; al contrario, aunque
nuestro hombre exterior se va desgastando, el inte-
17 rior, sin embargo, se renueva de día en día; por-
que lo transitorio y leve de nuestra tribulación nos
va produciendo, de modo cada vez más excelso, un
18 eterno peso de gloria; no mirando nosotros a las
cosas que se ven, sino a las que no se ven; pues las
cosas que se ven son temporales, mas las que no se
ven son eternas.
5, 1 Sabemos, pues, que si este tabernáculo, nues-
tra casa terrestre, se deshiciere, tenemos de Dios
un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en
2 los cielos. Y a la verdad, gemimos en esta *nues-
tra morada terrestre,* anhelando revestirnos de

---

[1] V. 13. Sal. 116: 10.

3 nuestra morada celestial; puesto que, una vez ves-
4 tidos, no seremos hallados desnudos. Porque, cier-
tamente, los que estamos en este tabernáculo ge-
mimos agravados, por cuanto no queremos ser des-
nudados, sino revestidos, a fin de que lo mortal sea
5 absorbido por la vida. Mas el que nos preparó para
esto mismo, es Dios, que nos dió en arras el Espí-
6 ritu. Vivimos, pues, siempre confiados, y sabemos
que estando presentes en el cuerpo, andamos ausen-
7 tes del Señor; porque por fe andamos, y no por
8 vista. Vivimos, *digo,* confiados, aunque más nos
agradaría estar ausentes del cuerpo y presentes al
9 Señor. Por tanto, aspiramos también, ya presentes,
10 ya ausentes, a serle gratos. Porque es necesario
que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal
de Cristo, para que cada uno reciba la retribución
de lo que haya hecho por medio del cuerpo, según
sea ello bueno o malo.

11 Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadi-
mos a los hombres; mas a Dios somos manifiestos, y
espero que también lo somos en vuestras concien-
12 cias. No nos recomendamos de nuevo a vosotros,
sino que estamos dándoos ocasión de gloriaros res-
pecto de nosotros, para que tengáis *con qué res-
ponder* a los que se glorían en las apariencias y no
13 en el corazón. Si, pues, estuvimos fuera de nos-
otros, fué para Dios; y si somos cuerdos, es para
14 vosotros. Porque el amor de Cristo nos constriñe,
pues juzgamos esto: que uno murió por todos; luego
15 todos murieron. Y por todos murió, para que los
que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que
por ellos murió y fué resucitado.

16 Así que, nosotros desde ahora en adelante, a na-
die conocemos según la carne; y aunque conocimos
a Cristo según la carne, ahora, sin embargo, ya no
17 le conocemos *así.* De modo que, si alguno está en
Cristo, nueva criatura[1] es: las cosas viejas pasaron;

---

[1] V. 17. o, *creación.*

18 he aquí son hechas nuevas. Y todo viene de Dios,
que nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos
19 dió el ministerio de la reconciliación; a saber, que
Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mun-
do, no imputando a los hombres sus transgresiones,
y nos confió el mensaje de la reconciliación.
20 Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios
rogara por medio de nosotros. Os suplicamos en nom-
21 bre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no co-
noció pecado, le hizo pecado por nosotros, a fin de
que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

6, 1 Siendo, pues, colaboradores *suyos*, os rogamos
también que no recibáis en vano la gracia de Dios;
2 porque dice:

«En tiempo aceptable te escuché;
y en día de salvación te socorrí;»[1]

he aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora
3 el día de salvación. No damos en nada ocasión de
tropiezo, para que no sea censurado nuestro minis-
4 terio; antes bien, nos recomendamos en todo como
ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribula-
5 ciones, en necesidades, en angustias, en azotes,
en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos,
6 en ayunos, en pureza, en ciencia, en longanimi-
dad, en bondad, en *carismas del* Espíritu Santo,
7 en amor no fingido, en palabra de verdad, en po-
der de Dios; con las armas de justicia a diestra y a
8 siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama
y por buena fama; como engañadores, pero veraces;
9 como ignorados, y a la vez bien conocidos; como mo-
ribundos, y he aquí vivimos; como castigados, mas
10 no muertos; como entristecidos, pero siempre go-
zosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos;
como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo.
11 Nuestra boca hase abierto para vosotros, ¡oh corin-
12 tios!, nuestro corazón se ha ensanchado. No tenéis

---

[1] V. 2. Is. 49: 8.

lugar estrecho en nuestros afectos; mas en los vues-
13 tros lo tenéis para mí. Pues en justa correspon-
dencia (como a hijos hablo), ensanchaos también vos-
otros.
14 No os juntéis en yugo desigual con los incrédu-
los; pues ¿qué consorcio tienen la justicia y la ini-
quidad? o ¿qué comunión, la luz con las tinieblas?
15 ¿Y qué concordia hay entre Cristo y Belial? o ¿qué
16 parte tiene el creyente con el incrédulo? ¿Y qué
concierto puede haber entre el templo[1] de Dios y los
ídolos? Nosotros, pues, somos templo[1] del Dios vivo,
como él mismo dijo:

«Habitaré entre ellos, y entre ellos andaré;
y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.»[2]

17 Por lo cual:

«Salid de en medio de ellos,
y separaos, dice el Señor;
y no toquéis lo inmundo;
que yo os recibiré,[3]
18 y seré para vosotros Padre,
y vosotros me seréis hijos e hijas,
dice el Señor Todopoderoso.»[4]

7, 1 Teniendo, pues, amados, estas promesas, puri-
fiquémonos de toda contaminación de carne y de es-
píritu, perfeccionando la santificación en el temor
de Dios.

2 Admitidnos; a nadie hemos agraviado, a nadie he-
3 mos corrompido, a nadie hemos explotado. No lo
digo para condenaros; pues ya he dicho que estáis
en nuestros corazones para que juntos muramos y
4 juntos vivamos. Soy muy franco con vosotros; mu-
cho me glorío a causa vuestra; lleno estoy de con-
suelo; sobreabundo en gozo en toda nuestra tribula-
5 ción. Pues en verdad, cuando llegamos a Macedo-

---

[1] V. 16. Gr. *santuario.*
[2] V. 16. Lev. 26: 12; Ezeq. 37: 27.
[3] V. 17. Jer. 51: 45; Ezeq. 20: 34; Is. 52: 11.
[4] V. 18. 2 Sam. 7: 8; Is. 43: 6; Jer. 31: 9; 32: 38: Os. 1: 10; Am. 4: 13.

nia, ningún reposo tuvimos,[1] sino tribulación por
todos lados: de fuera, luchas; de dentro, temores.
6 Pero Dios, el que consuela a los humildes, nos con-
7 soló con la llegada[2] de Tito. Mas no solamente con
su llegada,[2] sino también por la consolación con que
había sido consolado de vosotros; pues nos contaba
vuestro ardiente afecto, vuestra lamentación, vues-
tro celo por mí, de manera que me alegré mucho más.
8 Porque, si bien os contristé con mi carta, no me arre-
piento, aunque sí me arrepentía; pues veo que aque-
lla carta, aun cuando os contristó, *fué sólo* por un
9 momento; y ahora me gozo, no de que hayáis sido
contristados, sino de que lo fuisteis para arrepenti-
miento. Porque fuisteis contristados según Dios, para
10 que en nada recibieseis perjuicio de nosotros. Por-
que la tristeza que es según Dios, obra arrepenti-
miento para salvación, del cual no hay que arrepen-
tirse; mas la tristeza del mundo produce muerte.
11 Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido con-
tristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vos-
otros, y qué exculpación, y qué indignación, y qué
temor, y qué ardiente afecto, y qué celo, y qué rei-
vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en
12 el asunto. Aunque os escribí, pues, no fué por cau-
sa del que cometió el agravio, ni por causa del agra-
viado, sino para que ante vosotros y en la presencia
de Dios, se manifestara vuestra solicitud por nos-
13 otros. Por esto hemos sido consolados; pero ade-
más de nuestro consuelo, nos hemos gozado muchí-
simo más por el gozo de Tito, pues su espíritu ha
14 recibido refrigerio de todos vosotros; porque si de
algo me he jactado con él respecto de vosotros, no
quedé avergonzado; al contrario, como todo os lo
hemos hablado con verdad, asimismo nuestra jactan-
15 cia con Tito resultó verdad. Y el tierno afecto que
Tito os tiene es mucho más abundante, cuanto más

---

[1] V. 5. Gr. *tuvo nuestra carne.*
[2] Vs. 6 y 7. ó, *presencia.*

recuerda la obediencia de todos, y cómo le recibis-
16 teis con temor y temblor. Me gozo de que en todo
tengo confianza en vosotros.

8, 1 Hermanos, os hacemos saber la gracia que
2 Dios ha dado a las iglesias de Macedonia: que en
medio de gran prueba de tribulación, la abundancia
de su gozo y su honda pobreza redundaron en ri-
3 quezas de su generosidad. Porque según sus fuer-
zas, yo lo testifico, y más allá de sus fuerzas, *han*
4 *contribuído;* suplicándonos espontáneamente, con
mucha insistencia, les concediésemos la gracia de te-
5 ner parte en este servicio para los santos. Y no
como *lo* esperábamos, sino que ellos mismos se
dieron primeramente al Señor, y *luego* a nosotros
6 por la voluntad de Dios; tanto que exhortamos a
Tito para que, tal como había antes comenzado, así
llevase a su perfección esta gracia también en vos-
7 otros. Mas, como en todo abundáis, en fe, y pala-
bra, y ciencia, y en toda solicitud, y en el amor que
8 os tenemos,[1] abundad también en esta gracia. No
lo digo por imposición, sino para probar, por medio
de la solicitud de otros, la sinceridad de vuestro
9 amor. Porque ya conocéis la gracia de nuestro Se-
ñor Jesucristo: que por amor a vosotros se hizo po-
bre, siendo rico, para que vosotros, con su pobreza,
10 fueseis enriquecidos. En esto también doy mi con-
sejo; porque esto os es provechoso a vosotros, que
os anticipasteis desde el año pasado, no sólo a eje-
cutarlo, sino también a tener voluntad para ello.
11 Ahora, pues, llevad a cabo la obra, para que, como
hubo prontitud para querer, la haya también para
12 terminar, según lo que tengáis. Porque si hay vo-
luntad pronta, es acepta conforme a lo que uno ten-
13 ga, y no conforme a lo que no tenga. Y no *lo digo*
para holgura de otros y apretura vuestra, sino para
14 que con igualdad vuestra abundancia sirva para

[1] V. 7. Var.: *nos tenéis.*

remediar al presente su escasez, a fin de que tam-
bién su abundancia supla vuestra escasez, y así haya
15 igualdad; como está escrito:

«Al que mucho *recogió,* no le sobró; y al que
recogió poco, no le faltó.»[1]

16 Pero gracias a Dios que pone en el corazón de
17 Tito la misma solicitud por vosotros; porque acogió
nuestra exhortación, y estando él mismo muy solíci-
to, con buena voluntad partió para ir a vosotros.
18 Y enviamos con él al hermano cuya alabanza en el
19 evangelio se oye por todas las iglesias. Y no sólo
le enviamos nosotros, sino que fué designado por
voto de las iglesias para ser nuestro compañero de
viaje en esta beneficencia administrada por nosotros
para la gloria del Señor mismo y *para mostrar* la
20 prontitud de nuestro ánimo; previniéndonos con-
tra esto: que alguien nos censurase en nuestra ad-
21 ministración de esta munificencia; pues procuramos
hacer lo honrado, no sólo a la vista del Señor, sino
22 también a los ojos de los hombres. Y enviamos con
ellos a nuestro hermano, cuya solicitud hemos pro-
bado muchas veces en multitud de cosas; mas ahora,
mucho más solícito, por la gran confianza que tiene
23 en vosotros. Respecto a Tito, es mi socio y mi co-
laborador para bien vuestro; y respecto a *los otros*
hermanos nuestros, son mensajeros de las iglesias y
24 gloria de Cristo. Mostrad, por tanto, hacia ellos,
a la faz de las iglesias, la prueba de vuestro amor y
lo fundado de nuestra jactancia respecto de vos-
otros.

9, 1 Acerca de la ministración para los santos, está
2 demás que os escriba; pues conozco vuestra bue-
na voluntad, de la cual me glorío de vosotros entre
los macedonios, *diciéndoles* que Acaya está prepa-
rada desde el año pasado; y vuestro celo sirvió de
3 estímulo a los más de ellos. Sin embargo, he en-

[1] V. 15. Ex. 16: 18.

viado los hermanos, a fin de que en esta parte no
resulte vana nuestra jactancia acerca de vosotros;
4 para que, como yo dije, estéis preparados: no sea
que, si vinieren conmigo algunos macedonios, y os
hallaren desapercibidos, nos avergoncemos nosotros,
por no decir vosotros, en esta nuestra confianza.
5 Juzgué, pues, indispensable rogar a los hermanos
que se anticipasen a ir a vosotros y de antemano lle-
vasen a perfección vuestro donativo[1] ya anunciado,
para que esté preparado como cosa[1] voluntaria, y no
6 como exigencia *nuestra*. Esto, empero, *digo:* el
que siembra mezquinamente, mezquinamente tam-
bién segará; y el que siembra con abundancia,[1] con
7 abundancia[1] también segará. Contribuya cada uno
como se propuso en su corazón, no con tristeza ni a
8 la fuerza, porque Dios ama al que da con alegría. Y
poderoso es Dios para hacer abundar en vosotros
toda gracia, a fin de que, teniendo toda suficiencia
siempre y en todo, abundéis para toda buena obra;
9 como está escrito:
«Esparció, dió a los pobres;
su justicia permanece para siempre.»[2]
10 Y el que suministra semilla al sembrador y pan para
alimento, abastecerá y multiplicará vuestra semen-
tera, y acrecentará los frutos de vuestra justicia;
11 a fin de que en todo seáis enriquecidos para toda
liberalidad, la cual obra eficazmente por medio de
12 nosotros acción de gracias a Dios. Porque la minis-
tración de este servicio, no sólo llena las necesida-
des de los santos, sino que también abunda en múlti-
13 ples acciones de gracias a Dios; pues por la expe-
riencia de esta ministración ellos glorifican a Dios
por la obediencia que profesáis al evangelio de Cris-
to, y por vuestra liberalidad en contribuir para ellos
14 y para todos; y ellos a su vez, en sus oraciones a
favor vuestro, respiran el ardiente afecto que os tie-

---

[1] V. 5 y 6. Gr. *bendición*.
[2] V. 9. Sal. 112: 9.

nen, a causa de la superabundante gracia de Dios
15 que os ha sido derramada. ¡Gracias a Dios por su
don inefable!

10, 1 Yo mismo, Pablo, os ruego por la mansedum-
bre y ternura de Cristo (yo, que en persona soy de
aspecto humilde entre vosotros, mas estando ausen-
2 te soy enérgico para con vosotros), os pido, pues,
que cuando esté con vosotros no tenga que usar de
aquel atrevimiento con que pienso mostrarme deci-
dido con algunos que juzgan que andamos según la
3 carne. Pues si bien andamos en la carne, no mi-
4 litamos según la carne; porque las armas de nues-
tra milicia no son carnales, sino potentes en Dios
5 para demoler fortalezas. Derribamos argucias, y
toda altivez que se subleva contra el conocimiento
de Dios, y cautivamos todo pensamiento a la obe-
6 diencia de Cristo; estando prontos, también, para
castigar toda desobediencia, una vez que se haya
7 perfeccionado vuestra obediencia. Miráis las cosas
según la apariencia. Si alguno está persuadido en
sí mismo que es de Cristo, recapacite por sí mismo,
que así como él es de Cristo, también lo somos nos-
8 otros. Y aunque con alguna exageración me glo-
riare de nuestra potestad, la cual *nos* dió el Señor
para vuestra edificación y no para vuestra destruc-
9 ción, no seré avergonzado; *pero me abstengo,*
para no aparecer como queriendo amedrentaros con
10 mis cartas. Porque *hay quien* dice: Sus cartas, a
la verdad, son de peso y fuertes; mas su presencia
11 corporal es débil, y su palabra menospreciable. Ten-
ga en cuenta quien tal dice, que cuales somos de pa-
labra por medio de cartas estando ausentes, tales se-
12 remos en hechos, estando presentes. Porque no nos
atrevemos a contarnos ni compararnos con ciertas
personas que se recomiendan a sí mismas; las cua-
les, sin embargo, al medirse a sí mismas entre sí, y
13 compararse consigo mismas, no son sabias. Mas
nosotros no nos gloriaremos desmedidamente, sino

según la medida del campo de trabajo que Dios nos
señaló, para que llegásemos también hasta vosotros.
14 Pues no nos estamos extralimitando, como si no lle-
gásemos hasta vosotros; porque efectivamente, a
vosotros hemos llegado en el evangelio de Cristo.
15 No nos gloriamos fuera de medida, en trabajos aje-
nos; mas tenemos esperanza de que conforme crezca
vuestra fe seremos engrandecidos en nuestro campo
16 para mayor extensión del mismo, a fin de evange-
lizar las regiones que hay más allá de vosotros, sin
meternos en el campo de trabajo de otros, para no
17 gloriarnos de cosas ya preparadas por ellos. Mas
18 el que se gloría, gloríese en el Señor; porque no
es aprobado el que se recomienda a sí mismo, sino
aquel a quien recomienda el Señor.

11, 1 ¡Ojalá me toleraseis un poco de fatuidad! Pero,
2 en verdad, tolerádmela; porque os celo con santo
celo,[1] pues os desposé con un solo esposo, para pre-
3 sentaros, cual virgen pura, a Cristo; mas temo, no
sea que como la serpiente con su astucia engañó a
Eva, vuestras mentes sean pervertidas de la senci-
4 llez y de la pureza para con Cristo. Porque, cier-
tamente, si viene alguien predicando otro Jesús que
nosotros no predicamos, o si recibís un espíritu dis-
tinto del que recibisteis, o un evangelio diferente del
5 que aceptasteis, bien le toleráis. Pues yo conside-
ro que en nada soy inferior a esos apóstoles tan emi-
6 nentes. Aunque rudo en la palabra, no lo soy, sin
embargo, en la ciencia; en todo y por todo os lo he-
7 mos demostrado. ¿O es que pequé, humillándome a
mí mismo para que fueseis enaltecidos vosotros, por-
8 que os prediqué de balde el evangelio de Dios? A
otras iglesias despojé, recibiendo subsidio para ser-
9 viros a vosotros; y cuando estaba con vosotros y
me faltaron recursos, no fuí carga para nadie, porque
suplieron con abundancia mi escasez los hermanos

[1] V. 2. Gr. *celo de Dios.*

que vinieron de Macedonia; y en todo me guardé y
10 me guardaré de seros gravoso. Por la verdad de
Cristo que está en mí, que no se me impedirá esta
11 gloria en las regiones de Acaya. Y ¿por qué?, ¿por-
12 que no os amo? Dios sabe *que os amo*. Mas lo que
hago, éso haré, a fin de quitar toda ocasión a los que
ocasión quieren, para que en aquello de que se glo-
13 rían, sean hallados iguales a nosotros. Pues los ta-
les son falsos apóstoles, obreros engañosos, que se
14 transforman en apóstoles de Cristo. Y no es mara-
villa; pues el mismo Satanás se transforma en ángel
15 de luz. No es, por tanto, gran cosa, el que tam-
bién sus ministros se transformen en ministros de
justicia; cuyo fin será conforme a sus obras.
16 Repito: Nadie me tenga por insensato. Y si por
insensato me tenéis, aún como tal recibidme, para
17 que yo también me gloríe un poco. Lo que estoy
hablando, no lo hablo según el Señor, sino como en
18 insensatez, en esta confianza de gloriarme. Puesto
que muchos se glorían según la carne, yo también
19 me gloriaré. Porque de buena gana toleráis a los
20 insensatos, siendo vosotros cuerdos. Así sucede
que si alguno os esclaviza, si os devora, si se lleva
lo vuestro, si se da importancia, si os hiere en la
21 cara, se lo toleráis. Hablo en desdoro mío, como si
nosotros hubiéramos sido débiles. Mas en lo que al-
guien sea osado (con fatuidad hablo), yo también soy
22 osado. ¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas?
Yo también. ¿Son del linaje de Abraham? Yo tam-
23 bién. ¿Son ministros de Cristo? (Voy a hablar como
si estuviera fuera de mí). Yo lo soy más: en trabajos,
mucho más; en prisiones, con más frecuencia; en azo-
tes, sin cuento; en trances de muerte, muchas veces.
24 De los judíos cinco veces recibí cuarenta azotes me-
25 nos uno. Tres veces fuí azotado con varas; una
vez apedreado; tres veces naufragué; todo un día
26 con su noche lo he pasado en el mar. *Me he visto*
en viajes frecuentes, en peligros de ríos, peligros de
ladrones, peligros de mis compatriotas, peligros de

los gentiles, peligros en ciudades, peligros en des-
poblado, peligros en el mar, peligros de falsos her-
27 manos; en fatigas y molestias, en muchos desve-
los, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío
28 y desnudez. Aparte de lo que omito, pesa sobre
mí diariamente la preocupación por todas las igle-
29 sias. ¿Quién enferma, sin que también yo enferme?
¿A quién se le hace tropezar, sin que yo me abrase?
30 Si es preciso gloriarse, me gloriaré en lo que es pro-
31 pio de mi flaqueza. El Dios y Padre del Señor Je-
sús, que es bendito por los siglos, sabe que no mien-
32 to. En Damasco, el gobernador del rey Aretas
guardaba la ciudad de los damascenos para prender-
33 me; y por una ventana fuí descolgado desde la mu-
ralla en un serón, y escapé de sus manos.

12, 1 Necesario es que me gloríe, por más que no
me conviene. Pasaré, pues, a visiones y revelacio-
2 nes del Señor. Conozco a un hombre en Cristo,
que, hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si
fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), fué arre-
3 batado hasta el tercer cielo. Conozco, digo, al tal
hombre (si en el cuerpo, o separado de él, no lo sé;
4 Dios lo sabe), que fué arrebatado al Paraíso, y
oyó palabras inefables, que a hombre alguno le es
5 permitido proferir. De aquél me gloriaré; pero de
mí mismo no me gloriaré, sino en mis flaquezas.
6 Si quisiere, pues, gloriarme, no seré insensato, por-
que diría verdad. Pero me abstengo; no sea que al-
guien me estime por más de lo que ve que soy, o de
7 lo que oye de mis labios, a causa de la superemi-
nencia de las revelaciones. Por lo cual, para que no
me elevase desmesuradamente, me fué dado un agui-
jón en la carne, un mensajero de Satanás que me
abofetee, a fin de que no me elevase sobremanera.
8 En cuanto a este *aguijón,* tres veces rogué al Se-
9 ñor que me fuese quitado. Y me ha dicho: Bástate
mi gracia; pues la potencia en la flaqueza se perfec-
ciona. Con la mayor alegría, pues, me gloriaré pre-

ferentemente en mis flaquezas, para que el poder de
10 Cristo cual pabellón me cobije. Por lo cual, me
complazco en flaquezas, en ultrajes, en necesidades,
en persecuciones y angustias por amor de Cristo;
porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.
11 Heme vuelto insensato; vosotros me obligasteis *a*
ello; pues yo debiera ser recomendado de vosotros.
Porque en nada fuí inferior a esos tan eminentes
12 apóstoles, si bien, nada soy. Entre vosotros cierta-
mente fueron hechas las señales de un apóstol, en
toda paciencia, milagros, y prodigios y obras pode-
13 rosas. ¿En qué, pues, fuisteis inferiores a las de-
más iglesias, como no sea en no haberos sido yo mis-
14 mo gravoso? Perdonadme este agravio. He aquí,
por tercera vez estoy ya para ir a vosotros, y no he
de seros gravoso; porque no busco lo vuestro, sino a
vosotros; pues no deben los hijos atesorar para sus
15 padres, sino los padres para los hijos. Y yo con el
mayor gusto gastaré *de lo mío,* y aun yo mismo me
gastaré por amor de vuestras almas. ¿Cuanto más
16 intensamente os amo, he de ser menos amado? Pero
sea así; yo no fuí carga para vosotros; antes bien,
17 astuto como soy, os prendí con engaño. ¿Os he ex-
plotado, acaso, por alguno de los mensajeros que os
18 he enviado? Rogué a Tito, y con él envié a nues-
tro hermano. ¿Os explotó Tito? ¿No anduvimos en
19 el mismo espíritu, y en las mismas pisadas? Hace
tiempo venís pensando que nos estamos defendiendo
ante vosotros. Delante de Dios en Cristo hablamos;
20 y todo, amados, para vuestra edificación. Porque
estoy con temor, no sea que, al llegar, no os halle
tales como yo quiero, y vosotros me halléis a mí cual
no queréis. Temo que haya contención, envidia, iras,
rivalidades, detracciones, murmuraciones, envaneci-
21 mientos, desórdenes; y que en esta nueva visita
mi Dios me humille ante vosotros, y tenga que la-
mentarme de muchos que persisten en sus pecados,
y no se han arrepentido de la impureza, y fornica-
ción, y deshonestidad que cometieron.

13, 1 Esta es la tercera vez que voy a vosotros. Por
boca de dos o de tres testigos se resolverá todo asun-
2 to. De antemano lo dije, y de antemano lo repito;
como en mi segunda visita, estando presente, *así lo
digo* ahora, estando ausente, a aquellos que persis-
ten en sus pecados, y a todos los demás: si fuere
3 otra vez, no perdonaré; ya que buscáis una prueba
de que Cristo habla por medio de mí, el cual no es
débil para con vosotros, sino poderoso en vosotros.
4 Pues por flaqueza fué crucificado; pero vive por el
poder de Dios. Y nosotros ciertamente participamos
de su flaqueza; empero viviremos con él mediante el
5 poder de Dios para con vosotros. Examinaos a vos-
otros mismos *para ver* si estáis en la fe; probaos a
vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mis-
mos, que Jesucristo está en vosotros?, a menos que
6 estéis reprobados. Mas espero que conoceréis que
7 nosotros no estamos reprobados. Oramos, pues, a
Dios que ninguna cosa mala hagáis; no para que nos-
otros aparezcamos aprobados, sino para que vosotros
hagáis lo bueno, aunque nosotros seamos como re-
8 probados. Porque nada podemos contra la verdad,
9 pero sí por la verdad. Nos gozamos, pues, cuando
nosotros somos flacos y vosotros fuertes; y esto es lo
que pedimos en oración: vuestro perfeccionamiento.
10 Por esta causa, estando ausente, escribo estas
cosas, a fin de que, cuando esté presente, no tenga
que emplear con rigor la autoridad que me ha dado
el Señor para edificación, y no para destrucción.
11 Finalmente, hermanos, pasadlo bien. Perfeccio-
naos, confortaos, sed del mismo ánimo, vivid en paz;
12 y el Dios de amor y paz será con vosotros. Salu-
daos unos a otros con ósculo santo. Todos los san-
tos os saludan.
13 La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios,
y la comunión del Santo Espíritu sean con todos vos-
otros.

LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A LOS

GÁLATAS

1, 1 Pablo, apóstol (no de hombres, ni por hombre
alguno, sino por Jesucristo, y por Dios Padre que
2 levantó a Jesús de entre los muertos), y todos los
hermanos que están conmigo:
3 A las iglesias de Galacia: Gracia y paz a vos-
otros, de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucris-
4 to, el cual se dió a sí mismo por nuestros pecados
para librarnos del presente siglo malo, según la vo-
5 luntad del Dios y Padre nuestro, a quien sea la
gloria por los siglos de los siglos. Amén.
6 Estoy sorprendido de que tan pronto os desviéis
del que por la gracia de Cristo os llamó, *para pa-*
7 *saros* a otro evangelio, que realmente no es otro,
sino que hay quienes os inquietan y quieren perver-
8 tir el evangelio de Cristo. Pero si aun nosotros o
un ángel del cielo os predicásemos un evangelio di-
ferente del que os hemos predicado, sea anatema.
9 Como antes lo hemos dicho, ahora también lo repi-
to: Si alguien os predica un evangelio diferente del
que recibisteis, sea anatema.
10 Porque, ¿busco ahora el favor de los hombres o
el de Dios? ¿O procuro agradar a los hombres? Si
todavía tratase de agradar a los hombres, no sería
11 siervo de Cristo. Pues os hago saber, hermanos,
que el evangelio predicado por mí, no es según hom-
12 bre; porque yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre
13 alguno, sino por revelación de Jesucristo. Pues ya
habéis oído cuál fué en otro tiempo mi conducta en
el judaísmo: que perseguía sobremanera a la Iglesia

14 de Dios y la asolaba; y aventajaba en el judaísmo
a muchos compatriotas coetáneos míos, siendo en ex-
15 tremo celoso de las tradiciones de mis padres. Mas
cuando al que me separó desde el seno de mi madre,
16 y me llamó por su gracia, le plugo revelar a su
Hijo en mí, para que yo lo predicase entre los gen-
17 tiles, no consulté con ningún hombre,[1] ni aun subí
a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo,
sino que desde luego partí para Arabia y volví nue-
vamente a Damasco.

18 Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para
visitar a Cefas, y permanecí con él quince días;
19 mas no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Ja-
20 cobo, el hermano del Señor. En cuanto a las cosas
que os escribo, he aquí, delante de Dios, que no
21 miento. Después fuí a las regiones de Siria y
22 Cilicia, y no era conocido de vista a las iglesias
23 de Judea que eran en Cristo; solamente oían de-
cir: El que antes nos perseguía, ahora predica la fe
24 que en otro tiempo destruía. Y glorificaban a Dios
en mí.

2, 1 Luego, pasados catorce años, subí otra vez a
Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a
2 Tito; mas subí por revelación, y les expuse el
evangelio que predico entre los gentiles, pero a los
de alta reputación privadamente, no fuera que yo co-
3 rriese o hubiese corrido en vano. Mas ni aun Tito,
que estaba conmigo, con ser griego, fué compelido
4 a circuncidarse; y esto *fué* a causa de los falsos
hermanos introducidos solapadamente, los cuales en-
traron de una manera furtiva para espiar nuestra li-
bertad, que tenemos en Cristo Jesús, a fin de redu-
5 cirnos a esclavitud. A éstos, ni por un momento
cedimos, con sumisión, para que la verdad del evan-
6 gelio permaneciese con vosotros. Mas en cuanto a
los que parecían ser algo (lo que hayan sido, nada
me importa: Dios no acepta al hombre por lo que

---

[1] V. 16. Gr. *con carne y sangre.*

aparenta); a mí, digo, los que eran de reputación,
7 nada nuevo me comunicaron; antes al contrario,
viendo que se me había confiado el evangelio de la
incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión
8 (pues el que obró en Pedro para el apostolado de la
circuncisión, obró también en mí para con los genti-
9 les), y conociendo la gracia que se me había dado,
Jacobo, y Cefas, y Juan, que eran considerados como
columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la mano *en
señal* de compañerismo, para que nosotros *fuése-
10 mos* a los gentiles, y ellos a la circuncisión; sola-
mente *nos pidieron* que nos acordásemos de los po-
bres, cosa que también fuí solícito en hacer.
11 Mas cuando Cefas vino a Antioquía, me opuse a
12 él cara a cara, porque era de condenar; pues antes
que vinieran unos de parte de Jacobo, comía con los
gentiles; mas cuando vinieron aquéllos, empezó a
retraerse y separarse, temiendo a los de la circunci-
13 sión. Y también con él obraron disimuladamente los
demás judíos, de tal manera que hasta Bernabé fué
14 arrastrado en la hipocresía de ellos. Pero, cuando
vi que no andaban rectamente conforme a la ver-
dad del evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si
tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío,
15 ¿cómo es que obligas a los gentiles a judaizar? Nos-
otros, judíos por naturaleza, y no pecadores de en-
16 tre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justi-
ficado por las obras de la ley, sino por la fe en Cris-
to Jesús, nosotros, *digo,* también creímos en Cristo
Jesús a fin de ser justificados por la fe en Cristo y
no por las obras de la ley, puesto que por ellas na-
17 die[1] será justificado. Mas si en tanto que procurá-
bamos ser justificados en Cristo, fuimos también ha-
llados pecadores, ¿será Cristo por eso ministro de
18 pecado? En manera alguna. Pues si lo que derribé,
19 éso mismo reedifico, transgresor me hago. Porque
yo por la ley morí para la ley, a fin de vivir para

---

[1] V. 16. Gr. *ninguna carne.*

20 Dios. Con Cristo he sido crucificado; y ya no vivo
yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la
carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me
21 amó y se dió a sí mismo por mí. No desecho la
gracia de Dios; pues si la justicia es por la ley, en
vano murió Cristo.

3, 1 ¡Oh gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó a
vosotros, ante cuyos ojos Jesucristo fué exhibido
2 como crucificado? Esto sólo quiero saber de vos-
otros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley,
3 o por el oír con fe? ¿Tan insensatos sois? Habien-
do principiado por el Espíritu, ¿vais ahora a perfec-
4 cionaros por la carne? ¿Tantas cosas padecisteis en
5 vano?, si es que realmente fué en vano. Aquel,
pues, que os suministra el Espíritu y obra entre vos-
otros milagros, *¿lo hace* en virtud de obras de la ley
6 o del oír con fe?, como Abraham, que

> «creyó a Dios, y le fué contado por justicia.»[1]

7 Sabed, por tanto, que los que son de la fe, éstos son
8 hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que
por fe justificaría Dios a los gentiles, evangelizó an-
ticipadamente a Abraham, *diciendo:*

> «En ti serán bendecidos todos los gentiles.»[2]

9 Así que, los de la fe son bendecidos con el creyen-
10 te Abraham. Pues todos los que son de las obras
de la ley, están bajo maldición; porque está escrito:

> «Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para hacerlas.»[3]

11 Pero es evidente que por la ley nadie se justifica
para con Dios, porque

> «el justo vivirá por la fe.»[4]

12 Mas la ley nada tiene de común con la fe, antes
bien, *dice:*

---

[1] V. 6. Gén. 15: 6.
[2] V. 8. Gén. 18: 18.
[3] V. 10. Deut. 27: 26.
[4] V. 11. Hab. 2: 4.

«El que hiciere estas cosas vivirá por ellas.»[1]
13 Cristo nos rescató de la maldición de la ley, hecho
por nosotros maldición, porque escrito está:
«Maldito todo aquel que es colgado de un
madero,»[2]
14 para que en Jesucristo llegase hasta los gentiles la
bendición de Abraham, a fin de que recibiésemos
la promesa del Espíritu por medio de la fe.
15 Hermanos, como hombre hablo: un pacto, una vez
ratificado, aunque sea de hombre, nadie lo anula ni
16 le añade. Ahora bien, a Abraham le fueron hechas
las promesas, y «a la simiente» suya. No dice «y a
las simientes» como si hablase de muchos, sino como
17 de uno: «Y a tu simiente», que es Cristo. Esto,
pues, digo: El pacto previamente ratificado por Dios,
no lo anula, invalidando la promesa, una ley que fué
18 hecha cuatrocientos treinta años más tarde. Si,
pues, la herencia depende de la ley, ya no depende
más de una promesa; pero Dios por promesa la otor-
19 gó como gracia a Abraham. ¿Entonces para qué
la ley? Fué añadida a causa de las transgresiones,
hasta que viniese la simiente a quien fué hecha la
promesa, y fué ordenada por medio de ángeles en
20 mano de un mediador. Y el mediador no es de uno
21 solo; mas Dios es uno. ¿Es, entonces, la ley con-
traria a las promesas de Dios? En ninguna manera.
Porque si se hubiese dado una ley que pudiera vivi-
ficar, ciertamente la justicia habría sido por *esa* ley;
22 mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, a fin
de que la promesa, que es por la fe en Jesucristo,
fuese dada a los creyentes.
23 Pero antes de que la fe viniese, estábamos guar-
dados bajo la ley, encerrados *en ella* hasta que vi-
24 niese aquella fe que había de ser revelada. De ma-
nera que la ley ha sido nuestro ayo para *llevarnos*
a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la

---

[1] V. 12. Lev. 18: 5.
[2] V. 13. Deut. 21: 23.

25 fe. Pero una vez venida la fe, ya no estamos más
26 bajo ayo. Todos, pues, sois hijos de Dios por la fe
27 en Cristo Jesús; porque todos los que fuisteis bau-
28 tizados para Cristo, de Cristo os vestisteis. *En él*
no hay Judío ni Griego, no hay esclavo ni libre, no
hay varón y mujer; porque todos vosotros sois uno
29 en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, lue-
go linaje de Abraham sois, y herederos según la
promesa.

4, 1 Sin embargo, *esto* digo: Mientras que el here-
dero es niño, en nada difiere de un siervo, aunque
2 es señor de todo; antes bien, está bajo tutores y
mayordomos hasta el tiempo determinado por el pa-
3 dre. Así también nosotros, cuando éramos meno-
res, estábamos en servidumbre bajo los rudimentos
4 del mundo; mas cuando vino el cumplimiento del
tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, na-
5 cido bajo ley, para que rescatase a los que esta-
ban bajo ley, a fin de que recibiésemos la adopción
de hijos.
6 Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de
su Hijo a nuestros corazones, el cual clama: ¡Abba![1]
7 ¡Padre! De manera, que ya no eres esclavo, sino
hijo; y si hijo, también heredero, por *la gracia de*
Dios.
8 En otro tiempo, sin embargo, no conociendo a
Dios, serviais a los que por naturaleza no son dioses;
9 mas ahora, conociendo a Dios, o mas bien, siendo de
Dios conocidos, ¿cómo es que os volvéis a los débi-
les y miserables rudimentos, a los cuales os queréis
10 esclavizar otra vez? Observáis escrupulosamente
11 días, y meses, y tiempos, y años. Me temo de vos-
otros, que haya trabajado con vosotros inútilmente.
12 Hermanos, os suplico que vengáis a ser como yo;
porque yo a mi vez vine a ser como vosotros. En
13 nada me habéis agraviado; mas sabéis que al prin-

[1] V. 6. Palabra aramea que significa *Padre.*

cipio, a consecuencia de una enfermedad física, os
14 prediqué el evangelio, y lo que por mi estado de
salud era para vosotros motivo de tentación, no lo
despreciasteis ni lo desechasteis; antes bien, me aco-
gisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Je-
15 sús. ¿Qué ha sido, pues, de vuestro contento? Por-
que os doy testimonio de que, a ser posible, os hu-
bierais sacado los ojos y me los hubierais dado.
16 ¿Heme hecho, pues, vuestro enemigo, diciéndoos la
17 verdad? *Hay quienes* os solicitan con celo, mas
no con buen fin, sino que quieren apartaros *de nos-*
18 *otros,* para que los solicitéis a ellos. Bien está
que se muestre celo por vosotros en el bien siempre,
y no sólo mientras yo esté presente con vosotros,
19 hijos míos, por quienes otra vez estoy en angustia,[1]
20 hasta que Cristo sea formado en vosotros. Quisie-
ra estar con vosotros ahora mismo y mudar mi voz,
porque estoy perplejo acerca de vosotros.
21 Decidme, los que queréis estar bajo ley, ¿no oís
22 la ley? Porque escrito está que Abraham tuvo dos
hijos, uno de la moza esclava y otro de la mujer li-
23 bre. Sin embargo, el de la esclava nace según la
carne, mas el de la libre, en cumplimiento de la pro-
24 mesa. Todo lo cual se dice alegóricamente, pues
estas mujeres son dos pactos: uno procede del mon-
25 te Sinaí, y da a luz hijos para esclavitud, la cual
es Agar (pues Agar es el monte Sinaí en Arabia, y
corresponde a la Jerusalén actual, porque *ésta* se
26 halla en esclavitud juntamente con sus hijos); mas
la Jerusalén de arriba es libre, la cual es nuestra ma-
27 dre; porque está escrito:

«Regocíjate tú, oh estéril, que no das a luz;
prorrumpe y clama, tú que no tienes dolores
de alumbramiento; porque muchos más son los
hijos de la mujer solitaria que los de la que
tiene marido.»[2]

---

[1] V. 19. Gr. *estoy de parto.*
[2] V. 27. Is. 54: 1.

28 Y vosotros, hermanos, a semejanza de Isaac, sois
29 hijos de promesa. Sin embargo, como entonces el
que había nacido según la carne, perseguía al nacido
30 según el Espíritu, así es también ahora. Pero, ¿qué
dice la Escritura?

> «Echa fuera a la esclava y a su hijo, pues de ningún modo será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la mujer libre.»[1]

31 Por lo tanto, hermanos, no somos hijos de ninguna
esclava, sino de la libre.

5, 1 Para libertad Cristo nos hizo libres; estad,
pues, firmes, y no os sujetéis otra vez a un yugo de
servidumbre.
2 Mirad que yo, Pablo, os digo que si os circunci-
3 dáis, de nada os aprovechará Cristo. Sí, de nuevo
testifico a todo hombre que se circuncida, que está
4 obligado a guardar toda la ley. Completamente os
habéis apartado de Cristo, los que por la ley os jus-
5 tificáis; de la gracia habéis caído. Pues nosotros,
por el Espíritu, aguardamos por fe la esperanza de
6 justicia; porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión
vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra
por el amor.
7 Vosotros corríais bien, ¿quién os estorbó para no
8 obedecer a la verdad? Esta persuasión *que os ex-*
9 *travía,* no procede de aquel que os llama. Un poco
10 de levadura leuda toda la masa. Yo tengo respecto
de vosotros confianza en el Señor, que no pensaréis
ninguna otra cosa *que yo;* mas el que os perturba,
11 llevará su castigo, quienquiera que sea. Mas en
cuanto a mí, hermanos, si predico aún la circunci-
sión, ¿por qué soy perseguido todavía?, puesto que
12 es quitado el escándalo de la cruz. ¡Ojalá también
se mutilasen[2] los que os trastornan!
13 Hermanos, vosotros a libertad fuisteis llamados;

---

[1] V. 30. Gén. 21: 10.
[2] V. 12. o, *fuesen separados.*

sólo que no *deis con* vuestra libertad ocasión a la
carne; antes bien, por amor sed siervos los unos de
14 los otros. Porque toda la ley se cumple con este
solo precepto:
«Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»[1]
15 Mas si unos a otros os mordéis y os devoráis, mirad
que no seáis mutuamente consumidos.
16 Digo pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis
17 las concupiscencias de la carne; porque el deseo de
la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es
contra la carne (y éstos son opuestos entre sí), a fin
18 de que no hagáis lo que quisiereis. Mas si sois
19 guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Y
manifiestas son las obras de la carne, que son: for-
20 nicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechice-
ría, enemistades, riñas, celos, arrebatos, rivalidades,
21 disensiones, partidos, envidias, borracheras, orgías
y cosas semejantes a éstas, acerca de las cuales os
digo de antemano, como ya lo hice antes, que los que
cometen tales cosas no heredarán el reino de Dios.
22 Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, longa-
23 nimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedum-
24 bre y templanza; contra tales cosas no hay ley. Y
los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne
con sus pasiones y sus codicias.
25 Si vivimos por el Espíritu, por el Espíritu tam-
26 bién andemos. No nos hagamos vanagloriosos, pro-
vocándonos recíprocamente y envidiándonos unos a
otros.

6, 1 Hermanos, aunque un hombre fuere sorprendi-
do en alguna falta, vosotros que sois espirituales,
restauradle con espíritu de mansedumbre, mirándo-
te a ti mismo, no suceda que tú también seas tentado.
2 Soportad los unos las cargas de los otros, y así cum-
3 pliréis[2] la ley de Cristo. Si alguno piensa que es

---

[1] V. 14. Lev. 19: 18.
[2] V. 2. Var.: *cumplid.*

4 algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo. Prue-
be, pues, cada uno su propia obra, y entonces ten-
drá motivo de satisfacción sólo en sí mismo, y no en
5 otro; porque cada uno ha de llevar su propia carga.
6 El que recibe enseñanza en la palabra, haga parti-
7 cipar de todos los bienes al que le enseña. No os
engañéis; Dios no puede ser burlado: lo que sembra-
8 re el hombre, éso también segará; pues el que
siembra para su propia carne, de la carne segará
corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del
9 Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos,
pues, de hacer el bien, que a su tiempo segaremos,
10 si no desmayamos. Por consiguiente, siempre que
tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, espe-
cialmente a los hermanos en[1] la fe.

11 Ved con qué caracteres tan grandes os escribo de
12 mi mano. Todos los que quieren aparecer bien en
lo humano,[2] éstos os constriñen a que seáis circun-
cidados, sólo para no ser perseguidos a causa de la
13 cruz de Cristo; porque ni aun los mismos circunci-
sos guardan la ley, sino que quieren que vosotros
seáis circuncidados, para gloriarse en vuestra carne.
14 Mas lejos esté de mí el gloriarme, sino en la cruz de
nuestro Señor Jesucristo, por quien[3] el mundo está
15 crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque
ni la circuncisión ni la incircuncisión valen algo,
16 sino la nueva criatura.[4] Y a cuantos anden según
esta regla, paz y misericordia sean sobre ellos, y so-
17 bre el Israel de Dios. De aquí en adelante nadie
me cause molestias, pues yo llevo en mi cuerpo las
marcas de Jesús.
18 Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo
sea con vuestro espíritu. Amén.

---

[1] V. 10. Gr. *de la familia de.*
[2] V. 12. Gr. *en la carne.*
[3] V. 14. o, *la cual.*
[4] V. 15. Gr. *nueva creación.*

LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A LOS

EFESIOS

1, 1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad
de Dios:
A los santos y fieles en Cristo Jesús que están en
2 Éfeso:[1] Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro
Padre, y del Señor Jesucristo.
3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor
Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espi-
4 ritual en los *lugares* celestiales en Cristo, según
nos eligió en él, antes de la fundación del mundo,
para que fuésemos santos y sin mácula en su pre-
5 sencia; habiéndonos predestinado en *su* amor para
ser adoptados hijos suyos por Jesucristo, según el
6 beneplácito de su voluntad, para alabanza de la
gloria de su gracia, la cual nos prodigó en el Ama-
7 do; en quien tenemos redención por su sangre, la
remisión de nuestros pecados, según las riquezas de
8 su gracia, que hizo sobreabundar para con nos-
9 otros en toda sabiduría y discernimiento; dándonos
a conocer el misterio de su voluntad, conforme con
10 el beneplácito que en él[2] se propuso en orden a
la dispensación del cumplimiento de los tiempos, de
reunir en Cristo todas las cosas, así las que *están*
11 en los cielos, como las que sobre la tierra; en él,
digo, en quien fuimos asimismo hechos herencia *de
Dios,* habiendo sido predestinados según el propó-
sito de aquel que hace todas las cosas conforme al
12 consejo de su voluntad; a fin de que fuésemos para

---

[1] V. 1. Var. om.: *en Éfeso.*
[2] V. 9. Var.: *en sí mismo.*

alabanza de su gloria, los que ya antes habíamos es-
13 perado en Cristo; en quien también vosotros, des-
pués de haber oído la palabra de la verdad, el evan-
gelio de vuestra salvación, y de haber creído en
Cristo, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la
14 promesa, el cual es las arras de nuestra herencia
para el completo rescate de la posesión adquirida,
para alabanza de su gloria.
15 Por lo cual yo también, habiendo oído de la fe
que tenéis en el Señor Jesús, y de vuestro amor
16 para con todos los santos, no ceso de dar gracias
por causa de vosotros, mencionándoos en mis ora-
17 ciones; a fin de que el Dios de nuestro Señor Je-
sucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sa-
biduría y revelación mediante un pleno conocimiento
18 de él, iluminando los ojos de vuestro corazón, para
que sepáis cuál sea la esperanza de su vocación, y
cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los
19 santos; y cuál la supereminente grandeza de su po-
der para con nosotros los creyentes, según la efica-
20 cia de la potencia de su fuerza, que obró en Cristo,
levantándole de entre los muertos y sentándole a su
21 diestra en las *regiones* celestiales, sobre todo do-
minio, y autoridad, y poder, y soberanía, y todo
nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino
22 también en el venidero. Y sujetó todas las cosas
debajo de sus pies, y lo dió por cabeza suprema a la
23 Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel
que llena el universo entero.
2, 1 Y a vosotros *os dió vida,* cuando estabais
2 muertos en vuestros delitos y pecados; en los cua-
les anduvisteis en otro tiempo siguiendo la corrien-
te de este mundo, conforme al príncipe de la potes-
tad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos
3 de desobediencia; entre los cuales también todos
nosotros vivíamos en otro tiempo en las codicias de
nuestra carne, cumpliendo la voluntad de la carne y
de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos
4 de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que

es rico en misericordia, por el gran amor con que
5 nos amó, aun estando nosotros muertos en peca-
dos nos dió vida juntamente con Cristo (por gracia
6 sois salvos), con él nos resucitó, y con él nos hizo
sentar en las *regiones* celestiales en Cristo Jesús;
7 para mostrar en los siglos venideros las incompara-
bles riquezas de su gracia en *su* bondad hacia nos-
8 otros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois sal-
vos por la fe, y esto no de vosotros, sino que es don
9 de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.
10 Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús
para obras buenas, las cuales Dios preparó de ante-
mano para que anduviésemos en ellas.
11 Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vos-
otros, los gentiles en cuanto a la carne, llamados «in-
circuncisión» por los que se llaman «circuncisión»,
12 la hecha con mano en la carne; que en aquel tiempo
estabais sin Cristo, ajenos a la república de Israel y
extraños a los pactos de la promesa, sin esperanza
13 y sin Dios en el mundo. Mas ahora, en Cristo Je-
sús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, ha-
14 béis sido acercados por la sangre de Cristo. Pues
él es nuestra paz, que hizo de ambos *pueblos* uno
solo, derribando la pared intermedia de separación,
15 la enemistad, aboliendo en su carne la ley de los
preceptos *consistentes* en ordenanzas, para crear
en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, hacien-
16 do la paz; y para reconciliar con Dios, mediante la
cruz, a ambos en un solo cuerpo, matando en ella
17 la enemistad. Y vino, y anunció buenas nuevas de
paz a vosotros que estabais lejos, y a los que esta-
18 ban cerca; que por él los unos y los otros tenemos
19 entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que,
ya no sois extranjeros ni advenedizos; sino que sois
conciudadanos de los santos y miembros de la fami-
20 lia de Dios, edificados sobre el fundamento de los
apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cris-
21 to Jesús mismo; en quien todo el edificio, bien
trabado en su conjunto, va creciendo para ser tem-

22 plo santo en el Señor; en quien vosotros también
sois juntamente edificados para morada de Dios en
el Espíritu.
3, 1 Por esta causa yo, Pablo, prisionero de Cristo
2 Jesús por amor de vosotros los gentiles, si es que
habéis oído de la dispensación de la gracia de Dios,
3 que me fué dada a vuestro favor, *a saber:* que
por revelación me fué declarado el misterio, como
4 antes lo escribí en pocas palabras, leyendo lo cual
podéis entender cuál es mi saber en el misterio de
5 Cristo; el cual en otras edades no fué dado a co-
nocer a los hijos de los hombres, como ahora ha sido
revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Es-
6 píritu: Que los gentiles *y los judíos* son cohere-
deros, miembros de un mismo cuerpo, y copartícipes
de la promesa *dada* en Cristo Jesús por el evange-
7 lio, del cual yo fuí hecho ministro conforme al don
de la gracia de Dios que me ha sido dada, según la
8 operación de su potencia. A mí, que soy menor que
el último de todos los santos, me fué dada esta gra-
cia de anunciar a los gentiles el evangelio de las in-
9 escrutables riquezas de Cristo, y sacar a luz cuál
sea la dispensación del misterio escondido desde los
10 siglos en Dios que creó todas las cosas; a fin de
que ahora, por la Iglesia, sea dada a conocer a los
dominios y potestades en las *regiones* celestiales la
11 multiforme sabiduría de Dios, según el propósito
eterno que formó en Cristo Jesús Señor nuestro;
12 en quien tenemos libertad y acceso con confianza *a*
13 *Dios* por la fe en él. Por lo cual os pido que no
desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros,
las cuales son vuestra gloria.
14 Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre
15 del cual toma nombre toda parentela[1] en cielos y tie-
16 rra, a fin de que os conceda, según las riquezas de
su gloria, el ser corroborados con poder en el hom-
17 bre interior por su Espíritu, para que Cristo, por

[1] V. 15. o, *la parentela;* o, *toda paternidad.*

la fe, habite en vuestros corazones; a fin de que,
estando vosotros arraigados y cimentados en amor,
18 se os haga capaces de comprender, con todos los
santos, cuál sea la anchura, y la longitud, y la altu-
19 ra, y la profundidad, y de conocer el amor de
Cristo que sobrepuja a todo conocimiento; para que
seáis llenos de toda la plenitud de Dios.
20 A aquel, pues, que es poderoso para hacer muchí-
simo más de lo que pedimos o pensamos, según el
21 poder que obra en nosotros, a él sea la gloria en
la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las edades del
siglo de los siglos. Amén.

4, 1 Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que an-
déis como es digno de la vocación con que fuisteis
2 llamados; con toda humildad y mansedumbre, con
paciencia, soportándoos los unos a los otros en amor,
3 solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el
4 vínculo de la paz. *Hay* un cuerpo y un Espíritu;
como también fuisteis llamados en una sola esperanza
5 de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautis-
6 mo; un Dios y Padre de todos, que *es* sobre todos,
y *obra* por medio de todos, y *está* en todos.
7 Mas a cada uno de nosotros fué dada la gracia
8 según la medida del don de Cristo. Por lo cual
dice *la Escritura:*

«Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad;
dió dones a los hombres.»[1]

9 (Esto de que «subió», ¿qué significa, sino que tam-
bién descendió a las regiones más bajas de la tierra?
10 El que descendió, es el mismo que también subió
más arriba de todos los cielos para llenarlo todo.)
11 Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros,
profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y
12 maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la
obra del ministerio, para la edificación del cuerpo
13 de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad

---

[1] V. 8. Sal. 68: 18.

de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios,
al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la
14 plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños
fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de
doctrina, por la estratagema de los hombres, por su
15 astucia en las artimañas del error; antes, siguiendo
la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que
16 es la cabeza, es decir, Cristo; por quien todo el
cuerpo, concertado y unido por todos los ligamentos
del organismo, según la correspondiente acción de
cada una de sus partes, produce el crecimiento del
cuerpo para edificación de sí mismo en amor.
17 Esto, pues, digo y amonesto en el Señor: que no
andéis más como los gentiles, que andan en la va-
18 nidad de su mente, teniendo ofuscado su entendi-
miento, extraños a la vida de Dios por la ignorancia
que hay en ellos, por la dureza de sus corazones;
19 los cuales, perdido ya todo sentimiento de vergüen-
za, se entregaron al libertinaje para cometer con
20 avidez toda suerte de impureza. Pero vosotros no
21 habéis aprendido así a Cristo; si es que le oísteis
y en él fuisteis adoctrinados, según es la verdad en
22 Jesús, a que, en cuanto a vuestro modo anterior de
vivir, os despojéis del viejo hombre, que se va co-
rrompiendo bajo las concupiscencias engañadoras,
23 24 y os renovéis en el espíritu de vuestra mente, y os
revistáis del hombre nuevo, creado según Dios en
justicia y santidad de verdad.
25 Por lo cual, desechando la mentira, hablad ver-
dad cada uno con su prójimo, pues somos miembros
26 los unos de los otros. «Airaos, y no pequéis;»[1] no
27 se ponga el sol sobre vuestro enojo; ni deis lu-
28 gar al diablo. El que hurtaba, no hurte más; antes
bien, trabaje, obrando con sus propias manos lo que
es bueno, para que tenga algo que compartir con el
29 necesitado. Ninguna palabra torpe salga de vues-
tra boca; sino la que sea buena para la edificación

---

[1] V. 26. Sal. 4: 4.

30 requerida, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no
contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual
31 fuisteis sellados para el día de la redención. Toda
amargura, y enojo, e ira, y gritería, y maledicencia
32 quítense de vosotros, y también toda malicia. An-
tes bien, sed los unos con los otros, benignos, com-
pasivos, perdonándoos mutuamente, como también
Dios os perdonó a vosotros en Cristo.
5, 1 Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos ama-
2 dos; y andad en amor, como también Cristo os
amó, y se dió a sí mismo por nosotros en ofrenda y
3 sacrificio a Dios como olor suave. Pero fornicación,
y toda impureza o avaricia, ni aun se nombren entre
4 vosotros, como conviene a santos; ni palabras des-
honestas, ni necedades, ni truhanerías, cosas que no
5 convienen; sino más bien acciones de gracias. Por-
que tened esto bien entendido: que ningún fornicario,
ni inmundo, ni avaro (que es *lo mismo que* idólatra),
6 tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Na-
die os engañe con palabras vanas; pues a causa de
estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de
7 desobediencia. Por tanto, no seáis partícipes con
8 ellos; porque en otro tiempo erais tinieblas, mas
ahora sois luz en el Señor. Andad como hijos de luz
9 (pues el fruto de la luz *hállase* en toda bondad, y
10 justicia, y verdad), aprendiendo por experiencia lo
11 que es agradable al Señor; y no participéis en las
obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, re-
12 prendedlas; porque las cosas que ellos hacen en se-
13 creto, aun mencionarlas sería vergonzoso. Mas to-
das las cosas, cuando son reprendidas por la luz,
quedan manifiestas; pues todo lo que brilla de suyo
14 es luz. Por lo cual dice:

«Despiértate tú que duermes,
y levántate de entre los muertos;
y te alumbrará Cristo.»[1]

15 Mirad, pues, con diligencia, cómo andéis, no como

---

[1] V. 14. Is. 26: 19; 60: 1.

16 necios, sino como sabios, redimiendo el tiempo,
17 porque los días son malos. Por tanto, no seáis ne-
cios, sino entended cuál sea la voluntad del Señor.
18 Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay diso-
19 lución; antes bien, llenaos del Espíritu, hablándoos
unos a otros con salmos, e himnos, y cánticos espi-
rituales, cantando y alabando al Señor con vuestro
20 corazón; dando gracias siempre por todas las co-
sas al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor
21 Jesucristo; sujetándoos los unos a los otros en el
temor de Cristo.
22 Las casadas *estén sujetas* a sus propios maridos,
23 como al Señor; porque el marido es cabeza de la
mujer, como también Cristo es cabeza de la Iglesia,
24 el Salvador de *ella, que es* su cuerpo. Mas como
la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las casa-
25 das *lo estén* a sus maridos, en todo. Maridos, amad
a vuestras mujeres, como también Cristo amó a la
26 Iglesia y se dió a sí mismo por ella; para santifi-
carla, habiéndola purificado en el lavacro del agua,
27 por la palabra; para presentársela a sí mismo como
Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha, ni arruga,
ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mácu-
28 la. De igual manera deben los maridos amar a sus
mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a
29 su mujer, a sí mismo se ama; porque nadie aborre-
ció jamás a su propia carne; sino que la nutre y re-
30 gala, como también Cristo a la Iglesia; puesto que
somos miembros de su cuerpo.

31 «Por esta razón el hombre dejará a su padre y
a su madre y se unirá a su mujer; y los dos
serán una sola carne.»[1]

32 Grande es este misterio: mas yo hablo respecto
33 de Cristo y de la Iglesia. Sin embargo, vosotros
también, cada uno en particular, ame a su propia
mujer como a sí mismo; y la mujer reverencie a su
marido.

---

[1] V. 31. Gén. 2: 24.

6, 1 Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres;
porque esto es justo.
2 «Honra a tu padre y a tu madre (que es el pri-
3 mer mandamiento con promesa), para que te
vaya bien, y seas de larga vida sobre la
tierra.»[1]
4 Y vosotros, padres, no exasperéis a vuestros hijos;
sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.
5 Siervos, obedeced a vuestros amos según la car-
ne, con temor y temblor, con sencillez de vuestro
6 corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como
para agradar a los hombres, sino como siervos de
Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios;
7 sirviendo de buen grado, como al Señor y no a los
8 hombres; sabiendo que cualquier bien que cada uno
hiciere, ése volverá a recibir del Señor, sea siervo
9 o sea libre. Y vosotros, amos, proceded de igual
manera con ellos, dejando las amenazas, sabiendo
que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y
que para él no hay acepción de personas.
10 Finalmente, fortaleceos en el Señor y en la poten-
11 cia de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de
Dios, para que podáis estar firmes contra las ase-
12 chanzas del diablo. Porque no tenemos lucha con-
tra sangre y carne, sino contra dominios, contra au-
toridades, contra gobernadores mundanales de estas
tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las
13 regiones celestes. Por tanto, echad mano de toda
la armadura de Dios, para que podáis resistir en el
día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes.
14 Estad pues firmes, ceñidos vuestros lomos de ver-
15 dad, y vestidos de la coraza de la justicia, y calza-
dos vuestros pies con el apresto del evangelio de la
16 paz; tomando, además de todo esto, el escudo de
la fe, con que podréis apagar todos los dardos en-
17 cendidos del maligno. Tomad, también, el yelmo
de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la

[1] Vs. 2 y 3. Ex. 20: 12; Deut. 5: 16.

18 palabra de Dios; orando en todo tiempo en el Es-
píritu, con toda invocación y súplica, y velando para
ello con toda perseverancia e intercesión por todos
19 los santos; y por mí, para que siempre que hable
me sea dado un mensaje, a fin de que con libertad
20 haga conocer el misterio del evangelio, por el cual
soy embajador en cadenas, para que en *la predi-
cación* del mismo, hable valientemente, como debo
hablar.
21 Mas, para que vosotros también sepáis mis nego-
cios, y lo que hago, todo os lo comunicará Tíquico,
22 el hermano amado, y fiel ministro en el Señor, al
cual os lo envío para esto mismo, para que sepáis
lo tocante a nosotros, y que consuele vuestros cora-
zones.
23 Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios
Padre y del Señor Jesucristo.
24 La gracia sea con todos los que aman en sinceri-
dad a nuestro Señor Jesucristo.

LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A LOS

FILIPENSES

1, 1 Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús:
A todos los santos en Cristo Jesús que están en
2 Filipos, con los obispos y diáconos: Gracia y paz
a vosotros, de Dios nuestro Padre, y del Señor Je-
sucristo.
3 Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo
4 de vosotros, siempre, en toda súplica mía a favor
5 de vosotros todos, orando con gozo, por causa de
vuestra cooperación en el evangelio desde el primer
6 día hasta hoy, estando persuadido de esto mismo:
que el que comenzó en vosotros una buena obra,
la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús;
7 como es justo para mí pensar esto de todos vosotros,
puesto que os tengo en mi corazón, y tanto en mis
prisiones como en la defensa y confirmación del
evangelio, todos vosotros sois conmigo participantes
8 de la gracia. Pues Dios es mi testigo de cuán en-
9 trañablemente os amo a todos en Cristo Jesús. Y
esto pido en oración: Que vuestro amor abunde aún
10 más y más en ciencia y en todo discernimiento, para
que aprobéis lo mejor,[1] a fin de que seáis sinceros e
11 irreprensibles para el día de Cristo, llenos de fru-
tos de justicia, que son por medio de Jesucristo para
gloria y loor de Dios.
12 Y deseo que sepáis, hermanos, que lo que me ha
sucedido ha resultado más bien en el adelanto del
13 evangelio, de modo que se ha hecho manifiesto en
todo el Pretorio, y a todos los demás, que mis pri-
14 siones *son* por causa de Cristo; y la mayor parte

---

[1] V. 10. Gr. *las cosas que difieren entre sí.*

de los hermanos, cobrando confianza en el Señor con
motivo de mis prisiones, tienen mayor denuedo para
15 anunciar sin temor la palabra de Dios. Algunos, es
cierto, predican a Cristo por envidia y contención,
16 mas otros, de buena voluntad. Estos lo hacen por
amor, sabiendo que yo estoy puesto para la defensa
17 del evangelio; mientras aquéllos proclaman a Cris-
to por rivalidad, no sinceramente, pensando causar-
18 me tribulación en mis prisiones. ¿Qué pues *diré?*
Que no obstante, de un modo o de otro, sea por pre-
texto o por verdad, Cristo es proclamado, y en ello
19 me gozo y me gozaré; porque sé que esto redun-
dará en mi bien,[1] mediante vuestra súplica y la su-
20 ministración del Espíritu de Jesucristo, según mi
constante expectación y esperanza de que en nada
seré avergonzado, sino que con toda libertad, como
siempre, ahora también, será ensalzado Cristo en
21 mi cuerpo, sea por vida, sea por muerte; porque
para mí, el vivir es Cristo, y el morir, ganancia.
22 Mas si el vivir en la carne me *ha de reportar* fruto
23 de mi obra, no sé entonces qué escoger; porque
de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo
deseo de ser desatado *de la carne,* y estar con
24 Cristo, lo cual es muchísimo mejor; mas el quedar-
me en la carne es más necesario por causa de vos-
25 otros. Y confiado en esto, sé que quedaré y per-
maneceré con todos vosotros para vuestro progreso
26 y gozo en la fe; para que tengáis motivo de gloria-
ros abundantemente en Cristo Jesús por mí, a causa
de mi presencia otra vez entre vosotros.
27 Solamente *os digo* que os conduzcáis como es
digno del evangelio de Cristo, para que, sea que
vaya y os vea, o que esté ausente, oiga de vosotros
que os mantenéis firmes en un mismo espíritu, lu-
28 chando unánimes por la fe del evangelio; sin aco-
bardaros en nada de los que se oponen, lo cual es
presagio de perdición para ellos, mas para vosotros,

[1] V. 19. Gr. *salvación.*

29 de salvación, y esto de Dios; porque a vosotros
os es dado por amor de Cristo, no sólo el creer en
30 él, sino también el padecer por él, teniendo el mis-
mo conflicto que visteis en mí, y que al presente oís
que hay en mí.
2, 1 Por tanto, si hay *para vosotros* algún estímulo
en Cristo, si algún consuelo en el amor, si alguna
participación del Espíritu, si alguna ternura y com-
2 pasión, colmad mi gozo, siendo de un mismo pa-
recer, teniendo el mismo amor, *estando* acordes,
3 teniendo un solo sentir. No *hagáis* nada por riva-
lidad ni vanagloria; antes bien, con humildad, tened
4 a los demás como superiores a vosotros mismos; no
mirando cada uno *solamente* a lo suyo, sino también
5 a lo de los otros. Haya en vosotros este sentir que
6 hubo también en Cristo Jesús: que siendo en for-
ma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa
7 que debía retener; antes bien, se despojó a sí mis-
mo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante
a los hombres. Y hallado en la condición de hombre,
8 se humilló a sí mismo, siendo obediente hasta la
9 muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios tam-
bién le ensalzó hasta lo sumo, y dióle el nombre que
10 es sobre todo nombre, para que en el nombre de
Jesús se doble toda rodilla de los que están en los
11 cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda
lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la glo-
ria de Dios Padre.
12 De manera que, amados míos, como siempre obe-
decisteis, no sólo en mi presencia, sino ahora mucho
más en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación
13 con temor y temblor; pues Dios es el que obra en
vosotros así el querer como el hacer por su buena
14 voluntad. Haced todas las cosas sin murmuraciones
15 ni disputas; a fin de que seáis irreprensibles y sen-
cillos, hijos de Dios sin mácula en medio de una ge-
neración torcida y perversa, entre los cuales resplan-
16 decéis como luminares en el mundo, alzando *a su
vista* la palabra de vida; *lo cual será* para gloria

mía en el día de Cristo, de que no corrí en vano, ni
17 en vano trabajé. Es más, aunque yo sea derramado
en libación sobre el sacrificio y oblación de vuestra
fe, *de ello* me gozo y me regocijo con todos vos-
18 otros; de igual modo, gozaos también vosotros y
regocijaos conmigo.
19 Mas espero en el Señor Jesús enviaros en breve
a Timoteo, para que yo también esté de buen áni-
20 mo al tener noticias vuestras; pues no tengo a na-
die de la misma disposición, que sinceramente se in-
21 terese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo
22 propio, no lo que es de Cristo Jesús. Mas sabéis
la prueba que de sí *ha dado:* que cual hijo con su
23 padre, ha servido conmigo en el evangelio. Así
que, espero enviaros a éste, luego que sepa cómo
24 van mis asuntos. Pero confío en el Señor que yo
25 mismo iré pronto *a vosotros*. Mas estimo necesa-
rio enviaros a Epafrodito, mi hermano, y colabora-
dor, y compañero de milicia, como también vuestro
mensajero, y el que me ha asistido en mi necesidad;
26 por cuanto ha estado ansioso por todos vosotros, y
se ha afligido porque oísteis que él estuvo enfermo.
27 Y efectivamente estuvo enfermo, a la muerte; pero
Dios tuvo de él misericordia, y no de él solamente,
sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza
28 sobre tristeza. Le envío, por tanto, con más pre-
mura, a fin de que, al verle, volváis a estar gozo-
29 sos, y yo esté menos triste. Recibidle, pues, en el
Señor con toda alegría; y tened en estima a los que
30 son como él; puesto que por la obra de Cristo es-
tuvo cercano a la muerte, arriesgando su vida para
suplir lo que faltaba en vuestro servicio por mí.
3, 1 Por lo demás, hermanos míos, gozaos en el Se-
ñor. El escribiros las mismas cosas no es molesto
para mí, y para vosotros es seguro.
2 Guardaos de los perros; guardaos de los malos
3 obreros; guardaos de la falsa circuncisión.[1] Porque

[1] V. 2. Gr. *la mutilación.*

nosotros somos la circuncisión, los que tributamos
culto por el Espíritu de Dios, y nos gloriamos en
4 Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne; si
bien, yo tengo motivos de confianza aun en la carne.
Si algún otro cree tener confianza en la carne,
5 yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de
Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos;
6 en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor
de la Iglesia; en cuanto a la justicia que es
7 en la ley, irreprensible. Pero todas las cosas que
para mí eran ganancia, las he estimado como pérdida
8 por amor de Cristo; y más todavía, pues todas
las cosas las considero como pérdida a causa de
la suprema excelencia del conocimiento de Cristo
Jesús, mi Señor, por cuyo amor lo he perdido todo,
9 y téngolo por basura, a fin de ganar a Cristo, y
ser hallado en él, no teniendo una justicia mía, que
es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la
10 justicia que es de Dios por la fe; para conocerle a
él, y el poder de su resurrección, y la participación
de sus padecimientos, asemejándome a *él en* su muerte,
11 por si quizás alcanzase a la resurrección de entre
12 los muertos. No es que *lo* haya conseguido ya,
ni que yo esté ya perfeccionado; mas prosigo, por
si puedo también asir aquello para lo cual fuí asido
13 por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no me precio
de haberlo alcanzado ya; mas una cosa *hago:*
olvidándome de lo que queda atrás, y extendiéndome
14 a lo que está delante, prosigo hacia la meta
hasta *alcanzar* el premio de la vocación celestial de
15 Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos
perfectos, seamos de este sentir; y si en algo pensáis
de distinto modo, esto también os lo revelará
16 Dios. Sin embargo, hasta donde hayamos llegado,
andemos según la misma *regla.*

17 Hermanos, sed todos imitadores de mí, y fijaos
en los que andan conforme al ejemplo que tenéis en
18 nosotros; pues muchos andan, de los cuales os decía
con frecuencia, y os digo ahora, hasta con lágri-

19 mas, que son enemigos de la cruz de Cristo; cuyo
fin es la perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya
gloria es su vergüenza; que piensan *sólo* en lo te-
20 rreno. Mas nuestra ciudadanía está en el cielo, de
donde también aguardamos a un Salvador, al Señor
21 Jesucristo, el cual transformará nuestro cuerpo de
humillación, *para ser* semejante al cuerpo de su glo-
ria, por el poder con que él puede también sujetar a
sí mismo todas las cosas.

4, 1 De manera que, hermanos míos amados y de-
seados, gozo y corona mía, estad así firmes en el
Señor, carísimos.

2 Ruego a Euodía, y también a Síntique, que sean
3 de un mismo sentir en el Señor. También te ruego
a ti, mi fiel colega, que las ayudes, pues ellas lucha-
ron juntamente conmigo en el evangelio, lo mismo
que Clemente y demás colaboradores míos, cuyos
nombres están en el Libro de la Vida.

4 Gozaos en el Señor en todo tiempo; otra vez lo
5 diré: Gozaos. Sea conocida de todos vuestra ama-
6 bilidad. El Señor está cerca. Por nada estéis afa-
nosos, sino que sean notorias vuestras peticiones
delante de Dios en toda oración y ruego, con ac-
7 ción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepuja
todo entendimiento, guardará vuestros corazones y
vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

8 Finalmente, hermanos, todo lo verdadero, todo lo
noble, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable,
todo lo de buen nombre, si hay virtud alguna, si al-
9 guna alabanza, en estas cosas pensad. Y lo que de
mí aprendisteis, y recibisteis, y oísteis, y visteis en
mí, éso practicad; y el Dios de paz será con vosotros.

10 En gran manera me alegro en el Señor de que
ya al fin habéis hecho revivir vuestro interés por
mí, de lo cual erais solícitos, pero os faltaba ocasión.
11 No es que me refiera a *mi* escasez; pues yo he apren-
dido a estar contento, cualesquiera que sean mis cir-
12 cunstancias. Sé vivir en pobreza, y sé vivir en
abundancia; en todo y por todo estoy habituado, así

a tener hartura como a pasar hambre, así a tener
13 abundancia como a padecer necesidad. Todo lo pue-
14 do en aquel que me fortalece. Sin embargo, hicis-
15 teis bien en tomar parte en mi tribulación. Y tam-
bién sabéis vosotros, oh filipenses, que en la primera
predicación del evangelio, cuando salí de Macedonia,
ninguna iglesia se asoció conmigo en sentido de dar
16 y recibir, sino sólo vosotros; porque aun *estando*
yo en Tesalónica enviasteis para mi necesidad una
17 y otra vez. No es que busque dádivas; antes bien,
busco aquel fruto que abunde en vuestra cuenta.
18 Mas ya lo tengo todo, y estoy en abundancia; estoy
lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo de vos-
otros: olor de suavidad, sacrificio acepto, agradable
19 a Dios. Y mi Dios suplirá todas vuestras necesida-
des conforme a sus riquezas en gloria, en Cristo Je-
20 sús. A nuestro Dios y Padre, sea la gloria por los
siglos de los siglos. Amén.
21 Saludad a cada uno de los santos en Cristo Jesús.
22 Os saludan los hermanos que están conmigo. Os sa-
ludan todos los santos, y especialmente los de la casa
de César.
23 La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro
espíritu.

LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A LOS

COLOSENSES

1, 1 Pablo, Apóstol de Cristo Jesús por la voluntad
de Dios, y Timoteo nuestro hermano:
2 A los santos y hermanos fieles en Cristo que es-
tán en Colosas: Gracia y paz a vosotros, de Dios
nuestro Padre.
3 Damos gracias a Dios, el Padre de nuestro Señor
4 Jesucristo, y oramos siempre por vosotros, habien-
do oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor
5 que tenéis a todos los santos, a causa de la espe-
ranza que os está guardada en los cielos; de la cual
ya oísteis en el mensaje de la verdad del evangelio,
6 que ha llegado a vosotros; como también en todo el
mundo está fructificando y creciendo, al igual que
entre vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis
7 la gracia de Dios en verdad; como aprendisteis de
Epafras, nuestro amado consiervo, que es fiel minis-
8 tro de Cristo para vosotros,[1] quien asimismo nos
declaró vuestro amor en el Espíritu.
9 Por lo cual nosotros también, desde el día que *lo*
oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir
que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en
10 toda sabiduría y espiritual inteligencia; para que
andéis como es digno del Señor, agradándole en to-
do, fructificando en toda buena obra y creciendo en
11 el conocimiento de Dios; corroborados en toda for-
taleza, según la potencia de su gloria, para toda pa-
12 ciencia y largura de ánimo; dando gracias con gozo
al Padre que os hizo aptos para participar de la he-

---

[1] V. 7. Var.: *nosotros.*

13 rencia de los santos en luz; el cual también nos li-
bró de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al
14 reino del Hijo de su amor; en quien tenemos nues-
15 tra redención, la remisión de los pecados; el cual
es la imagen del Dios invisible, el primogénito de
16 toda la creación. Porque en él fué creado todo lo
que hay en los cielos y sobre la tierra, lo visible y
lo invisible; sean tronos, o soberanías, o dominios,
o potestades, todo ha sido creado por él y para él.
17 Y él es antes de todas las cosas, y todas en él sub-
18 sisten. Y él es la cabeza del cuerpo, *que es* la Igle-
sia, el que es el Principio, el Primogénito de entre
los muertos, para que en todo tenga el primado;
19 porque plugo *a Dios* que en él habitase toda pleni-
20 tud, y por él reconciliar todas las cosas consigo,
haciendo la paz por la sangre de su cruz; por él, *di-
go,* sea lo que está sobre la tierra sea lo que está
en los cielos.

21 Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y
22 de ánimo hostil en vuestras malas obras, ahora,
empero, os ha reconciliado *con Dios* en el cuerpo
de su carne, por medio de la muerte, para presen-
taros delante de él, santos, y sin mácula, e irrepren-
23 sibles; si es que permanecéis en vuestra fe, bien
cimentados y firmes, y sin dejaros mover de la espe-
ranza del evangelio que oísteis, el cual ha sido pre-
dicado en toda la creación que está debajo del cielo,
y del cual yo, Pablo, fuí hecho ministro.

24 Gózome ahora en mis padecimientos por vosotros,
y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones
de Cristo a favor de su cuerpo, que es la Iglesia,
25 de la cual yo fuí hecho ministro según la dispensa-
ción de Dios que me fué dada en beneficio vuestro,
26 para anunciar en su plenitud el mensaje de Dios, el
misterio que ha estado oculto desde los siglos y eda-
des, pero que ahora ha sido manifestado a sus san-
27 tos, a quienes plugo a Dios dar a conocer cuáles
son las riquezas de la gloria de este misterio entre
los gentiles: que es Cristo en vosotros la esperanza

28 de gloria; el cual nosotros predicamos, amonestan-
do a todo hombre, y enseñándole en toda sabiduría,
a fin de presentar a todo hombre perfecto en Cristo,
29 para lo cual yo también trabajo, luchando conforme
a la operación de él, la cual obra en mí poderosa-
mente.
2, 1 Quiero, pues, que sepáis cuán grande lucha
tengo a causa de vosotros, y de los que están en
Laodicea, y de cuantos no han visto mi rostro en la
2 carne; para que sean confortados sus corazones,
unidos estrechamente en amor, hasta alcanzar todas
las riquezas de la plenitud del entendimiento, para
3 conocer el misterio de Dios, *que es* Cristo; en
quien están escondidos todos los tesoros de la sabi-
4 duría y de la ciencia. Esto lo digo a fin de que na-
5 die os engañe con palabras especiosas. Porque si
bien estoy ausente en la carne, estoy, sin embargo,
presente con vosotros en espíritu, gozándome y ob-
servando vuestro buen orden, y la firmeza de vues-
tra fe en Cristo.
6 Por tanto, de la manera que habéis recibido a
7 Cristo Jesús el Señor, andad en él; arraigados y
sobreedificados en él y confirmados en la fe, como
fuisteis enseñados, abundando en acciones de gra-
cias.
8 Mirad que nadie os prenda por medio de su filo-
sofía y fútiles engaños, según la tradición de los
hombres y los rudimentos del mundo, y no según
9 Cristo; porque en él habita toda la plenitud de la
10 deidad corporalmente; y en él estáis completos, el
11 cual es la cabeza sobre todo dominio y potestad; en
el cual también fuisteis circuncidados, no con circun-
cisión hecha de mano, en el despojamiento del cuer-
po carnal, sino con la circuncisión que es de Cristo;
12 sepultados con él en el bautismo, en el cual también
fuisteis resucitados mediante la fe en la operación de
13 Dios, que levantó a Cristo de entre los muertos. Y
a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos
y en la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó

juntamente con Cristo, perdonándonos todos nues-
14 tros pecados; habiendo cancelado la cédula que
con sus ordenanzas *regía* sobre nosotros, que nos
era adversa, y quitádola de en medio, clavándola en
15 la cruz; y habiendo sacudido de sí los dominios y
las potestades, los exhibió públicamente, triunfando
de ellos por la cruz.[1]
16 Nadie, pues, os juzgue en comida o en bebida,
o en cuanto a día de fiesta, o luna nueva, o sábado,
17 cosas que son sombra de las venideras, mas el cuer-
18 po es de Cristo. Nadie os prive de vuestro pre-
mio, afectando humildad y culto a los ángeles, apo-
yándose en visiones, hinchado vanamente por su pro-
19 pia mente carnal, y no reteniendo la Cabeza, por
quien todo el cuerpo, nutriéndose y enlazándose por
los ligamentos y tendones, crece con crecimiento de
Dios.
20 Si con Cristo moristeis para los rudimentos del
mundo, ¿por qué, cual si vivieseis en el mundo, os
21 sometéis a ordenanzas *como estas:* No tomes, no
22 gustes, no toques, *(tratándose de cosas* que es-
tán todas destinadas a perecer por el uso), conforme
23 a mandamientos y enseñanzas de los hombres? Ta-
les cosas, a la verdad, tienen reputación de sabiduría
en culto voluntario, y en humildad *aparente,* y en
trato severo del cuerpo; *pero* no son de valor algu-
no para combatir la satisfacción de los deseos de la
carne.
3, 1 Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad
las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la
2 diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de
3 arriba, no en las de la tierra. Porque *ya* moristeis,
y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.
4 Cuando Cristo, nuestra vida, se manifestare, enton-
ces vosotros también seréis manifestados con él en
5 gloria. Haced morir, pues, vuestros miembros que
están sobre la tierra: fornicación, impureza, lascivia,

---

[1] V. 15. o, *por Cristo.*

6 malos deseos, y avaricia, la cual es idolatría; por
7 motivo de estas cosas viene la ira de Dios; en las
cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo,
8 cuando vivíais en ellas. Mas ahora, desechad también todas estas: ira, enojo, malicia, maledicencia, pa-
9 labras torpes de vuestra boca. No mintáis los unos
a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre
10 con sus acciones, y vestídoos del nuevo que se va
renovando hasta el pleno conocimiento, conforme a
11 la imagen de aquel que lo creó; en quien no hay
griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro o escita, esclavo, ni libre; sino que Cristo es el
12 todo y en todos. Vestíos, pues, como escogidos de
Dios, santos y amados, de tierna compasión, de benignidad, humildad, mansedumbre, longanimidad,
13 soportándoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente si alguno tuviere queja del otro; de la manera
que el Señor os perdonó a vosotros, así también *ha-*
14 *cedlo* por vuestra parte. Y sobre todas estas cosas,
vestíos de amor, que es el vínculo de la perfección.
15 Y la paz de Cristo gobierne en vuestros corazones,
a la cual también fuisteis llamados en un solo cuer-
16 po; y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite
ricamente en vosotros; enseñaos y amonestaos unos
a otros en toda sabiduría, con gracia cantando a Dios
en vuestros corazones, con salmos, e himnos, y cán-
17 ticos espirituales. Y cualquier cosa que hiciereis,
ya de palabra ya de obra, *hacedlo* todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por
medio de él.
18 Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como
19 conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras
20 mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todas las cosas, pues esto
21 es lo grato en el Señor. Padres, no exasperéis a
22 vuestros hijos, porque no se desalienten. Siervos,
obedeced en todo a vuestros amos según la carne, no
sirviendo al ojo, como quienes procuran agradar a los
hombres, sino con sencillez de corazón, temiendo al

23 Señor. Cualquier cosa que hagáis, hacedla de co-
razón, como para el Señor, y no para los hombres;
24 sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de
25 la herencia. A Cristo el Señor servís. Aquel,
pues, que obrare injusticia, recibirá en pago lo que
injustamente hubiese hecho; y no hay acepción de
personas.
4, 1 Amos, tratad justa y equitativamente a vues-
tros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis
Amo en el cielo.
2 Sed constantes en la oración, velando en ella
3 con acción de gracias; orando también al mismo
tiempo por nosotros, a fin de que Dios nos abra
una puerta para la predicación, a fin de anunciar el
misterio de Cristo (misterio por el cual también es-
4 toy preso), para que lo manifieste *hablando* como
5 debo hablar. Conducíos sabiamente con los de fue-
6 ra, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siem-
pre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis
cómo responder a cada uno.
7 Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tí-
quico, mi amado hermano, y fiel ayudante, y consier-
8 vo en el Señor, el cual os envío para esto mismo,
para que conozcáis nuestras circunstancias, y él con-
9 forte vuestros corazones; con Onésimo, mi fiel y
amado hermano, que es de los vuestros. Ellos os in-
formarán de todo lo que aquí pasa.
10 Aristarco, compañero mío de prisión, os saluda,
como también Marcos, primo de Bernabé, (acerca del
cual recibisteis ya instrucciones; si fuere a vosotros,
11 recibidle), y Jesús, el que se llama Justo: éstos
son de la circuncisión, los únicos que cooperan *con-
migo* en el reino de Dios, y han sido para mí un
12 consuelo. Os saluda Epafras, uno de los vuestros,
un siervo de Cristo Jesús, que siempre lucha por
vosotros en sus oraciones, a fin de que estéis firmes,
perfectos y plenamente asegurados en toda la volun-
13 tad de Dios. Pues doy testimonio de que él se
preocupa mucho por vosotros, y por los que están

14 en Laodicea, y en Hierápolis. Os saluda Lucas, el
médico amado, y Demas.
15 Saludad a los hermanos en Laodicea, y a Ninfas,
16 y a la iglesia que está en su casa. Y cuando esta
carta haya sido leída entre vosotros, haced que se
lea también en la iglesia de los laodicenses; y vos-
otros, leed la *otra mía* que *recibiréis* de Laodicea.
17 Y decid a Arquipo: Mira que cumplas el ministerio
que recibiste en el Señor.
18 Yo, Pablo, *os escribo* esta salutación de mi pro-
pia mano: Acordaos de mis cadenas. La gracia sea
con vosotros.

LA PRIMERA
EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO
A LOS
TESALONICENSES

1, 1 Pablo, y Silas,[1] y Timoteo:
A la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre,
y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz a vosotros.
2 Damos gracias a Dios siempre por todos vosotros,
3 mencionándoos en nuestras oraciones; recordando
sin cesar delante de nuestro Dios y Padre vuestra
obra de fe, el trabajo de amor y la paciencia de es-
4 peranza en nuestro Señor Jesucristo; sabiendo,
5 hermanos amados de Dios, vuestra elección, por-
que nuestro evangelio no llegó a vosotros en pala-
bras solamente, sino también en poder, y en el
Espíritu Santo, y en plena certidumbre; así como
sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor vues-
6 tro. Y vosotros llegasteis a ser imitadores nues-
tros y del Señor, acogiendo el mensaje en medio
de grande tribulación, con gozo del Espíritu San-
7 to, hasta haceros ejemplo a todos los creyentes en
8 Macedonia y en Acaya. Pues la palabra del Señor
ha repercutido desde vosotros, no sólo en Macedo-
nia y en Acaya, sino que por todas partes se ha di-
vulgado vuestra fe hacia Dios, de manera que no te-
9 nemos necesidad de decir cosa alguna; pues los
mismos *creyentes* cuentan de nosotros qué acogida
tuvimos entre vosotros, y cómo os convertisteis de
los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verda-
10 dero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual le-

[1] V. 1. o, *Silvano,* nombre romano de Silas.

vantó de entre los muertos, *es decir,* a Jesús, que
nos libra de la ira venidera.
2, 1 Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, que
2 nuestra entrada a vosotros no fué en vano; al con-
trario, habiendo antes padecido y sido ultrajados en
Filipos, como ya sabéis, cobramos valor en nuestro
Dios para anunciaros su evangelio en medio de
3 gran lucha. Nuestra exhortación, pues, no pro-
cede de error, ni de impureza, ni *es* por engaño,
4 sino que según fuimos aprobados por Dios para que
se nos confiase el evangelio, así hablamos, no como
para agradar a los hombres, sino a Dios que prueba
5 nuestros corazones. Porque nunca usamos lengua-
je lisonjero, como sabéis, ni disimulamos avaricia
6 (Dios es testigo), ni buscamos gloria de los hom-
bres, ni de vosotros ni de otros; aunque pudiéramos
haber usado de autoridad[1] como apóstoles de Cristo.
7 Al contrario, nos mostramos apacibles entre vos-
otros, como la madre que cría acaricia a sus propios
8 hijos. Así, solícitos por vosotros, nos complacía-
mos en haceros partícipes, no sólo del evangelio de
Dios, sino también de nuestras propias vidas; porque
llegasteis a sernos carísimos.
9 Pues ya os acordáis, hermanos, de nuestro tra-
bajo y fatiga; que trabajando noche y día, por no se-
ros gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos
10 el evangelio de Dios. Vosotros sois testigos, y
también Dios, de cuán santa, justa e irreprensible-
mente nos hemos portado con vosotros que creéis;
11 y asimismo sabéis que cual padre a sus hijos, así
12 a cada uno de vosotros exhortábamos, y alentá-
bamos, y amonestábamos para que anduvieseis como
es digno de Dios, que os llama a su propio reino y
gloria.
13 Por lo cual, nosotros también damos incesantemen-
te gracias a Dios de que cuando recibisteis de nos-
otros la palabra del mensaje de Dios, acogisteis, no

---

[1] V. 6. o, *de seros carga.*

palabra de hombres, sino como es en verdad, palabra
de Dios, la cual también obra en vosotros los cre-
14 yentes. Pues vosotros, hermanos, vinisteis a ser
imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que
están en Judea, porque padecisteis vosotros de vues-
tros compatriotas las mismas cosas que ellos por par-
15 te de los judíos, los cuales mataron al Señor Jesús,
y a los profetas, y nos expulsaron a nosotros, y no
agradan a Dios, y están en contra de todos los hom-
16 bres, pues nos impiden hablar a los gentiles para
que éstos se salven, colmando así continuamente la
medida de sus pecados. Mas la ira ha venido apre-
suradamente sobre ellos hasta lo último.
17 Pero nosotros, hermanos, privados de vosotros
por algún tiempo, en persona, no de corazón, tanto
más procuramos con gran deseo ver vuestro rostro.
18 Porque quisimos ir a vosotros, yo Pablo ciertamen-
te, una y dos veces; pero Satanás nos lo impidió.
19 ¿Cuál es, pues, nuestra esperanza, o gozo, o corona
de que nos gloriamos ante nuestro Señor Jesús en su
20 venida? ¿No lo sois vosotros? Sí, vosotros sois
nuestra gloria y gozo.
3, 1 Por lo cual, no pudiendo soportar más, nos pa-
2 reció bien quedarnos solos en Atenas, y enviamos
a Timoteo, nuestro hermano, y ministro de Dios en
el evangelio de Cristo, para fortaleceros y exhorta-
3 ros en cuanto a vuestra fe, a fin de que nadie se
conmueva por estas tribulaciones; porque vosotros
4 mismos sabéis que para esto estamos puestos. Pues
aun estando con vosotros os preveníamos que íba-
mos a ser atribulados, como así ha sucedido y lo sa-
5 béis. Por lo cual también yo, no pudiendo soportar
más envié para informarme de vuestra fe, no suce-
diera que el tentador os hubiese tentado y nuestra
6 labor resultase vana. Mas ahora, habiendo llegado
Timoteo de vosotros, trayéndonos buenas noticias
de vuestra fe y de vuestro amor, como también de
que conserváis siempre grata memoria de nosotros,
deseando ardientemente vernos, como igualmente

7 nosotros a vosotros, por esto, hermanos, ahora he-
mos recibido consuelo en cuanto a vosotros, median-
te vuestra fe, en medio de toda nuestra necesidad y
8 aflicción. Porque ahora vivimos, si vosotros estáis
9 firmes en el Señor. Pues, ¿qué acción de gracias
no podemos dar a Dios por vosotros a causa de todo
el gozo con que nos alegramos por vuestra causa en
10 presencia de nuestro Dios, suplicándole noche y
día, con grandísima instancia, que nos permita ver
vuestro rostro, y completar lo que falte a vuestra fe?
11 Y el mismo Dios y Padre nuestro, y Jesús nues-
12 tro Señor, enderecen nuestro camino a vosotros; y
el Señor os haga crecer y abundar en amor los unos
para con los otros, y para con todos, lo mismo que
13 nosotros para con vosotros; a fin de corroborar
vuestros corazones, *y que sean* irreprensibles en
santidad delante del Dios y Padre nuestro en la ve-
nida de Jesús nuestro Señor con todos sus santos.
4, 1 Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhorta-
mos en el Señor Jesús a que, según aprendisteis de
nosotros cómo debéis conduciros y agradar a Dios
(según, en efecto, os conducís), abundéis *en ello*
2 más y más. Pues sabéis qué instrucciones os dimos
3 por encargo del Señor Jesús. Porque esta es la vo-
luntad de Dios: vuestra santidad; que os abstengáis
4 de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa
5 adquirir su propia mujer[1] en santidad y honor, no
en pasión de concupiscencia, como los gentiles que
6 no conocen a Dios; que nadie se propase, ni de-
fraude en el asunto a su hermano; porque el Señor
es justiciero en todas estas cosas, como ya os lo he-
7 mos dicho y testificado. Pues Dios no nos llamó a
8 impureza, sino a santidad. De consiguiente, el que
desecha, no desecha al hombre, sino a Dios, que
pone su Santo Espíritu en vosotros.
9 Mas acerca del amor fraternal, no tenéis necesidad
de que os escribamos; puesto que vosotros mismos

---

[1] V. 4. Gr. *vaso.*

sois enseñados por Dios a amaros los unos a los
10 otros. Y en verdad así lo hacéis con todos los her-
manos que están por toda Macedonia. No obstante,
os exhortamos, hermanos, a que abundéis *en ello* más
11 y más, y que ambicionéis vivir una vida tranquila,
ocuparos en vuestros propios negocios, y trabajar
con vuestras manos, de la manera que os lo hemos
12 encargado; a fin de que procedáis decorosamente
con los de fuera, y no tengáis necesidad de nada.
13 Y no queremos, hermanos, que ignoréis *la ver-*
dad acerca de los que duermen; para que no os en-
tristezcáis como los otros que no tienen esperanza.
14 Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así
también *creemos* que Dios traerá con Jesús a los
15 que durmieron en[1] él. Esto, pues, os decimos por
palabra del Señor, que nosotros, los que vivimos y
quedemos para la venida del Señor, no nos adelan-
16 taremos a los que durmieron. Porque el mismo Se-
ñor descenderá del cielo con voz de mando, con pre-
gón de arcángel y con trompeta de Dios, y los muer-
17 tos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros,
los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos
arrebatados juntamente con ellos en las nubes para
salir al encuentro del Señor en el aire; y así estare-
18 mos siempre con el Señor. Así que, exhortaos unos
a otros con estas palabras.
5, 1 Mas acerca de los tiempos y sazones, no tenéis
2 necesidad, hermanos, de que se os escriba; porque
vosotros mismos sabéis perfectamente que como la-
3 drón de noche, así vendrá el día del Señor. Cuan-
do digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre
ellos repentina destrucción, como los dolores a la que
está encinta; y no escaparán.
4 Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas
5 para que aquel día os sorprenda cual ladrón. Pues
todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no
6 somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no

[1] V. 14. Gr. *por.*

durmamos como los demás; antes bien, velemos y
7 seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche
duermen; y los que se emborrachan, de noche se em-
8 borrachan. Mas nosotros, ya que somos del día,
seamos sobrios, cubriéndonos con la coraza de fe y
amor, y con el yelmo de la esperanza de salvación.
9 Porque Dios no nos ha puesto para ira, sino para al-
canzar la salvación por medio del Señor nuestro Je-
10 sucristo, que murió por nosotros a fin de que, o
que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente
11 con él. Por lo cual, exhortaos los unos a los otros,
y edificaos mutuamente, como también lo hacéis.
12 Os rogamos, hermanos, que apreciéis a los que
trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor,
13 y os amonestan; y que los estiméis grandemente
en amor, a causa de su obra. Tened paz entre vos-
otros mismos.
14 Y os exhortamos, hermanos, a que amonestéis a
los desordenados, que alentéis a los de ánimo apoca-
do, que soportéis a los flacos, y seáis longánimes
15 para con todos. Mirad que ninguno pague a nadie
mal por mal; antes bien, seguid siempre lo bueno
16 unos con otros, y con todos. Estad siempre gozo-
17 18 sos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo; pues
esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto
19 20 de vosotros. No apaguéis el Espíritu, ni menos-
21 preciéis las profecías; mas examinadlo todo, rete-
22 ned lo bueno, y absteneos de toda especie de mal.
23 Y el mismo Dios de paz os santifique completamen-
te; y todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea guar-
dado irreprensible para la venida del Señor nuestro
24 Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también
lo hará.
25 26 Hermanos, orad por nosotros. Saludad a todos
los hermanos con ósculo santo.
27 Os conjuro por el Señor que sea leída esta epís-
tola a todos los hermanos.
28 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con
vosotros.

LA SEGUNDA
EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO
A LOS
TESALONICENSES

1, 1 Pablo, y Silas,[1] y Timoteo:
A la Iglesia de los tesalonicenses en Dios nues-
2 tro Padre, y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz
a vosotros, de Dios Padre, y del Señor Jesucristo.
3 Debemos dar gracias a Dios siempre acerca de
vosotros, hermanos, como es digno; porque vuestra
fe crece en gran manera, y abunda el amor de cada
4 uno de todos vosotros para con los demás; de modo
que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en-
tre las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe
en medio de todas vuestras persecuciones y de las
5 tribulaciones que soportáis; indicio del justo juicio
de Dios, para que seáis considerados dignos del reino
6 de Dios, por el cual también padecéis; puesto que
es justo en Dios pagar con tribulación a los que os
7 atribulan, y a vosotros que sois atribulados, *da-
ros* reposo con nosotros, en la manifestación del Se-
ñor Jesús desde el cielo, con los ángeles de su po-
8 der, en llama de fuego, castigando a los que no
conocen a Dios, y a los que no obedecen al evange-
9 lio de Jesús nuestro Señor; los cuales sufrirán la
pena de eterna perdición, *expulsados* de la presen-
10 cia del Señor y de la gloria de su poder, en aquel
día en que venga para ser glorificado en sus santos,
y ser admirado en todos los que creyeron; pues el
11 testimonio que os dimos, fué creído. Y a este fin

---

[1] V. 1. Véase nota 1.ª Tes. 1: 1.

oramos continuamente por vosotros, para que nues-
tro Dios os tenga por dignos de su vocación, y con
poder colme toda disposición *vuestra* para el bien
12 y *toda* obra de fe; para que sea glorificado el
nombre de Jesús nuestro Señor en vosotros, y vos-
otros en él, según la gracia de nuestro Dios y del
Señor Jesucristo.
2, 1 Pero os rogamos, hermanos, en cuanto a la ve-
nida del Señor nuestro Jesucristo, y nuestra reunión
2 con él, que no os mováis fácilmente de vuestro
modo de pensar, que no os conturbéis ni por es-
píritu, ni por discurso, ni por carta como si fuera
nuestra, en el sentido de que el día del Señor es in-
3 minente. Nadie os engañe en manera alguna; por-
que *no vendrá* sin que antes venga la apostasía y
se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdi-
4 ción, que se opone y se levanta contra todo lo que
es llamado Dios o se adora; tanto que se sienta en
el Santuario de Dios, haciéndose pasar por Dios.
5 ¿No os acordáis que cuando yo estaba aún con vos-
6 otros os decía estas cosas? Y sabéis lo que ahora
impide que *aquél* sea manifestado ántes de su pro-
7 pio tiempo. Pues ya está obrando el misterio de la
iniquidad; sólo que hay quien al presente *le* detiene,
8 hasta que él *a su vez* sea quitado de en medio. En-
tonces será manifestado aquel hombre de pecado, a
quien el Señor Jesús matará con el aliento[1] de su bo-
9 ca, y destruirá con el esplendor de su venida; *aquel
hombre* cuyo advenimiento es por obra de Satanás,
con toda clase de falsos milagros, y señales, y pro-
10 digios, y con todo engaño de injusticia en los que
se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la
11 verdad para ser salvos. Y por esto Dios les envía
12 operación de error para que crean la mentira, a fin
de que sean juzgados todos los que no creyeron la
verdad, antes bien, se complacieron en la injusticia.
13 Mas nosotros debemos dar continuamente gracias

---

[1] V. 8. o, *espíritu*.

a Dios acerca de vosotros, hermanos amados del
Señor, porque Dios os escogió desde el principio
para salvación en santificación del Espíritu y creen-
14 cia de la verdad; para lo cual también os llamó
mediante nuestro evangelio, para que alcancéis la
gloria del Señor nuestro Jesucristo.
15 Por tanto, hermanos, estad firmes, y retened las
enseñanzas que os fueron transmitidas, ya de pala-
16 bra, ya por carta nuestra. Y el mismo Señor nues-
tro Jesucristo, y Dios nuestro Padre, el cual en su
gracia nos amó y nos dió eterna consolación y buena
17 esperanza, conforte vuestros corazones y os con-
firme en toda buena obra y palabra.
3, 1 Por último, hermanos, orad por nosotros, a fin
de que la palabra del Señor corra y sea glorificada,
2 como también entre vosotros, y que seamos libra-
dos de hombres perversos y malignos; pues la fe no
es de todos.
3 Mas fiel es el Señor, el cual os corroborará y os
4 guardará del maligno. Y respecto de vosotros, es-
tamos confiados en el Señor de que hacéis y segui-
5 réis haciendo las cosas que os ordenamos. El Se-
ñor, pues, enderece vuestros corazones en el amor
de Dios y en la paciencia de Cristo.
6 Pero os ordenamos, hermanos, en nombre del Se-
ñor Jesucristo, que os apartéis de cualquier herma-
no que ande desordenadamente y no conforme a la
7 doctrina que de nosotros recibisteis; pues vosotros
mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; por-
que no anduvimos desordenadamente entre vosotros,
8 ni comimos de balde el pan de nadie, sino a costa
de trabajo y fatiga, trabajando noche y día por no
9 ser gravosos a ninguno de vosotros. Y no por ca-
recer de derecho, sino para presentarnos a vosotros
10 como ejemplo, a fin de que nos imitaseis. Porque
aun cuando estábamos con vosotros, os ordenamos
esto: que el que no quiera trabajar, tampoco coma.
11 Pues oímos que hay entre vosotros quienes andan
desordenadamente, sin trabajar en nada, y metiéndo-

12 se en lo ajeno. A los tales, pues, ordenamos y ex-
hortamos en el Señor Jesucristo que, trabajando con
13 tranquilidad, coman su propio pan. Y vosotros,
14 hermanos, no os canséis de hacer el bien. Mas si
alguno fuere desobediente a lo que decimos en esta
carta, de ése tomad nota, y no os juntéis con él, a
15 fin de que se avergüence. Pero no le tengáis por
enemigo, antes bien amonestadle como a hermano.
16 Y el mismo Señor de paz os dé la paz continua-
mente y de todas maneras. El Señor sea con todos
vosotros.
17 Yo, Pablo, *os escribo* esta salutación de mi pro-
pia mano, que es la señal en toda carta *mía;* así es-
18 cribo: La gracia del Señor nuestro Jesucristo sea
con todos vosotros.

LA PRIMERA

EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A

TIMOTEO

1, 1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por mandato de
Dios nuestro Salvador, y de Cristo Jesús nuestra
esperanza:
2 A Timoteo, verdadero hijo en la fe: Gracia, mi-
sericordia y paz de Dios Padre, y de Cristo Jesús
nuestro Señor.
3 Como te rogué, al partir yo para Macedonia, que
te quedases aún en Efeso para que advirtieses a
algunos que no enseñasen doctrina diferente *de la*
4 *nuestra,* ni prestasen atención a fábulas y genealo-
gías interminables, que sirven más para cuestiones,
que para *el desempeño de* la mayordomía[1] de Dios
5 que es por fe, *así te lo encargo ahora.* Mas el
fin del encargo es el amor *nacido* de corazón lim-
6 pio, y de buena conciencia, y de fe no fingida; de
lo cual, desviándose algunos, se tornaron a vanas
7 pláticas, queriendo ser doctores de la ley, sin en-
tender ni lo que hablan, ni lo que afirman rotunda-
8 mente. Sabemos, empero, que la ley es buena, si
9 uno la usa legítimamente; teniendo presente, que
la ley no se ha establecido para el justo, sino para
los transgresores y contumaces, para los impíos y
pecadores, para los malvados y profanos, para los
10 parricidas y matricidas, para los homicidas, para
los fornicarios, para los sodomitas, para los secues-
tradores, para los mentirosos y perjuros, y *para*

---

[1] V. 4. o, conocimiento de *la dispensación.*

11 cuanto haya contrario a la sana doctrina, según el
evangelio de la gloria del Dios bendito, que me ha
sido confiado.
12 Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús
Señor nuestro, porque me tuvo por fiel, poniéndo-
13 me en el ministerio; habiendo yo sido antes blas-
femo, perseguidor e injuriador; mas fuí recibido a
misericordia, porque lo hice ignorantemente, estan-
14 do en incredulidad, y la gracia de nuestro Señor
sobreabundó con la fe y amor que *es* en Cristo Jesús.
15 Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que
Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los peca-
16 dores, de los cuales yo soy el primero. Mas por
esto fuí recibido a misericordia, para que en mí el
primero, mostrase Jesucristo toda la plenitud de su
longanimidad, para ejemplo de los que habían de
17 creer en él para vida eterna. Al Rey de los siglos,
inmortal, invisible, al solo Dios sea honor y gloria
por los siglos de los siglos. Amén.
18 Este mandato, hijo Timoteo, te doy, conforme a
las profecías que te precedieron, a fin de que por
19 ellas milites la buena milicia; manteniendo la fe y
buena conciencia, que algunos, por haberla rechaza-
20 do, naufragaron respecto a la fe; de los cuales son
Himeneo y Alejandro, que entregué a Satanás, para
que aprendiesen a no blasfemar.

2, 1 Exhorto, pues, ante todas las cosas, que se ha-
gan súplicas, oraciones, peticiones y acciones de
2 gracias por todos los hombres: por los reyes y por
todos los que están en eminencia; para que vivamos
una vida quieta y tranquila en toda piedad y hones-
3 tidad. Esto es bueno y agradable delante de Dios
4 nuestro Salvador; que quiere que todos los hom-
bres sean salvos, y que vengan al conocimiento de
5 la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo me-
diador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hom-
6 bre; el cual se dió a sí mismo en rescate por todos,
7 siendo esto testificado a su debido tiempo; para lo

cual yo he sido constituído predicador y apóstol (digo
verdad, no miento), maestro de los gentiles en fe
y verdad.
8 Quiero, pues, que los hombres oren en todo lu-
gar, levantando manos santas, sin ira ni disensión.
9 Asimismo que las mujeres, en un vestir decoroso,
se atavíen con recato y prudencia; no con cabello
encrespado, y oro, o perlas, o vestidos costosos,
10 sino con buenas obras, cual corresponde a mujeres
11 que profesan piedad. La mujer aprenda en silencio,
12 con toda sujeción. Porque no permito a la mujer
enseñar, ni tener autoridad sobre el hombre, sino es-
13 tar en silencio. Porque Adán fué formado prime-
14 ro, después Eva; y Adán no fué engañado, mas la
mujer, siendo del todo engañada, incurrió en trans-
15 gresión; pero se salvará engendrando hijos, si per-
maneciere en la fe, y amor, y santidad, con prudencia.

3, 1 Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena
2 obra desea. Es necesario, pues, que el obispo sea
irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, pru-
dente, decoroso, hospitalario, apto para enseñar.
3 No dado al vino, no violento, sino amable; no pen-
4 denciero, ni avariento; que gobierne bien su casa,
teniendo en sujeción a *sus* hijos con toda seriedad,
5 (pues si uno no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo
6 cuidará de la iglesia de Dios?). No un neófito, no
sea que envaneciéndose caiga en la misma condena-
7 ción que el diablo. También es necesario que ten-
ga buen testimonio de los extraños, para que no cai-
ga en vituperio y en lazo del diablo.
8 Los diáconos asimismo, *deben ser* honestos, sin
doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de tor-
9 pes ganancias, que mantengan el misterio de la fe
10 en limpia conciencia. Y éstos sean, además, proba-
dos de antemano; y entonces ejerzan el diaconado, si
11 fueren irreprensibles. Las mujeres asimismo, sean
honestas, no detractoras, sobrias, fieles en todo.
12 Los diáconos sean maridos de una sola mujer, *hom-*

bres que gobiernen bien sus hijos y sus propias ca-
13 sas. Porque los que ejerzan bien el diaconado, ga-
nan para sí buen grado, y mucho denuedo en la fe
que es en Cristo Jesús.
14 Estas cosas te escribo, aunque espero ir pronto a
15 verte, a fin de que si tardare, sepas cómo debes
conducirte en la casa de Dios, la cual es la Iglesia del
16 Dios vivo, columna y apoyo de la verdad. Y sin
contradicción, grande es el misterio de la piedad:

«El que fué manifestado en carne,
justificado en espíritu,
visto de los ángeles,
predicado entre los gentiles,
creído en el mundo,
recibido arriba en gloria.»

4, 1 Pero el Espíritu dice expresamente, que en los
postreros tiempos apostatarán de la fe algunos, dan-
do oídos a espíritus de error y a doctrinas de demo-
2 nios; a causa de la hipocresía de los que hablan
mentira, teniendo cauterizada su misma conciencia;
3 los cuales prohibirán casarse, y *mandarán* abste-
nerse de viandas que Dios creó para que, con acción
de gracias, participasen de ellas los fieles y los que
4 han llegado a conocer la verdad. Porque todo lo
que Dios creó es bueno, y nada hay que desechar,
5 con tal que se tome con acción de gracias; porque
es santificado por la palabra de Dios y por la ora-
6 ción. Si enseñares estas cosas a los hermanos, se-
rás buen ministro de Cristo Jesús, nutrido con las
palabras de la fe y de la buena doctrina que sigues.
7 Mas las fábulas profanas y de viejas, deséchalas.
8 Ejercítate para la piedad; porque el ejercicio cor-
poral para poco es provechoso; mas la piedad para
todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida pre-
sente, y de la venidera.
9 Palabra fiel es ésta, y digna de ser recibida de
10 todos; y para esto trabajamos y luchamos, porque
hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivien-

te, que es Salvador de todos los hombres, especial-
mente de los que creen.
11 12 Manda y enseña estas cosas. Nadie tenga en
poco tu juventud; antes bien, sé ejemplo a los fieles,
en palabra, en comportamiento, en amor, en fe y en
13 pureza. Entretanto que voy, ocúpate en la lectu-
14 ra, en la exhortación, en la enseñanza. No descui-
des el carisma que hay en ti, el cual te fué dado en
virtud de profecía con la imposición de las manos del
15 presbiterio. Medita estas cosas; está por entero en
ellas; para que tu aprovechamiento sea manifiesto a
16 todos. Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina;
persiste en ello; pues haciendo esto, te salvarás a ti
mismo y a los que te oyeren.

5, 1 No reprendas con dureza al anciano, sino exhór-
tale como a padre; a los jóvenes, como a hermanos;
2 a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como
3 a hermanas, con toda pureza. Honra a las viudas
4 que verdaderamente estén desamparadas. Pero si
alguna viuda tiene hijos o nietos, que aprendan *és-
tos* primeramente a ser piadosos con su propia fa-
milia, y a recompensar a sus progenitores; porque
5 esto es grato delante de Dios. Mas la que es en
verdad viuda y está desamparada, espera en Dios, y
6 persevera en súplicas y oraciones noche y día. Pero
la que se da a los placeres, viviendo está muerta.
7 Manda también estas cosas, para que sean de conduc-
8 ta irreprochable. Y si alguno no provee para los su-
yos, y especialmente para los de su casa, ha negado
9 la fe, y es peor que un incrédulo. Sea puesta en
lista sólo la viuda no menor de sesenta años, casada
10 con un solo marido, que tenga testimonio de bue-
nas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la hos-
pitalidad; si ha lavado los pies de los santos; si ha
socorrido a los afligidos; si ha seguido toda buena
11 obra. Pero viudas jóvenes no admitas; porque cuan-
do sus deseos las sublevan contra Cristo, quieren ca-
12 sarse, acarreándose sentencia de condenación por-

13 que quebrantaron su primera fe. Y también apren-
den *a ser* ociosas, yendo de casa en casa; y no
solamente ociosas, sino también chismosas y entro-
14 metidas, hablando lo que no conviene. Quiero pues,
que las jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen la
casa; y no den al adversario ninguna ocasión de ma-
15 ledicencia. Porque ya algunas se han descaminado
16 en pos de Satanás. Si alguna fiel tiene *en su fa-
milia* viudas, socórralas, y no sea gravada la igle-
sia; a fin de que haya lo suficiente para las que es-
tén verdaderamente desamparadas.
17 Los ancianos que presiden bien, sean tenidos por
dignos de doble honor; especialmente los que traba-
18 jan en predicar y enseñar. Porque la Escritura dice:
«No pondrás bozal al buey que trilla;» [1]
y *también:*
«Digno es el obrero de su salario.» [2]
19 No admitas acusación contra un anciano, sino de
20 boca de dos o tres testigos. A los que pecan, re-
préndelos delante de todos, para que los demás tam-
bién teman.
21 Te requiero delante de Dios, y de Cristo Jesús,
y de los ángeles escogidos, que guardes estas cosas
22 sin prejuicio, no haciendo nada por parcialidad. No
impongas con ligereza las manos a ninguno, ni seas
23 cómplice de pecados ajenos; consérvate puro. No
sigas bebiendo *sólo* agua, sino haz uso de un poco
de vino a causa del estómago, y de tus frecuentes
24 enfermedades. Los pecados de algunos hombres
son ya manifiestos, y *les* preceden al juicio; mas a
25 otros les siguen. Asimismo las buenas obras son
ya manifiestas; y las que son de otra manera, no pue-
den esconderse.
6, 1 Todos los que son siervos bajo el yugo, tengan
a sus amos por dignos de todo respeto, para que no
2 sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina. Y
los que tienen amos creyentes, no los desprecien por

---

[1] V. 18. Deut. 25: 4. [2] Luc. 10: 7.

ser hermanos; antes sírvanlos mejor, porque los que
se valen de su servicio son fieles y amados.

3 Enseña y exhorta esto. Si alguno enseña lo con-
trario, y no se adhiere a las sanas palabras de nues-
tro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es confor-
4 me a piedad, está envanecido, nada sabe, mas de-
lira acerca de cuestiones y contiendas de palabras,
de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, ma-
5 las sospechas, porfías de hombres corruptos de en-
tendimiento y privados de la verdad, que tienen la
6 piedad por granjería. Y grande granjería es la pie-
7 dad con contentamiento. Porque nada hemos traído
8 al mundo, y nada tampoco podremos sacar. Tenien-
do pues alimento y abrigo, estemos contentos con
9 esto. Porque los que quieren ser ricos, caen en
tentación y lazo, y en muchas codicias locas y da-
ñosas, que hunden a los hombres en destrucción y
10 ruina. Pues el amor al dinero es raíz de todos los
males; por anhelo del cual algunos se descaminaron
de la fe, y se atrajeron muchos dolores.
11 Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas,
y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la pa-
12 ciencia y la mansedumbre. Pelea la buena batalla
de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual fuis-
te llamado, y también hiciste la buena profesión de-
13 lante de muchos testigos. Te mando delante de
Dios, que da vida a todas las cosas, y de Cristo Je-
sús, que testificó la buena profesión delante de Pon-
14 cio Pilatos, que guardes el mandamiento sin mácula
ni reproche, hasta la aparición de nuestro Señor Je-
15 sucristo; la cual a su tiempo mostrará el bienaven-
turado y único Soberano, Rey de reyes y Señor de
16 señores; el único que tiene inmortalidad, que habita
en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres
ha visto ni puede ver; a quien sea la honra y el im-
perio sempiterno. Amén.
17 A los ricos de este presente siglo manda que no
se ensoberbezcan, ni pongan la esperanza en la in-

certidumbre de las riquezas, sino en Dios el cual nos
provee de todas las cosas en abundancia para nues-
18 tro goce, que hagan bien, que sean ricos en buenas
19 obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí
buen fundamento para lo porvenir, que echen mano
de la vida verdadera.
20 Oh Timoteo, guarda el depósito *a ti confiado,*
evitando las profanas pláticas de cosas vanas, y las
contradicciones de la falsamente llamada ciencia;
21 la cual profesando algunos, se desviaron de la fe.
La gracia sea con vosotros.

LA SEGUNDA

EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A

TIMOTEO

1, 1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad
de Dios, según la promesa de la vida que es en Cris-
to Jesús:
2 A Timoteo, amado hijo: Gracia, misericordia y
paz de Dios Padre, y de Cristo Jesús Señor nuestro.
3 Doy gracias a Dios, a quien sirvo desde mis ma-
yores con limpia conciencia, de que sin cesar te ten-
4 go presente en mis oraciones noche y día (acor-
dándome de tus lágrimas, deseando verte, para lle-
5 narme de gozo); recordando la fe no fingida que
hay en ti, la cual moró primero en tu abuela Loida,
y en tu madre Eunice; y estoy persuadido que en ti
6 también. Por esta causa te amonesto que reavives
el carisma de Dios, que hay en ti por la imposición
7 de mis manos. Porque no nos dió Dios el espíritu
de cobardía, sino el de fortaleza, y de amor, y de pro-
8 pio dominio. Por tanto, no te avergüences del tes-
timonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo; antes
comparte *conmigo* los sufrimientos por el evangelio,
9 según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó
con vocación santa, no conforme a nuestras obras,
sino según su propio propósito y gracia, que nos fué
dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los si-
10 glos; mas ahora se mostró por la aparición de nues-
tro Salvador Cristo Jesús, el cual quitó la muerte y
sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evange-
11 lio; para éste soy yo constituído predicador, y
12 apóstol, y maestro. A causa de esto también pa-

dezco estas cosas; mas no me avergüenzo, porque
yo sé a quién he creído, y estoy persuadido que es
poderoso para guardar mi depósito para aquel día.
13 Retén la norma de las sanas palabras que de mí oís-
14 te, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda
el buen depósito por el Espíritu Santo que habita en
nosotros.
15 Ya sabes que me abandonaron todos los que es-
tán en la *provincia* de Asia, de los cuales son Fige-
16 lo y Hermógenes. Tenga el Señor misericordia de
la casa de Onesíforo; porque muchas veces me refri-
17 geró, y no se avergonzó de mi cadena; antes bien,
cuando estuvo en Roma, me buscó solícitamente, y
18 me halló (déle el Señor que halle misericordia cer-
ca de él en aquel día); y cuántos servicios *me* pres-
tó en Efeso, tú lo sabes muy bien.

2, 1 Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que
2 es en Cristo Jesús. Y lo que oíste de mí por con-
ducto de muchos testigos, ésto encomienda a hom-
bres fieles que sean idóneos para enseñar también a
3 otros. Sufre conmigo trabajos como fiel soldado de
4 Cristo Jesús. Ninguno que milita se embaraza en
los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que
5 le tomó por soldado. Y aun también si alguno lu-
cha como atleta, no es coronado si no luchare legíti-
6 mamente. El labrador que trabaja, debe ser el pri-
7 mero en participar de los frutos. Considera lo que
digo; pues el Señor te dará entendimiento en todo.
8 Acuérdate de Jesucristo, de la simiente de David,
resucitado de entre los muertos, conforme a mi evan-
9 gelio; en el cual sufro trabajos, hasta las prisiones,
a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está
10 presa. Por tanto, todo lo sufro por amor de los
escogidos, para que ellos también obtengan la sal-
vación que es en Cristo Jesús con gloria eterna.
11 Palabra fiel:

«Que si morimos con él, también viviremos
con él;

12 si sufrimos pacientemente, también reinaremos
con él;
si *le* negáremos, él también nos negará;
13 si somos infieles, él permanece fiel,
pues no puede negarse a sí mismo.»
14 Recuérdales esto, encargándoles delante del Se-
ñor que no contiendan sobre palabras, *lo cual* para
nada aprovecha, *antes bien* trastorna a los oyen-
15 tes. Procura con diligencia presentarte a Dios
aprobado, *como* obrero que no tiene de qué aver-
gonzarse, que expone bien la palabra de verdad.
16 Mas evita palabrerías profanas; porque los *dados*
17 a ellas avanzarán más y más en la impiedad, y su
palabra carcomerá como gangrena; de los cuales son
18 Himeneo y Fileto, que se han descaminado de la
verdad, diciendo que la resurrección ya ha sucedido,
19 y subvierten la fe de algunos. Sin embargo, el fun-
damento de Dios está firme, teniendo este sello: Co-
noce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de
iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Se-
20 ñor. Mas en una casa grande, no solamente hay
vasos de oro y de plata, sino también de madera y
de barro; y asimismo unos para honra, y otros para
21 usos viles. Así que, si alguno se purificare de estas
cosas, será vaso para honra, santificado y útil para
su señor, y preparado para toda buena obra.
22 Huye también de los deseos juveniles; y sigue la
justicia, la fe, el amor y la paz con los que de corazón
23 puro invocan al Señor. Pero desecha las cuestiones
necias y nacidas de la ignorancia, sabiendo que en-
24 gendran contiendas. Y el siervo del Señor no debe
ser contencioso, sino afable para con todos, apto para
25 enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a
los que se oponen; por si quizás Dios les dé arrepen-
26 timiento para conocer la verdad, y volver a sensa-
tez, librándose del lazo del diablo, en que estan cau-
tivos por él, para *hacer* la voluntad de Dios.

3, 1 Sabe esto también, que en los postreros días

2 sobrevendrán tiempos peligrosos; porque habrá
hombres egoístas, avaros, vanagloriosos, soberbios,
detractores, desobedientes a los padres, ingratos,
3 impíos, sin afecto natural, implacables, calumnia-
dores, disolutos, feroces, enemigos de lo bueno,
4 traidores, arrebatados, envanecidos, amadores de los
5 deleites más que de Dios; teniendo apariencia de
piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella; apár-
6 tate también de los tales. Porque de éstos son los
que se meten por las casas y llevan cautivas las mu-
jercillas cargadas de pecados, entregadas a diversas
7 concupiscencias; las cuales siempre están apren-
diendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la
8 verdad. Y de la manera que Jannes y Jambres re-
sistieron a Moisés, así también aquéllos resisten a
la verdad; hombres corruptos de entendimiento, ré-
9 probos en lo que toca a la fe. Pero no procederán
más adelante; porque su insensatez será manifiesta
a todos, como también lo fué la de aquéllos.
10 Mas tú has seguido fielmente mi enseñanza, con-
ducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia,
11 persecuciones, padecimientos, como los que me so-
brevinieron en Antioquía, en Iconio, en Listra, y
persecuciones como las que he sufrido; y de todo me
12 libró el Señor. Y, en verdad, todos los que quieren
vivir píamente en Cristo Jesús, serán perseguidos.
13 Mas los malos hombres y los impostores irán de mal
14 en peor, engañando y siendo engañados. Pero tú
persevera en lo que has aprendido y te persuadiste,
15 sabiendo de quiénes has aprendido; y que desde la
niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales
pueden hacerte sabio para la salvación por la fe que
16 es en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada de
Dios y provechosa[1] para enseñar, para convencer,
17 para corregir, y para educar en justicia, a fin de

---

[1] V. 16. o, *Toda Escritura inspirada de Dios es también provechosa.*

que el hombre de Dios sea perfecto, provisto por
completo para toda buena obra.

4, 1 Requiero yo delante de Dios y de Cristo Jesús,
que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, y por
2 su venida y su reino, que prediques la palabra; que
instes a tiempo y fuera de tiempo; reprende, cen-
sura, y exhorta, con toda longanimidad y enseñanza.
3 Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana
doctrina; antes bien, teniendo comezón de oír, se
amontonarán maestros conforme a sus concupiscen-
4 cias, y apartarán de la verdad el oído, y se volve-
5 rán a las fábulas. Pero tú sé sensato en todo, sufre
trabajos, haz la obra de evangelista, cumple tu mi-
6 nisterio. Porque yo ya estoy para ser ofrecido en
libación, y el tiempo de mi partida está cercano.
7 He peleado la buena batalla, he acabado la carrera,
8 he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada
la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el
juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también
a todos los que aman su venida.
9 10 Procura venir presto a mí; porque Demas me
abandonó, amando este siglo, y se fué a Tesalónica;
11 Crescente a Galacia, Tito a Dalmacia. Sólo Lucas
está conmigo. Toma a Marcos, y tráele contigo;
12 porque me es útil para el ministerio. A Tíquico lo
13 envié a Efeso. Cuando vinieres tráeme la capa que
dejé en Tróade, en casa de Carpo; y los libros, ma-
14 yormente los pergaminos. Alejandro el calderero
me causó muchos males; el Señor le pagará confor-
15 me a sus hechos. Guárdate tú también de él; por-
que en gran manera se opuso a nuestras palabras.
16 En mi primera defensa ninguno se puso de mi parte,
antes me abandonaron todos; no se les tome en cuen-
17 ta. Mas el Señor estuvo conmigo, y me esforzó
para que por mí fuese cumplida la predicación y que
todos los gentiles la oyesen; y fuí librado de la boca
18 del león. El Señor me librará de toda obra mala, y

me preservará para su reino celestial; a él sea la
gloria por los siglos de los siglos. Amén.
19 Saluda a Prisca y a Aquila, y a la casa de Onesí-
20 foro. Erasto se quedó en Corinto; y a Trófimo dejé
21 enfermo en Mileto. Procura venir antes del invier-
no. Eubulo te saluda, y Pudente, y Lino, y Claudia,
y todos los hermanos.
22 El Señor sea con tu espíritu. La gracia sea con
vosotros.

LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A

TITO

1, 1 Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo,
en pro de la fe de los escogidos de Dios, y el cono-
cimiento de la verdad que es conforme a la piedad,
2 en esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no
puede mentir, prometió antes de los tiempos de los
3 siglos; y a su debido tiempo manifestó su palabra
por la predicación que me fué confiada a mí por man-
dato de Dios nuestro Salvador:
4 A Tito, verdadero hijo en la común fe: Gracia y
paz de Dios Padre, y de Cristo Jesús Salvador
nuestro.
5 Por esta causa te dejé en Creta, para que arre-
glases lo que falta, y constituyeses ancianos en cada
6 ciudad, como yo te mandé, *mirando* si hay quien
es irreprensible, marido de una sola mujer, y que
tenga hijos fieles, no acusados de excesos, ni de ser
7 contumaces. Porque es necesario que el obispo sea
irreprensible, como dispensador de Dios; no obstina-
do, no dado al vino, no violento, no codicioso de tor-
8 pes ganancias; sino hospitalario, amador del bien,
9 prudente, justo, piadoso, continente; retenedor de
la fiel palabra que es conforme a la doctrina; para
que también pueda exhortar con sana enseñanza y
10 convencer a los que contradicen. Porque hay mu-
chos contumaces, habladores de vanidades e impos-
tores, mayormente entre los que son de la circunci-
11 sión, a quienes es preciso cerrarles la boca; los
cuales subvierten casas enteras enseñando, por tor-
12 pe ganancia, lo que no deben. Dijo uno de ellos,
profeta suyo:

«Los cretenses *son* siempre mentirosos,
malas bestias, glotones ociosos.»
13 Este testimonio es verdadero; por tanto, repréndelos
14 severamente para que sean sanos en la fe, y no
presten oídos a fábulas judaicas, ni a mandamientos
de hombres que se apartan de la verdad.
15 Todas las cosas son puras a los puros; mas a los
contaminados e incrédulos nada es puro, antes su
16 mente y conciencia están contaminadas. Profesan
conocer a Dios; mas con los hechos le niegan, siendo
abominables, y desobedientes, y reprobados para
toda buena obra.

2, 1 Pero tú, habla lo que conviene a la sana doc-
2 trina. Los ancianos, que sean sobrios, serios, pru-
dentes, sanos en la fe, en el amor y en la paciencia.
3 Las ancianas, asimismo, sean reverentes en su por-
te; no calumniadoras, no dominadas por mucho vino,
4 maestras del bien; que amonesten a las mujeres jó-
5 venes a que amen a sus maridos, y a sus hijos, *y
a ser* prudentes, castas, cuidadosas de su casa,
bondadosas y sujetas a sus maridos; para que la pa-
6 labra de Dios no sea blasfemada. Exhorta asimis-
mo a los jóvenes a que sean prudentes en todas las
7 cosas, mostrándote ejemplo de buenas obras. Cuan-
8 do enseñas, *muestra* integridad, seriedad, palabra
sana e intachable, a fin de que el adversario se aver-
güence, no teniendo mal ninguno que decir de nos-
9 otros. *Exhorta* a los siervos a que se sujeten a sus
amos en todas las cosas, *que sean* complacientes, no
10 respondones, no sisadores, sino demostrando toda
buena lealtad, para que adornen en todas las cosas
la doctrina de nuestro Salvador Dios.
11 Porque la gracia salvadora de Dios fué manifes-
12 tada a todos los hombres, enseñándonos que, re-
nunciando a la impiedad y a los deseos mundanos,
vivamos en el presente siglo sobria, y justa, y pía-
13 mente, aguardando la esperanza bienaventurada
y la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador

14 nuestro Cristo Jesús, el cual se dió a sí mismo por
nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar
para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.
15 Habla estas cosas, exhorta y reprende con toda au-
toridad. Nadie te desprecie.

3, 1 Recuérdales que se sujeten y obedezcan a los
gobernantes y autoridades, que estén prontos a toda
2 buena obra. Que a nadie calumnien, que no sean
pendencieros, *sino* amables, mostrando toda manse-
3 dumbre con todos los hombres. Porque en otro
tiempo, también nosotros éramos insensatos, des-
obedientes, extraviados, esclavos de diversas con-
cupiscencias y deleites, viviendo en malicia y envi-
4 dia, aborrecibles y odiándonos unos a otros. Mas
cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Sal-
5 vador, y su amor para con los hombres, él nos sal-
vó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho
nosotros, sino según su misericordia, por el lavacro
de la regeneración, y por la renovación del Espíritu
6 Santo, que él derramó abundantemente en nosotros
7 por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justifi-
cados por su gracia, fuésemos hechos herederos se-
gún la esperanza de la vida eterna.
8 Palabra fiel *es ésta;* y quiero que insistas fuerte-
mente en estas cosas para que los que confían en
Dios cuiden de ocuparse en buenas obras. Estas co-
sas son excelentes y provechosas a los hombres.
9 Mas evita las cuestiones necias, y genealogías, y
contiendas, y debates acerca de la ley; porque son
10 sin provecho y vanas. Rehusa el trato con el hom-
bre que después de una y otra amonestación sigue
11 dado a cismas; estando cierto que el tal se ha per-
vertido, y peca, condenándose a sí mismo.
12 Cuando yo envíe a Artemas, o a Tíquico, a ti,
apresúrate a venir a mí, a Nicópolis; porque allí he
13 determinado invernar. A Zenas, doctor de la ley, y
a Apolos, encamínalos con diligencia, procurando que

14 nada les falte. Y aprendan asimismo los nuestros
a ocuparse en buenas obras para los usos necesarios,
a fin de que no sean sin fruto.
15 Todos los que están conmigo te saludan. Saluda a
los que nos aman en la fe. La gracia sea con todos
vosotros.

LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO

A

FILEMÓN

---

1 Pablo, prisionero de Cristo Jesús, y Timoteo
nuestro hermano:
2 A *ti,* amado Filemón, coadjutor nuestro, y a
nuestra hermana Apia, y a Arquipo, nuestro com-
pañero de milicia, y a la iglesia que está en tu casa:
3 Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre, y
del Señor Jesucristo.
4 Doy gracias a mi Dios, mencionándote siempre
5 en mis oraciones, oyendo de tu amor, y de la fe que
tienes hacia el Señor Jesús, y para con todos los
6 santos; para que el participar *otros* de tu fe re-
dunde en el conocimiento de todo el bien que hay en
7 nosotros en relación con Cristo. Porque he tenido
mucho gozo y consuelo en tu amor; pues por ti,
hermano, han tenido refrigerio los corazones de los
santos.
8 Por lo cual, aunque tengo mucha libertad en Cris-
9 to para mandarte lo que conviene, más bien te
ruego, en gracia al amor, siendo el que soy, Pablo el
anciano, y ahora también prisionero de Cristo Jesús;
10 te ruego, pues, por mi hijo Onésimo, a quien engen-
11 dré en mis prisiones, el cual te fué inútil en otro
12 tiempo, mas ahora *nos* es útil a ti y a mí; éste te
vuelvo a enviar, como si fuera mi propio corazón.
13 Bien quisiera yo retenerlo conmigo para que, en lu-
gar tuyo, me sirviese en las prisiones del evangelio;
14 mas no quise hacer nada sin tu consentimiento, para
que tu favor no sea como por imposición, sino de tu
15 espontánea voluntad. Pues quizás por esto se apar-
tó de ti por algún tiempo, a fin de que lo recibieras

16 para siempre; no ya como esclavo, sino como mejor
que esclavo, como hermano amado, especialmente
para mí, y cuánto más para ti, tanto en la carne
17 como en el Señor. Si, pues, me tienes por compa-
18 ñero, recíbele como a mí mismo. Y si en algo te
19 perjudicó, o *algo* te debe, ponlo a mi cuenta. Yo,
Pablo, lo escribo de mi mano, yo te lo reembolsaré;
20 por no decirte que aun tú mismo te me debes. Sí,
hermano, tenga yo de ti gozo en el Señor; refrigera
mi corazón en Cristo.
21 Confiando en tu obediencia te escribo, sabiendo
22 que harás todavía más de lo que te digo. Pero, a
la vez, prepárame hospedaje; pues espero que por
vuestras oraciones os seré concedido.
23 Te saludan Epafras, compañero mío de prisión en
24 Cristo Jesús, *y también* Marcos, Aristarco, Demas
y Lucas, mis colaboradores.
25 La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro
espíritu.

LA EPÍSTOLA

A LOS

HEBREOS

1, 1 Dios, que antiguamente habló a los padres por
los profetas en diferentes ocasiones y de diversas
2 maneras, en estos postreros días nos ha hablado
por el Hijo, a quien constituyó heredero de todas
3 las cosas, por quien asimismo hizo el universo.[1] El
cual, siendo el resplandor de su gloria, y la misma
imagen de su substancia, y sustentando el universo
con la palabra de su potencia, habiendo hecho la pur-
gación de los pecados, se sentó a la diestra de la
4 Majestad en las alturas; hecho tanto superior a los
ángeles, cuanto había heredado más eminente nom-
5 bre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo
Dios jamás:

«Mi Hijo eres tú,
yo te he engendrado hoy»?[2]

Y también:

«Yo le seré a él Padre,
y él me será a mí hijo.»[3]

6 Y al introducir segunda vez al Primogénito en el
mundo, dice:

«Y adórenle todos los ángeles de Dios.»[4]

7 Y en cuanto a los ángeles, dice:

«El que hace a sus ángeles vientos,[5]
y a sus ministros llamas de fuego.»[6]

---

[1] V. 2. Gr. *los siglos.*
[2] V. 5. Sal. 2: 7.
[3] V. 5. 2.ª Sam. 7: 14.
[4] V. 6. Sal. 97: 7.
[5] V. 7. o, *espíritus.*
[6] V. 7. Sal. 104: 4.

8 Mas del Hijo *dice:*
«Tu trono, oh Dios,[1] por el siglo del siglo;
vara de rectitud, la vara de su reino;
9 amaste la justicia y aborreciste la maldad;
por lo cual te ungió Dios,[2] el Dios tuyo,
con óleo de alegría más que a tus compañeros.»[3]
10 Y *también:*
«Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra,
y los cielos son obra de tus manos;
11 ellos perecerán, mas tú permaneces;
y todos ellos se envejecerán como vestidura,
12 y como manto los envolverás,
y cual vestidura serán mudados;
pero tú eres el mismo,
y tus años no acabarán.»[4]
13 Pues, ¿a cuál de los ángeles ha dicho jamás:
«Siéntate a mi diestra
hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies»?[5]
14 ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación?

2, 1 Por tanto, es necesario que atendamos con más
diligencia a las cosas que hemos oído, no sea que
2 nos escurramos. Porque si la palabra dicha por
ángeles fué firme, y toda transgresión y desobedien-
3 cia recibieron justa retribución, ¿cómo escaparemos
nosotros si descuidáramos una salvación tan grande?
La cual, habiendo sido primeramente anunciada por
el Señor, nos fué confirmada por los que *le* oyeron;
4 testificando Dios mismo, juntamente con *ellos,* me-

---

[1] V. 8. o, *tu trono es Dios.*
[2] V. 9. u, *oh Dios.*
[3] V. 9. Sal. 45: 6 y 7.
[4] V. 12. Sal. 102: 25-27.
[5] V. 13. Sal. 110: 1.

diante señales, y prodigios, y diversos poderes mila-
grosos, y dones del Espíritu Santo, repartidos según
su voluntad.
5 Pues no sujetó a los ángeles el mundo venidero,
6 del cual hablamos. Pero alguien testificó en cierto
lugar, diciendo:

«¿Qué es el hombre, que te acuerdas de él,
o el hijo del hombre, que le visitas?
7 Hicístele un poco[1] menor que los ángeles,
coronástele de gloria y de honra,
8 sujetaste todas las cosas debajo de sus pies.»[2]

Pues en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó
que no le estuviese sujeto; mas ahora todavía no ve-
9 mos sujetas a él todas las cosas. Pero vemos a
aquel que fué coronado de gloria y de honra por el
padecimiento de la muerte, *es decir,* a Jesús, que ha
sido hecho un poco[1] menor que los ángeles, para
que, por la gracia de Dios, gustase la muerte por
10 todo *hombre.* Pues convenía a aquel por cuya cau-
sa son todas las cosas, y por el cual todas las cosas
subsisten, que al llevar a la gloria a muchos hijos,
perfeccionase por medio de padecimientos al autor de
11 la salvación de ellos. Porque el que santifica y los
que son santificados, de uno son todos; por lo cual
12 no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo:

«Anunciaré a mis hermanos tu nombre,
en medio de la congregación[3] te alabaré.»

13 Y otra vez:

«Yo confiaré en él.»[4]

Y otra:

«He aquí, yo y los hijos que Dios me dió.»

14 Así que, por cuanto los hijos han participado de car-
ne y sangre, él participó igualmente de lo mismo,
para destruir por medio de la muerte al que tenía el
15 imperio de la muerte, es a saber, al diablo, y librar

---

[1] Vs. 7 y 9. o, *por un poco de tiempo.*
[2] V. 8. Sal. 8: 4-6.
[3] V. 12. Gr. *iglesia.* Sal. 22: 22.
[4] V. 13. Sal. 18: 2. [5] Is. 8: 18.

a los que, por el temor de la muerte, estaban por toda
16 la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente
no salva[1] a los ángeles, sino que salva[1] a la simiente
17 de Abraham. Por lo cual le era preciso que fuese ase-
mejado en todo a los hermanos, para venir a ser mi-
sericordioso y fiel sumo sacerdote, en lo que a Dios
18 se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Por-
que en cuanto él mismo ha padecido siendo tentado,
es poderoso para socorrer a los que son tentados.

3, 1 Por tanto, hermanos santos, participantes de
celestial vocación, considerad al Apóstol y Sumo
2 Sacerdote de nuestra profesión, Jesús; el cual es
fiel al que le constituyó, como también lo fué
«Moisés en toda la casa de Dios.»[2]
3 Porque aquél es estimado digno de tanta mayor glo-
ria que Moisés, cuanto tiene mayor dignidad que la
4 casa el que la construyó. Porque toda casa es cons-
truída por alguno, mas el que construyó todas las
5 cosas es Dios. Y Moisés, a la verdad, fué
«fiel en toda la casa de Dios, como siervo,»[2]
para testimonio de las cosas que se iban a decir;
6 mas Cristo, como hijo sobre la casa de Dios; y de Dios
somos casa nosotros, si retuviéremos firme hasta el
fin el confiar de la esperanza y nuestro gloriarnos en
7 ella. Por lo cual, como dice el Espíritu Santo:
«Si oyereis hoy su voz,
8 no endurezcáis vuestros corazones como en la
provocación,
como en el día de la tentación en el desierto,
9 donde *me* tentaron vuestros padres probán-
dome,
y vieron mis obras cuarenta años.
10 A causa de lo cual me disgusté con esta ge-
neración,
y dije: Siempre yerran en su corazón,

---

[1] V. 16. Gr. *ase.*
[2] Vs. 2 y 5. Núm. 12: 7.

y no han conocido mis caminos.
11 Como juré en mi ira:
No entrarán en mi reposo.»[1]
12 Mirad, hermanos, que no haya en alguno de vos-
otros corazón malo de incredulidad en el apartaros
13 del Dios vivo. Antes, exhortaos los unos a los otros
cada día, entretanto que se dice «hoy»; para que
ninguno de vosotros se endurezca con el engaño
14 del pecado. Porque somos hechos participantes de
Cristo, con tal que mantengamos firme hasta el fin
15 nuestra confianza del principio; entretanto que se
dice:
«Si oyereis hoy su voz,
no endurezcáis vuestros corazones, como en
la provocación.»[2]
16 Pues, ¿quiénes, habiendo oído, *le* provocaron?, ¿no
fueron todos los que salieron de Egipto por mano de
17 Moisés? ¿Y con quiénes estuvo disgustado cuaren-
ta años?, ¿no fué con los que pecaron, cuyos cuerpos
18 cayeron en el desierto? ¿Y a quienes juró que no
entrarían en su reposo, sino a aquellos que no obe-
19 decieron? Así vemos que no pudieron entrar, a
causa de incredulidad.

4, 1 Temamos, pues, no sea que subsistiendo aún
la promesa de entrar en su reposo, alguno de vos-
2 otros parezca haberse quedado atrás. Porque tam-
bién a nosotros se nos ha predicado un evangelio
como a ellos; mas la palabra del mensaje no les apro-
vechó por no ir acompañada de fe en los que oye-
3 ron. Pero nosotros que hemos creído, entramos
en el reposo, de la manera que dijo:
«Como juré en mi ira,
no entrarán en mi reposo»;[3]
aunque las obras *de Dios* quedaron acabadas desde

---

[1] V. 11. Sal. 95: 7-11.
[2] V. 15. Sal. 95: 7 y 8.
[3] V. 3. Sal. 95: 11.

4 la fundación del mundo. Porque en un lugar dijo
así del séptimo día:

«Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día.»[1]

5 Y otra vez aquí:

«No entrarán en mi reposo.»[2]

6 Puesto que aun falta que algunos entren en él, y
los primeramente evangelizados no entraron a cau-
7 sa de desobediencia, de nuevo establece un día
determinado, «Hoy», diciendo por David, después
de tanto tiempo, como fué dicho antes:

«Si oyereis hoy su voz,
no endurezcáis vuestros corazones.»[3]

8 Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no ha-
9 bría hablado después *Dios* acerca de otro día. Que-
da, pues, un reposo sabático para el pueblo de Dios.
10 Porque el que «entró en su reposo», él mismo tam-
bién «reposó de sus obras» como Dios de las suyas.
11 Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que
ninguno caiga en la misma desobediencia de que hay
12 ejemplo. Porque la palabra de Dios es viva y efi-
caz, y más cortante que toda espada de dos filos; y
que penetra hasta partir alma y espíritu, coyunturas
y tuétanos; y discierne los pensamientos y las inten-
13 ciones del corazón. Y no hay cosa creada que no
sea manifiesta en su presencia; antes bien, todas las
cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel
con quien tenemos que ver.

14 Teniendo, pues, un gran sumo sacerdote, que ha
atravesado los cielos, Jesús el Hijo de Dios, reten-
15 gamos nuestra profesión. Porque no tenemos un
sumo sacerdote que no se pueda compadecer de nues-
tras flaquezas; sino tentado en todo según nuestra
16 semejanza, *pero* sin pecado. Lleguémonos, pues,
confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar
misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro.

---

[1] V. 4. Gén. 2: 2.
[2] V. 5. Sal. 95: 11.
[3] V. 7. Sal. 95: 7 y 8.

5, 1 Porque todo sumo sacerdote tomado de entre
los hombres, es constituído a favor de los hombres
en lo que a Dios se refiere, para que ofrezca dones
2 y sacrificios por los pecados; que pueda ser indul-
gente con los ignorantes y extraviados, puesto que
3 él también está rodeado de flaqueza, y por causa
de ella debe ofrecer *sacrificios* por sus propios pe-
4 cados, lo mismo que por los del pueblo. Y nadie
toma para sí esta honra, sino cuando es llamado por
5 Dios, como lo fué Aarón. Así tampoco Cristo se
arrogó la gloria de ser hecho sumo sacerdote, sino
que *le glorificó* quien le dijo:
«Mi Hijo eres tú,
yo te he engendrado hoy;»[1]
6 como también dice en otro *lugar:*
«Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de Melquisedec.»[2]
7 Y Cristo, en los días de su carne, habiendo ofrecido
ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que
le podía librar de la muerte, y habiendo sido oído
8 a causa de su temor reverente, aunque era Hijo,
9 aprendió la obediencia por lo que padeció; y per-
feccionado, vino a ser autor de eterna salvación para
10 todos los que le obedecen; declarado por Dios sumo
sacerdote, según el orden de Melquisedec.
11 De éste tenemos mucho que decir, y difícil de
explicar, por cuanto os habéis vuelto tardos para
12 oír. Porque debiendo ser ya maestros a causa del
tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a ense-
ñar los primeros rudimentos de los oráculos de Dios;
y a tal punto habéis llegado, que necesitáis leche, y
13 no manjar sólido. Pues todo aquel que se alimenta
de leche, no tiene experiencia de la palabra de justi-
14 cia, porque es niño; mas el manjar sólido es para
los perfectos, para los que por la costumbre tienen

---

[1] V. 5. Sal. 2: 7.
[2] V. 6. Sal. 110: 4.

los sentidos ejercitados para el discernimiento del
bien y del mal.
6, 1 Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doc-
trina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no
echando otra vez la base del arrepentimiento de
2 obras muertas, y de la fe en Dios, ni volviendo a
la enseñanza de bautismos,[1] y de la imposición de
manos, y de la resurrección de los muertos, y del
3 juicio eterno. Y esto lo haremos, si Dios *lo* per-
4 mitiere. Porque es imposible que los que una vez
fueron iluminados, y gustaron del don celestial, y fue-
5 ron hechos participantes del Espíritu Santo, y gus-
taron la buena palabra de Dios, y los poderes del si-
6 glo venidero, y cayeron, sean otra vez renovados
para arrepentimiento, cuando ellos, por su parte, es-
tán crucificando de nuevo al Hijo de Dios, y le expo-
7 nen a vituperio. Pues la tierra que embebe la lluvia
que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba
provechosa a aquellos para los cuales es labrada, re-
8 cibe bendición de Dios; mas si cría espinas y abro-
jos, es reprobada y expuesta a maldición; cuyo fin
será el ser abrasada.
9 Pero de vosotros, oh amados, estamos persuadi-
dos de mejores cosas, y más cercanas a salvación,
10 aunque hablamos así. Porque Dios no es injusto
para olvidar vuestra obra y el amor que habéis mos-
trado a su nombre, habiendo asistido y asistiendo aún
11 a los santos. Mas deseamos que cada uno de vos-
otros muestre hasta el fin la misma solicitud, a plena
12 seguridad de la esperanza; para que no os hagáis
perezosos, sino imitadores de aquellos que, por la
fe y la paciencia, heredan las promesas.
13 Pues al hacer Dios la promesa a Abraham, no pu-
14 diendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, di-
ciendo:

«De cierto, bendiciendo te bendeciré,
y multiplicando te multiplicaré.»[2]

---

[1] V. 2. o, *lavamientos.* [2] V. 14. Gén. 22: 16 y 17.

15 Y así, esperando *Abraham* con paciencia, alcanzó
16 la promesa. Porque los hombres juran por uno ma-
yor *que ellos;* y el juramento en confirmación, es
17 para ellos término de toda contienda. Por lo cual,
queriendo Dios mostrar más abundantemente a los
herederos de la promesa la inmutabilidad de su con-
18 sejo, interpuso juramento; para que por dos co-
sas inmutables, en las cuales es imposible que Dios
mienta, tengamos un poderoso consuelo los que nos
hemos acogido a asirnos de la esperanza propues-
19 ta; la cual tenemos como segura y firme ancla del
20 alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde
Jesús entró por nosotros *como* precursor, hecho su-
mo sacerdote para siempre según el orden de Mel-
quisedec.
7, 1 Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacer-
dote del Dios Altísimo, que se encontró con Abra-
ham cuando *éste* volvía de la derrota de los reyes,
2 y le bendijo (a quien asimismo dió Abraham los
diezmos de todo, *cuyo nombre* en primer término
significa rey de Justicia; y además *se titula* rey de
3 Salem, que es, rey de Paz; sin padre, sin madre,
sin genealogía, que ni tiene principio de días, ni
fin de vida, sino que es hecho semejante al Hijo de
Dios), *este Melquisedec,* permanece sacerdote para
siempre.
4 Considerad pues cuán grande sería éste, al cual
Abraham, el patriarca, dió diezmos de los mejores
5 despojos. Y ciertamente, los que de los hijos de
Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de
tomar del pueblo los diezmos según la ley, es a sa-
ber, de sus hermanos, aunque también hayan salido
6 de los lomos de Abraham. Mas aquel cuya genea-
logía no es contada desde ellos, tomó de Abraham los
7 diezmos, y bendijo al que tenía las promesas. Y es
indiscutible que lo menos, es bendecido de lo más.
8 Y aquí ciertamente, hombres mortales reciben los
diezmos; mas allí, *uno sobre el cual* se da testimo-
9 nio de que vive. Y por decirlo así, el mismo Leví

10 que recibe los diezmos, los pagó en Abraham; por-
que todavía estaba en los lomos de su padre cuando
Melquisedec se encontró con éste.
11 Si pues la perfección fuese por el sacerdocio le-
vítico (pues bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué
necesidad *habría* aún de que se levantase un sacer-
dote diferente según el orden de Melquisedec, y no
12 designado según el orden de Aarón? Pues cambia-
do el sacerdocio, es necesario que cambie también
13 la ley. Porque aquel de quien esto se dice pertene-
ce a otra tribu, de la cual nadie ha servido al altar.
14 Porque notorio es que el Señor nuestro nació de la
tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante a
15 sacerdotes. Y aun es *esto* más patente, si a seme-
janza de Melquisedec se levanta un sacerdote dis-
16 tinto, no constituído según la ley de un manda-
miento carnal, sino según el poder de una vida indi-
17 soluble; pues se da testimonio *de él, diciendo:*

«Tú eres sacerdote para siempre
según el orden de Melquisedec.»[1]

18 Hay, pues, abrogación del mandamiento precedente,
19 por su flaqueza e inutilidad (porque la ley nada
perfeccionó); y hay introducción de mejor esperanza,
20 por la cual nos acercamos a Dios. Y por cuanto no
21 *fué* sin juramento (porque aquellos sacerdotes fue-
ron constituídos sin juramento; mas éste, con jura-
mento del que le dijo:

«Juró el Señor, y no se arrepentirá:
Tú eres sacerdote para siempre;»[2])

22 por tanto, Jesús es hecho fiador de mejor pacto. Y
23 aquéllos llegaron a ser muchos sacerdotes, porque la
24 muerte les impedía seguir *en ejercicio;* mas és-
te, por cuanto permanece para siempre, tiene un sa-
25 cerdocio intransferible; de aquí, que también pue-
de salvar hasta lo sumo a los que por él se allegan
a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

---

[1] V. 17. Sal. 110: 4.
[2] V. 21. Sal. 110: 4.

26 Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, ino-
cente, inmaculado, apartado de los pecadores, y he-
27 cho más sublime que los cielos; que no tiene nece-
sidad cada día, como los sumos sacerdotes, de ofrecer
primero sacrificios por sus propios pecados, y luego
por los del pueblo; porque ésto *lo* hizo una vez para
28 siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley
constituye sumos sacerdotes a hombres sujetos a fla-
quezas; mas la palabra del juramento, posterior a la
ley, *constituye* al Hijo, hecho perfecto para siempre.

8, 1 Ahora bien, el punto capital de lo que venimos
diciendo, es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual
se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los
2 cielos, ministro del Santuario, y del verdadero Ta-
3 bernáculo que el Señor levantó y no hombre. Por-
que todo sumo sacerdote está constituído para ofre-
cer dones y sacrificios; de donde es necesario que
4 éste también tenga algo que ofrecer. Así que, si
estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdo-
te, habiendo aún quienes ofrecen los presentes con-
5 forme a la ley; los cuales ministran *en lo que es*
bosquejo y sombra de las cosas celestiales, como
Moisés fué amonestado de Dios cuando iba a ha-
cer el Tabernáculo:

«Mira, dice, haz todas las cosas conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.» [1]

6 Mas ahora *Cristo* ha obtenido tanto mejor mi-
nisterio, cuanto es también mediador de mejor pac-
7 to, establecido sobre mejores promesas. Porque si
aquel primer *pacto* fuera sin defecto, no se habría
8 procurado lugar para un segundo. Porque repren-
diéndolos, dice:

«He aquí vienen días, dice el Señor,
en que estableceré para la casa de Israel
y para la casa de Judá un nuevo pacto;

---

[1] V. 5. Ex. 25: 40.

9 no según el pacto que hice con sus padres
el día que los tomé de la mano
para sacarlos de la tierra de Egipto;
porque ellos no permanecieron en mi pacto,
y yo me desentendí de ellos, dice el Señor.
10 Porque este es el pacto que ordenaré para la casa de Israel
después de aquellos días, dice el Señor:
Pondré mis leyes en la mente de ellos,
y sobre su corazón las escribiré;
y seré a ellos Dios,
y ellos me serán a mí pueblo;
11 y ninguno enseñará a su vecino,
ni nadie a su hermano, diciendo:
Conoce al Señor;
porque todos me conocerán,
desde el menor hasta el mayor de ellos.
12 Porque seré propicio a sus injusticias,
y no me acordaré más de sus pecados.»[1]

13 Al decir «nuevo *pacto*», da por viejo al primero; y
lo que se da por viejo y envejece, está próximo a
desaparecer.
9, 1 Mas en verdad, aun el primer *pacto* tenía orde-
2 nanzas de culto y un santuario terrenal. Porque el
Tabernáculo fué construído así: el primero, en que
estaban el candelabro y la mesa con los panes de
3 la proposición; lo que llaman el «Lugar Santo». Y
tras el segundo velo, *la parte del* Tabernáculo lla-
4 mada «El Lugar Santísimo»; el cual tenía un in-
censario de oro,[2] y el arca del pacto cubierta de oro
por todas partes; en la que *estaban* una urna de oro
que contenía el maná, y la vara de Aarón que rever-
5 deció, y las tablas del pacto; y sobre ella, querubi-
nes de gloria que cubrían con su sombra el propicia-
torio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar
6 detalladamente. Y estando así ordenadas estas co-

---

[1] V. 12. Jer. 31: 31-34.
[2] V. 4. o, *altar de incienso.*

sas, en el primer Tabernáculo entraban continuamen-
te los sacerdotes para hacer los oficios del culto;
7 mas en el segundo, el sumo sacerdote, él solo, entra
una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí
8 mismo, y por los yerros del pueblo; dando en esto
a entender el Espíritu Santo, que aun no había sido
mostrado el camino al Lugar Santísimo, mientras
9 el primer Tabernáculo estuviese en pie. Lo cual
es un símbolo para el tiempo presente, según el cual
se ofrecen dones y sacrificios que no pueden hacer
perfecto, cuanto a la conciencia, al que así adora;
10 *consistentes* sólo en comidas y en bebidas, y en
diversas abluciones,[1] ordenanzas acerca de la carne,
11 impuestas hasta el tiempo de reformas. Mas ha-
biendo venido Cristo, sumo sacerdote de los bie-
nes venideros, por el mayor y más perfecto Ta-
bernáculo, no hecho de manos, es a saber, no de
12 esta creación; y no por sangre de machos cabríos
ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una
vez para siempre en el Lugar Santo, habiendo obte-
13 nido eterna redención. Porque si la sangre de ma-
chos cabríos y de toros, y las cenizas de la becerra
rociando a los inmundos, santifican para la purifica-
14 ción de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo,
el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo
sin mancha a Dios, limpiará nuestra[2] conciencia de
15 obras muertas para servir al Dios vivo! Y por eso
es mediador de un nuevo pacto, para que habiendo
intervenido una muerte para la redención de las
transgresiones que había bajo el primer pacto, los
llamados reciban la promesa de la herencia eterna.
16 Porque donde hay testamento,[3] es necesario que se
17 aduzca la muerte del testador. Porque un testa-
mento sólo es válido, ocurrida muerte;[4] puesto que
18 no tiene fuerza entretanto que el testador vive. De

---

[1] V. 10. Gr. *bautismos.*
[2] V. 14. Var.: *vuestra.*
[3] V. 16. La voz griega para *testamento* y *pacto* es la misma.
[4] V. 17. Gr. *sobre muertos.*

donde ni aun el primer *pacto* fué instituído sin san-
19 gre. Porque cuando Moisés hubo anunciado todos
los mandamientos, según la ley, a todo el pueblo,
tomó la sangre de los becerros y de los machos ca-
bríos, con agua, y lana escarlata, e hisopo, y roció el
20 mismo libro, y también a todo el pueblo, diciendo:

«Esta es la sangre del pacto que Dios os ha ordenado.»[1]

21 De la misma manera roció también con la sangre el
22 Tabernáculo y todos los vasos del ministerio. Y
según la Ley, casi todo es purificado con sangre; y
sin derramamiento de sangre no se hace remisión.
23 Fué, pues, necesario que las figuras de las cosas
que hay en el cielo fuesen purificadas con estos sa-
crificios; pero las mismas cosas celestiales, con me-
24 jores sacrificios que ellos. Porque no entró Cristo
en el santuario hecho de manos, figura del verda-
dero, sino en el mismo cielo, para comparecer ahora
25 por nosotros en la presencia de Dios. Y no para
ofrecerse muchas veces a sí mismo, como entra el
sumo sacerdote en el Lugar Santo cada año con san-
26 gre ajena; de otra manera fuera necesario que hu-
biera padecido muchas veces desde la fundación del
mundo; mas ahora una vez para siempre en la con-
sumación de los siglos, se ha manifestado por el sa-
crificio de sí mismo, para quitar de en medio el peca-
27 do. Y por cuanto está reservado para los hombres
28 que mueran una vez, y después el juicio, así tam-
bién Cristo fué ofrecido una sola vez para llevar los
pecados de muchos; y la segunda vez, sin pecado,
aparecerá a los que le esperan para salvación.

10, 1 Teniendo, pues, la ley sólo una sombra de los
bienes venideros, no la imagen misma de las cosas,
nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofre-
cen continuamente cada año, hacer perfectos a los
2 que se allegan. De otra manera, ¿no habrían cesa-

[1] V. 20. Ex. 24: 6 y 8.

do de ofrecerse, no teniendo ya los adoradores con-
ciencia de pecado, si una vez hubiesen quedado lim-
3 pios? Mas al contrario, en estos *sacrificios* se
4 hace cada año recordación de los pecados. Porque
la sangre de toros y de machos cabríos no puede
5 quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el
mundo, dice:

«Sacrificio y ofrenda no quisiste;
mas me preparaste cuerpo;
6 holocaustos y *expiaciones* por el pecado no
te agradaron.
7 Entonces dije: Heme aquí,
(en el rollo del libro está escrito de mí),
venido para hacer, oh Dios, tu voluntad.»[1]

8 Diciendo arriba: «Sacrificio y ofrendas, y holocaus-
tos y *expiaciones* por el pecado no quisiste, ni te
9 agradaron» (cosas que se ofrecen según la ley), y
añadiendo después: «Heme aquí, venido para hacer
tu voluntad», él quita lo primero, para establecer lo
10 segundo. En esa voluntad hemos sido santificados
por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una
11 vez para siempre. Y, a la verdad, todo sacerdote
está en pie diariamente para ministrar y ofrecer mu-
chas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden
12 quitar los pecados; pero aquél, habiendo ofrecido
para siempre un solo sacrificio por los pecados, se
13 sentó a la diestra de Dios, aguardando lo que resta
hasta que sus enemigos sean puestos por escabel de
14 sus pies. Porque con una sola ofrenda hizo perfec-
tos para siempre a los que van siendo santificados.
15 Y nos lo atestigua también el Espíritu Santo, por-
que después de haber dicho:

16 «Este es el pacto que haré con ellos
después de aquellos días, dice el Señor;
pondré mis leyes en su corazón,
y en su mente las escribiré;»[2]

---

[1] V. 7. Sal. 40: 6-8.
[2] V. 16. Jer. 31: 33.

17 *añade:*
«Y de sus pecados e iniquidades no me acordaré más.»[1]
18 Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado.

19 Hermanos, puesto que tenemos libertad para entrar
20 en el Santuario por la sangre de Jesús, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo,
21 esto es, de su carne, y un gran sacerdote sobre la
22 casa de Dios, lleguémonos con sincero corazón, en plena certidumbre de fe, rociados los corazones *y limpios* de mala conciencia, y lavados los cuerpos
23 con agua pura. Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza, que fiel es quien hizo las
24 promesas; y considerémonos los unos a los otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no
25 dejando nuestra congregación, como algunos tienen por costumbre, mas exhortándonos, y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.
26 Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no
27 queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y hervor de fuego que
28 ha de devorar a los adversarios. *Si* el que ha menospreciado la ley de Moisés, muere irremisiblemen-
29 te «por el testimonio de dos o tres testigos;»[2] ¿de cuánto mayor castigo pensáis que será merecedor el que haya hollado al Hijo de Dios, y tenido por inmunda la sangre del pacto, por la cual fué santifica-
30 do, y hecho afrenta al Espíritu de la gracia? Pues sabemos *quién* es el que dijo:
«Mía es la venganza, yo pagaré.»[3]
Y otra vez:
«El Señor juzgará a su pueblo.»[3]
31 ¡Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo!

---

[1] V. 17. Jer. 31: 34.
[2] V. 28. Núm. 15: 31; Deut. 17: 6.
[3] V. 30. Deut. 32: 35 y 36.

32 Empero traed a la memoria los días primeros, en
los cuales, después de haber sido iluminados, sostu-
33 visteis gran lucha de padecimientos; por una parte,
sirviendo de espectáculo *al mundo,* por los vitupe-
rios y las tribulaciones; y por otra, llegando a ser
compañeros de los que pasaban por iguales trances.
34 Porque no sólo os compadecisteis de los presos, sino
que también aceptasteis con gozo el despojo de vues-
tros bienes, sabiendo que en cuanto a vosotros tenéis
35 un patrimonio más excelente y duradero. No de-
sechéis, pues, vuestra confianza, que tiene grande
36 galardón. Porque tenéis necesidad de paciencia
para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, ob-
tengáis la promesa.
37 «Porque aun un poquito,
y el que ha de venir vendrá, y no tardará.»[1]
38 «Y mi justo vivirá por la fe;»[2]
mas si se retrajere, no se complacerá en él mi alma.
39 Pero nosotros no somos de los que se retraen para
perdición, sino de *firme* fe para salvación del alma.
11, 1 Es, pues, *la* fe la seguridad[3] de las cosas que
se esperan, la demostración de las cosas que no se
2 ven. Pues por ella alcanzaron testimonio nuestros
3 mayores. Por la fe entendemos haber sido consti-
tuídos los mundos[4] por la palabra de Dios, de modo
4 que lo visible no fué hecho de cosas visibles. Por
la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que
Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era jus-
to, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muer-
5 to, aun habla por ella. Por la fe Enoc fué traspues-
to para no ver muerte, y no fué hallado, porque le
traspuso Dios; y antes de ser traspuesto, ya había al-
6 canzado testimonio de haber agradado a Dios. Pe-
ro sin fe es imposible agradar*le;* porque es necesario
que el que a Dios se allega, crea que le hay, y que

---

[1] V. 37. Hab. 2: 3.
[2] V. 38. Hab. 2: 4.
[3] V. 1. o, *sustancia.*
[4] V. 3. Gr. *siglos.*

7 es galardonador de los que le buscan. Por la fe
Noé, habiendo sido amonestado de Dios acerca de
cosas que aun no se veían, con piadoso temor preparó el arca para la salvación de su casa; por la cual
fe condenó al mundo, y fué hecho heredero de la
justicia que es según la fe.
8 Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para
salir al lugar que había de recibir por herencia; y sa-
9 lió sin saber adónde iba. Por la fe peregrinó en la
tierra prometida, como en *tierra* ajena, morando en
cabañas con Isaac y Jacob, herederos con él de la
10 misma promesa; porque esperaba la ciudad que tie-
ne los fundamentos, cuyo arquitecto y constructor
11 es Dios. Por la fe aun la misma Sara recibió fuer-
zas para concebir simiente ya fuera del tiempo de
12 la edad, porque juzgó fiel al que lo prometía. Por
lo cual también, de uno, y ése ya amortiguado, sa-
lieron tantos

«como las estrellas del cielo en multitud,
y como la arena innumerable que está a la orilla de la mar.»[1]

13 En la fe murieron todos éstos sin haber obtenido *el
cumplimiento de* las promesas, sino mirándolas de
lejos, y saludándolas, y confesando que eran

«peregrinos y extranjeros sobre la tierra.»[2]

14 Porque los que tal dicen, claramente dan a entender
15 que buscan patria; pues si se hubieran acordado
de aquella de que salieron, habrían tenido tiempo de
16 volverse; pero ahora anhelan una mejor, es a saber,
la celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de
ellos, hasta llamarse su Dios; porque les ha prepara-
17 do una ciudad. Por la fe Abraham, cuando fué pro-
bado, ofreció a Isaac; y ofrecía a su unigénito el que
18 había recibido las promesas, al cual le fué dicho:

«En Isaac te será llamada simiente;»[3]

19 considerando que aun de entre los muertos era Dios

---

[1] V. 12. Gén. 22: 17; 32: 12.
[2] V. 13. Gén. 23: 4.
[3] V. 18. Gén. 21: 12.

poderoso para resucitarle; de allí, figuradamente,
20 también volvióle a recibir. Por la fe Isaac bendi-
jo a Jacob y a Esaú aun respecto a cosas venideras.
21 Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los
hijos de José, y

«adoró *apoyado* sobre el puño de su bordón.»[1]

22 Por la fe José, al morir, hizo mención de la salida de
los hijos de Israel, y dió mandamiento acerca de sus
propios huesos.
23 Por la fe Moisés, cuando nació, fué escondido por
sus padres durante tres meses, porque le vieron her-
24 moso niño; y no temieron el decreto del rey. Por
la fe Moisés, hecho ya hombre, rehusó llamarse hijo
25 de la hija de Faraón; escogiendo más bien ser mal-
tratado con el pueblo de Dios, que gozar de los de-
26 leites temporales del pecado; teniendo por mayo-
res riquezas el vituperio de Cristo, que los tesoros
de Egipto: porque tenía puesta su mirada en la re-
27 compensa. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la
ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisi-
28 ble. Por la fe celebró[2] la pascua y la aspersión de la
sangre, para que el destructor de los primogénitos
29 no los tocase a ellos. Por la fe pasaron el Mar Rojo
como por tierra seca; probando a hacer lo cual los
30 egipcios, fueron tragados. Por la fe cayeron los
muros de Jericó, después de ser rodeados durante
31 siete días. Por la fe Rahab la ramera no pereció
juntamente con los desobedientes; pues había reci-
bido a los espías en paz.
32 ¿Y qué más diré?, porque me faltaría tiempo para
contar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté,
33 de David y Samuel y de los profetas; que por la fe
subyugaron reinos, obraron justicia, obtuvieron pro-
34 mesas, taparon bocas de leones, apagaron la vio-
lencia del fuego, evitaron filo de espada, convale-
cieron de enfermedades, hiciéronse poderosos en
batalla, y arrollaron los campamentos de *enemigos*

---

[1] V. 21. Gén. 47: 31, según los LXX. [2] V. 28. o, *instituyó*.

35 extranjeros. Hubo mujeres que recibieron sus muer-
tos mediante resurrección; mas otros fueron estira-
dos, no aceptando el rescate, con el fin de obtener
36 una resurrección mejor; otros experimentaron es-
carnio y azotes, y a más de esto, cadenas y cárce-
37 les; fueron apedreados, puestos a prueba, aserra-
dos, muertos a cuchillo; anduvieron de acá para allá
cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesita-
38 dos, atribulados, y maltratados (de los cuales el
mundo no era digno); errantes por los desiertos, por
los montes, por las cuevas y por las cavernas de la
39 tierra. Y todos éstos, aun habiendo alcanzado buen
testimonio por medio de la fe, no obtuvieron *el*
40 *cumplimiento de* la promesa; proveyendo Dios
alguna cosa mejor para nosotros, a fin de que no fue-
sen perfeccionados sin nosotros.

12, 1 Por tanto, nosotros también, teniendo en de-
rredor nuestro tan grande nube de testigos, despo-
jándonos de toda carga, y del pecado que estrecha-
mente nos rodea, corramos con paciencia la carrera
2 que nos es propuesta, fijos los ojos en el autor y
consumador de la fe, en Jesús; el cual, por el gozo
que le fué propuesto, sufrió la cruz, menospreciando
la vergüenza, y se ha sentado a la diestra del trono
3 de Dios. Considerad pues, atentamente, a aquel
que ha sufrido tal contradicción de gente pecadora
contra sí mismo, para que no os fatiguéis en vues-
4 tros ánimos desmayando. Aun no habéis resistido
hasta *derramar vuestra* sangre, combatiendo con-
5 tra el pecado; y habéis olvidado la exhortación que
como a hijos se os dirige:
«Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor,
ni desmayes cuando de él eres reprendido;
6 porque el Señor al que ama corrige,
y azota a cada uno que recibe por hijo.»[1]

---

[1] V. 6. Prov. 3: 11 y 12.

7 Sufrís para corrección. Dios se conduce con vosotros
como con hijos; porque ¿qué hijo hay a quien su pa-
8 dre no corrija? Mas si estáis sin corrección, de la
cual todos han sido participantes, bastardos sois, y
9 no hijos. Además, si teníamos a nuestros padres
carnales que nos corregían, y los reverenciábamos,
¿no nos someteremos con mayor razón al Padre de
10 los espíritus, y viviremos? Pues aquéllos, a la ver-
dad, por pocos días nos corregían según les parecía;
mas éste para lo que nos es provechoso, para que
11 participemos de su santidad. Es verdad que nin-
guna corrección al presente parece ser gozosa, sino
penosa; mas después, da fruto apacible de justicia a
12 los que por ella han sido disciplinados. Por lo cual,
fortaleced las manos caídas y las rodillas paralizadas;
13 y enderezad las sendas para vuestros pies, a fin de
que lo cojo no se salga de su sitio, antes sea sanado.
14 Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual
15 nadie verá al Señor; mirando bien, no sea que al-
guno deje de alcanzar la gracia de Dios; no sea que
brotando alguna raíz de amargura, *os* perturbe, y por
16 ella sean muchos contaminados; no sea que haya
algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una
17 sola comida vendió su primogenitura. Porque sa-
béis que aun cuando después deseó heredar la ben-
dición, fué rechazado, pues no halló lugar de arre-
pentimiento, aunque procuró la bendición con lá-
grimas.
18 Porque no os habéis llegado a *un monte* que se
podía tocar y que ardía en fuego, y a obscuridad, y
19 tinieblas, y torbellino, y al sonido de trompeta, y
a la voz que hablaba, la cual quienes la oyeron ro-
20 garon que no se les dijese una palabra más; por-
que no podían sobrellevar lo que se mandaba:

«Y aun si una bestia tocare el monte, será apedreada;» [1]

---

[1] V. 20. Ex. 19: 13.

21 y tan terrible era aquel espectáculo, que Moisés dijo:
«Estoy espantado y temblando.»[1]
22 Mas os habéis llegado al monte de Sión, y a la ciu-
dad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, y a millares
23 de millares de ángeles en festiva convocación, y a
la iglesia de los primogénitos que están inscriptos en
los cielos, y a Dios el Juez de todos, y a los espíri-
24 tus de los justos hechos perfectos, y a Jesús el me-
diador del nuevo pacto, y a la sangre del rociamien-
25 to que habla mejor que *la de* Abel. Mirad que no
desechéis al que habla. Porque si no escaparon aque-
llos que desecharon al que *les* amonestaba en la tie-
rra, mucho menos nosotros, al volvernos del que
26 *habla* desde los cielos. La voz del cual conmovió
entonces la tierra; mas ahora ha prometido, diciendo:
«Aun una vez, y yo conmoveré no solamen-
te la tierra, sino también el cielo.»[2]
27 Y esto de «aun una vez», indica la mudanza de las
cosas movibles, como de cosas hechas, para que per-
28 manezcan las que son inconmovibles. Así que, re-
cibiendo el reino inmóvil, tengamos gratitud, para
ofrecer mediante ella a Dios un culto agradable[3] con
29 reverencia y temor santo; porque el Dios nuestro
es fuego consumidor.

13, 1 2 Permanezca el amor fraternal. No olvidéis la
hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo,
3 hospedaron ángeles. Acordaos de los presos, como
presos juntamente con ellos; y de los que son maltra-
tados, como estando vosotros también en el cuerpo.
4 Téngase en alta estima entre todos el matrimonio, y
el lecho *conyugal* sea sin mancilla; pues a los for-
5 nicarios y a los adúlteros juzgará Dios. Sea vues-
tro comportamiento sin avaricia; contentos con el
bien presente; porque él ha dicho:

---

[1] V. 21. Deut. 9: 19, según los LXX.
[2] V. 26. Ag. 2: 6.
[3] V. 28. o, *tengamos gracia por la cual sirvamos a Dios agradándole.*

«Nunca te dejaré ni te desampararé.»[1]
6 De manera que podemos decir confiadamente:
«El Señor es mi ayudador; no temeré;
¿qué podrá hacerme el hombre?»[2]
7 Acordaos de vuestros pastores[3] que os hablaron la
palabra de Dios; la fe de los cuales imitad, conside-
rando cuál ha sido el éxito de su vida.
8 Jesucristo *es* el mismo ayer, y hoy, y por los si-
9 glos. No seáis llevados de acá para allá por doctri-
nas diversas y extrañas; porque bueno es que el co-
razón se afirme con la gracia, no con viandas, que
nunca fueron de provecho a los que se ocuparon de
10 ellas. Tenemos un altar, del cual no tienen facultad
11 de comer los que sirven al Tabernáculo. Porque los
cuerpos de aquellos animales, cuya sangre, a causa
del pecado, es metida en el Santuario por el sumo sa-
12 cerdote, son quemados fuera del real. Por lo cual
también Jesús, para santificar por su propia sangre
13 al pueblo, padeció fuera de la puerta. Salgamos
14 pues a él fuera del real, llevando su vituperio; por-
que no tenemos aquí ciudad permanente, mas busca-
15 mos la que está por venir. Así que, por medio de
él, ofrezcamos continuamente a Dios sacrificio de
alabanza, es a saber, fruto de labios que confiesen
16 su nombre. Y de hacer el bien y de socorrer no os
olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios.
17 Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos;
porque ellos velan por vuestras almas, como los
que han de dar cuenta; para que lo hagan con ale-
gría, y no con lamentación; porque esto no os es
provechoso.
18 Orad por nosotros; porque estamos confiados de
tener buena conciencia, deseando conducirnos bien
19 en todo. Y con mayor insistencia os ruego que lo
hagáis así, para que yo os sea restituído más pronto.

---

[1] V. 5. Deut. 31: 6.
[2] V. 6. Sal. 56: 4.
[3] V. 7. o, *directores*.

20 Y el Dios de paz, que resucitó de entre los muer-
tos a nuestro Señor Jesús, el Gran Pastor de las ove-
21 jas, por la sangre de un pacto eterno, os perfeccio-
ne en todo bien para que hagáis su voluntad, hacien-
do él en vosotros lo que es agradable en su presen-
cia por Jesucristo; a quien sea gloria por los siglos
22 de los siglos. Amén. Pero os ruego, hermanos, que
soportéis la palabra de exhortación; porque os he
23 escrito brevemente. Sabed que nuestro hermano
Timoteo está en libertad;[1] si viene pronto, iré con él
a veros.

24 Saludad a todos vuestros pastores y a todos los
25 santos. Los de Italia os saludan. La gracia sea con
todos vosotros.

---

[1] V. 23. o, *enviado con una misión.*

LA EPÍSTOLA

DE

SANTIAGO

1, 1 Santiago,[1] siervo de Dios y del Señor Jesu-
cristo:
A las doce tribus que están en la Dispersión:
Salud.
2 Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando ca-
3 yereis en pruebas diversas; sabiendo que la prue-
4 ba de vuestra fe obra paciencia. Mas tenga la pa-
ciencia perfecto obrar, para que seáis perfectos y
5 cabales, sin que nada os falte. Y si alguno de vos-
otros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual
da a todos liberalmente, y no zahiere; y le será dada.
6 Pero pida en fe, no dudando nada; porque el que duda
es semejante a la ola del mar, que es llevada del
7 viento, y echada de una parte a otra. No piense,
pues, ese hombre que ha de recibir cosa alguna del
8 Señor, *siendo como es* varón de doblado ánimo,
9 inconstante en todos sus caminos. El hermano que
10 es de clase humilde, gloríese en su elevación; mas
el que es rico, en su humillación; porque él se pasará
11 como la flor de la hierba. Porque sale el sol con
ardor,[2] la hierba se seca, su flor se cae, y perece la
hermosura de su apariencia; así también se marchi-
tará el rico en todas sus empresas.
12 Bienaventurado el varón que soporta la tentación;
porque cuando haya sido probado, recibirá la corona
de la vida, que *Dios* ha prometido a los que le aman.
13 Ninguno, cuando es tentado, diga: «Soy tentado de

---

[1] V. 1. o, *Jacobo.*
[2] V. 11. o, *viento abrasador.*

Dios»; porque Dios no puede ser tentado del mal, ni
14 él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado,
cuando de su propia concupiscencia es atraído y pre-
15 so. Y la concupiscencia, después que ha concebido,
pare al pecado; y el pecado, siendo cumplido, en-
16 gendra muerte. Amados hermanos míos, no erréis.
17 Toda buena dádiva y todo don perfecto son de lo
alto, y descienden del Padre de las luces, en el cual
18 no hay mudanza ni sombra de variación. El de su
voluntad nos ha engendrado por la palabra de ver-
dad, para que seamos unas de las primicias de sus
criaturas.
19 *Esto ya lo* sabéis, mis amados hermanos. Mas
todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar,
20 tardo para airarse; porque la ira del hombre no
21 obra la justicia de Dios. Por lo cual, dejando toda
impureza y superfluidad de malicia, recibid con man-
sedumbre la palabra ingerida, que puede salvar vues-
22 tras almas. Mas sed hacedores de la palabra, y no
tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mis-
23 mos. Porque si alguno es oidor de la palabra y no
hacedor, éste es semejante al hombre que consi-
24 dera en un espejo su rostro natural. Porque él se
considera a sí mismo, y se va, y luego se olvida de
25 cómo era. Mas el que hubiere mirado atentamente
en la ley perfecta, en la de la libertad, y persevera-
do *en ella,* no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor
de la obra, éste será bienaventurado en su proceder.
26 Si alguno piensa que es religioso, y no refrena su
lengua, sino que engaña su corazón, la religión de
27 éste es vana. La religión pura y sin mácula delan-
te del Dios y Padre, es ésta: Visitar a los huérfanos
y a las viudas en su tribulación, y guardarse sin
mancha de este mundo.

2, 1 Hermanos míos, no tengáis la fe de nuestro Se-
ñor Jesucristo, *el Señor* de la gloria, unida con acep-
2 ción de personas. Porque si en vuestra asamblea[1]

---

[1] V. 2. Gr. *sinagoga.*

entra un varón con anillo de oro y ropa espléndida, y
3 también entra un pobre con vestido humilde, y tu-
viereis atenciones para el que trae la ropa espléndi-
da y le dijereis: Siéntate tú aquí en buen lugar; y di-
jereis al pobre: Estate tú allí en pie; o siéntate bajo
4 mi estrado, ¿no hacéis interiormente distinciones
de personas, y venís a ser jueces de inicuo pensar?
5 Amados hermanos míos, oíd: ¿No ha escogido Dios a
los pobres de este mundo *para que sean* ricos en
fe y herederos del reino que prometió a los que le
6 aman? Mas vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No
os oprimen los ricos, y no son ellos los que os arras-
7 tran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos del buen
8 nombre invocado sobre vosotros? Si, en verdad,
cumplís el real precepto, conforme a la escritura:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo,»[1]

9 obráis bien; mas si hacéis acepción de personas,
cometéis pecado, y estáis convictos por la ley como
10 transgresores. Porque cualquiera que guardare
toda la ley, y tropezare en un solo *precepto,* es he-
11 cho culpable de todos. Porque el que dijo:

«No cometerás adulterio,»[2]

dijo también:

«No matarás.»[3]

Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya
12 eres transgresor de la ley. Hablad así, y así proce-
ded, como quienes habéis de ser juzgados por la ley
13 de libertad. Porque juicio sin misericordia *habrá*
para aquel que no usare de misericordia; la miseri-
cordia triunfa sobre el juicio.

14 Hermanos míos, ¿de qué aprovecha si alguno dice
que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvar-
15 le? Si un hermano o una hermana están desnudos,
16 y carecen del diario alimento, y alguno de vos-
otros les dijere: Id en paz, calentaos y hartaos; pero

---

[1] V. 8. Lev. 19: 18.
[2] V. 11. Ex. 20: 14.
[3] V. 11. Ex. 20: 13.

no les diereis las cosas que son necesarias para el
17 cuerpo, ¿de qué les aprovechará? Así también la
18 fe, si no tuviere obras, muerta es en sí misma. Pero
alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras; mués-
trame tu fe sin las obras, y yo por mis obras te mos-
19 traré mi fe. Tú crees que Dios es uno; haces bien;
también los demonios *lo* creen, y se estremecen.
20 Mas ¿quieres saber, oh hombre vano, que la fe sin
21 obras es estéril? ¿No fué justificado por las obras
Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo
22 Isaac sobre el altar? Ya ves que la fe obraba jun-
tamente con sus obras, y que por las obras se perfec-
23 cionó la fe. Y cumplióse la escritura que dice:

«Abraham creyó a Dios, y le fué contado por
justicia,» [1]

24 y fué llamado amigo de Dios. Ya veis que el hom-
bre es justificado por las obras, y no solamente por
25 la fe. De igual modo también Rahab la ramera, ¿no
fué justificada por obras, cuando recibió a los men-
26 sajeros, y los sacó por otro camino? Porque como
el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe
sin obras está muerta.

3, 1 Hermanos míos, no os hagáis muchos de vos-
otros maestros, sabiendo que recibiremos mayor con-
2 denación. Porque todos ofendemos muchas veces.
Si alguno no ofende en palabra, éste es varón per-
fecto, que también es capaz de gobernar con freno
3 todo el cuerpo. Si ponemos freno en la boca de los
caballos para que nos obedezcan, les hacemos volver
4 todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque
tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, se les
hace dar la vuelta por un timón muy pequeño, adonde
5 quiere el impulso del piloto. Así también la lengua
es un miembro pequeño, y se jacta de grandes cosas.
He aquí, un pequeño fuego ¡cuán grande bosque en-
6 ciende! La lengua es un fuego, un mundo de mal-

---

[1] V. 23. Gén. 15. 6.

dad. La lengua está puesta entre nuestros miembros,
la cual contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda
7 de la vida,[1] y es inflamada por el Gehena. Porque
toda naturaleza de bestias, y de aves, y de reptiles,
y de seres de la mar, se doma y ha sido domada por
8 la naturaleza humana; pero la lengua ningún hom-
bre puede domarla; es un mal incesante; llena *está*
9 de veneno mortal. Con ella bendecimos al Señor
y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que
10 están hechos a la semejanza de Dios. De una mis-
ma boca proceden bendición y maldición. Hermanos
11 míos, estas cosas no deben ser así. ¿Echa algún
12 manantial por una misma abertura agua dulce y agua
amarga? Hermanos míos, ¿puede la higuera pro-
ducir aceitunas, o higos la vid? Tampoco puede *la*
13 *fuente de* agua salada dar agua dulce. ¿Quién es
sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la
buena conducta sus obras en mansedumbre de sabi-
14 duría. Pero si tenéis amargos celos y contienda en
vuestro corazón, no os gloriéis, ni seáis mentirosos
15 contra la verdad. No es ésta la sabiduría que des-
ciende de arriba, sino la que es terrena, animal, dia-
16 bólica. Porque donde hay celos y contienda, allí
17 hay perturbación y toda obra perversa. Mas la sa-
biduría que es de arriba, primeramente es pura, des-
pués pacífica, amable, condescendiente, llena de mi-
sericordia y de buenos frutos, imparcial, no fingida.
18 Y el fruto de justicia se siembra en paz para[2] aque-
llos que procuran la paz.

4, 1 ¿De dónde *vienen* las guerras, y de dónde los
pleitos entre vosotros? ¿No es de ésto, de vuestras
pasiones, las cuales combaten en vuestros miem-
2 bros? Codiciáis y no tenéis; matáis y envidiáis, y
no podéis alcanzar; contendéis y guerreáis. No te-
3 néis, porque no pedís; pedís, y no recibís, porque

[1] V. 6. Gr. *del nacimiento.*
[2] V. 18. o, *por.*

4 pedís mal, para gastar en vuestros deleites. *Almas*
adúlteras, ¿no sabéis que la amistad del mundo es
enemistad contra Dios? Aquel, pues, que quiera ser
amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.
5 ¿O pensáis que dice la Escritura sin motivo: «El Es-
píritu[1] que él ha hecho habitar en nosotros *nos* ama
6 hasta sentir celos»? Mas *Dios* da mayor gracia.
Por esto dice:

«Dios resiste a los soberbios,
y da gracia a los humildes.»[2]

7 Someteos, pues, a Dios; mas resistid al diablo y hui-
8 rá de vosotros. Acercaos a Dios, y Dios se acerca-
rá a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vos-
otros los de doblado ánimo, purificad los corazones.
9 Afligíos, y lamentad, y llorad. Tórnese vuestra risa
10 en lamentos, y vuestro gozo en pesadumbre. Hu-
11 millaos delante del Señor, y él os ensalzará. Herma-
nos, no habléis mal los unos de los otros. El que ha-
bla mal de un hermano, o juzga a su hermano, habla
mal de la ley, y juzga a la ley; pero si juzgas a la
12 ley, no eres cumplidor de ella, sino juez. Uno solo
es el legislador y juez, el cual puede salvar y per-
der; mas tú, ¿quién eres que juzgas a tu prójimo?
13 Ea ahora, los que decís: Hoy o mañana iremos a
tal ciudad, y estaremos allí un año, y negociaremos,
14 y ganaremos; cuando vosotros nada sabéis del ma-
ñana. ¿Qué es vuestra vida?; pues sois *como* un va-
por que aparece por un poco de tiempo, y luego
15 se disipa. En vez de decir: Si el Señor quisie-
re, viviremos y también haremos esto o aquello.
16 Mas ahora os jactáis en vuestros alardes. Toda esa
17 jactancia es mala. Por tanto, el que sabe hacer
el bien y no lo hace, tiene pecado.

5, 1 Ea ahora, oh ricos, llorad y aullad por las mise-
2 rias que os están viniendo. Vuestras riquezas es-

---

[1] V. 5. o, *el espíritu... codicia envidiosamente?*
[2] V. 6. Prov. 3: 34.

3 tán podridas y vuestras ropas apolilladas. Vuestro
oro y plata están enmohecidos, y su moho será testi-
monio contra vosotros, y consumirá vuestras carnes
como fuego. Os habéis allegado tesoro en los días
4 postreros. He aquí, el jornal de los obreros que han
segado vuestras tierras, el cual les ha sido defrau-
dado por vosotros, clama; y el clamor de los segado-
res, ha penetrado en los oídos del Señor de los ejér-
5 citos. Habéis vivido en regalo y en delicias sobre
la tierra; habéis cebado vuestros corazones *como* en
6 día de matanza. Habéis condenado, habéis muerto
al justo, *y él* no os hace resistencia.
7 Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la ve-
nida del Señor. He aquí, el labrador espera el pre-
cioso fruto de la tierra, aguardándolo con paciencia
hasta que reciba *la lluvia* temprana y *la* tardía.
8 Tened también vosotros paciencia; afirmad vuestros
corazones; porque la venida del Señor está cerca.
9 Hermanos, no murmuréis unos contra otros, para que
no seáis condenados; he aquí el juez está delante de
10 las puertas. Hermanos, tomad como ejemplo de
sufrimiento y de paciencia, a los profetas que habla-
11 ron en el nombre del Señor. He aquí, tenemos por
bienaventurados a los que soportaron *mucho*. Ha-
béis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el
final del Señor, que el Señor es muy misericordioso
y compasivo.
12 Pero ante todo, hermanos míos, no juréis, ni por
el cielo, ni por la tierra, ni por otro cualquier jura-
mento; sino que vuestro Sí sea Sí, y vuestro No sea
13 No; para que no caigáis en condenación. ¿Está al-
guno afligido entre vosotros?, haga oración. ¿Está
14 alguno contento?, cante *alabanzas*. ¿Está alguno
enfermo entre vosotros?, llame a los ancianos de la
iglesia, y oren por él, habiéndole ungido con aceite
15 en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará
al enfermo, y el Señor le levantará; y si hubiere co-
16 metido pecados, le serán perdonados. Confesaos,
pues, vuestros pecados unos a otros, y orad los unos

por los otros, para que seáis sanados. La oración del
17 justo obra eficazmente. Elías era hombre de igual
naturaleza que nosotros, y oró con súplicas que no
lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y
18 seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dió lluvia, y
la tierra produjo su fruto.
19 Hermanos míos, sabed que si alguno entre vos-
otros se hubiere desviado de la verdad, y alguien le
20 convirtiere, el que hubiere vuelto al pecador del
error de su camino, salvará de la muerte el alma de
éste, y cubrirá multitud de pecados.

LA PRIMERA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL

PEDRO

1, 1 Pedro, apóstol de Jesucristo:
A los expatriados de la Dispersión en el Ponto,
2 Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según
la presciencia de Dios Padre, en santificación del
Espíritu, para que obedecieseis y fueseis rociados
con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean
multiplicadas.
3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor
Jesucristo, que según su gran misericordia nos en-
gendró de nuevo para una esperanza viva, mediante
la resurrección de Jesucristo de entre los muertos;
4 para una herencia incorruptible, sin mancha e inmar-
5 cesible, reservada en los cielos para vosotros, que
por el poder de Dios y mediante la fe sois guardados
para la salvación dispuesta a ser revelada en el tiem-
6 po postrero. En lo cual os regocijáis, aunque ahora
por poco tiempo, si es preciso, hayáis sido entris-
7 tecidos en pruebas diversas, a fin de que la de-
puración de vuestra fe (mucho más preciosa que
el oro que perece, el cual, sin embargo, se prueba
por medio del fuego), redunde en alabanza, gloria y
8 honra cuando Jesucristo fuere revelado; a quien
amáis, sin haberle visto; en quien, aun sin verle aho-
ra, pero creyendo, os regocijáis con gozo inefable y
9 glorioso, obteniendo el resultado de vuestra fe: la
10 salvación de *vuestras* almas. Acerca de la cual in-
quirieron e indagaron con diligencia los profetas que
profetizaron acerca de la gracia *destinada* para vos-
11 otros; escudriñando a qué época o a qué circuns-
tancias de tiempo estaba señalando el Espíritu de
Cristo que *hablaba* en ellos, al prenunciar los pade-
cimientos de Cristo y las glorias que los seguirían.

12 A los cuales fué revelado que, no para sí mismos, sino
para vosotros ministraban estas cosas que ahora os
han sido anunciadas por los que os predicaron el
evangelio en el Espíritu Santo enviado del cielo,
cosas en las cuales los ángeles desean penetrar con
su mirada.
13 Por tanto, ceñidos los lomos de vuestro entendi-
miento, conservándoos serenos, esperad cumplida-
mente en la gracia que se os ha de traer cuando Je-
14 sucristo fuere revelado; como hijos obedientes, no
amoldándoos a las pasadas concupiscencias del tiem-
15 po de vuestra ignorancia, sino, como es santo el
que[1] os llamó, sed también vosotros santos en todo
16 vuestro proceder, porque escrito está:

«Sed santos, porque yo soy santo.»[2]

17 Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de
personas juzga según la obra de cada cual, condu-
cíos en temor durante el tiempo de vuestra peregri-
18 nación; sabiendo que fuisteis redimidos de vuestra
vana manera de vivir, transmitida desde vuestros pa-
dres, no con cosas corruptibles *como* oro o plata,
19 sino con sangre preciosa, como de un cordero sin
20 tacha y sin mancilla, con la sangre de Cristo, co-
nocido ya, de cierto, antes de la fundación del mun-
do, pero manifestado al fin de los tiempos por amor
21 a vosotros, que por él sois creyentes en Dios que
le levantó de entre los muertos y le dió gloria, de
modo que vuestra fe y esperanza reposen en Dios.
22 Pues que, obedeciendo a la verdad, habéis purifica-
do vuestras almas para amor fraternal sin fingimien-
to, amaos de corazón unos a otros fervientemente,
23 como engendrados de nuevo que habéis sido, no de
simiente corruptible, sino de incorruptible, por la
24 palabra viva y permanente de Dios. Porque

«toda carne es como la hierba,
y toda su gloria como la flor de la hierba;

---

[1] V. 15. o, *el Santo que.*
[2] V. 15. Lev. 11: 44; 19: 2.

sécase la hierba,
y cáese la flor,
mas la palabra del Señor permanece para siempre.»[1]
25 Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido
anunciada.
2, 1 Por lo cual, desechando toda maldad, y todo
engaño, e hipocresía, y envidias, y todas las male-
2 dicencias, desead, como niños recién nacidos, la
leche espiritual no adulterada, para que por ella crez-
3 cáis para salvación, si habéis gustado que el Se-
4 ñor es benigno. Allegándoos a él como a piedra
viva, desechada ciertamente por los hombres, mas
5 para Dios escogida y preciosa, vosotros también,
como piedras vivas, sed edificados casa espiritual
para un sacerdocio santo, que ofrezca sacrificios
6 espirituales aceptos a Dios por Jesucristo. Por lo
cual, la Escritura contiene esto:

«Mirad que pongo en Sión una piedra angular,
escogida, preciosa,
y aquel que cree en ella, no será jamás confundido.»[2]

7 Por tanto, es preciosa para vosotros los que creéis;
mas para los que no creen,

«la piedra que desecharon los edificadores,
ésta ha venido a ser cabeza del ángulo,»[3]

y

«piedra de tropiezo y roca de escándalo;»[4]

8 *pues* ellos tropiezan, siendo desobedientes a la pa-
9 labra, para lo cual también fueron destinados. Mas
vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación
santa, pueblo adquirido *para Dios,* a fin de que pu-
bliquéis las excelencias de aquel que os llamó de las
10 tinieblas a su luz admirable; vosotros, que en otro
tiempo no erais pueblo, mas ahora sois «pueblo de

---

[1] V. 24. Is. 40: 6-8.
[2] V. 6. Is. 28: 16.
[3] V. 7. Sal. 118: 22.
[4] V. 7. Is. 8: 14.

Dios;» que «no habíais alcanzado misericordia», mas
ahora «habéis alcanzado misericordia.»
11 Amados, yo os ruego, como a peregrinos y ex-
tranjeros, que os abstengáis de las concupiscencias
12 carnales que batallan contra el alma; manteniendo
vuestra conducta buena entre los gentiles, para que
aun en aquello mismo en que hablan mal de vosotros,
como de malhechores, puedan por causa de vuestras
buenas obras, las cuales observan, glorificar a Dios
en el día de la visitación.
13 Sujetaos por amor del Señor a toda institución[1]
14 humana; ya sea al rey como soberano, ya a los go-
bernadores como por él enviados para castigo de los
15 malhechores y alabanza de los que hacen bien; por-
que así es la voluntad de Dios, que practicando el
bien, hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres
16 insensatos; *portaos, digo,* como libres, pero no
usando de vuestra libertad como capa de malicia,
17 sino como siervos de Dios. Honrad a todos: amad
la hermandad, temed a Dios, honrad al rey.
18 Criados, sujetaos con todo respeto a vuestros
amos; no sólo a los buenos y clementes, sino también
19 a los rudos; porque esto es digno de alabanza, si
alguno, por motivo de conciencia para con Dios, so-
20 porta penalidades sufriendo injustamente. Pues si
cuando pecáis sois abofeteados, ¿qué gloria *tendréis*
al llevarlo con paciencia? Mas si padecéis por hacer
lo bueno, y lo lleváis con paciencia, esto es loable
21 delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados,
porque también Cristo padeció por vosotros, deján-
22 doos ejemplo para que siguierais sus huellas; el
cual no cometió pecado, ni se halló engaño en su
23 boca; quien, cuando le injuriaban, no devolvía la
injuria; cuando padecía, no amenazaba, sino que en-
24 comendaba *su causa* al que juzga rectamente; el
cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo so-

---

[1] V. 13. Gr. *creación.*

bre el madero, a fin de que nosotros, habiendo muer-
to para los pecados, viviéramos para la justicia;
«por cuya llaga fuisteis curados.»[1]
25 Porque andabais descarriados como ovejas; mas aho-
ra os habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras
almas.
3, 1 Asimismo, vosotras, esposas, sujetaos a vues-
tros maridos; para que si algunos son desobedientes
a la palabra, sean ganados sin palabra por el proce-
2 der de sus esposas, al fijarse en vuestra conducta
3 casta y respetuosa. No sea vuestro adorno el ex-
terior, de trenzarse el cabello, prenderse joyas de
4 oro, o de vestir *lujosamente;* sino la persona ocul-
ta del corazón, en el incorruptible *adorno* de un es-
píritu benigno y apacible, que es de gran precio
5 delante de Dios. Pues de este modo se ataviaban
también en antiguos tiempos las mujeres santas que
esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos,
6 como Sara fué obediente a Abraham, llamándole
señor; de la cual habéis venido a ser hijas, si hacéis
el bien, y no sois atemorizadas por espanto alguno.
7 Asimismo, vosotros, maridos, habitad con ellas con-
sideradamente, puesto que la mujer es vaso más frá-
gil, honrándolas como a coherederas que también son
de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones
no tengan impedimento.
8 Finalmente, *sed* todos de un mismo sentir, com-
9 pasivos, fraternales, misericordiosos, humildes, no
volviendo mal por mal, ni injuria por injuria, antes al
contrario, bendiciendo; porque para esto fuisteis lla-
10 mados, para que heredaseis bendición. Pues,
«el que desea disfrutar de la vida
y ver días buenos,
refrene su lengua de mal,
y sus labios para no hablar engaño;
11 apártese del mal y haga el bien,
busque la paz y sígala;

---

[1] V. 24. Is. 53: 5.

12 porque los ojos del Señor *están* sobre los justos,
y sus oídos *atentos* a las súplicas de ellos;
mas el rostro del Señor *está* contra los que mal hacen.»[1]
13 Y ¿quién es aquel que os dañará, si sois celosos para
14 el bien? Pero aun cuando padeciereis por causa de
la justicia, bienaventurados *sois*.
«No os amedrentéis por temor a ellos,[2] ni os conturbéis,»
15 mas santificad a Cristo como Señor en vuestros co-
razones, siempre dispuestos a hacer vuestra defen-
sa ante todo aquel que os demandare razón de la
16 esperanza que hay en vosotros, pero con humildad
y respeto; teniendo buena conciencia, para que en
aquello mismo en que se os calumnia, queden aver-
gonzados los que difaman vuestra buena conducta
17 en Cristo. Pues mejor es, si la voluntad de Dios
así lo dispone, sufrir por hacer el bien que no por
18 hacer el mal. Porque también Cristo murió una
sola vez por los pecados, el justo por los injustos,
para llevaros a Dios, habiendo sido a la verdad muer-
19 to en la carne, mas vivificado en el espíritu; en el
cual también fué, y predicó a los espíritus encarcela-
20 dos, que en otro tiempo fueron rebeldes, cuando
la longanimidad de Dios esperaba en los días de
Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas
personas, a saber, ocho, fueron salvadas a través del
21 agua; la cual también ahora, en lo que prefigura,
el bautismo (no la purificación de la inmundicia de
la carne, sino la aspiración de una buena conciencia
hacia Dios), os salva, por la resurrección de Je-
22 sucristo, que habiendo ido al cielo, está a la dies-
tra de Dios, ya sometidos a él ángeles, potestades
y virtudes.

---

[1] V. 12. Sal. 34: 12-16.
[2] V. 14. o, *No temáis lo que ellos temen.* Is. 8: 12.

4, 1 Habiendo, pues, Cristo padecido en la carne,
armaos también vosotros del mismo pensamiento,
(pues el que ha padecido en la carne terminó con el
2 pecado), a fin de que, el resto de vuestro tiempo
en la carne, no lo viváis según las concupiscencias
3 humanas, sino según la voluntad de Dios. Porque
ya basta el tiempo pasado para haber hecho la vo-
luntad de los gentiles, andando en lascivias, concu-
piscencias, embriagueces, orgías, excesos en el be-
4 ber y abominables idolatrías; en lo cual se extrañan
algunos de que no corréis con ellos en el mismo des-
bordamiento de libertinaje, y *por ello* os vituperan;
5 los cuales darán cuenta a aquel que está dispuesto
6 para juzgar a vivos y a muertos. Pues por esto fué
predicado el evangelio también a los muertos, a fin
de que, después de haber sido juzgados en la carne
según los hombres, vivan según Dios en el espíritu.
7 Mas el fin de todas las cosas está cerca; por tan-
to, sed prudentes y sobrios en pro de *vuestras* ora-
8 ciones. Ante todo tened entre vosotros amor fer-
viente; porque el amor cubre multitud de pecados.
9 Practicad sin murmuración la hospitalidad los unos
10 con los otros; comunicando cada uno a los otros se-
gún el don que haya recibido, como buenos dispen-
11 sadores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno
habla, *exprese* como oráculos de Dios; si alguno
ministra, *ministre* según la facultad que Dios pro-
porciona; para que en todo sea Dios glorificado por
Jesucristo, a quien es la gloria y el imperio por los
siglos de los siglos. Amén.
12 Amados, no os extrañéis del fuego que arde entre
vosotros para vuestra prueba, como si alguna cosa
13 peregrina os aconteciese; antes bien, gozaos en la
medida en que participáis de los padecimientos de
Cristo, a fin de que en la revelación de su gloria po-
14 dáis también gozaros con suma alegría. Si sois vi-
tuperados por el nombre de Cristo, bienaventurados
sois; porque el Espíritu de gloria, que es el de Dios,
15 reposa sobre vosotros. Así que, ninguno de vos-

otros padezca como homicida, ni como ladrón o mal-
16 hechor, ni por entrometerse en lo ajeno. Mas si
padece como cristiano, no se avergüence, antes
17 glorifique a Dios en este nombre. Porque es el
tiempo de que el juicio empiece por la casa de Dios;
y si empieza por nosotros, ¿cuál será el fin de aque-
18 llos que no obedecen al evangelio de Dios? Y si el
justo con dificultad se salva, ¿qué será del impío y
19 el pecador? Así pues, también los que padecen
según la voluntad de Dios, encomienden sus almas
al fiel Creador, obrando el bien.
5, 1 Exhorto, pues, a los ancianos[1] que hay entre
vosotros, yo también anciano[1] con ellos y testigo de
los padecimientos de Cristo, y asimismo participante
2 de la gloria que está para manifestarse: Apacentad
la grey de Dios que está entre vosotros, no por fuer-
za, sino voluntariamente, según Dios; no por sórdido
3 interés, sino de buen grado; ni tampoco como si tu-
viérais señorío sobre vuestro rebaño, sino más bien
4 haciéndoos dechados de la grey. Y cuando apare-
ciere el Príncipe de los pastores, recibiréis la corona
5 inmarcesible de la gloria. De igual manera, vos-
otros jóvenes, sujetaos a vuestros mayores; y todos
vosotros, ceñíos de humildad los unos para con los
otros; porque

«Dios resiste a los soberbios, pero da gracia
a los humildes.»

6 Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, a
7 fin de que os ensalce a su debido tiempo; echando
toda vuestra solicitud sobre él, porque él tiene cui-
8 dado de vosotros. Sed sobrios, velad. Vuestro ad-
versario el diablo, como león rugiente, anda alrede-
9 dor buscando a quién devore; al cual resistid, fir-
mes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos
se van cumpliendo en vuestros hermanos *que están*
10 en el mundo. Y el Dios de toda gracia, que os lla-
mó a su eterna gloria en Cristo, después que hayáis

---

[1] V. 1. Gr. *presbíteros.*

padecido por un poco de tiempo, él mismo os perfec-
11 cionará, afirmará, corroborará y establecerá. A él
sea el imperio por los siglos de los siglos. Amén.
12 Por Silas,[1] a quien tengo por hermano fiel, os he
escrito brevemente, exhortando y testificando que
ésta es la verdadera gracia de Dios; estad firmes en
13 ella. La que está en Babilonia, juntamente elegi-
da con vosotros, os saluda, como también Marcos mi
14 hijo. Saludaos mutuamente con ósculo de amor.
Paz a vosotros todos, los que estáis en Cristo.

---

[1] V. 12. Gr. *Silvano.*

LA SEGUNDA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL

PEDRO

1, 1 Simón[1] Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo:
A cuantos ha correspondido, en la justicia de nues-
tro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente
2 preciosa que la nuestra: Gracia y paz os sean mul-
tiplicadas en el conocimiento de Dios y de Jesús
nuestro Señor.
3 Como su divino poder nos haya otorgado todas las
cosas conducentes a la vida y a la piedad, mediante
el conocimiento de aquel que nos llamó por su propia
4 gloria y virtud; por las cuales *cosas* nos ha dado sus
preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas
llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina,
habiendo escapado de la corrupción que hay en el
5 mundo por causa de la concupiscencia; también por
esto mismo, poniendo vosotros en ello todo empeño,
asociad a vuestra fe virtud, a la virtud conocimien-
6 to, al conocimiento templanza, a la templanza pa-
7 ciencia, a la paciencia piedad, a la piedad fraterni-
8 dad y a la fraternidad amor. Porque al existir y
abundar en vosotros estas cosas, os impiden es-
tar ociosos y sin fruto respecto del conocimiento de
9 nuestro Señor Jesucristo; pues quien no las posee,
está ciego, cierra los ojos, habiendo olvidado la pu-
10 rificación de sus antiguos pecados. Por lo cual,
hermanos, esforzaos más por hacer firme vuestra
vocación y elección, porque haciendo estas cosas no
11 tropezaréis jamás; pues así se os dará amplia y ge-
nerosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y
Salvador Jesucristo.
12 Por lo cual, persistiré siempre en recordaros estas

---

[1] V. 1. Gr. *Simeón*.

cosas, aunque las sabéis y estáis afirmados en la pre-
13 sente verdad. Mas creo justo, en tanto que estoy
en este tabernáculo *corporal,* avivar vuestra me-
14 moria, sabiendo que en breve he de abandonar mi
tabernáculo, como el mismo Señor nuestro Jesucris-
15 to me lo manifestó. Y también procuraré con dili-
gencia que después de mi partida podáis en toda oca-
16 sión tener memoria de estas cosas. Porque al daros
a conocer la potencia y la venida de nuestro Señor
Jesucristo, no seguimos fábulas por arte compuestas,
sino *que hablamos* como testigos oculares que fui-
17 mos de su majestad. Pues él recibió de Dios Padre
honra y gloria, al serle enviada por[1] la majestuosa
gloria una voz *que decía:* Este es mi Hijo, el Amado,
18 en quien tengo complacencia; y nosotros también
oímos esta voz venida del cielo, estando con él en el
19 monte santo. Tenemos también, más permanente,
la palabra profética; a la cual hacéis bien en estar
atentos, como a una lámpara que alumbra en lugar
obscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de
20 la mañana salga en vuestros corazones; sabiendo
antes esto, que ninguna profecía de la Escritura pro-
21 cede de particular interpretación; pues la profecía
nunca vino por voluntad humana, sino que algunos
hombres hablaron de parte de Dios, impulsados por
el Espíritu Santo.
2, 1 Mas hubo también entre el pueblo falsos profe-
tas, así como habrá entre vosotros falsos maestros,
los cuales introducirán encubiertamente divisiones
destructoras, negando aún al Señor que los rescató,
2 y acarreándose perdición acelerada. Y muchos los
seguirán en sus lascivias, y por su causa será vitu-
3 perado el camino de la verdad; y por avaricia ha-
rán mercadería de vosotros con palabras fingidas;
la condenación de los cuales ya de antiguo no está
4 ociosa, y su perdición no se duerme. Porque si
Dios no perdonó a *los mismos* ángeles que pecaron,

[1] V. 17. Var.: *desde.*

sino que, arrojándolos al infierno, los entregó a abis-
5 mos tenebrosos,[1] reservándolos para el juicio; y
si tampoco perdonó al mundo antiguo, aunque pre-
servó a Noé, pregonero de justicia, junto con otras
siete personas, cuando trajo el diluvio sobre aquel
6 mundo de impíos; y *si* redujo a cenizas las ciuda-
des de Sodoma y Gomorra, y las condenó a destruc-
ción, poniéndolas por escarmiento a los que en lo su-
7 cesivo viviesen impíamente, y libró al justo Lot,
que se hallaba profundamente afligido por la nefan-
8 da conducta de los malvados (porque este justo,
morando entre ellos, atormentaba día tras día su
9 alma justa al ver y oír sus hechos licenciosos), sabe
el Señor librar de tentación a los píos, y reservar a
10 los injustos bajo castigo para el día del juicio, y
mayormente a los que siguen la carne en concupis-
cencias inmundas, y menosprecian *toda* soberanía.
Audaces, voluntariosos, no tiemblan al vituperar
11 las dignidades; mientras que *los mismos* ánge-
les, aun siendo mayores que ellos en fuerza y po-
tencia, no pronuncian contra aquéllas juicio infamante
12 en la presencia del Señor. Mas aquéllos, como bes-
tias irracionales, nacidas por naturaleza para presa y
destrucción, hablando impíamente de cosas que no
13 entienden, perecerán en su propia corrupción, su-
friendo injusticia como pago de la injusticia. Ellos se
recrean en gozar de placeres a la luz del día; son
manchas y tachas, que se deleitan en sus engaños[2]
14 mientras hacen fiesta con vosotros; teniendo los
ojos llenos de adulterio[3] e insaciables para el pecado;
prendiendo con halagos las almas inconstantes; te-
niendo el corazón ejercitado en codicia; *son* hijos de
15 maldición. Dejando el camino recto, se han extra-
viado, siguiendo el camino de Balaam, hijo de Beor,
16 que amó el salario de injusticia; mas fué reprendi-

---

[1] V. 4. Var.: *cadenas tenebrosas.*
[2] V. 13. Var.: *ágapes.*
[3] V. 14. Gr. *de una adúltera.*

do por su transgresión: una muda bestia de carga,
pronunciando palabras en voz de hombre, refrenó la
17 locura del profeta. Estos son fuentes sin agua y
nieblas empujadas por la borrasca, para los cuales
18 está reservada la obscuridad de las tinieblas. Pues
pronunciando infladas palabras de vanidad, halagan
con las concupiscencias de la carne y con lascivias a
los que apenas se están escapando de entre los que
19 viven en error; prometiéndoles libertad, cuan-
do ellos mismos son esclavos de corrupción; pues el
hombre es esclavo de aquello que le ha vencido.
20 Porque si, después de haberse escapado de las con-
taminaciones del mundo por el conocimiento del Se-
ñor y Salvador Jesucristo, son de nuevo enredados
en ellas y vencidos, su postrer estado ha venido a
21 serles peor que el primero. Porque mejor les fuera
no haber conocido el camino de la justicia, que, des-
pués de haberlo conocido, tornarse atrás del santo
22 mandamiento que les fué dado. Les ha acontecido
lo del verdadero proverbio:

«El perro vuelve a su vómito,»[1]

y también:

«La puerca, después de lavada, *vuelve a* re-
volcarse en el cieno.»

3, 1 Amados, ésta es ya la segunda carta que os es-
cribo; en ambas despierto con advertencias vuestro
2 sano entendimiento,[2] para que recordéis las pala-
bras dichas tiempo ha por los santos profetas, y el
mandamiento del Señor y Salvador, *dado* por vues-
3 tros apóstoles; conociendo primero esto, que en los
postreros días vendrán burladores con sus burlas,
4 andando según sus propias concupiscencias, y di-
ciendo: ¿Qué es de la promesa de su venida? Porque
desde el día en que durmieron los padres, todas las
cosas siguen como desde el principio de la creación.

---

[1] V. 22. Prov. 26: 11.
[2] V. 1. o, *sana mente*. Gr. *sincero*.

5 Pues a ellos se les oculta, por propia voluntad, que
ya de antiguo existían por la palabra de Dios cielos
y tierra, surgiendo ésta del agua y subsistiendo en
6 medio de[1] ella, por *la acción de* los cuales el mun-
7 do de entonces pereció anegado en agua; mas por
la misma palabra los cielos y la tierra actuales son
guardados para el fuego, reservados hasta el día[2] del
juicio y de la destrucción de los hombres impíos.
8 Pero no se os oculte, amados, una cosa: que para
el Señor un día es como mil años, y mil años como
9 un día. El Señor no se tarda *en cumplir* su pro-
mesa, según *lo que* algunos consideran tardanza;
mas es longánime con vosotros, no queriendo que
ninguno perezca, sino que todos procedan al arre-
10 pentimiento. Mas el día del Señor vendrá como la-
drón; en aquel día los cielos pasarán con gran es-
truendo; los elementos, siendo abrasados, serán des-
hechos; y la tierra y las obras *que hay* en ella *no*
11 serán halladas.[3] Puesto que todas estas cosas han
de ser así deshechas, ¡qué no deberéis ser vosotros
12 en santas costumbres y conducta piadosa, aguar-
dando y apresurando la venida del día de Dios, por
cuya causa los cielos, encendiéndose, serán des-
hechos, y los elementos, siendo abrasados, se fun-
dirán![4]
13 Mas esperamos, según su promesa, nuevos cielos
14 y nueva tierra, en los cuales mora la justicia. Por
tanto, amados, pues que esperáis estas cosas, procu-
rad con diligencia ser hallados de él en paz, inmacu-
15 lados e irreprensibles. Y tened por salvación la lon-
ganimidad de nuestro Señor, como también nuestro
amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha
16 sido dada, os ha escrito; como también en todas

---

[1] V. 5. Gr. *por.*
[2] V. 7. o, *están guardados en reserva para el fuego, hasta el día.*
[3] V. 10. Var.: *serán enteramente consumidas.* Los manuscritos más autorizados dicen: *serán halladas.* Sin duda alguna el adverbio de negación, que se halla en algunos manuscritos, ha sido omitido por error de un copista.
[4] V. 12. Gr. *se funden.*

sus epístolas, al hablar en ellas de estas cosas; en
las cuales hay algunos *pasajes* difíciles de entender,
que los indoctos e inconstantes tuercen, como tam-
bién las otras Escrituras, para su propia perdición.
17 Así que vosotros, amados, sabiéndolo de antemano,
estad prevenidos, no sea que, arrastrados por el error
de los licenciosos, caigáis de vuestra propia firmeza.
18 Mas creced en gracia y conocimiento de nuestro Se-
ñor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria, ahora y
hasta el día de la eternidad.

LA PRIMERA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL

JUAN

1, 1 Lo que era desde el principio, lo que hemos
oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que
contemplamos y nuestras manos palparon tocante al
2 Verbo de la vida; (y esta vida fué manifestada,
y hemos visto y testificamos, y os anunciamos la
vida eterna, la cual era con el Padre y nos fué mani-
3 festada); lo que hemos visto y oído, *éso* os anun-
ciamos también a vosotros, para que vosotros tengáis
asimismo comunión con nosotros: y nuestra comu-
4 nión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y
nosotros escribimos estas cosas para que nuestro[1]
gozo sea cumplido.

5 Y este es el mensaje que hemos oído de él, y os
anunciamos: Que Dios es luz, y no hay en él ningu-
6 nas tinieblas. Si decimos que tenemos comunión
con él, y andamos en las tinieblas, mentimos y no
7 practicamos la verdad. Mas si andamos en la luz,
como él está en la luz, tenemos comunión los unos
con los otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos lim-
8 pia de todo pecado. Si decimos que no tenemos
pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la ver-
9 dad no está en nosotros. Si confesamos nuestros
pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pe-
10 cados y limpiarnos de toda iniquidad. Si decimos
que no hemos pecado, le hacemos mentiroso, y su
palabra no está en nosotros.

2, 1 Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no
pequéis. Y si alguno hubiere pecado, Abogado tene-
2 mos para con el Padre, a Jesucristo el Justo. El

---

[1] V. 4. Var.: *vuestro.*

es la propiciación por nuestros pecados, y no por los
nuestros solamente, sino también por *los* de todo el
3 mundo. Y en esto sabemos que hemos llegado a
4 conocerle: si guardamos sus mandamientos. El que
dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos,
5 es mentiroso, y la verdad no está en él. Mas cual-
quiera que guarda su palabra, en éste se ha perfec-
cionado verdaderamente el amor de Dios. Por esto
6 conocemos que estamos en él. El que dice que per-
manece en él, debe también él mismo andar como él
anduvo.

7 Amados, no es mandamiento nuevo el que os escri-
bo, sino un mandamiento antiguo que teníais desde
el principio; este mandamiento antiguo es la palabra
8 que habéis oído. Además, os escribo un manda-
miento nuevo, que lo es verdaderamente en cuanto
a él y a vosotros, porque las tinieblas se van disipan-
9 do y la luz verdadera ya resplandece. El que dice
que está en la luz y aborrece a su hermano, está en
10 las tinieblas hasta ahora. El que ama a su herma-
no, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo.
11 Mas el que aborrece a su hermano está en las tinie-
blas, y en las tinieblas anda, y no sabe adónde va,
porque las tinieblas le han cegado los ojos.

12 Os estoy escribiendo, hijitos, porque vuestros pe-
13 cados están perdonados por su nombre. Os estoy
escribiendo, padres, porque conocéis a aquel que es
desde el principio. Os estoy escribiendo, jóvenes,
14 porque habéis vencido al maligno. Os escribo, ni-
ños, porque conocéis al Padre. Os escribo, padres,
porque conocéis a aquel que es desde el principio.
Os escribo, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra
de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al
15 maligno. No améis al mundo, ni las cosas que es-
tán en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor
16 del Padre no está en él. Porque todo lo que hay
en el mundo, la concupiscencia de la carne, y la con-
cupiscencia de los ojos, y la vanagloria de la vida,
17 no procede del Padre, sino del mundo. Y el mundo

pasa con su concupiscencia; mas el que hace la vo-
luntad de Dios, permanece para siempre.
18 Hijitos, ya es el último tiempo; y así como oísteis
que viene el anticristo, aun ahora se han levantado
muchos anticristos; de donde conocemos que es el
19 último tiempo. De entre nosotros salieron, mas no
eran de nosotros; pues si de nosotros hubiesen sido,
habrían permanecido con nosotros. Pero *salieron*
para que fuese manifiesto que no todos son de nos-
20 otros. Pero vosotros tenéis del Santo una unción,
21 y todos conocéis[1] *la verdad.* No os escribo como
si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y
que nada falso procede de la verdad.
22 ¿Quién es el mentiroso, sino aquel que niega que
Jesús es el Cristo? Este es el anticristo: el que nie-
23 ga al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al
Hijo, tampoco tiene al Padre; el que confiesa al Hijo,
24 tiene también al Padre. En cuanto a vosotros, per-
manezca en vosotros lo que habéis oído desde el
principio. Si lo que desde el principio habéis oído
permanece en vosotros, también permaneceréis vos-
25 otros en el Hijo y en el Padre. Y esta es la pro-
26 mesa que él nos hizo: la vida eterna. Estas cosas
27 os escribo acerca de los que os engañan. Y respec-
to a vosotros, la unción que recibisteis de él, per-
manece en vosotros, y no tenéis necesidad de que
nadie os enseñe; antes bien, como la unción del Se-
ñor os enseña acerca de todo, y es veraz y no men-
28 tira, tal como ella os enseña, permaneced en él. Y
ahora, hijitos, permaneced en él, para que, si él apa-
reciere, tengamos confianza y no seamos con ver-
29 güenza alejados de él en su venida. Si sabéis que
él es justo, sabed también que todo el que obra jus-
ticia es nacido de él.
3, 1 Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que sea-
mos llamados hijos de Dios; y lo somos. Por eso el
mundo no nos conoce, porque a él no le conoció.

---

[1] V. 20. Var.: *y conocéis todas las cosas.*

2 Amados, ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha
manifestado lo que hemos de ser. Sabemos, empe-
ro, que cuando fuere manifestado, seremos semejan-
3 tes a él, porque le veremos tal como es. Y todo
aquel que tiene esta esperanza *puesta* en él, se puri-
4 fica, así como él es puro. Todo aquel que comete
pecado, también infringe la ley, pues el pecado es in-
5 fracción de la ley. Y sabéis que él apareció para
6 quitar los pecados, y que no hay pecado en él. Todo
aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que
7 peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, na-
die os engañe. El que obra justicia, es justo, así
8 como él es justo. El que comete pecado, es del dia-
blo; porque el diablo peca desde el principio. Para
esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras
9 del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no
comete pecado, porque el germen divino[1] permane-
ce en él; y no puede pecar, por cuanto es nacido de
10 Dios. En esto se distinguen los hijos de Dios de
los hijos del diablo: todo aquel que no obra justicia,
no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su herma-
11 no. Porque este es el mensaje que habéis oído des-
12 de el principio: Que nos amemos unos a otros. No
como Caín, *que* era del maligno, y mató a su herma-
no. Y ¿por qué causa le mató? Porque sus obras eran
malas, y las de su hermano eran justas.
13 No os maravilléis, hermanos, si el mundo os abo-
14 rrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de
muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El
15 que no ama, permanece en muerte. Todo aquel que
aborrece a su hermano, es homicida; y sabéis que
ningún homicida tiene vida eterna permanente en sí
16 mismo. En esto conocemos el amor, en que Cristo
puso su vida por nosotros; y nosotros debemos poner
17 nuestras vidas por los hermanos. Mas cualquiera
que tiene bienes de este mundo, y ve a su herma-
no en necesidad, y le cierra su corazón, ¿cómo pue-

---

[1] V. 9. Gr. *su simiente.*

18 de morar el amor de Dios en él? Hijitos, no amemos
de palabra, ni de lengua, sino de obra y en verdad.
19 En ésto conoceremos que somos de la verdad, y ha-
20 remos seguro nuestro corazón delante de él, si
nuestro corazón nos reprocha en cualquier cosa; que
Dios es mayor que nuestro corazón, y lo sabe todo.
21 Amados, si el corazón no nos reprocha, confianza
22 tenemos para con Dios. Y cualquiera cosa que pe-
dimos, la recibimos de él, porque guardamos sus
mandamientos y hacemos las cosas que son agrada-
23 bles en su presencia. Y este es su mandamiento:
que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y
nos amemos unos a otros, según nos ha mandado.
24 Y el que guarda sus mandamientos, permanece en
Dios, y Dios en él. Y por esto conocemos que él mora
en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.
4, 1 Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad
los espíritus si son *o no* de Dios, porque muchos
2 falsos profetas han salido por el mundo. Conoced
en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confie-
3 sa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y
todo espíritu que no confiesa a Jesús, [1] no es de Dios;
y éste es el *espíritu* del anticristo, el cual habéis
4 oído que viene, y ahora está ya en el mundo. Vos-
otros, hijitos, sois de Dios, y los habéis vencido;
porque mayor es el que está en vosotros, que el que
5 está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso ha-
6 blan del mundo, y el mundo los escucha. Nosotros
somos de Dios; el que conoce a Dios, nos escucha;
mas el que no es de Dios, no nos escucha. Por ésto
conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del
error.
7 Amados, amémonos unos a otros, porque el amor
es de Dios; y todo aquel que ama, es nacido de
8 Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha cono-
9 cido a Dios, porque Dios es amor. En esto se ma-

---

[1] V. 3. Var.: *que Jesucristo ha venido en carne.*

nifestó el amor de Dios hacia nosotros, en que Dios
ha enviado a su Hijo unigénito al mundo, para que
10 vivamos por él. En esto consiste el amor: no que
nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos
amó, y envió a su Hijo como propiciación por nues-
11 tros pecados. Amados, si así nos amó Dios, también
12 nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios
nadie le ha visto jamás. Si nos amamos unos a otros,
Dios permanece en nosotros, y su amor se ha per-
13 feccionado en nosotros. En esto conocemos que
permanecemos en él, y él en nosotros: en que nos
14 ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y
testificamos que el Padre ha enviado al Hijo como
15 Salvador del mundo. Cualquiera que confesare
que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él,
16 y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creí-
do el amor que Dios tiene hacia nosotros. Dios es
amor, y el que permanece en amor, permanece en
17 Dios, y Dios en él. En esto se ha perfeccionado el
amor con nosotros, para que tengamos confianza en
el día del juicio; porque como él es, así también so-
18 mos nosotros en este mundo. En el amor no hay
temor; al contrario, el perfecto amor echa fuera el
temor, porque el temor lleva *en sí* castigo, de don-
de el que teme no se ha perfeccionado en el amor.
19 20 Nosotros amamos, porque él nos amó primero. Si
alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su herma-
no, es mentiroso; pues el que no ama a su hermano,
a quien ha visto, tampoco puede amar a Dios, a quien
21 no ha visto.[1] Y tenemos este mandamiento de él:
Que quien ama a Dios, ame también a su hermano.
5, 1 Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es
nacido de Dios; y todo aquel que ama al que ha en-
2 gendrado, ama al que es engendrado de él. En esto
conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando
amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos.

---

[1] V. 20. Var.: *¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ha visto?*

3 Pues este es el amor de Dios, que guardemos sus
mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.
4 Porque todo lo que es nacido de Dios, vence al mun-
do; y esta es la victoria que venció al mundo, nues-
5 tra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el
6 que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es el
que vino mediante agua y sangre, Jesucristo; no en
agua solamente, sino en agua y en sangre; y el Es-
píritu es el que da testimonio, por cuanto el Espíritu
7 es la verdad. Porque tres son los que dan testimo-
8 nio:[1] el Espíritu, y el agua, y la sangre; y los tres
9 concuerdan. Si recibimos el testimonio de los hom-
bres, mayor es el testimonio de Dios; pues éste es
el testimonio de Dios, que él testificó acerca de su
10 Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí
el testimonio. El que no cree a Dios, le ha hecho
mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que
11 Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el tes-
timonio: que Dios nos dió vida eterna, y esta vida
12 está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida;
quien no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.
13 Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en
el nombre del Hijo de Dios para que sepáis que te-
14 néis vida eterna. Y esta es la confianza que tene-
mos con él, que si pedimos algo conforme a su vo-
15 luntad, él nos oye. Y si sabemos que nos oye en
cualquiera cosa que demandamos, sabemos que tene-
mos *concedidas* las peticiones que le hemos hecho.
16 Si alguno viere a su hermano cometer pecado que
no es de muerte, rogará, y *Dios* le dará vida, *esto
es,* a los que pecan no de muerte. Hay pecado de
muerte; no hablo de éste al decir que se ruegue.
17 Toda injusticia es pecado; mas hay pecado que no es
de muerte.
18 Sabemos que todo aquel que es nacido de Dios,
no peca; sino que, el Engendrado de Dios le guarda,

---

[1] V. 8. Var. añ.: *en el cielo, el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra.*

19 y el maligno no le toca. Sabemos que somos de
20 Dios, y el mundo entero yace en el maligno. Mas
sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha
dado discernimiento para que conozcamos al que es
verdadero; y estamos en el que es verdadero, en su
Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y vida
21 eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos.

LA SEGUNDA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL

JUAN

---

1 El anciano, a Ciria la elegida, y a sus hijos, a
quienes yo de veras amo, y no sólo yo sino también
2 todos los que han conocido la verdad, por causa de
la verdad que permanece en nosotros, y estará con
3 nosotros para siempre: Gracia, misericordia y paz
será con nosotros de Dios Padre y de Jesucristo, el
Hijo del Padre, en verdad y amor.
4 En gran manera me alegré de haber hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme
5 al mandamiento que recibimos del Padre. Y ahora,
Ciria, te ruego, no ya escribiéndote un mandamiento nuevo, sino el que tuvimos desde el principio, que
6 nos amemos unos a otros. Y en esto consiste el
amor, en que andemos según sus mandamientos.
Este es el mandamiento, tal como lo habéis oído
7 desde el principio, que andéis en amor. Pues muchos engañadores han salido por el mundo, que no
confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Estos
8 son el engañador y el anticristo. Mirad por vosotros mismos, a fin de que no perdáis el fruto de
nuestro trabajo; sino que recibáis cumplida recom-
9 pensa. Todo aquel que, en vez de permanecer en
la doctrina de Cristo, va más allá, no tiene a Dios;
el que permanece en la doctrina, éste tiene al Padre
10 y al Hijo. Si viene alguien a vosotros, y no trae
esta doctrina, no le recibáis en casa, ni le saludéis.
11 Pues el que le saluda, comunica con sus acciones perversas.
12 Aunque tenía muchas cosas que escribiros, no he
querido *hacerlo* por medio de papel y tinta; pues
espero ir a veros, y hablar cara a cara, a fin de que
13 nuestro gozo sea cumplido. Los hijos de tu hermana la elegida te saludan.

LA TERCERA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL

JUAN

---

1 El anciano, al amado Gayo, a quien amo de veras.
2 Amado, ruego *a Dios* que en todas las cosas seas
prosperado y tengas salud, así como prospera tu
3 alma. Pues me alegré en gran manera cuando vinieron
algunos hermanos y dieron testimonio de la
verdad que hay en ti, cómo tú andas en la verdad.
4 En nada tengo mayor gozo que en oír que mis hijos
5 andan en la verdad. Amado, fielmente te conduces
en todo cuanto haces con esos hermanos, aun siéndo-
6 te desconocidos, los cuales han dado delante de la
iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en facili-
7 tarles su viaje de una manera digna de Dios; por-
que ellos salieron por amor del Nombre, no tomando
8 nada de los gentiles. Nosotros, pues, debemos aco-
ger a los tales, para que cooperemos a la verdad.
9 Escribí algo a la iglesia; mas Diótrefes, que gus-
ta de tener la primacía entre ellos, no nos admite.
10 Por tanto, si voy allá, recordaré las obras que hace,
esparciendo palabras maliciosas contra nosotros, y
no satisfecho con esto, ni admite a los hermanos, ni
permite *que los admitan* quienes quieren hacerlo, y
echa a éstos fuera de la iglesia.
11 Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que
hace el bien, es de Dios; el que hace el mal, no ha
12 visto a Dios. Todos dan testimonio de Demetrio,
y aun la verdad misma; y nosotros también lo damos,
y tú sabes que nuestro testimonio es verdadero.
13 Tenía muchas cosas que escribirte, pero no quie-
14 ro escribírtelas por medio de tinta y pluma; pues
espero verte en breve, y hablaremos cara a cara. La
paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a
los amigos, a cada uno en particular.

LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL

JUDAS

---

1 Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo:
A los llamados, siempre amados en Dios el Padre
2 y guardados para Jesucristo: Misericordia, paz y
amor os sean multiplicados.
3 Amados, teniendo gran empeño en escribiros so-
bre nuestra común salvación, me he visto precisado
a exhortaros por carta para que combatáis por la fe
4 entregada una vez a los santos. Porque han entra-
do disimuladamente ciertos hombres, ya de antiguo
designados según las Escrituras para esta condena-
ción, hombres impíos, que convierten en licencia la
gracia de nuestro Dios, y niegan al único Soberano
y Señor nuestro Jesucristo.
5 Mas quiero recordaros, aunque os son bien cono-
cidas[1] todas estas cosas, que el Señor, habiendo sa-
cado en salvo a su pueblo de tierra de Egipto, des-
6 truyó después a los que *de ellos* no creyeron; y
a los ángeles que no guardaron su dignidad, mas de-
jaron su natural morada, los ha reservado en cade-
nas eternas bajo obscuridad para el juicio del gran
7 día. Como Sodoma y Gomorra y las ciudades cir-
cunvecinas, habiéndose dado a la fornicación del
mismo modo que aquellos hombres, e ido en pos de
vicios contra natura,[2] son puestas para escarmien-
8 to, sufriendo el castigo de fuego eterno. A pesar
de lo cual, delirando estos también de igual modo,
mancillan la carne, desacatan toda soberanía y blas-
9 feman de las glorias *celestiales*. Mas el *mismo*
arcángel Miguel, cuando contendiendo con el diablo

---

[1] V. 5. Gr. *sabéis de una vez*.
[2] V. 7. Gr. *en pos de carne extraña*.

disputaba con él acerca del cuerpo de Moisés, no
osó proferir contra él juicio infamante, sino que dijo:
10 El Señor te reprenda. Pero estos hombres blasfe-
man de cuantas cosas ignoran, y en las que conocen
por instinto natural como los seres irracionales, en
11 ellas se corrompen. ¡Ay de ellos! porque han segui-
do el camino de Caín, se han precipitado por lucro
en el extravío de Balaam, y en la rebelión de Coré
12 han perecido. Estos son escollos en vuestras comi-
das de amor fraternal,[1] cuando con *vosotros* ban-
quetean sin miramiento, apacentándose a sí mismos;[2]
nubes sin agua, llevadas de los vientos; árboles de
otoño, sin fruto, dos veces muertos, arrancados de
13 cuajo; fieras ondas del mar, que lanzan las espu-
mas de sus propias vergüenzas; estrellas errantes,
para las cuales está reservada eternamente la lobre-
14 guez de las tinieblas. De éstos también profetizó
Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí vie-
ne[3] el Señor con sus decenas de millares de santos,
15 a ejecutar juicio contra todos, y a dejar convictos a
todos los impíos de todas sus obras impías que con
impiedad han hecho, y de todas las cosas duras que
16 ellos, pecadores impíos, han hablado contra él. Es-
tos son murmuradores quejumbrosos, que andan se-
gún sus concupiscencias, y cuya boca profiere pala-
bras arrogantes, que se muestran admiradores de las
personas por motivos interesados.
17 Mas vosotros, oh amados, acordaos de las pala-
bras que de antemano hablaron los apóstoles de
18 nuestro Señor Jesucristo; pues os decían: En el
tiempo postrero habrá burladores, que sigan sus pro-
19 pias e impías concupiscencias. Estos son los que
causan divisiones, *hombres* sensuales, que no tienen
20 el Espíritu. Mas vosotros, oh amados, edificándoos
sobre vuestra santísima fe y orando en el Espíritu

---

[1] V. 12. Gr. *ágapes.*
[2] V. 12. Var.: *apacentándose a sí mismos sin temor.*
[3] V. 14. Gr. *vino.*

21 Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando
la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para
22 vida eterna. De algunos que fluctúan,[1] tened com-
23 pasión; *a otros* salvad, arrebatándolos del fuego;
y de otros tened misericordia, unida con temor, abo-
rreciendo aun la ropa[2] mancillada por la carne.
24 Y a aquel que es poderoso para guardaros de
todo tropiezo, y presentaros[3] delante de su gloria
25 sin mancha, con suma alegría, al solo Dios[4] nues-
tro Salvador, sea, por Jesucristo nuestro Señor, glo-
ria, magnificencia, imperio y potestad, antes de todo
siglo, y ahora y por todos los siglos. Amén.

---

[1] V. 22. o, *de algunos cuando disputan.*
[2] V. 23. Gr. *túnica.*
[3] V. 24. Gr. *haceros estar en pie.*
[4] V. 25. Var.: *al solo sabio Dios.*

EL APOCALIPSIS

DE

SAN JUAN

1, 1 La revelación de Jesucristo que Dios le dió,
para que él manifestase a sus siervos las cosas que
pronto han de suceder; y envió su ángel, y por él la
2 anunció a su siervo Juan, quien testificó la palabra
de Dios[1] y el testimonio de Jesucristo, todo lo que
3 ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que
oyen las palabras de esta profecía, y guardan las co-
sas en ella escritas; pues el tiempo está cerca.
4 Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gra-
cia y paz a vosotros, de aquel que es, y que era, y
que ha de venir, y de los siete espíritus que están
5 delante de su trono, y de Jesucristo, el testigo fiel,
el primogénito de los muertos, y el soberano de los
reyes de la tierra.
Al que nos ama, y nos libertó[2] de nuestros peca-
6 dos con su sangre, e hizo de nosotros un reino, sa-
cerdotes para su Dios y Padre: a él sea la gloria y
el imperio por los siglos de los siglos. Amén.
7 He aquí, viene en las nubes, y todo ojo le verá, y
los que le traspasaron; y se lamentarán a causa de él
todas las tribus de la tierra. Así será. Amén.
8 Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios,
el que es, y que era, y que ha de venir, el Todopo-
deroso.

9 Yo, Juan, vuestro hermano y partícipe con vos-
otros en la tribulación, y reino, y paciencia, *que son*

---

[1] V. 2. o, *testificó al Verbo de Dios.*
[2] V. 5. Var.: *lavó.*

en Jesús, me hallaba en la isla que se llama Patmos,
a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Je-
10 sús. Y cierto Domingo halléme en el Espíritu, y oí
detrás de mí una poderosa voz, como de trompeta,
11 que decía: Lo que ves, escríbelo en un libro y en-
víalo a las siete iglesias: a Efeso, y a Esmirna, y a
Pérgamo, y a Tiatira, y a Sardis, y a Filadelfia, y a
12 Laodicea. Volvíme entonces para ver *de quién era*
la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete can-
13 deleros de oro, y en medio de los candeleros, vi a
uno semejante a hijo de hombre,[1] vestido de una ropa
hasta los pies y ceñido por el pecho con ceñidor de
14 oro. Su cabeza y cabellos eran blancos como blan-
ca lana, como nieve; y sus ojos, como llama de fue-
15 go; sus pies, semejantes a latón fino, como fundi-
do en el horno; y su voz, como voz de muchas aguas.
16 En su mano derecha tenía siete estrellas, y de su boca
salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era
17 como el sol cuando brilla en su fuerza. Y cuando le
vi, caí como muerto a sus pies; mas él puso sobre mí
su diestra, y dijo: No temas; yo soy el primero y el
18 último y el que vivo; y morí, pero he aquí que vivo
por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la
19 muerte y del Hades. Escribe, pues, las cosas que
has visto, y las que son, y las que han de ser des-
20 pués de éstas. El misterio de las siete estrellas
que viste en mi mano derecha, y el de los siete can-
deleros de oro. Las siete estrellas son los ángeles de
las siete iglesias; y los siete candeleros son las siete
iglesias.

2, 1 Escribe al ángel de la iglesia en Efeso: Esto
dice el que tiene en su diestra las siete estrellas, el
que anda en medio de los siete candeleros de oro:
2 Conozco tus obras, y tu trabajo y paciencia, y que
no puedes sufrir a los malos; y has probado a los
que a sí mismos se llaman apóstoles, y no lo son, y

---

[1] V. 13. o, *al Hijo del Hombre.*

3 los has hallado mentirosos; y tienes paciencia, y por
amor de mi nombre has sufrido y no te has cansado.
4 Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor.
5 Acuérdate, pues, de dónde has caído, y arrepiénte-
te, y haz tus obras primeras; pues si no, vengo a ti
y remuevo tu candelero de su lugar, si no te arre-
6 pintieres. Esto, empero, tienes *a tu favor,* que
aborreces los hechos de los nicolaítas, los cuales yo
también aborrezco.
7 El que tiene oído, oiga lo que dice el Espíritu a
las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del
árbol de la vida, el cual está en el paraíso de Dios.

8 Escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: Esto
dice el primero y el postrero, el que estuvo muerto
y volvió a vivir:
9 Conozco tu tribulación y tu pobreza (si bien eres
rico), y el vituperio por parte de los que a sí mismos
se llaman judíos, y no son sino sinagoga de Satanás.
10 No temas lo que vas a padecer. He aquí el diablo va
a meter a algunos de vosotros en la cárcel para que
seáis probados, y tendréis una tribulación de diez
días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona
de la vida.
11 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a
las iglesias. El que venciere, no será dañado de la
muerte segunda.

12 Escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: Esto
dice el que tiene la espada aguda de dos filos:
13 Sé dónde moras; donde está el trono de Satanás.
Sin embargo, retienes mi nombre, y no negaste mi
fe aun en los días de Antipas, mi testigo y mi fiel
siervo, el cual fué muerto entre vosotros, donde
14 Satanás mora. Sin embargo, tengo contra ti unas
pocas cosas; porque tienes ahí a quienes se aferran
a la doctrina de Balaam, el cual enseñaba a Balac
a poner tropiezo delante de los hijos de Israel,
para que comiesen cosas sacrificadas a los ídolos, y

15 cometiesen fornicación. Tienes tú asimismo a quie-
16 nes se aferran a la doctrina de los nicolaítas. Arre-
piéntete, pues; y si no, pronto vengo a ti, y peleo
contra ellos con la espada de mi boca.
17 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a
las iglesias. Al que venciere, le daré del maná es-
condido, y le daré una piedrecita blanca, y escrito
en ella un nombre nuevo, que nadie sabe sino aquel
que lo recibe.

18 Escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: Esto
dice el Hijo de Dios, el que tiene sus ojos como llama
de fuego, y sus pies semejantes a latón fino:
19 Conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y
paciencia, y que tus obras postreras son más que las
20 primeras. Sin embargo, tengo contra ti que tole-
ras a aquella mujer, Jezabel, que se dice profetisa,
y enseña y seduce a mis siervos a cometer fornica-
21 ción, y a comer lo sacrificado a los ídolos; y le di
tiempo a fin de que se arrepintiese, mas no quiere
22 arrepentirse de su fornicación. He aquí, la arrojo
en cama, y en gran tribulación a los que adulteran
con ella, si no se arrepienten de las obras *aprendi-*
23 *das* de ella; y exterminaré a sus hijos; y entende-
rán todas las iglesias que yo soy el que escudriño
los riñones y los corazones; y os daré a cada uno
24 según sus obras. Pero a los demás que estáis en
Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, los que
no han conocido «las profundidades de Satanás»
(como ellos dicen), os digo: No os impongo otra car-
25 ga; mas lo que tenéis, retenedlo hasta que yo
venga.
26 Al que venciere y guardare hasta el fin las obras
que yo ordeno, le daré autoridad sobre las naciones;
27 y las pastoreará con vara de hierro, *quebrantándo-*
las como se quebrantan los vasos de alfarero; como
28 yo también he recibido de mi Padre; y le daré la
29 estrella matutina. El que tiene oído, oiga lo que el
Espíritu dice a las iglesias.

3, 1 Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: Esto
dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las
siete estrellas:
Conozco tus obras, que se te cuenta como vivo, y
2 estás muerto. Ponte en vela, y confirma las cosas
que aun quedan, que están para morir; pues no hallo
3 tus obras cabales delante de Dios. Acuérdate, por
tanto, de lo que has recibido y oíste; y guárdalo, y
arrepiéntete. Pues si no velares, vendré cual ladrón,
4 y no sabrás a qué hora he de sorprenderte. Tienes,
empero, en Sardis unos pocos que no han manchado
sus vestiduras; y andarán conmigo *vestidos* de blan-
co, pues son dignos.
5 El que venciere, será así vestido de vestiduras
blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida,
sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y
6 delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo
que el Espíritu dice a las iglesias.

7 Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto
dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de
David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y nin-
guno abre:
8 Conozco tus obras (he aquí, he dado una puerta
abierta ante ti, la cual nadie puede cerrar); y que,
aunque poca, tienes fuerza, y guardaste mi palabra,
9 y no negaste mi nombre. He aquí yo entrego algu-
nos de la sinagoga de Satanás, de los que se precian
de judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo
haré que vengan y se prosternen a tus plantas, y se-
10 pan que yo te amé. Por cuanto guardaste la pala-
bra de mi paciencia, yo también te guardaré en la
hora de la prueba que ha de venir sobre todo el mun-
do, para probar a los que habitan sobre la tierra.
11 Vengo en breve; retén lo que tienes, para que nadie
tome tu corona.
12 Al que venciere, le haré columna en el Templo[1] de

[1] V. 12. Gr. *Santuario*.

mi Dios, y jamás saldrá fuera; y sobre él escribiré el
nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi
Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo,
13 de con mi Dios, y mi nombre nuevo. El que tiene
oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

14 Escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: Esto
dice el Amén, el Testigo fiel y verdadero, el Prin-
cipio de la creación de Dios:
15 Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente.
16 ¡Ojalá fueses frío o caliente! Así, por cuanto eres
tibio, y no frío ni caliente, voy a arrojarte de mi
17 boca. Porque dices: Yo soy rico y acaudalado, y
de nada tengo necesidad; y no conoces que tú eres
un desdichado, y miserable, y pobre, y ciego, y des-
18 nudo. Yo te aconsejo que de mí compres oro acri-
solado por el fuego, para que seas rico; y vestidos
blancos para vestirte, y para que no se descubra la
vergüenza de tu desnudez; y colirio para ungir tus
19 ojos a fin de que veas. Yo reprendo y castigo a
todos los que amo; sé pues celoso, y arrepiéntete.
20 He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye-
re mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré
con él, y él conmigo.
21 Al que venciere, le daré que se siente conmigo en
mi trono, como yo también vencí, y me senté con
22 mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo
que el Espíritu dice a las iglesias.

4, 1 Después de esto miré, y he aquí una puerta
abierta en el cielo, y aquella primera voz como de
trompeta que yo había oído hablar conmigo, me de-
cía: Sube acá, y te mostraré las cosas que tienen que
2 suceder después de éstas. Al punto me hallé en el
Espíritu, y he aquí un trono en el cielo, y sobre el
3 trono uno sentado. Y el que estaba sentado era, al
mirarle, como piedra de jaspe y cornalina; y había un
arco iris alrededor del trono, de aspecto semejante
4 a la esmeralda. Y alrededor de *este* trono había

veinticuatro tronos; y sentados en ellos veinticuatro
ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de
5 oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos,
y voces, y truenos; y delante del trono ardían siete
antorchas de fuego, que son los siete espíritus de
6 Dios. Y ante el trono había como un mar transpa-
rente, parecido al cristal; y cerca[1] del trono, y a su
alrededor, cuatro seres vivientes llenos de ojos de-
7 lante y detrás. Y el primer ser viviente *era* seme-
jante a un león; y el segundo ser viviente, a un be-
cerro; y el tercer ser viviente tenía rostro como de
hombre; y el cuarto ser viviente *era* parecido a un
8 águila volando. Estos cuatro seres vivientes tenían
cada uno seis alas, y estaban llenos, alrededor y por
dentro, de ojos. Y no cesaban día ni noche de decir:

«Santo, santo, santo es el Señor Dios Todo-
poderoso, que era, que es y que ha de venir.»

9 Y siempre que aquellos seres vivientes den gloria, y
honra, y acción de gracias al que está sentado en el
10 trono, al que vive por los siglos de los siglos, los
veinticuatro ancianos se postrarán delante del que
está sentado en el trono, y adorarán al que vive por
los siglos de los siglos, y echarán sus coronas ante
el trono, diciendo:

11 «Digno eres ¡oh Señor y Dios nuestro! de re-
cibir la gloria, y la honra, y el poder; porque
tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad
tuvieron el ser y fueron creadas.»

5, 1 Y vi en la diestra del que estaba sentado en el
trono un libro escrito por dentro y por fuera, fuer-
2 temente sellado con siete sellos. Y vi a un ángel
fuerte que pregonaba en alta voz: ¿Quién *hay* dig-
3 no de abrir el libro y desatar sus sellos? Y nadie,
ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tie-
4 rra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba
yo amargamente, porque no se halló ninguno dig-
5 no de abrir el libro ni de mirarlo. Y díjome uno de

---

[1] V. 6. Gr. *en medio.*

los ancianos: No llores; he aquí que el León de la
tribu de Judá, la Raíz de David, ha triunfado para
abrir el libro y sus siete sellos.
6 Y vi que en medio del trono y de los cuatro se-
res vivientes, y en medio de los ancianos, estaba un
Cordero, como inmolado, teniendo siete cuernos, y
siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios
7 enviados por toda la tierra. Y llegóse, y tomó *el
libro* de la diestra del que estaba sentado en el
8 trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro se-
res vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron
delante del Cordero, teniendo cada uno un arpa y
una copa[1] de oro llena de incienso, el cual significa
9 las oraciones de los santos. Y cantaban un nuevo
cántico, diciendo:

«Digno eres de tomar el libro y de abrir sus
sellos; porque fuiste inmolado, y con tu san-
gre redimiste para Dios *hombres* de toda tri-
10 bu, y lengua, y pueblo, y nación, e hiciste
de ellos un reino, y un sacerdocio[2] para nues-
tro Dios; y reinarán sobre la tierra.»

11 Miré luego, y oí voz de muchos ángeles en derredor
del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos,
y su número era cientos de millones y millares de mi-
12 llares; y decían a gran voz:

«Digno es el Cordero que fué inmolado, de
tomar el poder, y riquezas, y sabiduría, y for-
taleza, y honra, y gloria, y bendición.»

13 Y a toda cosa creada que está en el cielo, y sobre la
tierra, y debajo de la tierra, y sobre el mar, y a todo
lo que hay en ellos, oí decir:

«Al que está sentado en el trono y al Cordero
sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el
imperio por los siglos de los siglos.»

14 Y los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los an-
cianos se postraron y adoraron.

---

[1] V. 8. Gr. *tazón.*
[2] V. 10. Gr. *sacerdotes.*

6, 1 Y vi cuando el Cordero abrió el primero de los
siete sellos, y oí decir a uno de los cuatro seres vi-
2 vientes como con voz de trueno: Ven. Y miré, y he
aquí un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un
arco; y le fué dada una corona, y salió venciendo y
para vencer.
3 Y cuando *el Cordero* abrió el segundo sello, oí
4 al segundo ser viviente decir: Ven. Y salió otro
caballo, bermejo, y al que lo montaba le fué dado
que quitase de la tierra la paz, y que *los hombres*
se maten unos a otros; y fuéle dada una grande
espada.
5 Y cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser vi-
viente decir: Ven. Y miré, y he aquí un caballo ne-
gro; y el que lo montaba tenía en su mano una balan-
6 za. Y oí una voz en medio de los cuatro seres
vivientes, que decía: Dos libras[1] de trigo por un de-
nario,[2] y seis libras de cebada por un denario; y no
dañes al aceite ni al vino.
7 Y cuando abrió el cuarto sello, oí al cuarto ser
8 viviente decir: Ven. Y miré, y he aquí un caballo
amarillo, y uno sentado encima de él cuyo nombre
era Muerte, y el Hades le seguía; y les fué dada au-
toridad sobre la cuarta parte de la tierra, para ma-
tar con cuchillo, y con hambre, y con mortandad,[3] y
por las fieras de la tierra.
9 Y cuando abrió el quinto sello, vi al pie del altar
las almas de los que habían sido muertos a causa de
la palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron.
10 Y clamaron a grandes voces, diciendo: ¿Hasta cuán-
do, oh soberano Señor, santo y verdadero, no juz-
gas *nuestra causa,* y vengas nuestra sangre en los
11 que habitan sobre la tierra? Y a cada uno de ellos
le fué dada una blanca vestidura hasta los pies, y
fuéles dicho que reposasen todavía por un poco de

---

[1] V. 6. Gr. *choenix,* medida de capacidad.
[2] V. 6. Véase Mat. 18: 28.
[3] V. 8. o, *peste.*

tiempo, hasta que se hubiese completado *el número*
de sus consiervos y sus hermanos, que como ellos
han de ser muertos.[1]
12 Y vi cuando abrió el sexto sello; y hubo un gran
terremoto, y el sol se tornó negro como saco de ci-
13 licio; y la luna toda tornóse como sangre; y las es-
trellas del cielo cayeron a la tierra, como la higue-
ra sacudida de un viento fuerte deja caer sus higos
14 tardíos. Y el cielo fué retirado, como pergamino
cuando se arrolla; y todo monte e isla fué removido
15 de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los magna-
tes, y los capitanes, y los ricos, y los poderosos, y
todo siervo y todo libre, se escondieron en las cue-
16 vas y entre las peñas de los montes; y decían a los
montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y es-
condednos del rostro de aquel que está sentado en el
17 trono, y de la ira del Cordero; porque ha llegado
el día grande de la ira de ellos; y ¿quién puede sos-
tenerse en pie?

7, 1 Después de esto, vi cuatro ángeles en pie sobre
los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro
vientos de la tierra, a fin de que no soplase viento so-
bre la tierra, ni sobre la mar, ni sobre ningún árbol.
2 Y vi a otro ángel subir del oriente con el sello del
Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ánge-
les a quienes se había dado el *poder de* dañar la
3 tierra y la mar, y les decía: No hagáis daño a la
tierra, ni a la mar, ni a los árboles, hasta que haya-
mos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro
4 Dios. Y oí el número de los que fueron sellados,
ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tri-
bus de los hijos de Israel.

5 De la tribu de Judá, doce mil *fueron* sellados;
de la tribu de Rubén, doce mil;
de la tribu de Gad, doce mil;
6 de la tribu de Aser, doce mil;

---

[1] V. 11. Var.: *hubieren acabado su carrera.*

de la tribu de Neftalí, doce mil;
de la tribu de Manasés, doce mil;
7 de la tribu de Simeón, doce mil;
de la tribu de Leví, doce mil;
de la tribu de Isacar, doce mil;
8 de la tribu de Zabulón, doce mil;
de la tribu de José, doce mil;
y de la tribu de Benjamín, doce mil *fueron* sellados.

9 Después de esto miré, y he aquí una gran mu-
chedumbre, la cual nadie podía contar, de todas las
naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, estaban de-
lante del trono y delante del Cordero, vestidos de
blanca vestidura hasta los pies y con palmas en sus
10 manos; y clamaban a gran voz diciendo:
«La salvación sea *atribuída* a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero.»
11 Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del
trono, y de los ancianos, y de los cuatro seres vivien-
tes, y cayeron sobre sus rostros delante del trono, y
12 adoraron a Dios, diciendo:
«Amén: La bendición, y la gloria, y la sabiduría, y la acción de gracias, y la honra, y el poder, y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.»

13 Y hablóme uno de los ancianos, preguntándome:
Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes
14 son?, y ¿de dónde han venido? Y yo le contesté:
Señor mío, tú lo sabes. Y díjome: Estos son los que
salen de la gran tribulación, y lavaron sus ropas
y las emblanquecieron en la sangre del Cordero.
15 Por tanto, están delante del trono de Dios, y le sir-
ven día y noche en su Templo;[1] y el que está sentado
16 en el trono tenderá sobre ellos su pabellón. No
tendrán ya hambre ni sed; y no caerá sobre ellos el
17 sol, ni calor alguno. Porque el Cordero que está
en medio del trono los pastoreará, y los guiará a

---

[1] V. 15. Gr. *Santuario.*

fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará de los ojos de ellos toda lágrima.

8, 1 Y cuando *el Cordero* abrió el séptimo sello,
2 hízose silencio en el cielo como por media hora. Y
vi los siete ángeles que estaban en pie delante de
3 Dios; y se les dieron siete trompetas. Vino luego
otro ángel y púsose en pie ante el altar, con un in-
censario de oro; y le fué dado mucho incienso para
añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre
4 el altar de oro que estaba delante del trono. Y el
humo del incienso subió de la mano del ángel de-
lante de Dios con las oraciones de los santos.
5 Tomó entonces el ángel el incensario, y lo llenó
del fuego del altar, y arrojólo a la tierra; y hubo
en seguida truenos, y voces, y relámpagos, y un te-
6 rremoto. Y los siete ángeles que tenían las siete
trompetas se dispusieron a tocarlas.

7 Y el primer ángel tocó su trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, y descargaron sobre la tierra; y la tercera parte de la tierra fué abrasada, y la tercera parte de los árboles y toda la hierba verde se quemaron.

8 Y el segundo ángel tocó su trompeta, y como una
grande montaña ardiendo en fuego fué precipitada
en el mar; y la tercera parte del mar tornóse en san-
9 gre; y murió la tercera parte de las criaturas
con vida que estaban en el mar, y la tercera parte
de los barcos fueron destruídos.

10 Y el tercer ángel tocó su trompeta, y cayó del
cielo una grande estrella, ardiendo como una antor-
cha, y dió sobre la tercera parte de los ríos, y sobre
11 los manantiales de las aguas. Y el nombre de la es-
trella es Ajenjo; y la tercera parte de las aguas tor-
nóse en ajenjo, y muchos de los hombres murieron
a causa de las aguas, porque se volvieron amargas.

12 Y el cuarto ángel tocó su trompeta, y fué herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se obs-

cureciese la tercera parte de ellos, y el día fuese sin
luz en su tercera parte, y asimismo la noche.
13 Y vi y oí un águila volando por en medio del cie-
lo, y decía a gran voz: ¡Ay, ay, ay de los habitan-
tes de la tierra, a causa de los restantes pregones de
los tres ángeles que van a tocar sus trompetas!
9, 1 Y el quinto ángel tocó su trompeta, y vi una
estrella caída del cielo a la tierra; y le fué dada la
2 llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abis-
mo, y subió del pozo humo como humo de un gran
horno, y obscurecióse el sol y el aire por el humo de
3 aquel pozo. Y del humo salieron langostas por la
tierra; y fuéles dado poder como lo tienen los escor-
4 piones de la tierra. Y se les dijo que no dañasen
la hierba de la tierra, ni cosa alguna verde, ni ningún
árbol, sino a aquellos hombres que no tienen en sus
5 frentes el sello de Dios. Y no les fué dado que los
matasen, sino que los atormentasen por cinco meses;
y su tormento era como el del escorpión cuando pica
6 al hombre. En aquellos días buscarán los hombres
la muerte, y no la hallarán; tendrán ansia de morir,
7 pero la muerte huirá de ellos. Y la apariencia de
las langostas era semejante a caballos preparados
para la guerra; sobre sus cabezas *tenían* como co-
ronas que parecían de oro; sus caras, como caras de
8 hombres; tenían cabellos como cabellos de muje-
9 res; y sus dientes, como de leones. Tenían corazas
como de hierro; y el estruendo de sus alas era como
el estruendo de carros *tirados* de muchos caballos
10 corriendo a la batalla. Y tenían colas semejantes a
las de los escorpiones, y también aguijones; y en sus
colas estaba su poder de dañar a los hombres por
11 cinco meses. Y tenían por rey sobre ellos al ángel
del abismo, cuyo nombre es en hebreo Abadón,[1] y
en griego tiene el nombre de Apolión.
12 El primero de los ayes pasó; he aquí que después
de esto vienen aún dos ayes.

---

[1] V. 11. *Destrucción;* o, *Exterminador.*

13 Y el sexto ángel tocó su trompeta, y oí una voz
que salía de entre los cuernos del altar de oro que
14 estaba delante de Dios, y decía al sexto ángel que
tenía la *sexta* trompeta: Suelta los cuatro ángeles
15 que están atados junto al gran río Eufrates. Y fue-
ron desatados los cuatro ángeles que se habían tenido
dispuestos para la hora, y día, y mes, y año, a fin de
16 matar la tercera parte de los hombres. Y el número
de los ejércitos de los de a caballo era doscientos
17 mil millares: oí yo el número de ellos. Y de esta
manera vi en mi visión los caballos y a los que esta-
ban montados en ellos, teniendo éstos corazas colo-
readas como de fuego, y de jacinto, y de azufre; y las
cabezas de los caballos *eran* como cabezas de leo-
nes, y de las bocas de ellos salían fuego, y humo, y
18 azufre. De estas tres plagas fué muerta la tercera
parte de los hombres: del fuego, y del humo, y del
19 azufre que salían de las bocas de ellos. Pues el po-
der de aquellos caballos estaba en su boca y en sus
colas; porque sus colas eran semejantes a serpientes
con cabezas, y con ellas dañan.
20 Y el resto de los hombres, los que no fueron muer-
tos con estas plagas, ni aun se arrepintieron de las
obras de sus manos, para no adorar a los demonios
y a los ídolos de oro, y de plata, y de bronce, y de
piedra, y de madera, que no pueden ver, ni oír, ni
21 andar. Tampoco se arrepintieron de sus homicidios,
ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus
latrocinios.
10, 1 Y vi otro ángel fuerte descendiendo del cielo,
envuelto en una nube, y el arco iris sobre su cabe-
za; su rostro era como el sol, y sus pies como colum-
2 nas de fuego. Y tenía en su mano un librito abier-
to. Y puso sobre la mar su pie derecho, y el izquier-
3 do sobre la tierra, y gritó con voz fuerte como un
león que ruge; y cuando hubo lanzado un grito, los
4 siete truenos dieron[1] sus voces. Y cuando los sie-

[1] V. 2. Gr. *hablaron*.

te truenos hubieron hablado, iba yo a escribir; pero
oí del cielo una voz que dijo: Sella las cosas que ha-
5 blaron los siete truenos, y no las escribas. Y el án-
gel que vi en pie sobre la mar y sobre la tierra, le-
6 vantó al cielo su mano derecha, y juró por el que
vive por los siglos de los siglos, el que creó el cielo
y las cosas que hay en él, y la tierra y las cosas que
hay en ella, y la mar y las cosas que hay en ella, que
7 ya no habrá más tiempo,[1] sino que en los días del
pregón del séptimo ángel, cuando éste vaya a tocar
su trompeta, se consumará el misterio de Dios, como
él lo había declarado a sus siervos los profetas.
8 Y la voz que oí del cielo, habló de nuevo conmi-
go, diciendo: Anda, toma el libro que está abierto
en la mano del ángel puesto en pie sobre la mar y
9 sobre la tierra. Fuí, pues, al ángel y le dije que
me diese el librito; y él me dijo: Toma y devóralo,
y amargará en tu vientre, si bien en tu boca será
10 dulce como la miel. Tomé entonces de la mano del
ángel el librito, y lo devoré, y en mi boca era dulce
como la miel; mas cuando lo hube comido, fué amar-
11 gado mi vientre. Y dijéronme: Es necesario que
vuelvas a profetizar sobre muchos pueblos, y nacio-
nes, y lenguas, y reyes.
11, 1 Dióseme entonces una caña semejante a una
vara, y dijo *uno:* Levántate y mide el Templo[2] de
2 Dios, y el altar, y a los que adoran en él. Y el pa-
tio que está fuera del Templo, exclúyelo, y no lo mi-
das; porque ha sido dado a los gentiles, y ellos ho-
3 llarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. Y
daré a mis dos testigos que, vestidos de saco,
4 profeticen por mil doscientos sesenta días. Estos
testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que
5 están en pie delante del Señor de la tierra. Y si
alguien quiere dañarlos, sale de la boca de ellos fue-
go, y devora a sus enemigos; y si alguien quisiere

---

[1] V. 6. o, *plazo.*
[2] V. 1. Gr. *Santuario.*

6 dañarlos, así tiene que morir. Autoridad tienen es-
tos *testigos* para cerrar el cielo a fin de que no llue-
va en los días de su profecía; y tienen autoridad so-
bre las aguas para convertirlas en sangre, y *autori-
dad* para herir la tierra con cualquier plaga, cuantas
7 veces quisieren. Y cuando hayan acabado su testi-
monio, hará guerra contra ellos la bestia que sube
8 del abismo, y los vencerá y matará. Y sus cadáve-
res *yacerán* en la plaza de la gran ciudad, que en
lenguaje espiritual se llama Sodoma y Egipto, don-
9 de también el Señor de ellos fué crucificado. Y
gentes de los pueblos, y tribus, y lenguas, y nacio-
nes contemplan sus cadáveres por tres días y medio,
10 y no permiten que sean sepultados. Y los habitan-
tes de la tierra se alegran sobre ellos, y hacen fies-
ta, y unos a otros se envían regalos; porque estos
dos profetas atormentaban a los moradores de la tie-
11 rra. Y pasados los tres días y medio, aliento[1] de
vida procedente de Dios entró en ellos, y se alza-
ron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que
12 los veían. Y oyeron ellos una gran voz del cielo
que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una
13 nube; y viéronlos *subir* sus enemigos. Y en aque-
lla hora hubo un gran terremoto; y la décima parte de
la ciudad se derrumbó; y en el terremoto fué muer-
to un número de siete mil hombres; y los demás fue-
ron atemorizados, y dieron gloria al Dios del cielo.
14 Pasó el segundo ay; he aquí que el tercer ay viene
presto.

15 Y el séptimo ángel tocó su trompeta, y se oyeron
grandes voces en el cielo, diciendo:

> «El imperio del mundo ha venido a ser de nues-
> tro Señor y de su Cristo; y él reinará por los
> siglos de los siglos.»

16 Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados so-
bre sus tronos delante de Dios, cayeron sobre sus
17 rostros y adoraron a Dios, diciendo:

---

[1] V. 11. o, *espíritu*.

«Gracias te damos, Señor Dios Todopoderoso,
que eres y eras, porque has tomado tu gran
18 poder, y has comenzado a reinar. Y airá-
ronse las naciones, y vino tu ira y el tiempo
de ser juzgados los muertos, y de dar el ga-
lardón a tus siervos los profetas, y a los san-
tos, y a los que temen tu nombre, a los pe-
queños y a los grandes; y de destruir a los
que destruyen la tierra.»
19 Y fué abierto el Templo[1] de Dios que está en el
cielo; y vióse en su Templo[1] el arca de su pacto, y
hubo relámpagos, y voces, y truenos, y terremoto, y
pedrisco grande.

12, 1 Y apareció en el cielo una gran señal: una mu-
jer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y
2 sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y
estando encinta, gritaba a causa de los dolores de
parto, y hallábase en las angustias de dar a luz.
3 Y otra señal apareció en el cielo: He aquí un dragón
grande, bermejo, que tenía siete cabezas y diez
4 cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola
arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y
las echó a la tierra. Y el dragón se puso enfrente de
la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a
5 su hijo en cuanto hubiese nacido. Ella, pues, dió a
luz un hijo varón, que va a regir todas las naciones
con cetro de hierro; y el hijo de ella fué arrebatado
6 para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al de-
sierto, donde tiene lugar preparado por Dios, a fin de
que la sustenten allí mil doscientos y sesenta días.
7 Y hubo guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles
que emprendieron batalla con el dragón. Y el dragón,
8 con sus ángeles guerreó; y no prevalecieron, ni
9 fué hallado ya su lugar en el cielo. Y fué arrojado
el gran dragón, la serpiente antigua, que es llamada
Diablo y también Satanás, que engaña al mundo

[1] V. 19. Gr. *Santuario.*

entero; fué arrojado a la tierra; y con él fueron lan-
zados sus ángeles.
10 Y oí una voz poderosa en el cielo, que decía:
«Ahora ha venido la salvación, y el poderío, y
el reino de nuestro Dios, y el imperio de su
Cristo; porque ha sido arrojado *del cielo* el
acusador de nuestros hermanos, el que los
acusaba delante de nuestro Dios día y noche.
11 Y ellos le vencieron por la sangre del Corde-
ro, y por la palabra del testimonio que dieron;
y tuvieron en poco su vida hasta *arrostrar* la
12 muerte. ¡Alegraos, por tanto, oh cielos y los
que en ellos acampáis! Mas ¡ay de vosotros,
tierra y mar!, porque el diablo ha descendido
a vosotros, con gran furor, sabiendo que le
queda poco tiempo.»
13 Y cuando vió el dragón que había sido arrojado
a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a
14 luz al *hijo* varón. Y diéronse a la mujer las dos
alas de la grande águila, para que volase a su lugar
en el desierto, donde es sustentada por un tiempo,
y dos tiempos, y la mitad de un tiempo, fuera del al-
15 cance de la serpiente. Y la serpiente arrojó de su
boca, en pos de la mujer, agua como un río, para que
16 ella fuese arrastrada del río. La tierra, empero,
socorrió a la mujer; pues la tierra abrió su boca y
sorbió el río que el dragón había arrojado de su boca.
17 Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer,
y se marchó a hacer guerra contra el resto de su li-
naje, los que guardan los mandamientos de Dios y
18 mantienen el testimonio de Jesús. Y púsose en pie
sobre la arena de la mar.
13, 1 Y vi subir de la mar una bestia que tenía diez
cuernos y siete cabezas; y en sus cuernos, diez dia-
demas; y sobre sus cabezas, nombres *escritos* de
2 blasfemia. Y la bestia que vi era parecida a un leo-
pardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca
3 de león. Y el dragón le dió su poderío, y su trono,
y grande autoridad. Y *vi* una de sus cabezas como

herida de muerte; mas su herida mortal fué curada.
4 Y asombróse toda la tierra siguiendo a la bestia, y
adoraron al dragón, porque había dado su autoridad
a la bestia; y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién
hay igual a la bestia, y quién puede luchar contra
5 ella? Y le fué dada boca que hablase cosas grandes
y blasfemias; fuéle dada también autoridad ejecu-
6 tiva por cuarenta y dos meses. Y abrió su boca
para blasfemias contra Dios, para blasfemar de su
nombre, y de su Tabernáculo, y de los que habitan
7 en el cielo. Fuéle dado también hacer guerra a los
santos y vencerlos; y le fué otorgada autoridad so-
8 bre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación; y
adoráronla todos los habitantes de la tierra cuyos
nombres no están escritos en el libro de la vida del
Cordero que fué inmolado desde la fundación del
9 mundo. Quien tiene oído, oiga. Si alguno *lleva*
10 en cautiverio, en cautiverio irá; si alguno mata a
cuchillo, a cuchillo ha de ser muerto. Aquí está la pa-
ciencia y la fe de los santos.
11 Vi luego subir de la tierra otra bestia; y tenía
dos cuernos, semejantes a los de un cordero, mas
12 hablaba como dragón. Y ejerce toda la potestad
de la primera bestia en su presencia, y hace que la
tierra y los que en ella habitan adoren a la primera
13 bestia; cuya herida mortal fué curada. Obra tam-
bién grandes señales, hasta el punto de hacer bajar
fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres.
14 Engaña asimismo a los moradores de la tierra, con
las señales que le ha sido dado hacer en presencia
de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra
que hagan una imagen para *honrar a* la bestia que
15 tiene la herida de espada, y vivió. Y le fué dado
comunicar aliento a la imagen de la bestia, a fin de
que hablase, e hiciese matar a cuantos no adorasen
la imagen de la bestia. Y hace que a todos, pe-
16 queños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos,
se les ponga una marca en su mano derecha o en
17 su frente, para que no pueda comprar o vender

sino aquel que tiene la marca, *o sea* el nombre de
18 la bestia o el número de su nombre. Aquí hay sa-
biduría. El que tenga entendimiento, compute el
número de la bestia; pues es un número de hombre.
Y su número es seiscientos sesenta y seis.[1]

14, 1 Y miré, y he aquí el Cordero en pie sobre el
monte Sión, y con él, ciento cuarenta y cuatro mil
que tenían el nombre del Cordero y el de *Dios* su
2 Padre, escrito en sus frentes. Y oí del cielo una voz
como voz de muchas aguas, y como voz de gran true-
no; y la voz era como de arpistas tañendo sus arpas.
3 Y cantaban un nuevo cántico delante del trono, y de-
lante de los cuatro seres vivientes, y de los ancia-
nos; y nadie podía aprender el cántico, sino los cien-
to cuarenta y cuatro mil que habían sido rescatados
4 de la tierra. Estos son los que no se contaminaron
con mujeres, pues son vírgenes. Estos, los que si-
guen al Cordero por dondequiera que va. Estos fue-
ron rescatados de entre los hombres como primicias
5 para Dios y para el Cordero; y en su boca no fué
hallada mentira: son sin mácula.
6 Y vi otro ángel que volaba por en medio del
cielo, teniendo un evangelio eterno para predicarlo
a los habitantes de la tierra, a toda nación, y tribu,
7 y lengua, y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a
Dios y dadle gloria, porque es venida la hora de su
juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, la mar
y las fuentes de aguas.
8 Y siguió un segundo ángel, diciendo: ¡Cayó, cayó
Babilonia la grande!, la cual ha hecho beber a todas
las naciones del vino del furor de su fornicación.
9 Y un tercer ángel siguió a los primeros, diciendo
a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su ima-
gen, y recibe su marca en su frente, o en su mano,
10 él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha
sido escanciado sin mixtura en el cáliz de su furor;

[1] V. 18. Var.: *seiscientos diez y seis.*

y será atormentado con fuego y azufre en la presen-
11 cia de los santos ángeles y en la del Cordero. Y el
humo de su tormento subirá para siglos de siglos; y
los adoradores de la bestia y de su imagen no tienen
reposo día ni noche, ni nadie que recibe la marca de
12 su nombre. Aquí está la paciencia de los santos,
los que guardan los mandamientos de Dios y la fe
de Jesús.

13 Y oí una voz que desde el cielo decía: Escribe:
Bienaventurados los que de aquí en adelante mue-
ren en el Señor. Sí, dice el Espíritu; *mueren* para
descansar de sus trabajos; porque sus obras con ellos
siguen.

14 Y miré, y he aquí una nube blanca, y sentado so-
bre la nube uno semejante a hijo de hombre,[1] que te-
nía sobre su cabeza corona de oro, y en su mano una
15 hoz afilada. Y del Templo[2] salió otro ángel, gritan-
do con gran voz al que estaba sentado sobre la nube:
Envía tu hoz, y siega; porque es venida la hora de
16 segar, pues ya está seca la mies de la tierra. Y el
que estaba sentado sobre la nube lanzó su hoz sobre
la tierra, y la tierra fué segada.

17 Y otro angel salió del Templo[2] que está en el cie-
lo, también él con una hoz afilada.

18 Y otro ángel salió del altar, el que tiene poder
sobre el fuego, y gritó a gran voz al que tenía la hoz
afilada, diciendo: Envía tu hoz afilada, y vendimia
los racimos de la viña de la tierra; porque sus uvas
19 están maduras. Y el ángel metió su hoz en la tie-
rra, y vendimió la viña de la tierra, y echó *el fruto*
20 en el gran lagar de la ira de Dios. Y fué pisado el
lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre *que*
llegaba hasta los frenos de los caballos, por espacio
de mil seiscientos estadios.

15, 1 Y vi en el cielo otra señal grande y admirable:

---

[1] V. 14. o, *al Hijo del Hombre.*
[2] Vs. 15 y 17. Gr. *Santuario.*

siete ángeles con las siete plagas, las postreras,
2 pues en ellas se consumó la ira de Dios. Vi tam-
bién como un mar de vidrio mezclado con fuego, y a
los vencedores de la bestia y de su imagen y del
número de su nombre, en pie junto al[1] mar de vidrio,
3 con arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moi-
sés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, di-
ciendo:

«Grandes y maravillosas son tus obras, oh Se-
ñor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos
son tus caminos, oh Rey de las naciones.[2]
4 ¿Quién no te ha de temer, oh Señor, y glori-
ficar tu nombre?: porque tú solo eres santo;
porque todas las naciones vendrán y adorarán
delante de ti; y porque tus justos juicios son
manifiestos.»

5 Después de esto miré, y fué abierto el Santuario
6 del Tabernáculo del Testimonio en el cielo; y del
Santuario salieron los siete ángeles que tenían las
siete plagas, vestidos de lino puro brillante, y ceñi-
7 dos alrededor del pecho con ceñidores de oro. Y
uno de los cuatro seres vivientes dió a los siete
ángeles siete copas[3] llenas de la ira de Dios, que
8 vive por los siglos de los siglos. Y el Santuario se
llenó del humo de la gloria de Dios y de su poder; y
nadie podía entrar en el Santuario hasta que se hu-
biesen consumado las siete plagas de los siete án-
geles.

16, 1 Y oí una voz fuerte, que decía desde el Santua-
rio a los siete ángeles: Id, y derramad sobre la tierra
las siete copas de la ira de Dios.

2 Y el primero fué, y derramó su copa sobre la tie-
rra; y vino úlcera apestosa y maligna sobre los hom-
bres que tenían la marca de la bestia y que adoraban
su imagen.

---

[1] V. 2. o, *sobre el.*
[2] V. 3. Var.: *santos;* otra: *siglos.*
[3] V. 7. Gr. *tazones.*

3 Y el segundo *ángel* derramó su copa sobre el mar;
y éste tornóse sangre como de muerto; y murió todo
ser viviente, lo que había en el mar.
4 Y el tercer *ángel* derramó su copa sobre los ríos
y los manantiales de las aguas; y convirtiéronse en
5 sangre. Y oí al ángel de las aguas decir: Justo eres
tú, oh Santo, que eres y que eras, porque has juzgado
6 estas cosas; porque sangre de santos y profetas de-
rramaron, y sangre les has dado a beber. Lo mere-
7 cen. Y oí al altar decir: Ciertamente, oh Señor Dios
Todopoderoso, verdaderos y justos son tus juicios.
8 Y el cuarto *ángel* derramó su copa sobre el sol;
y fué dado al sol abrasar con fuego a los hombres.
9 Y se abrasaban los hombres con intenso calor, y
blasfemaron del nombre del Dios que tiene potestad
sobre estas plagas; mas no se arrepintieron para
darle gloria.
10 Y el quinto *ángel* derramó su copa sobre el trono
de la bestia; y su reino fué entenebrecido; y se mor-
11 dían de dolor sus lenguas, y blasfemaron del Dios
del cielo, a causa de sus dolores y de sus úlceras;
mas no se arrepintieron de sus obras.
12 Y el sexto *ángel* derramó su copa sobre el gran
río Eufrates; y secáronse sus aguas, a fin de que se
preparase el camino de los reyes *que vienen* del
13 Oriente. Y vi *salir* de la boca del dragón, y de la
boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres
14 espíritus inmundos, como ranas; pues son espíritus
de demonios, que hacen portentos, y caen sobre los
reyes del mundo entero, para congregarlos a la bata-
15 lla del gran día del Dios Todopoderoso. (He aquí,
yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela,
y guarda sus ropas; no sea que ande desnudo, y
16 vean su vergüenza.) Y los congregó en el lugar
que en hebreo se llama Armagedón.
17 Y el séptimo *ángel* derramó su copa por el aire;
y salió del Santuario, desde el trono, una voz pode-
18 rosa que decía: Hecho está. Y hubo relámpagos, y
voces, y truenos; y siguió un gran terremoto cual no

lo hubo desde que fué el hombre sobre la tierra; tan
19 grande era. Y la gran ciudad se hizo tres partes;
y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran
Babilonia vino en memoria delante de Dios, para
dársele *a beber* el cáliz del vino del furor de su ira.
20 Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados.
21 Y cayó del cielo sobre los hombres enorme granizo
como del peso de un talento; y blasfemaron de Dios
a causa de la plaga del granizo, porque esta plaga
fué sobremanera grande.

17, 1 Vino entonces uno de los siete ángeles que
tenían las siete copas, y habló conmigo diciendo:
Ven; te mostraré la sentencia contra la gran ra-
2 mera que está sentada sobre muchas aguas, con la
cual fornicaron los reyes de la tierra, y los que
habitan la tierra se embriagaron del vino de su for-
3 nicación. Llevóme luego en el Espíritu a un de-
sierto. Y vi una mujer sentada sobre una bestia es-
carlata llena de nombres de blasfemia, *la cual*
4 tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer esta-
ba vestida de púrpura y escarlata, y ricamente ador-
nada con oro, y pedrería, y perlas; y tenía en su
mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de las
5 impurezas de su fornicación; y en su frente *lleva-*
ba escrito un nombre, un misterio: BABILONIA LA
GRANDE, MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABO-
MINACIONES DE LA TIERRA.

6 Y vi a la mujer ebria de la sangre de los santos,
y de la sangre de los mártires de Jesús. Y al ver-
7 la, me maravillé con grande asombro. Díjome en-
tonces el ángel: ¿De qué te maravillas? Yo te de-
clararé el misterio de la mujer y de la bestia que la
trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuer-
8 nos. La bestia que viste, era, y no es, y está para
subir del abismo, y va a la perdición; y los habitan-
tes de la tierra, aquellos cuyos nombres no están es-
critos desde la fundación del mundo en el libro de la
vida, se maravillarán cuando vean la bestia que era,
9 y no es, y estará presente. Aquí *de* la mente que

posee sabiduría: Las siete cabezas son siete mon-
tes, sobre los cuales se asienta la mujer; son tam-
10 bién siete reyes: cinco de ellos cayeron ya, uno es,
y el otro aun no ha venido; y cuando viniere es ne-
11 cesario que dure breve tiempo. Y la bestia que
era, y no es, también es el octavo *rey*, y es de los
12 siete, y va a la perdición. Y los diez cuernos
que viste son diez reyes, los cuales no han recibido
todavía reino; mas reciben autoridad de reyes por
13 una sola hora juntamente con la bestia. Estos tie-
nen un mismo propósito, y dan su poder y autoridad
14 a la bestia. Estos guerrearán contra el Cordero, y
el Cordero los vencerá; porque es Señor de los se-
ñores y Rey de los reyes; y los que con él están,
15 son llamados, y escogidos, y fieles. Díjome tam-
bién: Las aguas que viste, donde está sentada la
ramera, son pueblos y muchedumbres, naciones y
16 lenguas. Y los diez cuernos que viste, y la bestia,
éstos aborrecerán a la ramera, y le causarán desola-
ción y desnudez; y comerán sus carnes, y la quema-
17 rán en fuego; pues Dios ha puesto en sus corazo-
nes el ejecutar su *justo* designio, y llevar a efecto
un mismo propósito, y dar el reino de ellos a la bes-
tia, hasta que sean cumplidas las palabras de Dios.
18 Y la mujer que has visto es la gran ciudad que tiene
imperio sobre los reyes de la tierra.
18, 1 Después de esto, vi descender del cielo otro
ángel, con gran potestad; y la tierra fué alumbrada
2 de su gloria. Y gritó con potente voz, diciendo:
Cayó, cayó Babilonia la grande, y se ha tornado gua-
rida de demonios, y cárcel de todo espíritu impuro,
3 y de toda ave inmunda y odiosa; porque del vino
del furor de su fornicación han bebido todas las na-
ciones; y con ella fornicaron los reyes de la tie-
rra; y los traficantes de la tierra se enriquecieron
4 por la fuerza del lujo de ella. Y oí del cielo otra
voz, que dijo: Salid de ella, oh pueblo mío, para que
no os hagáis participantes de sus pecados, y tengáis
5 vuestra parte de sus plagas; porque sus pecados

se han amontonado hasta el cielo; y Dios se ha acor-
6 dado de sus iniquidades. Retribuidle a ella, como
ella ha retribuído *a los otros;* y dadle el doble, se-
gún sus obras; en el cáliz en que ella mezcló *bebida,*
7 mezcladle el doble. Cuanto ella se ha glorificado
y se dió al lujo, tanto dadle de tormento y llanto;
pues que ella dice en su corazón: Yo soy reina sen-
8 tada *en trono,* no soy viuda, y no veré llanto; por
tanto, en un solo día vendrán sus plagas: muerte, y
llanto, y hambre; y será consumida en fuego; porque
fuerte es el Señor Dios que la ha juzgado.
9 Y llorarán y se lamentarán sobre ella los reyes
de la tierra que con ella cometieron fornicación y
con ella se dieron al lujo, cuando vieren el humo de
10 su incendio, poniéndose lejos por el temor del tor-
mento de ella, y diciendo: ¡Ay, ay de la gran ciudad,
Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una sola hora
11 vino tu juicio! Y lloran y se lamentan sobre ella
los traficantes de la tierra; porque nadie compra ya
12 más sus cargamentos: cargamentos de oro, plata,
piedras preciosas y perlas; de lino fino, púrpura, y
seda, y escarlata; de todo palo oloroso, y todo vaso
de marfil, y todo utensilio de madera preciosa y co-
13 bre, hierro y mármol; de canela, y amomo, e in-
cienso, y ungüento, y aromas; de vino y aceite; de
flor de harina y trigo; de ganado mayor y ovejas;
de caballos, y carruajes, y esclavos;[1] y almas de
14 hombres. Y las frutas que eran la codicia de tu
alma se han apartado de ti; y todas las cosas delica-
das y espléndidas perecieron para ti, y nunca más
15 serán halladas. Los traficantes en estas cosas, que
se enriquecieron a costa de ella, estarán en pie a
gran distancia por miedo de su tormento, llorando y
16 lamentando, y dirán: ¡Ay, ay de aquella gran ciu-
dad, la que estaba vestida de lino fino, y púrpura,
y escarlata, y cubierta de oro, y pedrería, y perlas!,

---

[1] V. 13. Gr. *cuerpos.*

17 porque en una sola hora fué saqueada tanta riqueza.
Y todo piloto, y todo el que navega con cualquier
rumbo, y los marineros y cuantos tienen su trabajo
18 en el mar, se pusieron lejos; y al ver el humo de
su incendio, clamaban diciendo: ¿Qué otra hay se-
19 mejante a la gran ciudad? Y echaron polvo sobre
sus cabezas, y a gritos lloraban y se lamentaban di-
ciendo: ¡Ay, ay de la ciudad grande en la cual se
enriquecieron, de sus cosas preciosas, todos los que
tenían navíos en la mar; pues en una sola hora ha
sido desolada!
20 Alégrate sobre ella, oh cielo, y vosotros, santos,
y apóstoles, y profetas; porque Dios os ha hecho en
ella justicia.
21 Y un ángel fuerte alzó una gran piedra como de
molino y arrojóla en el mar, diciendo: Con tal ím-
petu será arrojada Babilonia, la gran ciudad; y nunca
22 más será hallada. Y no se oirá más en ti voz de ar-
pistas, ni de músicos, ni *son de* tocadores de flautas
y trompetas; ni se hallará más en ti artífice de arte
23 alguna; ni ruído de molino se oirá más en ti. Y no
brillará más en ti luz de lámpara, ni se oirá más en ti
voz de esposo y esposa; porque tus traficantes eran
los magnates de la tierra, pues con tus hechicerías
24 fueron engañadas todas las naciones. Y en ella fué
hallada la sangre de profetas, y de santos, y de todos
los que han sido muertos sobre la tierra.

19, 1 Después de esto, oí como una voz potente
de numerosa multitud en el cielo, que decía:
«¡Aleluya! La salvación, y la gloria, y el poder
2 pertenecen a nuestro Dios; porque verda-
deros y justos son sus juicios, pues ha juz-
gado a la gran ramera que corrompió la tierra
con su fornicación; y ha vengado la sangre de
sus siervos de la mano de ella.»
3 Y por segunda vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo
de ella sube por los siglos de los siglos.
4 Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres

vivientes se postraron y adoraron a Dios, que esta-
ba sentado en el trono, y decían: ¡Amén!, ¡Aleluya!
5 Y desde el trono salió una voz que decía:
«Alabad a nuestro Dios, todos sus siervos, los
que le teméis, pequeños y grandes.»
6 Oí también como voz de inmensa multitud, y como
voz de muchas aguas, y como voz de fuertes true-
nos, que decía:
«¡Aleluya!, porque ya reina el Señor nuestro
7 Dios Todopoderoso. Gocémonos y alegré-
monos, y démosle gloria; porque han llegado
las bodas del Cordero, y su esposa se ha ata-
8 viado; y le ha sido dado que se vista de lino
fino, espléndido y puro; pues el lino fino es
las justicias[1] de los santos.»
9 Y díjome *el ángel:* Escribe: Bienaventurados los
que son llamados a la cena de las bodas del Corde-
ro. Díjome además: Estas son verdaderas palabras
de Dios.
10 Y yo caí a sus pies para adorarle; mas él me dijo:
Mira, no *lo hagas;* yo soy consiervo tuyo y de tus
hermanos que mantienen el testimonio de Jesús; ado-
ra a Dios. Porque el testimonio de Jesús es el espí-
ritu de profecía.

11 Y vi el cielo abierto; y he aquí, un caballo blanco,
y el que lo montaba se llama Fiel y Verdadero, y
12 juzga y guerrea con justicia. Sus ojos son una lla-
ma de fuego; y sobre su cabeza hay muchas diade-
mas; tiene escrito un nombre que ninguno, excepto
13 él mismo, conoce; y va envuelto en un manto te-
ñido en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS.
14 Y seguíanle los ejércitos celestiales, vestidos de lino
15 fino, blanco y limpio, en caballos blancos. Y de la
boca de él salía una espada aguda para que hiriese
con ella a las naciones; y él las regirá con vara de
hierro; y él pisa el lagar del vino del furor de la ira

---

[1] V. 8. o, *las justificaciones.*

16 del Dios Todopoderoso. Y en su manto y en su
muslo tiene un nombre escrito: REY DE REYES Y SE-
ÑOR DE SEÑORES.
17 Y vi un ángel que estaba en pie en el sol, y gri-
tó con poderosa voz, diciendo a todas las aves que
vuelan en medio del cielo: Venid, congregaos a la
18 gran cena de Dios, para que comáis carnes de re-
yes y capitanes,[1] y carnes de fuertes; carnes de
caballos y de sus jinetes; carnes de todos, así de li-
bres como de esclavos, de pequeños y de grandes.
19 Y vi a la bestia, y a los reyes de la tierra y a sus ejér-
citos, congregados para guerrear contra aquel que
20 montaba el caballo *blanco* y contra su ejército. Y
la bestia fué apresada, y con ella, el falso profeta que
había hecho en su presencia las señales con que en-
gañó a los que habían recibido la marca de la bes-
tia, y a los que habían adorado su imagen. Los dos
fueron arrojados vivos al lago del fuego que arde
21 con azufre. Y los demás fueron muertos con la es-
pada de aquel que montaba el caballo *blanco,* la cual
salía de su boca. Y todas las aves se hartaron de las
carnes de ellos.
20, 1 Y vi un ángel descender del cielo, con la llave
2 del abismo y una gran cadena en su mano. Y asió
del dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y
3 Satanás; y le ató por mil años, y arrojóle al abis-
mo, cerrándolo y sellándolo sobre él, a fin de que no
engañase más a las naciones, hasta que terminasen
los mil años; después de esto, tiene que ser suelto
por un poco de tiempo.
4 Y vi tronos, y unos se sentaron en ellos, y les fué
dada facultad de juzgar; *vi* también las almas de los
que habían sido decapitados por el testimonio de
Jesús y por la palabra de Dios, y de los que no
habían adorado a la bestia ni a su imagen, y no ha-
bían recibido la marca *de ella* en sus frentes o en

[1] V. 18. Gr. *tribunos.*

sus manos; y volvieron a vivir, y reinaron con Cris-
5 to mil años. Los demás muertos no volvieron a
vivir hasta que se acabaron los mil años. Esta es
6 la primera resurrección. Bienaventurado y santo
el que tiene parte en la primera resurrección; so-
bre éstos no tiene potestad la muerte segunda, sino
que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reina-
rán con él los mil años.
7 Y cuando se acaben los mil años, Satanás será
8 suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las na-
ciones que están en las cuatro esquinas de la tie-
rra, a Gog y a Magog, para congregarlos a la gue-
rra; el número de los cuales es como la arena del
9 mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y
cercaron el campamento de los santos, y la ciudad
amada; y del cielo descendió fuego y los devoró. Y
10 el diablo, que los engañaba, fué arrojado al lago de
fuego y azufre, donde están también la bestia y el
falso profeta; y serán atormentados día y noche por
los siglos de los siglos.
11 Y vi un gran trono blanco, y al que estaba senta-
do en él, de cuya faz huyeron la tierra y el cielo, y
12 no fué hallado lugar para ellos. Vi también los
muertos, grandes y pequeños, en pie ante el trono;
y fueron abiertos libros; y otro libro fué abierto, que
es *el libro* de la vida. Y los muertos fueron juzga-
dos por las cosas escritas en los libros, según sus
13 obras. Y el mar entregó los muertos que había en
él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos
que había en ellos; y fueron juzgados, cada uno se-
14 gún sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lan-
zados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda:
15 el lago de fuego. Y si alguno no se halló inscrito
en el libro de la vida, fué lanzado al lago de
fuego.

21, 1 Vi entonces cielo nuevo y tierra nueva: porque
el primer cielo y la primera tierra habían pasado, y
2 el mar ya no existía. Y vi la ciudad santa, la nueva

Jerusalén, descender del cielo, de Dios, prepara-
3 da como esposa ataviada para su esposo. Y oí una
voz potente *que salía* del trono, y decía: He aquí el
Tabernáculo de Dios con los hombres; y él habitará
con ellos, y ellos serán pueblos suyos, y Dios mismo
4 estará con ellos;[1] y él enjugará toda lágrima de los
ojos de ellos; y ya no habrá muerte; ni habrá más
lamentación, ni llanto, ni dolor; porque las primeras
5 cosas pasaron. Dijo entonces el que estaba senta-
do en el trono: He aquí, yo hago nuevas todas las
cosas. Dijo además: Escribe, porque estas palabras
6 son fieles y verdaderas. Y díjome: Se han cum-
plido. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el
fin. Yo daré al sediento, de la fuente del agua de la
7 vida, de balde. El que venciere heredará estas co-
8 sas; y yo le seré Dios, y él me será hijo. Mas en
cuanto a los cobardes, e incrédulos, y abominables,
y asesinos, y fornicarios, y hechiceros, e idólatras, y
todos los mentirosos, tendrán su porción en el lago
que arde con fuego y azufre, que es la muerte se-
gunda.

9 Vino luego uno de los siete ángeles que tenían las
siete copas llenas de las siete plagas postreras, y
habló conmigo, diciendo: Ven acá; te mostraré la
10 novia, la esposa del Cordero. Y llevóme en el Es-
píritu a un monte grande y elevado, y mostróme la
ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo,
11 de Dios, con la gloria de Dios. Su resplandor era
semejante al de una piedra preciosísima, como pie-
12 dra de jaspe, transparente como el cristal. Y tenía
una muralla grande y elevada; tenía también doce
puertas, y a las puertas, doce ángeles, y nombres
inscritos sobre ellas, que son los de las doce tribus
13 de los hijos de Israel: al oriente tres puertas, al
norte tres puertas, al mediodía tres puertas, y al
14 poniente tres puertas. Y la muralla de la ciudad

---

[1] V. 3. Var. añ.: *será Dios suyo.*

tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nom-
bres de los doce apóstoles del Cordero.
15 Y el que hablaba conmigo tenía una caña de me-
dir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su
16 muralla. La ciudad se asienta en cuadro, y su lon-
gitud es igual a su anchura. Y midió la ciudad con la
vara, *hallándola* de doce mil estadios;[1] la longitud,
17 y la anchura, y la altura de ella son iguales. Midió
también la muralla de la ciudad, *hallándola* de cien-
to cuarenta y cuatro codos[2] *de altura,* de medida de
18 hombre, o sea de ángel. El material de la mura-
lla era jaspe; y la ciudad era de oro puro, parecido
19 al cristal transparente. Los sillares[3] de la muralla
de la ciudad estaban adornados con toda clase de
piedras preciosas. La primera hilada era jaspe; la se-
gunda, zafiro; la tercera, calcedonia; la cuarta, es-
20 meralda; la quinta, sardónica; la sexta, cornalina;
la séptima, crisólito; la octava, berilo; la nona, to-
pacio; la décima, crisopraso; la undécima, jacinto; y
21 la duodécima, amatista. Y las doce puertas eran
doce perlas; cada una de las puertas era de una sola
perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, trans-
22 parente como el cristal. Y no vi en ella templo;
pues su templo[4] es el Señor Dios Todopoderoso, y
23 el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol
ni luna que la alumbren; porque la gloria de Dios la
24 iluminó, y su lumbrera es el Cordero. Y a la luz
de ella andarán las naciones; y los reyes de la tierra
25 traerán su gloria a ella. Las puertas de la ciudad
no se cerrarán jamás de día (y allí no habrá noche);
26 y a ella llevarán la gloria y los tesoros de las nacio-
27 nes. Jamás entrará en ella ninguna cosa inmunda,
ni nadie que hace abominación o mentira, sino sola-
mente aquellos que están inscritos en el libro de la
vida, el del Cordero.

---

[1] V. 16. O sean, veinticuatro mil kilómetros.
[2] V. 17. O sean, sesenta y seis metros, próximamente.
[3] V. 19. Gr. *los fundamentos.*
[4] V. 22. Gr. *santuario.*

22, 1 Y mostróme un río de agua de vida, claro
como el cristal, que salía del trono de Dios y del
2 Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a
una y otra parte del río, estaba el árbol de vida, que
producía doce frutos, dando cada mes su fruto; y las
hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.
3 Y no habrá ya ninguna cosa maldita. Y el trono de
Dios y del Cordero estará en ella; y sus siervos le
4 servirán; y verán su rostro; y su nombre estará
5 en sus frentes. Y no habrá ya más noche, y no ne-
cesitan luz de lámpara, ni luz del sol; porque el Se-
ñor Dios los alumbrará. Y reinarán por los siglos de
los siglos.
6 Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas;
y el Señor Dios de los espíritus de los profetas, en-
vió su ángel para mostrar a sus siervos las cosas
7 que pronto han de suceder. ¡He aquí vengo pres-
to! Bienaventurado el que guarda las palabras de
la profecía de este libro.
8 Y yo, Juan, soy el que oyó y vió estas cosas; y
cuando *las* hube oído y visto, caí *de rodillas* para
adorar a los pies del ángel que me las mostraba.
9 Pero él me dijo: Mira, no *lo hagas;* yo soy con-
siervo tuyo, y de tus hermanos los profetas, y de los
que guardan las palabras de este libro. Adora a
10 Dios. Y díjome: No selles las palabras de la pro-
11 fecía de este libro; pues el tiempo está cerca. El
que es injusto, haga injusticia todavía; y el que es
sucio, ensúciese todavía; y el que es justo, haga to-
davía justicia; y el que es santo, santifíquese toda-
12 vía. He aquí vengo presto, y mi galardón *viene*
conmigo, para recompensar a cada uno según sea su
13 obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y
14 el Ultimo, el Principio y el Fin. Bienaventurados
los que lavan sus ropas, para que tengan derecho
al árbol de la vida, y puedan entrar por las puertas
15 en la ciudad. Fuera están los perros, y los hechice-
ros, y los fornicarios, y los asesinos, y los idóla-
tras, y todo el que ama y hace mentira.

16 Yo, Jesús, envié mi ángel a darte para las iglesias
testimonio de estas cosas. Yo soy la Raíz y el Vástago de David, la Estrella resplandeciente de la mañana.
17 Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que
oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de vida de balde.
18 Yo protesto a todo aquel que oye las palabras de
la profecía de este libro: Si alguno añadiere a ellas,
Dios le añadirá a él las plagas que están escritas en
19 este libro. Y si alguno quitare de las palabras del
libro de esta profecía, Dios quitará su porción del árbol de la vida y de la ciudad santa, de[1] las cosas que están escritas en este libro.
20 El que da testimonio de estas cosas, dice: Ciertamente vengo presto. Amén. Ven, Señor Jesús.
21 La gracia del Señor Jesús sea con[2] todos.[3]

FIN

[1] V. 19. Var.: *y hasta.*
[2] V. 21. Var. añ.: *los santos.*
[3] V. 21. Var. añ.: *vosotros.*

